

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Por

Hellmuth
Guenther Dahms

INTERPRETACIÓN DE LAS ABREVIACIONES

ABDA = American-British-Dutch-Australian
 AOK = Alto Mando de Ejército
 ASDIC = Allied Submarine Devices Investigation Committee
 AVNOJ = Antifasisticko Vijeće Narodnog Oslobođenja Jugoslavije
 BCRA = Bureau Central de Renseignements et d'Action
 BdU = Comandante en jefe del Arma submarina
 C. B. = Construction Bataillon
 CNR = Conseil National de la Résistance
 CSR = Česko-slovenská Republika
 DAK = Deutsches Afrika-Korps
 Div. = División
 Do-Geraet = Dornberger-Geraet
 Do = Dornier
 FFI = Forces Françaises de l'Intérieur
 Flak = cañón antiaéreo
 FN = Front National
 Gestapo = Policía secreta del Estado
 GKO = Gosudarstvennyi Komitet Oborony
 IFF = Identification Friend of Foe
 IRA = Ejército republicano irlandés
 Jabo = caza-bombardero
 JAP = Agencia de Prensa japonesa
 Ju = Junkers
 KPD = Kommunistische Partei Deutschlands
 Kripo = Policía criminal
 KZ = Konzentrationslager
 NKWD = Narodny kommissariat vnutrennich del
 NSDAP = Nationalsozialistische Deutsche Arbeiter-Partei
 NSV = Nationalsozialistische Volkswahlfahrt
 OCM = Organisation Civile et Militaire
 OKH = Alto Mando del Ejército
 OKL = Alto Mando de la Luftwaffe
 OKM = Alto Mando de la Marina de Guerra
 OKW = Alto Mando de la Wehrmacht
 OT = Organisation Todt
 OUN = Organización nacionalistas ucranianos
 RADAR = Radio Detecting and Ranging
 RAF = Royal Air Force
 RKFDV = Comisariado del Reich para la defensa de la raza germana
 RSHA = Oficina central del Servicio de Seguridad del Reich
 SA = Sección de Asalto
 SD = Servicio de Seguridad
 SHAEF = Supreme Headquarters, Allied Expeditionary Force
 SS = Secciones de Seguridad
 Stuka = bombardero en picado
 SVG = Stawka verchownaglo glavnokomandovanija (Cuartel general soviético)
 TASS = Telegrafnoje Agentstvo Sovjetskovo Sojusa
 WNVFu = Wehrmacht-Nachrichten-Verkehrs-Funk
 WW-SA = Wojennyje Wosduschnyje Sily
 MVHA = Oficina Central de Economía y Administración

P R O L O G O

Este libro no pretende remplazar las exposiciones escritas que hacen referencia a la historia de la Segunda Guerra Mundial, sino recopilarlas y complementarlas. El autor ha procurado presentar en un primer plano todas las tendencias, circunstancias y acontecimientos que se sucedieron de 1939 a 1945. En ningún momento ha tomado partido por un bando u otro. Ha consultado para su trabajo las más modernas publicaciones editadas en los Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Dinamarca, Noruega, Suecia, Finlandia, España y Brasil.

Gran cantidad de estas publicaciones fueron puestas a disposición del autor por la Universitaetsbibliothek Tuebingen, el Institut fuer Osteuropaeische Geschichte (Tuebingen), la Weltkriegsbuecherei (Suttgart), el Institut fuer Zeitgeschichte (Munich), el Institut zur Erfoschung der UdSSR (Munich), el Militaergeschichtliche Forschungsamt (Freiburg i. Br.), The War Office (Londres), The Society of Military History (Dublín), The Library of Congress (Washington), The Library of The Harvard University (Cambridge, Massachusetts), The Library of the University of Virginia (Charlottesville, Va.), Det Kongelige Bibliotek (Copenhague), Le Ministère de la Défense Nationale, Information et Documentation (Bruselas), el Instytut Historyczny Im. Generala Sikorskiego (Londres), la Biblioteca Romana (Freiburg i. Br.), el Instituto Hans Staden (São Paulo), los agregados de Prensa y militares de la Gran Bretaña, Francia y Unión Soviética, Japón e Italia, Dinamarca, Noruega y Países Bajos, la Misión militar búlgara (Berlín), la Asociación de Antiguos Combatientes de Estonia «Voitleja» (Heidelberg) y la Redacción de la revista lituana «Karys» (Nueva York).

Por sus valiosos consejos e información, el autor desea expresar su especial reconocimiento a los siguientes caballeros: antiguo ministro del Reich L. Graf Schwerin von Krosigk, mariscal de campo en situación de retiro E. von Manstein, general Dr. H. Speidel, general H. Staedke, general W. Lange, general W. Melzer, coronel en situación de retiro R. Boehmler, coronel en situación de retiro, profesor Dr. F. A. Freiherr von der Hegde, profesor Dr. W. Hubatsch, profesor Dr. F. Lenz, profesor Dr. H. Roessler, consejero gubernamental Dr. H. Thuemmler, Dr. H. Roesch, doctor J. Rohwer, pastor J. Schmidt-Wodder, capitán en situación de retiro J. W. Eppler, Dr. E. Klink, Dr. H. R. Kurz, Dr. F. H. Ryssel, Dr. K. D. Seeman, profesor Dr. W. L. Langer, M. M. (Estados Unidos), profesor Dr. A. M. Schlesinger, junior (Estados Unidos), profesor Dr. E. A. May (Estados Unidos), profesor Dr. R. Rie (Estados Unidos), coronel W. L. Palmer (Estados Unidos), comandante H. S. Agnew (Estados Unidos), director R. D. Chapman (hoy en Alemania), profesor Dr. V. Mihailescu (hoy en Alemania), Dr. I. Emilian (hoy en Alemania), teniente coronel en situación de retiro. H. Achminow (hoy en Alemania), coronel en situación de retiro. W. Horn (Finlandia), profesor Dr. P. Tilvis (Finlandia), coronel en situación de retiro J. Jacobsen (hoy en Alemania), A. Joonsen (hoy en Alemania), Dr. O. Brueckl (Unión Sudafricana), general A. Le Ray (Francia), profesor E. Dumousseaux (Francia), comandante J. Delattre (Bélgica), general en situación de retiro A. Zaremba (hoy en Estados Unidos), capitán de navío E. Laerum (Suecia), capitán de

navío P. C. Florian-Larsen (Dinamarca), A. Baranauskas (hoy en Alemania) y D. Murtagh M. A., LL. B. (Irlanda).

Tuebingen, mayo de 1960

Hellmuth Guenther Dahms

HISTORIA PREVIA

L A S C A U S A S

Las guerras no empiezan por casualidad. Frecuentemente son provocadas por el deseo de notoriedad o afán de poder de inquietos gobiernos o pueblos, y sus causas más profundas radican en fondos históricos en donde tienen su origen aquellas energías que, lentamente, pero de forma avasalladora van abriéndose camino y condicionan esencialmente el curso de los acontecimientos. Tampoco la Segunda Guerra Mundial fue, solamente, el resultado de unas decisiones precipitadas. Su material inflamable ya hacía mucho tiempo que se había ido acumulando. Hemos de retroceder varias generaciones para comprender cómo pudo llegarse a esta crisis.

Durante este período de tiempo cambiaron fundamentalmente las condiciones de vida de la humanidad civilizada. La ciencia y la técnica habían ampliado el escenario geográfico de la historia, pero, al mismo tiempo, éste resultaba mucho más limitado para todos aquellos que podían utilizar los modernos medios de locomoción y transmisión de noticias. Con ello se multiplicaban las relaciones de dependencia mutua entre las ciudades, las tendencias y las circunstancias. Al mismo tiempo incitaba el fanatismo al progreso, la ambición de los pueblos, y sus ansias de salvación ya no se correspondían con las antiguas creencias religiosas, sino que buscaban y encontraban nuevos valores que no proporcionaban un consuelo para la vida en el más allá. Las ideologías pseudo-científicas dejaban a un lado las religiones.

El progreso de la ciencia y de la técnica se vio acompañado por un inusitado aumento de la población. El número de habitantes en Occidente se había mantenido hasta 1815 siempre por debajo del límite de los 150 millones, mientras que en 1910 ya contaba Europa con casi 400 millones de habitantes. Pero aún aumentaba mucho más rápidamente la población de los pueblos no incluidos en el Viejo Mundo: los Estados Unidos contaban en 1910 con 92 millones de habitantes frente a los 53 millones de alrededores de 1800; el Japón presentaba durante las dos primeras décadas de nuestro siglo un incremento anual de 10 a 15 millones. Estas nuevas masas habían de ser alimentadas y englobadas en el proceso y desarrollo económico con el fin de que pudieran colaborar en la conquista de nuevos mercados.

Desde el punto de vista político, la Europa del siglo XX apenas había sabido seguir el ritmo de estos enormes cambios. Su sistema estatal estaba todavía bajo la influencia de la transición de la época de la Edad Media a la Edad Moderna, cuando se abandonó la idea de una comunidad basada en la fe cristiana que abarcara a todo el mundo. El poder fue repartido entre los Estados nacionales, soberanos, y cuyas relaciones de dependencia mutua tan llenas de tensiones —unas relaciones regidas por el principio del equilibrio entre el peso y contrapeso («poids et contrepoids») — se correspondía plenamente al modo de pensar del hombre moderno. Estos poderes estaban continuamente en jaque. Cuando el equilibrio era alterado, entonces reaccionaban todos los afectados con exigencias de compensación, la firma de alianzas, tratados subsidiarios o la guerra.

Un papel especial lo desempeñaba en este sistema de equilibrio la potencia que sostenía las balanzas. Esta función fue ejercida desde principios del siglo XVI por Inglaterra. Únicamente este Estado insular se demostró capacitado, partiendo siempre, como es natural, de sus intereses propios, para reanimar con su apoyo el bando que había sido sometido. La supremacía y el equilibrio no constituían, por lo tanto, una oposición, sino que se complementaban. Estas dos tendencias eran contrarias a un dominio universal, enemigo mortal de la individualidad de los Estados nacionales. Después de haber sometido Napoleón transitoriamente el continente europeo, todos se oponían a que pudieran repetirse estas circunstancias. Llegó incluso a surgir el temor de que una gran potencia pudiera dominar todo el globo terráqueo, y este temor condicionó, en gran manera, el ambiente que reinaba en la era del imperialismo.

Tras este recelo general se ocultaba, en la mayoría de los casos, la ambición y la envidia de las masas modernas. Ya no eran ahora Estados feudales al estilo antiguo, que temían por su supervivencia, sino naciones impulsadas por fuertes necesidades, sentimientos y pasiones. Las necesidades y el darwinismo les enseñaron la «lucha por la existencia». Preocupados, sus dirigentes estudiaban los problemas del rápido crecimiento de la población y de la economía. Al mismo tiempo el continente europeo se vio dominado por un súbito temor al comprobar que los Estados Unidos se extendían desde la costa del Atlántico hasta el Pacífico y Rusia conquistaba su «hinterland» asiático. ¿Acaso no veían nacer dos grandes potencias mundiales de una dimensión desconocida hasta entonces, que amenazaba con hundir el Occidente por ambos lados? Urgentemente el Viejo Mundo se lanzó a una expansión en ultramar. Todos opinaban que sólo una atrevida conquista de los territorios de ultramar garantizarían las crecientes necesidades en materias primas, nuevos mercados y puntos de apoyo.

Mientras nacía así el imperialismo en el sentido más limitado, se acumulaban nuevos peligros. No solamente esos afanes de poder eran condicionados por el afán de las masas en busca de un «nivel de vida más elevado», sino que, precisamente por las mismas causas, el movimiento social experimentaba un nuevo impulso. Carlos Marx y Federico Engels profetizaban una era de guerras imperialistas cuya principal característica sería la íntima unión entre el capitalismo y el pensar nacional, pero que, al final, sería superada por la «dictadura del proletariado» que se realizaría en el marco de la «revolución mundial». Allí donde el marxismo aceptaba ciertas alianzas con la democracia progresiva, se apilaba infinidad de material inflamable que había de arder si

los antiguos Estados, que no eran regidos por un Parlamento, eran arrastrados por los torbellinos de una guerra material de larga duración. Una catástrofe nacional, con regocijo de los marxistas, traería consigo el ocaso de los dioses para aquellas grandes potencias que hasta entonces habían sido regidas por la nobleza y la rica clase burguesa.

Mientras, el sistema de las grandes potencias que se aferraban a este equilibrio, la Gran Bretaña, Francia, Alemania, Austria-Hungría y Rusia, era sustituido por dos coaliciones perfectamente delimitadas cuyos frentes se iban afirmando continuamente. Cada uno de los Estados perteneciente a estos dos bloques pensaba egoísticamente en la conservación de su rango, dado que en caso contrario corría peligro de perder el respeto que le tenía su aliado y, con ello, la relativa seguridad de que gozaba. Rusia y Austria-Hungría habían de evitar cuidadosamente cualquier debilidad en su política exterior, debido a la oposición que remaba en su interior, puesto que determinadas minorías nacionales, además de los demócratas y socialistas revolucionarios, sólo esperaban la ocasión propicia para arrojar sobre ellas. La actitud de estos Estados amenazados se hizo cada vez más violenta y virulenta. El peligro de una reacción de corto circuito aumentaba a cada crisis. Y, finalmente, sin quererlo, las potencias europeas se lanzaron a la Primera Guerra Mundial.

A las potencias centrales, Alemania y Austria-Hungría, a las que pronto se unieron Turquía y Bulgaria, se opusieron Rusia, Francia, la Gran Bretaña con sus Dominios, Bélgica, Servia, Portugal y el Japón, y más tarde Italia, Grecia, Rumania, Estados Unidos y otros países de ultramar. La mayoría de los Estados dirigentes luchaban por afianzar su poder y por aumentar su derecho de voz y voto, unos conceptos que en ninguno de los casos pueden considerarse vacíos, sino que representaban las condiciones previas indispensables de su posición internacional. La política de alianzas y las necesidades de materia prima de la economía de guerra que había sido llevada hasta su punto de tensión máximo, las consideraciones psicológicas y los deseos de compensación, produjeron muy pronto deseos de conquista, incluso planes de reparto que hallaron su expresión por parte de las potencias centrales en los tratados de paz con Rusia y Rumania y por los Aliados en los tratados secretos para la desmembración de Alemania, Austria-Hungría, Turquía y Bulgaria.

La actitud de las naciones revela de un modo todavía más claro el desarrollo que condujo a las guerras de destrucción. Muy acertadamente, George F. Kennan ha dicho que la democracia del siglo XX hace gala de un patente pacifismo, pero dispuesta siempre a transformarlo en un conflicto militar, cuando éste ya ha estallado. En la propaganda se presenta entonces al enemigo como la encarnación de todo lo malo. Las propias ansias de poder son encubiertas entonces con declaraciones morales. Por ejemplo, el Gobierno británico trató de justificar su intervención en la guerra del año 1914 por su enojo y aversión a la violación de los tratados. Más tarde combatieron los Aliados con parecidos argumentos la nueva estructuración estatal europea. El sistema de equilibrio que había dominado hasta entonces fue abandonado como restos de una política autocrática. La intervención de los Estados Unidos (1917) dio a la declaración de los objetivos bélicos del Occidente esta justificación moral-legal.

El presidente americano Woodrow Wilson expuso en 1918, en su «Programa de los Catorce Puntos», los pensamientos básicos de una nueva ordenación mundial que entrañaba grandes promesas. Deseaba una «paz sin vencedores ni vencidos». No sería necesario restablecer el equilibrio entre las potencias, ya que una jerarquía desconocida hasta entonces —el «santo Covenant» de la Sociedad de las Naciones— solucionaría todas las diferencias en un nivel superior, no sólo como medio de la estabilización, sino también para revisar cualquier error que hubiera podido deslizarse. Arrastrada por «la voluntad organizada de la humanidad» habría de serle posible instaurar el «reino del derecho y de la justicia». Anulando de una vez para siempre la diplomacia secreta y creando ciertas medidas para estimular la unidad económica, una compensación colonial, la libertad de los mares, el reconocimiento del derecho de autodeterminación de los pueblos y por medio del desarme podría llegarse a alcanzar este sublime objetivo.

El programa de Wilson, que se convirtió en el eco del llamamiento a la paz por parte de los bolcheviques que, mientras tanto habían llegado al poder en Rusia, encontró fuertes objeciones en todas partes. Los expertos lo consideraban con gran escepticismo, pues el «derecho de autodeterminación de los pueblos» no sólo amenazaba a las antiguas monarquías militares, sino que había de provocar asimismo un violento nacionalismo entre los pueblos de color dominados por el Occidente. Los buenos fines no eran obstáculo para que Wilson aplicara su programa de un modo injusto y desigual, y, por ejemplo, calificara de «injusticia» la nueva anexión de Alsacia-Lorena, en 1871, a Alemania, pero sí daba por válidas ciertas reclamaciones de los polacos y checos que aún no contaban con un Estado propio. El presidente no mostraba la menor comprensión por aquellas relaciones de dependencia mutua en que se basaba la Historia. Decía que el viejo continente había sido democratizado tan profundamente por la guerra y la intervención americana que sus naciones y sus pueblos debían ser congregados en una unión como antaño los pequeños grupos de los padres peregrinos.

Pero para ello faltaban las condiciones previas. Cuando el canciller alemán se declaró dispuesto a negociar la terminación de la guerra sobre la base de los Catorce Puntos, exigieron, en primer lugar, que Alemania entregara todas sus armas. Y ya no se volvió a hablar de una paz justa sin vencedores ni vencidos. Cuando fue redactado el tratado de paz fueron dejados a un lado o tergiversados casi todos los principios que, según Wilson, habían de contribuir a crear un mundo mejor. Con amenazas, los vencedores lograron imponer sus duras condiciones. Alemania, que había puesto fin a la lucha confiando plenamente en las proposiciones conciliadoras del presidente americano y que ahora se veía engañada, protestó sin éxito contra este dictado. Y tampoco fueron tenidas en cuenta las objeciones y protestas por parte de Austria, Hungría, Bulgaria y Turquía. La Entente no supo comprender que a la larga había de resultar imposible arrebatarles a un grupo de naciones europeas su derecho de igualdad.

El resultado de la Conferencia de París fue muy doloroso para los vencidos. Por decisión del Tratado de Versalles, Alemania hubo de ceder Alsacia-Lorena a Francia y las provincias de la Prusia occidental y Posen, así como parte de Pomerania al recién creado Estado polaco. Danzig fue convertida en «Ciudad Libre» y, lo mismo que la región de Memel, las colonias alemanas, colocadas bajo mandato de la Sociedad de las

Naciones. Los plebiscitos habían de decidir única y exclusivamente sobre el destino del norte de Schleswig. La Prusia oriental meridional, la Alta Silesia y una franja a lo largo de la frontera belga. En Versalles fue creado igualmente el llamado Territorio del Sarre. Las minas fueron cedidas a Francia, mientras que la región del Sarre quedaba durante quince años bajo el fideicomiso de la Sociedad de las Naciones. Durante el mismo período, la orilla izquierda del Rhin, así como también determinadas cabezas de puente al este de dicho río habían de continuar ocupadas por las tropas aliadas. El Tratado preveía la evacuación única y exclusivamente en el caso de que fueran cumplidas al pie de la letra, todas las otras condiciones (desarme, reparaciones, entrega de bienes y material, etc.).

Las condiciones de paz impuestas a los antiguos aliados de Alemania superaban, en parte, en dureza a las de ésta. La antigua Austria-Hungría —una estructura estatal sumamente compleja cuya artificiosa administración ya había resultado muy difícil en la época del nacionalismo debido a la existencia de grupos raciales tan entrelazados entre sí como diferenciados por sus problemas sociales— se había derrumbado en el año 1918. A los alemanes austríacos les fue prohibida la reunión con el Reich en contra de la libertad de opción, un deseo de reunificación que se fue agudizando a medida que aumentaban las dificultades económicas. Hungría se vio reducida a sólo una fracción de sus antiguos territorios de soberanía. Austria fue aislada del mar y desarmada casi de un modo absoluto. La moderna Turquía —una fracción del también desaparecido Imperio otomano— había de abarcar ya única y exclusivamente Asia Menor. Bulgaria perdió Macedonia occidental, la Dobrudja meridional y su salida al Egeo.

El fin del zarismo, el hundimiento de la monarquía de los Habsburgo y la derrota de Alemania fueron como si se abriera una caja de semillas. La consecuencia fue el nacimiento de una serie de minorías nacionales. En tanto que Alemania había de ceder unas minorías nacionales relativamente pequeñas compuestas por polacos, lituanos y daneses, del Imperio zarista se desligó la masa de los polacos, finlandeses y de los pueblos bálticos. Con el hundimiento de Austria-Hungría conquistaron su independencia, conjuntamente con una tercera minoría de los polacos residentes en Galitzia, el pueblo de los magyares, los checos y los eslovacos, los rumanos de Transilvania, los eslovenos, los croatas, los bosnios y también los italianos residentes en el sur del Tirol e Istria. Una parte de las naciones del este de Europa fue mezclada en el drama de la guerra civil rusa. Casi todos esos pueblos se enfrascaron en violentas luchas para la conquista de nuevos territorios.

Los polacos se apoderaron de extensos territorios de la Alemania Oriental, de Ucrania y de la región del Vilna. Los nacionalistas lituanos invadieron el país de Memel. Los checos se anexionaron Hungría septentrional, el país de los sudetas, la Carpat-Ucrania. Las tropas rumanas ocuparon las franjas costeras de la Dobrudja, Besarabia, la Bucovina y Transilvania. El reino de los servios y croatas, la futura «Yugoeslavia», proclamada en Belgrado, abarcaba, además de los países de los dos pueblos eslavos del sur más grandes, también a Eslavonia, Bosnia, Hercegovina, Montenegro y la región de Macedonia occidental cedida por Sofía, mientras que sus gobernantes dirigían a sus masas armadas a Karintia y Albania con la pretensión de anexionarse toda Bulgaria. Casi

siempre que se hizo uso de la fuerza en estos cambios del mapa, fue derramada la sangre, se cometieron injusticias y minorías enteras cayeron bajo el yugo de un dominio extranjero. Los nuevos «Estados sucesores» de la antigua monarquía de los Habsburgo eran ahora un pálido reflejo de aquella Austria-Hungría que hasta hacía muy poco todavía había sido calificada como la «prisión de los pueblos».

En estas circunstancias el fracaso de la Sociedad de las Naciones resultó más grave todavía. Wilson había tenido la mala ocurrencia de acoplar la «Liga de las Naciones» al Tratado de Versalles, dado que quería convertirla en la parte integrante del recién creado sistema de paz y de esta forma facilitar posibles revisiones. Lo que sucedió en realidad, fue muy poco adecuado para la posterior realización de una paz justa. Fue creado el Parlamento mundial en Ginebra, conservando su plena soberanía los Estados miembros y precisando de la unanimidad en todas las resoluciones de importancia. Su imperfección quedaba patentizada por la ausencia de las tres naciones más extensas territorialmente (los Estados Unidos, la Unión Soviética y China). Y, finalmente, el hecho de que fueran postergados los vencidos arrojaba una luz muy desfavorable sobre la Sociedad de las Naciones. Todo hacía sospechar que los Estados vencedores querían convertir la Liga de Ginebra en un instrumento de su política particular. En realidad, la Sociedad de las Naciones logró resolver muy pocos pleitos. A pesar de los debates, que se fueron alargando durante muchos años, no se llegó a ningún acuerdo concreto sobre el desarme y tampoco fue solucionado a tiempo el problema de las reparaciones.

Precisamente, la cuestión del desarme estaba íntimamente ligada a la política de la Sociedad de las Naciones. Se había procedido al desarme del Reich alemán hasta el límite de las posibilidades, o que parecía autorizar la «seguridad interior» de la República de Weimar con vistas a los intentos de rebelión de los espartaquistas. No querían que el Reich pudiera contar con un sistema defensivo hacia el exterior. El Tratado de paz fijaba que Alemania se comprometía al desarme con el único fin de facilitar de esta forma un límite de armamentos para todas las restantes naciones. Esta fórmula iba a tener graves consecuencias en el futuro, puesto que los restantes Estados no desarmaron, ni tampoco confirieron a Alemania un derecho moral y legal de restablecer su soberanía e igualdad. En ninguno de los casos podía tomarse en serio a una Sociedad de las Naciones asentada sobre los fundamentos democráticos que no pudiera solventar el problema del desarme.

Un grave obstáculo lo representaba asimismo el problema de las reparaciones y deudas de guerra. Ambos formaban parte del complejo del castigo que había sido impuesto en el año 1919 en contra del parecer de los más prudentes. El Artículo 231 del Tratado de Versalles, decía que Alemania y sus antiguos aliados eran declarados responsables de todos los daños ocasionados como consecuencia de su «ataque». Se ha discutido a fondo lo que quería significar esta fórmula, pero el resultado de la discusión es menos importante que sus consecuencias psicológicas: a un lado y otro de las fronteras fueron aumentando los desengaños y amarguras. A este lado del Rhin reconocieron muy pronto que Francia, por medio de la Comisión de Reparaciones que era controlada por ella, pretendía conservar, durante el mayor tiempo posible, a Alemania como un país tributario y, por este motivo, insistía en la «responsabilidad en la guerra» de su vecino país, a pesar de que los historiadores más serios, en todo el mundo, la habían desechado

ya. Los franceses temían que Alemania pudiera liberarse de sus obligaciones jurídicas. Mientras que Francia logró imponer duras medidas contra el Reich, se fue transformando la política de las reparaciones en una feroz guerra comercial. Las impresionantes cantidades que Alemania debía pagar, fueron hechas efectivas gracias a los empréstitos americanos y a la inflación. Este fue el origen del tristemente célebre Dumping, que obstaculizó tan vivamente la reconstrucción de la economía mundial, que provocó la crisis del año 1929 y preparó el camino a la revolución social.

Los franceses no podían actuar de otro modo frente a Alemania, pues Francia había accedido a apartarse de su verdadero objetivo en la guerra, la completa desmembración del Reich, y se había tenido que conformar, bajo la presión de los anglosajones, con situar la frontera en el Rhin, a base de que los Estados Unidos y la Gran Bretaña le garantizaran la seguridad, pero ni los Estados Unidos ni la Gran Bretaña le habían dado esta importante garantía, dado que una mayoría del Senado americano se negaba a ratificar los acuerdos de paz de París. Los Estados Unidos se retiraron de Europa, así como Inglaterra que, desde la guerra, llevaba a costas una pesada carga de deudas y rehuía todo compromiso militar en el Continente. Por este motivo, incumbía la posición de hegemonía única y exclusivamente a Francia. Pero también en el Quai d'Orsay se daban cuenta de lo absurdo de esta situación. Los estadistas franceses sabían que Alemania, a pesar de la terrible derrota que había sufrido, contaba con veinte millones más de habitantes que Francia, y en estas circunstancias, Clemenceau y Poincaré habían de temer la venganza alemana, del mismo modo que Bismarck, después del año 1871, había temido la venganza francesa.

Pero, a diferencia del canciller alemán, que gracias a su hábil política había sabido aislar a los franceses, Francia no veía por ningún lado a la gran potencia con la que pudiera contar como aliada en plan de igualdad. Los tratados militares firmados en 1920 y 1921 con Bruselas, Varsovia y Praga representaban un débil sustituto de la vieja Entente. E incluso podían resultar perjudiciales para Francia, dado que los problemas fronterizos y de minorías de estos países del centro de Europa eran sumamente delicados, y Praga, y temporalmente también Varsovia, formaban parte de una «Pequeña Entente», lo que les proporcionaba nuevas obligaciones frente a otros dos Estados sucesores del antiguo Imperio de los Habsburgo, es decir, Yugoslavia y Rumania. Si el Reich alemán y Rusia volvían a ocupar el puesto que les correspondía, teniendo en cuenta su número de habitantes, su situación geográfica y su potencial económico, entonces la existencia de los aliados orientales de Francia sería sumamente dudosa y su propia posición de hegemonía completamente insostenible.

Estas perspectivas habían de resultar insoportables para los franceses. Y, por este motivo, se lanzaron a la gigantesca empresa de debilitar al mismo tiempo a Alemania y a Rusia. Francia no solamente estimuló el separatismo renano, las rencillas internas en Baviera y las acciones armadas en las regiones fronterizas de Alemania, sino que aumentó sus exigencias en lo que hacía referencia al pago de las reparaciones y prohibió la unión de Austria y Alemania. Al mismo tiempo apoyaba el general Maxime Weygand en la lucha de los polacos contra el Ejército Rojo, mientras que la Flota francesa ponía rumbo a Odesa para intervenir en la guerra civil rusa. Pero esta política de largo alcance

proporcionó un grave desengaño. Como consecuencia de las pretensiones económicas francesas a Alemania, se estableció un primer contacto entre Berlín y Moscú, el Tratado de Rapallo (1922). Irritada por sus fracasos, Francia se lanzó a acciones armadas como, por ejemplo, la ocupación de la región del Ruhr (1923). Un momento de respiro concertado por Briand y Stresemann, no duró mucho tiempo. El «espíritu de Locarno» revivió muy pronto los antiguos recelos.

La inseguridad de Francia era aumentada también por la forma de proceder tan arbitraria de los italianos y japoneses. Estas dos naciones habían participado en la lucha contra las Potencias centrales y, sin embargo, no querían figurar como puntos de apoyo del nuevo orden mundial. En primera instancia, entre estos dos países y los países recién vencidos no existía una enemistad profundamente enraizada y, en segundo lugar, se consideraban a sí mismos como vencidos, dado que sus antiguos aliados no estaban dispuestos a pagar el precio de su intervención en el conflicto armado. Italia sólo recibió, durante la Conferencia de la Paz, en París, el Tirol meridional, Trieste, Istria y la región alrededor de Zara, el Japón la mayor parte del archipiélago de Bismarck. Otras regiones que ya habían sido ocupadas, como, por ejemplo, Fiume y Albania, respectivamente, Tsingtao y los ferrocarriles chino orientales, debían ser nuevamente evacuadas.

A Italia le fue negada la solución del Adriático, tan importante para este país en cuanto a su seguridad y poder. No fue autorizada a ocupar cabezas de puente en las costas dálmato-albanesas, y tampoco tuvieron en cuenta los deseos coloniales italianos, a pesar de que Italia contaba con pocos recursos en lo que se refiere a materias primas, y debido a su elevado índice de nacimientos presentaba con sus cincuenta mil emigrantes, la cuota más elevada de emigrantes en toda Europa. Mientras que Inglaterra y Francia hacían que la Sociedad de las Naciones les confiara la administración de las antiguas colonias alemanas en África y, de restos del Imperio otomano, las provincias de Palestina y Siria como territorios mandatarios, Italia, que era el país más necesitado, apenas recibió nuevos territorios para destinar a los mismos el excedente de su población.

Al igual que Italia, el Japón también sufrió un gran desengaño. Durante la guerra habían concertado los Estados de la Entente y el Japón, tratados secretos que reconocían sus «intereses especiales» en el Lejano Oriente. Pero apenas terminó la guerra, los Estados Unidos e Inglaterra empezaron a discutir las concesiones que habían hecho. Los anglosajones exigieron para China el principio de «puerta abierta», y América prohibió al Japón intervenir en contra de los bolcheviques en el año 1920. En el año 1922, el Imperio nipón se vio obligado incluso a firmar un tratado de limitación de potencial naval cuyas ventajas sólo quedaban del lado de los angloamericanos.

Todo esto defraudó al Japón, puesto que la conquista del continente chino y su protección mediante una fuerza naval representaba la condición previa de su expansión económica. Dado que el exceso de población en las islas japonesas amenazaba con adquirir proporciones catastróficas, el Imperio nipón precisaba de una floreciente industria, de un seguro suministro de primeras materias y de mercados. El Japón carecía de las divisas necesarias para la compra de víveres y materiales. Mientras Europa, la Mancomunidad británica y los Estados Unidos se refugiaban contra los baratos artículos de exportación tras los muros arancelarios, el mercado chino quedaba cerrado debido a

las convulsiones internas y las guerras civiles, la economía nipona se veía amenazada a morir por asfixia. El Japón debía sucumbir o pacificar la China.

La Primera Guerra Mundial dejó muchos problemas sin resolver, y a cada momento que pasaba podían conducir a nuevos y graves conflictos, sin que este latente peligro pudiera ser contrarrestado por un equivalente equilibrio de fuerzas. En lugar del «poids et contrepoids», no había sido creado un orden mejor. En vano se esforzó la Sociedad de las Naciones en conseguir un estado de paz y armonía entre aquellos Estados y aquellos pueblos que se odiaban. Pero sus bienes liberales y humanitarios no bastaban para domar las fuerzas masivas del siglo XX. La Sociedad de las Naciones había de fracasar, necesariamente, tan pronto como los países vencidos, o aquellos que se sentían engañados, renacieran con nuevas energías y se lanzaran a hacer política de gran potencia de estilo propio.

LOS MOTIVOS

La era de las masas transformó a los seres humanos. La peligrosa densidad de las ciudades industriales, los procesos de trabajo mecanizado provocaron nuevas costumbres y conceptos de la vida. La guerra había acostumbrado a millones de hombres y mujeres a unas formas de vida muy severas, pero fueron precisamente los nuevos métodos de organización los que más poderosamente influyeron sobre los ejércitos de obreros industriales y pequeños empleados. El derecho de voto, ampliado nuevamente durante los años 1917 a 1919, había aumentado la influencia política de estos estratos sociales. A izquierda y derecha de los «partidos burgueses» surgieron movimientos radicales cuyo sueño era un Estado poderoso para facilitar la organización planeada de un nivel de vida en continuo aumento. Los demagogos del siglo XX, los fanáticos del poder, se comportaban como Lenin y Stalin en sus manifestaciones marxistas o hacían gala, al estilo de Mussolini e Hitler, de un nacionalismo intransigente.

Bajo la presión de las masas fue cediendo la democracia de la pequeña burguesía. Sus fundamentos liberales y sus principios jurídicos fueron expuestos a graves pruebas. Los partidos del centro de la burguesía se fueron reduciendo, mientras que los grupos radicales conquistaban cada vez mayor número de entusiastas partidarios. Aquí y allá lograban concertarse compromisos que hacían posible, en el marco de las constituciones aún vigentes, proceder a implantar una economía dirigida, programas de beneficencia y gigantescos procesos de trabajo. Pero lo más frecuente era que las masas obreras conquistaran el poder sin haberse podido conseguir antes esta situación de equilibrio. Surgieron los Estados «totalitarios», dirigidos por «hombres fuertes» y «partidos unificados» que hacían gala de una disciplina militar y que pronto abarcaron todos los campos de la vida pública tratando de «rejuvenecer» a sus pueblos. Una hábil propaganda junto con un férreo control policíaco y una disciplina militar hizo que estas nuevas ideas ganaran una poderosa fuerza de acción.

Sea como fuere, la Primera Guerra Mundial y sus consecuencias social-económicas se revelaron como las condiciones previas de la revolución. Después del hundimiento del

zarismo, Rusia cayó en manos del bolchevismo de Lenin (1917). Pocos años más tarde Mustafá Kemal Paschá fundó la moderna Turquía (1921); y Benito Mussolini emprendía con sus fascistas la marcha sobre Roma (1921), Polonia era gobernada por el mariscal Jozef Pilsudski (1926), Lituania fue regentada por Augustin Voldemaras (1926), Portugal fue testigo de la subida al poder de Oliveira Salazar (1928 a 1932), mientras España oscilaba todavía entre una dictadura militar y un sistema de gobierno anarcosindicalista. Casi todos los Estados del sureste de Europa volvieron a la monarquía. El Japón, bajo los violentos esfuerzos para asegurarse sus derechos e inversiones en China, cobró unas características muy autoritarias (1929 a 1937).

En parte, estos cambios se debían a la crisis económica mundial que desde 1929 preparó el camino a una segunda ola de regímenes dictatoriales. Las revoluciones en el Brasil (1930) y en China (1932), la caída de Alfonso XIII, en España (1931); la regencia de un solo partido de los jefes de Gobierno en Hungría y Austria (1932 a 1933), en Estonia y Letonia (1934), y el nombramiento del nuevo canciller alemán Adolfo Hitler (1933), tienen su origen en aquella. Y tampoco Francia, los Países Bajos, Bélgica e Irlanda eran ajenas a estos cambios, e incluso los Estados Unidos de América experimentaron, durante la Administración de Franklin Delano Roosevelt, a partir del año 1933, un profundo cambio, representando en Huey Long, el gobernador de Luisiana, el típico demagogo y dictador.

Todos los grandes Estados autoritarios de la postguerra pecaron conscientemente contra los principios liberales de los Tratados de París. La Unión Soviética se negó a reconocer una serie de obligaciones del Imperio zarista. Miguel Primo de Rivera anunció que España se separaba de la Sociedad de las Naciones cuando ésta apoyó protectora su mano sobre Tánger. Italia se vio enfrascada en nuevos conflictos con Albania, Korfú y el Dodecaneso con Grecia, y a partir del año 1925 se lanzó al reparto de Abisinia como zona de influencia nacional. Japón hizo caso omiso del Acuerdo naval de Washington, conquistó la región de Jehol y la Manchuria, de la cual creó posteriormente un Estado vasallo: el Imperio de la Manchuria. Bastó una protesta de la Liga de Ginebra para que el Japón se desentendiera definitivamente de esta institución.

En tales circunstancias, la subida al poder de Hitler no fue tomada, en un principio, muy en serio o de forma trágica por gran número de personas. Desde 1919 estaban acostumbradas a otras situaciones mucho peores. El apasionado odio que predicaban los nacionalsocialistas contra «Versalles», no podía impulsar a ninguna intervención por parte de los vecinos de Alemania. Algunos se decían que ya habían sido superados los peores inconvenientes e injusticias del Dictado de paz después de haber conseguido los estadistas de la República de Weimar algunas importantes revisiones, como, por ejemplo, el ingreso de Alemania en la Sociedad de las Naciones, el prematuro fin de la ocupación, un acuerdo sobre las reparaciones y el fundamental reconocimiento de los derechos de igualdad alemanes. El nuevo canciller del Reich afirmaba incesantemente sus deseos de paz y esto influyó, de un modo muy favorable, en los círculos liberales y conservadores de la Gran Bretaña. Todo daba a entender que sería posible llegar a un entendimiento en gran escala. Alemania, la Gran Bretaña, Francia e Italia se comprometieron mutuamente a colaborar en el marco de la Sociedad de las Naciones y del Tratado de Locarno (1933).

El hecho de que las potencias occidentales, a pesar de este acuerdo y de haber sido reconocida fundamentalmente la igualdad de derechos de Alemania ya en el año 1932, limitaran el rearme de Alemania cuando sólo habían pasado algunos años y no quisieran comprometerse en este sentido en Ginebra, proporcionó a Hitler el pretexto para abandonar la Sociedad de las Naciones. Sin embargo, quedaba abierta todavía la puerta para futuras negociaciones. El canciller del Reich proponía la supresión de determinadas armas ofensivas y unos controles de inspección, pero París y Londres ya no lograban ponerse de acuerdo para actuar sobre una misma línea. Algunos ingleses se tranquilizaron cuando Hitler afirmó que pensaba aumentar las fuerzas armadas alemanas de cien mil a solamente trescientos mil hombres, e incluso creían ver en la nueva Alemania una defensa contra el peligro bolchevique. En cambio, el ministro de Asuntos Exteriores francés, Louis Barthou, insistía en mantener la posición de hegemonía de su país. En lugar de aceptar la palabra de Hitler, acusó a Alemania de haber violado el Tratado de Versalles. Las consecuencias de su *note verbale* fue el fin de las negociaciones que se estaban celebrando. Desde aquel momento, Hitler se rearmó sin control de ninguna índole.

Mientras tanto, y preocupado por el robustecimiento del Reich, Barthou se lanzó a una activa política en el Este. Pretendía cercar a Alemania, tal como ya había ocurrido entre los años 1894 a 1914 por el tratado militar entre Francia y Rusia, pero esta vez englobando a otros Estados. Pero Hitler hizo fracasar los intentos franceses. El Tratado de No Agresión y Amistad que firmó con el Gobierno de Pilsudski impidió a los polacos ceder a los soviets la libertad de movimientos militares en su región. Sin la posibilidad de un avance libre de obstáculos del Ejército Rojo hasta la frontera oriental de Alemania, el Pacto de ayuda mutua francosoviético firmado en mayo de 1935, después del ingreso de Moscú en la Sociedad de las Naciones, no ofrecía grandes ventajas. Este Pacto aumentó la inseguridad entre los Estados de Europa oriental y proporcionó un nuevo pretexto a Hitler para librarse de las limitaciones que en cuestiones de armamento habían sido impuestas a Alemania por el Tratado de Versalles e implantar nuevamente el servicio militar obligatorio en Alemania.

Pero aún mucho más efectivo que el Pacto de ayuda mutua francosoviético fue el «Frente de Stresa». Francia, la Gran Bretaña e Italia se habían comprometido, en abril de 1935, a oponerse a la firma de un tratado bilateral. Pero dos meses más tarde firmaba la Gran Bretaña, con gran enojo por parte de los franceses, un Tratado naval con Hitler que, hasta cierto punto, permitía el rearme de las fuerzas navales alemanas y confirmaba, aunque en silencio, el fin del Tratado de Versalles. Poco tiempo después, Mussolini mandó a las tropas italianas más allá de las fronteras de Abisinia. Previamente, había sido informado de esta acción el ministro de Asuntos Exteriores francés, Pierre Laval, que no había hecho ninguna objeción. Sin embargo, tanto Francia como la Gran Bretaña se unieron a las sanciones contra Italia. La consecuencia fue un primer contacto entre Mussolini e Hitler, puesto que los italianos sólo podían vencer en Abisinia si Italia contaba con el suministro de determinadas materias primas de un Estado independiente, como era Alemania.

La desunión entre las potencias occidentales y la guerra de Abisinia allanaron el camino a Hitler para sus nuevos éxitos en la política exterior. Después del hundimiento del «Frente de Stresa», ahora podía, impunemente, declarar caducados los Tratados de Locarno. El 7 de marzo de 1936, Hitler mandó a las tropas alemanas a ocupar la zona desmilitarizada de la región renana. La consecuencia fue una ola de indignación en Francia y durante algún tiempo todo dio a entender que París adoptaría medidas militares. Comenzaron las conversaciones entre los Estados Mayores francés, inglés y belga. Pero, finalmente, Londres calmó aquellos ánimos tan excitados. La Gran Bretaña no deseaba ni una nueva «Entente Cordiale» ni participar tampoco en sanciones financieras o económicas dictadas por la Sociedad de las Naciones contra Alemania.

No cabe la menor duda de que el año 1936 fue el momento culminante en la carrera de Hitler. Con gran habilidad se había librado de algunas de las cadenas del Tratado de Versalles y proporcionado nuevamente a Alemania un lugar destacado en el concierto de las naciones. A pesar de su forma de actuar, eran muchas las personalidades extranjeras que le expresaban su respeto, mientras que Hitler sólo sentía desdén hacia las formas de gobierno occidentales. No creía que Francia e Inglaterra pudieran representar un serio obstáculo para sus futuros planes. Albergaba ya nuevos proyectos de gran alcance. El llamado Protocolo de Hossbach, el resumen de las declaraciones expuestas por Hitler a sus más íntimos colaboradores el 5 de noviembre de 1937, pero que no fueron conocidas hasta después de terminada la Segunda Guerra Mundial, revelan claramente cuáles eran sus intenciones: la «conquista de espacio vital» para albergar a ochenta y cinco millones de alemanes... «como máximo de 1943 a 1945». Hitler anunció que esta «solución de la cuestión alemana» sólo podía conseguirse «por la violencia» y corriendo graves «riesgos». Al mismo tiempo, afirmaba que era necesario atacar esta cuestión por urgentes consideraciones económicas.

Que la situación económica de Alemania, a pesar del sorprendente auge que había tenido lugar a partir de 1933, fuera juzgada de forma tan pesimista por Hitler, arroja una luz muy peculiar sobre la situación antes de la guerra. Prácticamente se había conseguido para el Reich alemán, merced a las osadas medidas dictatoriales en su política de divisas, sus programas de lucha contra el paro obrero, el intercambio de mercancías con los países de ultramar y el rearme, sólo un breve momento de respiro. El gran problema de la existencia, que pesaba desde fines del siglo XIX para todos los países con aumento de la natalidad e industria, no había sido tampoco resuelto en Alemania. El pueblo alemán se alimentaba sólo en una mínima parte de su propia agricultura, pues su fuente más importante de ingresos era su industria, y ésta precisaba de una serie de primeras materias que no se producían en el país. Alemania, por tanto, se veía en la necesidad de importar tanto productos alimenticios como primeras materias, para cuya adquisición no contaba con suficientes divisas internacionales.

Para Hitler la eliminación de todas las dificultades estaba en la «cuestión del espacio vital». Ya en anteriores ocasiones se había manifestado en este sentido y declarado contrario a la conquista de territorios tropicales, puesto que, en su opinión, las colonias alemanas estaban en el «Este». Este modo de pensar no fue obstáculo, sin embargo, para que ordenara a Hjalmar Schacht y a otros, que iniciaran contactos diplomáticos con

relación a las antiguas colonias germano-africanas, y a fines del año 1937 habló incluso personalmente con el ministro de Asuntos Exteriores inglés para la devolución de las antiguas colonias alemanas. En lo que hace referencia a Austria y Checoslovaquia, situadas ambas en el «Este» y que eran consideradas por Hitler como territorio de expansión, su incorporación al «espacio vital» alemán era sólo condicionada, ya que estas dos Repúblicas estaban densamente pobladas y padecían sus propios problemas económicos que eran muy semejantes a los alemanes. La reunificación de Austria con el Reich era, desde ya hacía muchas décadas, el ansiado sueño de todos los nacionalistas alemanes.

El hecho de que Hitler declarara, el 5 de noviembre de 1937, que Austria y Checoslovaquia eran los «primeros objetivos» para la solución del problema del «espacio vital», se debió principalmente a una serie de consideraciones estratégicas. La «anexión» de Austria representaba el cerco de Bohemia y esto debía ayudar a la futura eliminación de la República checoslovaca. De estos dos pasos, para Hitler, en el conjunto de sus planes, el más importante era poner fin a la independencia del Estado checoslovaco. Checoslovaquia, que estaba aliada con Francia y la Unión Soviética, penetraba como un portaaviones enemigo en territorio alemán, en donde, con su sola presencia, dificultaba la posición de gran potencia del Reich y forzosamente había de representar un obstáculo en toda futura expansión hacia el Este.

Los planes de Hitler eran tan osados que casi todos los hombres ante los que habló el 5 de noviembre de 1937, expusieron graves objeciones. A los ojos de los antiguos diplomáticos profesionales y los generales, Alemania, que sólo se había rearmado de un modo deficiente, no podía atreverse a iniciar ningún conflicto. Además, la, al parecer, favorable evolución de la situación en la política mundial, no permitía unas predicciones seguras. Es cierto que la guerra civil española, que empezó en el año 1936, había proporcionado la creación del «Eje Berlín-Roma», un mayor acercamiento entre Alemania e Italia, y aún más el Pacto Antikomintern firmado pocas semanas más tarde (25 de noviembre de 1936) con el Japón, que desconcertó profundamente a la Unión Soviética y al mundo occidental. Sin embargo, todo el mundo dudaba de que Mussolini, que se había erigido en el protector de Austria, permaneciera cruzado de brazos cuando Hitler pretendiera anexionarse este país. En lo que hace referencia a Francia y la Unión Soviética, no estaban más mezclados en la guerra española de lo que estaban Alemania e Italia y, por tanto, estaban en disposición de hacer honor a sus compromisos con Praga.

Después de haber destituido Hitler a todas aquellas personalidades que, el 5 de noviembre de 1937, habían presentado objeciones a sus planes y haber nombrado a Joachim von Ribbentrop en lugar de Neurath como nuevo ministro de Asuntos Exteriores alemán, conquistó nuevos y relevantes éxitos en su política exterior. El 11 de marzo de 1938, las tropas alemanas ocupaban, bajo el júbilo de los austríacos, la República vecina, sin que Italia interviniera. Poco después, Berlín apoyaba ciertas reclamaciones del Partido de los sudetas alemán, a lo que Checoslovaquia contestó, ordenando la movilización, y el jefe de Estado checoslovaco, Eduardo Benes, llegó a irritar lo indecible a Hitler con su obstinación. Se reveló claramente que las potencias europeas no estaban dispuestas a ir a una guerra a causa de los sudetas. Y por lo que respecta a una intervención rusa, ésta

sólo tendría lugar si, al mismo tiempo, Francia ayudaba a Checoslovaquia y Polonia y permitía el paso de las tropas rusas por sus territorios de soberanía. Pero también Varsovia presentaba reclamaciones sobre territorios checoslovacos. Los franceses, que tenían pleno conocimiento de las limitaciones de su sistema de pactos con el Este, se sentían muy pesimistas. El primer ministro inglés, Neville Chamberlain, se apresuró a aplacar las iras de Hitler.

Fue salvada una vez más la paz, cuando Chamberlain consiguió que el jefe del Gobierno italiano actuara de intermediario, e Hitler se declaró dispuesto a celebrar una conversación en Munich, entre el 29 y el 30 de setiembre de 1938, con Chamberlain, el presidente del consejo de ministros francés, Edouard Daladier, y Benito Mussolini. El espíritu de conciliación de las democracias occidentales alcanzó allí su punto culminante. Sin permitir la intervención de los delegados checoslovacos, los participantes en la conferencia decidieron ceder todas las regiones de los sudetas alemanes al Reich. Alemania había de garantizar las fronteras de la Checoslovaquia mutilada, tan pronto como hubieran sido satisfechas igualmente las reclamaciones territoriales de Polonia y Hungría sobre la República checoslovaca. De esta forma se logró impedir que Hitler destruyera toda Checoslovaquia, pero ahora resultaba evidente que este Estado nacido de la Primera Guerra Mundial, caminaba a pasos agigantados hacia su desintegración total. La Pequeña Entente dejó de existir prácticamente desde aquel momento. Hungría se libró de las cadenas de Trianón, y no paró hasta que el Gobierno de Praga le cedió importantes franjas de terreno, y Polonia ocupó la región de Teschen.

Cuando Chamberlain regresó a Inglaterra estaba convencido de que el Pacto de Munich representaba la «paz en nuestros tiempos», pero no todos los ingleses compartían este optimismo. Winston Churchill, Anthony Eden y Duff Cooper elevaron sus voces y exigieron un rápido rearme. También Daladier calificó, en sus conversaciones con el embajador americano William C. Bullit, el Pacto de Munich como una «grave derrota» a la que seguirían «nuevos avances del canciller alemán». Graves recelos, e incluso medidas de seguridad militar, fueron tomadas, cuando a fines del mes de octubre circularon rumores sobre preparativos de ataque alemanes contra Ucrania. El desencadenamiento de un *progrom* contra los judíos, el 9 de noviembre, y la indignación no disimulada de Hitler contra la continuación de una República checoslovaca, fueron nuevos signos de alarma. El ministro de Asuntos Exteriores italiano, Galeazzo Ciano, reclamó, en un discurso en el Senado, la cesión de Djibuti, Túnez, Niza y Córcega por parte de Francia.

En tales circunstancias, la visita que realizó Joachim von Ribbentrop a principios de diciembre de 1938 a París, no podía contar con perspectivas favorables. El ministro de Asuntos Exteriores del Reich expuso su intención de llegar a un «entendimiento global», pero se presentó con las manos vacías, exigiendo además, nuevas concesiones a los franceses, duramente afectados ya por el resultado del Pacto de Munich: Francia había de declarar que no estaba interesada en el este de Europa y apoyar la devolución de las colonias alemanas. El ministro de Asuntos Exteriores francés, Georges Bonnet, no permitió en ningún momento la discusión de estos temas, y las negociaciones acabaron con una vaga declaración. Las dos partes declararon que el curso de las fronteras entre

Francia y Alemania era «definitivo» y convinieron, «a reserva de sus... relaciones con terceras potencias», consultarse mutuamente.

Este mismo acuerdo de consultarse mutuamente, ya había sido tomado también el 30 de noviembre entre Hitler y Chamberlain. A pesar de ello, fue aumentando el recelo de Occidente. Francia y la Gran Bretaña se veían obligadas continuamente, por culpa de la política exterior de Hitler, a hacer frente a las ansias de hegemonía germano-italianas, sobre todo en España. A pesar de que la gran masa de los voluntarios alemanes e italianos ya habían abandonado este país, el general Franco seguía logrando victorias. Los republicanos lograron hacerse fuertes en Madrid y en las regiones de Levante. Por miedo a que la España falangista pudiera convertirse en un nuevo aliado de las Potencias del Eje, cambiaron París, Londres y Moscú de rumbo. Francia se desentendió por completo del presidente del consejo de ministros Juan Negrín, al que había apoyado hasta aquel momento, y mandó a su héroe nacional, el mariscal Philippe Pétain, como embajador especial al Cuartel general de Franco. Igualmente, la Gran Bretaña rompió sus relaciones con el Gobierno de Valencia, y Stalin puso fin al suministro de armas a la España roja.

La consecuencia inmediata de estas decisiones fue el hundimiento del régimen republicano en España. Posteriormente, la Gran Bretaña, debido a esta jugada hecha a tiempo, logró influir en el curso de la guerra durante los años 1940 a 1943. Sin embargo, el punto de gravedad de la política internacional continuaba en el Este, en donde Hitler apresuraba la desintegración de la República checoslovaca procurando, al mismo tiempo, destruir el prestigio de Francia e Inglaterra.

Desde la Conferencia de Munich los eslovacos y los carpatoucranianos, que continuaban bajo el dominio de los checos, se habían dirigido repetidas veces a Hitler solicitando su ayuda. Poco después, Hungría presentó nuevas reclamaciones territoriales que fueron apoyadas por Polonia. Alemania estimuló en todo momento estas reclamaciones. El 14 de marzo de 1939, proclamó un grupo de revolucionarios la independencia de Eslovaquia, mientras que las tropas húngaras ocupaban, después de corta lucha, la Carpatu-Ucrania. Pocas horas más tarde firmaban el jefe de Estado checoslovaco y su ministro de Asuntos Exteriores, a instancias de Hitler, una declaración en la que «ponían el destino del pueblo y país checo confiadamente en manos del Führer del Reich alemán». La República checoslovaca fue eliminada sin la menor resistencia. Al día siguiente, Hitler creó, con sus fragmentos, el «Protectorado de Bohemia y Moravia», cuya administración, economía y política exterior fue dirigida por Alemania.

El fin de Checoslovaquia significó un golpe terrible para las democracias occidentales. A los sentimientos de duda y arrepentimiento, que habían ensombrecido la opinión pública desde la Conferencia de Munich, se añadía ahora la certeza absoluta de que Hitler se había lanzado a planes imperialistas. El «Rubicón» había sido «cruzado» y Alemania no había cumplido sus promesas de consulta con Francia y la Gran Bretaña. El «golpe de Praga» no estaba, en modo alguno, en consonancia con el «principio de autodeterminación de los pueblos» que había sido proclamado tan solemnemente durante la crisis de los sudetas. En contra de sus repetidas declaraciones de querer eliminar, única y exclusivamente, las «injusticias de Versalles», pero jamás menguar los derechos vitales

de otras naciones, Hitler ocupaba ahora un país no alemán, con los seis millones y medio de habitantes, enemigos fundamentalmente de su régimen.

Este cambio de rumbo en la política alemana, «representaba una derrota personal de los jefes de Gobierno de la Gran Bretaña y de Francia. No sólo a los ojos de sus enemigos políticos, sino también a la vista de muchos observadores neutrales, aparecían ahora como unos fracasados y los principales culpables de que un pueblo inocente cayera víctima de los manejos de Hitler. Chamberlain y Daladier no podían, en modo alguno, continuar el camino que habían iniciado en Munich. Hitler estaba en un profundo error cuando el 18 de marzo declaró, en el castillo del Hradschin, en Praga, que a los quince días «ni una sola persona» hablaría ya de la desmembración de Checoslovaquia. Chamberlain pronunció un discurso en Birmingham que significaba el fin de la política inglesa tal como había sido llevada hasta aquel momento y anunció nuevos contactos internacionales destinados a mejorar las condiciones de seguridad. El 20 de marzo, el ministro de Asuntos Exteriores británico, lord Edward Halifax, declaró en la Cámara de los Comunes: «El Gobierno de Su Majestad, en ningún momento ha dejado de sacar las debidas consecuencias de los últimos acontecimientos...».

Mientras tanto, Hitler reforzaba el recelo ya existente. Inmediatamente después del «golpe de Praga» colocó en un primer plano la cuestión del país de Memel y el problema de Danzig. En otro momento esta medida no hubiera afectado en lo más mínimo el estado de ánimo de las potencias occidentales. En amplios círculos de la opinión pública mundial, se hablaba de las grandes injusticias que se habían cometido cuando en el año 1923 grupos de voluntarios armados habían invadido el país de Memel y lo habían anexionado al Estado lituano, y consideraban igualmente como una grave injusticia el desprecio hacia el derecho de autodeterminación de los cuatrocientos mil alemanes que residían en Danzig que, a partir del año 1919, había sido declarada «Ciudad Libre», una organización estatal sumamente compleja. Pero como consecuencia de la ocupación de Bohemia y Moravia ya nadie creía, sinceramente, que la intención de Hitler fuera libertar a las minorías alemanas. Numerosos observadores ya contaban con medidas para la sumisión de Lituania y Polonia y en donde Memel y Danzig representarían el mismo papel que algunos meses antes el país de los sudetas.

La protección y garantía de los derechos de las minorías raciales alemanas, más allá de las fronteras del Reich, eran, de rigor, para la política exterior de Hitler sólo conceptos de importancia táctica. Cuando así lo consideraba conveniente —en la firma del «Pacto de No Agresión» germano-polaco (1934) y el Eje Berlín-Roma (1937)—, había renunciado en silencio a las mismas. Y también en lo que hace referencia al país de Memel y la ciudad de Danzig debían someterse los puntos de vista de la política nacional a otros objetivos más amplios y superiores. Momentáneamente, Hitler no pensaba en una liquidación de Lituania y Polonia. A diferencia de Checoslovaquia, que acababa de ser desintegrada y que había estado aliada desde el punto de vista militar con la Unión Soviética, estas dos Repúblicas representaban una zona neutral entre Alemania y los bolcheviques. Esta zona debía servir de campo de despliegue para cuando Hitler iniciara su cruzada contra los soviets tal como repetidamente había expuesto a los polacos. Polonia podría actuar entonces de aliado alemán. «Cualquier división polaca —le había

declarado Hitler al embajador Walter Hewel— tiene para mí el mismo valor de una división alemana...».

La artificiosa fraternidad entre Alemania y Polonia había empezado paulatinamente a cambiar de signo desde el 24 de octubre de 1938. Por aquel entonces, el embajador polaco, Jozef Lipski, se había trasladado a Berchtesgaden para recibir, de manos de Ribbentrop, una serie de proposiciones que representaban, por así decirlo, el precio de la participación de Polonia en la desmembración del antiguo Estado checoslovaco y preveían una estrecha colaboración entre los dos Gobiernos. Se trataba, como señaló Ribbentrop, de una «solución global». Polonia debía dar su consentimiento al «regreso de Danzig a la patria», aceptar una vía de comunicaciones extraterritorial entre el llamado Corredor y entrar a formar parte del Pacto Antikomintern. Estos deseos tenían que aparecer como una moderada reanudación de los objetivos del ministro de Asuntos Exteriores alemán Gustav Stresemann. Polonia observó que Hitler no hacía mención de la Alta Silesia, ni de Posen y que le garantizaba un libre acceso al mar.

A pesar de ello, la «solución global» no fue del agrado del Gobierno polaco. Creía no poder renunciar a los derechos especiales sobre el territorio de soberanía de Danzig debido a la actitud chauvinista de algunos amplios círculos de su propio país. Varsovia temía, además, las consecuencias de una alianza demasiado íntima con Alemania. No cabía la menor duda de que el ingreso en el Pacto Antikomintern comprometía a Polonia a los ojos de los gobernantes en el Kremlin. En el caso de una guerra entre Alemania y la Unión Soviética se convertiría en el botín de los bolcheviques o había de depender, atado de manos y pies, de Hitler. Y en cualquiera de los dos casos, esto iba en contra de los intereses nacionales polacos. El ministro de Asuntos Exteriores polaco, coronel Jozef Beck, rechazó, por tanto, las proposiciones de Ribbentrop. Sólo con grandes dificultades logró el embajador alemán, Hans Adolf von Moltke, concertar el 5 de enero una entrevista entre Beck e Hitler, y tres meses más tarde, la correspondiente devolución de visita del ministro de Asuntos Exteriores del Reich, en Varsovia.

La negativa polaca se hizo más firme aún después del «golpe de Praga», motivada también por el más rápido entendimiento entre Alemania y Lituania. El trato de que había sido objeto el último jefe de Estado checoslovaco hizo temer a Beck durante sus entrevistas en Berlín, ya que en las mismas, Hitler amenazó con la guerra y con mandar sus tropas a Danzig. Polonia había de temer igualmente que Alemania apoyara las reclamaciones de Lituania sobre la región de Vilna, que había sido ocupada por los voluntarios polacos. Cuando Hitler, el 21 de marzo de 1939, apenas transcurridas veinticuatro horas de la firma del tratado germanolituano para la devolución de la región de Memel, repitió, en un ultimátum sin plazo, las proposiciones de Ribbentrop a Polonia, el Gobierno de Varsovia procedió a una movilización parcial de sus fuerzas armadas. El 26 de marzo, Beck rechazó, de forma definitiva, las pretensiones alemanas y cuatro días más tarde, Varsovia aceptó las declaraciones de garantía de Londres y París, lo que instó a Hitler a despachar instrucciones secretas a la Wehrmacht para el «Caso Blanco»: el ataque contra Polonia.

Los frentes adquirieron unos contornos más claros. Llama especialmente la atención que Inglaterra, a diferencia de su política anterior a la Primera Guerra Mundial, ya se

comprometiera, de un modo tan prematuro, con su garantía a Polonia y colocara en manos de Varsovia la decisión final. Lo mismo ocurría quince días después, a favor de Rumania y Grecia. Lo que más despertó la atención, mientras tanto, fue la implantación del servicio militar obligatorio. Los ingleses ya lo habían implantado durante los años 1916 a 1918, pero en tiempo de paz siempre habían considerado innecesario el servicio obligatorio. Los laboristas, que estaban en la oposición, los sindicatos y los grupos religiosos protestaron airadamente contra la decisión del Gobierno Chamberlain. Pero cuando el proyecto del Gobierno se convirtió en ley, desapareció la oposición y la Gran Bretaña presentó un cuadro de firme decisión que hubiese debido prevenir a Hitler.

Se hizo evidente la política de contención inglesa, apoyada en secreto por Franklyn Delano Roosevelt. El presidente americano albergaba, desde hacía tiempo, la sospecha de que el Pacto Antikomintern contenía una cláusula secreta que estimulaba al Japón, sin temor ya a las amenazas de intervención rusa, a lanzarse de nuevo a la guerra contra China en perjuicio evidente de los intereses de los Estados Unidos en el Lejano Oriente. Según informes fidedignos facilitados por el embajador americano Joseph C. Grew, desde Tokio, el Pacto Antikomintern había de ser transformado muy pronto en una auténtica alianza militar entre el Japón, Alemania e Italia. En este caso, América se enfrentaba con un aislamiento que Roosevelt consideraba muy peligroso. Por este motivo, decidió actuar. Después que los envíos de material americano a China habían frenado ya el avance de los japoneses, Roosevelt buscó otros medios y caminos para limitar las posibilidades de agresión de Hitler y Mussolini.

Un acta de neutralidad del año 1935 y la mayoría en el Congreso, impidieron al presidente un apoyo directo a la Gran Bretaña, Francia y Polonia. Fracasó en su intento de revisar esta molesta ley, pero Roosevelt logró, con ayuda de William C. Bullitt (París), Joseph P. Kennedy (Londres), Joseph E. Davies (Bruselas), Thomas Biddle (Varsovia) y Laurence A. Steinhardt (Moscú), influir personalmente en la política de «hasta aquí y no más». Es evidente que influyó en las garantías que dieron Francia y la Gran Bretaña y en la implantación del servicio militar obligatorio en Inglaterra. Sus diplomáticos trabajaron activamente para hacer desaparecer los recelos de los ingleses y polacos contra una política de «seguridad colectiva».

Cuando los italianos se apoderaron, el 7 de abril de 1939, de Albania y provocaron con ello una nueva ola de inquietudes y recelos en todo el continente europeo, Roosevelt se dirigió personalmente a Mussolini e Hitler. Presentó una relación de treinta y una naciones y exigió una declaración, según la cual Italia y Alemania se comprometían a respetar los territorios de soberanía de estos países durante los siguientes quince o veinticinco años. Los dictadores contestaron con aguda ironía a esta intervención. Mussolini calificó el mensaje del presidente de un «caso de parálisis cerebral». Hitler mandó preguntar a los Gobiernos de todos los países mencionados si realmente se sentían amenazados. Siria y Palestina no pudieron responder, porque estaban ocupadas por franceses e ingleses, lo que proporcionó una nota trágica a la respuesta a Roosevelt. La contestación de Hitler reveló claramente lo molesto que se sentía por las últimas decisiones de los ingleses y franceses. En su discurso ante el Reichstag, el 28 de abril de

1939, calificó inesperadamente como carente de toda utilidad el Pacto de No Agresión germano-polaco y el Acuerdo naval germano-inglés.

Roosevelt gozaba de una influencia mayor que la del canciller del Reich alemán. El hecho de que la crisis de Albania uniera muy poderosas fuerzas navales anglofrancesas en el Mediterráneo, hasta el punto que Londres y París empezaron a temer por sus posesiones en el Lejano Oriente, favoreció enormemente sus planes. Trasladó las maniobras de las unidades de alta mar americanas del Atlántico al Pacífico con el fin de prevenir al Japón. Las consecuencias no se hicieron esperar, pues las medidas de Roosevelt proporcionaron nuevos argumentos al Gobierno de Kiichiro Hiranuma para rechazar las invitaciones de los políticos y generales amigos del Eje para la firma de una alianza militar entre el Japón, Alemania e Italia. Por este motivo, Hitler tuyo que renunciar, momentáneamente, a la firma del ansiado triángulo Berlín-Roma-Tokio. El 22 de mayo de 1939 fue firmada, sin embargo, la alianza germano-italiana, el llamado Pacto de Acero.

Hitler hizo caso omiso de la nueva situación que se había creado. Una América «judía, negroide y azotada por las huelgas» no podía, en su opinión, desempeñar un papel importante. Sin embargo, se le antojaba necesario «solventar la cuestión del espacio vital alemán» antes de que Roosevelt pudiera conseguir la revisión de la Ley de neutralidad. Lo que impulsó a Hitler a ocuparse seriamente de los planes de ataque contra Polonia, no fue el Pacto de Acero, sino la posibilidad, ya reconocida durante los años 1934-1935, de un entendimiento temporal entre Berlín y Moscú. El 10 de marzo, José Stalin había abierto prudentemente, durante el XVIII Congreso del Partido Comunista ruso, con palabras cuidadosamente estudiadas, una rendija en la puerta por la que posteriormente podían deslizarse los negociadores alemanes. A mediados de abril, se había entrevistado el diplomático soviético Alexej Merekalov, en Berlín, con Ernest von Weizsaecker para darle a entender que la oposición ideológica, que separaba a Alemania de la Unión Soviética, no había de ser un obstáculo para unas «relaciones normales». A principios de mayo mandó sustituir Stalin, inesperadamente, al comisario del pueblo, Maksim Litwinov, durante tantos años difamado por la propaganda de Hitler. Dos semanas después, Wjatscheslav Molotov, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores de Stalin, sostuvo por vez primera una larga conversación con el embajador alemán Friedrich Werner von der Schulenburg.

Hitler quedó tan impresionado por este contacto, que dejó a un lado sus instrucciones del 3 de abril de 1939, y el 23 de mayo, y sin previa consulta, pronunció un discurso ante los altos jefes de la Wehrmacht para informarles de los objetivos concretos de guerra. Alemania, declaró Hitler, había de resolver, sin pérdida de tiempo, sus «problemas económicos». Y esto era completamente imposible «sin invadir países extranjeros». Danzig no era, de ningún modo, el «objetivo», pero lo que sí importaba era «una ampliación del espacio vital hacia el Este», «asegurar la alimentación». A la «primera oportunidad» que se le presentara atacarían a los vecinos orientales para someterlos. Pero antes era necesario aislar Polonia, lo que cabía dentro de lo posible debido a la «falta de interés» ruso-soviético. Sea como fuere debía «evitarse, por el

momento, un conflicto con el Oeste (Francia e Inglaterra)». Por este motivo se reservaba «la orden definitiva para pasar al ataque».

La Unión Soviética se encontraba, por todo lo expuesto, en una posición clave. Como única gran potencia europea todavía no había adoptado una posición concreta y definitiva y, por este motivo, podía negociar al mismo tiempo con ambos lados y averiguar quién estaba dispuesto a ofrecer más por su amistad: Alemania o el Oeste. Mientras los intermediarios de Stalin e Hitler se tanteaban los unos a los otros, con suma prudencia, proponían insistentemente, los embajadores franco-británicos sir William Seeds y Paul Naggjar, al comisariado de Asuntos Exteriores soviético, durante casi cuatro meses, la firma de un pacto de asistencia mutua, mientras Chamberlain y lord Halifax temían que Stalin, en secreto, ya se hubiese decantado por una «no santa alianza» con Hitler. Pero tampoco William Strang, el jefe de la Sección para la Europa oriental, a quien mandaron a entrevistarse con Molotov, logró obtener una seguridad a este respecto. Molotov no enseñó sus cartas. Mencionó Polonia, Rumania, Lituania, Letonia y Estonia, así como también Finlandia y Turquía como Estados que necesitaban ser protegidos y reclamó el derecho de Moscú para intervenir, si así lo creían conveniente.

Lord Halifax y Bonnet mandaron preguntar a varios de esos Gobiernos si estaban dispuestos a dar su conformidad a las proposiciones rusas. Resultó, sin embargo, que todos los Estados de la Europa oriental consideraban a la Unión Soviética como enemigo hereditario y no tenían la menor intención de abrir sus fronteras al Ejército Rojo. Teniendo en cuenta estas circunstancias, las potencias occidentales no podían llegar con Rusia más que a un vago acuerdo político, que obligara a unas conversaciones a fondo entre los respectivos Estados Mayores para ser de algún valor. Una misión militar occidental que presidió el general francés Joseph Edouard Doumenc, se enfrentó muy pronto con nuevas dificultades a su llegada a Moscú. El mariscal soviético Kliment Woroschilov planteó el problema de una «amenaza indirecta» contra la República polaca y exigió para Rusia el libre paso y derecho de ocupación del territorio de soberanía polaco. Inútilmente, Bonnet intentó hacer que el coronel Beck tomara en consideración esta proposición soviética. Y sólo cuando Daladier mandó un ultimátum a los polacos, el Gobierno de Varsovia declaró que daba su conformidad.

Mientras tanto, el Kremlin ya había decidido decantarse a favor de Hitler. En secreto habían sido continuadas las conversaciones preliminares entre el consejero de embajada soviético Georgij Astachov, que poco después eran reanudadas entre Molotov y Schulenburg. Desde fines de junio se dibujaban cada vez más claramente los contornos de un pacto ruso-germano. A principios de agosto, ambas partes dejaron de lado todos los obstáculos. El 19 del mismo mes, Alemania y la Unión Soviética firmaron un importante acuerdo comercial. Pocas horas más tarde, Molotov anunciaba al conde Von der Schulenburg que vería con agrado la visita del ministro de Asuntos Exteriores del Reich. Ribbentrop llegó a la capital rusa la mañana del 25 de agosto de 1939, en donde fue recibido por Stalin y Molotov con los que rápidamente se puso de acuerdo.

El Pacto germano-soviético señalaba que «ninguna de las dos partes participaría en una concentración de fuerzas» que «fuera dirigida contra la otra parte». Una cláusula adicional secreta fijaba para el caso de una «reestructuración territorial-política» las

fronteras de intereses entre Alemania y la Unión Soviética. Esta frontera corría desde el Ártico hasta la desembocadura del Danubio. Finlandia, Estonia y Letonia, aunque no Lituania y la región de Vilna, quedaban dentro de la esfera rusa. Polonia, sin especificar si conservaría o no su independencia, era dividida por una línea que seguía el curso de los ríos Narew, Vístula y San. Finalmente, insistía el Kremlin en su interés especial por la provincia rumana de la Besarabia, en donde el Reich alemán le prometía igualmente plena libertad.

Las potencias europeas reaccionarían de forma distinta ante este pacto. Hitler pronunció, ya el día de la partida de su ministro de Asuntos Exteriores, un nuevo discurso secreto ante sus comandantes en jefe de las fuerzas armadas y declaró que Polonia se encontraba ahora en la situación que él había deseado. Inglaterra y Francia no podrían hacer honor a la garantía que habían dado, y ni siquiera había que temer un bloqueo por mar por parte de los ingleses puesto que el «Este» suministraría al Reich alemán «trigo, ganado, carbón, plomo y zinc». El «camino quedaba libre para los soldados». Varsovia mostraba, mientras tanto, una gran indiferencia hacia el exterior. Pero los nacionalistas más fanáticos incrementaban sus acciones de terror contra los miembros de las minorías alemanas en el país y las baterías antiaéreas polacas atacaban a los aviones de pasajeros extranjeros hasta el punto que Ribbentrop se vio obligado a abandonar la capital rusa con una escolta de caza y uno de sus aviones tuvo que buscar refugio sobre el Mar Báltico.

París fue la ciudad que más profundamente fue afectada por este entendimiento entre Alemania y los soviets. El ministro de Asuntos Exteriores francés, Georges Bonnet, no pudo ocultar sus preocupaciones y durante muchos días temió un nuevo «Munich». Chamberlain y lord Halifax, por el contrario, conservaron una sorprendente sangre fría. Durante el viaje de Ribbentrop hicieron enviarle a Hitler, por medio de su embajador sir Neville Henderson, una carta en la que Chamberlain declaraba que nada cambiaría en las obligaciones inglesas ante Polonia. Después de la firma del Pacto germanosoviético, el Gobierno inglés dio un nuevo paso: como complemento a la promesa de garantía dada a Polonia firmó con Varsovia un auténtico Pacto de Asistencia Mutua.

Hitler se enteró de esta alianza pocas horas después de que, envalentonado por la buena disposición de Stalin, ya había dado órdenes para que el «Caso Blanco» fuera iniciado a primeras horas de la mañana del 26 de agosto de 1939. Aquel mismo día recibió una carta de Mussolini en la que éste le comunicaba que, a pesar de los acuerdos firmados entre los dos países, Italia no estaba en condiciones para ir a la guerra. La inflexibilidad de los ingleses y las dudas y vacilaciones de su aliado italiano, no encajaban dentro de los planes de Hitler. A las 18'15 horas retiró la orden de ataque. El capitán general Wilhelm Keitel, jefe del Alto Mando de la Wehrmacht, hubo de dar la orden de alto a las tropas, ya dispuestas al avance. Los ejércitos se detuvieron sin que se originaran incidentes fronterizos. Tranquilizados, muchos jefes militares respiraron. Cada semana de negociaciones que pasara hacía menos factible lanzar una campaña relámpago contra Polonia, debido a las previstas malas condiciones meteorológicas.

También Hitler estaba al corriente de este problemático plazo de tiempo para lanzar el ataque y, por tanto, se encontraba bajo una fuerte presión exterior. Al parecer, su decisión de atacar Polonia era irrevocable. Le quedaban muy pocos días para evitar la

«gran guerra» engañando a las potencias occidentales. Un entendimiento general entre los Gobiernos de Berlín, Londres, París y Varsovia suponía unas negociaciones que durarían muchas semanas y meses, por no decir años. Las probabilidades de éxito en este caso no eran malas. Sir Horace Wilson, uno de los más íntimos colaboradores de Chamberlain, ya le había sugerido al embajador alemán, Herbert von Dirksen, celebrar conversaciones sobre una división de zonas de intereses económicos germano-británicos, una alianza defensiva y la sucesiva devolución de las colonias. Pero la condición previa era que Alemania renunciara desde un principio a toda acción por la fuerza.

Hitler, sin embargo, sometió a la consideración del Gobierno inglés unas proposiciones sorprendentes. Se comprometía a defender la Mancomunidad británica contra cualquier agresor y garantizar también las fronteras polacas si Inglaterra colaboraba en la solución del conflicto haciendo que Polonia se sentara a la mesa de los negociadores. Este modo de pensar, que Hitler calificó de «generoso», fue rechazado por el Gabinete inglés, pues Inglaterra no quería ejercer la menor presión sobre Polonia por temor a que su aliado pudiera reprocharle algún día el haber sido tratado de un modo tan pérfido como Checoslovaquia. Chamberlain rechazó el ofrecimiento de Hitler y exigió unas negociaciones directas entre Berlín y Varsovia. Con gran sorpresa por parte de todos, Hitler dio, inmediatamente su consentimiento. Nunca, aseguró, había sido la intención alemana «atacar intereses vitales o poner en duda la existencia de un Estado polaco» y precisamente por este motivo, Alemania deseaba la intervención de la Gran Bretaña como intermediario. Invitaba a Londres que hiciera todo lo que estuviera en sus manos para que el 30 de agosto de 1939 «un plenipotenciario polaco» se presentara en Berlín.

Sir Neville Henderson fue de la opinión que esta nota era muy semejante a un ultimátum. Sin embargo, sin pérdida de tiempo, la transmitió a Londres. El embajador estaba convencido de que su Gobierno, en el acto, avisaría a Varsovia. Pero el Gabinete británico tomó otra decisión. Cuando Birger Dahlerus, un ingeniero sueco que actuaba de intermediario entre Alemania y Londres, en nombre del ministro y mariscal de campo Hermann Goering, llegó, la mañana del 30 de agosto, otra vez a la capital inglesa, comprobó que allí acababan de rechazar las últimas proposiciones de Hitler. Poco después, Henderson recibió nuevas instrucciones en el sentido de invitar a Alemania a seguir los caminos diplomáticos normales. Hacia medianoche sostuvo el embajador una excitada conversación con el ministro de Asuntos Exteriores del Reich. Ribbentrop le leyó una serie de «justas proposiciones de negociación» que habían sido estructuradas por una sección de su Ministerio y que hacían referencia a todos los problemas de Danzig y del Corredor. Se negó, sin embargo, a entregarle al embajador una copia por escrito de estas proposiciones, alegando que al no haber hecho acto de presencia el plenipotenciario polaco, y sabiendo que en Varsovia habían decretado la movilización general, aquéllas carecían ya de toda utilidad.

Sin embargo, todavía existían algunas probabilidades para evitar la guerra. Hitler había aplazado por segunda vez su orden de ataque. Henderson se enteró, pocas horas más tarde, por medio de Dahlerus, que le llamó con el consentimiento de Goering, de nuevos detalles sobre aquellas proposiciones alemanas que no le habían sido entregadas

por escrito. Los detalles que ahora obraban en poder del embajador podían ser, en determinadas circunstancias, un fundamento muy valioso para las negociaciones germano-polacas. Alemania insistía en la devolución de Danzig, pero estaba dispuesta, en relación con el Corredor, a esperar el resultado de un plebiscito popular y la parte que perdiera gozaría de un paso libre entre Pomerania y la Prusia oriental, en el caso de Alemania, y entre Polonia y Gdingen en el otro caso, y la protección de las minorías sería confiada a una Comisión internacional. Nuevamente, Henderson informó a su Gobierno y a los embajadores de Francia y Polonia en Berlín. Las actividades diplomáticas experimentaron su último febril punto culminante. Mientras el Quai d'Orsay casi suplicaba, tembloroso, al Gobierno de Varsovia que tomara en consideración las proposiciones de negociación alemanas, también deseaba Downing Street que «los polacos se mostraran dispuestos a negociar».

Varsovia no había dado hasta el momento un paso concreto para poner fin a los sangrientos desmanes de aquellos grupos semioficiales de patriotas que habían aniquilado de tres a cuatro mil miembros de las minorías alemanas. No puso fin a estos desmanes, sino que continuó en sus odiosas propagandas periodísticas que no tenían nada que envidiar a las alemanas. El coronel Beck había estado dispuesto a una negociación; pero, finalmente, con el pensamiento fijo en Munich y Praga se había decidido a rechazar todas las proposiciones alemanas y cualquier presión exterior sobre Polonia. A esto se debe que el embajador polaco Jozef Lipski, a pesar de todos los argumentos esgrimidos por las potencias occidentales, no recibiera personalmente plenos poderes, sino que fuera comisionado única y exclusivamente a establecer contacto cuando fue enviado, el 31 de agosto, a presencia de Ribbentrop.

Lipski leyó una corta nota, según la cual Varsovia había accedido a la invitación británica de entablar negociaciones directas y dentro de poco daría su contestación a las últimas proposiciones alemanas. Ribbentrop se mostró muy descontento.

—¿Está provisto de plenos poderes para negociar ahora mismo con nosotros? —preguntó.

Lipski contestó en sentido negativo.

—En este caso, no merece la pena que continuemos hablando —replicó el ministro de Asuntos Exteriores del Reich.

Había sido tomada la última decisión. Poco antes de la conversación entre Ribbentrop y Lipski, Hitler ya había dado su orden definitiva para la invasión de Polonia por las fuerzas armadas alemanas. Al propio tiempo, Reinhard Heydrich, el jefe de la recién creada Oficina Central de Seguridad del Reich, ordenó al SS-Standartenführer Alfred Helmut Naukocks, que el 31 de agosto de 1939, a las veinte horas, fingiera un ataque de los voluntarios polacos contra la estación de la emisora de radio de Gleiwitz situada muy cerca de la frontera. Este ataque fue llevado a la práctica e Hitler tuvo así un pretexto para desencadenar la guerra el día siguiente por la mañana.

L A G U E R R A

1

LA CAMPAÑA DE POLONIA, 1939

La decisión del ataque contra Polonia la tomó, única y exclusivamente, Hitler. Ni el Gobierno, cuyos ministros desde el año 1937 no habían vuelto a asistir a una reunión del Consejo de ministros, ni el Reichstag habían sido consultados previamente por él. La repetición de la palabra «yo» en su discurso del 1.º de setiembre de 1939, es demostrativa del carácter egocéntrico de aquella decisión irrevocable: «Yo he dicho..., yo he comprobado..., yo he decidido... Yo dirigiré esta guerra contra quien sea...», y, finalmente, señalando el gris de su propio uniforme, remarcó sus obligaciones personales: «Yo me he vuelto a poner esta guerrera que siempre ha sido la más amada y sagrada para mí. Y yo no me la volveré a quitar, hasta haber alcanzado la victoria, o..., ¡yo no sobreviviré al final!».

El discurso de Hitler fue seguido por las habituales manifestaciones de aprobación del Reichstag. Pero la gente de la calle no expresaba júbilo. Si sólo se hubiera tratado de una campaña contra Polonia, que no provocara luego una guerra mundial, muchos alemanes, al recordar las injusticias cometidas durante los años 1919 a 1920 y los desmanes más recientes contra los miembros de la minoría alemana que residía en este país, no hubieran osado hacer objeciones de índole moral. Pero miraban llenos de preocupación hacia Francia e Inglaterra. El recuerdo de la guerra de los dos frentes, la pesada carga de los años 1914-1918 había renacido. Eran pocos los que consideraban necesario un nuevo contraste de fuerzas con las potencias occidentales. Sin embargo, bajo los efectos de la propaganda, algunos observadores superficiales creían que esta vez Alemania no tendría necesidad de pasar por pruebas tan severas, puesto que el intento de cerco británico y, con toda probabilidad, el previsto «bloqueo de hambre» quedaba descartado por la conclusión del Pacto germano-soviético.

Pero la Wehrmacht estaba todavía menos jubilosa que el pueblo por la declaración de guerra, dado que tenía plena conciencia del límite de sus posibilidades. Casi todos los militares de alta graduación sabían que el armamento del Reich era de carácter defensivo y que no podría ser terminado hasta el año 1943. El Ejército no podía llamar a filas más que a cinco remplazos completos y a diferencia de las 98 divisiones de combate del año 1914, sólo disponía de una «primera ola» de 52 grandes unidades. Y también la Luftwaffe, aunque numéricamente muy poderosa, presentaba muchos fallos. La falta de reservas de combustible y munición, así como de submarinos listos para hacerse a la mar y paralizar el comercio marítimo inglés, demostraban aún con mayor claridad hasta qué punto Hitler «baladronaba» al desencadenar una guerra que no había de limitarse al conflicto germano-polaco.

El Ejército del Reich no iba a impresionar a sus enemigos. Los dirigentes militares, que estaban perfectamente al corriente de sus posibilidades y veían que detrás de las fortificaciones no terminadas del «Westwall», momentáneamente, sólo ocupaban sus

posiciones 8 divisiones activas y 25 divisiones de la reserva con munición para sólo tres días de lucha frente a unas 90 grandes unidades francobritánicas, mientras que en el Este, 44 divisiones activas, varias unidades de la reserva y algunos regimientos eslovacos habían de derrotar en un plazo de tiempo muy breve al Ejército polaco, numéricamente casi igual, no podían creer en una victoria, o habían de llegar a la conclusión de que Hitler, por motivos aún desconocidos, tenía la certeza de una inacción por parte del campo occidental. Al parecer, el canciller no había informado debidamente a los generales, y, por este motivo, durante el primer día ya surgieron una serie de divergencias en las relaciones entre los políticos y los dirigentes de la guerra. Estas relaciones habían de ser mucho más problemáticas en el curso de los años siguientes, en parte por la actitud dictatorial de Hitler y, en parte, porque el mando de la Wehrmacht no estaba organizado como hubiera sido necesario.

Hitler, que ostentaba el cago de «Führer y Canciller del Reich», era, al mismo tiempo, «comandante supremo de la Wehrmacht». Sus instrucciones militares eran avaladas desde el 4 de febrero de 1938 por el capitán general (futuro mariscal de campo) Wilhelm Keitel. Este ocupaba el cargo de ministro del Reich y en su calidad de «jefe» estaba al frente del «Alto Mando de la Wehrmacht» (OKW). Este Alto Mando tenía a sus órdenes directas una serie de oficinas, de las cuales las más importantes eran la «Wehrmachtsfuehrungsamt» (Dirección de las Fuerzas Armadas) (Jodl), a partir del 8 de agosto de 1940 llamada «Wehrmachtsfuehrungsstab», la «Abteilung Landesverteidigung» (Warlimont), transformada durante el invierno de 1941 a 1942 en la oficina del «Stellvertretenden Chefs des Wehrmachtsfuehrungsstabes», y el «Abwehr» (Canaris). Dependían directamente de aquel Alto Mando (OKW), el Alto Mando del Ejército (OKH), Alto mando de la Luftwaffe (OKL) y Alto Mando de la Marina de Guerra (OKM).

Al frente del Alto Mando del Ejército, Hitler había colocado al capitán general (futuro mariscal de campo) Walther von Brauchitsch. El jefe del Estado Mayor general, era el general (futuro capitán general) Franz Halder. La institución más importante del Alto Estado Mayor la constituía la «Sección de Operaciones» (dirigida primera por Greiffenberg, luego por Heusinger y otros). El Alto Mando del Ejército contaba además con otras organizaciones de mando, por ejemplo, el «Heerespersonalamt» (B. Keitel), el «Oberquartiermeister» (H. v. Stülpnagel) y el «Befehlshaber des Ersatzheeres» (Fromm). El país estaba dividido en «Wehrkreiskommandos» (regiones militares). En el frente la dirección incumbía generalmente a los «Armeeoberkommando» (AOK) (Alto Mando de los Ejércitos) de los cuales dependían los Cuerpos de Ejército. Estos estaban formados a su vez por las Divisiones y las Unidades especiales. En las campañas de mayor envergadura fueron reunidos varios Ejércitos en «Grupos de Ejércitos».

El Alto Mando de la Luftwaffe estaba en manos del mariscal general de campo (desde 1940 «Reichsmarschall»), Hermann Goering y su jefe de Estado Mayor Hans Jeschonnek. Entre las secciones más importantes de esta Arma figuraban el «Luftwaffenfuehrungsstab» (Estado Mayor General de Aviación), (Hoffmann von Waldau), «Secretariado de Estado para la Navegación Aérea» (Milch) y una «Dirección de Material» (Udet). Desde el Alto Mando de la Luftwaffe las órdenes se ramificaban a

través de las «Ausbildungs-und Ersatzkommandos» y los «Luftwaffenkommandos» daban las órdenes a las tropas en el frente. A diferencia de las fuerzas aéreas de otros países, formaban parte de la Luftwaffe alemana no sólo el personal de a bordo de los aviones y el personal auxiliar de tierra, sino también la artillería antiaérea, transmisiones aéreas y paracaidistas y, al final de la guerra, incluso unidades de tierra como las Luftwaffen-Felddivisionen.

El Alto Mando de la Marina de Guerra lo ocupó hasta el año 1943 el almirante (posteriormente gran almirante) Erich Raeder. El jefe del Estado Mayor de la «Seekriegsleitung» (SKL) en setiembre de 1939 era el almirante Otto Schniewind. El «Marinekommandoamt» tenía las mismas atribuciones que el Almirantazgo británico. En el curso de las hostilidades fueron creados por Raeder varios «Gruppenkommandos» que dictaba las órdenes a la «Flota» y el «Jefe de la Flota» (primero Boehm, luego Marschall y posteriormente Lütjens). El antiguo «Führer de los submarinos, dependiente del Alto Mando de la Flota (a partir de 1940 «comandante en jefe») (Doenitz) adquirió muy pronto una posición independiente debido a la creciente importancia de su Arma. El «Marinewehramt» para asuntos administrativos, un «Allgemeines Marineamt», que garantizaba la preparación técnica de los astilleros y vehículos así como el «Marinekonstruktionsamt» constituían importantes fundamentos en la estructuración del Alto Mando de la Marina de Guerra.

En esta organización de mando faltaba la necesaria colaboración. Cada Alto Mando tenía una gran independencia. La ambición de Goering impedía la oportuna organización de las unidades de aviación de la Flota con aviones torpederos y aviones para la lucha contra los submarinos. A pesar de las experiencias de los años 1917-1918 la Marina de guerra no estaba suficientemente preparada para las operaciones anfibias en estrecha colaboración con el Ejército. Este no contaba con aviones de transporte y enlace propios y padecía frecuentemente por falta de una suficiente información por parte de Hitler y del Alto Mando de la Wehrmacht. Finalmente se llegó a una absurda división de escenarios de guerra, unos a las órdenes directas del Alto Mando de la Wehrmacht y otros al mando del Alto Mando del Ejército. Dinamarca, Noruega, Finlandia del Norte, África e Italia, así como los Balcanes, Francia, Bélgica y Holanda que hasta el mes de marzo y julio de 1941, respectivamente, habían sido incumbencia del Alto Mando del Ejército, se convirtieron en zona de operaciones del Alto Mando de la Wehrmacht. El Alto mando del Ejército mandaba única y exclusivamente en el Oeste (hasta marzo de 1941), Yugoslavia y Grecia (hasta julio de 1941) así como Rusia (a partir del 8 de julio de 1941). Dado que el Alto Mando de la Wehrmacht nombraba comandantes supremos especiales en «sus» escenarios de guerra, debía cambiar continuamente su organización para adaptarse a sus necesidades de mando. En el curso de la guerra fueron surgiendo diversos Altos Estados Mayores al frente de la Wehrmacht alemana.

Esta falta de colaboración entre las Armas de la Wehrmacht y los Estados Mayores generales fue incitada personalmente por Hitler que deseaba obtener el mando único sobre todo y temía siempre que un general pudiera reunir demasiado poder en sus manos. E incluso algunos funcionarios de su partido disminuyeron la eficacia de las fuerzas armadas tradicionales al crear sus propias organizaciones militares. Esto atañe en primer

lugar a Hermann Goering, que a causa de su cargo de sucesor del «Führer y Canciller del Reich» y los muchos cargos ministeriales y del partido que le habían sido confiados, apenas tenía exacta conciencia del verdadero estado de la situación militar y por motivos puramente personales aumentó exageradamente el personal de tierra de la Luftwaffe. Igualmente nefasto para la organización y administración del Ejército de tierra fue la creación, por Heinrich Himmler, de las Waffen-SS. Al principio de la guerra había sido una unidad de la reserva con 35.000 hombres y, al final de las hostilidades, contaba con 830.000 soldados (un Alto Mando de los Ejércitos, siete Cuerpos de Ejército, 23 divisiones, 5 brigadas y varias unidades especiales).

El hecho de que la Wehrmacht, a pesar de todos sus defectos e insuficiencias, alcanzara una serie de victorias, se debe primordialmente a dos causas: el temporal adelanto de las fábricas de armamento alemanas en la producción en masa de modernas armas y la presencia de un Cuerpo de oficiales capacitado. Los Ejércitos alemanes disponían, cuando se inició el ataque contra Polonia, de numerosos carros de combate, que, agrupados en Cuerpos acorazados y apoyados por divisiones de infantería plenamente motorizadas y los aviones de bombardeo en picado del modelo «Ju 87», podían recorrer largas distancias. Al mismo tiempo había en todos los grados del mando militar muchos hombres que eran lo suficientemente ingeniosos, competentes y enérgicos para aprovecharse debidamente de las posibilidades de éxito que le se les ofrecían. La Primera Guerra Mundial y la Reichswehr de la República de Weimar habían creado suficientes oficiales. Tampoco el Cuerpo de suboficiales alemán durante los años 1939-1940 tenía ningún país beligerante que pudiera comparársele en instrucción y número.

En la situación en que se encontraba Alemania en el año 1939, indiscutiblemente le favorecieron las vacilaciones de Francia. Si el Gobierno francés hubiese hecho honor al pacto Gamelin-Kasprzyki, que había sido firmado hacía pocas semanas, y lanzado, por lo tanto, una gran ofensiva, Hitler se hubiese encontrado en una situación sumamente comprometida. Pero el Jefe del Estado francés, Albert Lebrun, su jefe de Gobierno, Edouard Daladier, el ministro de Asuntos Exteriores Georges Bonnet y el generalísimo Maurice Gamelin dudaron durante muchos días entre la proposición italiana de celebrar una conferencia internacional y el punto de vista representado por la Gran Bretaña de que las potencias occidentales debían declararle la guerra a Hitler. Mientras en el Quai d'Orsay calibraban prudentemente todas las posibilidades, los comunistas franceses empezaron a instancias del Kremlin, una campaña a favor de Hitler según la consigna: «*Mourir pour Dantzig? Non!*».

Todo esto contribuyó a reforzar a Hitler en su opinión de que podía lanzarse al ataque contra Polonia sin que ello provocara una Segunda Guerra Mundial. No podía imaginarse que Francia y la Gran Bretaña pudieran querer derramar la sangre, a causa de la ciudad Dantzig. Para ello la democracia francesa se le antojaba demasiado «decadente». Inglaterra, mientras Stalin suministrara a la industria de guerra alemana las primeras materias y los víveres que le hacían falta, no estaba en condiciones de vencer al Reich por medio de un bloqueo naval. Por este motivo Hitler rechazó, el 31 de agosto, una invitación del embajador italiano Bernardo Attolico y contestó a Mussolini que renunciara a todos los proyectos de conferencia. El Canciller del Reich quería evitar un

nuevo «Munich» que impediría la «solución radical» que él quería aplicar a Polonia. Cuando Mussolini, no obstante, continuó buscando una solución, demostrando con ello lo poco dispuesta que estaba Roma a intervenir en una guerra, lo acogió el Gobierno francés con un evidente suspiro de alivio. El entendimiento entre París y Londres sufrió un nuevo impulso. El 3 de setiembre de 1939, sir Nevile Henderson y Robert Coulondre entregaron en Berlín un ultimátum de texto idéntico, en el que fijaban un plazo de tiempo para pocas horas más tarde y que entrañaban la entrada en la guerra de las dos potencias occidentales europeas.

Hitler sufrió una desagradable sorpresa. El jefe intérprete Paul Schmidt, cuya misión estribaba en traducir la nota inglesa, explica que el Canciller del Reich quedó como «petrificado». Pero los días y semanas siguientes parecían darle toda la razón a Hitler. Francia y la Gran Bretaña no hicieron nada en ayuda de Polonia. Los franceses se mantuvieron detrás de la Línea Maginot, en la frontera del noroeste y el Cuerpo Expedicionario inglés se concentraba lentamente en el continente. Solamente las cordilleras de Warnd, en Sarrebrücken, fueron ocupadas temporalmente por las tropas francesas... y esto fue para París motivo suficiente para engañar a Varsovia anunciando por el éter una ofensiva de distracción. Mientras, se fueron desarrollando entre las posiciones alemanas y francesas en el alto Rin unas relaciones casi amistosas. «*Drôle de guerre*» —una cómica guerra— fue el nombre dado a esta situación por parte de los franceses.

Polonia estaba perdida. Abandonada por sus aliados, el comandante en jefe polaco, general Edward Rydz-Smigly, hubo de renunciar a su intención de efectuar un avance sobre Berlín. Una falsa valoración de sus propias fuerzas y consideraciones políticas le impidieron hacer lo único acertado: retirar el Ejército polaco detrás de los ríos Narew, Vístula y San, en donde habría quedado menos expuesto al peligro de cerco. El Gobierno de Varsovia era contrario, sin embargo, a ceder militarmente las provincias occidentales. Rydz-Smigly se sujetó, por lo tanto, al plan del antiguo ministro de la Guerra Kazimiers Sosnkowski, de acuerdo con el cual tres Grupos de Ejército se concentraron alrededor de las ciudades de Posen, Lodz y Cracovia, e hicieron avanzar la masa de su caballería contra la frontera alemana. Prácticamente, esto significaba renunciar a la formación de un punto de gravedad. Las fuerzas polacas fueron desperdigadas. Debido a que estaban motorizadas de un modo insuficiente, no podían aprovechar las ventajas de disponer de comunicaciones interiores.

El Ejército alemán contaba con favorables posiciones de partida. Se había concentrado en la Prusia oriental, en Pomerania y en Silesia, así como también en el territorio de Eslovaquia, un país aliado, de modo que dominaban toda la Polonia occidental. Fueron formadas dos alas de ataque: los Grupos de Ejércitos Sur (Rundstedt) y Norte (Bock). El primero, al mando del capitán general Gerd von Rundstedt, contaba con tres grandes formaciones, el Octavo Ejército (Blaskowitz) al noroeste de Breslau, el Décimo Ejército (Reichenau) alrededor de Kreuzberg-Lublitz y el 14 Ejército (List), cuya ala izquierda estaba en Gleiwitz, mientras que la derecha estaba escalonada profundamente por el territorio de los Cárpatos eslovacos. El capitán general Fedor von Bock estaba al mando de sólo dos de estos Cuerpos de Ejército, el Tercer Ejército

(Küchler) y el Cuarto Ejército (Kluge.) Se encontraban a ambos lados del Corredor, donde habían de establecer contacto y, al mismo tiempo, avanzar en dirección norte, junto con el Décimo Ejército de Reichenau, encargado del esfuerzo principal.

La campaña comenzó con la intervención en masa de la Primera Flota aérea (Kesselring). El 1 de setiembre de 1939 a las 4.40 de la mañana despegaron cerca de 1.500 aviones para el ataque contra casi todos los campos de aviación de cierta importancia en las regiones occidentales de Polonia. En esta acción fueron destruidos la mayor parte de los aviones enemigos antes de que pudieran despegar. Durante las siguientes cuarenta y ocho horas sólo hicieron acto de presencia unos pocos cazas y aviones de exploración polacos, pero también éstos fueron abatidos casi en su mayoría. Inmediatamente después de haber asestado este primer golpe, las formaciones de bombarderos alemanes se lanzaron contra las comunicaciones, puesto que se pretendía obstaculizar y anular del modo más rápido y eficaz, los movimientos del Ejército polaco. El resultado fue la desaparición de la red de comunicaciones polaca al oeste de Varsovia y una destrucción a fondo de todos los nudos ferroviarios de importancia. Las unidades que habían de trasladarse a sus puntos de concentración ya no llegaron a los mismos. Las reservas del Ejército tuvieron que quedarse en su mayor parte al otro lado del Vístula y quedó completamente desorganizado el servicio de intendencia.

Mientras la Luftwaffe asestaba estos golpes, el Ejército también había iniciado su ataque contra Polonia. Los combates iniciales del ala izquierda del 14.º Ejército contra el cinturón de fortificaciones enemigo en la zona fronteriza exigieron sacrificios sangrientos. Esta dura lucha fue decidida rápidamente por el avance del XXII Cuerpo acorazado (Kleist) desde la Alta Tatra en la región entre Cracovia y Tarnov. Puesto que también el XVIII Cuerpo alpino (Beyer) cruzó los Cárpatos y las tropas eslovacas asaltaron el puerto orográfico del Duckla, lo que obligó a los polacos a ceder toda Galitzia occidental para, apoyándose sobre la fortaleza de Przemysl, organizar un nuevo frente defensivo a las órdenes del general Kazimiers Sosnkowski al otro lado del San. Pero no llegaron a tiempo para ello. Przemysl fue conquistada el 13 de setiembre. Las divisiones alemanas cruzaron el San y avanzaron sus unidades con fuerte artillería hasta las afueras de la ciudad de Lemberg.

Gracias a estos éxitos, List contaba con todas las ventajas previas para un rápido ataque del Décimo Ejército. Más al norte, Blaskowitz, con sus unidades menos potentes debía realizar una misión análoga. Llegó hasta la región de Lodz en donde tuvo que hacer frente a fuertes ataques contra sus flancos por parte de los «Grupos de Ejército Posen» del general Wladyslaw Bortnowski que avanzaban en dirección sur y que causaron graves pérdidas al X (Ulex) y XIII Cuerpos de Ejército (Weichs). Mientras tanto, el Décimo Ejército de Reichenau gozaba de una completa libertad de movimientos. En ininterrumpido avance, el XV Cuerpo motorizado (Hoth) y el XVI Cuerpo acorazado (Hoepner) alcanzaron el Vístula. Hoth conquistó los puentes cerca de Opatow y Demblin. Al otro lado de Radom se cerraba la primera bolsa alrededor de siete divisiones enemigas. Hoepner atravesó el río Gorja Kalwaria y alcanzó Varsovia, de la que habían huido el jefe de Estado, el Gobierno y las autoridades pocas horas antes.

La tensa situación en el ala izquierda del Octavo Ejército (Blaskowitz) no le causaba a Rundstedt, el comandante en jefe de los Grupos de Ejército Sur, tantas preocupaciones como sus comandantes locales. Se negó a enviarle a Blaskowitz el Cuerpo acorazado del Décimo Ejército que aquél le había pedido. Le era mucho más importante aprovechar la crisis que se había originado para cercar las tropas polacas. Esto se hizo factible, pues en el Grupo de Ejércitos Norte, el Tercer y el Cuarto Ejércitos habían logrado establecer contacto y ejercían una gran presión sobre el Vístula entre Plock y Modlin. Cuando Küchler cruzó el río con un Cuerpo de Ejército en dirección sur y los dos Cuerpos más avanzados del Décimo Ejército se dirigieron hacia el oeste siguiendo órdenes de Rundstedt, se libró la batalla del Bzura, que se convirtió en la más importante de toda la campaña. Durante la noche del 17 de setiembre cedió la resistencia de 12 a 20 divisiones enemigas que ya no veían ninguna salida: 170.000 soldados polacos entregaron las armas.

Con ello se había decidido la campaña militar. La defensa de la fortaleza de Modlin por el general Wiktor Thommée, los nueve días de lucha sangrienta alrededor de la ciudad de Lemberg, en los que el general Wlasylaw Langner había ostentado el mando de las fuerzas, la encarnizada resistencia del general Bronislaw Prugar-Ketling en los bosques de Janov, los ataques de los hulanos cerca de Krechowce, la obstinada defensa de los soldados polacos en pequeños puntos de apoyo en la Westerplatte, Oxhöft y Hela bajo el fuego de los viejos acorazados «Schleswig-Holstein» y «Schlesien», habían constituido inútiles actos heroicos que ya no podían cambiar la suerte de Polonia. Mientras tanto, dos grandes unidades acorazadas habían iniciado una maniobra de cerco muy hacia el este, impidiendo a las últimas reservas polacas la posibilidad de intervenir en la lucha. Procedentes de Pomerania, a través del Corredor, la Prusia oriental meridional y la llanura de Bobr-Narev, avanzaba el XIX Cuerpo acorazado (Guderian). Conquistó Brest-Litowsk y llegó hasta Wlodowa en donde estableció contacto con el XXII Cuerpo acorazado (Kleist).

El día en que cayó Brest-Litowsk, y en donde entregaron las armas los últimos soldados del «Grupo de Ejército Posen», numerosas divisiones soviéticas atravesaron la frontera oriental polaca. Hitler, que quería impresionar nuevamente a las potencias occidentales por medio de una nueva demostración del entendimiento ruso-germano, había insistido en que fuera realizada esta invasión. Pero el Kremlin ya estaba decidido a este ataque y desde hacía dos semanas había iniciado todos los preparativos para llevarlo a la práctica. Un Grupo de Ejércitos a las órdenes del mariscal Semion K. Timoschenko había de asegurarse la parte rusa en la «cuarta partición» de Polonia. A última hora del 17 de setiembre Molotov anunció que el Gobierno polaco ya no daba señales de vida y que, por consiguiente, consideraba caducados todos los tratados con el mismo, desapareciendo por lo tanto, las antiguas fronteras polacas. Las tropas ya avanzaban desde la mañana. Vencieron toda la resistencia que encontraron a su paso. Los alemanes hubieron de retirarse de los alrededores de Lemberg. El general Lagner capituló ante Timoschenko, cuando el jefe del Estado Mayor soviético mariscal Boris M. Schaposchnikov en Moscú le garantizó una retirada libre hacia Rumania. Pero desapareció en compañía de 217.000 soldados polacos detrás de las alambradas rusas.

A pesar de que la campaña ya había terminado, organizó el general polaco Juliusz Rommel, conjuntamente con el alcalde Stefan Starzysnki y el príncipe Zdzislaw Lubomirski la defensa de Varsovia. La ciudad ya había sufrido daños a causa de los bombardeos y tenido víctimas inocentes cuando los aviones de Hitler habían atacado sus estaciones. Sin embargo, no respondió a los ultimátums de rendición. Mientras un gran número de divisiones alemanas emprendían la marcha hacia el oeste fue iniciado por el general Johannes Blaskowitz el cerco de la ciudad. Un intenso fuego de artillería destruyó las viejas fortificaciones exteriores. Los ataques de infantería asolaron las afueras de la ciudad en donde fueron destruidos numerosos edificios. Al tercer día capituló el comandante de la fortaleza. Veinticuatro horas después se acallaron las baterías ante Modlin. El 2 de octubre se rendía el pequeño puerto militar de Hela.

No se conoce el número de soldados polacos que fueron desarmados por la Wehrmacht. Dicen que las cifras dadas por los soviets con relación al número de prisioneros hechos por ellos son exactas. Unos 60.000 polacos huyeron a Lituania y Letonia. Unos 100.000 fueron internados por los húngaros y los rumanos. Con ellos también cruzaron la frontera el jefe de Estado Ignacy Moscicki, el jefe del Gobierno y del Ejército. Puesto que carecían de libertad de movimientos, el 30 de setiembre, en París, Wladymir Raszkiewicz, el antiguo woiwode, de Pamerellen, constituyó un Gobierno en el exilio al mando del general Ladislaus Sikorski. El nuevo jefe de Gobierno organizó, preferentemente con polacos voluntarios que residían en el extranjero, unas fuerzas armadas propias y paulatinamente logró adquirir cierta influencia sobre la población de su propia patria ocupada por el enemigo. Francia, la Gran Bretaña, los Estados Unidos y casi todos los Estados de la Mancomunidad británica lo reconocieron como el sucesor legal del desaparecido Estado polaco.

Hitler no pensó ni por un momento en ofrecer negociaciones de armisticio al Gobierno Sikorski. Creó para Polonia, al término de la «Campaña de los 18 días», una administración militar al mando del capitán general Gerd von Rundstedt. La situación política en el escenario de guerra continuaba siendo muy embrollada. Dantzig había sido incorporada ya inmediatamente después de haber estallado las hostilidades a Alemania por el Gauleiter nacionalsocialista Albert Forster. Lituania mandó, después de haber dado el Kremlin su conformidad, fuertes contingentes armados a la región de Vilna y se anexionó esta provincia. Las divisiones soviéticas ocuparon unos 200.000 kilómetros cuadrados de territorio polaco sin tener exactamente en cuenta la línea de demarcación que había sido establecida previamente entre el Reich alemán y la Unión Soviética. Para llegar a un entendimiento «definitivo» Ribbentrop y Molotov firmaron el 28 de setiembre en Moscú, un nuevo tratado señalando nuevas fronteras que cambió el anexo secreto del pacto del 25 de agosto. Stalin cedía a Hitler las ciudades de Lublin y Varsovia así como el Suwalkizipfel, mientras que, en cambio, Estonia, Lituania y Letonia caerían bajo la zona de influencia soviética.

Este entendimiento germano-ruso no causó en las potencias occidentales la impresión que Hitler había confiado. Dado que los anexos secretos de los tratados de Moscú no fueron conocidos hasta los años 1945-1946 no podía saberse hasta qué punto Berlín y Moscú estaban de acuerdo. El avance del Ejército soviético fue considerado, por

lo tanto, por los Aliados, como un acto de fuerza unilateral que pronto provocaría complicaciones armadas entre los dos dictadores: Hitler y Stalin. Y que este conflicto redundaría entonces en favor de las democracias occidentales, lo consideraban como lo más lógico y natural, la mayoría de los observadores. Los miembros de los Gobiernos aliados cobraron nuevos ánimos. Aunque estaban obligados por sus compromisos con Polonia, a declararles ahora también la guerra a Rusia, tanto París como Londres renunciaron cautelosamente a dar este paso y a prestar cualquier posterior ayuda a Polonia. Renacía de nuevo la esperanza de una alianza occidental-oriental.

Esta confianza era compartida por Washington, en donde el presidente Franklin Delano Roosevelt revelaba un gran interés en dominar a Hitler. La Constitución americana y un Acta de Neutralidad del año 1935 le imposibilitaban totalmente desenterrar el hacha de guerra. Sin embargo, halló ciertos fallos en las leyes, que le permitían el apoyo a los franceses e ingleses por parte de los Estados Unidos. Roosevelt esperó intencionadamente unos días después de haber estallado las hostilidades con la prevista declaración legal que dio tiempo a las fábricas de armamento a enviar material a los franceses e ingleses. Y cuando el presidente se vio en la obligación de poner en vigor el Acta de Neutralidad fue convocada, a instancias suyas, una reunión especial del Congreso que había de anular la cláusula de embargo que figuraba en aquella ley. Roosevelt expuso al pueblo de los Estados Unidos «la sencilla e invariable situación de las relaciones internacionales modernas» en el sentido de que ya no existía una auténtica neutralidad.

Pero, de pronto, el presidente se vio ante el dilema de declarar si estaba dispuesto a actuar como «honrado intermediario» para que fuera concertada la paz entre las grandes potencias europeas que estaban en guerra. Esta pregunta le fue dirigida por el exportador americano William R. Davis que, a instancias de Goering, había emprendido el vuelo de Houston a Washington. Davis había recibido beneficiosos pedidos de grandes cantidades de petróleo de Tejas para la Luftwaffe alemana y sólo podía realizar este negocio si Alemania no era bloqueada por la Flota inglesa y por este motivo estaba interesado en una limitación de la guerra de Polonia. Roosevelt aceptó sin vacilaciones de ninguna clase la proposición de su amigo, antiguo compañero del partido y de elecciones, para actuar de intermediario con Goering.

En efecto, llegó a celebrarse la reunión entre Davis y el «segundo hombre» del Tercer Reich. Goering hizo unas proposiciones sorprendentes: Roosevelt había de apoyar las proposiciones de paz alemanas y renunciar a una revisión del Acta de Neutralidad americana, y, entonces, el Gobierno del Reich le dejaría las manos libres para actuar contra el Japón. «Puede usted asegurarle al señor Roosevelt —añadió Goering—, que Alemania, si él está dispuesto a mediar, dará su consentimiento a un acuerdo que signifique la creación de un nuevo Estado polaco y un Gobierno checo independiente». Como para ampliar estas proposiciones, Hitler pronunció el 6 de octubre un discurso ante el Reichstag en donde dio su visto bueno a la nueva ordenación de los mercados y las divisas internacionales, la eliminación de las barreras aduaneras y unos acuerdos colectivos para el desarme. También Hitler insistía en pro de una conferencia de la paz y

declaró que todas las cuestiones pendientes habían de ser solucionadas «antes de que millones de seres humanos derramen inútilmente su sangre».

Cuando Davis regresó de Berlín, ya se había iniciado en el Departamento de Estado de Washington el examen de las cuestiones sujetas a discusión. El ministro de Asuntos Exteriores Cordell Hull y su subsecretario de Estado Adolph A. Berle habían llegado a una conclusión que convenció plenamente a Roosevelt. Hitler, dijeron, había extendido, única y exclusivamente, sus «tentáculos de paz» porque estaba asustado a causa del peligroso avance de los rusos y no por estar dispuesto a renunciar a sus conquistas. Además, la ausencia de entusiasmo bélico entre el pueblo alemán, así como las actividades de ciertos grupos de la resistencia, debían ser valorados como puntos débiles. En estas circunstancias, Berle consideraba «injusto» obligar a los Gobiernos de Francia y la Gran Bretaña a iniciar conversaciones, mientras existiera alguna posibilidad de que estallara un conflicto armado entre Hitler y Stalin.

Además de estos argumentos del Departamento de Estado americano, impresionó a Roosevelt la visita del experto industrial Alexander Sachs el 11 de octubre. Sachs le trajo una carta de su amigo Albert Einstein en la que el gran físico exponía los grandes peligros que se plantearían para los Estados Unidos, a causa de la «fuerza explosiva del uranio» si los científicos y los técnicos alemanes lograban liberarla para Hitler. Sachs no había abandonado aún la Casa Blanca cuando Roosevelt creó un grupo de trabajo a las órdenes del general Edwin M. Watson de la que posteriormente había de surgir la célebre Comisión de Energía Atómica. Al mismo tiempo, el presidente decidió no conceder ninguna nueva audiencia a Davis. Las negociaciones de paz sólo hubiesen proporcionado un momento de respiro al dictador alemán. Lo importante ahora era aniquilar a Hitler antes de que entrara en posesión del «arma absoluta» y la pudiera emplear sin escrúpulos de ninguna clase.

Durante estas discusiones en el Departamento de Estado, fueron decisivas las esperanzas de que estallaría el conflicto armado entre los alemanes y los rusos. Cuando se enteraron, durante los días siguientes, de que Stalin ejercía una gran presión no sólo sobre las tres pequeñas Repúblicas bálticas, sino también contra Finlandia por la que Hitler sentía un cariño tan entrañable, Berle confiaba que pronto se confirmarían sus esperanzas. Nuevos intentos de contacto que fueron llevados a la práctica por Hjalmar Schacht fueron ignorados. Los comentarios de Goering al representante de la «General Motors», James D. Mooney, en el sentido de que para facilitar la conferencia de la paz se tenía previsto destituir a los dos ministros nazis más radicales, Goebbels y Ribbentrop, no los tomó nadie en serio, dado que, mientras tanto, las proposiciones de Hitler habían sido rechazadas por el «premier» británico. Roosevelt no hizo las sugerencias de paz del Tercer Reich objeto de discusión entre Washington, París y Londres, sino que rogó a Bullitt que ocultara al Gobierno francés todo el asunto ya que consideraba a los franceses «defaitistas». Hemos de poner en duda que Hitler, a principios de octubre de 1939, hubiese estado dispuesto a comprar la paz comprometiéndose a la restauración de un Estado polaco. Es cierto que diversas oficinas de Berlín conversaron con el antiguo jefe del Gobierno polaco y otras personalidades polacas, principalmente el príncipe Janusz Radziwill y Wladyslaw Studnicki, pero ya el 8 de octubre, cuatro días antes de que

Chamberlain rechazara las proposiciones de paz del Canciller del Reich alemán, Hitler ordenó no sólo anexionar al Reich las provincias cedidas a Polonia en los años 1919-1920, sino también una ancha franja de terreno al sur de la frontera de la Prusia oriental, el recodo de Suwalk y la región alrededor de la ciudad de Lodz que desde entonces fue llamada por los alemanes «Litzmannstadt». Al mismo tiempo comenzó el intercambio de población de las minorías alemanas desde Estonia y Letonia al llamado «Warthegau». El resto de la zona de ocupación lo convirtió Hitler en un «Gobierno general». Fue disuelta la administración militar de Rundstedt y un alto funcionario del Partido, Hans Frank, ocupó, como Procónsul, la residencia real en el Wawel de Cracovia, para en sus propias palabras, hacer sentir a Polonia «la mano dura de la dominación alemana».

Los funcionarios de esta administración civil estaban dominados por los prejuicios señalados por Goebbels sobre los desmanes cometidos por los chauvinistas polacos y el domingo de sangre de Bromberg el 3 de setiembre, durante el cual habían caído víctimas muchos elementos de la «minoría racial alemana». Sus medidas condujeron a una completa sumisión de Polonia e hicieron imposible la reconciliación durante muchos años entre esos dos Estados vecinos. El dominio alemán despertó un odio que colocaba en la sombra todo lo conocido hasta entonces. Ya en el año 1939 surgieron en el país, procedentes de los antiguos partidos, grupos de resistencia secreta. Jan Karski, un joven oficial de la reserva, llegó por rutas diversas a París y estableció un enlace permanente entre las organizaciones secretas y el general Sikorski. De un modo decidido y eficaz reanudó Polonia la lucha por su existencia jurídica.

2

LA CAMPAÑA DE INVIERNO FINLANDESA,
1939-1940

Lo poco en serio que Hitler tomaba sus proposiciones de paz del 6 de octubre, queda ilustrado por el hecho de que ya el 27 de setiembre sorprendió a los altos jefes militares con la decisión de pasar a la ofensiva en el oeste antes de que empezara el invierno y sin ninguna clase de consideraciones hacia la neutralidad de Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Con la excepción de Keitel y Goering, que confiaban ciegamente en Hitler, todos los demás jefes quedaron profundamente preocupados por este súbito anuncio. A pesar de la victoria que habían conquistado recientemente todavía no creían en una auténtica superioridad de las fuerzas armadas alemanas. Y lo que provocaba sus objeciones era la intención de Hitler de incluir en esta campaña a los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo. Brauchitsch y Halder señalaron inmediatamente las penosas consecuencias de la invasión de Bélgica en el año 1914. Ambos manifestaron su opinión que, en vista de la actitud que hasta el momento habían adoptado tanto Francia como la Gran Bretaña, cabía considerar la posibilidad de llegar muy pronto a un acuerdo de paz.

Pero Hitler hizo caso omiso de los puntos de vista del Alto Mando del Ejército y dio, el 9 de octubre, instrucciones para el «Caso Amarillo»... su ofensiva en el oeste. A

últimos del mismo mes, fijó la fecha del ataque para el 12 de noviembre. Las ansias de poder que se revelaban en esta decisión no podían ser contrarrestadas por los argumentos políticos de Brauchitsch. Por este motivo, empleó como arma defensiva, objeciones predominantemente militares. Tenían la intención de que el general Walter von Reichenau que, como fiel nacionalsocialista, gozaba del aprecio personal de Hitler, las expusiera ante el Canciller del Reich. Estaban en poder de la documentación necesaria. Los estudios del Oberquartiermeister Karl Heinrich von Stülpnagel demostraban que las fuerzas de tierra alemanas no estarían en condiciones materiales de romper la Línea Maginot hasta el año 1942. Los obstáculos geográficos, la situación del enemigo, la producción industrial, el suministro y las necesidades de materias primas, el tiempo que se requería para la organización de nuevas unidades y llenar los vacíos existentes no permitían, al parecer, lanzar la ofensiva en un plazo de tiempo menos.

Mientras se acercaba la fecha fijada por Hitler, Brauchitsch decidió trasladarse personalmente a Berlín. Quería, por lo menos, lograr un aplazamiento o exigir su licenciamiento y, a continuación, establecer contacto con los grupos de la Resistencia que se habían formado alrededor del antiguo jefe del Estado Mayor, general Ludwig Beck, y de cuyas intenciones estaba enterado por medio de Halder. La entrevista entre Hitler y su más alto jefe militar, el 5 de noviembre, tuvo un curso dramático. Cuando Brauchitsch hizo hincapié en el espíritu ofensivo de la infantería alemana, que era mucho menor de lo que había sido el caso en el año 1914, Hitler se dejó arrastrar por la ira. Y respondió también a cajas destempladas a la objeción de las malas condiciones meteorológicas. Pero un par de días después hubo de aceptar Hitler que la niebla, la lluvia y la nieve impedían la intervención de la aviación y de las unidades acorazadas. Por este motivo hubo de alterarse la fecha fijada en un principio.

Mientras tanto, el teniente coronel Helmuth Grosscurth había esbozado un plan para el grupo de la Resistencia, de acuerdo con el cual Hitler había de ser eliminado. El consejero de Legación Erick Kordt, que estaba autorizado a entrar en la Cancillería del Reich, prometió llevar a cabo el atentado con explosivos. El 11 de noviembre, debía proporcionarle el coronel Hans Oster, del Alto Mando de la Wehrmacht, los fusiles necesarios. Pero tres días antes, en el Bürgerbräukeller de Munich, en donde Hitler se reunía todos los años con sus «antiguos combatientes», ocurrió un incidente que hasta la fecha no ha sido aclarado debidamente. Poco después de haber abandonado el «Führer y Reichskanzler» el local, estalló una máquina infernal que mató a varias personas. Las investigaciones que fueron iniciadas sin pérdida de tiempo y las medidas de seguridad que se adoptaron a continuación, obligaron a aplazar el intento que se tenía previsto llevar a cabo en Berlín. Al mismo tiempo, el atentado entrañaba unas consecuencias que arrojaban una nueva luz sobre el problema de la neutralidad de los pequeños Estados europeos.

En territorio neerlandés, Heydrich envió al SS-Hauptsturmfuehrer Walter Schellenberg, como supuesto representante de un grupo de la Resistencia, a establecer contacto con oficiales del *Secret Service* y obtener, de este modo, información sobre cómo juzgaban la situación en Londres. Después del atentado de Munich, Hitler receló que aquellos oficiales ingleses eran los instigadores del constructor de la bomba, Georg

Elser, que había sido detenido en la frontera suiza y ordenó que fueran secuestrados desde Holanda. Schellenberg concertó una nueva entrevista en Venlo y durante la misma, se llevó a cabo el secuestro por los encargados especiales de Heydrich. Entre los tres prisioneros se encontraba, tal como descubrieron posteriormente, un oficial del servicio secreto neerlandés que había dirigido las actividades de espionaje contra Alemania. El caso fue transmitido, por este motivo, de Hitler a Ribbentrop, cuyo Subsecretario de Estado, Friedrich Gaus, lo transformó en una demostración de peso de la supuesta violación de la neutralidad por parte de Holanda.

Otro problema de neutralidad fue originado por el hecho de que Elser había sido detenido en la frontera suiza. Al mismo tiempo, el «Deuxième Bureau», del Estado Mayor general francés, fue informado de concentraciones de tropas en la Selva Negra. Las dos informaciones se convirtieron en un complejo para Francia y crearon el temor de un ataque contra Suiza que, bajo un pretexto u otro, urdido por Hitler, podía conducir a un ataque y avasallamiento de la Línea Maginot y hacía necesario un inmediato cambio de posiciones por parte de las fuerzas armadas francesas. Suiza había decretado la movilización general el 2 de setiembre y el comandante en jefe del Ejército suizo, general Henri Guisan, estaba firmemente decidido a defender el país contra cualquier invasión, tanto si procedía de parte francesa, como alemana. Las divergencias de opiniones entre Guisan, su jefe de Estado Mayor y el Consejo federal en el enjuiciamiento de la situación no pudieron, a pesar de todo, hacer dudar de la gravedad de esta decisión.

Las grandes potencias habían respetado la neutralidad de Suiza. Afirman que después del hundimiento francés se encontraron en La Charité unos documentos que señalaban una predisposición fundamental del comandante en jefe francés para lanzar un golpe preventivo, a mediados de noviembre de 1939, contra el territorio suizo, pero lo cierto es que estos preparativos no fueron adoptados entonces ni por Gamelin, ni por Hitler. Los dos bandos habían de temer perder su libertad de operaciones en una lucha contra el Ejército suizo. Cuando un país no demostraba la misma disposición a defenderse, para conservar su independencia como en el caso de Suiza, las grandes potencias preferían entonces, incluso la Unión Soviética y la Gran Bretaña, crear los llamados escenarios de guerra secundarios. Y de ello resultaba el fin de la neutralidad. Lo sucedido en los Estados europeos del norte se convirtió en el primer ejemplo drástico.

El problema fue puesto al descubierto por Moscú con motivo del incidente del «Orzel». Durante los primeros días de setiembre, la pequeña Flota polaca había emprendido la huida. Varias unidades habían llegado a Inglaterra, mientras que otras habían sido internadas por Suecia. El submarino «Orzel» se vio obligado, por causa de averías, a entrar en el puerto de la capital estoniana Tallinn (Reval) en donde, dado que a las veinticuatro horas no podía aún hacerse a la mar, fue desarmado. Cuando los estonios pretendieron llevarse piezas vitales de la maquinaria para impedir que el navío escapara, fueron atacados sus centinelas. A pesar del violento fuego de todas las baterías de costa cercanas un marinero polaco que actuaba por su propia cuenta y riesgo, dirigió el submarino a alta mar. El submarino «Orzel» logró escapar, pero nadie podía poner en duda que los estonios habían tratado seriamente de cumplir con sus deberes de neutralidad.

Poco antes, el ministro de Asuntos Exteriores estoniano Karl Selter, había sido invitado por los soviets a una visita a la exposición agrícola de Moscú. Con tal motivo querían firmar un tratado comercial. Cuando Selter abandonó Tallinn, ya había ocurrido el incidente del «Orzel» y desde hacía días se había emprendido una campaña de Prensa contra Estonia. Los comunistas, no sólo de Rusia sino de todo el mundo, afirmaban que el «Orzel» había torpedeado al vapor soviético «Metallist». En el Kremlin, Selter fue interrogado por Molotov y Mikoyan. El caso «Orzel», declaró Molotov, revelaba claramente el estado de debilidad de los pequeños Estados vecinos que representaban para la Rusia soviética una latente amenaza, puesto que, en cualquier momento, podían desembarcar en territorio estoniano fuerzas de invasión enemigas y amenazar la Unión Soviética. El Comisario de Asuntos Exteriores soviético exigió la inmediata firma de un tratado de ayuda mutua y de cesión de bases militares.

Cuando Selter regresó de Moscú y sometió a su Gobierno las proposiciones de Molotov, ya volaban sobre Tallinn bombarderos con la estrella roja y se concentraban a la vista de los soldados fronterizos estonianos, poderosas unidades acorazadas del Ejército Soviético. Impotente hubo de asistir la pequeña República a estas demostraciones de fuerza. Se revelaba ahora con todos sus inconvenientes, el hecho de no formar parte de una gran comunidad defensiva. Es cierto que existía una alianza entre Tallinn y Riga. Pero Lituania no había sido llamada por causa del conflicto de Vilna y también Finlandia se mantenía alejada, puesto que buscaba la protección de Suecia que sólo podía obtener si Helsinki se mantenía ajena a los problemas bálticos. Después de largas discusiones, el Gobierno estoniano se vio obligado a firmar el 28 de setiembre el «pacto de ayuda mutua» tal como era exigido por Rusia. Pocos días más tarde, también Letonia y Lituania hubieron de firmar pactos forzados con la Unión Soviética.

Comenzó una nueva y poderosa distribución de fuerzas. Gracias a los llamados pactos de ayuda mutua, Rusia se apropió el derecho a ocupar bases militares en los territorios de los Estados bálticos y estacionar en las mismas unos 85.000 soldados, muchos más de los que tenían en conjunto. Estonia, Letonia y Lituania. Estas impresionantes fuerzas armadas eran acompañadas de ingenieros, obreros de la construcción y funcionarios del NKWD, así como también Compañías de teatro y de baile populares. Todos ellos establecieron relaciones amistosas con los bálticos que a sus organizaciones culturales sólo invitaban a los comunistas. El Kremlin ponía especial empeño en la colaboración con los grupos nacionales que carecían de un auténtico espíritu nacional. Veteranos de la guerra española, miembros de la minoría judía y emigrantes que veinte años antes habían huido de Rusia y que ahora revelaban un vivo interés por conquistar los favores de Moscú, proporcionaron excelentes servicios a los soviets. Se preparaba un golpe de Estado. Todo el mundo lo presentía, sobre todo teniendo en cuenta que Hitler mandó llamar a todos los elementos de la minoría racial alemana para sacarlos de la zona de influencia soviética y su residencia en Polonia.

Mientras los rusos se infiltraban rápidamente por Estonia, Letonia y Lituania, empezaron a ejercer su presión también sobre Finlandia. Las fuerzas armadas soviéticas se encontraban ahora frente a las ciudades portuarias tan vitales de la costa meridional. El 12 de octubre, Molotov invitó al enviado especial finlandés Juho Paasiviki a firmar un

tratado de ayuda mutua al estilo estoniano y —al negarse a ello el finlandés— exigió la cesión de la región de Petsamo, una ancha franja de terreno en Carelia, la península de Hanko (Hangö) y otras bases a cambio de las cuales ofrecía unos territorios sin valor. Lo mismo que tiempos atrás Polonia se había negado a tratar con Hitler, bajo la presión de las experiencias checoslovacas, los sucesos en Estonia, Lituania y Letonia, impidieron a Helsinki aceptar, con confianza, estas proposiciones. Stalin siguió entonces el ejemplo de Hitler. Fingió que el país vecino había cometido un acto de agresión, el conocido incidente de Mainila, del 26 de noviembre de 1939, y afirmó, a continuación, con toda seriedad, que la Unión Soviética había sido atacada por los finlandeses.

El 30 de noviembre, a las ocho de la mañana, inesperadamente fueron bombardeadas Helsinki, Hanko, Kotka, Enso, Kittilä, Petsamo y muchas otras ciudades finlandesas. Sin que a estos ataques hubiese precedido una declaración de guerra, habían despegado los aviones rusos de la Carelia oriental y de sus nuevas bases en el territorio estoniano para castigar a los finlandeses. Al mismo tiempo los acorazados de combate de la Flota del Báltico abrieron fuego contra las ciudades en la costa a ambos lados de Helsinki. Unos 400.000 soldados del Ejército Rojo atravesaron, con 3.000 carros de combate, la frontera con Finlandia que había sido previamente evacuada para evitar desagradables incidentes. Desde el caso de Mainila, afirmaba Moscú, las tropas finlandesas habían atacado continuamente el territorio de la Unión Soviética y, en consecuencia, el Ejército Rojo se veía obligado a hacer frente a los agresores.

Stalin esperaba mucho, al parecer, de la instauración de un «Gobierno popular» a las órdenes del agente del Komintern Otto Ville Kuusinen, que se reunió aquel mismo día en la Carelia oriental ocupada por los soviets. Había de reunir el partido rojo de la guerra civil finlandesa del año 1918 y dirigirlo otra vez contra el régimen capitalista. Pero los socialistas finlandeses hicieron caso omiso de las proposiciones de sus antiguos amigos los bolcheviques. Conducido por Väinö Tanner, el partido socialdemócrata se unió al Gobierno de coalición formado por Risto Ryti. Ocupaba el Ministerio de Asuntos Exteriores y prestó un gran servicio a la unión nacional. Kuusinen se vio defraudado en sus esperanzas, dado que muchos radicales de la izquierda que desde hacía veinte años estaban excluidos del servicio militar se ofrecían voluntariamente a luchar contra los rusos.

A pesar de que el reducido Ejército finlandés no contaba con armas antitanques, ni tampoco con carros de combate, estaba equipado de un modo deficiente de artillería pesada, artillería antiaérea, material de ingenieros y transmisiones, modernos aviones de combate, bombas y minas y había de pagar ahora las consecuencias de una instrucción militar muy rudimentaria, los soldados finlandeses alcanzaron más de una victoria. Soportaron las frías noches de invierno en los bosques del norte, atacaron con los «Cocktails-Molotov» a los carros de combate rusos, y rodearon, deslizándose sobre esquís, las columnas enemigas. En Tolvajärvi, Suomussalmi, Kairinoja y Salla perdieron los soviets, por culpa de esta táctica de los finlandeses, varias divisiones.

La valiente resistencia finlandesa entusiasmó a los hombres de muchas naciones. Las ofertas de ayuda procedían de muchos lados. De Suecia llegaron, al mando del general Ernest Linder, 8.000 voluntarios. En Noruega, Dinamarca y España fueron

organizados otros batallones. Un Cuerpo de voluntarios americano reunió dinero para el viaje. Hungría e Italia mandaron armas. Suiza, Holanda, Bélgica, España y Portugal denunciaron el caso en la Sociedad de Naciones. Cuando se concentraron 11.500 luchadores de 26 naciones en territorio finlandés, el presidente de Estado Kyösti Kallio autorizó la formación de una «Legión extranjera», la división «Sisu». Sin embargo, no podía haber la menor duda de que la pequeña República con sus tres millones y medio de habitantes no podía resistir durante mucho tiempo a los 180 millones de rusos. El comandante en jefe finlandés, el mariscal general de campo Freiherr Carl Gustav Mannerheim, trataba, por lo tanto, de conseguir tiempo para los políticos.

El punto de gravedad de las actividades políticas lo fue, en primer lugar, Suecia. Väinö Tanner había de sufrir un amargo desengaño. Cuando recabó la ayuda de sus compañeros escandinavos éstos le volvieron la espalda. Los Gobiernos de tendencia socialdemócrata de Estocolmo, Copenhague y Oslo temblaban ante Hitler, que, en contra de lo esperado, no enviaba ninguna ayuda a los finlandeses y que, por el contrario, daba la impresión de que se extendería hacia el norte en el caso de que los países escandinavos estuvieran dispuestos a prestar su ayuda a la República finlandesa, es decir, si Noruega y Suecia abrían sus fronteras a los «voluntarios finlandeses» anglofranceses. La abstención de los tres Estados escandinavos adquirió nefastas consecuencias para Finlandia. Cuando Helsinki presentó su caso ante la Sociedad de Naciones en Ginebra y ésta condenó a la Unión Soviética por el ataque que había emprendido, Suecia, Noruega y Dinamarca, se abstuvieron.

Menos reconfortante todavía fue para los finlandeses la política de los Estados Unidos. Roosevelt había protestado a mediados de octubre contra las exigencias de Moscú, pero, probablemente, sólo para llamar la atención sobre Finlandia y aprovecharse de la compasión general para obtener un cambio en la revisión de la Ley de Neutralidad. La revisión del Acta por la Cámara de los Representantes, tuvo lugar el 2 de noviembre de 1939, tal como afirman los críticos de Roosevelt, dominando este punto de vista. Cuando estalló la guerra, Roosevelt se abstuvo de toda intervención futura. Según su opinión no se le debía pedir a Stalin, el mayor peligro de Alemania, que cesara en esta guerra de invierno, que aumentaba la animosidad de Berlín contra Stalin. Atentamente observaba Roosevelt el envío secreto de armas por parte de Goering a los finlandeses y la rápida protesta del Kremlin. El presidente prohibió futuros envíos de ayuda americanos. En sus conversaciones con el embajador finlandés, Hjalmar Prokope, empleó cada vez nuevos pretextos. Bullit recibió instrucciones de que no era de incumbencia de los Estados Unidos estimular la condena del ataque ruso por parte de la Sociedad de Naciones.

El plan de campaña ruso que había sido elaborado por el jefe del Estado Mayor Schaposchnikow, preveía, evidentemente, un ataque por sorpresa. Al mando del mariscal Semion K. Timoschenko habían sido concentrados cuatro Ejércitos a lo largo de la frontera oriental finlandesa. Dos de éstos intentaron invadir Finlandia a ambos lados del Lago Ladoga. Un tercer Ejército debía cruzar el «cuello de botella», la franja más estrecha de Finlandia y cortar de este modo las comunicaciones por tierra con Suecia. El último de los Ejércitos atacantes procedía de Murmansk y de Laponia, invadida

previamente. Una fuerte concentración naval que se apoyaba en los acorazados «Oktjabrskaja Revoluzja» y «Marat» ocupó Suursaari (Hogland), pero no se puso a cercar a causa de los hielos, las minas y el fuego de artillería. La aviación roja, por el contrario, se mostró muy activa. Dado que Finlandia contaba, al comenzar la campaña, sólo con 96 aviones y muy poca artillería antiaérea, las flotas rusas causaron graves daños. Valientes aviadores de caza como Jorma Sarvanto y su compañero danés Clauson Kaas hubieron de reconocer que nada podían hacer contra el dominio aéreo enemigo.

En tierra, se enfrentaban al «rodillo» ruso dos grandes unidades: el Ejército de Carelia (Oesterman) al este de Viipuri y el IV Cuerpo de Ejército (Hägglund) en Ladoga-Carelia. Más al norte, en el «cuello de botella», cerca de Salla y en Laponia sólo luchaban pequeñas unidades, principalmente los destacamentos de Wallenius y Villamo. En una extensión de 1.000 kilómetros, la zona fronteriza era difícil de cruzar por el enemigo, por existir allí una auténtica selva virgen. Entre la costa marítima y el Lago Ladoga, en donde la red de carreteras estaba mejor constituida, había posiciones avanzadas que durante los últimos meses del verano habían sido construidas por 70.000 voluntarios, la llamada «Línea Mannerheim». Para la construcción de este cinturón defensivo se había recabado la ayuda del experto belga en fortificaciones, coronel Albert Badoux, y se tomaron en consideración las experiencias reunidas durante la guerra del Chaco en América del Sur (1932-1935). Pero el sistema defensivo en sí, sólo comprendía 140 kilómetros de frente y 66 fortines de cemento armado.

Timoschenko reconoció que un ataque de frente contra la «Línea Mannerheim» no conduciría a un éxito rápido. Trató, por lo tanto, de completar la ofensiva ya iniciada por el Séptimo Ejército soviético y que había sido detenida después de elevadas pérdidas, por medio de paracaidistas y ataques por el flanco. Los días 18 y 19 de diciembre, sin embargo, fue rechazado un intento de desembarco de las tropas de marina rusas en la isla de Koivisto que domina al fiordo de Viipuri. Los grupos de sabotaje de las unidades de paracaidistas soviéticas, disfrazados casi todos ellos con uniformes finlandeses, fueron completamente aniquilados. El hecho de que, al mismo tiempo, unas divisiones del Octavo y Noveno Ejércitos soviéticos, experimentaran, al norte del Lago Ladoga cerca de Tolvajärvi, Kuhmo y Suomussalmi, graves bajas, tuvo por consecuencia la primera crisis de mando para Rusia. Stalin hizo detener a numerosos comandantes y comisarios políticos del Ejército Rojo.

El 1 de enero de 1940 asumió el mando personal de todas las fuerzas armadas rusas que luchaban en Finlandia el Comisario de la Guerra, mariscal Kliment Worosclav. Al mismo tiempo estas unidades fueron reforzadas muy considerablemente y organizadas en dos Grupos de Ejército. Con los tres Ejércitos que ahora se encontraban en territorio careliano, Timoschenko había de emprender una impresionante ofensiva. El grupo de Ejércitos Norte pasó al mando del mariscal Georgi Stern, que había conseguido celebridad durante la guerra española con el nombre de «Kleber», señalándole como objetivos los puertos en el golfo de Botnia. En conjunto, fue concentrada la sexta parte de todas las fuerzas armadas soviéticas de tierra, alrededor de medio millón de soldados del Ejército Rojo, para someter Finlandia. Aviones en vuelo rasante y bombarderos, grupos de sabotaje, propaganda por radio y lanzamiento de octavillas contribuyeron a iniciar la

nueva fase. Una proclama de Otto Ville Kuusinen invitó a los finlandeses «a derrocar el agresivo régimen de los capitalistas en Helsinki».

Un importante eslabón para la gran ofensiva soviética era la conquista de la orilla norte del lago Ladoga. Si el IV Cuerpo de Ejército finlandés (Hägglund) era derrotado allí, entonces poderosas tropas soviéticas podían cruzar sobre el hielo hacia el sur atacando por la retaguardia la «Línea Mannerheim». Timoschenko vislumbró esta posibilidad. Por este motivo eligió a uno de sus mejores jefes de las fuerzas acorazadas, el general Stepan Kondratiev, para que, con la élite de las unidades: la 34.^a Brigada de carros de combate, el 18.º Regimiento de infantería de Jaroslawsk, oficiales de academia y varios batallones de paracaidistas pasara al ataque. Pero el avance de Kondratiev se efectuó en condiciones muy desfavorables. Una nieve muy espesa, 37° bajo cero y falta de víveres, obstaculizaron los movimientos de los rusos. No podían saber cuáles eran las contramedidas que adoptaba el general Woldemar Hägglund. A fines de enero, el IV Cuerpo de Ejército finlandés había decidido a su favor la batalla de Sortavala. Kondratiev cayó en el campo de batalla. Divididos en varios «Motti», casi todas las unidades rusas que habían avanzado fueron aniquiladas.

El 1 de febrero fue lanzado al sur del lago Ladoga el principal ataque ruso. Timoschenko había concentrado para este ataque 25 divisiones y 3.000 carros de combate. Un fuego de artillería que recordaba los preparativos de artillería de las grandes batallas de la Primera Guerra Mundial inició la lucha. Centenares de aviones soviéticos sobrevolaban las unidades de infantería. Después de varios días de lucha, avanzó a lo largo de la vía ferroviaria Leningrado-Viipuri, cerca de Summa, una cuña dentro de la «Línea Mannerheim». Esta cuña desarticulaba paulatinamente el sistema defensivo del ala derecha finlandesa. Cuando el general Hugo Oesterman replegó el Cuerpo de Ejército a unas posiciones previstas de antemano, hubo de ceder Koivisto (Björkö) al enemigo. Viipuri (Wiborg) estaba expuesta a un gran peligro, ya que los soviets avanzaban sobre el hielo transitable del fiordo. Con el corazón dolorido, el mariscal Mannerheim se vio obligado a organizar, al oeste de la ciudad, una defensa costera bajo el mando del general Wallenius.

Pero incluso esta mayor extensión del frente finlandés, a costa del sector de Salla, no podía impedirle al enemigo rebasara cada vez más el Ejército de Carelia. El 21 de febrero, tropas de la Infantería de Marina avanzaron sobre trineos a motor hasta la costa occidental del fiordo de Viipuri. La posesión de Suursaari (Hogland) y Haapassari (Aspö) era especialmente valiosa para los rusos. Lo mismo que Koivisto (Björkö), estas islas les facilitaban la organización de nuevas unidades de combate, compuestas de caballería, cazadores alpinos, carros de combate ligeros y artillería sobre trineos que atacaron la zona costera entre Viipuri y Kotka. Por el bando finlandés ya habían gastado durante semanas, las últimas reservas en la batalla por Wiborg. Paulatinamente había de hundirse el frente del Ejército de Carelia. Helsinki ya no veía posibilidad ninguna de alargar la guerra.

Pero Mannerheim continuaba la lucha. Mandó sustituir a Oestermann, que había sufrido un colapso nervioso, por el general Erick Heinrich. Este replegó las líneas del Ejército de Carelia a los límites de la ciudad de Viipuri y allí la defendió con sus

lugartenientes Talvela, Ohquist y Wallenius hasta el final. Los generales finlandeses sabían que su resistencia no era inútil; desde hacía semanas se vislumbraban en el futuro evidentes cambios. Aparecían como probables dos alternativas: o la intervención de las grandes potencias occidentales les permitía alargar la campaña de invierno o Stalin se asustaba de las consecuencias y los imprevistos desarrollados y se retiraba y concertaba la paz a toda prisa. Las negociaciones entre Helsinki y Moscú, sin embargo, sólo podían ser entabladas en el momento en que el Kremlin hiciera desaparecer el «Gobierno popular» de Kuusinen.

La Gran Bretaña y Francia tenían la intención de acudir en ayuda de los finlandeses a través del norte de Escandinavia. El presidente del Consejo de Ministros Risto Ryti tenía cada vez menos confianza en este socorro, puesto que los planes franco-británicos sólo iban destinados a hacer entrar a Noruega y Suecia en la guerra contra la Alemania de Hitler. Tal como se reveló durante una visita del general inglés Robert Ling a Helsinki sólo unos 15.000 hombres podían ser destinados, por las potencias occidentales, a esta misión. Después de unas conversaciones entre el ministro de Asuntos Exteriores sueco Christian Günther y la embajadora soviética en Estocolmo Alexandra Kollontaj, Väinö Tanner, descubrió unas grandes posibilidades. Comprendió que Stalin deseaba evitar, a toda costa, un conflicto con la Gran Bretaña y Francia, y, por lo tanto, propuso abandonar al amigo del pueblo, Kuusinen.

El Kremlin aceptó inmediatamente. El 6 de marzo se trasladó por Estocolmo y Riga, una Comisión de Armisticio a Moscú. Estaba compuesta por Risto Ryti, Juho Paasiviki, Rudolf Waldén y Väinö Voionmaa. Por el lado ruso actuaron, junto a Molotov, los responsables de la política de expansión soviética Andrei Schdanov y el general Alexander Wassilevski. Stalin se mantuvo en segundo plano para guardar las apariencias. La propaganda soviética declaró que la amenaza contra la Unión Soviética por la «pérfida Finlandia» había sido rechazada y que se le había dado una buena lección al régimen de los «banqueros, terratenientes y generales». La Unión Soviética exigía ahora, única y exclusivamente, «garantías para su seguridad». Finlandia debía ceder unos territorios que antes le habían servido como bases de ataque.

Las exigencias rusas coincidían de un modo muy exacto con el trazado de fronteras de la paz de Nystad (1721). Los finlandeses perdieron toda Carelia, sus posesiones costeras en el lago Ladoga, una franja de terreno en Salla, Koivisto (Björko), Suursaari (Hogland) y Haapassari (Aspö), así como la, desde el punto de vista estratégico, importante península de Hanko (Hangö): en total 40.000 kilómetros cuadrados, merced a lo cual medio millón de personas perdieron su patria, su casa y sus propiedades. Stalin renunció a las minas de níquel de Petsamo, que pertenecían a una sociedad anónima que estaba en manos de los ingleses, aunque, en un principio, habían sido reclamadas por Molotov, pues esta primera materia había sido siempre uno de los objetivos ansiados de la política de expansión soviética. Cuidadosamente evitaba provocar a la Gran Bretaña, que algún día podía convertirse en su aliada contra Hitler. Lo único que le importaba a Stalin era que Alemania y las potencias aliadas continuaran luchando por el norte. Después de la firma del armisticio fino-soviético el 12 de marzo de 1940, ocupó de nuevo la Unión Soviética su posición de acecho.

LA CAMPAÑA DE NORUEGA 1940

El Reich alemán sólo tenía en Escandinavia, a principios de la guerra, unos intereses económicos fijados por contrato. Comprendían principalmente el suministro de diez millones de toneladas de minerales procedentes de las minas suecas de Kiruna y Gällivara. Esta valiosa primera materia, que en verano era embarcada desde Lulea, cuando se helaba el golfo de Botnia, se transportaba por ferrocarril hasta el puerto de embarque, libre de hielos, de la costa noruega, Narvik. Tampoco allí podían ser atacados por el bloqueo comercial de los ingleses, dado que los barcos de carga destinados a Hamburgo, se mantenían siempre dentro de las aguas territoriales noruegas y así llegaban hasta el Skagerrak, en donde les esperaban las unidades de la Flota de guerra. Naturalmente, siempre cabía contar con la posibilidad de un cambio. Noruega ya había modificado en el año 1918, su neutralidad bajo la presión de los ingleses y bloqueado sus aguas territoriales con campos de minas que completaron de esta forma el bloqueo aliado contra Alemania. A finales de 1939 había de admitirse que se podía repetir esta forma de proceder. Los noruegos, cuya flota mercante, debido a un acuerdo sobre tonelaje, estaba comprometida con los ingleses, no podían fácilmente rechazar las pretensiones de Londres.

El hecho de que el 5 de setiembre de 1939, Winston Churchill entrara a formar parte como ministro de Marina en el Gabinete Chamberlain, aumentaba las preocupaciones y temores alemanes. Este hombre tan enérgico ya había pensado durante la Primera Guerra Mundial, en la posibilidad de estrechar todavía más el cinturón del bloqueo alrededor de Alemania. También en esta ocasión redactó unos informes parecidos, que habían de llamar la atención del Gobierno inglés sobre los minerales suecos, Narvik y Noruega. Churchill insistía en hacer caso omiso de la neutralidad escandinava. «Ninguna violación formal del derecho internacional —escribió—, podrá... disminuir la simpatía de los pueblos neutrales hacia nosotros. En nombre de la Sociedad de Naciones, estamos en nuestro derecho, e incluso en el deber, de cancelar pasajeramente la validez de aquellas leyes a las que queremos dar nuevo valor y garantía».

Mientras se discutía vivamente entre el primer ministro y el ministro de Marina, el Estado Mayor general imperial, el Almirantazgo y el Gabinete la conveniencia de un desembarco en territorio noruego, también se ocupaban del mismo tema en Berlín. Algunos oficiales de la Marina alemana redactaron las proposiciones al efecto que ya en los años 1915, 1929 y 1938 habían sido expuestas por escrito por el almirante Wolfgang Wegener, así como por su hijo. Raeder, sin embargo, negaba la necesidad de crear bases para la Flota en la costa noruega. Estas no parecían ser necesarias desde que Stalin había puesto a disposición de la Marina de guerra alemana una base muy favorable en Polarnoye, en el Ártico. Además, el comandante en jefe opinaba que la neutralidad noruega era la «mejor solución» para Alemania. Raeder se aferró a este punto de vista,

aunque las advertencias del almirante Canaris, jefe del Abwehr, le impulsaron a recomendar a Hitler, el 8 de octubre, la creación de un plan de operaciones para una eventual acción contra Noruega.

Pero Hitler no hizo nada. Estaba completamente absorbido por la impresionante ofensiva en el Oeste. Mientras el Canciller del Reich discutía de este asunto con Brauchitsch y en un discurso ante los generales con mando el 23 de noviembre trataba de ahogar toda duda, los aliados occidentales se interesaban cada vez más por Escandinavia. Nuevas noticias influyeron en su decisión sobre la situación. En primer lugar alarmaron a Londres varias violaciones de la neutralidad noruega, violaciones cometidas por los submarinos y los comandos alemanes. Posteriormente, unos oficiales del Abwehr contrarios a Hitler dieron a conocer, a través del Vaticano y de un agregado militar extranjero en Berlín, los preparativos de ataque de los alemanes en el frente occidental. Finalmente la campaña de invierno finlandesa despertó en los estrategas aliados nuevos pensamientos. París y Londres observaron que el ataque ruso contra Finlandia podía ser usado como pretexto para una intervención de Escandinavia.

Francia era la que más temía la ofensiva alemana en el Oeste. Por este motivo, Gamelin ya había estudiado el problema de una extensión de las hostilidades hacia unos escenarios secundarios, Suiza, Bélgica y Holanda, Grecia y Yugoslavia, Turquía y la región petrolífera de Bakú representaban a este respecto un importante papel. La violación de la neutralidad belga por Hitler no le hubiese desagradado, pues proporcionaría la alianza con el país vecino e incluso, tal vez, batallas decisivas ante las puertas de la región del Ruhr. Un conflicto armado entre las potencias occidentales y la Unión Soviética le asustaba, poco después de observar que el Ejército Rojo obtenía pocos progresos en las batallas con Finlandia. Pronto empezó a dibujarse tras las quimeras de Gamelin un «plan de guerra» impresionante, realmente avasallador en sus consecuencias históricas: un ataque aliado por las alas, la primera en dirección a Bakú, y la otra hacia Escandinavia y Laponia.

Los pensamientos de los ingleses no iban tan lejos. También Londres estaba dispuesta, durante la pretendida intervención a favor de Finlandia, a aceptar la lucha contra los soviets. Pero el Gabinete inglés se interesaba principalmente por Noruega. «Podemos ocupar Narvik y Bergen —escribía Churchill el 16 de diciembre—, y emplear esos puertos que quedarán cerrados para los alemanes. Hemos de insistir en el hecho de que el Gobierno inglés considera la costa de Noruega como un objetivo estratégico de extraordinaria importancia...». Pero Chamberlain todavía vacilaba. Se limitó a ordenar a sir Edmund Ironside, jefe del Estado Mayor imperial, que preparara unos planes para los desembarcos de las tropas aliadas. Mientras tanto, lord Halifax había de emprender negociaciones en Oslo y Estocolmo.

Mientras los Estados Mayores de los aliados occidentales se ocupaban de Noruega, también progresaban en Alemania los planes a corto plazo. El impulso lo dio la visita del antiguo ministro de la Guerra noruego y secretario de Estado, Vidkun Quisling, del 11 al 14 de diciembre, cerca de diversas autoridades en Berlín. Este oficial, que contaba con el apoyo de un pequeño partido radical de la derecha «Nasional Samling» ya hacía tiempo, que, sin conocimiento del Ministerio de Asuntos Exteriores, estaba en contacto con

Alfred Rosenberg, el idealista nacionalsocialista. Informó a Hitler y Raeder sobre el previsto desembarco de los ingleses y franceses en Noruega, y al mismo tiempo informaba también sobre la prevista firma de un tratado secreto entre Oslo y Londres. Hitler quedó desconcertado. El 14 de diciembre ordenó a Keitel que estudiara detenidamente el caso Noruega. Pero nuevamente abandonaron el plan de una invasión alemana con apoyo del partido de Quisling.

La preocupación dominante de Hitler era siempre derrotar a los ingleses y franceses en la Europa occidental. Poco después de Navidad fijó la fecha del ataque para el 17 de enero de 1940. Ocurrió entonces algo imprevisto. El 10 de enero, dos oficiales volaron desde Munster en Westfalia a Colonia para entregar órdenes por escrito al Grupo de Ejércitos de Rundstedt. A pesar de que el avión mantuvo constantemente comunicación con tierra, perdió la dirección debido a la niebla y aterrizó en Mechelen en donde los soldados belgas se apoderaron de la cartera de mano antes de que los oficiales alemanes pudieran quemar su contenido. Este incidente tuvo sus consecuencias. Hitler supuso que todos los Estados occidentales sacarían las pertinentes copias de los documentos secretos alemanes apresados en relación con los planes ofensivos alemanes y ordenó, por lo tanto, un nuevo aplazamiento de la ofensiva. Al mismo tiempo, el conocimiento de los documentos impulsó a los franceses a desplegar nuevas actividades.

La insistencia de Churchill en efectuar un desembarco en Noruega fue ahora superado con creces por Daladier. El presidente del Consejo de ministros francés opinaba que lograría mezclar a Escandinavia en la guerra contra Hitler y así evitaría a Francia un ataque enemigo en gran escala. Basándose en nuevos estudios, el Supremo Consejo de guerra aliado decidió, bajo la presidencia de Gamelin, el 5 de febrero de 1940, preparar de tres a cuatro divisiones para ser destinadas al norte de Europa. Camufladas como «ayuda a Finlandia», estas tropas habían de ocupar Narvik, así como el ferrocarril que transportaba el mineral de hierro, las regiones mineras suecas y Zulea. Al mismo tiempo, los Aliados emprendieron una ofensiva diplomática, como preparación de su intervención. Lord Halifax les reveló a los embajadores de Noruega y Suecia que Inglaterra se veía obligada a buscar puntos de apoyo en territorio escandinavo «para poner fin al transporte alemán de minerales desde Narvik, y Daladier encargó a Robert de Dampierre una misión especial en Oslo.

Los países nórdicos no estuvieron de acuerdo. Finlandia no pudo ser convencida para que solicitara la ayuda de los Aliados. Suecia reforzó su defensa militar de la neutralidad. El presidente del Consejo de ministros noruego, Johann Nygaardsvold y su ministro de Asuntos Exteriores, Halvdan Koht, que adivinaron las verdaderas intenciones de las potencias occidentales, amenazaron retirar el material ferroviario necesario en el caso de que tropas extranjeras desembarcaran en Narvik y marcharan por el norte de Escandinavia hacia Finlandia. Pero no se mencionó ninguna resistencia armada de los noruegos contra un desembarco franco-inglés. Ya el 14 de febrero les fue permitido a los oficiales aliados, con el consentimiento del Gobierno de Oslo, inspeccionar los previstos puntos de desembarco. Las incursiones de los aviones de exploración ingleses completaron esta misión de información. Los navios de guerra de la Home Fleet violaron la zona de las tres millas noruegas sin provocar otra cosa que simples protestas.

El 16 de febrero tuvo lugar el llamado incidente del «Altmark». Este buque cisterna pretendía transportar, por aguas territoriales noruegas hasta el Skagerrak, unos trescientos prisioneros hechos por el acorazado «Admiral Graf Spee», antes de ser hundido por su propia tripulación, después de una violenta batalla marítima con los cruceros ingleses «Ajax», «Achilles» y «Exeter» en la desembocadura del río de La Plata cerca de Montevideo. El «Altmark» enarbolaba la bandera alemana. Su estado legal era, por lo tanto, dudoso, pero incumbía a los noruegos el aclararlo. Cuando el jefe del 2.º Sector de defensa costera, almirante Carl Tank-Nielsen, se dirigió a su Gobierno solicitando información, éste ordenó dejar pasar el buque cisterna y escoltarlo. Pocas horas más tarde, el «Altmark» era obligado, por tres navíos de guerra ingleses, a penetrar en el fiordo de Jössing. Haciendo caso omiso de la presencia de dos torpederos noruegos, los marineros del destructor «Cossack» abordaron el buque para liberar a los prisioneros, perdiendo siete marineros alemanes la vida en el curso de esta acción.

Este incidente despertó la atención general. Se comentó que los torpederos noruegos se habían limitado a cambios de posición. Al parecer, Noruega no se atrevía a defender su independencia contra cualquier agresor. Churchill lo dio a entender claramente cuando confesó ante la opinión pública mundial que le había dado la orden personal al comandante del «Cossack», capitán de fragata Philip Vian, «de violar técnicamente» la neutralidad noruega. El incidente del «Altmark», tal como él tuvo interés en hacer resaltar, no se debía única y exclusivamente a un lamentable celo de ciertos oficiales navales, sino que había sido provocado de un modo consciente y a título de prueba por un miembro del Gobierno inglés, el primer lord del Almirantazgo. La actitud de los noruegos confirmó las mejores esperanzas de las potencias occidentales sobre un desembarco de las fuerzas armadas aliadas. Una conferencia de los tres ministros de Asuntos Exteriores escandinavos en Copenhague, el 25 de febrero, apenas alteró esta situación, mucho menos cuanto que Noruega, Suecia y Dinamarca no concertaron en tal ocasión una alianza militar, como tampoco lo habían hecho las Repúblicas bálticas anteriormente.

Naturalmente, el incidente del «Altmark» provocó nuevas medidas en Berlín. En contra de su voluntad, Hitler se vio apartado de sus preparativos de la gran ofensiva alemana en el Oeste. A causa de los continuados esfuerzos de las potencias occidentales en Helsinki, los informes de la Dirección naval decían que sería completamente imposible arrojar al enemigo de Noruega una vez hubiese puesto el pie en este país, y, además, la llegada de la Brigada de cazadores alpinos franceses Bethouart a Brest, le intranquilizaban profundamente. Hitler tomó una decisión muy osada. Sin tener en cuenta la proporción de fuerzas militares, no sólo quería desencadenar la repetidas veces aplazada guerra relámpago en el Oeste, sino adelantarse a Inglaterra y Francia en territorio noruego por medio de una ocupación de la larga costa entre Oslo y Narvik. El 24 de febrero, el general Nikolaus von Falkenhorst fue encargado de la creación de un plan de operaciones, encubierto bajo el nombre de «Ejercicio Weser».

Mientras el «Grupo XXI» del general Falkenhorst iniciaba sus trabajos, llegaron a Berlín nuevas noticias muy alarmantes. El Cuerpo expedicionario anglofrancés estaba a punto. Las potencias occidentales ofrecían a Noruega y Suecia una garantía militar contra

Alemania y, finalmente, exigían de estos países el derecho de paso. Pero los finlandeses a favor de los cuales, al parecer, pretendían intervenir, concertaron, a través de Suecia, la paz con Moscú. Inútilmente intentaron Daladier y Churchill imponerles aquel mismo día la «inmediata» ayuda del Occidente. El paso que dio el Gobierno finlandés desengañó a Londres y París. Fue aplazado el desembarco de las tropas aliadas previsto para el 20 de marzo..., ya sin ninguna clase de consideraciones hacia Oslo y Estocolmo. Las rencillas internas impidieron tomar nuevas decisiones.

En París se provocó una crisis gubernamental que ya hacía tiempo que se venía esperando. El presidente del Consejo de ministros, Edouard Daladier, que desde la dimisión de Bonnet estaba también encargado del Ministerio de Asuntos Exteriores, de nuevo estaba en oposición con su ministro de Finanzas, Paul Reynaud. Este y algunos influyentes parlamentarios consideraban el fracaso de la diplomacia francesa frente a Noruega, Suecia y Finlandia de un modo aún más amargo que el hundimiento de Polonia. El debate en el Parlamento, el 19 de marzo, giró en torno a esta derrota política. Casi todos los oradores le reprocharon al jefe de Gobierno las dudas, vacilaciones y francas del último mes.

—El presidente del Consejo de ministros no ha sabido evitar la guerra, ni prepararse para la misma —gritó Gaston Bergery—. Los que actúan de ese modo no están calificados para poner fin a la guerra o conquistar la victoria.

A las cuatro de la madrugada se planteaba la cuestión de confianza. Trescientos diputados votaron en blanco. Un día más tarde, Daladier presentó su dimisión.

Reynaud, el nuevo presidente del Consejo de ministros, nunca había tenido unas simpatías tan grandes como su antecesor. Pero era un luchador decidido y, en este sentido, el compañero ideal para Winston Churchill, cuya posición no podía ser modificada por los reveses diplomáticos de Escandinavia. El 21 de marzo, Reynaud y Churchill ya obligaron al Consejo de guerra aliado a tomar una decisión definitiva. Con el nombre clave de «Wilfred», los navíos de guerra aliados habían de colocar, el 5 de abril, dentro de las aguas territoriales noruegas unos campos de minas, así como proteger, al mismo tiempo, el convoy de transporte cargado de tropas. El plan «R4» preveía para el 6 y 7 de abril la ocupación de las bases en la costa noruega, principalmente, del puerto de Narvik. Se tenía la intención de continuar más tarde el avance por el ferrocarril de Kiruna, Gallivare y Lulea, y organizar un frente continuo de cara al sur.

El servicio de información alemán se enteró rápidamente de algunos detalles del plan. El almirante Canaris transmitió sus informaciones al Alto Mando de la Wehrmacht y a la Dirección suprema de la guerra naval. El 26 de marzo proponía Reader, en consecuencia, la ejecución del «Ejercicio Weser» para el 7 de abril. Pero cuando Chamberlain y Churchill anunciaron por la radio que la guerra iba a entrar en una nueva fase, decidió entonces, sin tener conocimiento de los plazos enemigos, fijar, para la ejecución del «Ejercicio Weser», la fecha del 9 de abril. De este modo, los preparativos de los dos bandos corrían paralelos. Un observador objetivo que hubiera estado en situación de seguir de cerca este desarrollo, hubiese llegado a la conclusión que los aliados llegarían antes a territorio noruego que sus enemigos. No solamente las fechas

previstas, sino también la fuerza y el tonelaje de la potencia naval anglofrancesa, combinada, justificaban este punto de vista.

El 5 de abril fue aplazado, nuevamente, por tres días el previsto desembarco aliado en Noruega. Sir Reginald Dudley Pound, el comandante en jefe de la Marina de guerra inglesa, había recibido informes sobre malas condiciones meteorológicas, mientras Churchill negociaba en París la colocación de minas en el Rhin, que el Gobierno francés rechazó por temor a las represalias. El 7 de abril, por fin, fueron embarcadas las tropas expedicionarias. El primer lord del Almirantazgo estuvo durante todo el día ausente de su oficina y las decisiones que se tomaron a continuación lo fueron por el segundo comandante en jefe, el almirante Thomas Phillips. Cuando los aviones de exploración informaron de la presencia de una flota alemana en el Skagerrak mandó desembarcar otra vez el Cuerpo expedicionario y hacerse a la mar a la Home Fleet al mando del almirante Forbes. Ni Phillips, ni Pound o Churchill, que posteriormente dieron su visto bueno a esta decisión, creían posible que Hitler, sin poseer el dominio naval, pudiera adelantarse, con las tropas alemanas, al desembarco aliado.

Mientras tanto, sin embargo, las intenciones del mando alemán no habían quedado ocultas. Ya el 2 de abril, la última fecha recibida, recibía el agregado naval sueco en Berlín, por mediación de un tal «S. M.», una información bastante detallada sobre el previsto «Ejercicio Weser». Y mucho más detallada fue la información que «un fanático oficial antinazi que en anteriores ocasiones había transmitido información de índole parecida» entregaba al agregado militar neerlandés, comandante Gijsbertus Jacobus Sas. Se trataba del coronel Hans Oster, un íntimo colaborador del jefe del Abwehr, el almirante Canaris. Los datos transmitidos por él, que fueron dados a conocer el 5 de abril al secretario de Gabinete sueco Erik Boheman, llegaron casi al mismo tiempo a Oslo y al día siguiente estaban en manos del Secret Service británico. Igualmente, el 5 de abril, el embajador danés Herluf Zahle, comunicó estos informes desde Berlín. Su carta confirmaba las que se habían recibido ya y señalaba, como fuente, «dos altos oficiales alemanes que, por su hostilidad hacia el régimen, ya habían suministrado preciosa información a los holandeses».

Todo lo que Londres se enteró, por medio de esos oficiales y por sus propios agentes, constituía un vasto mosaico, pero muchos datos, como en casos precedentes, parecían difíciles de creer. En particular, los ingleses carecían de datos precisos y de indicaciones seguras con respecto a los efectivos. El Gabinete de Guerra manifestó, por tanto, su tradicional recelo frente a ese tipo de noticias, lanzadas con demasiada frecuencia por el adversario con un fin de diversión. Prácticamente, el 7 y 8 de abril, el Alto Mando británico no estaba más al corriente de la situación de lo que pudiera estarlo el Alto Mando alemán. Sin embargo, todo confirmaba la certeza de la decisión que había sido adoptada por Phillips. Si los alemanes se habían puesto ya efectivamente en marcha, no se les podía combatir entonces con la preocupación de proteger los transportes de tropas, ya que era un asunto de incumbencia de la Home Fleet.

Mientras el almirante sir Charles M. Forbes cruzaba el Mar del Norte septentrional con los cruceros «Rodney» y «Valiant», el crucero-acorazado «Repulse», dos cruceros ligeros y diez destructores, seguidos aquella misma noche por otra escuadra que

comprendía dos cruceros y una quincena de destructores, el almirante sir William Whitworth ejecutaba la operación «Wilfred». Al amanecer del 8 de abril, fueron colocados dos campos de minas. Incumpliendo la orden recibida, los navios de guerra noruegos presentes no abrieron el fuego y no hicieron ninguna tentativa por limpiar las minas, limitándose a una protesta. Poco después, el submarino polaco «Orzel» hizo hablar otra vez de él torpedeando, delante de Lillesand, cerca de la costa, el buque de carga alemán «Río de Janeiro». Los náufragos declararon que habían querido conducirlos a Noruega para evitar un desembarco inglés. Esta fue, para Oslo, la primera prueba tangible de que el «Ejercicio Weser» había comenzado. Durante la noche del 8 al 9 de abril, el ministro noruego de la Marina ordenó tener apagados todos los faros.

El plan de operaciones alemán contravenía todas las reglas del arte de la guerra. La ofensiva en el Oeste conservaba la prioridad y Falkenhorst sólo recibía fuerzas reducidas. Le prometieron sólo seis Divisiones no fogueadas, que equivalía más o menos a los efectivos que contaban los noruegos, sin tener en cuenta el hecho de que podía presentarse la necesidad de combatir a los ingleses, franceses, suecos y daneses. La Marina prometió destinar todos sus navíos, pero su inferioridad continuaría existiendo en la proporción de uno contra seis si otras grandes unidades se unían a la Home Fleet. Goering, advertido a última hora, proporcionó un regimiento de paracaidistas y grupos de artillería antiaérea, pero se reveló que la Luftwaffe necesitaba campos de aviación en Jutlandia para poder operar.

Por tanto, en el último instante, era necesario añadir a la operación Dinamarca, que fiaba en el Pacto de No Agresión, firmado con Alemania el 31 de mayo del año 1939. Pero éste no era un obstáculo para detener a Hitler. Para adoptar esta decisión le bastaba saber que la defensa militar de Dinamarca había perdido mucho de su valor desde la Primera Guerra Mundial y que el largo reinado político de los socialistas había disminuido la voluntad de resistencia del pequeño país vecino. Decidió, por consiguiente, conquistar Copenhague por sorpresa. Lo mismo que en Oslo, el embajador alemán presentaría al jefe de Gobierno, durante el ataque, una nota cargando toda la responsabilidad sobre las potencias occidentales y garantizando al mismo tiempo «la integridad territorial y la independencia política» del reino.

Para ejecutar el «Ejercicio Weser», el Estado Mayor alemán formó seis grupos de navíos de guerra rápidos que embarcaron las avanzadillas del Ejército. Los petroleros y los transportes de tropas, camuflados como barcos de carga, ya habrían alcanzado las aguas noruegas para entrar en los puertos inmediatamente después de los navíos militares. Seguirían quince barcos del «Primer Cuerpo de Transporte», luego los convoyes regulares que transportarían el grueso de las tropas y del material que habían de tener lugar simultáneamente en Narvik, Trondheim, Bergen, Kristiansand, Oslo y Egersund. Otros desembarcos aéreos debían tener lugar en los grandes aeródromos de Stavanger-Sola y Fornebu. La ocupación de Dinamarca, varios campos de minas a la salida occidental del Skagerrak, y, finalmente, la intervención de una escuadra pesada completarían la operación.

La responsabilidad del éxito o del fracaso era, casi enteramente, de la Marina. Desde la iniciación de las hostilidades, había desplegado una actividad muy grande, bloqueando,

con sus imprevistas acciones, fuerzas adversarias muy superiores a las suyas y obteniendo una serie de éxitos que habían sorprendido al mundo entero: el torpedeo del portaaviones británico «Courageous» por el «U-29» (Schuhart), a la entrada de Scapa Flow, en unas condiciones realmente difíciles, del «U47» (Prién), que había hundido el acorazado «Royal Oak». En el Atlántico, los «acorazados de bolsillo» «Admiral Graf Spee» y «Deutschland» habían capturado once barcos mercantes. Unos doscientos cincuenta mercantes reposaban en el fondo de los mares adonde habían sido enviados por las minas o torpedos. Pero el Estado Mayor naval no creía, por este hecho, estar autorizado a manifestar su optimismo. Por vez primera, el grueso de sus navíos iba a enfrentarse con la Flota enemiga. Una sola batalla podía señalar el fin de la lucha.

El grupo señalado por el avión de exploración británico en el Skagerrak, rumbo hacia el norte, el día 7 de abril, era la «Flota» alemana. Procedía de la rada de Schilling y estaba compuesta por los acorazados «Scharnhorst» y «Gneisenau», el crucero pesado «Admiral Hipper» y catorce destructores. El almirante Günther Lütjens, su comandante en jefe, había de cubrir el paso de los grupos destinados a Trondheim y Narvik. Una niebla gris cubría el mar embravecido, escondiendo la escuadra a la vista de los submarinos británicos. El viento que soplaba del sur-suroeste alcanzaba una fuerza de diez nudos. La prueba fue muy dura para los cazadores alpinos embarcados en los destructores. Varios hombres fueron arrastrados por las olas. Hubo necesidad de reducir la velocidad por miedo a las averías. Lütjens logró llegar a la zona septentrional del Mar del Norte sin establecer contacto con el enemigo. Más allá de la línea Bergen-Shetland, el «Admiral Hipper» avistó, abordó y hundió al destructor «Glowworm» que se había separado del grupo Whitworth durante la noche.

El «Glowworm» tuvo tiempo de emitir un mensaje, informando a Whitworth de la posición aproximada de la escuadra alemana. Se encontraba en el Vest Fjorden, en donde sus navíos acababan de colocar minas, y se había dirigido hacia el sur. Pero otras señales, erróneas, le incitaron a efectuar un reconocimiento hacia el noroeste lo que dejó libre el paso al almirante Lütjens. Este destinó al «Admiral Hipper» y cuatro destructores para ocupar el puerto de Trondheim y envió, en dirección a Narvik, los otros diez destructores al mando del capitán de navío Friedrich Bonte. A la mañana siguiente, el «Renown» entabló una breve batalla con el «Scharnhorst» y el «Gneisenau», al oeste de las Lofoten. Esta escaramuza no tuvo un resultado decisivo. Lütjens pudo reparar las averías mientras continuaba su viaje y emprendió finalmente el camino de regreso. A causa del mal tiempo, ni Whitworth, ni Forbes pudieron impedirlo.

Durante este tiempo, Bonte avanzaba rumbo a Narvik. Dos guardacostas noruegos, el «Eidsvold» y el «Norge», que abrieron el fuego, fueron torpedeados y hundidos. El 13.º Regimiento de Infantería, estacionado en Narvik, no ofreció resistencia, sin duda porque el coronel Konrad Sundlo, comandante de la plaza, era amigo de Quisling. Sea como sea, los cazadores alpinos alemanes pudieron desembarcar sin oposición y ocuparon el importante puerto. Casi al mismo momento, el grupo «Hipper» forzó la entrada de Trondheim, los cruceros «Koenigsberg» y «Woeln» entraron en Bergen, a pesar del preciso fuego de las baterías de costa, y un grupo cuya unidad principal era el crucero «Karlsruhe», ocupó Kristiansand. No hubo resistencia en Stavanger y Egersund, puntos

muy importantes a causa del campo de aviación de Sola y de una estación-emisora por cable. El 9 de abril, a las 17 horas, los alemanes ya habían ocupado todos sus objetivos.

Sin embargo, se había producido una crisis en el 5.º Grupo, que estaba al mando del almirante Oskar Kummetz, encargado de la ocupación de Oslo. Comprendía el crucero pesado «Blücher», el crucero de bolsillo «Lützow (el antiguo Deutschland)», el crucero escuela «Emden», así como varios torpederos y dragaminas. Pasó sin lucha por delante del puerto militar de Horten y, en consecuencia, se confirmaron sus esperanzas de que no se enfrentaría con dificultad alguna; pero más al norte, a la salida del estrecho de Dröbak, las piezas de 280 mm. de la fortaleza de Oskarsborg abrieron fuego sobre el «Blücher», a bordo del cual se encontraban Kummetz, Falkenhorst y otros dos generales. Dos torpedos, disparados por la batería de Kaholm, tocaron el crucero, que se hundió. Los otros barcos dieron media vuelta. Al mismo tiempo fracasaba una tentativa de desembarco en el campo de aviación de Oslo-Fornebu. Detrás de la escuadra, los fuertes isleños de Bolärne y de Rouöy, así como un gran minador noruego, abrieron el fuego.

Fue en este momento cuando el embajador Curt Bräuer intentó presentar la nota alemana en Oslo. Halvdan Koht rehusó aceptarla. Por la radio un locutor declaró: «No cederemos, ¡la batalla ha empezado!» A instancias de Carl Joachim Hambro, presidente del Storting, el rey Haakon VII; el príncipe heredero Olaf, el Gobierno, el Parlamento y el Estado Mayor general abandonaron la capital amenazada y se instalaron en Hamar, cien kilómetros más al norte, en donde fue dada la orden de resistir por medio de las armas. Durante la mañana, los aviones alemanes bombardearon los fuertes de Oskarsborg, Horten y Fornebu. A partir de las 8'38 horas, numerosos aviones de transporte del tipo «Ju-52» aterrizaron, transportando ocho Compañías de infantería y de paracaidistas, que ocuparon Oslo.

La Luftwaffe pudo resolver esta crisis militar debido a que Copenhague no ofreció ninguna resistencia seria y los aviones hitlerianos pudieron utilizar los campos de aviación de Jutlandia desde el 9 de abril. En realidad, la capital danesa sucumbió tan rápidamente que, incluso después de la guerra, cabe sospechar la existencia de un acuerdo secreto entre Dinamarca y Alemania. Sin embargo, esta ausencia de voluntad defensiva en los daneses debe ser atribuida, sin duda, a la propaganda pacifista realizada en el país desde hacía décadas («Wat er dat nytte?»). El reino había adoptado medidas de seguridad muy inferiores a las de la Primera Guerra Mundial y el Gobierno no quería emplear las armas más allá de cuarenta minutos. Aunque contaba con navíos y divisiones capaces de luchar, el país capituló prácticamente ante un millar de soldados de infantería alemanes y dos docenas de aviones que volaron, como una amenaza, por encima de Copenhague.

A la hora prevista, la motonave «Hansestadt Danzig» pasó ante el fuerte de Middelgrund, luciendo unas piezas de 240 mm., que no estaban en condiciones de disparar ni siquiera una salva de advertencia y en donde los veteranos habían sido remplazados el día anterior por reclutas sin instrucción. Pocos minutos después atracó en el muelle de Langelinie, en Copenhague, en donde desembarcó un batallón. Tuvo lugar una breve escaramuza entre esos soldados y los guardias estacionados en el castillo de Amalienborg. La ciudadela fue ocupada sin dificultad. Un ataque en picado efectuado

contra Vaerløse destruyó los aviones de caza que se encontraban allí. A las siete, el Consejo de Estado, reunido en presencia del rey Cristian X, acordó el cese de toda resistencia, en contra de la voz del general Wilhelm Prior. Hitler mandó a los daneses un «encargado de negocios», garantizó sus fronteras, en contra de todo lo esperado, y permitió que el rey y el Gabinete gobernaran como si no hubiera sucedido nada.

El principio de los combates contra los ingleses y los franceses hacía precisa una intervención rápida y enérgica de la Luftwaffe, que en parte era ahora posible debido a la ocupación de los campos de aviación de Jutlandia. El regreso de los navíos de guerra alemanes y el envío de nuevos transportes se enfrentaba con crecientes dificultades. Los submarinos ingleses hundieron el crucero «Karlsruhe», torpedearon el «Lützow» y mandaron al fondo de los mares una docena de barcos mercantes, como mínimo. Los aviones de la Royal Air Force hicieron zozobrar el «Koenigsberg». Las fuerzas de superficie francobritánicas bombardearon ciertos puntos de la costa. El 12 y 13 de abril, apoyados por los aviones de los portaaviones y por el crucero «Warspite», las unidades ligeras inglesas llegaron hasta Narvik y hundieron todos los destructores alemanes que se encontraban allí. Sin embargo, la Home Fleet tuvo que retirarse ante los ataques del X Cuerpo Aéreo (Geisber), que averiaron el buque insignia «Rodney» y tres cruceros.

Este dominio aéreo de los alemanes también hubiera podido impedir a los aliados desembarcar tropas en la costa occidental de Suecia, tal como había sido su intención, pero este proyecto fue abandonado ante la oposición del Gobierno de Estocolmo. El primer ministro, Per Albin Hansson, y el ministro de Asuntos Exteriores, Christian Günther, consideraban que la neutralidad de Suecia estaba, en aquellos momentos, más amenazada por el Oeste que por Alemania. Un intercambio de cartas entre el rey Gustavo V e Hitler confirmó esta opinión. Una delegación de oficiales aliados emprendió, defraudada, el viaje de regreso. Las medidas militares adoptadas por los suecos inquietaron a los ingleses y franceses, pero también causaron graves preocupaciones a Falkenhorst, comandante en jefe alemán en Noruega, hasta que obtuvo una explicación por parte del Estado Mayor sueco.

Mientras tanto, las potencias occidentales habían actuado. El Consejo supremo interaliado decidió imitar a Hitler ordenando ocupar las islas Feroe e Islandia, sin tener en cuenta la opinión de Dinamarca. Simultáneamente, el Cuerpo expedicionario debía desembarcar en Narvik. Fuertes nevadas impedían esta operación y entonces se decidió desembarcar las tropas en la Noruega central para atacar Trondheim por dos lados y meter una cuña entre las unidades alemanas todavía débiles y muy desperdigadas que operaban al norte y sur del país («Operación Hammer»). El 15 y 18 de abril, dos brigadas inglesas y seis batallones de cazadores franceses desembarcaron en Namsos y en Aandalsnes, en donde encontraron el apoyo de una división noruega.

Esto provocó una situación difícil para los alemanes, que, a pesar de la acción aliada, habían de establecer enlace con los puntos de la costa defendidos muy débilmente, y a través de un país sin carreteras y, en su mayor parte, con una espesa capa de nieve. Los acontecimientos políticos crearon otras complicaciones. El 10 de abril, en Elverum, el embajador Bräuer sostuvo una larga conversación con el rey Haakon y Halvdan Koht, para conseguir el regreso del Gobierno a Oslo y llegar a un acuerdo. Sus esfuerzos

fracasaron por culpa del comandante Vidkun Quisling, que había llegado varias horas antes a la capital, y había asumido el poder, tal como se había convenido entre él e Hitler. El rey se negó a aceptar estas actividades anticonstitucionales. Ordenó la movilización general y los reservistas acudieron de todas partes para participar en la defensa del país.

Esta resistencia noruega fijaba de un modo claro la nueva misión del «Grupo XXI». Falkenhorst debía atacar sin perder tiempo, partiendo de la región de Oslo, a los adversarios desembarcados en Namsos y Aandalsnes, para restablecer las líneas de comunicaciones entre la Noruega meridional y central. La ofensiva comenzó después de haber sido reforzada la guarnición de Trondheim por una división de infantería y después del fracaso de los paracaidistas alemanes en la conquista del nudo ferroviario de Dombas. Existían, sin embargo, sólo dos divisiones incompletas, pero éstas avanzaron hacia el norte por los valles de Osterdal y Gudbrandsdal, en donde se enfrentaron con numerosas dificultades y una feroz resistencia por parte de las tropas noruegas. Su ataque, no obstante, adquiriría cada vez mayor fuerza. Los aliados intentaron, inútilmente, poner fin a la supremacía alemana en el aire, destinando a la lucha los portaaviones «Ark Royal», «Glorious» y «Bearn». El Alto Mando alemán lanzó la 5.^a Flota Aérea (Milch), cuyas bombas infligieron graves pérdidas a las unidades terrestres y navales de los aliados. Los ingleses y los franceses, presionados fuertemente, reembarcaron en sus buques. A fines de abril, los alemanes se mantenían sólidamente en el rectángulo Oslo-Trondheim-Bergen-Kristiansand.

Pero en el Norte se encontraban en una situación muy crítica. Casi veinticinco mil soldados aliados habían pasado de las islas Lofoten al Continente, a un lado y otro de Narvik, uniéndose a las mejores unidades noruegas, especialmente los cazadores sobre esquís de Finnmarken. El general Edouard Dietl, comandante alemán, sólo podía oponerles un regimiento de montaña reforzado, los dos mil cien marineros de los destructores hundidos y dos compañías de paracaidistas, a las que se unieron, posteriormente, tres batallones que, a pesar de enormes dificultades, lograron llegar a Narvik a lo largo de la frontera sueca. No existía ninguna vía de comunicación continua entre la Noruega central y septentrional. Hubo necesidad, asimismo, de renunciar a aprovisionar las tropas de Dietl por vía aérea, dado que el deshielo imposibilitaba el aterrizaje de los aviones sobre el hielo del lago de Hartvig.

En ciertos momentos, Hitler y el comandante en jefe británico, lord Robert Cork y Orrey, perdieron el control de sus nervios y quisieron poner fin a la batalla. Hitler redactó para Dietl instrucciones autorizándole a pasar a Suecia. La situación de los alemanes se agravó rápidamente. El crucero «Warspite» destruyó, con su fuego de cañón, el puerto y la ciudad. Bajo la presión de los cazadores alpinos, los legionarios franceses y de unidades no menos valientes compuestas por escoceses, polacos y noruegos, los batallones de Dietl tuvieron que evacuar Narvik. Se replegaron luchando ferozmente a lo largo de la vía férrea en dirección a la frontera sueca, en donde se hicieron preparativos para ser internados. La victoria se inclinaba netamente del lado de los Aliados, pero el desencadenamiento de la ofensiva alemana, el 10 de mayo de 1940, creó muy pronto una situación enteramente nueva.

LA CAMPAÑA DEL OESTE, 1940

El 23 de noviembre de 1939, Hitler expuso, en un largo discurso ante los jefes del Ejército y de la Aviación, los motivos que le impulsaban a buscar una decisión frente a las potencias occidentales. El problema alemán fundamental —engrandecimiento del «espacio vital» o lenta agonía del pueblo—, no podía, afirmaba, ser solucionado de otro modo. La situación política del momento reclamaba una acción rápida. A espaldas del Reich, explicó, se encontraba la Unión Soviética, y Roosevelt incitaba a los ingleses y franceses a resistir haciendo hincapié en los peligros que amenazaban a Alemania por parte de los rusos. El tiempo, pues, trabajaba a favor del enemigo, la proporción de fuerzas se inclinaba lentamente al lado de las potencias occidentales. Lo más probable era que la Gran Bretaña y Francia preparasen un ataque y, dando garantías a Holanda y Bélgica, atravesaran sus ejércitos los territorios de esos dos países para golpear al Reich en su punto más vulnerable: la cuenca del Ruhr.

Inmediatamente después de esta conferencia, Brauchitsch solicitó ser relevado de su mando. No le fue negado y resultó una situación sumamente curiosa: el comandante en jefe del Ejército se vio obligado a preparar con Halder una campaña que desaprobaba en principio. Sin embargo, no todos los generales estaban de acuerdo con la opinión del Alto Mando del Ejército. Mientras éste montaba un plan de operaciones, de acuerdo con las directrices de Hitler y que se parecía en mucho al Plan Schlieffen (1905, 1915), el Grupo de Ejércitos A presentaba otro. El general Erich von Manstein, jefe del Estado Mayor de Rundstedt, demostró, en una serie de notas, que las consideraciones que habían servido de base a ese Plan Schlieffen ya no eran válidas, y que, al efectuar un vasto movimiento de avance, las tropas del ala derecha se encontrarían con una resistencia muy fuerte.

De hecho, el proyecto del Alto Mando del Ejército, según las intenciones de Hitler, sólo preveía unos objetivos parciales: una victoria sobre las unidades que penetraran desde Francia en Bélgica y la ocupación de una zona, lo mayor posible, del litoral del Canal de la Mancha, desde donde la Marina y la Aviación pudieran entonces realizar sus operaciones contra Inglaterra con mayor eficacia que hasta entonces. Esta concepción no permitía obtener una decisión en la guerra terrestre. Manstein quería trasladar a Sedan el punto de gravedad del esfuerzo principal. Recomendaba un poderoso avance por las Ardenas, en dirección al Somme inferior para cortar y aniquilar el ala norte del adversario en el curso de su movimiento de avance. Este plan, apoyado por Rundstedt y varios oficiales de su Estado Mayor, como el general Günther Blumentritt y el teniente coronel Henning von Tresckow, merecía una mayor atención debido a que el general Heinz Guderian declaró que consideraba posible una infiltración de grandes unidades blindadas hasta la desembocadura del Somme.

Sin embargo, a pesar de nuevas notas y conversaciones, así como de ejercicios sobre el mapa, no se efectuó ninguna modificación importante respecto a las disposiciones que

ya habían sido tomadas. El Alto Mando del Ejército alejó a Manstein del Estado Mayor del Grupo A, nombrándole comandante del 38.º Grupo de Ejércitos. El general vio en ello una maniobra para desembarazarse de «un individuo molesto». Pero Hitler se enteró de los estudios hechos por el Grupo A, a través de su ayudante de campo, el coronel Rudolf Schmundt. Después de un almuerzo ofrecido en la Cancillería a los generales recientemente nombrados para puestos de mando, Manstein tuvo ocasión de exponer sus ideas a Hitler que se había ocupado ya de consideraciones análogas. Unos días más tarde, fueron ordenadas nuevas directrices que coincidían con el plan de Manstein.

El Alto Mando del Ejército fijó entonces, de un modo definitivo, el orden de batalla de los Ejércitos en el frente del Oeste. A lo largo de la frontera holandesa se encontraba el Grupo de Ejércitos B, al mando del general Fedor von Bock, que comprendía el 18.º Ejército (Küchler) frente a Nimega; Venlo, Roermond y el Sexto (Reichenau), frente al distrito de Masstricht. El Grupo de Ejércitos A se extendía desde Aquisgrán hasta el Sarre. Comprendía, a las órdenes del general Gerd von Rundstedt, el Cuarto Ejército (Kluge), el 12.º (List) y el 16.º (Busch). El Grupo de Ejércitos C, con el general Wilhelm Ritter von Leeb al frente, ocupaba el sector sur, el Primer Ejército (Witzleben), el Sarre y el Palatinado, y el Séptimo (Dollmann) la región entre Ettlingen y Basilea. El Segundo (Weichs) y Noveno (Blaskowitz) Ejércitos constituían la reserva general para ser destinados al norte o centro, según las circunstancias. El despliegue de las unidades blindadas indicaba, aún con más claridad, la dirección del esfuerzo principal. Rundstedt disponía de tres Cuerpos blindados, de los cuales destinó uno (Hoth) detrás del Cuarto Ejército, mientras que los otros dos (Guderian y Reinhardt) constituían un Grupo especial (Kleist) adscrito al 12.º Ejército. Bock sólo recibió uno (Hoepner), encargado de la misión de apoyar el Sexto Ejército. Finalmente, la 9.ª División blindada (Hubicki) fue destinada al 17.º Ejército.

Al mismo tiempo fueron fijados los objetivos estratégicos. El ala derecha alemana, violando la neutralidad de Holanda, de Bélgica y de Luxemburgo, atravesaría el territorio de esos países para cortar y aniquilar las fuerzas aliadas que encontraran, principalmente el Cuerpo expedicionario inglés. El Grupo de Ejércitos B (Bock) engañaría así al mando enemigo sobre la dirección del esfuerzo principal y atraería sobre sí el mayor número posible de fuerzas que no podrían, por tanto, oponerse a la maniobra de envolvimiento más al sur. Y allí las divisiones blindadas del Grupo A (Rundstedt) realizarían la rotura. Los Ejércitos de Bock constituían, de este modo, una especie de yunque, representando las de Rundstedt el martillo.

Esta organización de las fuerzas para el plan «en hoz» fue posible, ya que, mientras tanto, el mando alemán tenía un conocimiento muy preciso de la estructuración enemiga. Se sabía que el Consejo Supremo interaliado había articulado las fuerzas franco-británicas en tres Grupos de Ejércitos. El 1.º a las órdenes del general Gaston-Hervé Billotte, se extendía a lo largo de la frontera belga y comprendía (de izquierda a derecha) el Séptimo Ejército (Giraud), el Primero (Blanchard), el Noveno (Corap) y el Segundo (Huntziger). El Cuerpo expedicionario británico (Gort) se insertaba entre Giraud y Blanchard. El general Gaston Prételat mandaba el 2.º Grupo de Ejércitos compuesto de tres grandes unidades francesas: el Tercer Ejército (Condé), el Cuarto (Réquin) y el

Quinto (Bourret), que ocupaba la parte de la Línea Maginot, zona fortificada muy moderna y construida con mucho coste en Alsacia-Lorena. El general Georges Besson, jefe del Tercer Grupo, defendía el sector de Sélestat a Belfort con el Octavo Ejército (Garchery) y el Sexto (Touchon). Delante del Grupo Billotte se encontraban veintidós divisiones belgas y doce holandesas apoyándose sobre un sistema de poderosos fuertes, de fortificaciones preparadas, zonas de inundación y otros obstáculos.

La comparación de las cifras revelaba que cada bando disponía de 137 Divisiones. Los aliados poseían 3.142 carros de combate, los asaltantes 2.580. Francia, la Gran Bretaña, Bélgica y Holanda hubieran podido, en conjunto, destinar 2.890 aviones a la batalla, pero los ingleses retuvieron 650 para la defensa de sus islas. La Segunda (Kesselring) y Tercera (Sperrle) Flotas aéreas disfrutaban, por tanto, de una superioridad enorme con sus 3.842 aparatos. Debían paralizar la actividad en los aeródromos aliados, camuflar el punto de gravedad del esfuerzo de su Ejército, efectuar ataques aniquiladores contra los nudos de comunicaciones terrestres y ejecutar todos los reconocimientos y todos los transportes necesarios.

Los carros de combate alemanes, aunque tenían un grueso de blindaje inferior, eran de un valor superior. Poseían unos depósitos de carburante mayores y eran más ligeros, gracias a la excelencia de los materiales suecos y checos, mientras que, en cambio, el acero de los carros de combate franceses, fundido con minerales de Lorena, era rico en fósforos. Sea como fuere, su gran radio de acción y el excelente entrenamiento de sus dotaciones, les permitía operar en espacios muy grandes. El 10 de mayo de 1940, los ingleses sólo les pudieron oponer un «tank-regiment» y dos batallones blindados. En cuanto a los franceses, a pesar de las lecciones de la campaña de Polonia, poseían, en aquel momento, sólo dos divisiones blindadas. Sus restantes carros de combate estaban repartidos entre cuarenta batallones de apoyo que debían ayudar a la Infantería, como en 1918, pero que no podían ser agrupados para actuar de un modo independiente.

Francia padecía enormemente la complejidad de su organización militar. Desde 1939, existía una ley sobre la «organización en tiempos de guerra» y en el cuadro de la misma un «Consejo Superior de la Defensa Nacional», con otro organismo para la dirección militar, el «Comité de Guerra», presididos ambos por el Presidente de la República. Pero el consejo superior no fue convocado nunca, entre setiembre de 1939 y mayo de 1940, mientras que, en el mismo período, el comité de guerra se reunía solamente dos veces por asuntos accesorios. El general Maurice Gamelin, comandante en jefe e inspector del Ejército francés, no ejercía ningún control sobre el Secretariado General. Sus relaciones con el Estado Mayor general, cortado en dos en enero de 1940, no estaban suficientemente definidas. El general Georges, que mandaba los Ejércitos del noroeste, tuvo dificultades con los ingleses. A pesar de diversas presiones diplomáticas, Bélgica y Holanda se habían negado a establecer acuerdos de Estado Mayor porque creían, hasta el último momento, que la guerra no les afectaría.

En estas condiciones, el «Plan D», preparado para el caso de una invasión alemana, se convirtió en un fracaso. A tenor del mismo, el Primer Grupo de Ejércitos (Billotte) debía avanzar a través de Bélgica hasta el Dyle («D») y, según las instrucciones del general Georges, el Séptimo Ejército (Giraud) se desplegaría entonces por la Holanda

meridional, a partir de Amberes, para crear un frente continuado desde Basilea hasta el Zuiderzee. Sin embargo, en el momento decisivo, no había fortificaciones preparadas sobre el Dyle, los belgas evacuaron la zona demasiado pronto y el Ejército neerlandés se replegó al norte del Rhin, sobre la «Fortaleza Holanda». Pero el error capital, por parte de Gamelin y de Georges, fue llevar a la práctica el «Plan D» que, tal como esperaban los alemanes, hizo caer a Billotte en la trampa.

Algunos espíritus clarividentes habían señalado, sin embargo, la posibilidad de que las fuerzas alemanas avanzaran sobre el curso medio del Mosa. Pero Gamelin, principal autor del «Plan D», exageraba las dificultades de un paso por la región de las Ardenas. Los numerosos informes que recibió, de Suiza y de Bélgica, sobre la inminente ofensiva, no le hicieron cambiar de pensamiento. Para él, los alemanes atacarían exactamente como en el año 1914. El deseo, largo tiempo acariciado, de tomar la iniciativa, quedó menguado por la campaña de Noruega. Numerosos hombres de Estado y jefes militares se dejaron influenciar, en sus concepciones estratégicas, por la existencia de la Línea Maginot, ciertos recuerdos de la Primera Guerra Mundial y consideraciones de política interior. Un documento redactado en el Estado Mayor general se creía autorizado a decir que el «poilu» estaba «afectado por ciertas deficiencias espirituales y morales» y no podía, en consecuencia, ser destinado a unas operaciones demasiado importantes.

El 9 de mayo de 1940 tuvo lugar una sesión muy agitada en la Cámara de Diputados. Discutieron sobre los fracasos de Noruega, sobre las negligencias cometidas en el curso de los meses anteriores. Nunca el ambiente había sido tan derrotista. Edouard Daladier, que continuaba como ministro de la Guerra en el Gabinete Reynaud, parecía empeñado en cargar sobre su jefe la culpa de las derrotas recientemente sufridas. Numerosos diputados, entre ellos Pierre Laval, y la mayoría de los senadores no disimularon su descontento. El Consejo de Ministros había decidido sustituir al general Gamelin, pero tal medida era insuficiente para impedir la caída del Gabinete. Paul Reynaud presentó la dimisión y, según el proceder habitual, fue encargado por el presidente Lebrun del despacho de los asuntos corrientes hasta la constitución de un nuevo Gobierno. El ataque de Hitler obligó a los franceses a concentrarse de nuevo.

Entre el 9 y 10 de mayo de 1940 se produjo otro cambio político al otro lado del Canal de la Mancha. Neville Chamberlain, de edad muy avanzada, ya no contaba con la fuerza necesaria para soportar las dificultades de su cargo. Desde ya hacía varias semanas aparecía enfermizo y deprimido ante la Cámara. Las noticias de París y las repercusiones interiores de los fracasos en Noruega, lo abatieron todavía más. Además, a las tres de la madrugada, Hitler mandó transmitir a Bruselas, a Luxemburgo y a La Haya tres notas justificando la invasión alemana por supuestas intenciones ofensivas de los franco-británicos contra el Ruhr. Como sucesor, Chamberlain hubiese preferido a lord Halifax, pero éste no era miembro de la Cámara de los Comunes y, a causa de este inconveniente, dejó prácticamente el cargo al ministro de la Marina que se ofrecía para el mismo: Winston Churchill.

El nuevo primer ministro desplegó, desde el primer momento, su inmensa energía y toda su habilidad política. El 10 de mayo constituyó un Gabinete que aseguraba la continuidad, dado que sir Neville Chamberlain seguía en el mismo como presidente del

Consejo Secreto y lord Halifax como ministro de Asuntos Exteriores, mientras que otros conservadores como Anthony Eden (Guerra), Alfred Duff Cooper (Información) y sir Kingsley Wood (Finanzas) adquirirían una mayor autoridad. Simultáneamente, admitió a los laboristas, que hasta aquel momento habían estado en la oposición. Clement Attlee fue nombrado lord del Sello privado y sustituto del primer ministro, mientras que otros miembros de su Partido ocupaban cargos importantes: sir Albert Victor Alexander, en el Almirantazgo; Herbert Morrison, en Abastecimientos; Ernest Bevin, en el Ministerio de Trabajo. Inglaterra realizaba, de este modo, una extrema concentración de las fuerzas políticas. Churchill sabía emplear ante la Cámara de los Comunes el lenguaje que convenía. Prometió «sangre, penalidades, lágrimas y sudor», pero obtuvo, a cambio, la aprobación de una ley de urgencia que le confería poderes casi dictatoriales.

La ofensiva alemana se inició al amanecer del 10 de mayo con un intenso bombardeo de los campos de aviación aliados y neutrales. Sin declaración de guerra, los Grupos de Ejércitos B y A entraron en Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Los adversarios reaccionaron aproximadamente una hora más tarde. Conforme a la Instrucción Secreta núm. 9. Georges mandó avanzar el Primer Grupo de Ejércitos (Billotte) hacia el Dyle, con Givet como pivote, Giraud avanzó sobre Breda y los navíos de guerra franceses desembarcaron dos divisiones en Walcheren. Los franceses volvieron a unirse una vez más. Gamelin conservó «provisionalmente» el mando y Reynaud retiró su dimisión.

«Esta mañana —declaró— nuestros hombres, los soldados de la Libertad, han cruzado la frontera (belga)... Francia se alza fuerte y serena.»

El avance alemán tropezó con obstáculos considerables. Los holandeses contaban con centros de resistencia a lo largo del Yssel y del Mosa, protegidos por las inundaciones, luego, más atrás, la línea Peel-Raam y una tercera en el monte Grebbe. Para penetrar en la «Fortaleza Holanda» —el rectángulo Rotterdam-Utrecht-Amsterdam-Haarlem—, tenían que forzar tres sistemas de defensa sucesivos, o bien tomar al asalto otros dos más hacia el sur, y luego, remontando hacia el norte, forzar las barreras del Mosa, Waal y Lek. Cerca de su frontera del noreste, Bélgica disponía del Canal Alberto, obstáculo anticarros muy seguro que unía al estuario del Escalda y del Dyle al Mosa y al Ourthe, y por Amberes, Lieja constituía el pilón de ángulo de este sistema. El fuerte Eben-Emael, prácticamente autónomo, constituía la defensa más poderosa. Construido en la orilla escarpada del canal, cubría cincuenta hectáreas, y tenía una guarnición de mil doscientos hombres, con cuarenta y dos cañones e innumerables ametralladoras. Tres unidades especiales habían sido formadas para eliminar rápidamente esos obstáculos: la 22 División de Infantería (Sponeck), entrenada como tropa aerotransportada; la 1.^a División aérea (Student) y un destacamento de asalto (Koch), compuesto por paracaidistas y pioneros. Una tentativa, efectuada de un modo accesorio, para apresar al Gobierno holandés terminó en un fracaso. La infantería aérea, transportada por aviones del tipo «Ju-52», sufrió elevadas pérdidas entre La Haya y Leyde, pero sitió al Primer Cuerpo de Ejército holandés (Van Andel), que en otro caso hubiera debido intervenir más hacia el sur. Allí los paracaidistas alemanes, así como los comandos especiales, camuflados, conquistaron puentes importantes en Moerdijk y Rotterdam.

Las posiciones clave de las avanzadillas belgas fueron también aniquiladas. A las 4'30 horas, cuarenta y dos planeadores del tipo «DFS-230», remolcados por otros tantos «Ju-52», abandonaron los aeródromos de Colonia-Ostheim y Butzweilerhof con los paracaidistas del destacamento Koch. La primera ola —ochenta y cinco hombres mandados por el teniente Rudolf Witzig— logró posarse silenciosamente sobre el fuerte de Eben-Emael. El 151 Regimiento de Infantería (Mikosch), destinado para apoyarla, se retrasó a causa de las demoliciones y los combates defensivos en Maastricht, pero conquistó la posición al día siguiente por la mañana. Los aviadores belgas intentaron, inútilmente, destruir los puentes que habían quedado intactos. Las escuadrillas Hépécé y Pierre se sacrificaron literalmente. Casi sesenta aviones fueron abatidos.

La conquista del fuerte Eben-Emael abrió una gran brecha en el sistema defensivo. Sin preocuparse de Lieja, ni de los fuertes de Battice y Neufchâteau, que continuaban la lucha en esta región, el XVI Cuerpo blindado (Hoepner) y la infantería del Sexto Ejército (Reichenau) avanzaron sobre Wawre y Lovena, rebasando, con esta maniobra, la línea holandesa Peel-Raam. Por otro lado, el XV LLL Ejército (Küchler) logró forzar este obstáculo, abriendo el camino a la 9.^a División blindada (Hubicki), que logró establecer contacto con los paracaidistas en Moerdyck, estableciendo así una cuña entre Giraud y el grueso del Ejército holandés. Los franceses que habían avanzado hasta Breda, hubieron de replegarse bajo violentos bombardeos aéreos.

La tentativa realizada para penetrar por el sur en la «Fortaleza Holanda» fracasó en el monte Grebbe, ante la violenta resistencia del Segundo Cuerpo neerlandés (Harberts). En compensación, el paso por Rotterdam se consiguió rápidamente. Los rumores que anunciaban desembarcos ingleses, condujeron al general Georg von Küchler a mandar un ultimátum al comandante de la ciudad, amenazándole con un bombardeo destructor si no se rendía. Las negociaciones comenzaron la madrugada del 14 de mayo, pero, a causa de una deficiencia en las comunicaciones, no fue posible impedir el ataque que tuvo lugar pocas horas después. La mayoría de los aviones arrojaron sus bombas reduciendo Rotterdam a un montón de cenizas y ruinas. Casi setecientas personas civiles murieron en este bombardeo.

La reina Guillermina, la princesa heredera y su marido, habían abandonado el país en unos destructores británicos. El Gobierno y la Flota les siguieron. Después de la destrucción y la capitulación de Rotterdam, así como de la evacuación, que se había hecho necesaria, de la línea Grebbe y un nuevo avance alemán hasta Utrecht, el Ejército neerlandés ya no albergaba esperanzas de poder defender la «Fortaleza, Holanda». El general Winkelman, su comandante en jefe, solicitó, por tanto, de Küchler, por radio, la suspensión de las hostilidades. El acuerdo se estableció rápidamente. El armisticio fue firmado en Rotterdam el 15 de mayo a las 11'45 horas. A la misma hora los componentes del Ejército alemán ya avanzaban hacia Zelanda y Amberes.

Mientras, el Grupo de Ejércitos A (Rundstedt) habían realizado igualmente importantes progresos. Los carros de combate del Grupo, al mando del general Ewald von Kleist, cruzaban Luxemburgo y las Ardenas hasta el Mosa, sin encontrar gran resistencia. La caballería, enviada a su encuentro, tuvo que replegarse después de sufrir elevadas pérdidas. Los tres Cuerpos atravesaron el río en Dinant, Monthermé y Sedan.

Esta maniobra eliminó dos divisiones francesas, compuestas de reservistas mayores de edad e instruidos de modo insuficiente, a la izquierda de la Línea Maginot. Los contraataques lanzados por el Segundo Ejército (Huntziger) y el Noveno (Corap) fueron inútiles. La 1.^a División blindada francesa (Bruneau) tuvo que replegarse después de un combate de ocho horas, con la confusión siguiente, y la 2.^a (Bruché) no logró entrar en combate. Los intentos realizados por la aviación para obstaculizar el paso del río no consiguieron nada. Los cazas y la defensa antiaérea abatieron numerosos aviones aliados, incluso antes de que pudieran alcanzar su objetivo.

El 14 de mayo, a mediodía, Gamelin aún consideraba la batalla de Sedan como un «interludio local». No comprendió realmente la situación hasta la noche del día siguiente. El frente del Mosa ya no existía. Las avanzadillas del Grupo de Ejércitos A-31.^o C. B. (Schmidt), 41.^o C. B. (Reinhardt) y 19.^o C. N. (Guderian), avanzaban sin descanso. La ola de los fugitivos bloqueaba las carreteras formando compactas columnas, a pie, en coche, en carros, frecuentemente bajo las ráfagas de los aviadores alemanes obstaculizando los movimientos de la tropa. El 16 de mayo Billotte llegó al convencimiento que estaba a punto de quedar aislado. Churchill, que estaba en París, constató con inquietud que los franceses no estaban en condiciones de reaccionar y que estaban faltos de reservas para oponerse a la progresión de las fuerzas blindadas.

Durante el intervalo, el despliegue alemán no se afectó sin fricciones interiores. Rundstedt seguía con atención a sus avanzadillas que se alejaban sin cesar. Mientras que el Grupo blindado de Kleist alcanzaba la región entre Rethel y la Fère, la infantería del 12.^o Ejército (List), que avanzaba a marchas forzadas, solamente cruzaba el Sedan. El problema consistía en adelantar la cuña blindada del Grupo de Ejército haciéndole seguir por las unidades más lentas. La 4.^a División blindada francesa (De Gaulle), aunque entrenada de un modo insuficiente, había atacado el flanco izquierdo de Guderian partiendo de Laon. El mismo día, Hitler empezó a dramatizar el «peligro del sur», Halder lo encontró «terriblemente nervioso». «El Führer —escribió— tiene miedo a su propio éxito y quisiera "frenarlo"».

Como es natural, Gamelin se esforzaba por realizar lo que temían Hitler y Rundstedt. Las puntas alemanas se extendían como los dedos de un guante, ¿por qué no intentar cortarlos? Así lo previa la Orden número 12. No era una orden, dado que Georges mandaba en el frente noreste, pero había sido aprobada por Ironside y Gort. La iniciativa de Gamelin avivaba, por otro lado, entre él y Georges, un conflicto que reinaba desde hacía tiempo en estado latente y conducía por otra parte a combates confusos que, en Arras y en Cambrai, crearon una crisis para ciertas unidades alemanas —la 7.^a División blindada (Rommel), sobre todo—, y, en consecuencia, ejercieron un efecto psicológico sobre Hitler, Rundstedt y el Alto Mando de la Wehrmacht.

Se originaron divergencias entre las diversas autoridades alemanas mientras continuaba la ofensiva con la participación del Grupo blindado de Hermann Roth, reorganizado. El Alto Mando del Ejército, con Brauchitsch y Halder, quería conducir lógicamente las operaciones hasta el final, en el sentido del plan «en hoz». En revancha, el Alto Mando de la Wehrmacht y el Estado Mayor del Grupo de Ejército, consideraban que la ola blindada no debía avanzar más hacia el noreste. Hitler compartía la opinión de

Rundstedt que pensaba en la segunda fase de la campaña (Caso «Rojo») y deseaba ahorrar, para tal efecto, sus unidades blindadas, algunas de las cuales ya habían quedado reducidas a la mitad de sus efectivos. Keitel señaló también que la costa flamenca era muy desfavorable para el empleo de los carros de combate. Sin embargo, fue Goering el que hizo inclinar de un modo definitivo la balanza, pues parecía considerar una cuestión de honor que la destrucción de las tropas enemigas aisladas fuera obra de la «Luftwaffe nacionalsocialista».

Después de una entrevista con Rundstedt, Hitler firmó unas nuevas instrucciones que señalaban la línea Lens-Béthune-Saint-Omer-Gravelines como límite extremo del avance. El enemigo no debía ser perseguido, sino «aniquilado». Esta decisión transformaba la idea inicial de un golpe de hoz en todo lo contrario. El Grupo de Ejército B (Bock), desprovisto de carros de combate, remplazaba al Grupo de Ejército A (Rundstedt), como «martillo». Esto había de costar más sangre y otorgar un tiempo precioso al Grupo Billotte. Brauchitsch protestó en vano. Hitler se negó a escucharle, pues había dejado a Rundstedt en libertad de decidir, es decir, a uno de los subordinados del Alto Mando del Ejército, como Brauchitsch y Halder comprobaron con indignación.

Mientras, se habían producido cambios importantes en el campo aliado. Reynaud había hecho entrar al mariscal Philippe Pétain en el Gobierno como vicepresidente del Consejo y había hecho venir de Siria al general Maxime Weygand, igualmente célebre desde la Primera Guerra Mundial, para sustituir a Gamelin. Churchill nombró a sir John Dill jefe del Estado Mayor imperial, destinó tropas de refresco a Boulogne y a Calais y adoptó medidas para salvar al Cuerpo expedicionario británico. Las concepciones estratégicas de los aliados divergían fuertemente. Churchill, Eden, Dill y Dort pensaban, ante todo, en la seguridad de la Gran Bretaña y, por consiguiente, volvían los ojos hacia Dunkerque, que era el lugar donde más fácilmente podía efectuarse un reembarque, pero Weygand deseaba destinar al Grupo Billotte al sur, transformar en estrategia las medidas puramente tácticas tomadas hasta entonces y de esta forma ganar tiempo para formar un frente defensivo a lo largo del Aisne y del Somme.

Con este punto de vista, el nuevo comandante en jefe francés sobrevoló los puntos del ataque alemán para asistir a una conferencia en Ypres, pero sólo encontró allí a Billotte y al rey de los belgas, Leopoldo III. Lord Gort, jefe del Cuerpo expedicionario británico, llegó cuando él ya se había marchado. Billotte murió, poco después, en un accidente de coche. Su sucesor, el general Georges Blanchard, no se enteró de las intenciones de Weygand y no pudo establecer un acuerdo entre las tres partes de la coalición. Calais cayó en manos del enemigo. El XLI Cuerpo blindado alemán (Reinhard) llegó a treinta kilómetros de Dunkerque. Eden dio entonces a los ingleses la orden de repliegue, lo que selló la suerte de las tropas que se habían quedado en la región de Lila. El primer Ejército francés (Prioux) fue aniquilado después de duros combates.

El 26 de mayo, Rundstedt, después de llegar a un nuevo estudio de la situación, quiso reanudar la ofensiva más allá de la línea Béthune-Gravelines. Treskow y Schmundt obtuvieron el consentimiento de Hitler, aunque éste lo dio con disgusto. La bolsa enemiga fue progresivamente reducida durante una lucha violenta. Las unidades blindadas avanzaban sólo lentamente. Los cazas, llegados de Inglaterra, infligieron

sensibles pérdidas a la 2.^a Flota aérea (Kesselring). Por este hecho, la gravedad se centró en la infantería de los dos Grupos de Ejército. Mientras que el Dieciocho Ejército (Küchler), llegado de Amberes, ocupaba Gante y Ostende, los elementos del Cuarto (Kluge) tomaban Lila al asalto, el Sexto (Reichenau) asestaba entre éstos, en Thielt, un golpe que separaba a los belgas de los ingleses.

Después de una angustiada conferencia, que se celebró en el castillo de Wynendaele, Hubert Pierlot, jefe del Gobierno belga, Paul Henri Spaak, ministro de Asuntos Exteriores y el general Henri Denis exhortaron al rey Leopoldo III a abandonar el país con ellos. Pero el soberano se negó, dado que no quería, como comandante en jefe, abandonar a sus tropas. La catástrofe estaba ya muy cerca, después de haber perdido los grandes depósitos militares de Gante, no pudiendo recibir suministros por Ostende y encontrándose separados del Cuerpo expedicionario inglés, el Ejército belga ya no estaba en condiciones de proseguir la lucha. Leopoldo III y su jefe de Estado Mayor, el general Oscar Michiels, decidieron poner fin a la lucha y se dirigieron a Reichenau. El 28 de mayo, a las doce y veinte de la noche, el general Jules Derausseau firmó la capitulación.

La operación «Dynamo», que preveía el reembarco del mayor número posible de soldados aliados, ya había empezado la víspera en Dunkerque, y los últimos detalles habían sido convenidos durante una conferencia con el almirante sir Bertram Ramsay, «Flag Officer Dover». Una extraña Flota se acercaba a la costa: destructores y torpederos ingleses y franceses que eran seguidos por centenares de barcas de pesca, de yates de recreo, de turismo, de embarcaciones a motor de todos los modelos y tipos, remolcadores, todo aquello que podía flotar y moverse. El almirante francés Abrial dirigió los movimientos del Bastion 32 en Dunkerque. Unos muelles improvisados con camiones facilitaron el embarque en aquellas playas descubiertas. Un mar, liso como un espejo facilitó la operación.

La artillería, los aviones y las lanchas rápidas obstaculizaron enormemente esta evacuación. La ciudad se transformó en un infierno de fuego, de 861 unidades utilizadas por los Aliados, 243 fueron hundidas. Sin embargo, la húmeda arena absorbía muchas bombas antes de que éstas pudieran causar mayores daños, mientras que espesas brumas matinales impidieron la intervención continuada de la aviación, en tanto que los cazas británicos intervenían por encima de la cabeza de puente en los momentos cruciales. La combinación de esas diversas circunstancias, así como la estoica disciplina de las tropas francobritánicas, entre las que en ningún momento cundió el pánico, permitieron a los Aliados alcanzar un brillante éxito. Según Ramsay, 338.682 soldados de los cuales 123.095 eran franceses, consiguieron embarcar el 4 de junio.

La primera fase de la campaña en el Oeste (Caso «Amarillo») terminó, por tanto, para Hitler con un resultado favorable, pero sin embargo, incompleto. A causa de los errores cometidos por los alemanes, pero también por las hábiles disposiciones tomadas por los Aliados y su feroz resistencia, lo que hubiera podido ser una batalla de aniquilamiento, terminó en una «victoria ordinaria». Los soldados ingleses y franceses pondrían de nuevo el pie, algunos años más tarde, en el Continente formando unidades equipadas con las armas más modernas y al mando de generales de reconocido valor como Brooke, Alexander y Montgomery, que también habían escapado de Dunkerque.

El 24 de mayo, el Gobierno británico decidió poner fin a la campaña de Noruega y recuperar las tropas de Narvik. Los alemanes no tenían la menor sospecha de esta intención, y por este motivo, fue una casualidad que una acción de la Flota dirigida por el almirante Wilhelm Marshall, para aliviar la situación de Dietl, tropezó, por casualidad, al sureste de la isla Jan Mayen, con unos navíos aliados que iban a recoger el Cuerpo expedicionario. Marschall destruyó el portaaviones «Glorious», tres transportes y dos destructores, pero no pudo conservar durante mucho tiempo este dominio temporal del mar, puesto que la Home Fleet se acercaba y el «Gneisenau» había recibido un torpedo durante la batalla. Se replegó a Trondheim. La evacuación de las tropas francobritánicas se efectuó sin ningún otro incidente. El rey Haakon VII abandonó su país con ellas y autorizó al general Otto Ruge, comandante en jefe noruego, a capitular con las últimas unidades que le quedaban.

Si el mando aliado confiaba en recuperar veinticuatro mil hombres de Narvik para continuar la campaña en Francia, se engañó, puesto que esos hombres regresaron demasiado tarde a Inglaterra. El general Maxime Weygand contaba, única y exclusivamente, con el débil Grupo de Ejércitos Prételat, unas reservas muy reducidas, tropas coloniales y unidades dispersas, 66 Divisiones en total con cuatrocientos cincuenta aviones. Se preocupaba principalmente de la actitud de sus aliados. Desde el comienzo de la batalla Churchill había mandado retener 25 grupos de caza en las islas británicas por el mariscal del Aire Hugh Dowding, y se negó a anular esta orden, a pesar de las insistencias de Reynaud. Los franceses sintieron una gran amargura. Las numerosas visitas que hizo Churchill a Reynaud no lograron borrar la sensación de que la Gran Bretaña los «abandonaba».

Weygand, antiguo jefe de Estado Mayor del mariscal Foch, gran vencedor de los bolcheviques en Polonia (1920), constituía la última esperanza. A pesar de sus sesenta y tres años de edad, continuaba inspirando confianza. En realidad, el nuevo comandante en jefe no podía reparar lo que ya había perdido Gamelin, pero adoptó inmediatamente las medidas más rápidas y eficaces. En pocos días se creó una zona de defensa, articulada en profundidad, que comenzaba en Montmédy, en el ala izquierda de la Línea Maginot, cruzaba la región de Argonne, seguía por el Chemin des Dames y el Somme y terminaba en la desembocadura de este río. La población recibió órdenes de evacuar esta zona. Todas las granjas y los bosques fueron fortificados. Las posiciones defensivas atrasadas, como el cinturón de protección de París, entre el Marme, Oise, recodo del Sena, estaban previstos para impedir las penetraciones en profundidad. El Somme, Aisne, el canal del Oise y el valle del Ailette servían de obstáculos anticarros. Se celebraron cursillos para quitarles a los soldados el temor a los carros de combate. Las baterías de artillería fueron instaladas para disparar sobre todo el horizonte con suficientes depósitos de munición.

Mientras tanto, se había procedido a la reagrupación de fuerzas por Brauchitsch, y aun cuando los combates continuaban en Flandes, a la vista de la nueva fase, el Caso «Rojo», la zona de defensa de Weygand no podía resistir un nuevo asalto. Los alemanes disponían de unidades todavía más numerosas. Dos Ejércitos que no habían entrado todavía en lucha, fueron destinados al frente. El Grupo de Ejércitos B (Bock) continuaba formando el ala derecha del dispositivo, entre Abbeville y Laon, con el Cuarto Ejército

(Kluge), el Sexto (Reichenau), el Noveno (Blaskowitz) y un Grupo blindado (Kleist). A su izquierda el Grupo de Ejércitos A (Rundsted) comprendía el Segundo Ejército (Weichs), el 12.º (List), el 16.º (Busch) y otro Grupo blindado (Guderian). Nada cambió en el sureste del Mosela, ni en el curso superior del Rhin, en donde se encontraba todavía el Grupo de Ejércitos C (Leeb), con el Primer Ejército (Witzleben) y el Sexto (Dollmann), cuyas Divisiones se preparaban a atravesar la Línea Maginot. El 18.º Ejército (Küchler) fue mantenido en reserva general en la región de Lila.

La segunda fase de la campaña comenzó el 5 de junio, al día siguiente de la evacuación de Dunkerque, bajo un calor tórrido. Reynaud y Weygand la bautizaron con el nombre de «la Batalla de Francia». En realidad, el Alto Mando alemán se lanzó a fondo para conseguir una decisión definitiva. De nuevo fueron lanzados grandes ataques de unidades blindadas. Guderian debía alcanzar la parte posterior de la Línea Maginot atravesando la meseta de Langres y girando hacia el curso superior del Mosa, mientras que Kleist cubriría este movimiento hacia los valles del Sâone y del Ródano. Los Ejércitos de infantería debían abrir la brecha por donde pasarían los carros de combate, y, además, asegurar la limpieza, la ocupación y la defensa de los terrenos conquistados. Si todo acababa en un completo éxito, el Ejército francés estaba condenado.

Los principios no fueron fáciles. Los franceses se defendieron con tenacidad y habilidad. La lucha por las cabezas de puente de Amiens y Péronne, y entre Rethel y Château-Porcien, costó enormes sacrificios. Los defensores lanzaron contraataques, en Laffaux los carros de combate franceses atacaron las posiciones de infantería y artillería hasta ser incendiados por los ataques de los «Stukas». Sin embargo, la ofensiva se desarrollaba según el plan previsto. Su organización en escala de la derecha a la izquierda presentaba ocasiones favorables para las rápidas intervenciones de las unidades blindadas y las divisiones motorizadas. El 38.º Cuerpo de Ejército (Manstein) y Hoth aniquilaron al sureste de Abbeville el centro del Décimo Ejército francés (Altmeyer) y alcanzaron el Sena inferior en donde construyeron varias cabezas de puente el 9 de junio en los alrededores de Vernon. En Ruán los franceses en retirada incendiaron ciento cincuenta mil litros de petróleo crudo, destruyendo el fuego gran parte de la ciudad, señal de que abandonaban la lucha. Una sola unidad alemana, la 7.ª División blindada (Rommel) hizo doce mil prisioneros en Fécamp y Saint-Valéry, en donde querían embarcar los regimientos británicos.

Este avance hacia el Sena anuló toda ligazón en el seno del Séptimo Ejército francés (Frère). Atacado de frente por Blaskowitz y Reichenau, fue aniquilado cuando el Grupo blindado (Kleist), saliendo del puente de Amiens, avanzó hacia Compiègne, destruyendo todo el sistema de defensa en profundidad del Aisne y Oise. Al sur de Rethel, el 12.º Ejército alemán (List) conquistó un nuevo paso por el Aisne a cambio de elevadas pérdidas, las más elevadas de toda la campaña. El 10 de junio, después de haber ocupado sus posiciones de partida durante la noche, el Grupo blindado (Guderian) libró batalla con los regimientos coloniales de color y abrió el paso hacia la llanura de Champaña, entre Reims y el bosque de Argonne. Las reservas francesas intentaron inútilmente cerrar la brecha. La mejor de las divisiones blindadas francesas fue destruida por las bombas y

obuses. Las unidades de Guderian desfilaron ante sus restos en llamas, avanzando en dirección a Châlons-sur-Marne y Vitry-le-François.

El Gobierno Reynaud reconoció la amplitud de la derrota. Kleist y Guderian alcanzaron el Marne; 20 de las 66 divisiones francesas habían sido aniquiladas, y otras reducidas a un estado esquelético. La Línea Weygand había dejado de existir. Por otro lado, se hacía inminente la intervención de Italia. Roosevelt intentó en vano alejar este nuevo peligro de la Gran Bretaña y de Francia. Mandó cuatro notas al jefe del Gobierno en Roma, conjurándole en nombre del «Todopoderoso», del «Evangelio», de la «sabiduría de los filósofos», a servir al ideal de la paz y de la libertad. Mussolini, que el pueblo italiano llamaba su Duce, debía impedir que la «guerra se extendiera». Como «realista» sabría que ninguna duda, el modo de acudir en ayuda de la «Humanidad, hoy y mañana». Pero Mussolini no se dejó influenciar. Italia contestó al presidente americano: quería conservar su «libertad de acción», la decisión «ya había sido tomada». El 11 de junio, el conde Ciano anunció a los embajadores de Francia y de la Gran Bretaña la entrada en guerra de su país.

La animosidad fue en aumento entre los Aliados. Los aviones de la Royal Air Force que aquel mismo día bombardearon las ciudades italianas, hicieron escala en Marsella y quedaron bloqueados, Churchill hubo de intervenir personalmente para impedir que su jefe despegara por la fuerza. Cuando el primer ministro, acompañado de Eden y de Dill, se presentó en el castillo de Muguet, en Briare, en donde se hallaba reunido el Consejo superior de guerra, Reynaud, Weygand y Georges se lamentaron amargamente de que hubiese retenido sus escuadrillas de caza en Inglaterra, pues de ese modo, Francia iba a perder la guerra. Pero Churchill no quería, ni podía, desguarnecer la defensa de su país, sobre todo, teniendo en cuenta que Reynaud no se atrevía a seguir su proposición de disolver las fuerzas armadas para transformar toda Francia en una zona de guerrillas.

El presidente del Consejo francés no pensaba, sin embargo, en aceptar un armisticio.

«La situación es grave, pero no desesperada —declaró por la radio—. Lucharemos delante de París, lucharemos detrás de París, nos fortificaremos en una de nuestras provincias y, si nos arrojan de la misma, pasaremos a África del Norte.»

Pero estas palabras no podían ya reanimar a los soldados sometidos a pruebas tan rudas. Desde el 13 de junio, la posición de una longitud de setenta kilómetros, que protegía París entre el Marne y el Oise cedió completamente. Algunas horas más tarde, el general Dentz, gobernador militar de la capital, aceptó la invitación de capitular que el Alto Mando del Ejército alemán le hizo por radio. La rendición fue firmada a la mañana siguiente, a las seis de la mañana. Largas columnas de la infantería alemana cruzaron los alrededores de la capital. En ninguna parte encontraron resistencia. El centro fue ocupado alrededor del mediodía y los oficiales alemanes depositaron una corona sobre la tumba del Soldado Desconocido.

Verdun cayó en el mismo momento. La fortaleza que veinticuatro años antes no había podido ser forzada, a pesar de los sacrificios más sangrientos, fue conquistada a cambio sólo de siete vidas de soldados alemanes. El 12.º y el 16.º Ejércitos cruzaron a la orilla izquierda del Mosela. La masa de las unidades blindadas actuó libremente entre Verdun y París. El 16 de junio, el general Guderian, que había llegado a Langres, se

dirigió hacia el Este con cinco columnas de asalto. Ocupó, poco después, el curso superior del Saône y del Doubs, Besançon, Belfort y Epinal. Las comunicaciones del Grupo de Ejércitos Prételat fueron cortadas. Los Grupos de Ejércitos Prételat y Besson se encontraban en una situación sin solución. Habían recibido la orden de abandonar el valle del Ródano. Sólo treinta y un mil hombres escaparon franqueando la frontera suiza. Detrás de ellos, Guderian cerraba la puerta de la Borgoña.

Alrededor de medio millón de combatientes quedaron cercados en Alsacia-Lorena. Para aniquilarlos era necesario atacar de frente la Línea Maginot. Incumbía esta misión al Grupo de Ejércitos C (Leeb). El Primer Ejército (Witzleben) avanzó en dirección a Sarralbe, mientras que las unidades del Séptimo (Dollmann) cruzaban el Rhin y empezaban a atacar sobre la región fortificada de un lado y otro de Colmar. La niebla artificial, los bombardeos en picado, el tiro certero de las baterías antiaéreas de 88 mm., los cañones anticarros y las ametralladoras pesadas en acción contra las paredes de cemento armado de los fortines de la Línea Maginot, lograron resultados positivos. Pero el factor principal del éxito fue la desarticulación de la defensa francesa. Las tropas del general Prételat ya habían evacuado las zonas intermedias entre los fuertes y se habían unido y mezclado en su retirada hacia el sur. A pesar de ello lucharon tenazmente hasta el último día de la campaña.

Fuera de la región de los Vosgos, ya no se libró ninguna gran batalla. El 18 de junio, el ala derecha alemana, mandada por el general Erich Rommel, obligaba a capitular el puerto militar de Cherburgo e hizo de nuevo, treinta mil prisioneros. Otras unidades del Grupo B ocuparon Brezt, las islas anglonormandas, Le Mans y Chalonnnes-sur-Loire. Las grandes carreteras nacionales, de un lado y otro del Macizo Central, estaban amenazadas. El general Ewald von Kleist cruzó el Sena en Troyes, conquistó Lyon y mandó sus elementos rápidos a lo largo del valle del Ródano avanzando por la retaguardia de la defensa de los Alpes y aportando de este modo una ayuda al Cuarto Ejército italiano (Vercelino), que había quedado detenido desde el comienzo de la campaña. La progresión adquirió un ritmo tan acelerado que, frecuentemente, no había tiempo ni para desarmar a las unidades francesas que eran rebasadas. En varias ocasiones, algunas de estas unidades llegaron sin escolta a los lugares de concentración de prisioneros.

Después de las conferencias en los castillos de Cangé y de Tours el 12 y 13 de junio, el general Weygand reclamó, con una insistencia cada vez mayor, la iniciación de conversaciones de armisticio. El mariscal Pétain, vicepresidente del Consejo, declaró que la Gran Bretaña estaba inclinada decididamente a la perdición de Francia, que la Entente había quedado disuelta y que, en todo caso, Francia debía encontrar un nuevo *modus vivendi*. Reynaud vacilaba buscando argumentos para justificar la continuación de la lucha. Invitó a Roosevelt a declarar inmediatamente la guerra a Alemania e Italia. Estaba en «posesión de pruebas convincentes» de que «Hitler, después de haber vencido a Francia e Inglaterra, atacaría, sin pérdida de tiempo, los Estados Unidos». «Algún día», el dictador alemán podría «entrar en la Casa Blanca». Si los Estados Unidos no acudían en su ayuda, Francia «sucumbiría como un hombre que se ahoga», «dirigiendo su última mirada hacia el país de la libertad de donde esperaba su salvación».

Pero Roosevelt no podía declarar la guerra. Una decisión tan grave debía ser sometida, constitucionalmente, al Congreso, y éste no veía la necesidad de acudir activamente en ayuda de Francia y de la Gran Bretaña. El presidente tuvo que limitarse, por consiguiente, a expresar su compasión. Por lo demás, empezó a concentrarse únicamente en apoyar a Inglaterra. El 16 de junio, Churchill propuso un proyecto de unión que debía servir de ancla de salvación a Reynaud en su intento de continuar las hostilidades. Este proyecto preveía una fusión de los dos Estados y fue sostenido por René Pleven, Jean Monnet y otros que no formaban parte del Gobierno.

Pero éste, reunido en la prefectura de Burdeos, opinó de otro modo. Veían en este proyecto única y exclusivamente una tentativa de Churchill para poner sus manos sobre la Flota francesa antes de que Hitler se apoderara de la misma y la empleara contra Inglaterra. En el curso de un debate apasionado, Reynaud se separó de la mayoría de sus ministros. La mayoría juzgó el concepto de unión utópico y poco adaptado a los problemas en que los colocaba el hundimiento francés y retiró su confianza a Reynaud. El presidente Lebrun confió la misión de formar nuevo Gobierno al mariscal Pétain, hacia el que, desde hacía algún tiempo, se volvían las miradas de todos los franceses. El mariscal solicitó la mediación de España, y el 17 de junio, a las 0'30 horas, declaró por la radio:

«Con el corazón compungido he de deciros, en el día de hoy, que es necesario poner fin a la lucha. Esta noche me he dirigido al adversario para preguntarle si está dispuesto a buscar con nosotros, entre soldados, después de la lucha y con todo honor, los medios para poner fin a las hostilidades.»

La invitación francesa no sorprendió a Hitler. Habiendo dispuesto del tiempo necesario para prepararse, la embriaguez de la victoria cedió lentamente a las consideraciones moderadas. El 18 de junio, en Munich, Hitler y Ribbentrop dieron a conocer al jefe del Gobierno fascista que Alemania no estaba dispuesta a seguir enteramente a Italia en las negociaciones del inminente armisticio. Mussolini y Ciano reclamaban vastos territorios, en especial, Niza, Saboya, Córcega, Túnez, Djibouti, Siria, bases en las costas argelinas y marroquíes y, sobre todo, la entrega de todos los navíos de guerra franceses. Hitler le recordó entonces los errores cometidos por los Aliados en 1918-19.

—¿Acaso Alemania pretende la paz o la continuación de la guerra? —preguntó Ciano, sorprendido.

—La paz —contestó Ribbentrop.

A causa de las largas columnas de fugitivos que bloqueaban las carreteras, la delegación de armisticio presidida por el general Hutzinger, no llegó a las líneas alemanas hasta el 20 de junio. Fue recibida en Orleáns por el general Kutz von Tippelskirch y acompañada a París y luego a Compiègne. De un modo intencionado, Goebbels había propuesto el claro de bosque de Rethondes, como escenario de los acontecimientos siguientes, el lugar en donde Alemania había firmado el armisticio en 1918. Hitler esperó a Hutzinger en el vagón-salón que había utilizado el mariscal Foch y, como entrada a la primera sesión, le mandó leer al general Keitel un preámbulo recordando el indigno tratamiento de que en aquella ocasión había sido objeto el Reich.

El jefe del Alto Mando de la Wehrmacht añadió, sin embargo, que no pensaban dar un «carácter de humillación» a las negociaciones con un «valiente adversario».

El acuerdo, firmado el 22 de junio por los franceses después de breves discusiones y una conversación telefónica entre Hutzinger y Pétain, no contenía, en su conjunto, unas cláusulas tan rigurosas como las del 11 de noviembre de 1918. Francia conservaba todas sus colonias y no estaba obligada a entregar su Flota al vencedor. Quedaba asimismo autorizada a asegurar la propiedad de sus territorios de ultramar y la zona metropolitana libre por las fuerzas terrestres y aéreas. La Wehrmacht se reservaba el derecho de ocupar la zona norte del país hasta el Loira y una franja a lo largo de la costa del Atlántico hasta la frontera española para facilitar las operaciones contra Inglaterra. Nadie sabía en aquel momento cuáles podían ser las intenciones de Hitler. En los dos bandos fueron muchos los que confiaban asistirse a una reconciliación permanente, una vez se terminara la campaña.

5

LA LUCHA CONTRA INGLATERRA, 1940

La victoria alemana tuvo repercusiones mundiales. La catástrofe sufrida por la Tercera República provocó que casi todos los países estudiaran de un modo diferente la situación. Mientras que los dirigentes de la Unión Soviética, de Italia, de España, de Portugal y del Brasil se apresuraban a expresar sus felicitaciones a Hitler, en los Estados Unidos estallaba un conflicto de opiniones apasionadas con respecto a la actitud que cabía adoptar. Los «aislacionistas» con Robert Taft, Gerald Nye, William Borah y el aviador Charles Lindbergh, reclamaban una estricta neutralidad y fundaban el «America First Committee». Otros políticos, sobre todo los periodistas Henry Luce, William A. White y Robert Sherwood, crearon una organización de propaganda que tenía por lema «Stop Hitler now» y se lanzaron a conquistar la opinión pública para apoyar al presidente en su deseo de ayudar a Inglaterra.

Roosevelt que deseaba ayudar, no sólo a la Gran Bretaña, sino también a China, reconoció que la victoria militar de Hitler envalentonaría a los japoneses a establecer su hegemonía en el Extremo Oriente. En China, las hostilidades se alargaban dado que Roosevelt hacía llegar armas a manos de Chang-Kai-Chek por la Indochina y por la ruta de Birmania. Después de la derrota de Francia, Tokio estableció un cerrojo. Obligó a los franceses a concederle el derecho de destinar tropas a Tonkin y a la Gran Bretaña a cerrar durante tres meses la ruta de Birmania, entre la India y la provincia china de Yunnan, de una importancia considerable. La ocupación de Holanda hizo temer asimismo a Roosevelt que el imperialismo nipón no tardaría en conquistar Indonesia, rica en materias primas.

Moscú explotó igualmente la nueva situación. Aunque el rey de Rumania, Carol II, había efectuado, bajo la influencia de las victorias alemanas, un cambio radical en su actitud, el 29 de mayo, al destituir a su ministro de Asuntos Exteriores francófilo, Grigore

Gafencu y haber intentado colocar a su país al lado de los alemanes, la Unión Soviética no había de temer un conflicto serio con Berlín y Bucarest en sus tentativas de expansión. Hitler se abstuvo de protestar contra las intenciones de Stalin cuando éste decidió actuar más allá de las zonas de influencia que habían sido fijadas de antemano. La Gran Bretaña, ligada a Rumania por una declaración de garantía, incluso estimuló al Kremlin para que se anexionara los territorios rumanos. Por este motivo, el 26 de junio de 1940, Molotov exigió la cesión, «sin resistencia y en un plazo de cuatro días», de la «Besarabia, así como de la Bucovina y de un distrito de la Moldavia», exigencia que fue satisfecha en el plazo de veinticuatro horas.

Simultáneamente, Moscú liquidó los Estados periféricos, ocupados por sus tropas desde octubre de 1939. Stalin acusó a las tres Repúblicas bálticas de haber maquinado «a espaldas del pueblo» una conspiración militar contra Rusia. Mandó a unos enviados especiales, Chdanov, Vychinski y Decanosov, para instaurar nuevos Gobiernos y Parlamentos. Bajo la presión de manifestaciones perfectamente organizadas surgieron unos Gobiernos prosoviéticos. Los presidentes de Estonia y Letonia, numerosos altos funcionarios, magistrados y oficiales fueron destituidos. Las deportaciones en masa intimidaron al pueblo. Los delegados del Ejército Rojo, elegidos por lista única, hicieron acto de presencia ante las asambleas parlamentarias, que no pudieron rechazar la demanda, siempre la misma en todas partes, de hacer entrar los Estados bálticos en el Imperio staliniano.

Hitler quedó altamente impresionado por esta rápida soviétización y denunció, sin pérdida de tiempo, el acuerdo firmado en 1939 con Lituania que le confería una zona franca en el puerto de Memel. Pero aún quedó más desagradablemente sorprendido al comprobar que Stalin, en su anexión de los territorios rumanos, no respetaba las zonas de influencia definidas el 23 de agosto de 1939, debido a que numerosos alemanes habitaban aquellas zonas y Hitler tuvo que evacuarlos. Simultáneamente, el ultimátum ruso colocó a Rumania al borde del abismo. El reino sufría una crisis interior muy grave que podía, en un momento dado, degenerar en guerra civil y amenazar los intereses vitales que Alemania tenía en el petróleo rumano.

Amenazas análogas también existían en otros países. Portugal y Turquía, de donde Berlín recibía respectivamente el wolframio y cromo, se encontraban ligados por tratados con la Gran Bretaña. España, el principal suministrador europeo de cobre, estaba expuesta a una presión angloamericana. Suecia aumentó sus exportaciones de mineral y confirió a la Wehrmacht el derecho de paso por su territorio, pero se sentía fuertemente atraída hacia Inglaterra. Suiza, que fabricaba valiosos artículos de precisión para los submarinos y los obuses de la defensa antiaérea constituía, por este motivo, una especie de anexo de la economía de guerra alemana, pero manifestaba un espíritu de independencia intransigente. Durante la campaña de Francia, los aviones suizos habían abatido u obligado a aterrizar a aviones alemanes que habían violado su espacio aéreo.

La Unión Soviética y la Gran Bretaña podían, en cualquier momento provocar nuevos conflictos políticos a espaldas de Alemania y Hitler hubiera debido sentirse inclinado a poner fin, lo antes posible, a las hostilidades en el teatro de operaciones occidental. Sin embargo, no presentó ninguna nueva oferta de paz. Tal vez consideraba

que la Gran Bretaña, después de la pérdida de su aliado francés y la grave derrota sufrida por su Cuerpo expedicionario, solicitaría muy pronto un armisticio. Los rumores anunciaban el retorno de Eduardo VIII al trono y un acuerdo de éste con Hitler, a quien conocía personalmente. Se creía conocer igualmente el motivo por el que las unidades blindadas habían sido detenidas ante Dunkerque. Hitler, se insinuaba, había querido dejar escapar, deliberadamente, a las tropas inglesas. ¿Acaso después de una conferencia militar, celebrada en Charleville, no había comparado la Mancomunidad a la Iglesia católica y había calificado a ambas como «elementos indispensables para un buen acuerdo general»?

—En un principio, fue mi deseo actuar conjuntamente con la Gran Bretaña, pero ésta me ha rechazado continuamente —le declaró al SS-Brigadeführer Schellenberg—. No hay nada peor que una rencilla de familia. Es lamentable que nos veamos obligados a una lucha a muerte entre miembros de la misma raza mientras que el Este sólo espera que Europa se desangre. Por este motivo no quiero y no debo destruir Inglaterra. Pero será necesario, algún día, que descienda de lo alto de la cima y que el señor Churchill reconozca que también Alemania tiene derecho a la existencia, y lucharé hasta que llegue este momento... cuando Inglaterra tenga que entenderse con nosotros. Continuará siendo una potencia marítima y colonial, solamente que en el continente tendrá que asociarse con nosotros para constituir una unidad. Entonces dominaremos Europa y el Este habrá dejado de constituir un peligro.

Este deseo de ganarse el «Estado insular, de la misma familia y raza» en sus proyectos de hegemonía y de expansión hacia el Este, revelan claramente que Hitler pensaba de un modo continental. Pero paulatinamente se fue dando cuenta que una potencia marítima como la Gran Bretaña podía continuar la guerra siempre que sus comunicaciones oceánicas permanecieran abiertas y que sus islas metropolitanas podrían desafiar la invasión. En realidad, en el verano del año 1940, Inglaterra podía considerar que aún no había perdido la guerra contra Hitler. Poseía todavía la primera Flota del mundo y una poderosa aviación. Incluso su Ejército, que había tenido que abandonar su material sobre las playas de Dunkerque, volvió pronto a dar señales de vida. Roosevelt había desenterrado una vieja ley que permitía vender a las Compañías privadas las armas en desuso del Ejército americano. Dos días después de la evacuación de Dunkerque, el presidente ordenó liquidar, por el jefe del Estado Mayor general George C. Marshall, 900 cañones, 80.000 ametralladoras y dos millones de fusiles. Los intermediarios vendieron a la Gran Bretaña la mayor parte de estas armas que estaban en perfectas condiciones de uso.

A pesar de todo, en Londres no fue provocada ninguna crisis gubernamental. El Gabinete, compuesto por conservadores, laboristas y liberales, se mantuvo firme. Churchill, que pocos meses antes había anunciado «sangre, sudor y lágrimas», se ganó la confianza del Parlamento por su firmeza y por sus constantes alusiones a la ayuda americana.

—Cuando vastas regiones de Europa, algunos viejos y gloriosos Estados caen bajo la odiosa dominación nazi y son sometidos al yugo de la Gestapo, nosotros continuamos irreductibles —declaró en la Cámara de los Comunes—. Incluso llegado el caso, que no

espero, que nuestra isla fuera conquistada o forzada al hambre, nos quedaría el Imperio de ultramar para continuar desde allí la guerra bajo la protección de la Flota británica, hasta la hora señalada por Dios en que el Nuevo Mundo volcara toda su fuerza y todo su poder en la balanza para salvar al Viejo Mundo.

Sin embargo, el desánimo se manifestaba en amplias esferas de la población. Churchill percibió los indicios de un aumento de nerviosismo y decidió reaccionar con unos actos destinados a reforzar la moral. Pero el éxito de prestigio de que tenía necesidad no podía conseguirlo sobre los alemanes. Pensó procurárselo eliminando la Flota francesa que, si caía en manos de los alemanes, equilibraría las fuerzas. Algunos almirantes pusieron reparos a esta intención, alegando que ninguna necesidad militar obligaba a atacar a los antiguos aliados. No sólo el Artículo III de la Convención del Armisticio dejaba expresamente sus navíos en manos de los franceses y el mando francés había repetido en varias ocasiones la orden de hundirlos en caso de una violación de esta convención por los alemanes, sino que la mayoría se hallaban lejos del alcance de Hitler en lugares muy alejados: en la Gran Bretaña, en África del Norte, en Dakar y en las Antillas.

Churchill no tuvo en cuenta estas consideraciones. Bajo su presidencia, el Gabinete británico tomó una serie de decisiones que equivalían prácticamente a apoderarse de los navíos de guerra y de las colonias francesas. Se negó a aceptar el Gobierno del mariscal Pétain y el armisticio franco-germano. A continuación reconoció como jefe de los «Franceses Libres» al general Charles de Gaulle que el 20 de junio había abandonado Burdeos en avión, rumbo a Londres, y que poco después era condenado a muerte como desertor por un tribunal marcial. En Alejandría, el almirante sir Andrew Cunningham mantuvo con el jefe de la escuadra francesa, surta en aquel puerto, un «gentleman's agreement» como consecuencia del cual, esta escuadra desarmó sus barcos. Más tentativas de acuerdo con otros jefes navales antiguos aliados terminaron en un fracaso. El Gobierno de Churchill ordenó entonces ejecutar la operación «Catapult», que había sido planeada varios días antes.

El 3 de julio, poco después de medianoche, los marineros británicos subieron a bordo de los navíos franceses surtos en Plymouth y Portsmouth. El golpe de mano tuvo éxito. Además de la escuadra de Alejandría, Francia perdía también dos acorazados «París», «Courbet» y «Lorraine», tres cruceros, once destructores, algunos submarinos y más de doscientos barcos de menor tonelaje. Conservaba, sin embargo, el grueso de la Flota en Mers-el-Kébir, en la costa de Argel, que comprendía los acorazados «Dunkerque», «Strasbourg», «Bretagne», «Provence», un transporte de aviación, seis contratorpederos, así como algunos torpederos y submarinos, al mando del almirante Robert Gensoul.

El almirante sir James Somerville, jefe de la Fuerza H, con base en Gibraltar, le presentó un ultimátum. Los navíos franceses, afirmaban los ingleses, corrían el riesgo de ser apresados por las fuerzas del Eje. Para eliminar este peligro, el almirante Gensoul fue invitado a unirse a la Fuerza H, zarpando rumbo a un puerto inglés o, en última instancia, a las Antillas. Gensoul rechazó todas estas proposiciones. Finalmente, a las 17.30 horas, Somerville se vio obligado a abrir el fuego. Ocupaba una posición ventajosa con sus

buques, los navíos de línea «Hood», «Valiant» y «Resolution», el portaaviones «Ark Royal» y dos cruceros, y sólo tuvo necesidad de disparar durante unos diez minutos. Únicamente el «Strasbourg» y seis contratorpederos lograron escapar. Todos los otros fueron hundidos, averiados o incendiados. Mil doscientos noventa y siete oficiales y marinos fueron muertos.

La noticia causó en Francia dolor e indignación. Una gran parte de la opinión pública parecía decidida a ir a la guerra contra Inglaterra al lado de los alemanes, sobre todo cuando los ingleses atacaron, el 7 de julio, el acorazado «Richelieu» causándole graves averías. Otra de las consecuencias de este ataque fue que el general De Gaulle contó, en un principio, con muy pocos partidarios. Aunque él se presentaba como el representante del «pays réel», en oposición al «pays legal» del mariscal Pétain, y prometía un futuro victorioso, sólo unos dos mil franceses respondieron a su llamamiento en 1940. Incluso los políticos que no estaban de acuerdo con Pétain, permanecieron alejados de este movimiento. Todos los altos funcionarios, con la excepción del gobernador negro del Tchad, los diplomáticos, generales y almirantes conocidos seguían fieles al Gobierno.

El mariscal Pétain, que había hecho de Vichy su capital provisional, en la zona no ocupada de Francia y había sido reconocido, finalmente, incluso por los propios ingleses, dictó unas represalias por el ataque contra Mers-el-Kébir. El 4 de julio, Francia rompió sus relaciones diplomáticas con Londres, y al día siguiente, los aviones franceses bombardearon Gibraltar. Los ingleses temieron un acercamiento entre Francia y Alemania. Churchill, con el fin de apaciguar a Pétain, declaró el 14 de julio, ante la Cámara de los Comunes: «Mientras ningún obstáculo se alce en nuestro camino hacia la victoria, siempre estaremos dispuestos a prestar al Gobierno francés todos los servicios de amistad». Pero Francia no cambió de parecer y no dividió sus fuerzas internas. El Parlamento, reunido en Clermont-Ferrand, otorgó su voto de confianza al mariscal por 569 votos contra 80. Los miembros de la derecha y de la izquierda se pusieron a disposición del «salvador de la patria» resueltos a establecer un «nuevo orden».

Mientras que Francia parecía unirse a Alemania en su lucha contra Inglaterra y aprobaba una Constitución que la acercaba a los Estados autoritarios, Hitler se irritaba por la actitud del Gobierno inglés. Más de dos meses antes, el almirante Raeder había llamado su atención sobre los problemas que plantearía un desembarco en Inglaterra, pero no había hecho nada en este sentido. Después de largas vacilaciones, firmó, primero el 2, y finalmente el 16 de julio de 1940, unas instrucciones que prevenían una eventual invasión de las islas británicas. Esta acción debía realizarse, «si se presentaba la necesidad, para eliminar la metrópoli inglesa como base para continuar la guerra contra Alemania», pero no se trataba aún de una decisión tomada en firme. Tres días más tarde, pronunció, en el Reichstag, un «llamamiento a la razón». Dirigiéndose directamente a Churchill, en su estilo tan personal, declaró:

—No existe ninguna razón que nos obligue a proseguir la lucha.

Cuando Churchill mandó rechazar este llamamiento por el ministro de Asuntos Exteriores lord Halifax, Hitler quedó altamente sorprendido. El Ejército, su arma más importante, había conquistado todo el espacio entre Varsovia, el Cabo Norte y los

Pirineos, pero, sin embargo, se veía impotente para alcanzar su último objetivo: Una *Pax Germania*. La costa occidental del continente detenía sus divisiones, las obligaba a estar inactivas. Para vencer este punto muerto, Hitler se ocupó casi simultáneamente de preparar tres planes de operaciones, que en el futuro habían de ser conocidos por sus nombres clave de «León Marino», «Barbarroja» y «Félix». Ordenó a Raeder concentrar los navíos necesarios para desembarcar en Inglaterra, ordenó al Alto Mando del Ejército procediera a un estudio de Estado Mayor sobre el problema ruso e intentó concluir una alianza militar germano-española que le permitiera tomar Gibraltar y bloquear el acceso occidental del Mediterráneo.

La ejecución de la Operación «León Marino» dependía ante todo, de lo que pudiera hacer la Marina de guerra. Esta contaba con bases muy ventajosas a lo largo del litoral que se extendía desde Hendaya al Cabo Norte, que rebasaba sobradamente las islas británicas. Sin embargo, había perdido varias de sus mejores unidades durante la campaña de Noruega. Los grandes navíos que no habían sido hundidos estaban obligados a efectuar largas reparaciones. Solamente el acorazado «Admiral Scheer» (Krancke) pudo llegar al Atlántico Norte y hundir un crucero auxiliar, así como siete buques de carga. Este éxito fue completado por los de los seis cruceros corsarios que Raeder mandó aparejar antes del mes de agosto: «Atlantis» (Rogge), «Orión» (Weyher), «Widder» (Ruckteschell), «Pinguin» (Krüder), «Thor» (Kähler) y «Komet» (Eyssen), que hundieron varios centenares de miles de toneladas.

En abril y mayo, un fallo general en los torpedos había impedido que los submarinos hundieran barcos enemigos. Hitler, que había reducido el programa de construcciones, ahora no podía destinar más de diez submarinos ante las costas británicas, a pesar de estar en poder del litoral atlántico. La insuficiencia de este número, la ausencia de colaboración eficaz entre la Marina y la Aviación y los refuerzos de la defensa enemiga, obligaron muy pronto al almirante Doenitz, jefe del Arma submarina, a buscar una nueva zona de caza. La encontró más al oeste, allí donde el tráfico no era tan intenso y en donde, frecuentemente, fallaba la exploración aérea y recurrió entonces a la «táctica de manadas», por medio de la cual los submarinos que navegaban independientemente se concentraban luego sobre un convoy descubierto para atacarlo conjuntamente durante la noche. La primera «batalla de convoy» fue librada, en la noche del 21 al 22 de setiembre de 1940, por el «U-38» (Liebe), «U-46» (Endrass), «U-47» (Prien), «U-48» (Bleichrodt), «U-99» (Kretschmer), «U-100» (Schepke), «U-101» (Frauenheim) y el «U-138» (Lüth). Fueron hundidos once buques de carga y 38 más pocas semanas más tarde.

Estas pérdidas inquietaron a Churchill y al almirante Pound, ya que la Luftwaffe también destruía algunos transportes con bombas o minas. Sin embargo, tomando en consideración todas las posibilidades, el Almirantazgo llegó a la conclusión de que Alemania no podía ir aumentando continuamente, en esta proporción, sus éxitos de guerra en el hundimiento de tonelaje enemigo. Eminentes técnicos estudiaron meticulosamente el problema de la defensa contra los submarinos. La Marina inglesa explotó rápidamente sus experiencias: el «Coastal Command» (aviación de costa) atacó sistemáticamente las bases del Atlántico y los arsenales que estaban a su alcance. Sin embargo, incluso después de haber cedido grandes unidades, como portaaviones y

acorazados de combate para asegurar la protección de los convoyes, la Home Fleet continuaba siendo un poderoso adversario para las fuerzas de invasión de Hitler. Podía abandonar su base de Scapa Flow, y llegar, en pocas horas, al Canal de la Mancha.

En un principio, Hitler se interesó vivamente por los preparativos de desembarco. Pero cuando las tres Armas no coincidieron en sus opiniones sobre la posibilidad práctica de ejecutar su Instrucción Núm. 16, no dio ninguna orden categórica. Estas divergencias subsistieron. El 15 de agosto, la fecha previamente fijada, Brauchitsch sólo contaba con 13 divisiones y exigía ciento cincuenta kilómetros de costa para tomar tierra. Raeder había concentrado en Amberes y El Havre, 3.064 transportes, balandras, lanchas, remolcadores y embarcaciones a motor que no podían cruzar el Canal de la Mancha a una velocidad muy superior a la de los barcos de César, dos mil años antes. La Marina reclamaba, por lo tanto, una zona de desembarco menos extensa para que las fuerzas aéreas y navales pudieran proteger los grupos de transporte.

La colaboración de la Luftwaffe adquirió un carácter muy impreciso. Goering, a pesar de las dificultades con que había tenido que enfrentarse en Dunkerque, quería librar él solo la batalla decisiva. Las personalidades más eminentes del Alto Mando del Aire le apoyaban, animados por la esperanza de realizar aquello que ninguna aviación había logrado hasta el momento, es decir, el cumplimiento de misiones estratégicas actuando como arma independiente conforme a las teorías desarrolladas por Giulio Douhet. Pero la valoración de los medios alemanes y los del adversario no fue realizada de un modo tan detenido. Goering pasó por alto la pérdida de 1.784 aviones en el curso de la campaña del Oeste, y el general Hans Jeschonnek, su jefe de Estado Mayor, no extrajo ninguna consecuencia de ello. El jefe de la Segunda Sección, han afirmado posteriormente, se equivocó enormemente sobre las posibilidades y el comportamiento de los ingleses.

Goering preveía ejecutar su ofensiva en dos fases: primero la conquista del dominio en el aire, y a continuación, la destrucción del potencial económico británico. Para esto contaba con la Segunda Flota aérea (Kesselring) y la Tercera (Sperrle), cada una de las cuales comprendía dos Cuerpos, y apeló también a la Quinta (Stumpf), de efectivos menos numerosos, que tenía sus bases en Noruega y Dinamarca. En conjunto, estas grandes unidades poseían solamente 949 bombarderos y 950 cazas. El bimotor «Me-110», que era usado como caza, tenía necesidad de ser escoltado, dado que su velocidad era inferior en cien kilómetros por hora a la de los «Spitfire». El monomotor «Me-109» tenía una duración de vuelo «absoluta» de 95 minutos, pero había que deducir un veinte por ciento para el calentamiento del motor, el despegue, el aterrizaje y el margen de seguridad indispensable. Unos pilotos de caza tan experimentados como Adolf Galland, Werner Moelders y Theo Osterkamp, estimaban en sólo veinte minutos el tiempo que disponían para el combate propiamente dicho.

En el otro mando, el mariscal del Aire sir Hugh Dowding poseía solamente, en un principio, alrededor de seiscientos «Spitfire» y «Hurricane», pero este número fue rápidamente incrementado cuando Churchill nombró a lord Beaverbrook ministro de Producción aeronáutica. Este organizó un equipo de gran valía con personalidades como sir Charles Craven, Trevor Westbrook, Frank Spriggs, sir William Rootes e industriales de gran experiencia. Dieron prioridad al caza monomotor y desarrollaron

considerablemente sus construcciones. En el mes de junio, 490 aviones hicieron acto de presencia en los campos de prueba. Poco después era alcanzada y rebasada la producción alemana y el «Spitfire II», equipado con regulación automática del paso de hélice adquirió, en lo que se refiere a la velocidad de despegue, altura y suavidad de maniobra, una calidad superior a la de los cazas «Messerschmitt».

También desde el punto de vista operativo, la Royal Air Force, se mostró a la altura de los problemas planteados por la ofensiva alemana. Creó una serie de pilotos muy notables: Douglas Bader, Mike Crossley, Berrie Hearth, Richard Hillary, Playne Stevens, Paul Richey, Peter Townsend, Thomas Morgan, John Coward, Alan Wright, Robert Holland y James Nicolson, a los cuales se unieron el irlandés Victor Beamish y el francés René Mouchotte, con sus camaradas. Entre los polacos que participaron en la defensa de Inglaterra, Bronislaw Malinowski, Wladimir Urbanowicz, Jan Dazcewski y Zdislav Henneberg, fueron los más distinguidos. Un excelente sistema de dirección conducía a los aviones británicos a sus objetivos. El modernísimo radar, inventado por Robert Wattson-Watts les permitía, en la mayoría de los casos, despegar a tiempo. Dowding organizó cuatro grandes unidades: la 11 Brigada (Park) en el sureste de Inglaterra, la 10 (Brand), en el suroeste, la 12 (Leigh-Mallory), en la costa oriental y la 13 (Saul) en el noroeste. La organización no fue modificada en el transcurso de la batalla, pero Dowding fue sustituyendo las unidades antes de que se hubiesen agotado, con unidades de refresco. El esfuerzo fue dirigido constantemente contra las escuadrillas de bombarderos escoltados por cazas. El Alto Mando de la Luftwaffe, que se enfrentaba con una labor demasiado pesada, no pudo adoptar unas disposiciones análogas, de modo que, a medida que se prolongaba la «batalla aérea de Inglaterra» se fue manifiestamente cada vez más claramente una cierta laxitud en el bando alemán.

La «batalla aérea de Inglaterra» empezó el 8 agosto de 1940 con el ataque de las estaciones de radar y de ciertos campos de aviación. En el curso de la segunda fase, del 18 de agosto a 6 de setiembre, los objetivos fueron principalmente los centros industriales, los puertos y los depósitos de aprovisionamiento. Desde este momento, se pudo comprobar que la aviación de Goering no era superior a la de su adversario. Las escuadrillas de bombarderos carecían, frecuentemente, de una protección eficaz y sufrieron elevadas pérdidas.

Mientras, Churchill decidió emplear sus propios bombarderos, no contra las concentraciones de barcos exclusivamente, sino para atacar las grandes ciudades alemanas. Esto no tenía nada de sorprendente, dado que, desde los primeros días de la guerra, las aviaciones de ambos bandos no habían logrado establecer diferencias entre los objetivos militares y los objetivos civiles vecinos a las grandes aglomeraciones fuertemente defendidas por la defensa antiaérea. Sin embargo, Hitler consideró la primera de estas acciones dirigida contra Berlín, como una agravación de las condiciones de lucha, y en el curso de la tercera fase, del 6 de setiembre al 5 de octubre de 1940, ordenó «tomar represalias contra Londres». Pero no se produjo el efecto psicológico que había confiado. Con gran decepción por su parte, ni Churchill, ni Hitler lograron un debilitamiento de la moral de las poblaciones sometidas a prueba y hubieron de reconocer que las pérdidas en personal aéreo resultaban muy graves. El 15 de setiembre, la Royal

Air Force había sido diezmada. A fines de octubre, la Luftwaffe había perdido 1.773 aviones.

Sin embargo, Hitler mandó proseguir la ofensiva. Durante el intervalo había sido aplazada la Operación «León Marino» para una fecha no decidida todavía y aunque ahora no fuera indispensable conquistar el dominio en el aire sobre Inglaterra, Goering alegó que atacando de noche, en lugar de durante el día, podían conseguirse los mismos objetivos con pérdidas menos graves. En el curso de la cuarta y quinta fase de la batalla aérea, los objetivos fueron los grandes centros industriales de Coventry, Birmingham, Sheffield, Manchester, Liverpool, Bristol, Southampton, Plymouth, Glasgow, Hull y Belfast. Pero Goering se engañaba creyendo que la oscuridad favorecía sus ataques. Los ingleses resolvieron igualmente el problema que se planteaba a los cazas nocturnos. Proveyeron sus «Beaufighter» de radar y perfeccionaron sus métodos de reconocimiento y dirección hasta la fase conocida por IFF («Identification Friend of Foe»). Las pérdidas alemanas sobrepasaron en mucho el límite razonable y Goering perdió numerosos aviadore de gran valía, que ya no pudo remplazar.

En el marco de la Operación «León Marino», que no llegó a realizarse, ciertos elementos hostiles a los ingleses en las islas británicas, como los irlandeses y los galeses, desempeñaron un cierto papel. El Eire, independiente desde 1922, y que fue el único miembro de la Mancomunidad que no declaró la guerra a Alemania en setiembre de 1939, fue durante algún tiempo centro de estas actividades. Canaris utilizó el Ejército republicano irlandés (IRA), un movimiento clandestino extremista, para introducir en la Gran Bretaña agentes de información o saboteadores y llevar a cabo una propaganda dirigida desde Dublín y Berlín. Los submarinos aseguraban las comunicaciones. Los jefes del IRA, como Jim O'Donovan, Sean Russell y Frank Ryan llevaron a cabo diversas misiones en las que un gran número de nacionalistas galeses intervenían también.

Churchill tomó todo esto muy en serio, exagerando incluso su inquietud para tener un pretexto para ocupar la «Isla verde» que, en diversas ocasiones en su historia, había servido ya de trampolín a los invasores. El Estado Mayor inglés señaló, asimismo, la importancia de Irlanda meridional para completar la red de radar, la defensa antiaérea y la lucha contra los submarinos. Pero el primer ministro irlandés, Eamon de Valera, se negó obstinadamente a ceder el uso de bases a los ingleses. A pesar de todos los esfuerzos, incluso los de Roosevelt, que propuso garantizar la seguridad de Irlanda con fuerzas americanas, De Valera mantuvo esta actitud intransigente hasta el final. El Eire se movilizó y anunció que rechazaría a cualquier atacante, fuera del bando que fuese.

Churchill encontró entonces ocasión de pasar a la ofensiva en otros puntos. Ordenó un nuevo ataque contra Dakar y ayudó a De Gaulle a cosechar sus primeros éxitos en África ecuatorial francesa, mandó a sir Stafford Cripps a dialogar con el dictador soviético y obtuvo una nueva ayuda de Washington. Roosevelt, sin embargo, había de proceder con prudencia, puesto que se acercaba la campaña electoral, pero había hecho entrar en el momento oportuno, en su Gobierno, a notables miembros del Partido republicano: Henry L. Stimson y Frank Knox, y, sin hallar una resistencia demasiado viva en este partido, logró concluir un «acuerdo de defensa» con Inglaterra, el 3 de setiembre de 1940. La Gran Bretaña cedía a título de arriendo a Estados Unidos una serie

de bases militares de Terranova, Bermudas, Bahamas, Jamaica, Sainte-Lucie, Trinidad, Antigua y Guayanas, recibiendo en compensación cincuenta destructores, así como 250.000 fusiles y tres mil millones de cartuchos.

Esta cesión de destructores llamó la atención en todas partes. Hizo desaparecer la última duda sobre la intención que tenía el presidente americano de ayudar a Inglaterra y China, incluso en forma oficial. El Japón, dejando a un lado su resentimiento ante la firma del tratado de amistad germano-soviético, se acercó a Berlín y Roma. Temía medidas hostiles de parte de Roosevelt si éste era reelegido. Para influir en cierto modo en las elecciones y para tratar de impedir las nuevas interferencias americanas, Alemania, Italia y el Japón firmaron, el 27 de setiembre de 1940, un pacto tripartito. Se comprometían a apoyarse mutuamente «por todos los medios políticos, económicos y militares» si una de las partes contratantes era atacada por una potencia que «no participara actualmente en la guerra europea, ni en el conflicto chino-japonés».

Después de haber puesto en guardia a Roosevelt por la continuación de la ayuda a Inglaterra, con la constitución del «triángulo Berlín-Roma-Tokio», Hitler intentó concertar una alianza con España para bloquear el estrecho de Gibraltar. Se habían sostenido ya conversaciones preliminares entre el almirante Canaris y el general Franco, el ministro español de Asuntos Exteriores Serrano Suñer y Ribbentrop. Hitler y Franco se reunieron, el 23 de octubre, en Hendaya, pero no se llegó a ningún resultado. El Caudillo repitió los argumentos ya expuestos por Serrano Suñer, alegando que España, como consecuencia de la guerra civil, dependía en gran parte de los suministros de trigo y de primeras materias de las potencias anglosajonas. Por otro lado, no tenía la menor intención de entrar en la guerra por pura amistad. Al igual que Roma, reclamaba compensaciones para mantenerse al lado de Alemania, que se había convertido demasiado poderosa... Madrid reclamaba importantes territorios, que comprendían Tánger, Marruecos y Orán, así como el engrandecimiento de sus colonias en Río de Oro y Guinea.

Francia pagaría las consecuencias y Hitler se preguntó si la ayuda de España en la lucha contra la Gran Bretaña valía una seria agravación de las futuras relaciones franco-germanas. Después de la negativa dada a Mussolini, su respuesta no podía ser dudosa. Por otra parte, la enérgica defensa de Dakar por los franceses le había gustado. De regreso de Hendaya se entrevistó en Montoire, el 24 de octubre de 1940, con el mariscal Pétain y Pierre Laval. Disipó los temores de sus interlocutores al declarar: «No quiero una paz de represalias». Francia no tenía necesidad de unirse al eje Berlín-Roma, pues bastaba con que aportara su «colaboración militar en África», como la había efectuado hasta aquel momento. Hitler prometió una suavización de las condiciones de armisticio. El comunicado final calificaba expresamente a Francia de potencia europea «dominante».

Pero la «política de Montoire» no pasó de esta fase. Se basaba en la errónea suposición de que la Gran Bretaña sería vencida en última instancia. Hitler no estaba aún dispuesto a concertar un acuerdo definitivo con Francia. Aunque las relaciones entre las tropas alemanas y la población no habían sido malas en un principio, decretó unas zonas prohibidas al norte del Somme y Aisne impidiendo regresar a las mismas a los habitantes que habían huido. Estas medidas debían servir para continuar las hostilidades contra la

Gran Bretaña, pero en realidad, Hitler preveía la creación de una «gran Borgoña» o de una «gran Flandes». Simultáneamente, Alsacia y Lorena estaban sometidas a los *gauleiter* nacionalsocialistas Josef Bürkel y Robert Wagner, que expulsaron a muchos franceses. Ciertas medidas de limitaciones económicas decretadas por Goering no tardaron en despertar la indignación.

Otros obstáculos impidieron igualmente un acercamiento franco-germano. Los italianos y españoles estaban enojados por el encuentro de Montoire. Ciano y Serrano Súñer discutieron seriamente la creación de una alianza latina para equilibrar la potencia alemana. Hitler, que prácticamente había imposibilitado a su aliado a apoderarse de territorios franceses, incitó con ello a Mussolini a buscar compensaciones que se le antojaban necesarias sin advertir previamente a los alemanes. Inútilmente, Hitler se trasladó urgentemente a Florencia para intentar impedir que el jefe del Gobierno italiano se lanzara a una nueva aventura bélica. Llegó demasiado tarde. Cuando se encontraron los dos dictadores, el 28 de octubre, las divisiones italianas ya habían franqueado la frontera griega. De este modo se creaba en el Mediterráneo oriental una situación nueva que abría favorables perspectivas a la Gran Bretaña y la Unión Soviética.

6

LA CAMPAÑA DE LOS BALCANES, 1941

Los italianos entraron en la guerra después de largas vacilaciones. Bajo la influencia del rey Víctor Emmanuel III, de Ciano y de Attolico, Mussolini había esperado hasta junio de 1940 e incluso entonces se había limitado a un ataque de pequeña escala contra la frontera de los Alpes con el fin de poder formular sus reivindicaciones territoriales en el momento de la conclusión del armisticio. Esta política, que fracasó rotundamente, era debida al miedo que tenía Italia de no recibir suficientes compensaciones, y perder toda la libertad de acción en la política internacional al lado de una Alemania demasiado poderosa, convirtiéndose, con este motivo, en un Estado satélite. Hitler no apoyó las reivindicaciones italianas. No es extraño, pues, que Mussolini deseara llevar una «guerra paralela», en la que no intervendrían ni las unidades blindadas, ni los aviones alemanes y se dejó persuadir por los imperialistas como Galeazzo Ciano, Sebastiano Visconti-Prasca y Francesco Jacomini, para lanzarse a una empresa aventurera contra la Gran Bretaña y Grecia.

Esta concepción de la «guerra paralela» había de tener consecuencias funestas dado que se apoyaba sobre dos errores. En primer lugar, contrariamente a lo que pensaba Mussolini, en el verano de 1940 no se había llegado aún a ninguna decisión entre Alemania y la Gran Bretaña. En segundo lugar, las fuerzas italianas no poseían suficiente poder ofensivo para alcanzar el objetivo que se proponía Roma. Por el tonelaje y el armamento su Flota era superior a las dos Flotas británicas que se hallaban en el Mediterráneo, pero, sin embargo, debido a que no contaba con instalaciones para disparar por la noche, a que sufría una falta crónica de combustible y también por culpa de

sabotajes, en un principio discretos, pero cada vez más claros, llevados a cabo por ciertos almirantes, no logró conquistar el dominio de los mares para sus escuadras. El Ejército estaba compuesto de una masa poco móvil de divisiones biarticuladas, equipadas de un modo arcaico. Doce regimientos de caballería (con lanzas, sables y carabinas) y algunos batallones de motociclistas debían cumplir la misión atribuida a las tropas rápidas. La motorización se encontraba solamente en sus principios, pues en 1940, contaban con sólo 74 carros de combate («M 11-13»). Faltaban suboficiales y la formación de los oficiales era insuficiente.

Desde el principio, una serie de decisiones erróneas comprometió seriamente la situación. El mariscal Pietro Badoglio, *Capo di Stato Maggiore Generale*, rechazó la idea del asalto contra Malta, cuando la conquista de la isla todavía ofrecía buenas posibilidades de éxito. Simultáneamente, el Comando Supremo no bloqueó el estrecho de Sicilia con minas, cuando era lo más lógico. El general Dobbie, gobernador general de Malta, pudo, por lo tanto, transformar la isla en posición clave de primera importancia en donde fueron concentrados los submarinos y los aviones. Mientras que esas fuerzas amenazaban los transportes entre la metrópoli y Tripolitania, obligándoles a efectuar largos rodeos, la Flota de Alejandría (Cunningham) y la Fuerza H (Somerville) de Gibraltar aseguraban un paso casi ininterrumpido de los convoyes a lo largo del eje Gibraltar-Malta-Alejandría. Cuando los dos adversarios se encontraron en Punta Silo, en el cumplimiento de una misión de protección comercial, Cunningham infligió una severa derrota a los italianos.

Esta batalla puso al descubierto todos los defectos de la Flota italiana. Sin embargo, a pesar de que ésta se reveló incapaz de conquistar el dominio del «Mare Nostrum», Mussolini estaba firmemente decidido a tomar la iniciativa en los teatros de operaciones coloniales. Dos objetivos estaban claramente delimitados: Egipto y la Somalia británica. Pero el Primer Ejército (Berti), procedente de Libia, sólo avanzó hasta Marsa Matruk. El comandante en jefe, el enérgico Italo Balbo, fue abatido por sus propias defensas antiaéreas sobre Tobruk, y su sucesor, el mariscal Rodolfo Graziani, quería esperar la llegada de los carros de combate modernos y la colocación de una conducción de agua a través del desierto. Mientras tanto, el Cuerpo expedicionario del príncipe Amadeo de Saboya ocupó Somalia, casi sin combates, pero desguarneció Abisinia en donde un movimiento de guerrilleros, dirigidos por el coronel inglés Orde C. Wingate, se lanzó inmediatamente a sabotear la dominación italiana.

La «guerra paralela» de Mussolini ofrecía a los ingleses la posibilidad de pasar de nuevo a la ofensiva, pero antes tenían necesidad de concentrar las fuerzas en territorio africano. En compensación fue creado en el sureste de Europa una situación que ellos podían aprovechar sin destinar grandes medios. La conquista de Albania había suscitado ciertas complicaciones entre los yugoslavos y los griegos, pues ambos deseaban anexionarse el pequeño reino; por otro lado, se sentían amenazados cuando los italianos reforzaron su cabeza de puente balcánica con ocho o diez divisiones y ofrecieron una alianza militar a Bulgaria. ¿Acaso no era conveniente llegar a un acuerdo entre Belgrado y Atenas? El rey Jorge VI y Churchill dirigieron a tal efecto cartas al regente de Yugoslavia, el príncipe Pablo. La garantía otorgada por los ingleses a Grecia y los dos

pactos de asistencia que ligaban Turquía, la Gran Bretaña y Grecia, podían constituir una base de partida.

Las proposiciones de Churchill no preveían reforzar la garantía dada a Grecia, pues ya varios meses antes había tácitamente dejado en el olvido una obligación análoga hacia Rumania, cuando el Kremlin se apropió la Besarabia y la Bucovina septentrional. Su política balcánica se inspiraba, más bien, en la Primera Guerra Mundial, en donde el Ejército aliado de Macedonia había iniciado la fase decisiva del conflicto. Se trataba ahora de amenazar, con una serie de golpes meticulosamente calculados, los intereses económicos de Alemania para obligar a Hitler a oponerse a Mussolini y a Stalin en esta parte de Europa.

Esos intereses alemanes afectaban principalmente el petróleo rumano. El Reich había entrado en la guerra con una reserva de sólo dos millones y medio de toneladas y hasta 1939 había aumentado a 3,75 millones de toneladas su producción de petróleo sintético. Durante el primer año del conflicto, la Wehrmacht había consumido 11,5 millones de toneladas. La diferencia tenía que ser compensada por los suministros procedentes de Rumania que se efectuaban con grandes dificultades por la resistencia de las grandes refinerías sometidas a las influencias inglesa, francesa, belga y holandesa. El bloqueo del Danubio, a causa del hielo durante varias semanas y la falta, muy sensible aún en el año 1940, de vagones cisternas y de barcazas petroleras, constituían igualmente grandes desventajas. Las más graves de estas dificultades sólo desaparecieron cuando Ribbentrop hizo firmar un nuevo acuerdo en Bucarest por el antiguo alcalde de Viena, Herman Neubacher. Sobre la base de este acuerdo, Alemania suministró a Rumania armas capturadas en Polonia, principalmente cañones anticarros y antiaéreos, mientras que Rumania le proporcionaba, a cambio, la mayor parte del petróleo que le correspondía por derecho.

Para impedir estas entregas y provocar una intervención militar alemana capaz de desatar la cólera de Stalin, Churchill recurrió a toda clase de estratagemas. Mandó ejecutar sabotajes por el *Secret Service*, entre los que destacó como el más sensacional la tentativa para hacer saltar las Puertas de Hierro. El buque inglés «Mardinian», que llevaba a bordo una tripulación compuesta de cuarenta y dos especialistas, atracó en Soulina. Otros dos barcos, el «Princess Elizabeth» y el «Lord Byron», así como numerosos balandros y remolcadores, embarcaron los explosivos que transportaba aquél. Pero el Abwehr, prevenido de las intenciones inglesas, introdujo sus agentes en esos barcos. Soldados camuflados de paisano del regimiento «Brandenburg», especialmente creado por Canaris para la ejecución de misiones de esta índole, ocuparon las orillas del Danubio y lograron obtener, en Gihrgiu, la prueba de que esos barcos transportaban explosivos. Las autoridades rumanas, advertidas por ellos, tuvieron que intervenir. Sus cañoneros obligaron a los ingleses a dar media vuelta.

En ciertas circunstancias el boicot y los sabotajes podían obstaculizar considerablemente las exportaciones de petróleo, pero otras complicaciones, de carácter político, amenazaban también los intereses económicos de Alemania. La cesión de la Bucovina septentrional y de Besarabia tuvo consecuencias casi catastróficas para Rumania, dado que lo que había parecido estar justificado por los soviets, podía serlo

también para Hungría y los búlgaros que formularon, sin pérdida de tiempo, sus pretensiones sobre Transilvania y la Doborudja. Los tres países adoptaron medidas militares, la tensión fue aumentando de día en día, sobre todo cuando se producían nuevos incidentes en la nueva frontera ruso-rumana. Molotov hizo declaraciones ambiguas, en tanto que la Agencia Tass lanzaba violentos ataques contra el rey Carol II y su primer ministro Ion Gigurtu.

Este solicitó el apoyo de Alemania. Se le dio a entender que una alianza sólo podía ser firmada si previamente Bucarest y Budapest se ponían de acuerdo. Temiendo ver estallar en esta zona de Europa un conflicto que impediría al Reich sus vitales importaciones de petróleo, Hitler decidió intervenir como mediador. Concentró sus tropas y encargó a Ribbentrop que invitara a Viena a los ministros de Asuntos Exteriores de Italia, Rumania y Hungría. Los diplomáticos alemanes prepararon dos proposiciones de compromiso que Hitler fundió en una sola y la entregó como directriz a Ribbentrop. El 30 de agosto de 1940 en Viena, Ribbentrop y Ciano, tomando por base estas directrices, procedieron a un arbitraje. Hungría recibió Transilvania septentrional, lo que no la satisfizo, debido a que esperaba mucho más, pero Rumania nunca sobrellevaría la amargura que le causaban esas nuevas amputaciones territoriales.

El anuncio de que sería firmado un nuevo tratado de Sofía, provocó graves conflictos. El país despertó de su larga apatía. Unas semanas antes, el Gobierno de Bucarest había contestado a las exigencias de sus vecinos: «Nici o brazda!» (Ni un pedazo de terreno), pero ahora la Gran Rumania estaba completamente mutilada. Se celebraron manifestaciones, demostraciones, tentativas de «putsch» y tiroteos. Los legionarios de la Guardia de Hierro, extremista, solicitaron violentamente la subida al poder del antiguo profesor universitario Horia Sima. Con mayor pasión aún, se elevaron voces contra Elena Lupescu, amante del rey, a la que hacían responsable de las intrigas palatinas, de escándalos económicos, de persecuciones políticas y de crímenes jurídicos que envenenaban el ambiente desde hacía ya diez años. La señora Lupescu no logró inspirar al monarca una actitud firme y el rey se encontró completamente desamparado cuando el Gabinete Gigurtu presentó su dimisión.

Hubo momentos en que tuvo la intención de abdicar, luego pensó en llamar al Gobierno a Horia Sima, el encarnizado enemigo de su amante. Sin embargo, Valeriu Pop y Ernest Urdareanu le convencieron a probar antes a Ion Antonescu. Este general, enérgico y recto, había sido confinado en el monasterio de Bistritz varios meses antes por instigación de la señora Lupescu. Un decreto real le confirió «poderes absolutos para gobernar el Estado rumano». Un Gobierno sólido era imposible formarlo, pues todos los partidos reclamaban la abdicación de Carol. Antonescu le dirigió un ultimátum el 6 de setiembre de 1940 y el rey renunció, por quinta vez, al trono. Fracasó una tentativa de la señora Lupescu para secuestrar al hijo del soberano. Mientras Antonescu situaba en el trono al príncipe Miguel, que tenía dieciocho años de edad, Carol y Elena Lupescu huían a Yugoslavia bajo los disparos de fusil de los legionarios y de los soldados rumanos.

Antonescu constituyó un Gabinete en el que dos miembros eran eminentes personajes de la Guardia de Hierro, Horia Sima y el príncipe Mihai Sturdza, a los que les fueron conferidos los dos Ministerios más importantes. Firmó un tratado cediendo la

Doborudja meridional a Bulgaria, alivió la miseria de los refugiados y desmovilizó el Ejército rumano. El 14 de setiembre, el «jefe de Estado» recibió al general Kurt von Tippelskirch, a quien comunicó que, según su opinión, era inevitable una guerra entre Alemania y la Unión Soviética. Simultáneamente discutió con él la llegada a Rumania de una misión militar. El rey Carol ya había solicitado el envío de ese Estado Mayor y de varias «unidades de instrucción». El general Erik Hansen fue nombrado jefe de esta misión. Sin pérdida de tiempo instaló su cuartel general, pero los «instructores» fueron llegando muy lentamente. A mediados de noviembre se hallaban en el país una división alemana y varios destacamentos de la Luftwaffe.

Tres misiones incumbían a estas fuerzas, según una nota del Alto Mando de la Wehrmacht: proteger «la región petrolífera contra el ataque de una tercera potencia», colocar a las «fuerzas rumanas en condiciones de cumplir ciertas obligaciones», y preparar ciertas operaciones en el caso de que Alemania se viera «obligada a un conflicto con la Unión Soviética». Estas «tropas de instrucción alemanas adquirieron una súbita importancia cuando Mussolini atacó Grecia, el 28 de octubre, ya que Churchill prometió al Gobierno de Atenas todo el apoyo que éste pudiera necesitar. Tres escuadrillas de bombardeo británicas fueron destinadas a Creta para prepararse para intervenir en el continente. Por este motivo, la importante región petrolífera de Ploesti (cerca de Bucarest) quedaba dentro de su radio de acción. Al mismo tiempo, el primer ministro inglés intensificó sus esfuerzos en Ankara y en Belgrado para reclutar nuevos adversarios contra Alemania e Italia.

Al cabo de una semana, se demostró que el ataque de Mussolini no tendría el carácter de una campaña relámpago. En contra de todos los pronósticos, Ciano no había logrado convencer al rey de Bulgaria, Boris III, lo que le impedía atacar Grecia por ambos lados. El mando heleno pudo, por lo tanto, destinar sus mejores tropas al Epiro en donde ofrecieron una resistencia encarnizada. El general Sebastiano Visconti-Prasca, comandante en jefe italiano, vio con indignación cómo los albaneses se pasaban en masa al enemigo y organizaban guerrillas a sus espaldas. El tiempo húmedo y el frío de otoño, las nevadas, las epidemias, la falta de carreteras y de refugios en un terreno desnudo, crearon unas condiciones muy penosas para los soldados italianos. Los submarinos ingleses y griegos y los aviones torpederos atacaban el tráfico naval en el canal de Otranto, lo que provocó la interrupción del suministro. Y, al mismo tiempo, se transformaban las condiciones políticas.

La iniciativa de Mussolini no sólo permitió al primer ministro inglés llevar de nuevo al continente europeo las fuerzas que habían sido arrojadas del mismo cinco meses antes, sino que atrajo también a Stalin. Reforzó su acción en Bulgaria y en Yugoslavia y mandó protestas por medio de Molotov cuando seis Estados, cuyos delegados se reunieron en Viena a instancias de Alemania, proclamaron la disolución de la Comisión del Danubio, cuya competencia se extendía desde Braila al Mar Negro. Por la incorporación de la Besarabia, la Unión Soviética era ahora ribereña de la desembocadura del río e intentaba establecer su influencia en una de las posiciones clave del sureste. Todo el problema de la soberanía a lo largo del Danubio, hasta Presburgo y Viena, estaba en juego, pero Hitler salió al encuentro de los rusos reuniendo en Bucarest una conferencia que duró un mes.

La manifiesta rivalidad de los intereses alemanes y rusos en el sureste de Europa provocó nuevas decisiones. Deseaba un acuerdo a «largo plazo» con Stalin. Su diplomacia había de transformar el «triángulo Berlín-Roma-Tokio» en una alianza cuádruple por la incorporación de la Unión Soviética y alejar, de este modo, de Europa la atención de los dueños del Kremlin. Hitler y Ribbentrop adoptaban la antigua concepción de Napoleón frente a Alejandro I. El intérprete Paul Schmidt la bautizó con el nombre de «Motivación Sur». Deseaban orientar el imperialismo ruso en otra dirección. De acuerdo con el Pacto de Berlín, Rusia podía buscar su «escape natural» por el mar libre a través de Persia y Afganistán y llevar su poder hasta la India, en tanto que el Japón se reservaría el sureste de Asia; Italia, África del Norte, y Alemania, el África central como zonas de expansión.

Molotov se trasladó a Berlín en donde celebró nuevas entrevistas con Hitler y Ribbentrop, los días 12 y 13 de noviembre de 1940. Encontró interesantes las proposiciones alemanas, pero no dejó de insistir sobre los problemas europeos. Los acuerdos de Alemania con Rumania y con Helsinki, autorizando este último el paso de las tropas hitlerianas por el territorio finlandés para dirigirse a la Noruega septentrional, se le antojaban demasiado inquietantes. Exigió la retirada de la misión militar en Rumania y preguntó lo que diría Hitler si la Unión Soviética daba su garantía a Bulgaria y solventaba el «problema finlandés» por medio de una campaña militar. Habló asimismo de la cuestión de los Dardanelos, y en el curso de la conversación, dejó sobreentender que los intereses rusos se extendían hasta Yugoslavia y Dinamarca. Hitler creyó percibir una amenaza de cerco. Su recelo fue en aumento al recibir una nota fechada el 25 de noviembre, que precisaba los deseos de Stalin con respecto a los Dardanelos, Bulgaria y Finlandia y en la que se formulaban nuevas reivindicaciones.

Estas fueron las negociaciones que, de un modo definitivo, despertaron en Hitler la decisión de eliminar a la Unión Soviética por medio de una campaña sorpresa. Los días 29 de noviembre, 3 y 7 de diciembre, el estudio que había sido iniciado el 5 de agosto por el general Friedrich Paulus, fue objeto de planificación sobre el mapa. El 18 de diciembre, el Alto Mando de la Wehrmacht publicó su Instrucción 21 para el caso «Barbarroja». Hitler declaró a principios de año: «Stalin no actuará de un modo abierto contra Alemania», pero «le irá creando dificultades cada vez más graves», dado que Moscú quiere «recoger la herencia de una Europa empobrecida» y está «animada del impetuoso deseo de avanzar hacia el Oeste». La Unión Soviética representaba, para Inglaterra, el papel de una espada continental en potencia. Sólo la perspectiva de verla intervenir en la guerra, mantenía a aquélla en la brecha. Churchill solamente abandonaría el camino emprendido cuando viera desaparecer esta última esperanza continental.

Sin embargo, era imposible lanzar una guerra-relámpago contra Rusia mientras existiera una zona de tempestades políticas en el flanco del eje de ataque. Esto causaba grandes preocupaciones a Hitler. «Yugoeslavia, Bulgaria y Turquía no quieren declararse en favor del Eje», le escribió el 20 de noviembre al jefe del Gobierno italiano y «Rusia manifiesta un interés inquietante en los Balcanes. La situación militar es peligrosa, la situación económica angustiosa»... Para modificar esta situación quería ampliar su sistema de alianzas dando cabida en el mismo a pequeñas potencias. Rogó a Mussolini

insistiera nuevamente sobre Franco y los días 20, 23 y 24 de noviembre incorporó a Hungría, Rumania y Eslovaquia en el pacto tripartito. Al mismo tiempo, envió a los italianos un grupo de transporte aéreo que se instaló en Foggia a principios de diciembre. Pocos días más tarde, el X Cuerpo aéreo (Geisler) pasó a Sicilia.

Los italianos se encontraban en una situación militar muy comprometida. El ataque contra Grecia realizado sin la ayuda de un aliado y que no fue apoyado por su Flota, significó numerosos fracasos. En noviembre, el general Alexander Papagos, comandante en jefe griego, tomó la iniciativa. Liberó el Epiro meridional y conquistó una gran parte de Albania. A principios de diciembre, el Noveno Ejército italiano (Vercellino) y el Undécimo (Geloso) corrían peligro de ser arrojados al mar. Visconti-Prasca tuvo que dimitir. Un violento artículo de Roberto Farinacci, secretario del Partido fascista incitó al jefe del Estado Mayor general Pietro Badoglio a presentar la dimisión, debido a que cargaba sobre él toda la responsabilidad de la derrota. Su sucesor, el conde Ugo Cavallero, se trasladó personalmente en avión a Albania. Pero este prudente estratega no logró cambiar el signo de la batalla, tanto menos cuanto que en otros escenarios se sucedían unos reveses aún más graves.

Los italianos pagaron caro el error cometido al no ocupar Creta cuando iniciaron la campaña de Grecia. El almirante Cunningham transformó la bahía de Suda en punto de apoyo y mejoró así, muy sensiblemente, su control sobre el Mar Egeo y el Mar Jónico. El 11 de noviembre, la escuadra de Alejandría, que comprendía el portaaviones «Illustrious» se dirigió, sin encontrar obstáculos, a la punta sur de Italia. Tres cruceros destruyeron un convoy destinado a Albania en el estrecho de Otranto. Los aviones torpederos atacaron Tarento en donde se hallaba la Flota italiana y averiaron tres acorazados: «Littorio», «Cavour» y «Duilio». Supramarina tuvo que trasladar a Nápoles todas las restantes grandes unidades. Otra batalla, librada por Somerville a lo largo de Teulada (Cerdeña) confirmó el dominio naval conquistada por lo menos durante seis meses en el *Mar Grande* de Tarento.

Durante este tiempo, el comandante británico del Cercano Oriente recibía nuevos carros de combate que su jefe, el general sir Archibald Wawell, destinó principalmente a las tropas de Marsa Matruk. Allí se encontraba la reducida Desert Force (O'Connor), con dos divisiones y un batallón reforzado por carros de combate, es decir, unos 38.000 hombres, la mayor parte de ellos indios. El 6 de diciembre estas tropas, muy inferiores en número a los italianos, pasaron al ataque. Mientras que la Flota de Alejandría bombardeaba la carretera costera y Sidi Barani, O'Connor introducía una cuña en el frente adversario. El Primer Ejército italiano (Berti) fue completamente aniquilado. Tres de sus divisiones dejaron de existir, y las otras seis se refugiaron en Sollum, Bardia y Tobruk, en donde se vieron obligadas a capitular. Cuando el mariscal Graziani quiso establecer una nueva línea de defensa en la frontera occidental de la Cirenaica, sólo contaba para ello con siete mil hombres, pues trece mil se encontraban ahora tras las alambradas de los campos de prisioneros ingleses.

Al mismo tiempo que esta ofensiva en el «desierto occidental» Wawell había preparado otra en África oriental. Estaba compuesta por dos Cuerpos expedicionarios, mandados por los generales sir Alan Cunningham y sir William Platt, que se

concentraron en la frontera noroeste de Kenya y en Khartoum. Los regimientos sudafricanos, las tropas negras, los indios, sudaneses, un contingente colonial belga y los guerrilleros abisinios obligaron a capitular al príncipe Amadeo de Saboya y al duque de Aosta que contaban con más de 220.000 hombres. Los ingleses, que dominaban tanto el Mar Rojo como el Océano Indico, pudieron poner obstáculos al suministro enemigo, mientras que ellos podían disponer de todo el material que deseaban. La campaña fue iniciada el 19 de enero de 1941 y la victoria fue rápida. La Somalia italiana y Eritrea cayeron casi sin necesidad de disparar un solo tiro. Los poderosos obstáculos montañosos de Amba Alagi y de Keren fueron forzados. El príncipe Amadeo se rindió. El emperador Haile Selassi regresó a Addis-Abeba montado sobre un caballo blanco y rodeado de entusiastas guerreros.

Estas derrotas italianas, como es natural, inquietaron a Hitler. Se sentía obligado a acudir en ayuda de Mussolini antes de desencadenar la guerra contra Rusia. Quiso mandar tropas alpinas a Albania, pero una inspección efectuada por el general Enno von Rintelen y las objeciones formuladas por los dos comandantes le disuadieron. El 10 de enero, en cambio, el X Cuerpo aéreo (Geisler) atacó a la Flota británica en el Mediterráneo, hundió un crucero y averió gravemente el portaaviones «Illustrious». Poco después, el Alto Mando de la Wehrmacht y el Commando Supremo se pusieron de acuerdo para mandar a Libia (Operación «Girasol») una unidad blindada alemana (Rommel). Por otro lado, ya se estudiaba desde hacía varias semanas la conquista de varios campos de aviación importantes, situados en el norte de Grecia, con vistas a lanzar una ofensiva cuyos detalles fueron precisados en la Institución del Führer número 20 (Operación «Marita») y que fue definitivamente aprobada durante una entrevista entre Hitler y Mussolini, Ribbentrop y Ciano, los días 19 y 20 de enero de 1941.

Esta operación, «Marita», necesitaba vastos preparativos. Las unidades de instrucción que se encontraban en Rumania podían ser adscritas, sin grandes dificultades, a la 16.^a División blindada (Hube), pero antes de constituir un Ejército ofensivo en territorio rumano, Alemania había de ponerse de acuerdo con Hungría y Bulgaria por donde debían pasar estas tropas. Al mismo tiempo, era cuestión de evitar cualquier provocación a Yugoslavia y Turquía. Esos países se habían vuelto muy recelosos, pues Churchill no dejaba pasar ocasión para ponerlos en guardia y les ofrecía el apoyo de la aviación británica. Por otro lado, recibieron la visita del coronel William J. Donovan, que no sólo dirigía el Servicio de Información americano, sino que se sabía que gozaba de la entera confianza del presidente Roosevelt.

Además, era necesario aclarar la situación en Rumania, ya que los acontecimientos revolucionarios de setiembre habían provocado una reacción del ala izquierda de la Guardia de Hierro. Los abusos cometidos por la «policía legionaria», dirigida por el príncipe Alexandre Ghyka y por un grupo extremista, compuesto principalmente de obreros de las fábricas Malaxa, que mantenía relaciones con los comunistas y obedecían a Dimitriu Grozea, amenazaban con derrocar el Gobierno de coalición formado por Antonescu. El general desaprobaba las venganzas efectuadas por sus antiguos amigos, principalmente los asesinatos de que fueron víctimas dos antiguos presidentes del Consejo de ministros y otros representantes del régimen de terror precedente. El anuncio

de que el embajador alemán Wilhelm Fabricius iba a ser remplazado por el SA-Obergruppenführer Manfred von Killinger, provocó una ruptura entre Antonescu y el príncipe Sturdza. Después de haber destituido también el jefe de Estado al ministro del Interior, miembro de la Guardia de Hierro, los legionarios se alzaron contra él el 20 de enero de 1941.

Hitler no supo, momentáneamente, por quién inclinarse. La Guardia de Hierro merecía su simpatía, puesto que practicaba el antisemitismo y trataba de establecer un régimen autoritario, pero la personalidad de Antonescu le había impresionado vivamente durante las visitas que éste le había hecho en noviembre y enero. Finalmente, durante una conversación telefónica entre el general y Ribbentrop, decidió apoyar al «hombre fuerte» de Rumania. El Alto Mando de la Wehrmacht autorizó a la misión militar alemana que se colocara al lado de Antonescu. Sin embargo, Fabricius incitó al general Erik Hansen a esperar y Neubacher obtuvo de Horia Sima la promesa de que serían retiradas las barricadas. Sin embargo, se entablaron sangrientos combates, la Guardia de Hierro fue vencida por las tropas gubernamentales y Antonescu condenó a los jefes de la revuelta a una muerte ignominiosa en la horca. Los hombres del Servicio Secreto alemán intervinieron entonces para trasladar a Horia Sima y a sus amigos a Alemania, en donde Hitler los acogió con honores.

Poco después, los diplomáticos alemanes alcanzaban importantes éxitos en Turquía, Bulgaria y Hungría. Ismet İnönü, jefe del Estado turco —convencido por el embajador Franz von Papen—, rechazó todos los ofrecimientos de Churchill y se alegró de que Alemania exigiera la firma de un «tratado de no agresión» entre Bulgaria y Turquía. El rey Boris III y Bogdan Filoff, su primer ministro, lograron escapar también de las tentativas de ayuda por parte de los rusos. A fines de febrero, recibieron al embajador especial Hermann Neubacher, se adhirieron al pacto tripartito el 1 de marzo y autorizaron el paso del 12.º Ejército alemán (List), que el día siguiente franqueaba el Danubio y avanzaba hacia la frontera griega. Anteriormente, el almirante Miklos Horthy de Nagybánya, regente de Hungría, había permitido a este Ejército entrar en Rumania por su territorio y mandó declarar por el conde Paul Teleki, jefe de su Gobierno, que concentraría sus fuerzas por si se daba el caso de que Yugoslavia hiciera intención de colocarse del lado de Inglaterra.

En realidad, no era esta la intención del Gobierno de Belgrado. El príncipe Pablo, el primer ministro Dragisa Tsvetkovitch y el ministro de Asuntos Exteriores Alexander Cincar-Markovitch consideraban como muy probable la victoria alemana y no veían, por tanto, ninguna ventaja en ponerse al lado de los ingleses. Cuando Bulgaria quedó integrada en el sistema del Eje, juzgaron que había llegado el momento de escapar del peligroso acoso uniéndose al pacto tripartito y hacerse pagar esta decisión al mejor precio posible. El 25 de marzo en el castillo de Belvedere, en Viena, Tsvetkovitch y Cincar-Markovitch firmaron el tratado. Yugoslavia obtenía importantes concesiones: la garantía de sus fronteras y su integridad política, la seguridad de que no recibiría tropas de ocupación, ni tampoco debería ceder bases, la promesa de ayuda y varias ventajas económicas. Una cláusula secreta le confería el puerto de Salónica después de la guerra.

Pero todas estas ventajas no sirvieron de nada al Gobierno. El presidente del Consejo de ministros yugoeslavo no sospechaba que estaba rodeado de conspiradores. Poco antes, Stalin había acogido como a un «hermano» al nuevo embajador yugoslavo y le había incitado a urdir un complot que, de un modo desconocido hasta la fecha, se relacionaba con otros hilos procedentes de Londres. Oficiales y miembros del servicio secreto sirvio, los sacerdotes ortodoxos, sobre todo el patriarca Gavrilo, los francmasones de la Logia «Gran Oriente Parisián» y diversas asociaciones estudiantiles aportaron su apoyo. El movimiento era mandado por el general de Aviación Dusan Simovitch, francófilo, que había intentado, desde 1939-1940, hacer entrar a Yugoslavia en la guerra contra Alemania. Cuando se enteró, el 26 de marzo, de que las tropas británicas habían desembarcado en Grecia, consideró que se formaba de nuevo el frente macedónico de la Primera Guerra Mundial. Pocos minutos después ordenó al general Bora Mirkovitch y a otros oficiales y soldados detener a los «traidores» que regresaban de Viena.

La acción se llevó a cabo a las dos de la madrugada, sin derramamiento de sangre. Tsvetkovitch, Cincar-Markovitch, otros hombres de Estado y militares cuyas simpatías se decantaban por el Eje, hubieron de abandonar el país. El príncipe regente cruzaba Zagreb cuando recibió la noticia del golpe de Estado. Fue inútil que el político Vladimir Matchek le exhortara a marchar sobre Belgrado con las tropas de Zagreb al mando del antiguo general austro-húngaro August von Marich. El príncipe Pablo, que poseía una delicada naturaleza de artista, era enemigo de recurrir a la violencia. Prefería el exilio en Grecia. Simovitch, por tanto, pudo formar un «Gabinete de Unión Nacional» en donde incluso el poderoso partido campesino de Matchek fue representado. Al mismo tiempo decretó la movilización general. La noche del 27 de marzo, Simovitch previno al príncipe Pedro, que hasta aquel momento no sospechaba nada, que había sido declarado mayor de edad, a pesar de sus dieciocho años, y nombrado rey de Yugoslavia.

Hitler, informado más rápidamente que el nuevo rey Pedro II, tomó inmediatamente sus decisiones. Su Instrucción 25 prescribía considerar desde aquel momento Yugoslavia como «país enemigo», aun en el caso de que hiciera declaraciones de lealtad. La campaña que se había hecho necesaria empezaría «en la medida de lo posible» al mismo tiempo que la Operación «Marita». Después de haber penetrado en Grecia, el 12.º Ejército (List) avanzaría su ala derecha por territorio yugoslavo por el valle de Vardaz. Otras fuerzas se concentrarían en Bulgaria y Rumania, en la frontera oriental del país, así como un fuerte grupo de asalto en Graz. El Alto Mando de la Wehrmacht habría de acordar, con los italianos y los húngaros, la delimitación de la zona de operaciones, y el Ejército mandaría Estados Mayores de enlace.

El Grupo blindado del general de Ejército Von Kleist estaba concentrado en la frontera búlgaro-yugoeslava. Al sur de Albania y en Zara, el Comando Supremo dispuso unidades rápidas para apoderarse de la carretera que bordeaba la costa dálmata con el fin de impedir un repliegue hacia el Adriático, como en 1915. El Segundo Ejército italiano (Ambrosio) se concentró en Istria, el Segundo Ejército alemán (Weichs) entre Klagenfurt y Bracs, el Tercer Ejército húngaro (Gorody-Novak) en Pecs y Szegedin. Bulgaria y Rumania no ofrecieron tropas. La Cuarta Flota aérea alemana (Loehr) fue encargada del gran ataque inicial sobre Belgrado, los principales nudos de comunicaciones y los

campos de aviación. Disponía de setecientos ochenta aviones, de los cuales cuatrocientos eran bombarderos.

Mientras un círculo de hierro se cerraba alrededor de Yugoslavia, el general Smoyitch hizo, efectivamente, la declaración de lealtad prevista por su nuevo ministro de Asuntos Exteriores Momtchilo Nitchitch. Pero el envío de una misión militar a Moscú, la conclusión de un pacto de amistad entre Yugoslavia y la Unión Soviética mostraron, sin lugar a dudas, cuál era el verdadero espíritu que reinaba en Belgrado. También fueron demostrativos de estos sentimientos los acontecimientos que acompañaron el servicio religioso celebrado por el patriarca Gavriilo en honor de la subida del rey Pedro II al trono. Cuando el embajador alemán se dirigía a esta ceremonia, la muchedumbre le insultó. Los estudiantes serbios recorrían las calles de Belgrado gritando: *Bolie rat nego pakt* («Antes la guerra que el Pacto»). El embajador Viktor von Heeren abandonó casi inmediatamente la capital seguido por los representantes de Hungría, Italia, Bulgaria y Rumania, quedando rotas las relaciones diplomáticas entre Yugoslavia y los países del pacto tripartito.

La inminencia del ataque contra Yugoslavia y Grecia arrancó a Mussolini de su resignación temporal y le despertó el deseo de alcanzar éxitos importantes en Albania y en el mar antes del comienzo de la ofensiva alemana. Se trasladó personalmente al frente para asistir al aniquilamiento del ala norte del Ejército griego. Pero la ofensiva, preparada muy deficientemente, fracasó con pérdidas muy elevadas. El 27 de marzo, un ataque ejecutado por la Flota del almirante Angelo Jachino tuvo una suerte análoga. Cunningham, con los acorazados «Warspite» (insignia), «Valiant» y «Barham», el portaaviones «Formidable», cuatro cruceros y trece destructores, obligó a los italianos a replegarse a toda prisa. Jachino perdió sus tres mejores cruceros y varios destructores, sin poder, a partir de aquel momento, obstaculizar los transportes entre Egipto y Grecia. Pero el envío de un Cuerpo expedicionario al sureste de Europa ponía en peligro la situación en África. La 5.^a División ligera (Streich) fue el primer contingente alemán en llegar. Los primeros reconocimientos efectuados por la misma y fuerzas italianas, al mando del general Erwin Rommel, significaron los combates de El Agheila, Agedabia y Bengahsi, de donde siguió un avance hasta la frontera egipcia.

El 6 de abril de 1941, por la mañana, un violento bombardeo de Belgrado inició la campaña de los Balcanes. El castillo, numerosos edificios oficiales, vastos barrios residenciales e incluso el gran puente sobre el Danubio fueron gravemente alcanzados. Los ataques de los contingentes aliados habían de efectuarse de un modo escalonado, puesto que no todos estaban aún preparados y el hecho de que el Ejército yugoslavo contase con 37 divisiones, hubiese podido significar graves dificultades. Pero los yugoslavos, en lugar de concentrar sus fuerzas, se mantuvieron desperdigados a lo largo de sus fronteras. Un número muy elevado de reservistas, en especial de croatas, eslovenos y macedonios, no se unieron a sus unidades, o incluso se pasaron al enemigo. Aquel Estado de numerosas nacionalidades se descomponía rápidamente, tal como había imaginado Hitler. Cuando los húngaros ocuparon el triángulo de Baranya y el general Maximilian von Weichs entró en Maribor y en Zagreb, la mayor parte de la población aclamó sus tropas.

Desde un principio, Kleist avanzó a lo largo de la vía férrea Sofía-Nich, luego giró hacia el norte por el valle del Morava. El 11 de abril por la noche, las avanzadas blindadas que se detenían en las alturas de Avala, al sur de Belgrado, ya habían aniquilado dos Ejércitos yugoslavos. Algunas horas después, una división blindada del Segundo Ejército, procedente del noroeste, entró en la capital en llamas, en donde la resistencia cesó rápidamente. Simovitch abandonó el mando y huyó con el rey Pedro II a Montenegro, en donde fueron rescatados por aviones ingleses. El general Kotcha Katafatovitch, nuevo comandante en jefe, ya no pudo reorganizar sus fuerzas, puesto que las unidades rápidas alemanas ya habían alcanzado Sarajevo, mientras que los italianos ocupaban Liubliana y la región de la costa. Por este motivo ordenó a los destacamentos dispersos que enviaran parlamentarios, lo que hicieron en todas partes, casi sin excepción. Sólo en Bosnia capitularon trescientos cuarenta y cuatro mil hombres.

El 6 de abril, el Duodécimo Ejército del mariscal Wilhelm List atacaba igualmente. Cubierta por unidades rápidas que franquearon la frontera búlgaro-yugoslava al mismo tiempo que el Cuerpo Kleist, y que ocuparon Skoplie, su ala derecha descendió por el valle del Vardar en dirección a Salónica. El ala izquierda recibió la misión, mucho más difícil, de romper la Línea Metaxas, fuertemente defendida. La 5.^a División alpina (Ringel), en particular, tuvo que tomar al asalto potentes defensas en Istibei, Popotlivitsa y Rupescu, con el fin de desalojar el paso de Rupel y avanzar a continuación a lo largo del valle del Struma. Sólo una parte de estas defensas pudieron ser reducidas, a pesar de la intervención de numerosos «Stukas» y la entrada en acción de la artillería pesada. Sin embargo, sus valientes defensores, los evzones y otros soldados elite, tuvieron que capitular cuando fue ocupada Salónica el 9 de abril.

Durante los días siguientes, otras dos divisiones griegas libraron una valiente batalla en Florina, pero no les sirvió de nada, puesto que el general Papagos se decidió demasiado tarde a retirar de Albania el grueso de sus dos Ejércitos victoriosos para lanzarlos en dirección noreste. Sus columnas se mezclaron, embotellando todas las carreteras del macizo de Pindo, en donde sufrieron numerosos ataques en picado de los bombarderos alemanes e italianos y fueron pronto cercadas por las unidades motorizadas que el mariscal List hizo avanzar por Metsovon y Trikala. Las tropas griegas más al este, detrás de Peneios, se retiraron combatiendo para permitir el establecimiento de un nuevo frente, más corto, entre Eratini y las Termópilas.

Era allí en donde debía concentrarse el Cuerpo expedicionario británico. Contaba sesenta y dos mil hombres, disponía de muy buen armamento y estaba en condiciones de lanzar poderosos contraataques, pero su jefe, el general Henry Wilson, no supo reunir a tiempo sus fuerzas. Las tropas de la Mancomunidad (sobre todo los australianos y los neozelandeses) lucharon en las Termópilas únicamente para cubrir su retirada. La posición tuvo que ser abandonada, los bombarderos de Löhr causaron graves daños en el Pireo y los paracaidistas alemanes saltaron sobre el istmo de Corinto. A partir de aquel momento, el reembarque se efectuó en condiciones extremadamente difíciles. Los aviones alemanes dominaban el aire, los navíos habían de acercarse a la costa rocosa y esto solamente durante la noche. En Megara y Nauplia se sucedieron escenas que

recordaban las de Dunkerque, veinte transportes y dos destructores fueron hundidos y se perdió un precioso material de guerra.

Sin embargo, cincuenta mil hombres escaparon, así como también el rey de Grecia, Jorge II, el general Papagos y la mayoría de los miembros del Gobierno. Las tropas cercadas, a las órdenes del general Georges Tsolakoglu, capitularon frente al mariscal List. A instancias de Mussolini, la rendición tuvo que repetirse en presencia de los italianos. El 27 de abril, un destacamento del Regimiento «Brandenburg» alcanzó los barrios extremos de Atenas. Largas columnas de vehículos, carros de combate, cañones, desfilaron por las calles de la capital. Otras unidades motorizadas, que habían pasado por Tebas, ya habían llegado a Corinto y, procedentes del sur del Pindo, habían tomado pie en Patras. Algunos días después, los vencedores se instalaron en los fuertes del Peloponeso, en tanto que los grupos de asalto pasaron a las islas del Egeo en aviones, barcas de pesca y barcos capturados. En ninguna parte encontraron una resistencia seria. La campaña había terminado.

Los alemanes no perseguían ningún objetivo político en Grecia. Por este motivo, Hitler cedió, con ciertas reservas, los derechos de ocupación a Mussolini que, por fin, veía realizarse su sueño de dominar todo el mar Egeo. Ribbentrop y Ciano proclamaron la disolución del Estado yugoslavo. Hitler anexionó a Alemania la Eslovenia septentrional. Italia se quedó con el resto de Eslovenia, con Liubliana, la costa dálmata, Cattaro y todas las islas griegas del Jónico. Hungría recibió el recodo del Drave y la mitad de Batchka. Grupos búlgaros ocuparon la Macedonia occidental y la Tracia griega. Montenegro se declaró independiente. Servia conservó una modesta autonomía, con los mismos límites del año 1912, bajo el mando del general Georg Niditch. El Estado croata, que había dejado de existir desde la Edad Media, resucitó.

Alemania favoreció esta resurrección con un enviado especial, Edmund Veessenmayer. Puesto que Vladimir Matchek, jefe del importante país campesino, vacilaba, Ante Pavelitch y su pequeño movimiento fascista de los oustachis ganaron la carrera. En nombre de este jefe de Estado («Poglavnik») que volvía al país después de doce años de exilio, Slavko Kvaternik proclamó el reino. Cuando Pavelitch llegó de Roma, Mussolini ya le había arrancado una serie de concesiones, que llenaron de amargura el corazón de numerosos patriotas croatas y que equivalían a una futura «albanización» del país. Italia no sólo debía proporcionar el sucesor del anciano rey Svatimir, sino ocupar también tres grandes territorios con privilegios especiales. Pronto, millares de soldados serbios se dispersaron, miembros del partido de Matchek y agentes del Komintern afluyeron a la zona de ocupación mal vigilada por los italianos y empezaron una actividad de guerrillas que había de ser una de las consecuencias más importantes de la campaña de los Balcanes.

Hitler efectuó la campaña de los Balcanes única y exclusivamente para cubrir el flanco de las operaciones contra la Unión Soviética y no para asestar un golpe decisivo a la Gran Bretaña. En vano el almirante Reader y el Estado Mayor naval trataron de ponerle en guardia contra la «solución continental» del «Caso Barbarroja». El almirante veía en Inglaterra el adversario principal, mientras que Hitler los consideraba como unos parientes de raza a los cuales no desesperaba de poder llevar algún día a sus puntos de vista. Reader trataba de vencerla por el «estrangulamiento mortal de sus comunicaciones marítimas», sin andarse con rodeos, puesto que los ingleses se aprovechaban del desfallecimiento de los italianos y con la ayuda que les proporcionaba Roosevelt se convertirían en inexpugnables. Hitler, que no tenía la menor comprensión del verdadero carácter del poder naval, los consideraba solamente ansiosos de luchar «hasta el último francés o hasta el último ruso». Por este motivo quería eliminar la Unión Soviética, la última «espada continental» en potencia de los ingleses, para a continuación «asociarse con los ingleses».

Esta actitud ya no cambió, a pesar de que la Instrucción del Führer núm. 21, relativa a «Barbarroja», especificaba que «el esfuerzo principal de la Marina continuaría orientado claramente contra Inglaterra, incluso durante el desarrollo de la campaña en el Este». Rusia se convertiría en el principal teatro de operaciones, donde el Alto Mando de la Wehrmacht destinaría la mayor parte de sus fuerzas. Un aumento de las construcciones navales y de la producción de aviones, lo que hubiese podido constituir una seria amenaza para la Gran Bretaña, se había hecho ya del todo imposible. Por otra parte, Hitler y el Alto Mando estudiaban, única y exclusivamente, el punto de vista de la guerra terrestre hasta el extremo que no llegaron a concebir, por lo menos en lo que hace referencia al Mediterráneo oriental, un plan que hubiera hecho desaparecer las dificultades de Italia y tal vez conseguir la alianza de España y Francia. Las Instrucciones 22, 28 y 30 no contenían este plan. Preveían la entrada en combate de fuerzas alemanas de tierra y del aire en Libia y Sicilia, la conquista de Creta y una revolución hostil a los ingleses en el Irak, sin coordinar estas operaciones en el marco de una gran concepción estratégica.

Las dos divisiones destinadas a Libia habían de «detener» y no atacar tal como lo había hecho Rommel, a principios de abril, por iniciativa propia. El 10.º Cuerpo aéreo bombardeó Malta y mandó proteger los convoyes italianos por los cazas, pero carecía de bombarderos de noche y de aviones torpederos, dado que su misión no consistía en apoyar las fuerzas navales. La Operación «Merkur», la conquista de Creta, sirvió, principalmente, para formar una pantalla para impedir el bombardeo de las regiones petrolíferas de Rumania. No se trataba de una acción concebida para asegurar el dominio sobre el Mediterráneo oriental y no estaba en combinación con la del presidente del Consejo iraquí Raschid Alí el-Geilani, que mandó atacar la base inglesa de Bagdad, por sus guerrilleros, el 2 de mayo de 1941 y solicitó la ayuda de Berlín.

El éxito incierto de la Operación «Merkur» parecía impedir otras empresas de más largo alcance, como la conquista de Chipre y Malta. Los alemanes carecían de experiencia para estas operaciones insulares. En particular, la 4.ª Flota aérea (Löhr) a quien el Alto Mando de la Luftwaffe ordenó saltar sobre Creta, no contaba con

suficientes unidades ofensivas ni medios de transporte y carecía, además, de terrenos de despegue. Su suministro de combustible estaba mal organizado. Solamente el 8.º Cuerpo aéreo (Ritchthofen) y el 11.º (Student) estaban preparados para intervenir. El general Ulf von Richthofen mandaba cinco escuadras, es decir, 450 aviones («Do-17», «Do-125», «Ju-87», «Me-110» y «Me-109»). Kurt Student disponía de 502 aviones de transporte «Ju-52» y 60 veleros, un regimiento de asalto de paracaidistas, la 7.ª División de aviación con tres regimientos de paracaidistas y una parte de la 5.ª División de montaña (Ringel).

Los veinticuatro mil paracaidistas y cazas alemanes debían enfrentarse en Creta con veintinueve mil soldados y numerosos guerrilleros. Las tropas de la defensa se componían, en partes sensiblemente iguales, de ingleses metropolitanos, australianos, neozelandeses y griegos. Wavell colocó a su frente al general neozelandés sir Bernard Freyberg. Ambos estaban al corriente de la intención de los alemanes y, en consecuencia, tomaron las disposiciones pertinentes. Freyberg contaba con la poderosa colaboración de la Flota, pero se encontraba demasiado alejado de los cazas destinados en Egipto y tuvo que enterrar gran parte de su artillería, puesto que había perdido los medios de tracción durante la evacuación de Grecia. En el campo británico, la colaboración entre las tres Armas fue muy mala. Cunningham quería sustraer la escuadra de Alejandría a los ataques aéreos y evacuó la bahía de Suda como consecuencia de un éxito que obtuvieron las lanchas de asalto italianas. La Royal Air Force conservó toda su libertad de acción. Esta dispersión de esfuerzos provocó una cierta desconfianza de las fuerzas inglesas contra Churchill y sir John Dill, jefe del Estado Mayor general, después de las derrotas en Libia y Grecia.

La operación contra Creta se inició el 20 de mayo de 1941 con un violento bombardeo aéreo. Los paracaidistas saltaron simultáneamente sobre el campo de aviación de Maleme y en la región sur de La Canee. Aparte de un batallón que aterrizó en buenas condiciones, pero que perdió una gran parte de su material, todas las demás unidades fueron sometidas a un fuego mortal. La «segunda ola» que se posó alrededor del Heraklion y de Rethymo, se enfrentó con unas condiciones aún peores. Compañías enteras fueron aniquiladas. Fue imposible conquistar las bases aéreas. Pero Freyberg cometió una falta decisiva al retener demasiado tiempo las reservas destinadas a pasar al contraataque. El general Student pudo, por tanto, durante el día siguiente, lanzar a la batalla el resto de la 7.ª División del Aire a las órdenes del coronel Bernhard Ramcke. Estas tropas tomaron al asalto el pueblo fortificado de Maleme y limpiaron el campo de aviación en donde poco después aterrizaban los aviones de transporte con la infantería y la artillería de montaña.

El 22 de mayo, en «la primera ola naval», una masa de barcas de pesca lentas, cargadas de cazadores alpinos, armas y material, avanzaban los ciento cincuenta kilómetros que separaban Milo de Creta. Como consecuencia de un error del oficial naval que mandaba el transporte, se encontraron sin cazas de escolta al anochecer. Y entonces hicieron acto de presencia los destructores ingleses. Trescientos soldados perdieron la vida. La «segunda ola naval» hubiese sufrido la misma suerte si no hubiese dado, a tiempo, media vuelta. A continuación, los bombarderos del 8.º Cuerpo aéreo infligieron graves pérdidas a la Flota de Alejandría hundiendo dos cruceros y cuatro destructores y

averiando los acorazados «Warspite» y «Valiant». Cunningham consideró más prudente retirarse, debido sobre todo a que había agotado su munición.

El mando inglés pasó entonces por una situación de crisis. Churchill exigía que Creta fuese defendida a toda costa. Sir Dudley Pound, primer lord del Almirantazgo, vacilaba entre las exigencias del primer ministro y los argumentos que exponía Cunningham. Cuando la noche del 23 de mayo, los cruceros y destructores empezaron a carecer de munición contra aviones, Cunningham ordenó a sus navíos que se retiraran del norte de Creta. Un crucero embarcó al rey de Grecia en Ay Pourneli, varios destructores se mantuvieron en la costa sur, pero la Flota de Alejandría había prácticamente perdido el dominio en el mar Egeo. Los alemanes pudieron entonces mandar nuevos transportes navales y dedicarse a la ocupación metódica de la isla. La Canee cayó a fines de mes, los paracaidistas cercados en Rethymno fueron rescatados, las tropas italianas, procedentes del Dodecaneso, desembarcaron en la parte oriental de la isla.

Freyberg llegó a la conclusión que la resistencia ya no tenía objeto. Churchill intentó en vano convencerle a continuar la batalla. Wavell compartía el punto de vista de su subordinado y Churchill tuvo finalmente que inclinarse. Decidieron entonces librar un combate en retirada para salvar al mayor número posible de hombres. La Flota de Alejandría se hizo de nuevo a la mar y sufrió otra vez elevadas pérdidas. La evacuación tuvo que realizarse de noche, pero solamente durante pocas horas cada vez. Cuando los cazadores alpinos alemanes llegaron a la costa sur y las lanchas rápidas italianas atacaron Hierapetra, los navíos de Cunningham pusieron rumbo hacia el sur. Algunos valientes les siguieron en balsas de corcho. Casi once mil ingleses y griegos fueron hechos prisioneros.

Las pérdidas alemanas se elevaban a 2.071 muertos, 2594 heridos y 1.888 desaparecidos, un precio muy alto para la conquista de una isla que debía servir de fortaleza avanzada del Continente y no de trampolín para otras operaciones ofensivas. Sin embargo, las comunicaciones inglesas en el Mediterráneo se encontraban fuertemente obstaculizadas. Se ofrecían nuevas posibilidades. Después de apoderarse de Chipre y de Malta, las potencias del Eje no hubieran encontrado dificultad alguna en hacer entrar a Turquía, Francia y España en su bando. Hubiesen podido obligar a retirarse a la Flota de Alejandría al Mar Rojo, en donde la Gran Bretaña sólo poseía pequeñas bases: Port-Sudán y Aden. Por otro lado, hubieran podido presentarse como salvadores de los pueblos árabes y amigos del Islam y desencadenar una agitación susceptible de propagarse hasta el sur y el sureste de Asia.

Churchill reconoció claramente esta posibilidad, como lo demostró con su enérgica intervención contra la revuelta de Raschid Alí el-Geilani. Cuando se enteró de la noticia, mandó a Wavell a ocupar la importante región de Mosul. Cuando a causa de ello estalló un conflicto armado con el Irak, ordenó ocupar toda la Mesopotamia por el general Wilson y restablecer en Bagdad una dinastía anglófila. Luego encontró suficientes razones, según su opinión, para atacar Siria, puesto que con la aprobación del Gobierno de Vichy, los aviones alemanes habían hecho escala en este país, que se encontraba bajo mandato francés, para llevarles armas y munición a Raschid Alí.

Churchill estaba inquieto por la colaboración entre Alemania y Francia con motivo de esta revuelta iraquí. El 4 de abril, los jóvenes miembros del Gobierno francés, de acuerdo con Darlan, habían hecho unas proposiciones más amplias. Deseaban «sacar de la derrota de Francia la victoria de Europa». «Tenemos el privilegio —escribieron— de tener voz y voto en este momento histórico, las decisiones durante los meses próximos serán de un alcance incalculable». El ministro de la Guerra, Charles Huntziger firmó con el general Walter Warlimont, subjefe del Estado Mayor general de la Wehrmacht, un acuerdo relacionado con la ayuda a prestar a Raschid Alí. Otto Abetz, embajador alemán en París, presionó a Ribbentrop para que levantara la prohibición que pesaba sobre la zona norte de Francia, redujera los impuestos de ocupación y libertara a determinadas categorías de prisioneros franceses, pero le contestaron que Hitler no estaba interesado en este acuerdo.

Berlín aprobó, sin embargo, la mayoría de las concesiones y Abetz mandó al consejero de embajada, Rahn, a Siria para tratar de conquistar al Alto Comisario en una colaboración franco-alemana. Pero todas estas medidas tuvieron solamente un efecto limitado, pues Hitler pensaba única y exclusivamente en su campaña de Rusia. Las fuerzas alemanas en Grecia, por tanto, permanecían inactivas y también en la frontera egipto-líbana, mientras que Wavell actuaba militarmente en el país bajo su mandato. El Ejército inglés se componía de divisiones aguerridas: indios, australianos y una unidad de franceses libres, polacos, checos, republicanos españoles y judíos de Palestina. Sin embargo, el general Dentz resistió enérgicamente durante cuatro semanas. El bloqueo marítimo ejercido por Cunningham, los continuos bombardeos de la Royal Air Force, el reconocimiento de la independencia de Siria y del Líbano por Churchill y De Gaulle, le obligaron finalmente a deponer las armas.

El protocolo Warlimont-Huntziger comprendía, entre otros, un artículo autorizando a los submarinos alemanes a utilizar el puerto de Dakar, circunstancia que daba un nuevo enfoque al desarrollo de la guerra en el Atlántico. Había terminado la primera fase de la campaña submarina. La defensa inglesa había aumentado en eficacia y el almirante Doenitz se vio obligado a buscar nuevas zonas de operaciones. Estas se encontraban más al oeste, lejos del alcance de los aviones, lo que prolongaba el viaje para llegar a las mismas. Por otro lado, el invierno aportaba condiciones desfavorables. El número de submarinos disponibles para las operaciones descendió a 24. Una flotilla italiana, instalada en Burdeos, no logró hundir un solo barco en el curso de 243 días en alta mar. Pero los alemanes perdieron con el «U-46» (Endrass), «U-47» (Prien), «U-99» (Kretschmer) y «U-100» (Schepke) algunos de sus navíos y comandantes más cargados de victorias.

Los éxitos del arma submarina que se le antojaban insuficientes a Hitler, fueron completados por los que obtuvieron los ataques aéreos, las minas, el acorazado «Admiral Scheer» (Krancke), el crucero pesado «Admiral Hipper». (Meisel) y el grupo acorazado «Scharnhorst» (Hoffmann) y «Gneisenau» (Fein) a las órdenes del almirante Lütjens. En 1940, según las cifras de Churchill, la Gran Bretaña perdió 583 barcos (cerca de dos millones y medio de toneladas bruto), pero las destrucciones fueron aumentando, a cada mes que pasaba: 320.048 en enero, 401.768 en febrero, 537.493 en marzo, 653.960 en

abril. A mediados de mayo, el Gobierno de Londres decidió no publicar más la cifra de pérdidas dado que esta publicación era contraria a los intereses del país. El Almirantazgo esperaba con inquietud los nuevos acontecimientos, sobre todo la entrada en servicio del acorazado «Bismarck» que, por sus dimensiones y potencia, era superior a todas las unidades inglesas.

El Almirantazgo de Londres se enfrentaba con problemas muy difíciles. Aunque tenía a sus órdenes la Flota más potente del mundo, no podía actuar permanentemente a la ofensiva en el Mediterráneo. A causa del comportamiento imprevisible de ciertas unidades alemanas, había que mantenerse a la defensiva. Los jefes alemanes Raeder, Schniewind, Doenitz, habían aprendido la lección de la Primera Guerra Mundial. Trataban de evitar todo contacto con las fuerzas militares para dirigir una guerra comercial, de facetas muy diversas, que debía acabar por ahogar al adversario. El almirante Pound se veía obligado a destinar a la defensa de los convoyes a varias de sus mejores unidades, incluso acorazados y portaaviones, y le quedaba solamente la Home Fleet como arma realmente ofensiva.

Esta, que contaba con Scapa Flow como base principal, cumplía también una misión defensiva. Vigilaba los cinco pasos que unían el Mar del Norte septentrional con el Atlántico para impedir que los corsarios pudieran salir a este mar. Estos cinco pasos eran el estrecho de Dinamarca, el espacio al sur de Islandia, la región entre las Feroe y las Shetland, el estrecho de la isla Fair y Pentland Firth. A pesar de que los hielos, un campo de minas muy grande y la ocupación de Islandia limitaban la acción de los navíos alemanes, la Home Fleet no había logrado detenerles por causa de las malas condiciones meteorológicas y la mala visibilidad que existe, la mayor parte del tiempo, en esas regiones y que no permiten una vigilancia completa, sin dejar huecos. Sólo la invención del radar, que funcionaba en una longitud de onda de nueve centímetros, mejoró la situación a este respecto, tanto más cuanto que el instrumento alemán correspondiente no había hecho progresos similares, pues Hitler había detenido su desarrollo en 1940-1941.

Iban en aumento las preocupaciones del Almirantazgo. Los reconocimientos hacían prever un desembarco alemán en Islandia y en las Feroe. El almirante Pound estaba absorbido por el asunto de Creta, y fue su segundo, el almirante sir Tom Phillips, quien hubo de enfrentarse con ese nuevo peligro. Los reconocimientos aéreos revelaron la presencia, en Bergen, de dos grandes unidades, el acorazado «Bismarck» (Lindemann) y el crucero pesado «Prinz Eugen» (Brinkmann). Sin embargo, puesto que no les acompañaba ningún transporte y se sabía que todas las formaciones de paracaidistas estaban en Creta, el peligro no parecía inminente para las islas del Norte. Por otro lado, el almirante sir John Tovey, jefe de la Home Fleet, sospechaba que pudiera tratarse de una nueva tentativa de salida al Atlántico.

Efectivamente, el Alto Mando de la Marina, dirigido por el almirante Otto Schniewind, tenía intención de lanzar todos sus grandes navíos contra las comunicaciones marítimas del adversario. Dado que unas averías en las salas de máquinas habían inmovilizado el «Scharnhorst» y un torpedo había obligado al «Gneisenau» a permanecer en Brest, el almirante Günther Lütjens, jefe de la Flota, izó su pabellón en el «Bismarck» para realizar la operación, acompañado sólo del «Prinz Eugen». El 22 de mayo de 1941,

el grupo partió de Korsfiord. Eligió salir al Mar del Norte por el estrecho de Dinamarca sin sospechar que era vigilado por dos cruceros británicos. Uno de éstos, el «Suffolk», poseía un radar del modelo más reciente. Estableció contacto con los navíos alemanes y previno al Almirantazgo, y el almirante Phillips ordenó inmediatamente fueran adoptadas las medidas pertinentes.

Colocó a las órdenes de Tovey el crucero de batalla «Repulse» y el portaaviones «Victorious», que acababa de entrar en servicio, a pesar de que ambos navíos estaban destinados al Mediterráneo. Sin ellos, la Home Fleet comprendía tres unidades pesadas, diez cruceros y doce destructores. Mientras Lütjens franqueaba el estrecho de Dinamarca, una parte de estas fuerzas fueron destinadas a interceptarle el paso, al mando del vicealmirante sir Lloyd Holland. El encuentro tuvo lugar el 24 de mayo, al suroeste de Islandia. El crucero de batalla «Hood» voló por los aires a los cinco minutos de combate y quedaron solamente tres supervivientes. Poco después, la otra unidad pesada, el acorazado «Prince of Wales» sufría averías que le obligaban a retirarse.

Pero también el «Bismarck» resultó tocado. Tan pronto terminó la batalla se entabló una viva discusión entre su comandante, el capitán de navío Lindemann y el almirante Lütjens. El primero quería dar media vuelta, pero el segundo le ordenó que pusiera rumbo hacia el sureste. El almirante confirió libertad de maniobra al «Prinz Eugen», rechazó un ataque nocturno de aviones torpederos y, sin saberlo, escapó del contacto de los ingleses. Durante este tiempo, Phillips destinó nuevos refuerzos a la Home Fleet: los acorazados «Ramillies» y «Rodney», una escuadrilla de destructores, seis submarinos y la Fuerza H de Gibraltar, al mando del vicealmirante sir James Somerville, que comprendía el portaaviones «Ark Royal», el acorazado «Renown», dos cruceros y seis destructores. El 26 de mayo, un hidroavión «Catalina» del Coastal Command, avistó de nuevo al «Bismarck» a unas setecientas millas al oeste de Brest. Tovey y Somerville pudieron, desde aquel momento, dirigirse hacia el barco alemán.

Pero sólo tenían una débil esperanza de darle alcance, puesto que les comenzaba a faltar el combustible. La mar embravecida impedía el despegue de los aviones del portaaviones. Los ingleses temían igualmente los bombarderos de gran radio de acción y a los submarinos. Pero un torpedo averió el timón del «Bismarck», bloqueándolo en un ángulo extremo. Una avería imposible de reparar. En consecuencia, el acorazado quedó rumbo al noroeste y durante la noche rechazó los ataques de los destructores. Al día siguiente, el almirante Tovey abrió fuego sobre él con el «King George V», el «Rodney» y los cruceros «Norfolk» y «Dorsetshire». El «Bismarck» fue hundido el 27 de mayo, a las 10'40 horas, después de haberse defendido hasta el final. Unos ciento veinte hombres de su tripulación fueron salvados. Lütjens y Lindemann no se encontraban entre ellos.

La destrucción del «Bismarck» representó una gran victoria para los ingleses. Eliminaba unos peligros muy graves para los convoyes, es decir, para el suministro de la Gran Bretaña y también para las fuerzas de la Mancomunidad que luchaban en ultramar. Un desarrollo favorable de la campaña en esos escenarios de guerra podía, pensaba Churchill, reducir las posibilidades de éxito del ataque ya inminente de Alemania contra Rusia y contribuir a modificar radicalmente la situación general. Los más importantes transportes de material hacia Egipto se había realizado antes de que la Flota británica

podiera reunir la mitad de sus fuerzas contra el «Bismarck». La Fuerza H estaba ahora en condiciones, conjuntamente con la Flota de Alejandría, para proteger lo que fuera necesario.

A pesar de la severa derrota de Creta y el hecho de que no hubiesen terminado aún las campañas de Abisinia y de Siria, Churchill presionó al comandante en jefe del Mediano Oriente para lanzar una nueva operación, capaz de decidir la guerra en África. Wavell recibió cincuenta cazas «Hurricane» y 295 carros de combate nuevos, lo que era todo el material que Inglaterra podía suministrar por el momento entre estos 135 carros de combate pesados de infantería «Mathilda II», 82 «Crusader» rápidos del tipo II y 21 del tipo IV. Con estas importantes fuerzas, el general sir Walter Beresford-Peirse había de romper el frente del Eje, defendido débilmente entre Bardia y Solloum, cercar al adversario y liberar Tobruk. La Flota de Alejandría apoyaría la acción por mar. El plan fue bautizado con el nombre de «Battleaxe» y su comienzo fijado para el 15 de junio de 1941.

Los ingleses sólo habían de temer como adversario a Rommel. Por su victoria en la Cirenaica, había confirmado su reputación de destacado jefe de las unidades blindadas e iba camino de convertirse en un maestro de la guerra en el desierto. Por regla general, no instalaba su cuartel general en la retaguardia, sino que avanzaba con las columnas motorizadas que a veces hacía maniobrar como barcos en alta mar. Unos talleres de reparación móviles y unos vehículos especiales para producir polvo, acompañaban sus dos divisiones, lo que le permitía no tener que preocuparse de sus líneas de comunicaciones o engañar fácilmente al adversario sobre la importancia de sus fuerzas. De espíritu más bien temerario, nunca se le hubiese ocurrido defender unos frentes rígidos, tal como Mussolini e Hitler no cesaban de ordenarle. Las condiciones de aprovisionamiento propios del África del Norte y el hecho de que resultaba casi imposible tender una línea defensiva a través del desierto, imposibilitaban esta forma de estrategia.

Desde el fin de la última campaña, Rommel se encontraba en una situación bastante delicada. A pesar de que disponía de todas sus divisiones, su artillería pesada continuaba en Nápoles, en donde era bombardeada por la Royal Air Force. Dado que los australianos seguían firmes en Tobruk, todo el suministro de carburante debía llegar por Trípoli, a 1.750 kilómetros en la retaguardia del Afrika Korps y, frecuentemente, los petroleros italianos eran hundidos antes de alcanzar la costa africana. Los submarinos británicos como el «Upholder» (Kanklyn), el «Torbey» (Miers) y el «Turbulent» (Linton) alcanzaron grandes éxitos. En abril y mayo, el quince por ciento del tonelaje fue destruido, de modo que los carros de combate del Afrika Korps permanecieron inactivos durante varias semanas. Estas condiciones provocaban, a menudo, violentas discusiones entre Rommel y el general Italo Gariboldi, comandante en jefe de las tropas del Eje. Los alemanes recelaban de los italianos y les acusaban de incapacidad y de sabotaje.

Esta desconfianza aumentó cuando Gariboldi no informó a Rommel, antes del asalto contra Tobruk, del complicado sistema defensivo de esta plaza, construido por el genio italiano. Además, en el Afrika Korps nadie comprendía por qué Italia no empleaba sus submarinos contra los destructores y los transportes de Cunningham que, casi todas las

noches, llevaban refuerzos y material a la ciudad sitiada. El Commando Supremo terminó por darse cuenta que la toma de Tobruk acortaría sensiblemente las líneas de comunicaciones. Sin embargo, a causa de la falta de artillería y debido a que estaba informado de un modo insuficiente sobre su defensa, Rommel fracasó en su primer asalto, con pérdidas sangrientas. La situación adquirió un carácter dramático cuando Gariboldi y Rommel se enteraron de las intenciones de Wavell. Las fotografías aéreas revelaron los preparativos que se estaban haciendo al suroeste de Marsa Matruk.

Para defender Sollum, Bardia y Fort Capuzzo, sólo existía, además de la 15.^a División blindada alemana (Neumann-Silkow), otras débiles unidades de seguridad. Rommel retiró la V División ligera (Streich) del frente de Tobruk y la destinó a ocupar posiciones al sur de Gambout. Por otro lado, ordenó defender a toda costa el paso de Halfaya, que constituía el obstáculo más formidable sobre el eje de avance de los ingleses. En realidad, el general Beresford-Peirse había dispuesto sus fuerzas en tridente. El 15 de junio, una columna de asalto, apoyada por los navíos de la Flota de Alejandría, intentó avanzar en dirección a Solloum, a lo largo de la costa. El punto central, constituido por la VII División blindada inglesa (Creagh) conquistó Fort Capuzzo. El ala izquierda, que efectuó un vasto rodeo a través del desierto, maniobró para envolver el Ejército germano-italiano.

A primeras horas del día, la temperatura alcanzó ya de los cincuenta a sesenta grados. El aire ardía. La visibilidad era reducida. Durante los combates, de suerte diversa, que se desarrollaron alrededor de Capuzzo, las baterías alemanas de 88 mm., contra aviones demolían, a corta distancia, numerosos carros de combate del adversario. También Beresford-Peirse sufrió elevadas pérdidas ante la Cota 208 y en Solloum. Varios centenares de soldados de infantería, al mando del capitán Wilhelm Bach y las baterías del jefe de escuadra italiano Riccardo Pardi, rechazaron durante tres días los ataques de los ingleses e indios. Cuando sus municiones se les agotaron, Rommel tuvo ocasión, entonces, de realizar, con sus divisiones, un violento ataque contra el flanco y la retaguardia del enemigo que había avanzado. Los ingleses se replegaron derrotados, abandonando 240 carros de combate destruidos o incendiados sobre el campo de batalla.

Esta brillante victoria de Rommel no pudo ser aprovechada, pues la falta de carburante le impedía lanzarse en persecución del enemigo. Persistía el problema del abastecimiento y, con éste, la necesidad de apoderarse de Tobruk. En realidad, la guerra del desierto sólo podía ser decidida en el mar. El que dominara el Mediterráneo se encontraba en condiciones de compensar una derrota de sus fuerzas terrestres suministrando nuevo material y, por otro lado, obstaculizando el abastecimiento del adversario. Hitler y el Alto Mando de la Wehrmacht no supieron comprenderlo. Cuando Mussolini anunció que iba a lanzar a la batalla cuatro mil aviones, consideraron que su flanco derecho estaba lo suficientemente asegurado para lanzar la campaña contra Rusia. Incluso antes de la batalla de Solloum, habían transferido al Este la mayor parte de los VIII y X Cuerpos aéreos. La eliminación de la Unión Soviética había de arrebatarse a Inglaterra su última esperanza de ganar la guerra.

LA CAMPAÑA DE VERANO EN RUSIA, 1941

El 22 de junio de 1941, la radio alemana difundió un comunicado especial que asombró a la mayoría de los oyentes y causó una verdadera sorpresa: acababa de comenzar el ataque contra la Unión Soviética. Sin previa declaración de guerra, la Wehrmacht y sus aliados se encontraban en acción contra el Ejército Rojo desde las 3'15 horas. Todas las objeciones contra esta aventura habían sido inútiles, los importunos como Raeder, Canaris, Halder, Schulenburg y Weizsaecker habían sido reducidos al silencio. Hitler declaró que se veía forzado a prevenir una agresión de la Unión Soviética. Moscú ejercía presión sobre Finlandia y Bulgaria, había presentado alegatos con respecto a la navegación por el Danubio y Rumania, ambicionaba los Dardanelos y había desempeñado un papel hostil con motivo del golpe de Estado en Belgrado. Por otro lado, la concentración de potentes Ejércitos en las fronteras demostraba de un modo suficiente las intenciones agresivas de los dueños del Kremlin.

El cuadro del reparto de fuerzas indicaba que Stalin había concentrado 120 grandes unidades, mientras que en el «Gobierno general» existían sólo seis divisiones alemanas. El 22 de junio, al hablar de las «doscientas divisiones bolcheviques», el ministro de Propaganda exageraba solamente en un quince por ciento. El Alto Mando del Ejército alemán contaba, al mismo tiempo, con 179 divisiones o brigadas cuya distribución no ha quedado suficientemente aclarada hasta la fecha. Halder declara que el enemigo fue «sorprendido» tácticamente, pero escribió más tarde que Stalin había «querido atacar» a Hitler. En su frente, Rundstedt no descubrió «ningún preparativo ofensivo». Según Kesselring, «la organización de tierra de la aviación... poseía un carácter agresivo». Manstein habla de un «despliegue ruso preparado para cualquier eventualidad», que debía servir de modo manifiesto para la defensa, pero que podía ser transformado «muy rápidamente».

Y esta transformación parecía dibujarse ya. En el saliente de Bialystock, los rusos concentraban fuerzas muy superiores a lo que reclamaba la defensa: una cincuentena de grandes unidades al mando del general G. Pavlov, el gran especialista del Ejército blindado. Por otro lado, la política de expansión de los soviets, que había sido perseguida de un modo tan metódico desde 1939 y llevada por todos los medios —incluida la guerra de agresión—, hacía parecer muy probable una ofensiva contra el Oeste. Sin embargo, el Ejército Rojo no hubiera podido atacar a la Wehrmacht en 1941. Sufría unas reformas prescritas por Stalin después de la experiencia adquirida durante la campaña de invierno. Muchos oficiales de Estado Mayor habían sido enviados a celebrar cursillos. Numerosos soldados trabajaban en la construcción de la «Línea Stalin», entre el Dniester y el lago Peipus. El rearme con carros de combate y aviones modernos progresaba de un modo lento.

El historiador no puede asegurar que Stalin hubiese podido pasar al ataque posteriormente, en 1942, 1943 ó 1944. La idea de una ofensiva contra Alemania no había de extrañarle. Había desempeñado ya un papel en la historia de la Rusia soviética, tanto

más cuanto que la teoría de Lenin sobre la «guerra revolucionaria» no la contradecía. Tenía por condición previa, y este era un punto de vista compartido por Stalin y otros doctrinarios de su régimen, una desarticulación interior del mundo capitalista, su decadencia y su creciente importancia. Para el Kremlin, Alemania era un Estado capitalista como la Gran Bretaña o América. Por este motivo es de suponer que la Unión Soviética hubiera visto con agrado que la lucha entre Hitler e Inglaterra, tal vez con una rápida intervención de los Estados Unidos, se alargara durante mucho tiempo.

En consecuencia, el ataque alemán sorprendió, desconcertó, aterró incluso a Stalin y Molotov. Echaba por los suelos su concepción, les arrebatava la alternativa de aumentar las posibilidades de éxito con una espera más larga. Pero no es fácil creer que el Kremlin fuera cogido, realmente, de sorpresa. La rapidez con que el ministro japonés de Asuntos Exteriores, a su regreso de Berlín, aceptó firmar un Pacto de No Agresión (el 13 de abril) y otros indicios similares, hubiesen debido haberles llamado la atención. Dos semanas después, Roosevelt y Churchill denunciaron las intenciones agresivas de Hitler: razón suficiente para que Stalin realizara en sus manos una extrema concentración de poderes, asumiendo, además del cargo de secretario del Partido, el de presidente del Consejo de comisarios del pueblo.

Los angloamericanos llegaron incluso a precisar la fecha del ataque, confirmando la que ya se encontraba en las oficinas de la Razvedka moscovita, como resultado de la más perfecta organización de espionaje que existía entonces en el mundo. Los agentes soviéticos: Leopold Trepper («Gran Jefe», París), Víctor Sukulov («Pequeño Jefe», Bruselas), Alexander Rado («Alex», Ginebra), Rudolf Roessler («Lucy», Lucerna), Iván Uzdansky («Ida», Roma) y Richard Sorge («Ika», Tokio), suministraban información precisa sobre las intenciones de Hitler. El embajador ruso en Bucarest, Anatoli Lavrentiev, facilitó detalles sobre el acuerdo militar firmado entre Alemania y Rumania. El embajador en Berlín, Michel Dekanosov, envió a la Prusia oriental dos de sus colaboradores que tuvieron ocasión de observar la concentración de tropas.

No es probable que Stalin ignorara los numerosos indicios de inminente ataque y se abandonara con la confianza que el acuerdo ruso-germano continuaba en vigor, puesto que desde abril, los reconocimientos aéreos o terrestres violaban, casi a diario, las fronteras. Finalmente, si el Kremlin tenía necesidad de una última advertencia, el vuelo de Rudolf Hess (5 de mayo de 1941) se la hubiese proporcionado con creces. Hess tomó la iniciativa de trasladarse a Londres para tratar de convencer al Gobierno inglés a llegar a un compromiso antes de que Alemania se embarcara en una guerra de dos frentes. Moscú consideró al «lugarteniente» del Führer como un enviado oficial, probablemente encargado de ganarse Inglaterra, por medio de una oferta de paz especial, con la idea de una cruzada contra la Unión Soviética.

Los rusos activaron sus preparativos militares con grandes prisas. Los diplomáticos extranjeros no podían abandonar Moscú sin una autorización especial. Un gran número de jóvenes comunistas y mujeres trabajaban en las fortificaciones. Laurenti Beria, comisario de la Seguridad interior, aceleró las deportaciones en masa de los Estados bálticos. Numerosos oficiales fueron convocados para tomar parte en unos supuestos ejercicios ejecutados bajo la dirección de Boris Kum. Comenzó la liquidación de las

cárceles y los campos de concentración cercanos a la frontera. El NKWD transfirió decenas de millares de prisioneros polacos a Katyn, a orillas del Mar Ártico y más allá del Ural. Boris M. Chaposchnikov, jefe del Estado Mayor general, realizó viajes de inspección. Los tres Grupos de Ejército estacionados a lo largo de la línea de demarcación fueron confiados a los generales de Ejército Kyrill Mertchkov («Báltico»), Dimitid G. Pavlov («Frente Oeste») y Semion M. Budienni («Frente Suroeste»). El 22 de junio disponían de 183 grandes unidades, es decir, unos 4.700.000 combatientes y 6.000 aviones.

Frente a estas fuerzas, los alemanes contaban con 136 grandes unidades, de éstas, 17 divisiones blindadas, una de caballería, cinco de las SS y nueve de Seguridad, agrupando unos tres millones cincuenta mil hombres, 3.850 carros de combate y alrededor de 600.000 vehículos. El mariscal Walther von Brauchitsch estaba al frente de estas tropas que articuló en tres Grupos de Ejército: el Grupo de Ejércitos Sur (Rundstedt) que comprendía el 17.º Ejército (Stülpnagel), el Sexto (Reichenau) y el Primer Grupo blindado (Kleist), el Grupo de Ejércitos Centro (Bock), que comprendía el Cuarto Ejército (Kluge) y el Noveno (Strauss), así como el Segundo Grupo blindado (Guderian) y el Tercero (Hoth), el Grupo de Ejércitos Norte (Leeb) que comprendía el 16.º Ejército (Busch) y el 18.º (Küchler), y el Cuarto Grupo blindado (Hoepner). Otros dos Ejércitos se concentraron en Finlandia septentrional y en Rumania para luchar al lado de las tropas aliadas. Las Flotas aéreas: Primera (Keller), Segunda (Kesselring) y Cuarta (Löhr) debían apoyar las operaciones. Después de las elevadas pérdidas del año anterior, sólo podían lanzar al combate unos 1.600 aviones.

Los contingentes que aportaban los países amigos de Alemania no compensaban la gran superioridad numérica de los soviets. El Pacto tripartito no obligaba a nadie a participar en la lucha contra la Unión Soviética. Por este motivo, el Japón, que tenía empeño en tener las manos libres en el Extremo Oriente, podía quedarse a la expectativa mientras que Bulgaria, debido a su sentimiento de solidaridad eslavo, se abstenía de todo concurso militar. Hungría suministró un «Grupo de Cárpatas» (Szombatheli) de tres brigadas, Eslovaquia una división rápida (Tchatlos), Croacia pequeños contingentes de infantería, aviadores y marinos. A mediados de agosto, Mussolini envió al teatro de operaciones oriental tres divisiones: el «Corpo Italiano di Spedizione» (Messe). Únicamente el mariscal Ion Antonescu aportó una contribución importante: a partir del 22 de junio estaba preparado para intervenir con un Grupo de Ejércitos autónomo.

Un movimiento de voluntarios, desencadenado en toda Europa, procuró excelentes combatientes, pero Hitler les impuso rápidamente limitaciones. Dado que las demandas aflúan de Francia no ocupada, de Siria y de África del Norte, ordenó aceptar solamente pequeños destacamentos de «franceses seguros». En España, en donde se inflamó un auténtico espíritu de cruzada, Franco, como consecuencia de las condiciones tan duras impuestas por los alemanes para el mando y en vistas del suministro de trigo por parte de los angloamericanos, decidió mandar a Rusia solamente una unidad élite, la «División Azul» (Muñoz Grandes) y dos escuadrillas de caza. Numéricamente, aún fueron menos importantes los Cuerpos francos constituidos por los jóvenes noruegos, daneses,

holandeses, flamencos y valones. Algunas de estas tropas, con algunos suizos y suecos, formaron finalmente la SS-División «Wiking» (Gille).

Si la campaña contra la Unión Soviética no adquirió el carácter de una verdadera acción común de todas las naciones del continente europeo, fue motivado por dos razones principales. En primer lugar, el nacionalsocialismo no poseía una fuerza de persuasión ideológica suficiente para movilizar todo el Occidente. Por otro lado, Hitler no adscribía suficiente valor a una alianza efectiva con los restantes países del Continente. Quería que las conquistas solamente fueran para él. Por este mismo motivo no fue concluido ningún acuerdo político entre Alemania y sus compañeros de armas. Cuando comenzó el ataque, la coalición no poseía un objetivo bélico. Entre las partes constituyentes existían únicamente unos acuerdos técnicos con respecto al derecho de paso de las tropas, Estados Mayores de enlace, cesión de instructores, prestaciones de servicio, intercambios comerciales, colaboración en los servicios de información, en la jurisdicción y en las cuestiones administrativas.

El acuerdo entre Alemania y Finlandia revela claramente hasta qué punto todas estas convenciones resultaban muy vagas, contradictorias, y cuáles eran las divergencias de intereses que quedaban vigentes. Los primeros artículos referentes al paso de tropas alemanas del golfo de Botnia, en Noruega, y un intercambio de material haciendo especial referencia a las armas capturadas y los minerales de níquel. Diversas visitas realizadas por los generales finlandeses Heinrichs y Talvela a Jodl y Halder, no condujeron a una alianza regular como tampoco la conferencia que se celebró en Helsinki del 3 al 5 de junio de 1941. El presidente Ryti y el mariscal Mannerheim dieron su conformidad al estacionamiento de las tropas del Ejército de Noruega (Falkenhorst) en la Finlandia septentrional y aceptaron, igualmente, subordinar provisionalmente un Cuerpo finlandés a este Ejército, así como movilizar discretamente a partir del 10 ó 16 de junio; pero, en principio, el Gobierno finlandés no quería participar en un ataque contra Rusia, ni tampoco mezclarse en un conflicto entre Alemania y la Gran Bretaña.

En tanto que Ryti se aferraba a una «reanudación de la guerra» para recuperar Carelia con la ayuda alemana, si Stalin atacaba Finlandia, el general Antonescu perseguía igualmente unos objetivos muy limitados: reconquistar la Bucovina septentrional y la Besarabia. Es cierto que la ocupación de Odesa y de la Ucrania occidental se le antojaba deseable, pero sus fuerzas no eran suficientes para conquistar la Crimea que, como un portaaviones, constituía una amenaza permanente para la región petrolífera de Ploesti. Rumania tampoco podía adoptar una contribución más decisiva en este sector que el Ejército finlandés en un ataque eventual de Murmansk, Kandalachka y Leningrado.

Hitler no tomó a lo trágico estas deficiencias de sus aliados, puesto que estaba convencido de obtener una rápida victoria sobre la Unión Soviética. Habían sido realizados largos y meticulosos estudios. A fines de julio de 1940, Halder había confiado al general Erich Marcks, jefe del Estado Mayor del 18.º Ejército, encargado de la seguridad de la línea de demarcación, la preparación de un «proyecto de operaciones en el Este». El plan concebido subsistió en sus puntos principales, aunque fue objeto de numerosas proposiciones y modificaciones, ya que el Alto Mando de la Wehrmacht preparó otro proyecto. Fue éste el que sirvió de base a los ejercicios sobre el mapa, para

las directrices y el despliegue. Marcks no preveía la participación de Finlandia y de Rumania. Buscaba la decisión en el centro. El punto de gravedad partiría de la Prusia oriental y de Polonia septentrional en dirección a Moscú, la conquista de Ucrania había de realizarse después del hundimiento del núcleo central del poder soviético, por medio de una «segunda operación».

Brauchitsch y Halder reconocieron con Marcks que la campaña plantearía problemas difíciles a causa del espacio. Por este motivo no preveían aislar Rusia por medio de acciones excéntricas del puerto de Murmansk, libre de hielos, y de fuentes de primeras materias del sur. Querían enfrentarse con el Ejército ruso a poca distancia de la frontera para aniquilarlo. Esta forma de actuar, en la que había fracasado Napoleón en 1812, parecía prometedora, dado que la situación político-militar de los soviets no permitía otra salida. El Kremlin había destinado sus mejores fuerzas al Oeste. Si rompían el frente, gracias al efecto de sorpresa, harían avanzar potentes cuñas blindadas para luego atacar la retaguardia de los rusos, consiguiendo con ello vastos cercos en donde sucumbiría la masa del Ejército Rojo. Y, a continuación, las tropas alemanas podrían conquistar las grandes llanuras agrícolas y las regiones industriales. Una conquista total de Rusia nunca fue prevista. Como límite de la campaña, el Alto Mando del Ejército preveía la línea Rostov-Gorki-Arkangel, desde donde podrían ser bombardeados todos los demás centros económicos importantes.

Conforme a esta concepción Brauchitsch cargó el esfuerzo principal en el Grupo de Ejércitos del mariscal Fedor von Bock. No sólo contaba este Grupo con el doble de unidades blindadas que sus vecinos, sino que disfrutaba de mejores posiciones de partida para efectuar una maniobra de cerco contra el saliente formado por el Grupo de Ejército de Pavlov ante Varsovia. El 22 de junio, el Cuarto Ejército (Kluge) y el Noveno (Strauss) abrieron grandes brechas. Elementos del Segundo Grupo blindado (Guderian) conquistaron Brest-Litovsk al asalto y franquearon el Boug. El Tercer Grupo blindado (Moth) cruzó paralelamente el Niemen entre Grodno y Kaunas. El Cuerpo lituano, ante su ala izquierda, cesó rápidamente su resistencia, los soldados mataron a los oficiales y comisarios soviéticos y aclamaron al general Pierre Kubiliunas que proclamó un Gobierno independiente en Vilna. En tanto, Kluge y Strauss apresaban varias divisiones rusas al este de Bialistock, Hoth alcanzaba a través del Vilna la región de Minsk, a la que Guderian llegó casi al mismo tiempo. Los dos Grupos blindados formaron un cerrojo, con el frente invertido, para detener al enemigo que huía de Bialistock. A principios de julio, esta doble batalla de Bialistock y de Minsk fue terminada progresivamente: 328.898 soldados del Ejército Rojo emprendieron el camino de los campos de prisioneros.

Esta importante victoria de Bock fue facilitada por los acontecimientos que se desarrollaban más al norte. El Grupo de Ejércitos del mariscal Wilhelm von Leeb franqueó la frontera de la Prusia oriental y conquistó una gran parte de Lituania y de Letonia. En el interior, el Cuarto Grupo blindado (Hepner) y el 56.º Cuerpo blindado (Manstein) avanzaron de un modo especialmente rápido, tardando apenas cinco días para llegar de Tilsit a Dunaburg. El 41.º Cuerpo blindado (Reinhardt) destruyó las reservas de Mertchkov en Schaulen y franqueó el Duna en Jakobstadt, mientras que un destacamento avanzado del 18.º Ejército, al mando del coronel Otto Lasch, infligía elevadas pérdidas a

las fuerzas enemigas que se replegaban sobre los puentes de Riga. El 16.º Ejército (Busch) ocupó Kaunas y se acercó a Polotsk. En diversos lugares los partisanos letones entraron en acción. Liepaja (Libau) y Jelgava (Mítav) fueron conquistadas. El dominio bolchevique desapareció completamente al sur del Duna.

La batalla de las fronteras entre los pantanos del Pripet y los Cárpatos húngaros se desarrolló aproximadamente de la misma forma, pero entraron en lucha efectivos mucho más numerosos. A las 42 divisiones del mariscal Gerd von Rundstedt, Budienni podía oponer 68 unidades iguales más 17 brigadas autónomas. Por una acción insidiosa que costó elevados sacrificios, los elementos del regimiento «Brandenburg» conquistaron varios puentes de importancia. El Primer Grupo blindado (Kleist) rebasó rápidamente el Bug superior y el Styr, enmarcado por el Decimoséptimo Ejército (Stülpnagel) y el Sexto (Reichenau). Con la ayuda del Regimiento «Brandenburg» y dos batallones de voluntarios ucranianos, el 39.º Cuerpo alpino (Kuebler) conquistó Lwow en donde Stefan Bandeira proclamó la independencia de Ucrania. Reichenau ocupó Kovel y Luck, en donde fue tan amistosamente acogido como Stülpnagel en su sector.

Aunque Leeb y Rundstedt no lograran, a diferencia de Bock, realizar grandes maniobras de envolvimiento y que, sobre todo, en el frente sur, importantes fuerzas soviéticas pudieran replegarse, el Ejército Rojo atravesó por una crisis muy grave de mando. Mertchkov se suicidó cuando huía a través de los Estados bálticos. Pavlov, que había perdido de vista la situación conjunta, se negó a actuar, obligando a Stalin a enviar a su cuartel general al mariscal Grigori Kulik, que le obligó a quitarse la vida. Budienni hubo de aceptar a este inquietante vigilante como jefe de Estado Mayor. Mientras, el Kremlin constituía un «Comité Nacional de la Defensa» (Gosudars-tvennyi Komitet Oborony, GKO) que comprendía a José Stalin, Viacheslav Molotov, Laurentia Beria, Georgi Malenkov y al antiguo comisario de la Guerra Kliment Vorochilov, y luego, más tarde, también a Lazare Kaganovitch, Nikolai Vosnessensky, Anastas Mikoyan y Nikolai Bulganin.

Este Comité asumió el Gobierno de la Unión Soviética. Pero dependía enteramente de Stalin lo mismo que el «gran cuartel general» (Stavka Verchnago Glavnokmandovaniya, SVG) creado anteriormente, dado que Stalin, nombrado comisario de la Defensa nacional en julio de 1941, se nombró a sí mismo mariscal y comandante en jefe de las fuerzas armadas, en el mes de agosto. El Stavka contaba de doce a catorce generales con el jefe del Estado Mayor y varios especialistas de las tres Armas. Sus efectivos variaban continuamente, puesto que uno u otro de sus miembros recibían un mando en el frente. En 1941, los principales consejeros militares del dictador fueron el mariscal Boris M. Chapochnikov, los generales Georgi Chukov, Alexander Vassilerski, Andrei Antonov, Sergei Stemenko, Andrei Golovanov y Vassili Sokolovski, así como el admirante Nikolai Kuznetzov.

Durante este tiempo la ofensiva alemana iba progresando. Las unidades blindadas de Hoepner alcanzaron los lagos Peipus e Ilmen y su avance decidió a los finlandeses. Los aviadores soviéticos habían bombardeado en repetidas ocasiones las ciudades, navíos y vías férreas y Ryti acordó entonces que su país había de «reanudar la guerra de 1939-1940». El 20 de julio, el «Ejército de Carelia» (Heinrichs) lanzó un ataque sobre un

ancho frente y alcanzó once días más tarde, la antigua frontera al noreste de Leningrado. En el sector central, Hoth progresó en dirección a Esmolensko y Guderian colocó una tenaza al sur de esta ciudad. Los Ejércitos de Rundstedt rompieron la Línea Stalin en Novograd y Vinnitsa. El Ejército húngaro (Szombathelyi) conquistó Kolomea. Las tropas rumanas liberaron Czernovitz. Al mismo tiempo, el Grupo de Ejércitos de Antonescu franqueaba el Pruth para reconquistar la Besarabia. Con el Cuarto Ejército rumano (Ciuperca), el Undécimo alemán (Schobert) y el Quinto rumano (Dumitrescu) conquistó varias cabezas de puente más allá del Dniester.

Cuando Reichenau y Kleist se aproximaban al Dnieper, en Kiev, a pesar de varios días de lluvias torrenciales y que Schobert y Dumitrescu progresaban desde Mogilev hacia Balta, Rundstedt percibió la posibilidad de realizar un envolvimiento al sureste de la antigua ciudad cosaca de Auman. Ordenó cambiar el rumbo al Primer Grupo Blindado, por Bieleya Tserkov hacia Novo-Arkangel y dirigió el Cuerpo rápido húngaro (Dalnoki) sobre el Bug superior. La 16.^a División blindada (Hube) enlazó con la caballería húngara en Pervomaisk. El 17.^o Ejército redujo progresivamente el espacio ocupado por el enemigo conjuntamente con el 39.^o Cuerpo alpino (Kübler) y el 52.^o Cuerpo (Briesen). Unos veinte mil rusos lograron romper el cerco durante un ataque nocturno, pero el Sexto Ejército soviético (Musitchenko) y otras divisiones no lograron escapar, se replegaron en los valles, desfiladeros y bosques, en donde fueron aniquilados en parte por la artillería pesada. El parte de guerra del 8 de agosto de 1941, anunciaba ciento tres mil prisioneros.

La batalla de Esmolensko terminó en el mismo momento. Se desarrolló en el inmenso triángulo Gomel-Yelnia-Nevel. Los Grupos de Guderian y Hoth fueron apoyados por el Noveno Ejército (Strauss) a su izquierda y en el sur por el Segundo (Weichs), recientemente lanzado al frente de combate. El mariscal Simón Timochenko, sucesor de Povlov, defendió los ríos, los pantanos y los istmos terrestres con suma habilidad, su 18.^o Ejército (Vatutine) y su 21.^o Ejército (Rokosovski) lanzaron incluso violentos contraataques. Fueron necesarias varias semanas para reducir a los rusos sitiados alrededor de Mogilev (Bielorrusia), Orcha, Polotsk y Nevel, Roslavl, Esmolensko y Gomel. El 8 de agosto, Bock anunció la captura de 388.000 nuevos prisioneros, 394 carros de combate y 950 cañones. A pesar de las dificultades de abastecimiento se mostró dispuesto a continuar el avance hacia Moscú, pero, cosa curiosa, el Alto Mando de la Wehrmacht no parecía tener el menor interés por la capital soviética.

Hitler se enteró con sorpresa y respeto de las enérgicas medidas adoptadas por Stalin. La proclamación de la lucha de los guerrilleros no tuvo efectos inmediatos, pero la llegada de altos funcionarios comunistas, Andrei Idanov, Nikolai Bulganin y Nikita Kruschev como comisarios que contaban con poderes especiales, sobre los tres Grupos de Ejército, incrementó, de un modo manifiesto, la resistencia del Ejército Rojo. Esos comisarios organizaron «milicias populares», movilizaron una enorme mano de obra, que comprendía incluso a las mujeres y los niños, hicieron construir fortificaciones, cavar fosas anticarros y reprimieron, sin compasión alguna, cualquier manifestación de derrotismo. A pesar de la enorme pérdida en prisioneros, el número de las divisiones soviéticas fue elevado a 232 en el mes de agosto. El Grupo de Ejércitos de Timochenko,

dos veces desarticulado, fue reorganizado. Con un gran desconcierto por parte de Hitler, Stalin logró enviar un Cuerpo expedicionario a Persia por la misma época. El Mando alemán empezó a poner en duda la posibilidad de realizar el plan como habían previsto hasta entonces.

Cuando en Esmolensko, el Segundo y Tercer Grupo blindados alemanes perdieron la iniciativa y Hoespner tuvo que detenerse también momentáneamente, Hitler cometió el mismo error que en 1940. Exageró la importancia de esta crisis local, se puso nervioso e intentó asumir la dirección de las operaciones. Brauchitsch y Halder querían continuar el avance sobre Moscú, porque creían poder aniquilar así «los elementos operativos del Ejército Rojo», pero Hitler reclamó un desplazamiento del punto de gravedad hacia las alas.

«La proposición del Ejército no está conforme con mis intenciones», escribió él 12 de agosto... «El objetivo principal a lograr antes de la llegada del invierno, no es la conquista de Moscú, sino de Crimea, y la región industrial y carbonera del Donetz, con la consiguiente interrupción de la llegada del petróleo del Cáucaso y en el norte el asedio de Leningrado y el enlace con los finlandeses.»

Hitler se decidió por esta modificación tan importante del plan inicial, dado que las reservas de hombres de la Unión Soviética se le antojaban inagotables y había de temerse el próximo envío de material de guerra por parte de los angloamericanos. El 12 de julio, Moscú y Londres habían concertado un acuerdo de ayuda mutua. Anteriormente, Harry Hopkins, hombre de confianza de Roosevelt, había llegado en avión a Moscú para organizar los suministros americanos. Al mismo tiempo, el almirante Tovey atacaba con el portaaviones «Illustrious», cruceros, destructores y submarinos, las largas comunicaciones marítimas del Cuerpo alpino alemán que operaba en Laponia, con el fin de impedir que Dietl pudiera ocupar el único puerto ruso libre de hielos. Dietl, sin embargo, había llegado mientras tanto hasta Litsa, rechazó la infantería de marina rusa que había desembarcado a sus espaldas y amenazaba Murmansk. Fue entonces cuando Stalin y Churchill violaron, de común acuerdo, la neutralidad del Irán. Los ingleses y soviets ocuparon Persia y establecieron una línea de suministros lejos del alcance de Hitler.

Mientras, Brauchitsch y Halder habían demostrado al Alto Mando de la Wehrmacht que la prosecución del avance sobre Moscú desarticularía la arteria ferroviaria más importante de Rusia y, en consecuencia, obtendría el mismo objetivo que el nuevo plan. Keitel, Jodl y Warlimont lo comprendieron así, pero Hitler se mantuvo firme en su decisión, aunque precisaba de la preparación de ciertas batallas, lo que le hizo perder tiempo y condujo a una dispersión de fuerzas. Antes de cercar Leningrado y conquistar la cuenca del Donetz y la Crimea, había que liberar Estonia y aniquilar el gran Grupo de Ejércitos de Budienni. El Ejército tenía necesidad de una colaboración más eficaz por parte de los finlandeses y los rumanos que aún operaban, en su mayoría, muy lejos del teatro de operaciones.

El despliegue excéntrico del Grupo de Ejércitos Leeb hizo surgir serias dificultades. En su flanco oriental, el 16.º Ejército (Busch) se vio obligado durante semanas a rechazar los violentos ataques soviéticos alrededor de Kolm y de Staraiia Roussa. En el norte, el

18.º Ejército (Küchler) se aproximó por dos lados al lago Peipus, mientras que el Grupo blindado de Hoepner había de pasar repetidas veces al contraataque. Cuando el XLI Cuerpo blindado (Reinhardt) franqueó el Louga, bloqueó el istmo de Narva con la infantería y avanzó hacia Leningrado, Vorochilov retiró la mayor parte de su ala occidental de Estonia. El 11 de setiembre, Reinhardt inició el ataque contra el sistema defensivo de la metrópoli de Neva con sus cuatro divisiones y elementos del 16.º Ejército. A su izquierda un fuerte grupo enemigo fue cercado alrededor de Peterhof y Oraniembaum, pero logró mantenerse gracias al fuego de los acorazados «Marat» y «Oktiabrskaja Revoluzia», que disparaban desde Cronstadt. La infantería motorizada ocupó Schlüsselburg al noreste de Leningrado, pero Hitler detuvo la ofensiva que progresaba favorablemente para transferir el Cuarto Grupo blindado al sector central.

Mientras tanto, un levantamiento popular hizo desaparecer el dominio bolchevique en la orilla meridional del golfo de Finlandia, que la acción de los guerrilleros estonios o «amigos de los bosques» ya había socavado fuertemente. Sus jefes, como el coronel Viktor Koern, el teniente coronel Alfons Rebane y el comandante Hans Hiryelaan, causaron graves daños a los soviets. La 217.ª División de infantería (Baltzer) tomó Tallinn (Reval) al asalto, ayudados por los estonios que se levantaron también y capturaron destructores, dragaminas y submarinos. Frecuentemente, fueron llevadas a cabo sangrientas represalias por las ejecuciones y deportaciones ordenadas por Chdanov y Kum. Muchos otros rusos perecieron al intentar salvarse embarcando en cuarenta y siete barcos que entraron en un campo de minas o cuando pasaban frente a los tubos lanzatorpedos de los submarinos finlandeses. A duras penas logró el almirante Vassil F. Tributs dirigir a Cronstadt la flota de cruceros de la Flota del Báltico, mientras que la 61.ª División de infantería (Haenicke), tropas de la Marina y voluntarios estonios desembarcaban en las islas.

La última ofensiva de Leeb colocó de nuevo a los finlandeses ante unas alternativas muy difíciles. Después de serias vacilaciones habían mandado una división en ayuda de Dietl y apoyado el ataque del 36.º Cuerpo alemán (Feige) contra Kandalackche que había fracasado. Realmente tenían suficiente con ver ondear de nuevo su bandera sobre la antigua torre de Tyrgil Knutsson en Viipour (Viborg). En Helsinki los diplomáticos angloamericanos intentaban obtener el fin de las hostilidades. Churchill amenazó incluso con declararle la guerra a Finlandia. Sin embargo el Gobierno finlandés decidió colaborar a la liberación de sus hermanos de raza estonios y facilitar el asedio de Leningrado por medio de un nuevo avance. Poco después los acorazados «Ilmarinen» y «Vainamoinen» operaban delante de las islas de Estonia, y fue hundido uno de ellos. A fines de agosto, el general Heinrichs rompió el frente soviético entre los lagos Ladoga y Onega. Su brigada de caballería (Oinonen) ocupó Petrozavodsk, el 6.º Cuerpo (Talvela) y el 7.º (Hagglund) conquistaron sólidas posiciones en el Svir, muy a la retaguardia de Leningrado.

La esperanza que tenían los finlandeses de enlazar rápidamente con el Grupo de Ejércitos de Leeb no había de cumplirse. Elementos blindados de Hoepner conquistaron, el 8 de setiembre, la ciudad de Schlüsselburg y aislaron Leningrado de sus comunicaciones con el sureste. Las divisiones de Küchler llegaron ante Oranienbaum y los suburbios industriales fueron bombardeados por la artillería pesada, pero una tentativa

de infiltración realizada por Busch, entre el lago Ilmen y las alturas de Valdaia fracasó. Otros avances destinados a alcanzar el Svir fueron detenidos en Tikhvin. El Cuarto Grupo blindado, adjunto a Bock, se vio obligado a abandonar el sector de Leningrado en donde los rusos y alemanes se hicieron fuertes en sus posiciones iniciándose un largo asedio. Contrariamente a sus deseos, Finlandia se encontró embarcada en la lucha contra los soviets y la Gran Bretaña le declaró la guerra.

En el ala sur del frente, la situación parecía tomar un cariz más favorable para Hitler. El Ejército del mariscal Budienni fue aniquilado en la batalla de Kiev. Rundstedt inició el envolvimiento en buenas condiciones. Sus tres grandes unidades, Primer Grupo blindado, 17 y Sexto Ejércitos, se encontraban detenidos ante el Dnieper, de un kilómetro de ancho, pero los elementos del Segundo Grupo blindado y del Segundo Ejército fueron puestos a su disposición. Procedentes del norte completaron la formación ya que sólo tuvieron que cruzar el Desna. Fueron ellos los que iniciaron el combate. A pesar de la lluvia y del barro, muy molestos para los carros de combate, Guderian alcanzó Romny, a espaldas del adversario. La Tercera División blindada (Model) conquistó Lokvitsa adonde llegó igualmente Kleist después de haber atravesado el río Mrementchug. Los continuos ataques de la Segunda y Cuarta Flota aéreas paralizaron los movimientos de los siete Ejércitos soviéticos cercados. La intervención de la infantería alemana aumentó la confusión, y Reichenau ocupó la capital ucraniana. El 24 de setiembre el comunicado anunciaba 665.000 prisioneros así como la captura de 2.718 cañones y 884 carros de combate.

Hitler estaba equivocado al creer que ya podía ocupar sin dificultades la cuenca del Donetz y de la Crimea. Una de las operaciones hubiera podido ser llevada a cabo por el Grupo de Ejércitos de Antonescu, pero su jefe se encontraba de nuevo en Bucarest en donde tenía problemas políticos que resolver. La mayoría de sus tropas habían quedado detenidas igualmente ante Odesa, fuertemente fortificada, plaza que el general Ion Jacobici trataba de conquistar desde hacía ya muchas semanas. Sangrientos asaltos, duros combates de posición y las enfermedades debilitaron progresivamente el Ejército rumano que había perdido ya 70.000 hombres, cifra sorprendente si tenemos en cuenta que del 22 de junio al 30 de setiembre de 1941, los alemanes tuvieron 116.908 muertos. El ala derecha ofensiva contaba solamente con algunas brigadas de caballería y alpinas y el Undécimo Ejército alemán cuyo jefe, el general Eugen von Schobert, había muerto al aterrizar, en un campo de minas, su avión de enlace.

Manstein, que le sucedió, comprendió que no podía avanzar a la vez hacia el este y hacia el oeste. Dio preferencia a la Crimea, decidido a mantenerse entre Nikopol y el Mar de Azov. Pero el LIV Cuerpo (Hansen) apenas había forzado la Fosa de los Tártaros en el istmo de Perekop, cuando las contramedidas de los rusos empezaron a producir su efecto. La pequeña escuadra rumana de cuatro destructores no pudo impedir que el almirante Philipps S. Oktiabrski transportara varias divisiones a los defensores de la Crimea, cercados en Odesa, con la Flota rusa del Mar Negro. Al mismo tiempo, dos Ejércitos soviéticos, al mando del general Iván Boldin, atacaron el frente germano-rumano. Todo ello provocó una crisis: Hansen tuvo que detenerse y ceder elementos de sus fuerzas. Rundstedt se vio obligado a destinar el Grupo Kleist, convertido en Primer Ejército

blindado, a espaldas de Boldin para que Manstein recuperara su libertad de acción en Perekop.

El 28 de setiembre, después de un ataque de diez días, muy costoso, a través de una región de estepas, el Undécimo Ejército forzó el istmo de Ichoun, al sur de Perekop. La puerta de la Crimea quedaba abierta. La persecución se realizó en abanico hacia Eupatoria, Sinferopol y Kertch. Fueron hechos unos 100.000 prisioneros. Una tentativa de Petrov, para establecer una nueva línea de defensa en las montañas de Djaila fracasó. Cuando los alemanes le obligaron a replegarse hacia Sebastopol y el 105 Regimiento de infantería (Mueller) ocupó el fuerte de Balaklava, se quedó con sólo tres divisiones. Stalin ordenó defender a cualquier precio el gran puerto militar. Oktiabrski desembarcó tropas de refresco y completó el fuego de las defensas de cemento armado con los cruceros «Kranssi Kavkas», «Tchervonia-Ulkrania» y «Profintern».

A principios de octubre, la ofensiva alemana fue reanudada en los demás frentes. El Grupo de Ejércitos de Rundstedt trató de explotar su gran victoria en Kiev ocupando todas las regiones industriales de la Ucrania oriental mientras que Manstein se aseguraba la Crimea. Las circunstancias parecían favorables. Timoschenko, que había remplazado a Budienni, no pudo sin embargo, organizar una resistencia seria. La línea del Dnieper fue rápidamente rota a uno y al otro lado de Zaporoje. Keist conquistó Stalino, capital de la cuenca del Donetz, luego Rostov. Stülpnagel le siguió hasta Artemovsk. Reichenau ocupó Charkov y Bielgorod. Dado que Manstein continuaba la lucha en la Crimea, era necesario, para proteger la costa, emplear a los rumanos y el Cuerpo expedicionario italiano que había llegado mientras tanto. Se produjeron peligrosas brechas entre los Ejércitos en su avance. A fines del mes avanzaban a paso de tortuga debido al barro y a los fríos nocturnos.

La conquista de la Crimea y el avance hasta el Donetz formaban parte del plan previsto para el mes de agosto. Mientras tanto, Hitler había vuelto a cambiar de opinión. Ante la victoria de Kiev y las dificultades con que tropezaba el ala izquierda del frente, quería sin consultar con Brauchitsch, lanzarse a una gran batalla para conquistar Moscú. A principios de octubre, el Grupo de Ejércitos de Bock comprendía el Segundo Ejército blindado (Guderian), el Segundo Ejército (Weichs), el Cuarto Ejército blindado (Hoepner), el Cuarto Ejército (Kluge); el Noveno Ejército (Strauss) y el Tercer Ejército blindado (Hoth). Mientras que el Mando soviético se veía obligado, debido a la derrota de Budienni, a prolongar el «frente oeste», el de Moscú, hasta Kursk y Bielgorod en el sur, Bock abrió tres grandes brechas en el sistema defensivo. Guderian alcanzó Orel y llevó a cabo un gran envolvimiento al este de Briansk. Hoth y Hoepner cortaron igualmente la retirada de otros elementos detrás de Viazma. De este modo, antes de la llegada del invierno, se libró una nueva gran batalla de aniquilamiento que proporcionó a los alemanes 663.000 prisioneros, 1.242 carros de combate y 5.412 cañones.

¿Acaso fue esta victoria la que hizo que Hitler anunciara al mundo por Otto Dietrich, director de Prensa, el 9 de octubre de 1941, que la victoria militar ya se había logrado en el Este y que sólo se libraban ya «combates locales»? Desde luego, los éxitos obtenidos por la Wehrmacht superaban lo que se había considerado como posible. Había conquistado una gran parte de los territorios soviéticos más importantes y valiosos,

Galitzia, Ucrania, con Krivoi Rog y el Donbas, la Rusia Blanca, los Estados bálticos, Ingermanland y la Crimea. Podía bombardear Moscú y Leningrado, los dos grandes centros industriales. La red ferroviaria de estas ciudades, los canales del Mar Blanco, del Volga al Don, se encontraban paralizados. Más de cuatro millones de soldados estaban encerrados tras las alambradas. La población de las regiones ocupadas parecía contenta de haberse librado de la dominación de los bolcheviques.

Sin embargo, Hitler había comprendido claramente, incluso antes de comenzar la batalla, que no se trataba, en esta lucha con los soviets, de un paseo de armas tradicional, sino de una «guerra ideológica», de un duelo en el que uno de los dos adversarios habría de perder la vida. El mismo era un fanático y concebía, por lo tanto, mucho mejor que la mayoría de sus generales de lo que es capaz un régimen autoritario que ignora todo sentimiento de piedad cuando llega el momento. No faltaban pruebas de que la dictadura de Stalin era feroz y bárbara. Por orden de Beria todos los detenidos políticos habían sido muertos antes de la llegada de los alemanes, en las cárceles y en los campos de concentración de Lwow, Tarnopol y Vinnitsa, Bevezvecz y Provieeczky, Ihumen y Rovno, Riga, Petsi y Tartuu, Kiev y Katyn. Los jóvenes comunistas redujeron a cenizas ciudades como Novogorod y Vitebsk, las bombas de explosión retardada causaron grandes daños en Kiev, Odesa, Esmolensko, Nikoliev y Kherson. En todas partes en donde Chdanov, Bulganin y Kruschev dispusieron del tiempo necesario, dejaron detrás de ellos «tierra calcinada»... casas demolidas, víveres destruidos, fuentes cegadas, talleres vacíos de todo material.

A pesar de que los bolcheviques despreciaran cualquier sentimiento nacionalista desde hacía veinte años, Stalin, en su desespero, volvió a los viejos valores. Exaltando el recuerdo del año 1812, proclamó la «guerra patriótica», adoptó un himno nacional, instituyó títulos, condecoraciones, banderas, fundó las tropas de la Guardia e invitó a la Iglesia ortodoxa, oprimida hasta aquel momento, a atizar el fuego patriótico. Las primeras de estas medidas sirvieron para insuflar un nuevo espíritu al Ejército Rojo vencido. Para defender la «madrecita Rusia» atacada, el soldado luchaba tan ferozmente, tan valientemente, con tanta pasión y brutalidad como en otros tiempos.

Mientras tanto, a pesar de estas terribles derrotas y de sus graves pérdidas, la Rusia soviética se iba afianzando poco a poco en el interior, y la potencia ofensiva de los invasores iba disminuyendo paralelamente. El soldado alemán conservó un cierto sentimiento de superioridad y nadie, en las filas de la Wehrmacht, puso en duda la justicia de las decisiones adoptadas, pero la inmensidad del espacio, los bosques y los pantanos, el estado deplorable de las carreteras, las enfermedades y las epidemias, el polvo, la suciedad y el barro, el tórrido calor durante el día y el terrible frío durante las noches, sumieron a la tropa a unas pruebas desconocidas hasta entonces. Con demasiada frecuencia fallaba el aprovisionamiento. Las vías férreas tuvieron que ser cambiadas para ponerlas al ancho alemán y a mediados de octubre se detenían a más de trescientos kilómetros del frente. En la infantería ya se habían producido unos vacíos inquietantes. Las fuerzas blindadas habían sufrido un terrible desgaste debido a que al efectuar los movimientos de envolvimiento, frecuentemente habían tenido que luchar en dos frentes a la vez, contra las tentativas de salida y contra las de liberación.

Hitler no ignoraba ninguno de estos hechos. Pero las actitudes que había adoptado, señalaban ciertos rasgos funestos de su carácter, sobre todo la inflexibilidad por medio de la cual creía poder forzar el destino. Se irritaba especialmente por la habilidad de los rusos en el terreno militar. Observaba, con atención hostil, las medidas que eran adoptadas por el Kremlin, tan prudentes como faltas de escrúpulo. Lo que realizaban Stalin y el bolchevismo también tenían que poderlo hacer el nacionalsocialismo y Alemania. Después de la doble batalla de Viazma y Briansk, Brauchitsch, Halder y Bock consideraban todavía posible lanzar un ataque de tenaza contra Moscú. Aniquilar a los soviets antes de que llegara definitivamente el invierno parecía ser un objetivo digno de los «más grandes sacrificios».

Bock dirigió la ofensiva con confianza y valentía. En su ala derecha, las unidades de Guderian avanzaban hacia Toula. En su ala izquierda, el Tercer Ejército blindado ocupó Kalinie, que había sido incendiada, mientras que en el centro Hoepner rompía, en Borodino, el cinturón fortificado de Moscú. El Gobierno soviético huyó a Kubichev, seguido por varios centenares de miles de habitantes de la capital. Pero Stalin continuó en la ciudad. Destinó a Georgi Chukov, un general muy enérgico, al mando del «Frente Oeste» e hizo venir tropas de refresco del Extremo Oriente, de Persia y del Cáucaso. Sin embargo, todo esto no hubiese sido suficiente para detener a los alemanes si los soviets no hubiesen podido contar con otro aliado más eficaz que todos los armamentos militares. Las lluvias de otoño y las nevadas habían transformado las carreteras en lodazales en donde los hombres se hundían hasta las rodillas. Los fríos nocturnos helaban los vehículos que quedaban detenidos. Las nieblas obstaculizaban la intervención de la aviación. El 6 de diciembre fue necesario poner fin al ataque. La tentativa de aniquilar a la Rusia soviética por medio de una «rápida campaña», para eliminar los peligros de una guerra en varios frentes, había fracasado.

9

LA ENTRADA EN GUERRA DE LOS ESTADOS UNIDOS, 1941

Durante el verano de 1941, la política de los Estados Unidos tomó un rumbo decisivo. Roosevelt afianzó sus relaciones con Churchill y Chang-Kai-Shek. En conferencias secretas y en los acuerdos de los Estados Mayores fueron preparando un plan de acción común para el caso de que los Estados Unidos entraran en la guerra («Rainbow 1-5»). El país se transformó en un «arsenal de las democracias». Adaptó su producción a las necesidades de sus aliados *de facto* y adoptó los métodos necesarios para evitar las repercusiones desfavorables de esta «ayuda al extranjero». La economía americana sufrió un gran impulso, nacieron nuevas industrias, desaparecieron los sin trabajo y Washington pudo elevar sus impuestos. Ya no quedaba nada del espíritu en que había nacido el Acta de neutralidad en 1935 que subsistía con su cláusula restrictiva de «cash and carry».

Los Estados Unidos dejaron de ser verdaderamente neutrales. A principios de setiembre de 1939, durante una de esas charlas «al lado del hogar», Roosevelt ya había expuesto por radio, «este hecho nuevo, pero irrefutable, de las modernas relaciones internacionales». Y, a continuación, abogó por todos los medios para poner coto a las actividades de las dictaduras. Por todo lo expuesto la palabra «neutralidad» no puede aplicarse estrictamente a la política extranjera de los Estados Unidos entre el 1 de setiembre de 1939 y el 7 de diciembre de 1941. Los historiadores como Beard, Tansill, Langer y Gleason, la sustituyeron muy pronto por la de «guerra no declarada» que es mucho más justa y acertada. Demostraron que Roosevelt hacía a pesar de, o tal vez con ayuda del Acta de neutralidad, una «guerra no declarada» a las potencias del Eje y al Japón. El almirante Ernest J. King había de emplear esta misma expresión en su informe oficial sobre la acción de la Marina.

Por orden del presidente participó en varias operaciones contra los navíos de guerra alemanes o italianos. La declaración hecha el 3 de octubre de 1939 ante la Conferencia panamericana, bajo la presión de Washington, proporcionó a Roosevelt la ocasión para crear lo que fue bautizado con el nombre de las «patrullas de neutralidad». Los países del continente americano formaron alrededor del mismo una «zona de seguridad», de 300 a 1.000 millas de longitud, por la que cruzaban las unidades navales de los Estados Unidos, lo que constituyó una ayuda preciosa para los ingleses, puesto que estas unidades informaban de todo lo que veían. El 12 de diciembre de 1939 el gran paquebote alemán «Columbus» fue visto por el crucero americano «Tuscaloosa», y habiendo informado éste a los destructores ingleses, fue obligado a hundirse él mismo. Los buques de carga como el «Rhein» y el «Idarwild», así como varios transportes italianos sufrieron la misma suerte.

Una nueva fase de esta «guerra no declarada» se abrió después de la elección presidencial del 5 de noviembre de 1940. Inmediatamente después, Roosevelt se dirigió al Mar de las Antillas a bordo del «Tuscaloosa», cuando recibió del primer ministro inglés una carta que éste afirmó, posteriormente, que era la más importante que escribió durante sus largos años de servicio. Churchill exponía, de un modo impresionante, las pruebas y las preocupaciones de su país, en especial, la disminución del número de tonelaje de los barcos de transporte. Al mismo tiempo, solicitaba la protección de la Flota americana para los convoyes y una extensión de la zona de control en dirección a Europa y África. Finalmente, exigía la entrega de numerosos barcos y aviones sin que la Gran Bretaña tuviera que pagarlos al contado tal como era obligatorio según la cláusula del «cash and carry».

Roosevelt reaccionó inmediatamente. El «Tuscaloosa» puso rumbo al continente. Un avión transportó al presidente a Washington en donde, el 17 de diciembre de 1940, en tono indiferente, contó, durante una rueda de Prensa en la Casa Blanca, la ya famosa historia de la «manguera en el jardín». Del mismo modo que se le deja una manguera de jardín al vecino en cuya casa ha estallado un incendio hasta que logra sofocar el mismo, América tenía la obligación de suministrar el material necesario a los países expuestos a un peligro de agresión. Poco después, Roosevelt presentaba al Congreso un proyecto del sistema de «lend and lease» (préstamo y arriendo). Con el número «H. R. 1776»,

simbólico para toda América, este proyecto fue discutido por las dos Cámaras en febrero y marzo de 1941. Fue aceptado debido a que muchos de los representantes y senadores no querían oponerse al impulso que debía resultar para la economía americana.

Esta ley hizo época. Nunca antes, después del nacimiento de los Estados Unidos, un presidente había dispuesto de poder para decidir por él mismo quién había de ser considerado como un adversario del país. Ahora, una cláusula del Acta «lend and lease» se lo permitía. Roosevelt pudo prácticamente, sin tener necesidad de consultar al Congreso, hacer actos de hostilidad hacia cualquier país, apoyando económicamente a una tercera potencia y arrojando también el potencial económico de los Estados Unidos en la balanza. El Parlamento federal puso a su disposición todos los recursos de la nación: enormes créditos, amplios medios de transporte, ramas enteras de la producción y las primeras materias. Por primera vez un jefe de Estado americano tenía los mismos poderes que los potentados más poderosos de la tierra.

La neutralidad del «cash and carry» había caducado. La Gran Bretaña ya no tenía que pagar al contado lo que compraba, ni tampoco transportarlo en sus propios barcos. A partir de ese momento cualquier cosa de la que tuviera necesidad y que no fabricaba ella misma, era «prestada» o «arrendada», puesto que Roosevelt había decidido que la Gran Bretaña, al igual que China, combatían por los intereses de los Estados Unidos. Todo ello se basa en una moción que el 16 de enero de 1941 fue presentada por Cordell Hull, Henry L. Stimson, Frank Knox, el general Georges C. Marshall y el almirante Harold H. Stark, según la cual los Estados Unidos habían de apoyar a la Gran Bretaña y «tener en jaque» al Japón por todas las demostraciones de fuerza posibles hasta que sus propias fuerzas estuvieran «plenamente armadas».

La política de «préstamo y arriendo» parecía tener, como único objetivo, el mantener a los Estados Unidos, por lo menos temporalmente, alejada de las hostilidades. En realidad, la condujo a nuevas intervenciones. Roosevelt había decidido ayudar a la Gran Bretaña y China y para que esta ayuda resultara eficaz y el material no fuera prestado a fondos perdidos, había de cuidar de la seguridad de los transportes. Por consiguiente, era necesario reforzar las patrullas de seguridad y extender su zona de acción. A este efecto creó, a principios de 1941, la «Flota del Atlántico», al mando del almirante Ernest J. King. La colaboración entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña se hizo más estrecha. Muy pronto se pusieron de acuerdo para violar la neutralidad del Gobierno de Vichy, de Dinamarca, de España y de Portugal, ocupando las Azores, las islas del Cabo Verde, Dakar, Madagascar, Goothaab e Islandia.

Rápidamente fueron tomadas las primeras medidas. El 9 de abril de 1941, Cordell Hull concluyó con Henrik Kaufmann, embajador danés en Washington, un acuerdo que permitía a los Estados Unidos instalar bases militares en Groenlandia. El Gobierno de Copenhague relevó inmediatamente a Kaufmann de sus funciones y declaró que su firma era nula, pero Roosevelt ignoró estos hechos, así como también ignoró el veto del rey de Dinamarca cuando mandó presentar, por Harry Hopkins y Summer Welles, un proyecto de acuerdo análogo al cónsul general Thors con respecto a Islandia. Una brigada de infantería de Marina fue organizada para relevar la guarnición anglocanadiense en la isla. Al mismo tiempo, Roosevelt envió al destructor «Niblack» para reconocer la situación

militar en aguas de Islandia, y en el curso de esta misión este barco atacó a un submarino alemán.

Su comandante realizó igualmente el «Plan número 1 de defensa del hemisferio», firmado el 2 de abril de 1941 en Washington, que preveía acciones destinadas contra los «navíos nazis». Sin embargo, después de este incidente del «Niblack», estas instrucciones fueron anuladas y sustituidas por otras menos agresivas. Mientras tanto, Roosevelt se había enterado de la conclusión del pacto de No Agresión entre el Japón y la Unión Soviética. Quedó tan sorprendido que señaló una nueva fase en el camino de la guerra. Era evidente que el Japón eliminaba a los posibles adversarios en potencia, los rusos, para asegurarse su flanco marítimo en el Pacífico y tener las manos libres para apoderarse de las abundantes reservas de primeras materias del sudeste de Asia. El presidente se preguntó entonces si en tales circunstancias podían los Estados Unidos continuar ejerciendo una fuerte presión sobre Alemania y el Japón sin exponerse a los peligros de un doble frente. En todo caso, el Gobierno de los Estados Unidos se enfrentaría con graves dificultades si el acuerdo firmado entre Matsuoka y Molotov retrasaba el previsto ataque de Hitler contra Rusia, y, tal vez, representaba el restablecimiento de un *modus vivendi* entre las potencias totalitarias.

Roosevelt vacilaba. Con gran desengaño por parte de Stimson, Knox, Welles y Hopkins que, de repente, no comprendían ya al presidente y se quejaban de su «inestabilidad», dio a desgana el paso siguiente. Ya había sido convenido con los ingleses que la zona de seguridad sería trasladada más al este, y por este motivo, el almirante King englobó a las Azores en esta zona, el 18 de abril de 1941, y destinó sus patrullas hasta el meridiano 26 de longitud oeste. Cuando Harry L. Hopkins y Robert E. Sherwood introdujeron en el borrador de su siguiente alocución un párrafo que proclamaba «el estado de urgencia nacional», Roosevelt se enfureció. «¿Quién lo ha autorizado?», exclamó. Sin embargo, después de nuevas vacilaciones, hizo esta proclama. Pero antes del 22 de junio no volvió a tomar ninguna nueva medida.

El ataque de Hitler contra Rusia le devolvió toda su libertad de acción. A partir del 22 de junio declaró que un «apoyo ilimitado» sería otorgado a la Unión Soviética. Fue sugestionado, sin duda, por ideas análogas a aquellas que Herbert B. Swope y Joseph E. Davis ya habían desarrollado en unas notas remitidas al Departamento de Estado el 23 de junio y el 8 de julio de 1941.

«Desde hace veinticuatro años», escribió Swope, «los soviets nunca han amenazado seriamente nuestros intereses nacionales. Pero desde hace dos años, dado que Hitler trata ferozmente de esclavizar al mundo, nuestra existencia como pueblo libre ha estado sometida a los más graves peligros. No abogamos por el comunismo, pero somos contrarios a todo lo que representa Hitler... nuestra seguridad depende de su derrota.»

Davies temía una posible revolución trotskista en el interior de Rusia que pudiera hacer que Stalin se entendiera de nuevo con Hitler. Por este motivo deseaba ligar lo más estrechamente al Kremlin con los Estados Unidos, por medio de suministros de material. Consideraba igualmente la situación en el Lejano Oriente. «Los Estados Unidos — declaró—, tienen necesidad de una Unión Soviética amiga en la retaguardia del Japón.»

Eran muchos los estadounidenses que creían que la guerra germano-rusa evitaría a su país la intervención en favor de la Gran Bretaña. En realidad, la extensión del «préstamo y arriendo» a Rusia ampliaba extraordinariamente el volumen de los transportes marítimos con todos los problemas que resultaban de ello. El almirante King tuvo, muy pronto, necesidad de escoltar sus convoyes de suministro hasta Spitzberg y Persia y, por este solo motivo, los Estados Unidos se aproximaban a las zonas de hostilidades. Roosevelt adoptó nuevas medidas. Mandó confiscar los barcos de las potencias del Pacto tripartito y «congelar» sus cuentas bancarias al mismo tiempo que daba orden de «disparar a vista». A principios de julio los *marines* relevaron a los ingleses en Islandia. Un mes más tarde, Roosevelt y Churchill se encontraron en Argentina, en la costa de Terranova. A bordo del acorazado «Prinz of Wales», decidieron la actitud a adoptar con vistas al Japón y Rusia, tomaron varias medidas para actuar contra los submarinos y el 14 de agosto de 1941 firmaron una declaración común de los objetivos de guerra, bautizada con el nombre de «Carta del Atlántico».

Después de esta conferencia la Flota americana asumió, hasta Islandia, la escolta de los convoyes a los que podían unirse los barcos de cualquier nacionalidad. Los incidentes se hicieron inevitables. El 4 de setiembre el destructor americano «Greer» atacó un submarino alemán con cargas de profundidad. Este para defenderse lanzó un torpedo que no dio en el blanco. Roosevelt calificó la acción del comandante alemán de «piratería» («act of piracy»). Conforme a los precedentes de guerra contra los barbarescos (1806-1815) esta declaración le proporcionaba el derecho de hundir cualquier navío de las potencias del Eje. En consecuencia el secretario de Marina, Frank Knox, amplió la «orden de disparo». El almirante King destinó acorazados a la zona meridional del estrecho de Dinamarca, de una importancia estratégica tan grande. Tenían igualmente orden de disparar contra todo barco alemán.

Otros peligrosos incidentes se sucedieron en octubre y noviembre. Los submarinos que atacaron el convoy «SC-48», tocaron el destructor americano «Kearny», incorporado a una formación inglesa. Durante el ataque al convoy «HX-156», cerca de Islandia, otro destructor, el «Reuben James», fue torpedeado y hundido con 115 marineros. Algunos días más tarde, el crucero «Omaha» detuvo al «Odenwald», cargado de caucho, que trataba de forzar el bloqueo. El comandante americano al solicitar instrucciones recibió orden del secretario de Marina de apresarlo bajo la acusación de que podía «dedicarse a la trata de esclavos» recurriendo con ello a una antigua fórmula para dar una apariencia de legalidad a la «política de neutralidad» estadounidense.

Roosevelt debía tener la casi seguridad de que Hitler, embarcado de pleno en la campaña de Rusia, no osaría tomar ninguna contramedida de orden militar. Por otro lado, al canciller, Reader, Schniewind y Doenitz habían sacado consecuencias de los acontecimientos en los años 1915-1917 y deseaban a toda costa evitar un conflicto catastrófico con los Estados Unidos. Por este motivo, desde el comienzo de las hostilidades, unas instrucciones especiales conferían un estatuto particular a los barcos americanos. El 21 de junio de 1941 el comandante en jefe de los submarinos prohibió a sus fuerzas atacar barcos de guerra en el Atlántico Norte, excepto los cruceros, portaaviones, acorazados reconocidos, sin duda, como enemigos. «El Führer no quiere

ningún incidente con los Estados Unidos en el curso de las próximas semanas», explicó, telegráficamente.

La opinión pública estadounidense no fue informada. Después del torpedeo del buque de carga «Robin Moore», en julio de 1941, por un submarino alemán, consideraba que Hitler había pasado al contraataque. Fue en aumento el pesimismo dado que no existía ningún entusiasmo por la guerra. Aunque los sondeos demostraban que la gente estaba cada vez más convencida de unas próximas hostilidades, lo aceptaban con gran resignación y no con el espíritu de cruzada del año 1917. Incluso el propio Congreso vacilaba. El 12 de agosto de 1941, la ley del servicio militar obligatorio sólo obtuvo un voto de mayoría en la Cámara de los Representantes. A cada nuevo incidente se esperaba la declaración de guerra por un bando o el otro. Nadie sospechaba que Roosevelt no se inquietaba por lo que sucedía en el Atlántico y que, en cambio, concentraba toda su atención en el Japón.

Desde ya hacía algún tiempo, pero, sobre todo desde que Tokio había obligado a la Gran Bretaña a cerrar la ruta de Birmania, impidiendo la ayuda americana a China. Washington reaccionó adoptando medidas económicas contra el Japón. Prohibió la exportación de motores de aviación y de herramientas. Roosevelt denunció a continuación el tratado comercial en vigor entre los dos países. Siguió el embargo de la chatarra. Después de la firma del Pacto tripartito, fueron confiscados los barcos japoneses y «congeladas» sus cuentas bancarias, se prohibió exportar al Japón una larga serie de artículos: caucho, bromo, cobre, latón, níquel, estaño, radio, potasa, petróleo, aceite de engrase, carburante de aviación, gas-oil.

Estas medidas amenazaban con conducir al borde del caos al país insular tan pobre en materias primas, sobre todo, desde 1937, ya que las hostilidades con la China agotaban sus recursos. Por este motivo los políticos como Kingoro Hashimoto, Nobumasa Suetsugu, el jefe de Estado Mayor Gen Sugiyama, el almirante Teijiroy Toyoda, ministro de Marina, almirante Seiichi Ito y el general Akira Muto, insistieron en la necesidad de negociar con los Estados Unidos para obtener la anulación de estas prohibiciones ya que, en caso contrario, todas las reservas de combustible y de carburante serían agotadas y la llegada de la época de los monzones reduciría las posibilidades de éxito de una reacción por la fuerza. El Japón, si no disponía del combustible necesario, dejaría de ser una gran potencia y habría entonces de someterse incondicionalmente a la dictadura de Roosevelt.

En 1941 ningún Gobierno nipón podía hacer caso omiso de estos argumentos que se basaban en hechos indiscutibles. Por este motivo, la evolución de las tendencias a Estado Autoritario que alcanzaron entonces su apogeo, tuvieron una importancia relativa en el curso que seguía la política japonesa. Estas ideas se habían afianzado desde el principio del conflicto con China ya que la oligarquía militar había ido adquiriendo cada vez más una influencia mayor. El príncipe Fuminaro Konoye, presidente del Consejo de ministros, adoptó, en consecuencia, un número de medidas de carácter autoritario como la dictadura económica, el sistema de partido único, la implantación de la Censura, pero, al mismo tiempo, mandó al almirante Kichisaburo Nomura como embajador extraordinario a Washington para discutir con Cordell Hull, sobre la base de un proyecto de acuerdo redactado por los funcionarios y oficiales de los dos países.

Este proyecto comprendía siete proposiciones de compromiso. Señalaba que el Japón y los Estados Unidos se considerasen mutuamente como potencias a derechos iguales absteniéndose de cualquier discriminación. Tokio precisaría las obligaciones impuestas por el Pacto tripartito declarando explícitamente que solamente apoyaría a Alemania e Italia si eran «atacadas por uno de los Estados que no participaban en la guerra europea por el momento». El Japón firmaría un tratado de paz con China, por medio del cual el Gobierno de Chang-Kai-Chek y el de Wang Tching-wei, creado por ellos, se fusionarían, el Manchukuo sería reconocido como país satélite del Japón y los Estados Unidos volverían a gozar de nuevo de todos sus antiguos derechos. Si Chang-Kai-Chek se negaba a aceptar estas condiciones, los Estados Unidos dejarían de ayudarlo. Finalmente, se solicitaba que los Estados Unidos levantaran la prohibición de suministros y aportaran su concurso al Japón prestándole dinero y facilitándole la compra de primeras materias en el sureste de Asia.

Pero el ministro de Asuntos Exteriores, Yosuke Matsuoka, no tardó en limitar algunos de estos puntos. Se negó a reducir la posición de su país como miembro del Pacto tripartito hasta que no se llegara a un claro acuerdo entre Tokio y Washington y reclamaba la mediación de los Estados Unidos para la conclusión de la paz con China. Como compensación, Roosevelt y Hull pretendían que el Japón redujera sus compromisos frente a Berlín y Roma hasta el punto de anularlos casi completamente, querían decidir sobre el tratado de paz con China, se negaban a reconocer el Manchukuo y querían mantener el bloqueo sobre las «materias primas estratégicas» mientras durara «el estado de excepción en la situación internacional». Este punto de vista fue precisado el 21 de junio y ya no había de cambiar hasta la rotura de las relaciones diplomáticas.

Se ignoraba en Tokio que Roosevelt consideraba desde hacía mucho tiempo como inevitable una guerra contra el Japón y que, desde el 29 de marzo de 1941, George C. Marshall había firmado un acuerdo con sir John Dill, basado en los principios adoptados por los dos Estados Mayores en el Plan de operaciones «ABC-I». Pero el Gabinete Konoye comprobó las consecuencias de esta alianza secreta: los preparativos militares realizados por los angloamericanos en el Lejano Oriente, la multiplicación de las conferencias de Estado Mayor en las que participaban los oficiales holandeses, y las nuevas medidas de bloqueo prescritas por Roosevelt. Matsuoka y Sugiyama quedaron tan confusos y desconcertados que juzgaron necesario romper las negociaciones con Washington. El 2 de julio, un Consejo, presidido por el emperador Hiro Hito, decidió por vez primera una acción de armas. Para poder disponer, en todos los casos, de las preciosas primeras materias de la Malasia y de la Indochina, fue decidido, entre otras cosas, ocupar el sur de la Indochina francesa.

Poco antes de las negociaciones con Vichy y el desembarco en Saigón de las tropas japonesas, el príncipe Konoye formó un nuevo Gobierno para eliminar a Matsuoka. El Ministerio de Asuntos Exteriores fue confiado al almirante Teijiro Toyoda que pertenecía al partido militarista, pero que era también hostil a una ruptura de las relaciones diplomáticas. Sin embargo, se llegó a un punto muerto, dado que Roosevelt prohibió las exportaciones de petróleo, reclamó la evacuación de la Indochina, formuló amenazas de guerra muy claras y declaró, durante la conferencia del Atlántico, que había retrasado en

treinta días (en tres meses, según otra fuente) la iniciación de la guerra contra el Japón. «Creo», le dijo a Churchill, «que podemos llevarlos todavía por la cuerdecita («to baby along»). Inútilmente le propuso Konoye entrevistarse con él en Honolulu o Alaska dando a entender que su situación sería insostenible si se le negaba toda posibilidad de negociar. Roosevelt permaneció inmutable. Nomura, deprimido, telegrafió a Tokio que era completamente imposible hacer «mover a los Estados Unidos una sola pulgada» y que solamente veía «negros nubarrones sobre el mundo».

Aunque el Japón era un Estado autoritario no era, sin embargo, gobernado de un modo tan rígido como los Estados Unidos durante el régimen de Roosevelt. Mientras que éste dictaba por sí solo la orientación de su política, el emperador Hiro Hito debía ceder este papel a cuatro organismos diferentes que discutían libremente los problemas de la política exterior. La decisión la tomaba prácticamente el Consejo secreto, presidido por el barón Yoshimichi Hara, que se pronunciaba de acuerdo con los informes de las comisiones. Existía, además, un Consejo de la Corona, que reunía a los personajes más importantes en presencia del emperador, que nunca hablaba. Este organismo celebraba también conferencias de coordinación sin estar entonces presente el emperador. Comprendía las personalidades más relevantes del Gobierno y del Alto Mando, aunque éstos deliberaban aparte. Por otro lado, también el Estado Mayor general y la Oficina militar del general Akira Muto desempeñaban un cierto papel.

Las divergencias de opinión eran inevitables. Desde hacía mucho tiempo existía una tensión entre los ministros y los militares. Los altos funcionarios se quejaban continuamente de no estar debidamente informados. El presidente del Consejo ignoraba casi todo lo que hacía referencia a las concepciones estratégicas del Estado Mayor, del estado de los armamentos, el potencial industrial y la verdadera situación de las materias primas. Las oposiciones se hicieron más agudas en el mes de agosto bajo la presión creciente de los Estados Unidos. La Marina, representada por Toyoda e Ito, logró entonces imponer su punto de vista, alegando que las conversaciones diplomáticas no podían ser prolongadas durante mucho tiempo más. Sugiyama adoptó el mismo parecer, mientras que Konoye continuaba en sus vacilaciones. Sin embargo, el 6 de setiembre, ante las medidas militares adoptadas por los Estados Unidos, la Gran Bretaña y las Indias neerlandesas, el Consejo de la Corona resolvió incrementar sus propios preparativos ofensivos hasta fines de octubre y fijar un plazo correspondiente a los diplomáticos.

Konoye redactó ciertas directrices para la futura actividad diplomática en el curso de las reuniones de su Gabinete, de la Conferencia de coordinación y del Consejo de la Corona. Estas enumeraban el mínimo de las condiciones niponas limitándose parcialmente al proyecto de acuerdo del mes de junio, desligando el problema del Pacto tripartido y prometiendo una garantía a las Filipinas, tal como deseaban Roosevelt y Hull. Mientras Nomura partía otra vez con estas nuevas bases de discusión, Konoye remitía a Joseph C. Grew, embajador americano en Tokio, proposiciones detalladas para poner fin al conflicto con la China. Pero Roosevelt rechazó cualquier idea de mediación, pues no quería hacer nada que pudiera descorazonar a Chang-Kai-Shek. Opinaba que China debía continuar las hostilidades sin limitaciones de ninguna clase.

Como Konoye no pudo obtener la menor concesión y sus militares se negaban a abandonar, y, sobre todo, renunciar a ocupar la China, presentó la dimisión el 16 de octubre de 1941. Atribuía su fracaso a la intransigencia del ministro de la Guerra, Hideki Tojo, por lo que no cupo otra solución al Consejo secreto que encargar a este general la formación del nuevo Gobierno. El emperador Hiro Hito dio su conformidad. Poco después la propaganda angloamericana proclamaba que Tojo era la cabeza de una camarilla militar. Esto no era verdad. El nuevo jefe de Gobierno no había desempeñado aún un papel político importante. Deseaba continuar las negociaciones y llamó a ocupar el Ministerio de Asuntos Exteriores a Shigenori Togo, de quien todo el mundo conocía su aversión hacia el Pacto tripartito.

Después de grandes esfuerzos, Togo logró hacer aceptar a los organismos competentes nuevas proposiciones que comprendían principalmente la evacuación de las posiciones coloniales francesas y aplazar en un mes la puesta en práctica de las decisiones tomadas el 6 de setiembre de 1941. El 5 de noviembre, telegrafió a Nomura para que considerara esta solución como una «oferta definitiva», absteniéndose de darle la forma de un ultimátum. Al mismo tiempo, Togo envió a Washington un segundo embajador extraordinario, el almirante Saburo Kurusu. Roosevelt recibió a los dos diplomáticos con cierta acogida favorable y Cordell Hull redactó unas contrapositiones. Sin embargo, el embajador de Chan-Kai-Shek, Churchill y varios especialistas en cuestiones del Lejano Oriente ejercieron una fuerte influencia sobre la respuesta del Departamento de Estado. El Gobierno de los Estados Unidos manifestó claramente que no le interesaba seriamente la continuación de las negociaciones.

El 7 de noviembre, el Gabinete de Roosevelt discutió la posibilidad de si los Estados Unidos estaban en condiciones de hacerle la guerra al Japón. El presidente preguntó el parecer de la opinión pública, y Hull contestó que los ciudadanos tenían poca comprensión por los asuntos exteriores. El Congreso sólo se decidiría por una declaración de guerra después de muchos meses de discusión. Roosevelt se encontraba, al igual que cuando su intervención en el Este, ante las barreras constitucionales. No podía tomar la ofensiva, era necesario que el adversario las empezara. Por otro lado, todas las posibilidades de intervenir en los acontecimientos mundiales sin hacer entrar en combate las fuerzas armadas americanas, habían sido agotadas. No existía ningún medio de presión. La política exterior estadounidense había quedado detenida. Los tres meses durante los cuales había creído posible «llevar de la cuerdecita a los japoneses» habían terminado.

Fue en estas condiciones que la nota de Hull recibió los últimos retoques. Contenía sólo dos o tres puntos aceptables para los japoneses. La mayor parte de las proposiciones americanas tendían a un completo subyugamiento del Imperio insular. El Japón debía abandonar Wang Tsching-wei, abandonar, sin condiciones, China y las colonias francesas, y no recibía ninguna seguridad por lo que hace referencia al Manchukuo, tenía que quitar todo valor, por medio de declaraciones concretas, a su participación en el Pacto tripartito y concluir un pacto de No Agresión que le excluía prácticamente del continente asiático. Durante un Consejo de ministros celebrado el 22 de noviembre en el que participaron Roosevelt, Hull, Stimson, Knox, Marshall y Stark, se habló de las

medidas de defensa a adoptar contra un ataque japonés que entonces parecía inminente «El problema que se plantea es cómo inducir al Japón a dar el primer paso», comentó Stimson al final de la reunión. Al día siguiente, Marshall y Stark dieron la voz de alarma a los puestos avanzados en el Pacífico. Al mismo tiempo Hull recibía a los diplomáticos nipones para entregarles su nota. A continuación declaró a Stimson: «He abandonado por completo las negociaciones... ahora todo el asunto se encuentra en manos de usted y las de Knox.»

Esta nota de Hull despertó la indignación de los japoneses. Kurusu declaró que «equivalía al final. Nomura llamó inmediatamente la atención del secretario de Estado americano sobre sus graves consecuencias. Togo habló «de un chantaje y de una provocación». Togo, que se consideraba personalmente humillado, veía «fracasar miserablemente» varios meses de esfuerzos. Sin embargo, antes de decidir entre la paz y la guerra, el emperador Hiro Hito quería consultar antes al «Consejo de antiguos jefes de Estado» organismo que, desde hacía mucho tiempo, no había tenido ocasión de dar su opinión. Después del informe presentado por Tojo, solamente tres de estos antiguos presidentes del Consejo de ministros estimaron que no veían razón para recurrir a las armas. El 30 de noviembre y el 1 de diciembre el Gabinete, la Conferencia de coordinación y el Consejo de la Corona decidieron declarar la guerra a los Estados Unidos enviando un informe detallado del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Mientras Togo redactaba este documento se enteró, con gran sorpresa por su parte, que el mariscal Gen Sugiyama, jefe del Estado Mayor general y el gran almirante Osima Nagano, estudiaban la posibilidad de realizar un ataque por sorpresa, análogo al que había tenido lugar en 1904 contra Port-Arthur. Recomendaban no entregar a los embajadores inglés y estadounidense en Tokio la nota que contenía la declaración, hasta pocos minutos antes de lanzar este ataque. Pero Togo se negó haciendo referencia a los precedentes europeos de los dos últimos años y obtuvo la seguridad de que el informe sería entregado personalmente a Cordell Hull por Nomura y Kurusu, el 7 de diciembre de 1941, a las 13 horas (hora local de la capital americana). El texto fue teleografiado por fragmentos, la víspera, a los dos diplomáticos. Roosevelt y Hull tuvieron conocimiento de los documentos antes que Nomura y Kurusu.

Efectivamente, los americanos estaban en posesión de la clave empleada por el Ministerio nipón de Asuntos Exteriores. Desde hacía varios meses sus rápidas máquinas de descifraje les proporcionaban las directrices y las informaciones más secretas intercambiadas entre las diversas oficinas japonesas. El presidente y sus colaboradores más íntimos sabían, por lo tanto, lo que se preparaba al otro lado del Pacífico, conocían incluso la palabra clave que desencadenaría el ataque: una indicación meteorológica emitida por la Agencia de Prensa JAP: «Viento del Este. ¡Lluvia!». El 7 de diciembre cuando Roosevelt declaró por radio que el Japón había atacado, sin declarar previamente la guerra, decía la verdad ya que como consecuencia de una organización defectuosa, Nomura entregó la nota con 55 minutos de retraso sobre la hora prevista. Pero el Gobierno americano no fue sorprendido, dado que Roosevelt ya tenía en su poder el texto de la nota japonesa veinticuatro horas antes y declaró, en presencia de un testigo ocular, a Hopkins: «Esto es la guerra».

Los jefes del Servicio de Información contaban igualmente con un ataque desde el 26 de noviembre. Ese día, en efecto, los seis grandes portaaviones japoneses habían desaparecido. A continuación Washington interceptó el mensaje: «Viento del Este» y observó que la Marina nipona cambiaba súbitamente de clave. Dado que no sucedió nada hasta el 5 ó 6 de diciembre, no resultó difícil deducir que los portaaviones se dirigían hacia las Islas Hawai en donde casi la totalidad de la Flota americana del Pacífico se encontraba concentrada en Pearl Harbour. La situación respondía claramente a las posibilidades discutidas por los especialistas. Era evidente que los japoneses pretendían aplicar el mismo principio que el 9 de febrero de 1904, contando con utilizar el factor sorpresa para obtener un éxito decisivo desde el primer día de la guerra.

Cuando el oficial de información expuso estas perspectivas al almirante Harold H. Stark, jefe del Estado Mayor general de la Marina, fueron rebatidas violentamente. El fin de semana fue muy tranquilo en Washington. No se celebró ninguna conferencia. Roosevelt se acostó después de haber leído 13 de los 14 artículos del telegrama enviado por Tokio y comprobó que se trataba de una declaración de guerra. Stark se fue a escuchar una opereta. El día siguiente, domingo, el almirante llamó al jefe del Estado Mayor general del Ejército, pero éste daba un largo paseo a caballo por los bosques de Fort Meyers en la orilla meridional del Potomax. Más tarde, entre los tres medios de comunicación que poseía, el general eligió el más complicado. Su aviso llegó a Pearl Harbour inmediatamente antes del principio del ataque japonés no dejando ya ningún plazo de tiempo para reaccionar al comandante local, almirante Husband E. Kimmel.

La Flota nipona comprendía el portaaviones «Akagi», «Kaga», «Shokaku», «Zuikaku», «Hiryu» y «Soryu», tres cruceros pesados, nueve destructores y tres submarinos. El 26 de noviembre, se había concentrado en la bahía de Hitokappu (Japón septentrional) y había recibido casi inmediatamente la orden de entrar en acción: «Nikata kayama nobore...» (Subir al monte Nikata). El 2 de diciembre una orden del Gran cuartel imperial prevenía a su jefe, el almirante Chuichi-Nagumo, de dar media vuelta si eran descubiertos por los navíos o aviones americanos durante los tres días precedentes al ataque, de operar según su mejor opinión, si eran avistados dos días antes, y, luego, atacar con todas sus fuerzas sin tener en cuenta las propias posiciones. Los submarinos debían apoyar la acción en aguas de Oahu.

La Flota tuvo que luchar fuertemente contra el monzón del noroeste que soplaba a 17 metros por segundo. No volvió a encontrar buen tiempo hasta el 7 de diciembre por la mañana (u 8 de diciembre, hora de Tokio), a 230 millas al noreste de Hawai. Nagumo mandó enarbolar en el «Akagi» la insignia que enarbolaba el almirante Togo en la batalla de Tshushima y a continuación disparó su flecha: 200 aviones cargados de bombas y de torpedos, el capitán de navío Mitsuo Fuchida mandaba la primera ola. Los bombarderos se acercaron a Oahu volando por encima de las nubes y utilizando, para dirigirse, las emisiones de la estación de Honolulu. Al mismo tiempo el primero de los submarinos entraba en la rada de Pearl Harbour. El destructor «Ward» hundió un segundo submarino. Pero ni el mensaje de este barco, ni la advertencia dada por dos soldados que observaban en el radar la llegada de los aviones japoneses arrancaron a Pearl Harbour de la somnolencia de aquella mañana dominical.

El ataque fue excepcionalmente eficaz. Cuando los aviones de Fuchida se encontraron de nuevo sobre el puente de sus portaaviones, 2.326 americanos habían hallado la muerte entre el estruendo de las explosiones. De los ocho acorazados americanos, tres fueron averiados: «Arizona», «Oklahoma», y el «California»; dos fueron hundidos: el «West Virginia» y el «Nevada» y tres sufrieron unos daños más o menos graves: el «Tennessee», el «Maryland» y el «Pennsylvania». Fueron hundidos igualmente el gran buque cisterna «Utah», dos cruceros, varios destructores, barcos auxiliares y un minador. Dos grandes unidades solamente, el portaaviones «Enterprise» y el «Lexington», que efectuaban ejercicios más al sur, escaparon al desastre.

Roosevelt acogió la noticia sin mostrar una emoción especial. Hopkins, que se encontraba cerca de él, se limitó a decir: «This it is». Pero este ataque contra Pearl Harbour sólo constituía un comienzo. Otros grupos japoneses ya se habían puesto en marcha: unidades del Ejército, escuadras, flotas de transporte, fuerzas anfibias, formaciones aéreas. La infantería ocupó la concesión internacional de Shanghai, una división de asalto Hong-Kong. Los destructores bombardearon las islas Midway. Las tropas de desembarco ocuparon Guam y en enlace con los elementos navales, empezaron el ataque contra la isla Wa-e. Pero, sobre todo, desencadenaron la avalancha preparada desde hacía meses por Sugiyama y Nagamo para lo que había sido bautizada como la «Operación Sur».

Sugiyama partía del principio que, como anteriormente, China planteaba el problema principal. Para vencer la resistencia de Chang-Kai-Chek el Imperio insular había de llegar a ser económicamente autónomo. La «Operación Sur» preveía, por consiguiente, la conquista de ciertas regiones productoras de primeras materias. En Tokio querían crear una «zona de prosperidad» que comprendiera el «cinturón interior» (Japón, Corea, Manchukuo, Formosa, y China propiamente dicha), la «región de abastecimiento» (Filipinas, Indochina, Malasia e Indochina) y la «zona de defensa» (Birmania, Nueva Guinea, archipiélago Bismark, Carolinas, Marianas y las islas Marshall). Los japoneses no pretendían conquistar ni el continente australiano, ni Alaska. El espacio parecía, en un principio, suficientemente grande para absorber los eventuales contraataques. Además, confiaban que, a causa del éxito de la guerra submarina alemana, los angloamericanos carecerían pronto de los buques necesarios para efectuarlos.

Sugiyama había confiado la ejecución de la «Operación Sur» a un grupo de Ejércitos mandado por el príncipe Chichi Terauchi. Contaba con el Catorce Ejército (Homma), el Quince (Iida), el Dieciséis (Imamura) y el Veintitrés (Yamashita) el destacamento de los Mares del Sur (Horii) y dos divisiones aéreas. El Veintitrés Ejército (Sakai) que operaba en China, intervino también en momentos determinados. China meridional, Formosa e Indochina que constituían las principales bases de partida. Tailandia, con la que Togo firmó una alianza desde el primer día de las hostilidades, permitió la acción en Birmania. Pero las fuerzas principales pasaron por mar, bajo la protección de tres grandes formaciones navales sobre las que ejercía el mando el almirante Isoroku Yamamoto. Los cruceros, destructores y bombarderos apoyaron los desembarcos y las escuadrillas de los portaaviones impidieron la intervención de los navíos enemigos.

El desembarco en el lado oriental de Malasia se efectuó en condiciones particularmente sorprendentes. Los elementos del 25.º Ejército «Yamashita» procedentes de Indochina, cruzaron el golfo de Siam a pesar de la presencia de los cruceros de combate «Prince of Wales» y «Repulse» que Churchill había mandado a Singapur poco antes de iniciarse las hostilidades, a las órdenes del almirante sir Tom Phillips. El 9 de diciembre esos navíos, acompañados de seis destructores, amenazaban con aislar a los japoneses, pero al no poder ser seguidos, como había sido previsto, por un portaaviones y dado que los cazas de la Royal Air Force estaban ocupados en tierra firme, Phillips sólo contaba con su artillería de a bordo para responder a los ataques aéreos. Al día siguiente, numerosos bombarderos en altura o en picado, así como también aviones torpederos, se abalanzaron sobre los dos colosos que fueron hundidos, al cabo de una hora, con su almirante a bordo.

El general Hobun Yamashita pudo, desde aquel momento, continuar sus desembarcos sin obstáculos y lanzar sus tropas hacia adelante. Con gran asombro por parte de Wavell que, desde hacía algunas semanas, mandaba el conjunto de las fuerzas aliadas en el sureste de Asia, todas las disposiciones tomadas para la defensa fracasaron. En el curso de una instrucción larga y agotadora los japoneses habían aprendido a vencer los obstáculos y los peligros de la jungla. Sin tener en cuenta el calor, la terrible humedad, los pantanos de Mangrove, las fiebres Dengue, los mosquitos, las sanguijuelas y las serpientes venenosas, sus infantes avanzaron 640 kilómetros a través del infierno verde, evitando todos los bloqueos en las carreteras, protegiéndose contra los aviones y los ataques por el flanco. Incluso los australianos y los indios se encontraron impotentes ante esta táctica tanto más cuanto que, con frecuencia, los malayos hacían causa común con las tropas invasoras. Los bosques de caucho en Johore fueron ocupados poco después y los «colis» chinos huyeron dominados por el pánico. Treinta mil fugitivos aumentaron el caos y socavaron la resistencia de Singapur.

Las operaciones de los japoneses progresaban como había sido planeado. Hong-Kong capituló. En Birmania, sólo se encontraron con una débil resistencia. Los desembarcos en las Filipinas, en Borneo y en las Célebes se efectuaron sin dificultad. Todos los grandes navíos aliados habían sido eliminados, el almirante Jizaburo Ozawa, por lo tanto, dominó pronto las aguas indonesias lo que permitió ocupar otras islas incluso antes de la caída de Singapur. Wavell, al frente de las fuerzas ABDA (americanos, ingleses, holandeses (dutch) y australianos) disponía solamente de 600 aviones y de una flota de cruceros compuesta, en partes muy iguales, de barcos que pertenecían a las cuatro nacionalidades. Yamamoto y Ozawa tomaron buena nota de estos factores y sólo emplearon sus unidades aéreas en grupos, no operando jamás más allá del alcance de las últimas bases conquistadas y lanzando ocasionalmente hacia adelante portaaviones ligeros que como el «Ryujo» alcanzaron éxitos.

El 9 de febrero de 1942, la infantería de la Guardia cruzó el estrecho de Johore con lanchas de asalto. La gran base británica estaba defendida solamente por el lado del mar, y sus campos de aviación, su arsenal naval y sus reservas de agua potable se encontraban en la zona norte de la isla en donde la artillería nipona podía bombardearlos. Los 70.000 defensores prosiguieron la lucha. Pero el gobernador, sir Shenton Thomas, comprobó

muy pronto que «las calles estaban cubiertas de muertos y de moribundos», que el 1.100.000 habitantes iban a morir de sed si no se ponía rápidamente fin a la lucha. Un intercambio de telegramas con Churchill le autorizó a capitular, lo que sucedió el 15 de febrero. Cuatro divisiones y un gran número de paisanos llenaron los campos de prisioneros montados en la jungla.

Al mismo tiempo, Ozawa mandó desembarcar varios millares de soldados de marina, con lanchas plegables, en la costa de Sumatra, prácticamente indefensa. Unos 600 paracaidistas saltaron sobre Palembang. Los siete batallones holandeses fueron aniquilados o dispersos. La escuadra del contraalmirante Karel Doorman tuvo que replegarse bajo un alud de bombas. Palembang y toda Sumatra quedaron abiertas a los japoneses. Al mismo tiempo, cesó la resistencia en Borneo y en Timor en donde los holandeses habían ocupado la mitad portuguesa, contraviniendo el derecho internacional. Las fuerzas niponas se acercaban a Bali; Java se encontraba cercada. Las fuerzas ABDA habían dejado de existir. El almirante holandés Emil L. Helfrich tomó el mando superior y defendió Batavia, mientras que su subordinado, Doorman, libraba varios encuentros navales. Pero la suerte de las armas no se alteró. Los aviones neerlandeses eran abatidos por decenas, y también en este caso numerosos indígenas ayudaron a los japoneses. Fue preciso evacuar Batavia. El 27 de febrero, los aliados sufrieron una derrota naval en el mar de Java. Doorman se hundió con su buque, el «De Ruyter», otros cinco cruceros, doce destructores y el pequeño portaaviones americano «Langley» fueron igualmente enviados al fondo del mar.

Su dominio del mar y del cielo decidió igualmente la campaña de las Filipinas en favor de los japoneses. El XIV Ejército (Msharu Homma) desembarcó en Luzón, la principal isla, a fines de diciembre. Desde aquel momento, los 19.000 soldados estadounidenses, los 12.000 exploradores indígenas y 100.000 guardias nacionales con los cuales el general Mac Arthur había de defender el archipiélago ya no pudieron ser abastecidos. Los japoneses hundieron los submarinos y las lanchas rápidas lograron franquear sus barreras, aportando medicamentos y evacuando, en febrero, al presidente Manuel Quezón y, poco después, a Mac Arthur encargado de establecer una base en Australia. El general Jonathan Wainwright, que le sucedió, tuvo que evacuar Manila y Bataan después de una feroz resistencia, pero se mantuvo todavía durante algunas semanas en Corregidor antes de capitular.

Mientras tanto, el general Shorijo Iti, jefe del 13.º Ejército, terminó victoriosamente sus operaciones en Birmania. Había conquistado Rangún y Mandalay aniquilando al 6.º Ejército chino (Lo Chojing) procedente del norte y aislado, por los dos lados de Lashio, esta red internacional tan importante para el abastecimiento de Chang-Kai-Chek. El general sir Harold Alexander, comandante en jefe inglés se replegó derrotado. La India, que ahora estaba amenazada, comenzó a agitarse. Hitler mandó inmediatamente a los japoneses a uno de los más fogosos rebeldes de esta región del mundo: Subhas Chandra Bose. Una legión compuesta por antiguos prisioneros de guerra indios se aprestaba a liberar con él el país en donde el Mahatma Gandhi continuaba predicando contra la violencia, el Pandit Nehru se hallaba tras los muros de una prisión y sir Stafford Crips

ofrecía una próxima independencia en nombre del Gobierno británico si la India defendía la Mancomunidad.

Después de haber ocupado Palaos, el norte de Nueva Guinea, el archipiélago Bismarck, Nuuru, las islas Gilbert, el Japón había llegado al límite de sus ambiciones. Gracias a los planes meticulosamente preparados del mariscal Sugiyama, del general Terauchi, de los almirantes Nagamo y Yamamoto, habían alcanzado éxitos sensacionales. Tokio dominaba ahora las tres regiones previstas para sus planes y controlaba una parte importante de la producción mundial en caucho, estaño, níquel, mineral, de cromo, molibdeno, bauxita, antimonio, fosfatos, petróleo, copra, arroz, té, cacao, quinina y azúcar. El pueblo japonés experimentaba un sentimiento de triunfo indescriptible y se sentía llevado por un inmenso orgullo. Los años de privación parecían haberse esfumado para siempre. El Japón había derrotado a los Estados Unidos, aislado la China y amenazaba la India. Todos los pueblos del Este contemplaban, como fascinados, el pabellón del Sol naciente.

10

LA CAMPAÑA DE INVIERNO, 1941-1942

La impresión que estas victorias causaron en Europa no fue menos intensa. El prestigio de Churchill cayó tan bajo después de la capitulación de Singapur, que Roosevelt contaba con su dimisión. Para prevenir las críticas, el primer ministro exigió la destitución de sir John Dill, jefe del Estado Mayor imperial, e incluso también la de Wavell. En compensación, el triunfo japonés llegaba como anillo al dedo para Hitler y Mussolini, puesto que, así esperaban, disminuiría sus propios fracasos ante Moscú y en el Mediterráneo. Todos los países esperaban que las relaciones entre los diversos teatros de operaciones se intensificarían en la práctica. La acción, tanto en el dominio político como en el militar, se hizo más intensa que nunca en el Lejano Oriente y en Europa, aumentando el número de los factores imponderables y produciendo un encadenamiento más estrecho en los acontecimientos de la guerra global.

El envío de los acorazados «Prince of Wales» y «Repulse» al Lejano Oriente constituía un ejemplo. Redujo la protección de los convoyes y aumentó, por tanto, las posibilidades de éxito de los submarinos germano-italianos. Por otro lado, los dos grandes navíos podían ser hundidos por los aviadores nipones, dado que anteriormente las fuerzas del Eje ya habían destruido el portaaviones previsto para acompañar al almirante Phillips y averiado gravemente dos navíos del mismo tipo. El avance japonés incitó a Churchill a retirar dos divisiones de África del Norte para mandarlas a Birmania y a la India, lo que modificó la balanza de fuerzas en favor de Rommel. A la inversa, el desencadenamiento de la guerra en Asia oriental tuvo importantes consecuencias para la Unión Soviética. Permitió a Stalin, mucho más que el pacto firmado el 13 de abril de 1941 entre Matsuoka y Molotov, retirar el grueso del Ejército estacionado al este del Baikal para destinarlo a intervenir en la defensa de Moscú.

En estas condiciones, Hitler y Mussolini se consultaron sobre la conveniencia de arrojarle el guante a Roosevelt. Desde el punto de vista jurídico, la actitud de los estadounidenses en el Atlántico proporcionaba una justificación más que suficiente. De hecho, el Pacto tripartito no les obligaba a declarar la guerra a Estados Unidos, dado que era el Japón el que había atacado. Pero la cuestión de las relaciones entre los teatros de operaciones proporcionaba un aspecto particular al problema. Berlín y Roma habían de incrementar sus influencias con Tokio para no encontrarse impotentes ante los imponderables que pudieran resultar. Debían observar el tratado al pie de la letra para conservar el derecho y la posibilidad de ponerse de acuerdo con los japoneses sobre la orientación de las operaciones hacia unos objetivos comunes e impedir negociaciones de paz por separado. Cuando Hitler, imitado inmediatamente por Mussolini, declaró la guerra a Estados Unidos, el 11 de diciembre de 1941, confiaba que Tokio continuara ejerciendo su presión en la región al este de Baikal. Por otro lado, deseaba recuperar su libertad de acción en el dominio de la guerra naval.

Durante meses, la «zona de seguridad», las «patrullas de la neutralidad» y la escolta, por los americanos, de los convoyes hacia Islandia habían reducido considerablemente el espacio en donde los submarinos alemanes podían operar y obligado a Doenitz a transferir, provisionalmente, su esfuerzo principal a los parajes de Freetown, en la costa occidental africana. Los navios como el «U-38» (Liebe), el «U-103» (Schuetze), el «U-107» (Hessler) y el «U-124» (Schulz) habían alcanzado brillantes éxitos, pero que eran sólo de una importancia secundaria. Sus grandes navíos de los tipos VII y IX llegaron hasta la costa americana en donde el tráfico conservaba el carácter de tiempos de paz y en donde obtuvieron resultados extraordinarios (Operación «Paukenschlag», «Golpe de bombo»). Los submarinos que obtuvieron mayores éxitos fueron: el «U-123» (Hardegen), el «U-96» (Lehmann-Willenbrock), el «U-124» (Mohr), el «U-160» (Lassen), el «U-203» (Muetzelburg), el «U-404» (Buelow), el «U-515» (Henke), el «U-552» (Topp). La cifra de las destrucciones que fue de 116.000 toneladas en diciembre de 1941 subió a 328.000 en enero y a 470.000 en febrero de 1942.

Todo el tráfico transatlántico hubiera sido hundido si Doenitz, por orden de Hitler, no hubiese tenido que mandar once submarinos al Ártico y veintitrés al Mediterráneo, de los noventa y uno de que disponía entonces. El Alto Mando de la Wehrmacht exigió el envío de estos barcos a esos teatros de guerra secundarios en los que las condiciones naturales ponían límites a sus actividades, dado que los convoyes angloamericanos hacia Murmansk se intensificaban y el abastecimiento de Rommel sufría pérdidas catastróficas. Durante el verano, las fuerzas británicas de superficie y submarinas habían destruido cuarenta barcos de transporte con 179.000 toneladas bruto y en noviembre las destrucciones alcanzaron el setenta y siete por ciento de los barcos destinados a este servicio. Malta aparecía más peligrosa que nunca. Cunningham dominaba el Mediterráneo. Esta situación no podía transformarse de la noche a la mañana, pero sí logró un notable cambio después del torpedeo del famoso portaaviones «Ark Royal» por el «U-81» (Guggenberger) el 13 de noviembre y el del acorazado «Barham» por el «U-331» (Tiesenhausen), menos de quince días más tarde.

La insuficiencia de su abastecimiento impidió a Rommel explotar la victoria que había obtenido en Sollum, en junio de 1941. Como anteriormente, le incumbía la difícil misión de tomar Tobruk, por su flanco marítimo, en donde dos divisiones, británicas, australianas y polacas, se defendían valientemente. Rommel preparaba un nuevo ataque; pero por algún motivo, que hasta la fecha no ha sido explicado, su plan de ataque fue a parar a manos del comandante en jefe británico en el Cercano Oriente que era el general sir Claude Auchinleck, desde la marcha de Wavell. Lo recibió en el momento oportuno, puesto que Churchill le presionaba incansablemente para que lanzara una gran ofensiva para derrotar a los germanoitalianos, conquistara toda Libia y provocara importantes cambios en el África del Norte, francesa.

Rommel constituía el principal obstáculo de la victoria y Churchill decidió eliminarlo, matándole. El almirante Roger Keyers preparó la operación, basándose en las informaciones suministradas por el teniente coronel John Haselden, que operaba detrás de las líneas germanoitalianas y que había señalado que el cuartel general de Rommel se encontraba en Beda Littoria. La noche del 15 de noviembre de 1941, los submarinos ingleses «Torbej» (Miers) y «Talisman» (Willmott) desembarcaron en la costa de la Cirenaica cincuenta soldados que pertenecían al *Long Range Desert Group*. Veintidós de esos combatientes de élite asaltaron el edificio que les había sido señalado, al mando del comandante Geoffrey Keyer, uno de los hijos del almirante. Mataron a varios alemanes antes de ser rechazados. Pero Rommel hacía dos meses que había abandonado aquel lugar.

Churchill podía tener la certeza de vencer sin necesidad de este golpe de mano en Beda Littoria. A fines de 1941 ya no había en la frontera, entre Egipto y Libia, efectivos tan débiles como en tiempos de Wavell, sino todo un ejército, el Octavo, al mando del general sir Alan Cunningham, y contaba en números redondos setecientos mil hombres, de los cuales unos cien mil eran soldados de élite de la Gran Bretaña, Australia, Nueva Zelanda, India, África del Sur, Polonia, Palestina y de las colonias francesas. Delante de ellos, las fuerzas del Eje no eran menos impresionantes si se les miraba superficialmente. Comprendían, incluso, un número mayor de grandes unidades: tres Cuerpos de Ejército italianos, el 10.º (Gambarra), el 20.º (Baldassare) y el 21.º (Navarrini), el Afrika Korps, además de una división ligera y varias unidades especializadas alemanas. Sin embargo, a fines de octubre, Rommel informaba que le faltaban cuatro mil hombres; las lagunas aún eran mucho mayores entre las siete divisiones italianas. En noviembre, Cunningham disponía de un número de carros de combate doble (455 contra 229). La Royal Air Force poseía una superioridad del doscientos por ciento, en cazas, sobre los dos Grupos aéreos alemanes.

En cuanto a la organización del mando constituye un capítulo por sí mismo. Aparecía claro en el seno del «Grupo blindado de África» (Rommel), en donde el Deutscher Afrika Korps (Crüwell), sólo en su origen, persistía todavía como unidad. Pero protocolariamente, Rommel recibía instrucciones del general Ettore Bastico, comandante en jefe italiano y no podía disponer directamente de sus tres Cuerpos como él hubiese querido. El Commando Supremo, a la cabeza del cual estaba el mariscal Ugo Cavallero, se encontraba en una situación más difícil todavía. Juzgaba sobre los actos de la guerra en

el teatro mediterráneo, pero frecuentemente había de tener en cuenta las exigencias del Duce y de la Supermarina. Para complicar aún más las cosas, Hitler envió a Italia al mariscal Albert Kesselring al mando de un Cuerpo aéreo, a mediados de noviembre, reclamando el derecho de decidir él solo todo lo que hacía referencia a la protección de los convoyes.

Al amanecer del 18 de noviembre, Auchinleck desencadenó la Operación «Crusader». El 13.º Cuerpo (Goldwin-Austen) del Octavo Ejército avanzó sobre la posición Sollum-Halfaya, que cercó conjuntamente con la 2.ª División neozelandesa (Freyberg). El 30.º Cuerpo (Norrie) franqueó la frontera y, dando un largo rodeo, avanzó por la región al sureste de Tobruk. La batalla alcanzó un punto culminante el «domingo de los difuntos» (23 de noviembre). Crüwell atacó por los dos flancos la fuerza británica más importante. El 8.º Regimiento blindado (Cramer), aniquiló la 4.ª Brigada de carros de combate ingleses (Campbell). La Séptima División blindada británica se replegó en desorden. Ante este éxito, Rommel concibió un plan extremadamente osado. Retiró unidades de las tropas que asediaban Tobruk y trató de aniquilar el ala derecha del adversario. La tentativa fracasó, aunque Cunningham de todos modos quiso replegarse, lo que decidió a Auchinleck a retirarle el mando.

Las tropas cercadas en Tobruk hicieron vigorosas salidas, los neozelandeses llegaron hasta los atacantes con arma blanca, Rommel desapareció detrás de las líneas inglesas en el curso de un reconocimiento nocturno y entonces el teniente coronel Siegfried Westphal, jefe de operaciones del Estado Mayor, ordenó el repliegue del Afrika Korps, una medida que se había hecho imperativa. En el intervalo, Auchinleck había nombrado comandante del Octavo Ejército al general sir Neil Ritchie, cuya energía logró poner fin al pánico. Al mismo tiempo, los ingleses enviaron tras las líneas de sus adversarios lo que ellos llamaban las «Columnas Jock», tropas de choque del *Long Range Desert Group* que atacaban todos los objetivos militares y causaron graves daños, de un modo especial a los italianos. La batalla pasó por una segunda crisis. Centenares de carros de combate, incendiados o destruidos, cubrían el desierto. Nadie sabía ya dónde se encontraban amigos o enemigos. Las posiciones se conquistaban y se perdían el mismo día. Las ambulancias cambiaban de campo dos o tres veces por día, de modo que los médicos operaban sin preocuparse ya por las fluctuaciones de la batalla.

Rommel aprobó a desgana, a su regreso, la decisión tomada por el teniente coronel Westphal, pero entonces se vio obligado a tomar una decisión análoga, puesto que la situación se hizo desesperada en lo que hacía referencia al abastecimiento, porque las fuerzas enemigas obstaculizaban los movimientos y el Décimo Cuerpo, mandado por el general Gastone Gambarra, no hizo acto de presencia en el momento decisivo. El enlace con el frente de Sollum, en el ala izquierda, estaba cortado desde hacía tiempo. Sin embargo, resultó ventajoso que el general Fedele de Giorgis siguiera defendiendo Bardia con una división italiana y que el comandante Wilhelm Bach, llamado el «pastor del purgatorio» por los ingleses, defendiera todavía el paso de Halfaya. Rommel evacuó, a mediados de diciembre, el campo de batalla de Tobruk. Cavallero y Bastico insistieron, inútilmente, a los alemanes para que conservaran la Cirenaica para Mussolini. «Replegarse hasta una línea que pueda ser defendida», fue la orden dada por Rommel.

Pero esta línea solamente existía en Brega, en la Gran Syrte, al este de El Agheila, de donde había partido a principios de año. Este repliegue fue especialmente amargo para los «viejos africanos», ya que el Grupo blindado había soportado muy bien las pruebas, sufriendo graves pérdidas. Tres de estos divisionarios, Prittwitz, Neumann-Silkow y Sümmermann, reposaban, con 1.631 soldados, en la arena del desierto. Rommel, sin embargo, no se consideraba derrotado. Se replegó hábilmente escapando a un rodeo que le continuaba amenazando, logrando llevarse consigo nueve mil prisioneros, entre los que había tres generales ingleses. En Agedabia, los británicos perdieron más de cien carros de combate bajo el fuego de las baterías antiaéreas alemanas. Giorgis y Bach contuvieron hasta el 17 de enero de 1942, una parte de las fuerzas de Ritchie ante el paso de Halfaya. El avance inglés quedó detenido.

Importantes acontecimientos se desarrollaban asimismo en el mar. El almirante Jachino se hizo nuevamente a la mar para proteger los convoyes de Trípoli. El «U-81» (Guggenberger) averió el acorazado «Malaya». La *X Flottiglia MAS*, unidad especial italiana, obtuvo un éxito aún mayor. El 19 de diciembre de 1941, el príncipe Junio Valerio Borghese condujo el submarino «Scire» ante Alejandría, en donde el teniente de navío Luigi Durand de la Penne y otros cinco hombres-rana fijaron en las quillas de los acorazados «Queen Elizabeth» y «Valiant» unas cargas explosivas. Estos dos navíos sufrieron tales averías que quedaron inutilizados para varios meses. Borghese operó igualmente ante La Valette desde donde el estudiante maltés Borg Pisani informaba por radio a la *X Flottiglia MAS* hasta el momento en que fue detenido y fusilado como espía por los ingleses. La 3.^a Flotilla alemana de lanchas rápidas (Kemnade) infligió igualmente sensibles pérdidas al enemigo.

La escuadra de cruceros ligeros, con base en Malta, había sido casi destruida por un campo de minas y el almirante Cunningham ya no contaba con fuerzas suficientes para abastecer la fortaleza insular ni para proteger el paso de los convoyes hacia Alejandría. La Gran Bretaña se enfrentó entonces con una situación naval extremadamente difícil. El 12 de febrero de 1942, por una operación muy osada, los acorazados de combate «Scharnhorst» y «Gneisenau», así como el crucero pesado «Prinz Eugen», que habían partido de Brest al mando del almirante Otto Ciliax, lograron franquear el Paso de Calais, dejando, por consiguiente, de constituir una amenaza para la navegación por el Atlántico. Desde aquel momento, los ingleses pudieron retirar igualmente unidades pesadas como el «Rodney» y el «Nelson» para mandarlos a Gibraltar. Pero, mientras, Jachino había logrado hacer llegar al Ejército de África un mínimo de carburante y munición, así como hombres y carros de combate.

A la misma hora en que Churchill anunciaba en la Cámara de los Comunes «la próxima y radical destrucción del Ejército germanoitaliano en África», Rommel daba a sus tropas la orden de ataque. Una tempestad de arena favoreció el despliegue y la contraofensiva comenzó al día siguiente, 19 de enero de 1942. El general Walther K. Nehring mandaba el ala derecha del Afrika Korps. A lo largo de la costa, Rommel manda personalmente, a través del campo de minas, el grupo de combate del teniente coronel Kerner Marcks, al que hizo seguir inmediatamente por el Cuerpo de Navarrini. La sorpresa fue completa: las brigadas inglesas fueron destrozadas, Agedabia cayó, Bengazi,

incendiada, cambió de dueño por cuarta vez. Ni Bastico, ni el Commando Supremo, habían sido prevenidos por Rommel, quien, al contrario, para asegurar el secreto, los había engañado deliberadamente. Estos intervinieron enérgicamente cerca del general alemán para que renunciara a su ofensiva.

Rommel no se dejó impresionar y persiguió al enemigo en retirada, sin dejarle un momento de respiro. Gracias a su servicio de escucha y utilizando los vehículos especialmente equipados para producir nubes de polvo, efectuó numerosas fintas. Derna fue conquistada y un comando de paracaidistas ocupó el oasis de Gialo. Rommel se detuvo, finalmente, frente a la posición defensiva construida por Ritchie alrededor de Gazala, al oeste de Tobruk. En diecisiete días había reconquistado casi toda la Cirenaica y colocado, provisionalmente, al Octavo Ejército inglés en la imposibilidad de reanudar la ofensiva.

«Es el amargo fin de la campaña de invierno que, según nuestros proyectos, hubiese debido llevarnos a Trípoli», declaró el general Auchinleck a su Estado Mayor, en El Cairo.

Una breve primavera había sustituido los intensos fríos de las semanas precedentes, y cubierto los bordes del desierto con florecientes crocus. El sol recobró muy pronto su ardor implacable. Pero en el teatro de operaciones ruso las tempestades de nieve hacían todavía furor y el termómetro continuaba entre los treinta y los cincuenta grados bajo cero. Cuando se lo permitía el tiempo y las circunstancias, los soldados alemanes se reunían, a pesar de los bichos, en las cabañas de los campesinos en las que las grandes estufas de barro hacían la existencia más soportable. Las deficiencias del abastecimiento no lograron hacer resolver a tiempo la cuestión de las prendas de abrigo, a pesar de la colecta organizada en el «frente interior» por las autoridades y las organizaciones del partido. El número de hombres que padecían congelación alcanzaba una proporción catastrófica. Los caballos fueron igualmente diezmos por la falta de forraje y las enfermedades.

El Ejército alemán no estaba preparado para una campaña de invierno en Rusia. Carecía de anoraks, de gorras forradas, de ropa interior caliente, de abrigos de cuello alto, de botas de fieltro, de calzado para la nieve, de trineos y de material de camuflaje blanco. Pero, principalmente, no poseía, como los rusos y los finlandeses, el entrenamiento indispensable para combatir en unas condiciones tan difíciles. Numerosos soldados conocieron, por vez primera, una crisis moral cuando constataban la falta de previsión del mando. Muchos recordaban, asustados, la suerte de la Grande Armee, en 1812. Aquí y allá la «sustitución» de probados jefes ejercía un efecto deprimente sobre su estado de ánimo. El hecho de que Hitler, imitando el ejemplo de Stalin, hubiese relevado al mariscal Walther von Brauchitsch para asumir directamente el mando, tenía que ser considerado como una acción de castigo. Al mismo tiempo fueron relevados hombres como Rundstedt, Bock, Leeb, Strauss, Stülpnagel, Guderian, Hoepner y otros más que gozaban de la completa confianza del Ejército.

Por suerte para el Ejército alemán, las diversas contraofensivas soviéticas no estaban planificadas de acuerdo con una concepción general, pues fueron más o menos improvisadas en función de las fuerzas de que disponían localmente. La Stavka y el

Comité de defensa se opusieron a las acciones de mayor envergadura. Algunos dirigentes consideraban más urgente constituir reservas, organizar la aviación y montar una potente industria al otro lado de los Urales. Stalin insistió, sin embargo, en favor de la creación de nuevas armas. El «T-34», concebido por el general de las unidades blindadas Pavel S. Ridalko y los «órganos de Stalin», realizados por los especialistas de la artillería como el general Andreas Kostikov y el coronel Iván Gwal, un aparato para lanzar cohetes que se instalaba sobre un camión corriente, se le antojaban capaces de ejercer una acción decisiva. Por razones de prestigio, puso como objetivo inmediato «la derrota total del agresor y su expulsión» de la Unión Soviética.

A principios de invierno, en el sector sur, Timochenko había concentrado tropas de refresco, sobre todo caucasianos y turaneses de los restos del Grupo de Ejércitos Budienni, para constituir una gran unidad nueva a las órdenes de los generales Fedor N. Remisor y Andrei I. Lopatin y reconquistar la cuenca del Donetz. Lopatin atacó por el ala izquierda. Reconquistó Rostov al Primer Ejército blindado (Kleist) y rechazó a los alemanes hasta la orilla occidental del Mius en donde el 49.º Cuerpo alpino (Konrad) y la División rápida eslovaca (Turaneck) conservaron sus posiciones. Un segundo grupo ofensivo ruso atravesó el Donetz en Izioum, en enero, para intentar cortar las comunicaciones del 17.º Ejército (Hoth). Esta penetración fue igualmente detenida. El Grupo de Ejércitos en el que Rundstedt había sido sustituido por el mariscal Walter von Reichenau, conservó la mayor parte del distrito industrial.

Más al sur, la «ofensiva Stalin», prevista para reconquistar la Crimea, alcanzó su punto culminante después de haber comenzado con feroces combates ante Sebastopol. Un Ejército soviético cruzó el estrecho de Kertch, que estaba helado. El almirante Oktiabrski desembarcó poderosos elementos de infantería en Feodosia, que rechazaron un contraataque rumano. El 42.º Cuerpo de Ejército (Sponeck) y la 46.ª División de Infantería (Himer), que estaba a sus órdenes, quedaron en peligro de ser cercados. A pesar de la orden formal de Manstein, las tropas alemanas abandonaron Kertch y se replegaron en desorden a la península en dirección a Parpatch perdiendo toda su artillería. Hitler llevó al conde Theodor Sponeck ante un tribunal marcial que lo condenó a muerte. Fue perdonado y el general fue encerrado tras las alambradas, en donde permaneció hasta el año 1944, en que fue asesinado.

La pérdida de la península de Kertch colocó a Manstein ante mayores dificultades. Pudo eliminarlas sólo de un modo incompleto en Parpatch, debido a la situación tan tensa en Sebastopol. La crisis se agudizó todavía más cuando Oktiabrski pasó a la costa occidental, efectuó un desembarco en Eupatoria y provocó un levantamiento de los guerrilleros que se estaban preparando desde hacía mucho tiempo. En el mismo momento, los insurgentes descendieron los montes Iaila hacia Simferopol, en donde se encontraban los grandes hospitales del Ejército. El terror fue grande, puesto que en Feodosia los rusos habían matado a todos los heridos alemanes, faltaban los medios de transporte, y los rumanos destinados a luchar contra los partisanos, habían sido enviados a diversos sectores del frente. Pero los soviets no supieron explotar su ventaja en el «cuello de botella» de Parpatch. El débil cerrojo germano-rumano resistió, Simferopol fue salvada, Eupatoria reconquistada y conservaron la Crimea.

A mediados de diciembre, la batalla frente a Moscú entró en su segunda fase. Se desarrolló según un plan concebido por el mariscal Chapochnikov y aprobado por Stalin. El general Pavel A. Artemiev fue encargado de la defensa central, principalmente con sus divisiones de milicias populares. Pero las fuerzas recién llegadas del Lejano Oriente constituyeron, uniéndose a las tropas aún en condiciones de luchar después de los últimos combates, tres Grupos de Ejército: el «Frente de Kalinin» (Koniev), el «Frente Oeste» (Chukov) y el «Frente Suroeste» (Sacharov). Estas unidades tenían que atacar cuando los alemanes perdieran su impulso defensivo. Dado que el espesor de la nieve no permitía alcanzar una gran profundidad con los carros de combate, el mando soviético concentró dos Cuerpos de caballería y tres brigadas aerotransportadas. Los guerrilleros prepararon su acción en la retaguardia alemana. Se establecieron principalmente en los bosques entre Viazma, Ielnia, Roslavl y Briansk, y empezaron su actividad, que consistía en disponer campos de aviación provisionales, cortar las carreteras y las vías férreas, atacar los convoyes y aislar las unidades de seguridad.

Stalin se había reservado el mando absoluto, pero todas las decisiones técnicas fueron tomadas prácticamente por Timochenko y Chapochnikov; el primero aseguraba la «coordinación» de las operaciones en el seno del Stavka y el segundo hacía el trabajo de Estado Mayor. El papel que se atribuyó Stalin se parece sorprendentemente al de Hitler. Ambos actuaban como hombres de Estado, daban «instrucciones» dictatoriales, implacables, subordinando las posibilidades militares a sus deseos y al mantenimiento de su prestigio y sacrificaron así, inútilmente, numerosas vidas humanas. El 16 de diciembre de 1941, por ejemplo, Hitler ordenó al mariscal Günther von Kluge, nuevo comandante del Grupo de Ejércitos Centro, de un modo categórico, que se hiciera fuerte y ofreciera una «resistencia fanática». Stalin lanzó batallones enteros, incluso a mujeres y niños, a atravesar los campos de minas para abrir el camino a las unidades de asalto. Detrás de la infantería soviética los destacamentos especiales abatían implacablemente a los desertores.

La nueva fase de la batalla por Moscú se inició en las dos alas por donde habían avanzado los Ejércitos blindados alemanes, a principios de diciembre, hasta Kalinin y Youla. Mientras que Chukov emprendía una campaña de posiciones con su Vigésimo Ejército (Vlassov), los Grupos de Ejércitos de los generales Ivan S. Koniev y Matvei W. Sacharov obtenían grandes éxitos. No sólo conquistaron un vasto terreno, sino que se apoderaron de una gran cantidad de material inmovilizado. La orden de resistir, dada por Hitler, provocó algunos pánicos locales; pero, al mismo tiempo, actuó como una mortaja que facilitaba las infiltraciones del frente. Koniev penetró por Veliki-Luki y lanzó fuerzas importantes sobre las comunicaciones de Esmolensko, detrás del 9.º Ejército alemán (Model), en donde ya operaban los guerrilleros. Una batalla de aniquilamiento fue iniciada, esta vez favorable a los rusos.

El Segundo Cuerpo de caballería (Sokolov) y el 39.º Ejército (Leliuchenko) rodearon Rjev y avanzaron hacia Viazma; el Cuarto Ejército alemán (Henrici), estacionado al sureste de esta ciudad, tuvo que replegarse en las dos alas perdiendo su enlace con el Segundo (Schmidt) y el Cuarto Ejército blindado (Ruoff). A través de las brechas penetraron las masas de caballería, los batallones de esquiadores y largas

columnas de trineos, en Medin, el 33.º Ejército soviético (Boldin), ante Mojaisk, el Primer Cuerpo de caballería de la Guardia (Bielov) y el 10º Ejército (Yemerenko). A fines de enero, los paracaidistas reforzaron a los partisanos. Centenares de aviones rusos aterrizaron detrás del frente alemán sin que los cazas del general Richthofen pudieran impedirlo a tiempo. Los soldados de caballería, los paracaidistas y los guerrilleros operaban en íntima colaboración, y en febrero y marzo, cercaron importantes centros de tráfico detrás del Grupo del Centro.

Sin embargo, los soviets no lograron cortar totalmente las líneas de comunicaciones alemanas. Ruoff, Heinrici y Model se despegaban y lograban cerrar las brechas entre sus posiciones. La nieve obstaculizaba los movimientos de los rusos, que conocieron igualmente las dificultades de abastecimiento. Una epidemia de tifus exantemático causó estragos en el Ejército Rojo. El 33.º Ejército soviético fue cercado y aniquilado. El Cuerpo de caballería Bielov sufrió a continuación una suerte parecida. Sus grandes éxitos iniciales no habían sido explotados. Stalin cometió el grave error de ordenar, durante la batalla por Moscú, otra ofensiva de gran estilo con el propósito de liberar Leningrado, obligar a los finlandeses a solicitar la paz y reconquistar los Estados bálticos.

Esta decisión le fue inspirada, sin duda, por los grandes éxitos iniciales obtenidos entre Kalinin y el lago Ilmen. Koniev logró romper el frente alemán hasta la desembocadura del Lovat. En el ala derecha del 16.º Ejército (Busch), ya debilitada, fueron cercadas importantes fuerzas alrededor de Kholm y Demiansk. Hubo que abastecerlas por medio de un puente aéreo. Cuando Busch, después de haber abandonado Tikhvin, replegó completamente su ala izquierda sobre el Volkov para estabilizar la situación, Stalin ordenó una persecución a fondo, pero el general Leonid A. Govorov, comandante del «Frente del Noroeste», sólo pudo reunir unas escasas unidades ofensivas. El Kremlin le destinó entonces varias divisiones que debían ser lanzadas ante Moscú. Así nació un nuevo Cuerpo de caballería y el Segundo Ejército de asalto cuyo mando fue confiado, en febrero, al general Andrei Vlassov, que acababa de demostrar su valer en la defensa de la capital.

Tenía por objetivo romper las comunicaciones del 18.º Ejército (Lindemann) frente a Leningrado. Desde octubre, defendía el sector de Oranienbaum y un gran recodo del frente que iba desde la bahía de Cronstadt a Schlüsselburg, sobre el lago Ladoga. A través de sus prismáticos de un aumento de cuarenta, los artilleros veían los puntos más característicos de Leningrado, la impresionante cúpula de la catedral de Isaac y la elegante flecha del Almirantazgo. El mariscal Kliment E. Vorochilov defendía la ciudad con su 54º Ejército soviético. La población pasó por innumerables penalidades. Casi todos los obreros se encontraban en el frente, en las milicias populares, y las mujeres, bajo la vigilancia de numerosos comisarios del NKVD, construían sobre el hielo del lago Ladoga una ruta para los camiones de abastecimiento. Reinaba el hambre, a pesar de esta comunicación con el interior. Los extranjeros informaron más tarde que en Leningrado sucumbieron seiscientos mil personas.

El Segundo Ejército de asalto soviético franqueó rápidamente el Volkov. El mariscal Georg von Küchler, que mandaba el Grupo Norte, en lugar de Leeb, no contaba con reservas y se encontró pronto en una situación muy difícil. Urgentemente, tuvieron que

destinar destacamentos de todas las divisiones que estaban a su alcance, y a pesar de su heterogénea composición, lograron detener al enemigo en Liouban. Los batallones de voluntarios estonios, letones, holandeses, flamencos, españoles y daneses lucharon al lado de los viejos regimientos alemanes. Cuando fue cerrada la brecha, Lindemann empezó a estrangular la bolsa, avanzando a lo largo del Volkov, mientras que fuertes grupos se abrían paso en sentido inverso. El espacio conquistado por los rusos fue de este modo reducido progresivamente. Stalin ordenó, demasiado tarde, la retirada del Segundo Ejército. El deshielo obstaculizó los movimientos. Numerosos soldados rojos hallaron la muerte en el curso de feroces combates que se libraron en los bosques y en los pantanos: 32.759 se rindieron. Finalmente, los voluntarios españoles capturaron a un oficial, completamente agotado: el general Andrei A. Vlassov.

Casi al mismo tiempo, la situación fue restablecida en el valle del Lovat. En Demiansk, las fracciones del Segundo y Décimo Cuerpo de Ejército (Brockdorf), seis divisiones en total, resistieron durante más de nueve semanas unos ataques muy violentos, con unas raciones muy reducidas y unos fríos que alcanzaban los cuarenta y cincuenta grados bajo cero. Más al sur, en unas condiciones más difíciles aún, el general Scherer se mantenía en Kholm. Las dos bolsas fueron eliminadas el 27 de abril y el 3 de mayo, respectivamente. Una contraofensiva, dirigida por el general Walther von Seydlitz-Kurzbach, rompió las posiciones de defensa, de una profundidad de cuarenta kilómetros y restableció el enlace con Demiansk. Dos días después fue cerrada la brecha entre el lago limen y Velikie-Louki. Así terminó la primera campaña de invierno en Rusia. El Ejército alemán se preparaba para nuevos golpes.

LAS OPERACIONES EN 1942

A causa de la campaña de invierno, los tres Grupos de Ejército alemanes en Rusia no pudieron, al mismo tiempo, pasar a la ofensiva. La necesidad de reemplazar las pérdidas no permitía reanudar el avance antes de fines de junio y aun entonces sólo en un sector. La Luftwaffe salió muy debilitada de las operaciones invernales, ya que, en especial, había sufrido graves daños que le dificultaban el abastecimiento de las bolsas de Demiansk y de Kholm y había destinado igualmente importantes unidades a Italia. Carecía de pilotos, de cazas y de aviones de transporte. Igualmente la reconstitución de los Ejércitos blindados tropezaba con graves dificultades técnicas. La instalación de un cañón de tubo largo sobre el «P-IV» no progresó con la suficiente rapidez. En algunos lugares, la infantería se vio obligada, todavía durante meses, a librar combates en los bosques para aniquilar los destacamentos enemigos cercados, proceder a rectificaciones del frente y poner fuera de combate a los guerrilleros.

Por otro lado, los soviets no podían pretender haber dado un nuevo rumbo a la guerra por sus numerosas ofensivas de invierno. Sus pérdidas eran mucho más considerables que las de los alemanes. En la primavera, cuando llegó el período del barro,

sufrieron unas penalidades mucho mayores aún que hasta entonces, aunque había sido creado un Comisariado especial para la producción de morteros de infantería y había sido aumentada la producción de carros de combate y de aviones. El hambre reinaba en el Ejército y la población. Era imposible procurarse calzado y ropas. Las materias primas, las máquinas y los medios de transporte no bastaban para reconstruir una industria importante. Pero, y este era el hecho capital, en el curso de una conferencia que duró varias semanas en Washington (22 de diciembre de 1941 a 15 de enero de 1942), Roosevelt y Churchill decidieron conceder prioridad al teatro ruso y aumentar sus suministros, a pesar de las necesidades de la lucha contra los japoneses.

Los abastecimientos se efectuaron por tres itinerarios. El primero partía de la costa oriental de América para llegar a los puertos árticos de Murmansk, Arkangel y Molotovsk. El segundo cruzaba el Atlántico sur, doblaba el cabo de la Buena Esperanza y alcanzaba el Golfo pérsico, en donde las descargas se efectuaban en Bassorah y Ormuz. El tercero, finalmente, unía San Francisco con Vladivostok. Los barcos eran, en su mayor parte, americanos e ingleses, pero había también barcos noruegos, griegos y holandeses. Los buques de carga soviéticos sólo se unían, excepcionalmente, a los convoyes angloamericanos. En el Pacífico, navegaban aisladamente, sin ninguna protección y los japoneses nunca los atacaron, a pesar de que transportaban material de guerra americano para ser empleado contra los alemanes.

La escolta de los convoyes aliados fue asegurada por barcos de todas clases, desde los submarinos a los portaaviones, en íntima colaboración con los reconocimientos aéreos y con una red terrestre de numerosas estaciones meteorológicas, equipadas con radar, instaladas, por ejemplo, en las costas de Groenlandia, en Islandia, en la isla Jan Mayen y en Spitzberg. El 22 de enero, recurriendo a medios coactivos similares a los que ya había empleado Wilson en 1917, Roosevelt obtuvo el rompimiento de relaciones diplomáticas entre el Brasil y Alemania, e incluso más tarde una declaración de guerra por parte del presidente Getulio Vargas, de modo que los aviadores americanos pudieron, desde entonces, utilizar al importante campo de aviación de Fortaleza y los navíos de guerra brasileños participaron en la protección de los convoyes.

En el marco de la estrategia naval, las fuerzas británicas desembarcaron en Madagascar en mayo de 1942. Esta operación, precedida por la ocupación de Djibouti, fue ejecutada por la Flota británica de Oriente a las órdenes del almirante James Somerville, que comprendía los acorazados «Royal Sovereign», «Resolution», «Revenge», «Ramillies», «Warspite», el pequeño portaaviones «Hermes», además de cruceros y destructores. Pero todos esos navíos eran de modelo antiguo y cuando el almirante japonés Chuichi Nagumo, se acercó a Ceylán para bombardear el puerto de Colombo con sus aviones, los ingleses tuvieron la fortuna que no poseía radar para descubrirlos. Nagumo remontó el golfo de Bengala a lo largo de la costa oriental de la India, en donde, con sus portaaviones y submarinos hundió ciento cuarenta mil toneladas de barcos mercantes, dos cruceros ingleses y el «Hermes». Mucho más tarde, los japoneses atacaron la Flota de Oriente, en Diego-Suárez, en donde un submarino causó averías en el «Ramillies».

Esta decisión, tomada por Churchill, de constituir una Flota de Oriente, costó muy cara a los Aliados, ya que tuvieron que desguarnecer la Home Fleet y las otras dos Flotas del Mediterráneo. Las potencias del Eje pudieron dedicarse a eliminar la amenaza constituida por Malta y reorganizar el reavituallamiento de África del Norte. Al mismo tiempo, sus submarinos obtenían grandes éxitos en los océanos a cambio de pérdidas muy reducidas. Además, el Alto Mando de la Wehrmacht concentró importantes fuerzas en la costa noruega para atacar los convoyes del Ártico. Churchill sufrió tales temores que solicitó la ayuda de Washington. El almirante Ernest J. King, nuevo comandante en jefe de la Marina americana, no estaba dispuesto, de ningún modo, a satisfacer los deseos ingleses. Sin embargo, Roosevelt ya había decidido que el teatro de operaciones europeo debía gozar de prioridad y Estados Unidos, a pesar de la situación, entonces muy tensa, en el Pacífico, enviaron al almirante John W. Wilcox con la Task Force 99 para reforzar la Home Fleet y contribuir a la protección de las comunicaciones con Rusia a través del Ártico.

Wilcox fue arrastrado por una ola y se ahogó. El portaaviones americano «Wasp» recibió orden de destinar aviones a Malta. Los demás barcos de la Task Force pasaron al mando del almirante inglés sir John Tovey. La Home Fleet que contaba entonces, como grandes unidades, solamente con el «King George V» y el «Victorious», fue reforzada por los acorazados «Washington» y «North Carolina», dos cruceros y una flotilla de torpederos y aseguró la protección de los convoyes que se había hecho mucho más necesaria, puesto que los alemanes amenazaban a éstos, no sólo con sus aviones y sus submarinos, sino también con las fuerzas de superficie. Si el «Scharnhorst» y el «Gneisenau» no hubiesen sido gravemente averiados por las minas delante de la costa holandesa cuando franqueaban el Paso de Calais, y el «Prinz Eugen» por un torpedo ante Trondjehm, el Mando alemán hubiera podido ejercer el dominio del mar entre el cabo Norte y Spitzberg. Pero incluso sin estos navíos, el almirante Otto Ciliax contaba con una fuerza impresionante: el nuevo acorazado «Tirpitz», en donde había enarbolado su insignia, los cruceros «Admiral Hipper», «Admiral Scheer», «Lützow» y «Köln».

En los dos bandos, estas fuerzas actuaban como *fleet in being*, es decir, por su sola presencia. Rehuían una batalla abierta. Ni Ciliax, ni sus sucesores pudieron actuar a fondo contra los convoyes del Ártico, dado que Hitler había prohibido formalmente al Alto Mando naval arriesgar las grandes unidades. Por otro lado, los ingleses evitaban cuidadosamente cualquier encuentro con el «Tirpitz». Las graves pérdidas sufridas por sus «Convoyes PQ» fueron debidas principalmente a los aviones y submarinos, entre los que los más afortunados fueron el «U-251» (Timm), el «U-255» (Reche) y el «U-456» (Teichert). Los cuatro convoyes que se congregaron, a partir del 1 de marzo de 1942, en la rada de Greenock, en Escocia, y en Reikjavik, perdieron 23 de sus 81 buques de carga. A fines de junio, el «PQ-17» abandonó Islandia con 35 barcos mercantes, de los que 24 fueron destruidos, una semana más tarde.

La Gran Bretaña y Estados Unidos no podían soportar tales pérdidas durante un plazo de tiempo demasiado largo. A las causadas por los aviones y los submarinos se añadían las provocadas por las minas y los numerosos bombardeos de Murmansk, ciento cincuenta y seis en abril de 1942. La dirección de estos convoyes, establecida en

Liverpool, insistió en no organizar ninguno más. Se celebraron diversas reuniones en el Almirantazgo británico entre los jefes de los Estados Mayores y entre Roosevelt y Churchill. Fue, en efecto, decidido interrumpir provisionalmente el paso de los convoyes al Ártico. El Mando soviético protestó enérgicamente, Stalin se dirigió directamente al primer ministro inglés y llamó la atención de que Rusia llevaba, ella sola, todo el peso de la guerra y que, por tanto, tenía derecho al menos a una ayuda material. Churchill se mantuvo firme en su decisión; pero, sin embargo, con el fin de apaciguar al Kremlin, envió a Murmansk el crucero americano «Tuscaloosa» con una pareja de destructores.

Esta decisión de interrumpir los convoyes del Ártico estaba inspirada, asimismo, por otras razones. El número de submarinos que operaban en el Atlántico había sido aumentado considerablemente, y con ellos, la cifra de las destrucciones, lo que obligaba a adoptar nuevas medidas de protección. Principalmente, el Almirantazgo británico tenía que hacer pasar un gran convoy por Gibraltar, reforzar su Flota del Mediterráneo, que había quedado considerablemente reducida, conseguir que Malta siguiera resistiendo y atacar las comunicaciones de Rommel. A principios de diciembre de 1941, Churchill había nombrado al general sir Allan Brooke, jefe del Estado Mayor imperial para sustituir a Dill, pues contaba en él como un consejero militar que sabía «reducir a una medida razonable sus numerosas y geniales inspiraciones de diletante» y deseaba dar una orientación precisa al esfuerzo de la guerra. Mientras que Churchill pensaba desembarcar en Petsamo, en Noruega, en Francia, en Marruecos, en Birmania, en Spitzberg y en las islas anglonormandas, Brooke estimaba que la decisión había que buscarla en el espacio comprendido entre los frentes de Auchinleck y Alexander: en África del Norte, el Cercano Oriente y la India.

Fue, sin duda alguna, el primer estratega en darse cuenta que Birmania, Libia y la Rusia meridional constituían unos teatros de operaciones asociados, con las que las potencias del Pacto tripartito podían dominar el Cercano Oriente, el Irán, el Afganistán y la India. En febrero, cuando Rommel, en compañía de Westphal, llegó en avión al cuartel general en Rastenburg, para convencer al Alto Mando de la Wehrmacht de la necesidad de una nueva ofensiva en África, pensaba, única y exclusivamente, en apoderarse del Canal de Suez, intención por la que Hitler y Jodl no veían la menor necesidad. Mussolini y el Commando Supremo presentaron también sus objeciones. Cavallero pretendía conquistar antes Malta. Una división italiana de paracaidistas fue prevista para hacerlo a fines de junio (Operación «Hércules»). Los preparativos parecían irse alargando y Keselring obtuvo la aprobación de Cavallero para una ofensiva parcial hasta la frontera egipcia.

El Abwehr, dirigido por el almirante Wilhelm Canaris, emprendió entonces diversas acciones. Trató de establecer un enlace permanente con los medios caiotas, hostiles a los ingleses. El país del rey Faruk era neutral, pero había tenido que aceptar un alto comisario británico y servir de base a los Ejércitos de la Gran Bretaña. Muchos jóvenes oficiales egipcios estaban indignados. Juraron por El Masri Pachá, antiguo jefe del Estado Mayor general, y constituyeron, con hombres como Anwar el Sadat y Gamel Abdel Nasser, camarillas en las que se prometían, con una victoria de Rommel, obtener un cambio decisivo en Egipto. Pero no se trataba en realidad de una «quinta columna». El

comandante Nikolaus Ritter no logró que El Masri se trasladara a Alemania y fue necesario lograr relaciones de otra índole.

Canaris deseaba procurarse fuentes de información. No le bastaba que el hábil agente italiano, Bianca Bergami, le hubiera proporcionado, a fines de agosto del año 1941, la clave del agregado militar americano, lo que había permitido al Abwehr obtener preciosa información. Canaris mandó también al capitán Laszlo Almaszy, notable especialista del Sahara, para conducir hasta el valle del Nilo, a través del desierto, a dos oficiales del Regimiento «Brandenburg»: John Eppler y Hand-Gerd Sandstede. Almaszy realizó sin incidentes su viaje de tres mil kilómetros (Operación «Salam»). Eppler y Sandstede alquilieron una habitación flotante sobre el Nilo, establecieron contacto con el movimiento de la Resistencia y obtuvieron numerosa información con ayuda de la bailarina Hekmat Fahmi.

Rommel tenía ante sí un fuerte obstáculo: la posición de Gazala, de sesenta y cinco kilómetros de extensión, con tres amplios campos de minas rodeados de boxes, defendidas por los sudafricanos, unidades de la Guardia inglesa, indios y franceses libres. Detrás, Ritchie había dispuesto tres divisiones blindadas para impedir una rotura del frente o un desbordamiento. Esta reserva se apoyaba sobre la fortaleza de Tobruk, en la que se hallaban numerosos depósitos de aprovisionamiento que eran abastecidos a diario por los barcos. Los efectivos de los dos campos eran más o menos iguales, pero dos de los tres Cuerpos italianos, así como algunas tropas alemanas, no poseían vehículos de transporte. Por otro lado, Rommel solamente contaba con dieciocho unidades de transporte de combustible y víveres para treinta días. Para formar los batallones de carros de combate tenían solamente en línea los 332 carros del Afrika Korps que debían enfrentarse con los 650 carros de combate ingleses, de los cuales muchos eran de un tipo superior suministrados por Estados Unidos a título de préstamo y arriendo.

Rommel decidió fijar al Octavo Ejército con un ataque frontal efectuado por los dos Cuerpos italianos al mando del general Ludwig Crüwell, su delegado, mientras que él mismo, con el Afrika Korps (Nehring), la 90.^a División ligera (Kleemann) y un Cuerpo italiano motorizado (Baldassare) rodearía la posición por el sur y haría avanzar una fuerte cuña blindada hacia la Via Balb. La operación empezó el 28 de mayo de 1942, pero fracasó. Crüwell fue abatido en el curso de un vuelo de reconocimiento. El ala de envolvimiento resistió enérgicos contraataques entre Gazala y Tobruk y perdió su libertad de acción. El nuevo carro de combate «Grant» y los cañones ingleses de 57 mm., causaron grandes pérdidas entre los atacantes. Las fuerzas de Rommel habrían quedado completamente desorganizadas sin la intervención del 135.º Regimiento de la defensa antiaérea que logró proteger los flancos. Pero el Afrika Korps no podía ya avanzar, ni retroceder, se encontraba prácticamente cercado. Auchinleck felicitaba ya a Ritchie por su victoria.

Rommel celebró consejo con Beyerlein, Westphal y Nehring, y decidió forzar la posición de Gazala por el este, con el fin de sustraer sus unidades rápidas a la destrucción que les amenazaba. Lo consiguió, aunque pagó por ello un precio muy elevado y empezó inmediatamente la segunda fase de la batalla. Avanzó sobre el punto de apoyo de Bir Hakeim, piedra angular del sistema defensivo y lo conquistó después de ocho días de

violentos combates contra la guarnición, compuesta por tres mil legionarios franceses al mando del teniente coronel Pierre Koenig. El 11 de junio, con gran sorpresa por parte de los ingleses, Rommel había reconquistado la iniciativa. El frente de Gazala fue agitado. El general Walther Nehring apareció en la retaguardia de los sudafricanos. La Guardia inglesa se dejó aniquilar en Knightsbridge. Ritchie lanzó la orden «*Freeborn*», que significaba el repliegue sobre Tobruk.

El Mando inglés había perdido el control sobre el Octavo Ejército. Ignoraba cuántas tropas lograrían despegarse y se preguntaba si Rommel atacaría inmediatamente Tobruk o avanzaría sin pérdida de tiempo hacia la frontera egipcia, Bardia y Sollum, en donde Ritchie concentraba sus brigadas blindadas, vencidas. Y una vez más, Rommel hizo lo que menos se esperaba. Condujo el Afrika Korps al sur de Tobruk, dio bruscamente media vuelta, alcanzando Gambout, luego, con el 20.º Cuerpo italiano (Baldassare), penetró en la zona fortificada procedente del este, mientras que ciento sesenta aviones del Eje arrojaban sus bombas sobre la ciudad. La resistencia cesó catorce horas después. El general Hendrick B. Klopper capituló Cuarenta y cinco mil prisioneros, en números redondos, entre los que había cinco comandantes de división, cerca de mil vehículos de combate y cuatrocientos cañones, cayeron en manos de los vencedores.

Durante esta batalla de Gazala, dos convoyes sufrieron en el Mediterráneo una derrota que fue casi tan deprimente para la Gran Bretaña. Habían partido de Alejandría y de Gibraltar para abastecer Malta, que se encontraba en una situación muy delicada. El convoy del Oeste fue escoltado por el acorazado «Malaya», los portaaviones «Argus» y «Eagle», cuatro cruceros y diecisiete destructores, mientras que el del Este era protegido por ocho cruceros y veintisiete destructores. Los italianos, apoyados por aviones y submarinos alemanes, atacaron enérgicamente. El almirante Angelo Jachino mandaba los acorazados «Littorio» y «Vittorio Veneto», que se lanzaron contra el convoy que había partido de Alejandría. La flota de cruceros ligeros del almirante Alberto da Zara, operaba al noreste de Pantelleria. Los aviones torpederos, las lanchas rápidas y los submarinos consiguieron igualmente grandes éxitos. El 15 de junio, los ingleses perdieron un crucero, cinco destructores y seis transportes. Otros barcos fueron gravemente averiados. Solamente dos barcos de carga, y uno de ellos incendiado, llegaron a Malta.

El día mismo de la conquista de Tobruk, Kesselring llegó a África en avión para discutir la situación con Rommel. Surgieron serias divergencias de opinión. Kesselring se ceñía al plan que había sido aprobado en mayo, que preveía la detención de la ofensiva en la frontera egipcia, y luego la conquista de Malta. Rommel no quería interrumpir su avance. Según informaciones recibidas de El Cairo, sabía que Auchinleck había mandado a buscar elementos del Décimo Ejército (Wilson) y esperaba unidades blindadas americanas. Deseaba entrar en Alejandría o en El Cairo antes de la intervención de estas fuerzas para no verse obligado a replegarse sobre una base más cercana a Trípoli. Kesselring declaró que una continuación de la ofensiva no era posible sin un apoyo suficiente de la Aviación. Si ésta tenía que colaborar con el Ejército blindado habría de suspender el bombardeo de Malta, que se convertiría de nuevo en una grave amenaza para el abastecimiento germanoitaliano.

Realmente, los italianos no podían pensar ahora, como tampoco anteriormente, en una conquista de la isla. Kesselring, el Mando supremo de la Marina y el Comando Supremo se oponían a la continuación de la ofensiva y Rommel recabó entonces el apoyo de Hitler. Este, como consecuencia de recientes victorias, alimentaba una auténtica megalomanía. Jugaba con la idea que temía Brooke, es decir, el lanzamiento de poderosos ataques a través de Egipto, Palestina y Mesopotamia con el fin de apoderarse de las regiones petrolíferas del Irán, en combinación con una ofensiva aún más poderosa por el norte del Mar Negro que destruiría las últimas reservas de Stalin y forzaría los pasos orográficos del Cáucaso. Algún día los ejércitos del Eje establecerían contacto con los japoneses procedentes de Birmania. Pero todo eso eran solamente utopías. Sin embargo, Hitler las presentó con tal fuerza de sugestión que Mussolini mandó buscar un caballo para su entrada triunfal en El Cairo. «Duce —le telegrafió Hitler—, la diosa de la victoria sólo acostumbra sonreír una vez en la vida de un hombre».

Lo más probable es que Rommel hubiera reclamado menos insistentemente la continuación de la ofensiva si hubiese conocido a tiempo los medios de que podía disponer Auchinleck al oeste de Alejandría, incluso sin contar con el Décimo Ejército y los carros de combate americanos. Eppler y Sandstede, que poseían a este respecto unas informaciones muy concluyentes, no pudieron transmitir las porque en Gazala una unidad alemana de transmisiones había sido hecha prisionera por los ingleses con su clave, y desde aquel momento, habían quedado «emparedados». El general inglés todavía contaba con numerosas minas con las que decidió bloquear los avances de una línea de antiguas bases en la región de El Alamein, entre el Mediterráneo y la depresión de Qattara, infranqueable por los carros de combate. Detrás de este cerrojo, Ritchie debía concentrar todas las unidades que se retiraban de Libia. Sin embargo, el gran factor en manos del comandante en jefe del Cercano Oriente era su aviación, indemne y eficaz y con unos campos de aviación bien aprovisionados.

Rommel, ascendido a mariscal después de la conquista de Tobruk, franqueó la frontera egipcia el 22 de junio de 1942. Su ofensiva conservó todo su impulso inicial. Conquistó Sollum, el paso de Halfaya, Sidi Barani, encontrando en este último lugar el carburante del que tenía necesidad urgente. Los ingleses sufrieron una nueva derrota en Marsa Matruk, pero una gran parte de su infantería pudo escapar de la destrucción. Una *ghibli* o tempestad de arena ocultó el Afrika Korps a la vista de los aviadores ingleses. Sin embargo, cuando las divisiones alemanas aparecieron ante El Alamein, fueron sometidas a violentos bombardeos aéreos. Rommel intentó continuar el avance del 1 al 3 de julio, pero fracasó ante una encarnizada resistencia. Los neozelandeses de Freyberg derrotaron el 20.º Cuerpo italiano. Al cabo de ocho días, el Afrika Korps contaba solamente con unos cincuenta carros de combate. Los cuatro regimientos de infantería de la 90.ª División ligera contaban, entre todos, solamente mil quinientos hombres y treinta piezas anticarros. Los 10.º y 21.º Cuerpo italianos poseían un efectivo de once batallones, de doscientos soldados cada uno, treinta baterías ligeras y cinco pesadas. En estas condiciones, había que renunciar a nuevos ataques.

La detención del avance ante El Alamein no modificó en absoluto los proyectos de ofensiva en la Rusia meridional. Tenían su origen en las ideas, expresadas en el año 1940

por Hitler, de saber que la «fuerza vital» de la Unión Soviética no podía ser aniquilada de un modo decisivo por «un avance hasta la región de los pozos de petróleo alrededor de Bakú». La Instrucción número 41 del Führer, fechada el 5 de abril de 1942, fijaba los objetivos. El ala meridional del Ejército alemán debía derrotar radicalmente a los soviets, avanzar en dirección a Voroonej y Stalingrado y hasta el Cáucaso. A pesar del consejo de Halder, que temía una dispersión de fuerzas y ponía en duda la posibilidad de obtener un éxito por medio de unas operaciones más amplias, Hitler aún quería, al mismo tiempo, ocupar Leningrado, porque deseaba, por razones políticas, establecer un contacto más estrecho con los finlandeses.

Pero antes de avanzar hacia el Cáucaso, había que eliminar diversos elementos soviéticos que, en el curso del invierno, se habían introducido en los sectores del frente en la retaguardia de las fuerzas alemanas, por ejemplo, en Iziun, Kertch y Sebastopol. Los rusos se dieron cuenta a tiempo de las intenciones de Hitler y decidieron tomar Charkov para destruir todo un Ejército alemán. Timochenko lanzó nuevos ataques frenéticos y realizó profundas penetraciones al oeste de Bielgorod, de Voltschansk y de Merefá. Bock, que mandaba el Grupo de Ejércitos Sur desde la muerte de Reichenau, no experimentó una gran inquietud; al contrario, el adversario le proporcionó la ocasión de desencadenar un poderoso contraataque. Las avanzadillas de las unidades blindadas y las divisiones de infantería germano-rumanas cercaron grandes efectivos ante el Donetz. El comunicado anunció 240.000 prisioneros y la captura o la destrucción de 2.026 cañones y 1.249 carros de combate.

Las pérdidas soviéticas fueron igualmente muy elevadas en la Operación «Trappenfang», organizada por Manstein para reconquistar la península de Kertch. Una unidad rápida germano-rumana avanzó hacia el Este, mientras que las lanchas de asalto envolvían el flanco marítimo del adversario. El ataque proyectado, desde ya hacía mucho tiempo, contra Sebastopol, que era defendida ferozmente por el general Ivan J. Petrov, pudo por fin ser lanzado. Un bombardeo de cinco días por los aviones del 8.º Cuerpo aéreo (Richthofen) y por una poderosa artillería que contaba dos morteros de 600 mm. y uno de 800 mm., había de preparar el avance de la infantería. Sin embargo, fueron necesarias dos semanas de combates muy violentos para hundir el frente norte de la fortaleza entre el valle del Belbek y la bahía de Severnaia, y la batalla fue librada durante ocho días más alrededor de las escarpadas montañas situadas al este de Balaclava. El 29 de junio, los comisarios soviéticos hicieron saltar, en Inkermann, las viejas cavas que habían servido para la fabricación del champaña de la Crimea y en las que se hallaban millares de heridos y de paisanos. Horas más tarde, el ataque fue lanzado contra la posición de Sapoun que defendía directamente la ciudad. No hubo capitulación. Petrov huyó por mar en una lancha rápida y sus tropas se rindieron o se dejaron matar.

Después de la conquista de Sebastopol, el 11.º Ejército (Manstein) no fue enviado al combate, tal como se había previsto en un principio en la región de Kuban, al otro lado del estrecho de Kertch, sino fraccionado. Conservó solamente un Cuerpo alpino rumano (Avramescu) y dos divisiones alemanas. La famosa 22.ª División de infantería (Wolff) fue transformada en unidad aerotransportada y destinada otra vez a Creta. Otra fue adscrita al Grupo de Ejércitos Centro. En cuanto al mariscal Erich von Manstein, fue

destinado a Leningrado con su Estado Mayor y cuatro divisiones. Sin embargo, la batalla decisiva para la captura de la fortaleza del Neva no llegó a efectuarse. Por un lado, las fuerzas de Manstein eran insuficientes, por el otro, Finlandia, que había reconquistado Hanko y Suursaari durante el invierno y había podido efectuar operaciones de objetivo limitado, no quería lanzarse a ninguna batalla de posiciones en el istmo de Carelia, puesto que temía que Estados Unidos le declarasen la guerra, además de la Gran Bretaña, y quería demostrar que no constituía ningún peligro para Leningrado.

La gran ofensiva alemana de verano fue lanzada el 27 de junio. Participaron dos nuevos Grupos de Ejército: el Grupo A (List, luego Kleist), que atacó entre Taganrog e Izioum con el 17.º Ejército (Ruoff) y el Primer Ejército blindado (Kleist), y el Grupo B (Bock, luego Weichs) que operaba sobre la línea Izioum-Koursk y comprendía tres grandes unidades: el Sexto Ejército (Paulus), el Cuarto Ejército blindado (Hoth) y el Segundo Ejército (Weichs). Fueron mantenidos en la reserva el Tercero (Dumitrescu) y el Cuarto (Constantinescu) ejércitos rumanos, el Segundo Ejército húngaro (Jány) y el Octavo Ejército italiano (Garibaldi). De acuerdo con este plan, las fuerzas del mariscal Fedor von Bock debían avanzar sobre el Don, capturar Voroneje para servir de cabeza de puente y establecer luego un sistema defensivo al noroeste de la ciudad. El mariscal Wilhelm List entraría en combate dos semanas después.

Todo se desarrolló como estaba previsto. Weichs conquistó Voroneje. Hoth y Paulus llegaron simultáneamente al Don y giraron hacia el sur. Mientras que el Sexto Ejército llegaba a Kalatch, y a su izquierda, los ejércitos aliados avanzaban hacia el río, las unidades blindadas de Hoth franqueaban el río en Tsimlianskaia y avanzaban hacia Stalingrado. El 9 de julio, el Grupo A se puso en marcha, ocupó Vorochilovsk y el recodo del Donetz. Las unidades del 17.ª Ejército y de la infantería eslovaca tomaron Rostov al asalto. Del otro lado del río, un salvaje contraataque de la caballería soviética señaló el fin de la resistencia. El frente ruso había sido roto en una longitud de seiscientos cincuenta kilómetros y en una profundidad de quinientos. Radio Moscú empezó a hablar en un tono muy grave, casi desesperado. Litvinov y Maisky intervinieron diplomáticamente cerca de las potencias occidentales para obtener ayuda. Stalin prohibió cualquier nuevo repliegue a Timochenko.

Sin embargo, la extraordinaria elasticidad del Mando soviético le permitió sobrevivir la prueba. El abatimiento de un avión le proporcionó, por pura casualidad, el plan alemán («Azul»). Timochenko se enteró entonces que Hitler proyectaba aniquilar su Grupo de Ejércitos (ante el Don), el Cuarto y Sexto Ejércitos habían de ser usados como martillos, el Primer blindado y el 17.ª Ejército, de yunque. Este conocimiento le permitió escapar a tiempo. La batalla decisiva, anhelada por Hitler, no se desarrolló ni sobre el Don, ni tampoco sobre el Donetz. Después de dos semanas de avances ininterrumpidos, el Alto Mando de la Wehrmacht anunció que solamente habían sido hechos 88.689 prisioneros. La masa de las unidades soviéticas se replegaba detrás de Voroneje, Stalingrado y Krasnodar, en donde estas unidades fueron paulatinamente reorganizadas. A partir del 10 de julio llegaron a los alrededores de Stalingrado el 62.º Ejército (Tchuikov) y el 64.º Ejército (Chumilov), retirados de la reserva de la Stavka.

Hitler fue debidamente informado. Sin embargo, el 23 de julio publicó su Instrucción núm. 45, «sobre la continuación de la Operación "Braunschweig"». Fijaba dos objetivos a los atacantes: Stalingrado y Bakú. De paso serían eliminados los últimos puertos en el mar Negro y ocupadas la región del Volga inferior, con Astracán y la costa del Mar Caspio. Aunque estas operaciones eran divergentes y las líneas de comunicación habían de alargarse al máximo, Hitler ordenó que varias unidades del Grupo A estuvieran dispuestas para ser transportadas a Francia y preparar el asalto final contra Leningrado. Era evidente que había perdido el sentido en la apreciación de las posibilidades militares. El conflicto que reinaba desde ya hacía varios años entre él y Halder alcanzó entonces su fase final, y después de largas y penosas discusiones, el jefe del Estado Mayor general hubo de renunciar a su cargo, a fines de setiembre.

La ofensiva contra Stalingrado progresó de modo lento. El Sexto Ejército (Paulus) franqueó el Don solo el 21 de agosto, en Kalatch y lanzó una débil avanzadilla blindada hacia el Volga. Fue establecido un frente decisivo, a cambio de combates muy duros entre los dos ríos al abrigo del cual el 51.º Cuerpo de Ejército (Seydlitz) penetró en la ciudad, que se prolongaba unos cuarenta kilómetros con sus enormes complejos industriales, luchando casa por casa. El Cuarto Ejército blindado (Hoth), debilitado, logró avanzar igualmente después de haber sufrido un primer fracaso. Mientras las tropas rumanas cubrían su retaguardia, el 14.º Cuerpo de Ejército (Hube) progresaba entre las ruinas de los suburbios meridionales, sufriendo ya desde el primer momento pérdidas muy elevadas. Acababa de iniciarse una lucha extremadamente mortal.

El Grupo A cruzó la estepa de Kuban. Reforzado por un Cuerpo que Hoth hubo de cederle, el Primer Ejército blindado de Kleist avanzó hacia Maikop, Piatigorsk y Mosdok sin poder evitar, sin embargo, que los rusos destruyeran antes sus instalaciones petrolíferas. El 17.º Ejército (Ruoff) conquistó Krasnodar y franqueó el Kuban mientras que el Cuerpo alpino rumano (Avramescu) desembarcaba en la península de Taman. Los legionarios del Regimiento «Brandenburg» ayudaron a limpiar de enemigos las lagunas de la desembocadura del Kuban. Anapa y Novorosisk fueron conquistadas. El Cáucaso, una cadena montañosa tan larga como los Alpes, pero más alta y mucho más salvaje, cerraba el camino. Detrás de esta impresionante barrera, Budienni tenía concentrados al menos cinco grandes unidades: el 58.º Ejército (Meliniov), el 9.º (Korotiev), el 37.º (Koslov), el 46.º (Rosli) y el 18.º (Gretchko), y, además, la Flota del almirante Oktiabrski se mantenía firme en Poti para asegurar el abastecimiento.

La infantería del 17.º Ejército alemán recorrió a marchas forzadas ochocientos kilómetros, frecuentemente, aguantando un calor de cincuenta grados, entre inmensas nubes de polvo. Sin embargo, sus divisiones, con los rumanos y eslovacos, avanzaban a través de los espesos y frondosos bosques del Cáucaso para ocupar algunos puertos orográficos. El Kloukhor fue tomado al asalto, un batallón ocupó el desfiladero de Allistrakhou y el capitán Max Gammerle izó la bandera del Reich en el Elbrus, de 5.633 metros de altitud. Sukhum, Adler, Sotchr y Toupse constituían los próximos objetivos. Pero Oktiabrski envió sus cruceros delante de esos puertos para batir con su fuego las carreteras que descendían del Cáucaso. Un desembarco aéreo, efectuado por el Regimiento «Brandenburg», bajo la dirección del combatiente de la libertad tschetscheno

Hamdi Mansura tropezó con una fuerte resistencia y no pudo desencadenar una revuelta en Transcaucasia como habían pretendido.

Los errores y las faltas de organización tuvieron también consecuencias funestas. Las tropas alpinas no hicieron acto de presencia, debido a que el Cuerpo alpino italiano, que en un principio había sido previsto para combatir en el Cáucaso, había sido enviado al Don por orden de Hitler. El número de mulas y carros se reveló como insuficiente. Sin esos animales, era preciso renunciar a continuar el avance incluso por la zona occidental del Cáucaso, de acceso mucho más fácil, para llegar a Toupse. Poco después comenzaron las lluvias. Todos los valles se llenaron de barro y los vehículos quedaban detenidos. Este fue el momento oportuno para los guerrilleros. Algunas Compañías de cazadores alpinos solamente contaban con treinta o cincuenta hombres. Muchas fueron cercadas y aniquiladas en la espesa maleza. Cesó por completo el suministro. La ofensiva del Cáucaso había sido detenida.

Lo que sucedió delante de Toupse, en la cumbre del Santchavo y en el Terek, revelaba claramente que el arco estaba demasiado tendido. De Voroneje a Novorossisk, el frente de ataque alcanzaba dos mil kilómetros, en números redondos. Los Grupos A y B defendían cada uno seiscientos kilómetros, mientras que entre ellos se abría un vacío de ochocientos kilómetros en la estepa oriental de los kalmukos. En ciertos lugares, las líneas de comunicación alcanzaban novecientos kilómetros. Las columnas de camiones-cisterna que transportaban combustible a las divisiones del Primer Ejército blindado detenido ante Mosdok, consumían idéntica cantidad para el recorrido y concibieron la extraña idea de remplazados por camellos. ¡Hubiera sido mucho mejor organizar un transporte por mar desde Constanza a Añapa y Rostov! Pero las unidades navales germano-rumanas sólo contaban con embarcaciones a motor, balandras y dos pequeños destructores. Rumania sólo podía aportar muy poco tonelaje comercial, y las construcciones en Nicolaiev y Odesa progresaban de un modo muy lento.

Hitler, en sus planes, no solamente había descuidado el problema del abastecimiento, sino menospreciado, una vez más, la fuerza militar de su adversario. Quedó confuso y desconcertado al ver que los rusos se mantenían firmes en el Cáucaso, sostenían una batalla de gran envergadura en Stalingrado y lanzaban vigorosos ataques de distracción y despegue en Voroneje, Orel, Rjev, Velikie-Louki, en el Volkhov y sobre el lago Ladoga. Además, el hecho de emprender unas operaciones tan excéntricas constituía un grave error. Si tal como creía Hitler, el petróleo soviético y la ayuda angloamericana llegaban realmente por Rostov y Astracán a la Rusia cisuraliana, hubiese sido suficiente cortarlos con una sola y vigorosa ofensiva contra Stalingrado. El «Gran Plan», es decir, la reunión del Ejército de Rommel con los japoneses, había sobrepasado ya el marco de las consideraciones razonables desde el mes de mayo o julio.

El Mando japonés no preveía una extensión de las operaciones hacia el Oeste. El ataque del almirante Nagumo había tenido como objetivo el impedir los ataques contra Birmania y no lanzarse a la conquista de la India. Sólo algunos elementos sin importancia siguieron a las tropas del general Alexander en su huida. El grueso del 15.º Ejército (Iida) ya había virado hacia el noreste, en dirección a la provincia china del Yunnan, que revestía una gran importancia para el generalísimo Chiang-Kai-Chek, dado que la ruta de Birmania pasaba por aquella provincia y allí se hallaban también unos campos de aviación y fábricas construidas con la ayuda americana. El general Shojiro Iida logró derrotar al Primer Ejército chino (Wei Li-huang), el mejor equipado de todos los del Gobierno de Tchongking. En todo lo que hacía Tokio se adivinaba, claramente, el deseo de poner fin, lo más rápidamente posible, al conflicto con China.

Por otro lado, el Japón no se atrevía a lanzarse a una aventura en la India por consideraciones hacia Rusia. Una campaña japonesa hacia el oeste hubiese, en la situación que había comenzado a crearse en 1942, favorecido la ofensiva estival de Hitler y amenazado la ruta de suministros de los soviets a través del Irán. Tokio tenía el mayor empeño en no proporcionar a Moscú un motivo para acordar una alianza regular con Estados Unidos. La consecuencia hubiera sido una guerra en dos frentes y el ministro de Asuntos Exteriores, Shigenori Togo, hizo todo lo humanamente posible para evitarlo. Se opuso incluso a la puesta en marcha de una estrategia conjunta por las potencias del Pacto tripartito. Mientras que Hitler acariciaba el sueño de entrar en el Irán, Tokio dejaba entrever al Kremlin que el Japón podía, en un caso dado, servir de intermediario para restablecer la paz entre Alemania y la Unión Soviética. En julio de 1942, el Gobierno japonés, a petición de su ministro de Asuntos Exteriores, rechazó las proposiciones formuladas por Berlín y Roma, en el sentido de realizar operaciones en común.

Esta decisión tuvo igualmente razones militares resultantes de un incidente de importancia mínima. El 18 de abril de 1942, el coronel aviador americano James H. Doolittle arrojó bombas explosivas e incendiarias sobre Tokio, con dieciséis «B-25», transportados por los portaaviones «Enterprise» y «Hornet» lejos del alcance del Japón. A continuación se posó con sus aviones sobre terrenos de la región de la China controlada por Chang-Kai-Chek. Los daños fueron insignificantes, pero el hecho de que los aviones hubieran podido bombardear la capital, hizo dudar a los japoneses de la eficacia de la zona de seguridad que habían establecido en el Pacífico. En su opinión, unos bombarderos tan grandes como los «Mitchell» no habían podido despegar de un portaaviones. Los almirantes Nagano y Yamamoto pensaron que procedían de las islas Midway, situadas a medio camino entre el Japón y las islas Hawai y proyectaron entonces apoderarse de estas islas.

Intervinieron, asimismo, otras consideraciones, principalmente el deseo de asegurar una mejor vigilancia de la ruta de los convoyes entre las Hawai y Australia. Las fuerzas niponas, en el curso de sus «operaciones al sur», en diciembre de 1941, habían conquistado todos sus objetivos en un plazo de tiempo relativamente corto, a veces con tres o cuatro meses de adelanto del plazo fijado y el hecho inspiraba el mayor optimismo a los hombres de Estado y a los militares. El Alto Mando, bajo la dirección del mariscal

Sugiyama y del almirante Nagano estudiaron un «plan ampliado». En el curso de conferencias preparatorias fueron presentadas ciertas objeciones relativas al tonelaje disponible, pero, sin embargo, nadie presentó una objeción concreta contra una empresa cuya concepción parecía ser muy sana y de la que se esperaban repercusiones favorables sobre la situación en China.

En este «plan ampliado», el Japón debía conquistar ciertas posiciones dominantes más allá de la línea adoptada hasta aquel momento. Estas posiciones comprendían: 1, Port-Moresby, en la costa sureste de Nueva Guinea; 2, la pequeña isla de Tulagi, en el archipiélago de las Salomón; 3, Midway y las islas vecinas; 4, Addak, Attu y Kiska, en las Aleutianas. La ocupación de las Aleutianas reforzaría la protección de las Curiles. La de Midway impediría, se decían, nuevos ataques aéreos contra Tokio. Las de Tulagi y Port-Moresby en donde serían establecidas las bases aéreas, permitirían ejercer una amenaza sobre el noroeste de Australia y las rutas navales que conducían a la misma. Por otro lado, esos puntos proporcionarían bases de partida para la conquista de Nueva Caledonia, las Fidji y Samoa, fijadas en el programa del año siguiente. Los cuatro objetivos de 1942 debían ser conseguidos por medio de operaciones navales, en vista de lo cual Nagumo fue llamado del Océano Indico.

Fueron formados dos grupos ofensivos. El primero al mando del almirante Noatake Inouye, se congregó alrededor de los portaaviones «Zuikaku» y «Shokaku» y el transporte de aviación «Shoho», en Rabaul, en la costa septentrional de la Nueva Bretaña. El segundo fue reunido por el almirante Isoroku Yamamoto en Yokosuka, en el Japón meridional. Era incomparablemente mucho más potente que el primero, ya que además de numerosos navios secundarios, comprendía ocho acorazados, entre los que figuraba el «Yamato», el más grande del mundo en aquella época y la flota de portaaviones de Nagumo: «Akagi», «Kaga», «Soryu» e «Hiryu». Inouye recibió la orden de desembarcar una unidad de construcción en Tulagi y, pocos días más tarde, ocupar Port Moresby, lo que lógicamente no podía dejar de presentar dificultades. La misión de Yamamoto era aún mucho más complicada, puesto que, por su propio deseo, el Alto Mando le ordenó alcanzar una victoria decisiva sobre la Flota americana, que se suponía se lanzaría a fondo para defender el atolón de Midway.

El almirante Chester W. Nimitz, comandante en jefe en el Pacífico, se enteró de las intenciones de su adversario al descifrar una parte de las comunicaciones radiotelegráficas de éstos. Dado que ya no contaba con acorazados desde el ataque contra Pearl Harbour, la réplica fue planeada con los portaaviones que habían salido indemnes. Tal como habían previsto ciertos expertos, estos barcos se convertirían en el arma decisiva de las batallas navales. La prueba fue suministrada muy pronto por un combate que fue librado en el Mar de Coral. Cuando Inouye avanzó hacia Port Moresby, Nimitz le opuso los dos portaaviones «Lexington» y «Yorktown» al mando del almirante Frank J. Fletcher. Ambas flotas lanzaron sus aviones más allá del horizonte para destruir los grandes navíos enemigos con bombas y torpedos. El «Shoho» fue hundido y el «Lexington» tan gravemente averiado que voló poco después. Los cruceros y los destructores de acompañamiento no avistaron en ningún momento al enemigo.

Se iniciaba un nuevo período en la guerra naval. Los barcos de potente artillería desempeñaban ahora sólo un papel secundario, pues la decisión correspondía, casi siempre, a los portaaviones. De todo ello resultaron nuevas posibilidades para los americanos. Después del encuentro en el Mar de Coral, Inouye no pudo, tal como había sido previsto, llevar sus dos portaaviones a Yamamoto; el «Shokaku» había sufrido importantes averías y el «Zuikaku» perdido demasiados de sus aparatos. En compensación, el «Yorktown» que había sido alcanzado por una bomba, fue reparado rápidamente y Nimitz lo destinó a la Task Force 16, que, a las órdenes del almirante Raymond A. Spruance, zarpó de Pearl Harbour con los portaaviones «Enterprise» y «Hornet» para oponerse a la acción contra Midway. En la víspera de la batalla, los americanos disponían, pues, de tres portaaviones y los japoneses de cuatro.

Nimitz compensó su inferioridad numérica aconsejando a Fletcher y a Spruance que buscaran la decisión en la vecindad de las Midway defendidas por los marines, en donde se hallaban 105 aviones, lo que equivalía prácticamente a la existencia de un cuarto portaaviones. Sin embargo, Nimitz tenía antes que asegurarse del significado de la palabra clave japonesa «Objeto», es decir, si hacía clara referencia a las Midway. Mandó emitir por la isla un mensaje no cifrado informando que la fábrica de destilación local estaba averiada. Varios minutos más tarde, Pearl Harbour escuchó a una estación japonesa repetir esta información a Tokio diciendo que «el objeto pasaba por dificultades en el abastecimiento de agua dulce». Se trataba, pues, por lo tanto, de Midway.

La batalla comenzó el 4 de junio de 1942 con bombardeos recíprocos efectuados por los aviones de la isla y los de los portaaviones japoneses. Ambas aviaciones sufrieron elevadas pérdidas. El balance final fue desfavorable a los americanos cuando 35 bombarderos en picado del «Hornet» hubieron de efectuar aterrizajes forzosos. De los 46 aviones torpederos americanos, sólo seis regresaron. Pero en el curso de estas salidas, el capitán de corbeta Clarence Mac Clusky avistó la flota de portaaviones nipones. Con 36 bombarderos del «Enterprise», hundió el «Kaga» y el «Akagi». Los japoneses procedían en aquellos momentos al reavituallamiento de combustible y munición de sus aviones, y debido a que acababan de rechazar a los torpederos, sus patrullas de caza se encontraban muy reducidas y el ataque les sorprendió en un momento muy desfavorable. Enormes llamas surgieron de los dos navios. El «Soryu» fue igualmente tocado muy gravemente y el submarino americano «Nautilus» (Haines) le asestó el golpe de gracia.

Yamamoto ya solamente contaba con el «Hiryu». En el curso de un duelo que se libró a gran distancia, éste infligió heridas al parecer mortales al «Yorktown», pero, a su vez, fue incendiado. Todo daba a entender que el «Yorktown» podía ser salvado cuando el submarino «I-168» (Tanabe) lo envió al fondo de los mares. Este fue el último éxito japonés. Las fuerzas de superficie de Yamamoto ya se alejaban a toda velocidad de los parajes de Midway para escapar al aniquilamiento. Spruance les persiguió. Sus aviones alcanzaron la retaguardia y averiaron los dos cruceros «Mikuma» y «Mogami», uno de los cuales fue hundido, pero la falta de combustible detuvo la persecución.

Midway constituyó el cambio de signo de la guerra naval en el Pacífico. Por vez primera desde 1592, el Japón acababa de sufrir una derrota decisiva. Para sustituir a los cuatro portaaviones perdidos, sólo había dos del mismo tipo en construcción, mientras

que los americanos trabajaban en la construcción de seis. Los japoneses adoptaron un acorazado, un paquebote y siete cruceros pesados para el transporte de aviones, pero los americanos botaron diecinueve portaaviones auxiliares. Sin embargo, fue sobre todo en el número de pilotos donde existía una desproporción considerable. Los japoneses no contaban con suficientes instructores, aparatos y campos de entrenamiento. Por otro lado, Tokio reconoció, demasiado tarde, la necesidad de procurarse personal sustituto. En 1942, Estados Unidos formaron más de seis mil pilotos para su aviación naval, nueve mil en 1943 hasta el punto que contaron con dos equipos por cada portaaviones, que se relevaban cada cuatro meses.

En el verano de 1942 eran muy pocos los dirigentes nipones que se daban cuenta que su país ya no podía ganar militarmente la guerra contra Estados Unidos. El Gabinete del general Hideki Tojo se equivocó atribuyendo un gran valor estratégico a la ocupación de las islas Attu y Kiska, las Aleutianas, efectuada casi sin oposición. El Mando naval disimuló deliberadamente la derrota y presentó un informe falso sobre la batalla, a través del jefe del Estado Mayor general Osima Nagano. Al mismo tiempo se planteaba una crisis gubernamental que en apariencia tenía su origen en un conflicto de competencia, pero que era, en realidad, por razones más profundas, nacidas de la oposición entre Tojo y Togo, con motivo de la política nacional. Esta discordia sacó a la luz las consecuencias de la aventura en la que se había embarcado el Japón el 7 de diciembre de 1941.

Tojo impuso su plan, aprobado ya desde hacía varios meses, consistente en crear un Ministerio especial de la «Gran Asia Oriental». Creyendo haber ganado la guerra, ahora quería organizar los «pueblos emparentados» del Lejano Oriente bajo la estrecha dirección del Japón y hacerles organizar un sistema económico superior al potencial de los países anglosajones. Togo se oponía a este proyecto y rehusaba dejarse dominar por Tojo en el dominio impreciso de la «diplomacia pura». Era igualmente de la opinión que la gran prueba de fuerza aún no había tenido lugar y juzgaba erróneo lanzarse, mientras tanto, a unas experiencias que consumirían tiempo y grandes inversiones. El «nuevo orden» de Tojo, se decía, transformaría en esclavos los países del Asia oriental. Las aspiraciones a la libertad, recientemente manifestadas por ellos, sufrirían un desengaño: los partidarios de los antiguos países coloniales volverían a adquirir influencia y provocarían, inevitablemente, actos de sabotaje, huelgas y alzamientos.

Una decisión del emperador Hiro Hito rompió esta larga querrela. En las circunstancias que reinaban en aquel momento, declaró, no deseaba cambiar de Gobierno. En consecuencia, Tojo permaneció en su cargo y Togo fue despedido. La camarilla militar, cuyos jefes se cerraban cada vez más estrechamente alrededor del primer ministro, ejercía, por medio del nuevo Ministerio, una dominación muy dura en Asia oriental sin llegar, sin embargo, a obtener los mismos resultados económicos que los blancos habían logrado. Esto había necesariamente de despertar la hostilidad de los grupos indígenas mayores de edad, y en Luzón, Java, Sumatra, Malasia y Birmania, empezaron a actuar los guerrilleros. En los lugares donde los americanos y los holandeses, que se habían refugiado en la selva virgen, pudieron asumir el mando y eran abastecidos por los submarinos, ocasionaron considerables dificultades a los japoneses.

El Mando japonés, sin embargo, conservó su optimismo. La derrota de Midway no modificó los planes de operaciones de Sugiyama y de Nagano que continuaron preparando, para 1943, la conquista de Nueva Caledonia, de las islas Fidji y de Samoa. Tulagi, ocupada por Inouye, sólo disponía de una base de hidroaviones, y por este motivo se decidió construir el campo de aviación necesario en la isla vecina, pero mucho mayor, de Guadalcanal. Los submarinos cuidaron de su seguridad. Los batallones de trabajo coreanos abrieron claros en la selva virgen. El Mando, convencido de que poseía el dominio en el mar y el cielo, no se inquietaba por el hecho de que sólo 450 kilómetros separaban la base de Rabaul (en Nueva Bretaña) de las dos nuevas bases. Nadie preveía una reacción americana.

En Washington los jefes de Estado Mayor, presididos por el general Marshall, se preocupaban, sin embargo, de provocar una reacción. Antes que nada tenían que resolver el conflicto habitual de competencia entre la Marina y el Ejército representadas, respectivamente, por un comandante del Pacífico (Nimitz, en Pearl Harbour) y un comandante del Pacífico Sur (Mac Arthur, en Sidney). El almirante King logró delimitar los dos escenarios de guerra. Desde entonces, el general Mac Arthur operaría al oeste del 159 meridiano de longitud, que cruza el archipiélago de las Salomón. Esta línea de demarcación situaba Guadalcanal y Tulagi en la zona del almirante Nimitz, que el 1 de agosto recibió de los jefes del Estado Mayor la orden de iniciar una ofensiva en la zona meridional de las Salomón.

El almirante tenía necesidad de bases apropiadas. Las encontró en Tongatabu, en Samoa, en las Fidji y en las Nueva Hébridas. Una base naval fue establecida en Espíritu Santo, a 550 millas marinas al sureste de Guadalcanal. Al mismo tiempo, los jefes de Estado Mayor retiraron muchos navíos de las aguas europeas para ponerlas a las órdenes de Nimitz. Este contaba, desde aquel momento, con los portaaviones «Enterprise», «Hornet», «Wasp» y «Saratoga», el acorazado «North Carolina» y barcos de todos los restantes tipos. Organizó cuatro grupos que comprendían cada uno de ellos un portaaviones, dos cruceros pesados y una media docena de destructores. Uno de ellos operó entre las Hawai y Midway y los otros fueron destinados a la operación ofensiva de las Salomón con una flota de transporte, una escuadra de bombardeo y diversos grupos especiales. El almirante Robert L. Ghormley tomó el mando de estas unidades.

La batalla de Guadalcanal empezó el 7 de agosto del año 1942 a las 5.30 horas. Fletcher asestó los primeros golpes con la escuadra de bombardeo. Para los japoneses, la sorpresa fue total. Cuando desembarcó la 1.^a División de *marines* (Vandegrift), y ocupó el campo de aviación casi terminado, se limitó a hacer unos cuantos disparos. Por el contrario, los defensores de las islas vecinas, Tulagi, Floride, Tanangobo y Gavoutou, ofrecieron desde el primer momento una resistencia fanática. Los soldados de infantería se atrincheraron en las grutas naturales desde donde dirigieron un fuego mortal contra los atacantes y salían frecuentemente para combatir con arma blanca. En Tulagi los americanos hicieron solamente tres prisioneros. Tanangobo y Gavoutou se defendieron hasta el último hombre. También en Guadalcanal, la lucha adquirió, después de la sorpresa inicial, un carácter encarnizado. Los francotiradores causaron numerosas víctimas. Los ataques nocturnos obligaron a los soldados de la Marina a replegarse hasta

el campo de aviación. La lucha iba a durar casi seis meses en un serie épica de combates en la jungla, bombardeos y batallas navales.

Durante la noche del 8 al 9 de agosto, alrededor de la isla Savo, situada al oeste de Guadalcanal, una pequeña flota japonesa sorprendió los cinco cruceros pesados del almirante Richmond K. Turner y hundió cuatro. Al igual que en el curso de todos los combates posteriores, se trataba de llevar refuerzos a la isla. Los japoneses trataron desde entonces de hacerlo con transportes que navegaban aisladamente, luego con convoyes fuertemente escoltados, y, finalmente, organizaron un servicio nocturno con destructores rápidos que los americanos bautizaron con el nombre de Expreso de Tokio. Quince días después de la batalla de los cruceros, los portaaviones libraron otra al este de las Salomón. Ghormley había enviado el «Enterprise» y el «Saratoga» al mando del comandante Fletcher, para destruir un convoy que se acercaba. Por el lado nipón, el «Shokaku» y el «Zuikaku» aseguraban la protección a distancia, y el «Ryujo» acompañaba el convoy cerca del cual fue destruido.

A partir de fines de agosto diez o doce submarinos nipones se mantuvieron estacionados de un modo permanente entre Espíritu Santo y Guadalcanal, pero, cosa rara, apenas atacaron los transportes americanos y prefirieron tomar como objetivo los navíos de guerra. Hundieron el portaaviones «Wasp», un crucero y varios destructores y causaron serias averías, que los tuvo inactivos durante varios meses, al «Saratoga» y al «North Carolina». Otros submarinos, grandes y pequeños, actuaban igualmente en el interior de las Salomón ayudando a pasar los convoyes a Guadalcanal y operando como «Expreso de Tokio» de tal modo que a mediados del mes siguiente una división de infantería, de efectivos reforzados, pudo lanzarse al ataque del campo de aviación, terminado de construir mientras tanto por los americanos, aunque el 11 de octubre, el almirante Norman Scott hubiera rechazado una escuadra de bombarderos frente al Cabo Esperanza.

La situación se hizo crítica. Nimitz reemplazó a Ghormley por el almirante William F. Halsey que había mandado el portaaviones durante el ataque de Doolittle y envió todos los navíos de guerra que pudo reunir. El Mando nipón tuvo igualmente la sensación que podía infligir una derrota a los americanos en Guadalcanal, Sugiyama y Nagano renunciaron a la operación en dirección a Port-Moresby y reunieron otros transportes para lanzar una segunda división a Guadalcanal. Su plan consistía en apoderarse, en primer lugar, del campo de aviación de Henderson para privar al adversario de esta importante base aérea. A continuación, Yamamoto libraría una batalla naval decisiva. El 25 de octubre, la flota apareció al norte de la isla de Santa Cruz. Comprendía los dos grandes portaaviones «Shokaku» y «Zuikaku» a las órdenes de Nagumo, dos portaaviones auxiliares, los acorazados «Kongo», «Haruna», «Hiyei» y «Girishima», ocho cruceros pesados y veintinueve destructores.

Aunque Halsey sólo podía oponer a esta potente armada dos portaaviones, un acorazado nuevo, seis cruceros y catorce destructores, los japoneses no alcanzaron su objetivo. Yamamoto y Nagumo obtuvieron ante Santa Cruz, el 26 de octubre de 1942, una victoria táctica sobre el grupo mandado por el almirante Thomas C. Kinkaid. Sus aviones destruyeron el «Hornet» e infligieron importantes daños al «Enterprise» y al

acorazado «South Dakota». Sin embargo, en la lucha que se libró al mismo tiempo en Guadalcanal, alrededor del campo de aviación de Henderson, la infantería japonesa no consiguió ningún progreso decisivo, falta de armas pesadas. Los americanos tenían sesenta aviones terrestres. Yamamoto, obligado a deshacerse del «Shokaku» y un portaaviones auxiliar para que pudieran ser reparados, y después de haber perdido numerosos aviones, no intentó ningún ataque contra el campo de aviación.

El problema planteado por la batalla de Guadalcanal quedó sin resolver. Yamamoto tuvo que llevar nuevos refuerzos a la isla y preparar la conquista del campo de aviación bombardeándolo con sus unidades. En el otro bando, Halsey quería conservar este campo de aviación debido a su importancia capital. Este mutuo interés provocó nuevos combates navales, sobre todo entre el 12 y 15 de noviembre: una escuadra de cruceros americanos sufrió graves pérdidas y su jefe, el almirante Callaghan, fue muerto; al día siguiente, el acorazado «Hiyei», atacado por los aviones durante varias horas, fue hundido, y, finalmente, el almirante Willis A. Lee, con los acorazados «Washington» y «North Carolina», destruyeron el potente «Kirishima». Durante la noche del 30 de noviembre al 1 de diciembre, un grupo de cruceros y de destructores americanos, sufrieron una terrible derrota en Tassafaronga. Y esta situación duró hasta la evacuación por los japoneses de Guadalcanal.

Los últimos combates fueron dirigidos, por el bando japonés, por el almirante Raizo Tanaka, comandante de destructores muy hábil y audaz que no descuidó ningún detalle para cambiar la suerte de la batalla. Para abastecer a las tropas de la isla, hizo arrojar recipientes al mar que el viento llevaba a tierra, pero su resultado no fue decisivo. La superioridad americana, que aumentaba ininterrumpidamente en barcos de guerra, aviones y lanchas rápidas, terminó por hacer imposible cualquier resistencia. Sugiyama y Nagano mandaron evacuar la isla. A fines de febrero de 1943, Tanaka condujo a Rabaul a los doce mil últimos defensores. La batalla había terminado. Había costado 25.000 vidas humanas y 560.000 toneladas en barcos.

Además de esta victoria los americanos lograron otro éxito; la reconquista de las Aleutianas, bajo la dirección del almirante Kinkaid. Durante un combate de cruceros, en las Kommandorski, los transportes japoneses y su escolta tuvieron que dar media vuelta dado que el dominio del aire había pasado al otro bando. El acceso a Attu había quedado libre. Desembarcó la infantería llegada de Dutch Harbour y aniquiló la guarnición de 2.300 hombres. Tres meses más tarde, Kinkaid bombardeó Kiska, pero observó que sus obuses caían en el vacío. Los japoneses habían abandonado esta isla bajo la protección de la noche y de la bruma. Habían retenido las Aleutianas apenas durante un año en su poder, pagando un precio muy superior a la utilidad que podían sacar de esta empresa.

Las pérdidas de los transportes sufridas en este archipiélago y en las Salomón tuvieron unas consecuencias especialmente graves ya que sus arsenales no podían reemplazarlas. Destinaron sobre todo a los submarinos a causar el pánico en la costa californiana o para misiones puramente militares. Por el contrario, Nimitz destinó los suyos, al mando del capitán de navío John Wilkes, a una guerra mercante parecida a la de los alemanes. El Japón perdió un gran número de barcos mercantes y no tardó mucho tiempo en enfrentarse con graves dificultades para abastecerse en el interior del espacio

económico controlado por ellos. Aunque sólo por esta razón, el «perímetro» o línea de defensa que Sugiyama y Nagano decidieron organizar finalmente, no fue de un gran valor, sobre todo, porque las derrotas sufridas por los alemanes e italianos durante esta época reforzaron enormemente los medios ofensivos que los Estados Unidos podían poner en liza contra el Japón.

13

CAMBIO DE SIGNO EN LA GUERRA EN ÁFRICA DEL NORTE Y EUROPA, 1942-1943

El 17 de enero de 1942, Churchill regresó de Washington, después de cinco semanas de ausencia, en donde había tomado importantes decisiones en compañía de Roosevelt en el curso de lo que se denominó la conferencia de Arcadia. La más importante de estas consecuencias fue la de considerar Europa como el escenario de operaciones más importante a pesar del avance japonés. Se fundaba en dos consideraciones estratégicas. Churchill y otros consejeros hicieron comprender a Roosevelt que Alemania, a causa de su potencial de producción, de su capacidad científica y también porque disponía de una numerosa mano de obra cualificada, constituía un adversario más peligroso que el Japón y podía incluso hacerse invencible si se le dejaba tiempo a Hitler para explotar los recursos del continente. El presidente de Estados Unidos decidió obtener una victoria lo más rápida posible sobre el Reich reforzando los efectivos americanos en territorio británico («Bolero») y efectuando un desembarco en Europa («Sledgehammer», «Roundup») o en África del Norte («Gymnast»).

Durante la conferencia de Arcadia fue decidido igualmente cesar ciertos organismos o estados mayores. El 1.º de enero de 1942, Roosevelt y Churchill proclamaron una gran alianza, en realidad muy libre, debido a la amplitud de los intereses que entraban en juego, las «Naciones Unidas» («United Nations»). De una importancia más inmediata fue la creación de una Oficina de Armamentos («Munitions Assignments Board»), bajo la dirección de Harry L. Hopkins, para la explotación en común de los víveres y materias primas, de la mano de obra, de los medios de producción y transporte de los países anglosajones. Además, Estados Unidos y Gran Bretaña crearon un Estado Mayor superior («Combined Chiefs of Staff») con sede en Washington cuyos personajes principales fueron el general George G. Marshall por los primeros y el mariscal sir John Dill por la segunda.

En su aspecto general, esta colaboración entre los dos países anglosajones se desarrollaba de forma armoniosa, pero no por ello dejó de verse complicada por graves divergencias de opinión, que desde fines de diciembre se manifestaban, sobre todo en el interior del Mando británico. Tal como declaró el jefe del Estado Mayor imperial sir Alan Brooke, Churchill poseía «a pesar de sus sesenta y siete años, una vitalidad y una salud inquebrantables, una curiosidad insaciable, una combatividad juvenil, a veces incluso diabólica», lo que a veces le hacía ser «muy duro» para los demás. Además, así lo creía al

parecer, «había heredado el genio militar de su bisabuelo Marlborough». Según sus principales consejeros estratégicos, sus planes se basaban a veces en concepciones brillantes, pero también, en otros momentos, en «ideas salvajes e incluso, peligrosas». «Para apartarle de esos locos proyectos —escribe Brooke—, se tenían que hacer esfuerzos sobrehumanos y jamás se conseguía de un modo completo puesto que sin cesar volvía sobre los mismos».

Entre los americanos, las divergencias se produjeron sobre todo entre Stimson y Hopkins, Marshall y King. Mientras que el Ejército ya estudiaba desde 1942, un desembarco limitado en la costa de Francia («Sledgehammer») luego más amplio, en 1943 («Roundup»), la Marina daba mayor importancia a la guerra contra el Japón. Roosevelt y Hopkins, por su parte, pensaban más en la ocupación de África del Norte francesa. Surgieron nuevas discusiones cuando Stimson favoreció las intenciones ofensivas del Ejército, enviando a Marshall a Inglaterra para obtener ciertos acuerdos con relación a «Sledgehammer». Pero Brooke consideró el plan de desembarco de los americanos «completamente fantástico». Llamó la atención sobre la falta de tonelaje y destacó que las doce divisiones, estacionadas entonces en la Gran Bretaña, no poseían experiencia bélica y se enfrentarían, al otro lado del Canal de la Mancha, con un número al menos doble de divisiones aguerridas. Marshall se negaba a ceder y Brooke llegó a escribir: «Su capacidad como estrategia no me ha producido buena impresión».

Stimson y Marshall no se dieron por vencidos y sus ideas recibieron pronto un nuevo impulso cuando los rusos reclamaron un «segundo frente» para aliviar al Ejército Rojo que era atacado muy fuertemente. Stalin formuló esta demanda en unos tonos especialmente duros y envió a las capitales anglosajonas a los embajadores Máximo L. Litvinov e Ivan M. Maiski a los que poco después siguió Molotov en persona. La Prensa occidental comenzó a romper lanzas en favor de Rusia, Roosevelt temía una derrota de la Unión Soviética y, como consecuencia, esfumarse toda la posibilidad de victoria. Por este motivo le dijo a Molotov que Estados Unidos emprenderían una ofensiva de gran alcance contra Alemania a partir de 1942. Telegrafió a Churchill para fijar el mes de agosto como fecha tope para la operación «Sledgehammer».

Los ingleses quedaron consternados. Churchill y Brooke volvieron a Estados Unidos. En Hyde Park, finca familiar de los Roosevelt, cerca de Nueva York, el primer ministro consiguió que «Sledgehammer» fuera aplazada hasta 1943 y recomendó, en su lugar, ejecutar «Gymnast» en 1942. No se llegó, sin embargo, a un acuerdo definitivo. Los americanos seguían aterrorizados por el avance de los alemanes hacia el Volga. El propio Churchill empezó a desconfiar a causa de los grandes éxitos que alcanzaban los submarinos alemanes y temía ya las consecuencias de una ofensiva precipitada. Stimson insistió, de nuevo, sobre un desembarco en la costa francesa. A mediados de julio, Hopkins, Marshall y King cruzaron el Atlántico para conferenciar con el almirante Harold L. Stark y los generales Dwight D. Eisenhower, Mark W. Clark y Carl Spaatz, que ya ejercían mandos en territorios británicos. Se trató de una última intervención en favor de «Sledgehammer».

Brooke no cedió. El resultado conseguido por los ataques organizados por el almirante lord Louis Mountbatten desde hacía algunos meses, justificaba su oposición a

desembarcar con fuerzas insuficientes en una costa fuertemente defendida. En el curso de uno de los mismos, que se libró a fines de marzo de 1942 contra Saint-Nazaire, el viejo destructor «Campbelltown» logró, estallando el propio buque, destruir la puerta de la gran esclusa de ese puerto, pero sólo cuatro de las dieciocho lanchas rápidas regresaron a Inglaterra. Otras operaciones, el ataque efectuado el 19 de agosto por varios millares de soldados de infantería canadiense contra Dieppe y una tentativa llevada a cabo contra Tobruk, el 13 de setiembre por las fuerzas navales y los comandos del *Long Range Desert Group*, fracasaron después de pérdidas sangrientas dando aún más fuerza a los prudentes consejos de Brooke.

Los americanos terminaron por darse cuenta que era imposible franquear el Canal de la Mancha con los efectivos de que disponían en 1942. Hopkins telegrafió a su presidente el resultado de la conferencia de Londres, el 22 de julio, y recibió instrucciones para preparar otra operación. Esta fue decidida dos días después. La operación estudiada hasta entonces con el nombre de «Gymnast», y bautizada desde aquel momento con el de «Torch» tendría lugar a fines de octubre y consistiría en un desembarco en las costas de Marruecos y Argelia que se suponía estaban defendidas débilmente. Los ingleses tenían la intención de atacar pocos días antes El Alamein («Lightfoof») para que Rommel se encontrara en una tenaza y se viera obligado, más o menos rápidamente, a abandonar sus posiciones al sur del Mediterráneo.

Diversos obstáculos impidieron la realización de «Torch». Estos se presentaron en el campo militar, en la necesidad de aplazar la fecha a los primeros días de noviembre, por el cambio de jefes en el Cercano Oriente y por la obligación de renunciar al proyecto de desembarco en la costa noruega («Júpiter») hasta entonces ardientemente apoyada por Churchill. Este se trasladó a Moscú para cumplir una misión muy delicada: apaciguar a Stalin, receloso y sarcástico, que no dejaba de reclamar la abertura de un «segundo frente». Además, se planteaba un problema muy grave y de índole psicológico con vistas a Vichy y África del Norte francesa. Deseaban evitar combates sangrientos como aquellos que se habían desarrollado en Siria y Madagascar. Y Roosevelt tenía interés en mantener al general De Gaulle alejado del juego. En consideración al odio que sentían los franceses de Vichy contra los ingleses, desde la agresión de Mers-el-Kébir, incluso proyectó vestir con uniformes americanos a los soldados ingleses. Sea como fuere, «Torch» tenía que dar la impresión de una liberación efectuada por Estados Unidos. Por este motivo era muy importante confiar el mando superior no a un inglés, sino al general americano Dwight D. Eisenhower.

Surgieron otras dificultades debido a que Washington todavía mantenía relaciones diplomáticas con Vichy, pero no así la Gran Bretaña. Este obstáculo pesaba sobre la alianza anglosajona desde la conferencia de Arcadia. Por esta época, el general Charles de Gaulle, reconocido por Inglaterra como jefe de los «Franceses Libres», había hecho ocupar las islas de Saint-Pierre y Miquelon, que se habían mantenido fieles al mariscal Pétain, lo que había suscitado la ira del secretario de Estado Cordell Hull que veía en ello, no sólo una ingerencia en los asuntos del hemisferio americano, sino una provocación, para que Vichy solicitara la ayuda de los alemanes. La formación del segundo Gabinete Laval, a pesar de la oposición de Roosevelt, aún agravó más estas preocupaciones.

Las medidas psicológicas adoptadas por los americanos fueron muy complejas. Roosevelt esperaba evitar la violación de la neutralidad que constituía «Torch» ocultando cuidadosamente el desembarco a De Gaulle, pero revelando el secreto a ciertos oficiales de Vichy: el general Henry Giraud, que hacía poco había escapado de Alemania, y los generales Charles Mast, Alphonse Juin y Marie-Emile Béthouart que ocupaban altos cargos en África del Norte. Robert Murphy, enviado especial del Departamento de Estado, fue encargado de entablar las conversaciones necesarias. Finalmente, el general Mark W. Clark, delegado de Eisenhower, fue desembarcado en condiciones muy aventureras por el submarino inglés «Seraph» (Jewell) a unos sesenta kilómetros al oeste de Argelia en donde firmó un acuerdo con Mast, respecto al próximo desembarco.

Mientras, se completaban los preparativos de «Light-foot» y «Torch». Churchill había sustituido a Auchinleck por el general sir Harold Alexander. Poco después, el general Bernard Montgomery asumió el mando del Octavo Ejército, ya que el oficial que había sido previsto para este cargo había sido abatido con su avión por un caza alemán. Alexander y Montgomery recibieron todo lo que solicitaron. Importaba poco que las fuerzas del Eje destruyeran, el 11 de agosto, un convoy destinado a Malta, en el curso de cuya operación, el submarino alemán «U-73» (Rosenbaum) hundió el portaaviones «Eagle» en tanto que sus compañeros italianos hundían un crucero y cuatro mercantes, dado que todo el abastecimiento de Egipto se efectuaba por el Cabo de la Buena Esperanza. Poco después Montgomery contaba con 150.000 combatientes, 2.182 cañones de todos los calibres con munición inagotable y 1.114 carros de combate, de los cuales una tercera parte era de fabricación americana («Grant» y «Sherman»). La aviación contaba con más de 200 bombarderos y 500 cazas.

Al tener que enfrentarse con estas fuerzas, el Ejército germanoitaliano se encontraba en una posición muy desfavorable. Una tentativa de rotura de frente realizada por Rommel a principios de setiembre, fracasó ante Alam-Haifa. La Royal Air Force arrojó 15.600 bombas sobre el Afrika Korps concentrado en un espacio muy reducido. Se plantearon problemas de abastecimiento a las tropas del Eje desde el primer día de esta memorable batalla. Malta, que ya había sido considerada fuera de combate, se mostraba más peligrosa que nunca. La Flota italiana no volvió a hacerse a la mar. El tráfico de cabotaje entre Trípoli y Marsa Matruk tuvo que ser interrumpido. De las 35.000 toneladas de aprovisionamiento que Rommel precisaba en octubre, solamente 18.000 llegaron a África. Fue necesario disminuir la ración de pan. En dos unidades nuevas, una división de infantería y la brigada de paracaidistas de Ramcke, la proporción de enfermos elevaba a un doce por ciento. El Afrika Korps disponía de sólo 230 carros de combate, otros estaban en el norte del Mediterráneo y no se podía confiar en los 300 carros de combate italianos de un tipo ya anticuado. Los sesenta aviones en condiciones de combate, no recibieron ningún refuerzo apreciable. Las misiones de transporte, los combates aéreos y los accidentes redujeron todavía más su número. El 30 de setiembre, el capitán Hans Joachim Marseille, «as» del escenario de guerra africano, halló la muerte.

Además, una enfermedad contagiosa obligó a Rommel a trasladarse a Alemania. Tuvo ocasión de exponer sus preocupaciones a Hitler y al Alto Mando de la Wehrmacht. Le prometieron carros de combate «Tiger», cañones antiaéreos de 88 mm. y lanchas

«Siebel» a prueba de torpedos, pero no recibió nada. Durante su ausencia, el mando fue ejercido por el general Hans Stumme que procedía del frente ruso y que no poseía experiencia en la guerra en el desierto. No tenía la menor sospecha de la amplitud de los preparativos que iban a realizar la aviación y la artillería inglesa. Cuando Montgomery atacó, el 23 de octubre de 1942, las unidades rápidas del Eje se encontraban demasiado adelantadas. Sufrieron impresionantes bombardeos y poco después dejaban de existir las reservas móviles. El Ejército blindado corría peligro de ser destruido como sobre un yunque. Stumme fue muerto. El general Wilhelm Ritter von Thoma que le sustituyó hasta el regreso de Rommel retiró las fuerzas de su ala derecha para reforzar el sector septentrional.

Montgomery hubiese avanzado sin pérdida de tiempo, si Rommel no hubiese colocado «jardines del diablo» con unas 500.000 minas T y S y otros obstáculos entre la costa y la depresión de Qattara. Las unidades de asalto del Octavo Ejército no consiguieron forzar de un modo directo estos obstáculos. Fue necesario someterlas otra vez a un bombardeo intenso, hacerlas ocupar por la infantería y construir corredores por las formaciones de zapadores. Esta forma de actuar sólo obtuvo éxito en los sectores en donde los defensores alemanes e italianos, atrincherados detrás del cinturón de minas, pudieron ser eliminados. Pero incluso entonces los carros de combate sólo progresaban a cambio de graves pérdidas causadas por las minas, muchas de las cuales habían sido colocados en dos y tres capas o por las barreras de la artillería anticarros y los contraataques. Montgomery hubo de esperar ocho días antes de pronunciar la palabra clave «Supercharge» que desencadenó la acción definitiva.

Cuando los regimientos blindados del Décimo Cuerpo británico (Lumsdon) ejecutaron este movimiento decisivo, perdiendo el 75 por ciento de sus efectivos, Rommel ya hacía tiempo que había reconocido que la batalla de El Alamein estaba perdida para él. Desde su regreso, el 25 de octubre, habíase esfumado la posibilidad de estabilizar el frente. Sin embargo, se hubiera podido replegar la parte motorizada del Ejército blindado en el curso de los días siguientes, pero Mussolini se negó a aceptar la sugerencia y Hitler telegrafió que debía continuar la lucha «hasta vencer o morir». Durante la madrugada del 4 de noviembre, los alemanes e italianos hicieron una última tentativa para mantenerse ante las dunas de Tell el Mampsra. Varias horas más tarde, el Afrika Korps sólo contaba con quince carros de combate. El general Von Thoma se rindió a los ingleses. Varias divisiones italianas fueron cercadas o abandonaron el campo de batalla. Estimulado por Kesselring y presionado por Westphal, Rommel tomó la grave decisión de intentar salvar lo que quedaba de sus tropas.

La nube de polvo amarillo azufre de la batalla se fue disipando paulatinamente después de haber conducido el coronel Fritz Bayerlein el Afrika Korps detrás de un campo de minas al sur de Fouka. El 20.º Cuerpo italiano cuyo jefe, el general Ferrari Orsi, había caído en El Alamein, se replegó con los alemanes defendiéndose enérgicamente. Montgomery ordenó su persecución. Sus tropas rompieron la posición de Fouka y capturaron otras tres divisiones italianas, pero fueron obstaculizadas, a continuación, por tempestades de arena, por las dificultades del terreno, las deficiencias de abastecimiento y lluvias torrenciales. Mientras tanto, las tropas aisladas se reunían con

Rommel, principalmente una parte de la brigada de paracaidistas de Ramcke que, cercados, habían logrado apresar una columna de camiones ingleses. A pesar de las privaciones de toda índole y aunque las dos terceras partes de los vehículos tuvieran que ser remolcados, el Ejército en retirada logró formar unidades capaces de combatir.

Para obtener un resultado tan sorprendente hacía falta mucha suerte, serenidad, energía y prudencia, pero sería injusto mencionar solamente este resultado positivo de la retirada germanoitaliana. Durante semanas, incluso meses, las disensiones y los resentimientos habían reinado libremente. Eran, en especial, los oficiales de Estado Mayor los que experimentaban una gran amargura. Los accesos de ira, los reproches recíprocos y las acusaciones estaban al orden del día. Numerosos italianos afirmaban que Rommel los había abandonado apoderándose de todos los vehículos para transportar, en primer lugar, a los alemanes. El mariscal criticaba, con desprecio, las deficiencias del abastecimiento, las promesas no realizadas del Commando Supremo, y evocaba, iracundo, la época en que los aviones alemanes transportaban legumbres frescas en lugar de combustible a sus unidades. Cuando le reprochaban errores tácticos y su ausencia al principio de la batalla, escribió con resignación: «A veces es una desventaja disfrutar de una gran reputación militar. Conocemos nuestras propias limitaciones, mientras que los demás os exigen milagros».

El 8 de noviembre, Rommel se encontraba en un coche-radio, en Sollum, cuando se enteró de que había sido iniciada la operación «Torch». Varios Cuerpos angloamericanos acababan de desembarcar en las costas de Marruecos y Argelia. Tres divisiones, que procedían directamente de Estados Unidos al mando del general George S. Patton, tomaron pie a ambos lados de Casablanca. Al mismo tiempo, el general americano Lloyd R. Fredenhall intentaba apoderarse de Orán con una división y media, mientras que el general inglés Kenneth Anderson, desembarcaba en Argelia con elementos mixtos. El comandante en jefe, Eisenhower, se encontraba en Gibraltar. El almirante sir Andrew B. Cunningham, dirigía los 110 transportes y 200 barcos de guerra. Un destacamento naval había sido destinado a cada uno de los puntos de desembarco. Una escuadra que comprendía los portaaviones «Victorious», «Formidable» y «Forious», así como los acorazados «Duke of York», «Rodney» y «Renown», puso rumbo a Sicilia para efectuar una maniobra de distracción y, luego, viró de nuevo hacia la costa argelina para asegurar la protección de la operación.

La tentativa hecha para impedir que el desembarco revistiera el carácter de una violación de la neutralidad no obtuvo éxito. Pétain recriminó al presidente Roosevelt: «Invoca usted pretextos que no están justificados... nos defenderemos, doy la orden». Las altas autoridades, Auguste Noguès (Marruecos), Yves Chatel (Argelia) y el almirante Jean-Pierre Esteva (Túnez), obedecieron las instrucciones de su Gobierno. Los Aliados fueron desagradablemente sorprendidos por la presencia fortuita en Argel, al lado de su hijo enfermo, del comandante francés, el almirante François Darlan, que después de la agresión en Mers-el-Kébir era considerado como un ardiente partidario de la colaboración franco-germana. Hizo detener a los conjurados que pudieron ser descubiertos y ordenó a las fuerzas armadas la defensa.

La lucha fue especialmente encarnizada en el sector de Casablanca en donde desembarcaron 35.000 americanos protegidos por el fuego de los acorazados «New York», «Texas» y «Massachusetts». Las baterías de costa, el acorazado francés «Jean-Bart», un crucero, varios destructores y submarinos lucharon enérgicamente. En Orán, los *marines* destruyeron dos fragatas, en Argel, un destructor. Pero, casi en todas partes, la sorpresa actuó en favor de los angloamericanos. Las potencias del Eje no esperaban este desembarco en África del Norte. Sus submarinos ocupaban sus posiciones normales y sólo por pura casualidad torpedearon dos barcos en la costa marroquí-argelina. La falta de combustible obligó a la flota italiana a la inactividad. Las flotas aéreas no consiguieron ningún resultado decisivo.

Se desarrolló entonces un sombrío drama político. Un submarino inglés, camuflado de americano, a causa de los sentimientos anglófobos de los franceses, había transportado al general Giraud de la costa mediterránea de Francia a Gibraltar en donde Eisenhower y Clark trataron de convencerlo en favor de la causa aliada. Pero Giraud planteó dificultades imprevistas. Invocando el honor militar, negó a subordinarse, reclamando para él el mando superior de las tropas angloamericanas. Eisenhower le convenció, sin embargo, para que se dirigiera a Argel. Pero las esperanzas que habían puesto en él se esfumaron. Un llamamiento dirigido por radio a Giraud no produjo el menor efecto. La mayoría de los funcionarios y de los oficiales continuaban fieles a Darlan. Desconfiaban de Giraud tanto como de De Gaulle.

En vista de los acontecimientos, los Aliados decidieron conciliarse con el almirante al que su propaganda hasta entonces había cubierto de oprobio. Antes del desembarco, Churchill ya había declarado a sus íntimos: «Si pudiera aproximarme a Darlan, a pesar de lo mucho que le odio, recorrería una milla a cuatro patas». Murphy inició la acción. Propuso a Darlan un armisticio que conservaría para Vichy sus colonias en el Norte de África y eliminaría a De Gaulle. El almirante informó a su Gobierno. Pétain lo destituyó y ordenó a Nogués continuara la lucha. Sin embargo, puesto que Darlan continuaba negociando con los americanos, Hitler reaccionó brutalmente, tanto más cuanto que los persistentes rumores decían que existía un acuerdo secreto entre el almirante y el mariscal. El 8 de noviembre mandó presentar por Abetz un proyecto de alianza militar entre Alemania y Francia y, tres días más tarde, ordenó ocupar toda la zona del país que hasta aquel momento era libre.

Pétain y Laval protestaron contra esta violación de los acuerdos de armisticio del 22 al 24 de junio de 1940, pero no hicieron oponer ninguna resistencia a las divisiones germanoitalianas y, a petición de las potencias del Eje, desaprobaron nuevamente la gestión de Darlan, dando la impresión de que el Gobierno de Vichy había perdido toda su libertad de acción y se encontraba virtualmente prisionero. El prestigio del mariscal Pétain ya no cesó, desde aquel momento, de descender. Darlan y Noguès se entendieron con Robert Murphy sin consultar ya con Vichy. El gobernador Pierre Boisson, que hasta entonces había defendido tan enérgicamente Dakar, lo entregó a los Aliados, sin que se disparara un solo tiro. Solamente el almirante Esteva continuaba cumpliendo las órdenes recibidas bajo la presión de las circunstancias, puesto que las fuerzas del Eje habían

comenzado a desembarcar en Túnez el 9 de noviembre, en tanto que el embajador alemán Rudolf Rahn ejercía una continuada presión sobre él.

En el fondo, se trataba de una consecuencia de la política de desconfianza adoptada por Hitler y Ribbentrop hacia Francia como resultado de la entrevista de Montoire. La oferta de alianza del 8 de noviembre llegaba con dos años de retraso. La ocupación de la Francia libre, en la que participaron con sospechoso recelo las tropas italianas, sobre todo para ocupar Niza y Córcega, ambicionadas por Mussolini, hizo desaparecer toda confianza. Las relaciones franco-germanas recibieron el golpe de gracia cuando Hitler violó un acuerdo concertado entre Berlín y Vichy bajo la influencia del gran almirante Raeder, con respecto a la neutralidad de la base naval de Tolón. El 27 de noviembre, las unidades motorizadas de las SS avanzaron hacia la rada en donde estaba anclada la flota francesa (Operación «Attila»). Pero sólo se encontraron allí con ruinas, explosiones e incendios. Los acorazados «Dunkerque», «Strasbourg», «Provence», siete cruceros, veintiocho contratorpederos y torpederos, así como numerosos minadores habían sido hundidos por su tripulación.

Poco antes, los angloamericanos habían ocupado todos los puntos importantes de Marruecos y Argel y desembarcado, por mar o por aire, en Bougie, Constantina, Bona, Philippeville y Tebessa. Temerosos de que Franco hiciera causa común con Hitler, Eisenhower mantenía un Cuerpo a punto, en la frontera con Marruecos español. El avance hacia Túnez sólo pudo, por este hecho, efectuarse con el Primer Ejército inglés (Anderson). Fue obstaculizado por las lluvias, el barro, inconvenientes en el uso de los campos de aviación, causados por las condiciones meteorológicas, los sabotajes por parte de los árabes y los contraataques germanoitalianos. A finales del mes, las avanzadillas angloamericanas sufrieron las derrotas de Cabo Serrat, en el túnel de Ejefna, en Tebourba y Pont-du-Fahs.

Hitler no prestó atención a Rommel que había llegado a Rastenburg para recomendar la evacuación de África del Norte por un «Dunkerque» ordenado. Las protestas de Mussolini, las consideraciones de prestigio, la amargura de las catástrofes de Stalingrado y en el Cáucaso, le reforzaron en su inflexibilidad. Kesselring recibió la orden de organizar una amplia cabeza de puente en la orilla meridional del Mediterráneo. La nueva posición debía recibir al Ejército derrotado ante El Alamein e impedir una invasión de la península apenina. A partir del 9 de noviembre Kesselring envió todas las tropas de las que pudo echar mano al otro lado del estrecho de Sicilia: unidades aerotransportadas de los famosos paracaidistas Barentin, Koch y Witzig, batallones procedentes de Ljubliana y Grecia, baterías de la defensa antiaérea y carros de combate «Tiger», regimientos italianos, en fin, media compañía de «brandenburgueses». Con estas unidades formó el XC Cuerpo (Nehring) que ocupó Túnez, Bizerta, Mateur y Gafsa y rechazó a los angloamericanos.

Eisenhower no tardó en enfrentarse con una crisis muy grave, no sólo a causa de los fracasos sufridos en Túnez, sino también por culpa de la guerra naval. La operación «Torch» había sido realizada a expensas de la protección de los convoyes. En consecuencia, los hundimientos causados por los submarinos fueron en aumento de forma catastrófica. Los convoyes SC-107, SL-127, ONS-144 y ONS-154 perdieron cada uno de

doce a quince barcos. En noviembre la cifra de destrucciones ascendió a 864.000 toneladas y fue la más elevada de toda la guerra. Veintiún barcos fueron hundidos en la costa norteafricana. El 7 de diciembre, la X Flottiglia MAS (Borghese) destinó un grupo de hombres-rana a los restos del mercante «Oltterra», en Algeciras, que durante las semanas siguientes averiaron catorce barcos atracados en la bahía de Gibraltar. Cuatro días más tarde, el submarino italiano «Ambra» (Arillo) cruzó bajo la barrera defensiva de la bahía de Argel y lanzó al agua dieciséis hombres-rana que hundieron dos grandes vapores y averiaron un crucero auxiliar.

La campaña angloamericana hizo madurar muchas discordias políticas. Fueron descubiertos campos de concentración, organizados por el Gobierno de Vichy en África del Norte, y la Prensa de Estados Unidos empezó a meterse con esta campaña. Después de la liberación de los detenidos políticos, aumentó la hostilidad y la resistencia de los árabes antisemitas, los agentes alemanes ganaron terreno, y De Gaulle adquirió una nueva arma de propaganda contra Darlan a quien se consideraba responsable de todas las agitaciones del régimen de Vichy. Por otro lado, la Prensa anglosajona criticaba vivamente a Eisenhower por su colaboración con el almirante. Roosevelt y Churchill hicieron unas declaraciones muy ambiguas a este respecto. Se reflejaron divergencias entre Estados Unidos y Gran Bretaña. En Nochebuena, un estudiante de la extrema derecha, Bonnier de la Chapelle, mató a Darlan con disparos de revólver. Los angloamericanos experimentaron un vivo alivio. «Ha sido un acto de la Providencia», declaró el general Clark. «Desde el punto de vista de la estrategia esta desaparición de Darlan se asemeja al golpe de escalpelo por medio del cual un cirujano abre un molesto abceso».

Hitler estaba convencido que continuarían planteándose problemas entre los ingleses y los americanos, incluso después de la muerte de Darlan, que provocaría diferencias de opinión, recelos, querellas, conflictos. Pero eso ya no podía serle personalmente de ninguna utilidad puesto que, mientras, se encontraba al borde del abismo de una terrible derrota militar. La batalla de Stalingrado se acercaba a su fin. Una catástrofe, cuyas consecuencias habrían de ser incalculables, amenazaba a los alemanes y sus aliados. En su Instrucción del 14 de octubre, Hitler declaraba, una vez más, que los rusos estaban «debilitados e incapaces de proseguir la lucha». El 8 de noviembre de 1942, en su discurso anual con motivo del «putsch de la cervecería» de 1922, proclamó la impotencia estratégica de todos los enemigos del Reich. Los hechos iban a demostrar la falsedad de estas declaraciones.

El Mando alemán había cometido una serie de errores y sufrido muchos desengaños. Había apreciado erróneamente, en el planteamiento de sus proyectos, el inmenso espacio ruso, las condiciones particulares de transporte en este país, y el clima oriental. Por otro lado ignoraba la capacidad de producción de los soviets, sus medios de defensa y sus reservas. Así, en 1941-1942, confiaba conseguir en Rostov y Stalingrado de siete a diez millones de toneladas de petróleo, es decir, la producción de todo un año, sin saber que, más hacia el este, entre Bouriev y Ouralsk, habían sido montadas desde ya hacía algún tiempo unas conducciones para el transporte de esta producción. Además, Hitler y sus consejeros exageraban la importancia de las victorias que habían cosechado hasta aquel

momento. No se llegaban a imaginar la masa de hombres que la Rusia bolchevique aún estaba en condiciones de movilizar. Pero, sobre todo, a causa de su ideología demasiado simple, los nacionalsocialistas desconocían la voluntad de resistencia y de producción de los pueblos orientales que eran considerados por ellos como seres inferiores.

Las energías despertadas por una vigorosa propaganda patriótica, se manifestaron más especialmente durante las batallas por Stalingrado y el Cáucaso. No fue debido a la casualidad que los dirigentes soviéticos se permitieron, el 9 de octubre de 1942, suprimir los comisarios políticos («Politruks») en el Ejército Rojo y confiar a los jefes militares todos los poderes. Con una serenidad soberana, sin ser molestados por la vigilancia del partido, el Stavka podía adoptar sus medidas. A fines de setiembre, Chapochnikov sometió a su examen un proyecto de contraofensiva. Se trataba de esperar las consecuencias de las operaciones anglosajonas «Lightfoot» y «Torch», y luego, lanzar un ataque en tenaza por ambos lados de Stalingrado contra los rumanos mal equipados. Con tal fin fueron constituidos tres grupos en octubre con siete u ocho ejércitos: el «Frente del sudoeste» (Vatutin), el «Frente de Stalingrado» (Jeremenko) y el «Frente del Don» (Rokossovski) a los cuales se unió la 16.^a Flota aérea (Rudenko). Como «Delegados en jefe» del Stavka, Stalin envió a los generales Alexander M. Vassielvski y Nikoli N. Voronov.

La amplitud, la importancia y el punto de gravedad del despliegue soviético era ignorado por los alemanes. El 6 de noviembre, en el Boletín redactado por la «Oficina de Ejércitos extranjeros en el Este», editado por el Alto Mando del Ejército, se declaraba que la ofensiva soviética iba destinada, ante todo, a dominar en el centro del frente oriental. Cuatro días más tarde, el Estado Mayor general señaló la posibilidad de un ataque limitado en el sector del Tercer Ejército rumano (Dumitrescu). Esta unidad se encontraba en posiciones defensivas escalonadas, a la izquierda del Sexto Ejército alemán (Paulus) al otro lado del Don, cara al noroeste, al igual que el Cuarto Ejército rumano (Constantinescu) que defendía el flanco derecho en las colinas de Ergheni. Durante el intervalo, los Cuerpos que luchaban entre las ruinas de Stalingrado contra el 62.^o Ejército soviético (Tchnikov) habían quedado reducidos a una tercera parte de sus efectivos. Recibían, única y exclusivamente, refuerzos parciales que sucumbían rápidamente en los combates callejeros que eran librados con cañones de asalto, lanzallamas y ametralladoras, pero también con bombas de mano, a la bayoneta e incluso con las manos. La batalla consumía hombres y material desde hacía muchas semanas. La conquista de los objetivos como la fábrica de tractores Dierchinski, el complejo Lazur y el «combinado» Octubre Rojo, causaron inútilmente innumerables víctimas.

La formación en flecha de las fuerzas germanorumanas ofrecía a los rusos una magnífica ocasión de cercar las unidades irremediamente fijas en Stalingrado. La operación debía poder efectuarse sin demasiadas dificultades dado que el Grupo de Ejércitos B (Weichs) responsable de la batalla, sólo poseía, como reserva móvil, un Cuerpo blindado con 85 carros de combate checos anticuados. Detrás del mismo, el general Petre Dumitrescu contaba con la débil Primera División blindada rumana (Radu), pero el general Ata Constantinescu Claps no poseía nada. Además, Vassilevski y Voronov podían adivinar que los rumanos no lanzarían contra ellos ni artillería de largo

alcance, ni defensa antiaérea, ni cañones anticarros. Por este motivo el jefe del «Frente de Stalingrado» hizo avanzar su ala izquierda (dos brigadas blindadas y nueve divisiones de tiradores) hacia las colinas de Ergheni. Un poco antes, los «Frentes del sudoeste y del Don» (nueve brigadas blindadas, dos cuerpos de caballería, cuarenta y una divisiones de fusileros y numerosas unidades motorizadas) debían avanzar entre Klets kaya y Bilov.

La ofensiva soviética empezó el 19 de noviembre de 1942 a las cinco de la mañana y se desarrolló, a partir de aquel momento, conforme al plan previsto. El Tercer Ejército rumano fue rápidamente derrotado. El general Petre Dumitrescu tuvo que abandonar su cuartel general en Morosovsakaya y sólo los restos de tres divisiones se defendieron todavía durante algún tiempo en medio de la marisma roja al mando del enérgico general Mihai Lascar. En el Cuarto Ejército rumano se abrió una amplia brecha por donde penetraron las fuerzas de Jeremenko. Rokossovski rechazó el ala izquierda del Sexto Ejército alemán y lanzó una cuña blindada hasta Kalatch. La tenaza se cerró en este punto la noche del 21 al 22 de noviembre (el 23, a las 16 horas, según los informes soviéticos). Quedó formada una gran bolsa de 50 kilómetros de largo por 30 a 40, en donde se encontraban cercadas dieciocho divisiones alemanas, dos rumanas y un regimiento de legionarios croatas, es decir, 280.000 hombres en total.

Cuando Hitler se enteró de este nuevo fracaso ordenó formar el Grupo de Ejércitos del Don al mando del general Manstein para englobar a todas las unidades afectas y prescribió: «El Sexto Ejército formará un núcleo para esperar su rescate desde el exterior». El general Paulus solicitó inútilmente libertad de movimientos. El 6.º Ejército, informó por radio que debía combatir al enemigo en el oeste para poder avanzar en esta dirección o «sería aniquilado en un plazo de tiempo muy breve». Esta alternativa y los consejos del jefe del Estado Mayor general Kurt Zeitzler hicieron titubear a Hitler, pero Goering prometió abastecer con 500 toneladas diarias las divisiones cercadas. Esta seguridad y el hecho de que el Sexto Ejército había perdido casi todos sus caballos y por este motivo se veía obligado a abandonar la mayor parte de su material pesado, decidieron a Hitler mantenerse firme en Stalingrado. El 24 de noviembre Paulus recibió una segunda orden que confirmaba la primera.

Tres días después, Manstein inició la formación de su Grupo de Ejércitos. Hitler le había ordenado «recuperar todas las posiciones que poseían antes del ataque». Ya no era posible, puesto que el mariscal se encontró solamente con restos de tropas que aseguraban el paso del Tchir, dos divisiones blindadas rumanas diezmadas, en Kotelnikovo, al otro lado del Don inferior. Con otra división blindada Manstein formó el Grupo de Ejércitos Hoth en el ala derecha y las hizo avanzar hacia la bolsa. Mientras tanto, Paulus había preparado la primera tentativa de salida (Operación «Wintergewitter»). El ataque alcanzó un buen éxito inicial a pesar de la oposición que le ofreció el Segundo Ejército soviético de la Guardia (Malinovski). El 21 de diciembre, Hoth se encontraba a sólo 48 kilómetros de su objetivo, pero una nueva ofensiva rusa le obligó a entretener valiosas fuerzas.

Vassilevski y Voronov lo habían ya planeado cuando la intervención de Manstein a fines de noviembre. Nuevamente se lanzaron contra una unidad mal equipada, el Octavo Ejército italiano (Garibaldi), que defendía el frente en el Don medio, al noroeste de los

rumanos ya derrotados. Al mismo tiempo un ataque fue lanzado contra el Tchir. El general Vatutino debía empujar sus fuerzas, pasando por el hielo de este río, y avanzar hasta Rostov para aislar no sólo a Hoth sino también a los dos ejércitos del Cáucaso. Manstein hizo fracasar esos proyectos, pero, por este motivo, tuvo que pedir ayuda a Hoth. A principios de enero, el grupo del Don defendía penosamente un corto frente sobre el Sal, así como entre Tsimlianskaya y Morosovskaya en donde un nuevo Grupo de ejércitos, formado al mando del general Karl Hollidt, contuvo al enemigo. Los italianos habían abandonado, dominados por el pánico, el campo de batalla. Sólo unos escasos destacamentos conservaron sus posiciones y se reunieron posteriormente con los alemanes.

El destino del Sexto Ejército ya estaba sellado. A pesar de la insistencia del general Seydlitz y de otros oficiales, Paulus no se decidió a romper el cerco, ya que se creía ligado por la orden de Hitler y no creía poder franquear la distancia, continuamente en aumento, que le separaba del Grupo del Don. A pesar de ello, Hitler rechazó categóricamente los consejos de Zeitzler, negándose a modificar sus instrucciones. La situación se hizo desesperada. A pesar de la reorganización de los transportes efectuada por el mariscal Milch y la incorporación a esos transportes de aparatos de combate del tipo «He-III», la aviación sólo pudo suministrar una quinta parte de las cantidades prometidas a los campos de Pitomnik y de Goumrak. Sin embargo, logró evacuar 34.000 heridos del cerco. Quinientos aviones, en cifras redondas, cargados con exceso, fueron abatidos por la defensa antiaérea y los cazas soviéticos. Los pilotos rusos como Alexander Pokrychkin, Mihail Frunze e Iván Koschdub, obtuvieron en tales ocasiones grandes éxitos.

El 14 de enero se esfumaron las últimas esperanzas de conseguir una próxima estabilización. Vassilevski y Voronov, al no poder llegar a Rostov, dirigieron sus ataques hacia el norte en donde se encontraba un Cuerpo italiano y, a su izquierda, el Segundo Ejército húngaro (Jany). Un doble golpe dirigido al sur de Voroneje les hizo emprender la huida. Al mismo tiempo Rokossovski y Jeremenko decidieron «liquidar la bolsa por la fuerza». Los ataques de las unidades blindadas la partieron en fragmentos. Unos 100.000 alemanes y rumanos sucumbieron bajo los efectos de los bombardeos de artillería y aviación, el frío, el hambre, el agotamiento y las enfermedades. Fueron muchos los soldados que voluntariamente pusieron fin a sus vidas. La postrera resistencia terminó entre el 31 de enero y el 2 de febrero. Los rusos anunciaron 130.000 prisioneros (95.000 según las fuentes alemanas). Solamente 6.000 sobrevivieron a la guerra.

La catástrofe de Stalingrado provocó entre otras el hundimiento de mil kilómetros de frente entre Voroneje y el Trek. Por lo menos cincuenta divisiones desaparecieron. Las restantes pérdidas en hombres y en material, equivalían al aniquilamiento de otras veinticinco. La aviación perdió toda una flota aérea y no sólo aviones, sino también varios centenares de pilotos de valía. La retirada del Cáucaso comenzó a mediados de enero. Solamente el Primer Ejército blindado (Kleist), completamente motorizado, pudo escapar aún por Rostov con la ayuda de Hoth, para organizar nuevas posiciones al norte de Stalino, en el Donetz superior. Las divisiones de infantería del 17.º Ejército (Ruoff),

más lentas, no tuvieron otra alternativa que instalarse a ambos lados del Kuban, en la península de Taman y organizar una cabeza de puente para invernar.

A este inmenso desastre se unió el sufrido por los submarinos en el Atlántico. Desde hacía meses, ambos bandos lanzaban al combate nuevas armas y nuevas tácticas. Los alemanes inventaron el FUMB (aparato de detección de las emisiones de radar) que advertían a un submarino cuando era localizado. También emplearon el «Bold», un recipiente que contenía productos químicos que creaban una pantalla submarina que engañaba a los perseguidores provocando un falso eco. Los torpedos FA y IU capaces de recorrer una larga distancia describían rodeos, en el interior de los convoyes, para dar finalmente en el blanco. Otro torpedo, el «Zaunkoenig», se dirigía automáticamente contra los ruidos de hélices y era utilizado principalmente contra los buques escolta. Los submarinos «U-77» (Hartmann), «U-133» (Hardegen) «U-156» (Hartenstein), «U-172» (Emmermann), «U-221» (Trojer), «U-515» (Henke) y «U-167» (Brandi) entre otros, todavía alcanzaron brillantes éxitos a principios de 1943.

Pero, por el bando aliado, la protección de los convoyes era cada vez más eficaz. Los portaaviones auxiliares y las corbetas provistas de diversos aparatos perfeccionados: RADAR, ASDIC, SONAR, Huff-Duff, disponían de granadas más potentes y de «Hedgehog» lanzadores de cohetes que obtuvieron resultados cada vez más apreciables. Lo mismo se puede decir de los aviones del Coastal Command (aviación naval) provistos de «H2S», un aparato que funcionaba según el principio del radar que permitía efectuar ataques por sorpresa de noche o con niebla. Estos aviones no tardaron en ejercer un control casi total de las entradas y salidas al norte del golfo de Gascuña. En el mar de las Antillas, los grupos de caza neerlandeses demostraron una habilidad especial, pero aún fueron más célebres las hazañas del capitán de navío inglés, Frederic John Walker, que mandaba el Segundo Grupo de apoyo y el 36 Grupo de escolta. Sir Max Morton, antiguo comandante de submarinos, muy célebre durante la Primera Guerra Mundial, desempeñó el papel principal en la defensa contra la guerra submarina. Cuando le nombraron «Admiral of the Western Approaches», las pérdidas de los submarinos alemanes pasaron del 4 por ciento por mes a casi el 30 por 100 y sólo fue hundido un mercante en todo el mes de mayo. Doenitz se vio obligado a abandonar el teatro principal de operaciones. Después de las batallas de El Alamein y de Stalingrado, Alemania acababa de perder igualmente la «Batalla del Atlántico».

EL HUNDIMIENTO DE ITALIA, 1943

Estos acontecimientos militares causaron una profunda consternación en Alemania. Perdieron la fe en el «genio del Führer» y en una victoria final «muy cercana». El partido nacionalsocialista sentía cómo la tierra se hundía bajo sus pies y por este motivo recurrió a medidas radicales e intensificó su propaganda. A fines de enero apareció un «decreto sobre la movilización de la mano de obra». Fritz Sauckel, gauleiter de Turingia, recibió

plenos poderes para llevarla a la práctica. Otros funcionarios del partido organizaron «demostraciones de fe fanática». La campaña alcanzó su apogeo el 18 de febrero de 1943, cuando Joseph Goebbels, en el Palacio de los Deportes, de Berlín, proclamó la «guerra total», pronunció frases demagógicas y concluyó :

Yo os he preguntado, vosotros habéis contestado. Y, ahora, he ahí la consigna: ¡Pueblo, en pie, que estalle la tormenta!

Pero Goebbels sabía perfectamente que no existía ninguna de las condiciones necesarios para un levantamiento en masa. Sabía que se habían producido pérdidas irreparables, comprobaba el incremento de las intrigas entre los dignatarios del partido y del Estado, y reconoció igualmente que Hitler, ni intelectual ni moralmente, poseía talla suficiente para soportar la derrota. Desde fines de 1942, la tensión había ido continuamente en aumento entre el jefe supremo de la Wehrmacht y diversos generales. A principios de año, Hitler se deshizo de Raeder, poco después trataba con evidente desprecio a Keitel, le hizo reproches a Rommel, receló de Manstein, insultó a Fromm y calificó de cobarde a Paulus. Incluso, el prestigio de Hermann Goering no resistió el fracaso de la Lufwaffe en Stalingrado. «El Führer sólo manifiesta juicios negativos hacia los generales», escribía Goebbels en su Diario, el 9 de marzo de 1943. «Le mienten y no poseen una "auténtica categoría"».

Alemania ya no podía ganar la guerra. Esta conclusión había de provocar, necesariamente, un primer sondeo diplomático. El 14 de diciembre de 1942, en la casa de campo de un político sueco, en los alrededores de Estocolmo, el director ministerial, Peter Kleist, fue informado de las pretendidas disposiciones del Kremlin.

Le doy mi palabra: si Alemania se repliega a las fronteras de 1939, pueden ustedes conseguir la paz en ocho horas —declaró el intermediario, un tal Edgar Clauss.

Esta oferta de paz, presentada por la Embajada soviética en Estocolmo, fue inmediatamente objeto de estudio por parte de los alemanes. Schelenburg estimó que Rusia quería «o bien volver realmente al *statu quo*, o hacer víctima de un chantaje a los occidentales con la amenaza de una paz de compromiso con los alemanes». Ribbentrop juzgó que estas negociaciones carecían de interés y mandó romper el contacto que ya se había establecido.

A diferencia de Alemania que, después de la derrota de Stalingrado, no podía adoptar una posición diplomática dominante, sus aliados gozaban de una mayor libertad de acción. Habían entrado en el sistema de la alianza tripartita no por razones ideológicas, sino porque una asociación con un Reich fuerte se les antojaba oportuna o, al menos, podía proporcionarles una protección contra el imperialismo soviético. Pero, dado que este cálculo ahora ya no parecía responder a la situación real, los estadistas de los países aliados a las potencias del Eje, habían de sacar forzosamente las conclusiones y procurar asegurarse una línea de retirada. Podían conseguir esto por medio de cambios ministeriales, contacto e intercambios de puntos de vista internacionales y esperar que el adversario manifestara su complacencia, aunque sólo fuera para debilitar a Alemania. Finalmente, la ausencia de tratados de alianza formales entre los gobiernos de los pequeños estados europeos centrales y Berlín, facilitaba enormemente esta maniobra.

El 5 de marzo de 1943, Risto Ryti, presidente finlandés, formó nuevo Gobierno, presidido por Edvin Linkomies, cuyo ministro de Asuntos Exteriores, Henrik Ramsey, mantenía entonces excelentes relaciones con Suecia y Estados Unidos, y se aferraba más fuertemente que nunca a la concepción de una «reanudación de la guerra» independiente de la campaña dirigida por Hitler en el Este. En aquel mismo tiempo, el almirante Nikolaus Horthy, regente de Hungría, nombró jefe de Gobierno a Miklos von Kallay, conocido por sus sentimientos anglófilos. Este se esforzó también por trazar una línea de demarcación muy clara entre los objetivos de guerra de Alemania y los de Hungría, como fundamento para un eventual acuerdo. Los contactos oficiales con Gran Bretaña y Estados Unidos fueron muy pronto completados con un contacto con los guerrilleros yugoslavos. Finalmente, la antigua estrella del cine Katalin Korady estableció, sin duda alguna a instancias de Horthy, relaciones con Laszlo Rajk, jefe del prohibido partido comunista.

Ion Antonescu, jefe del Estado rumano, quería proseguir la lucha contra la Unión Soviética al lado de Alemania y decidió, a este efecto, formar otras dieciséis divisiones. Desde la batalla de El Alamein consideraba probable un desembarco británico en el sudeste de Europa, y, por este motivo, concedió plenos poderes al ministro de Asuntos Exteriores, el profesor Mihai Antonescu, para que efectuara sondeos en ciertos países neutrales como Turquía y Portugal. Deseaba obtener de las potencias occidentales una aprobación tácita de su cruzada antibolchevique y tal vez, incluso una paz por separado que le dejara las manos libres en el Este y, al mismo tiempo, también de Hitler. Pero éste no aprobó este punto de vista. Calificó de «traición» las maniobras diplomáticas de Rumania y no permitió que el mariscal Antonescu le explicara el verdadero alcance durante una violenta entrevista que se celebró en Klessheim, el 13 de abril de 1943.

Pero fuerzas de naturaleza diversa se organizaban a espaldas del jefe del Estado rumano y establecían, por su lado, contactos con Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética. Resulta difícil señalar todas las personas y los grupos que desempeñaron un papel decisivo en esos ambientes en 1943-1944. Lo único que podemos afirmar es que, al menos, el joven rey Miguel I, su madre, la reina Helena, el barón Ionel Moscony-Starcea, el príncipe Barbu Stirbey, el general Mihai Racovitza, la familia real, los políticos Gheorge Tatarescu, Juliu Manu, Constantin Bratianu, que pertenecían a la oposición, hicieron todo lo que estuvo en sus manos para separar Rumania de Alemania. Uno de sus contactos era a través de Edouard Benes, el antiguo estadista checoslovaco, y llegaban a Moscú. Otros conductos pasaban por Ankara, El Cairo, Berna, Lisboa y Roma.

Lo mismo ocurría en Italia. La Casa real, hostil al régimen, aspiraba, con los generales y los políticos liberales, a entablar negociaciones de paz. Las simpatías occidentales de la familia real tenían como representantes principales a la princesa María José, de origen belga, y Mario d'Aquarone, ministro de la Corte. El mariscal Pietro Badoglio, antiguo jefe del Estado Mayor general, pertenecía a la oposición. Los políticos antifascistas se agrupaban principalmente alrededor de Ivanoe Bonomi, Luigi Einaudi, Benedetto Croce y el conde Carlo Sforza. Además, ciertos dirigentes fascistas, como Dino Grandi y Galeazo Ciano, manifestaban hostilidad hacia Alemania y hacia Mussolini

a causa de ser fiel a la alianza con aquéllos. A principios de 1943, Badoglio intentó reunir todos esos grupos, pero, por el momento, no logró ningún éxito. El rey escuchó en silencio la exposición que éste le hizo de la situación. Numerosos oficiales y funcionarios se encogieron de hombros cuando se referían al comunicado final de la conferencia de Casablanca.

Del 14 al 26 de enero de 1943, Roosevelt, Churchill y sus jefes de Estado Mayor se reunieron en esta ciudad para discutir la orientación que cabía dar a las próximas operaciones y, de paso, para llegar a una reconciliación entre De Gaulle y Giraud, que era el sustituto de Darlan. Al final de la conferencia, y con el consentimiento de Churchill, Roosevelt hizo a la Prensa unas declaraciones cuyas consecuencias tenían que tener un largo alcance. Afirmó, posteriormente, no haber tenido exacta conciencia de la gravedad de sus palabras. Sin embargo, se basó en un borrador cuyo texto ha sido publicado por Robert E. Sherwood. Contenía la frase siguiente: «Después de haber considerado la situación en su conjunto, estamos más convencidos que nunca, de que sólo con la eliminación de la potencia militar alemana y japonesa se puede devolver la paz al mundo, lo que permite reducir los objetivos de esta guerra a una fórmula muy sencilla: la rendición incondicional (*unconditional surrender*) de Alemania, del Japón y de Italia».

Cabe preguntarse si el hecho de que en su frase no mencionara ni Finlandia, ni Rumania, ni Hungría, ni Bulgaria, constituía un estímulo especial para ciertas personalidades de esos cuatro países para provocar un cambio en la política nacional. Sea como fuere, en Alemania, en Italia y en el Japón, esta exigencia de una «rendición incondicional» decepcionó profundamente a los partidarios de la paz y a los oponentes al régimen que trabajaban en esos países. Sin pretenderlo, Roosevelt y Churchill proporcionaron argumentos fáciles y potentes a la propaganda de los belicistas, como Goebbels. Los dirigentes italianos que confiaban desde ya hacía mucho tiempo en la iniciación de negociaciones para un armisticio, decidieron esperar el resultado de la lucha en Túnez. La eliminación de esta cabeza de puente había sido fijada como muy próxima por Roosevelt y Churchill.

En Casablanca, los jefes de Estado Mayor decidieron lanzar la batalla final en África del Norte con cuatro grandes unidades: el Primer Ejército británico (Anderson), el Segundo Cuerpo americano (Frendenhall), el 19.º Cuerpo francés (Juin), compuesto por tropas coloniales, y el Octavo Ejército británico (Montgomery) que avanzaba lentamente por Trípoli. El mando superior fue confiado otra vez al general Dwight Eisenhower, aunque sir Harold Alexander, comandante en jefe británico en el Cercano Oriente, le fuera superior en rango. Sin embargo, Brooke dispuso que Eisenhower se encargara de todos los problemas de coordinación, de abastecimiento y de seguridad, mientras que Alexander, que había sido nombrado su lugarteniente, dirigía prácticamente las operaciones militares. Esta organización se reveló muy eficaz. Impidió nuevas fricciones entre los americanos e ingleses y permitió a éstos aprovechar su experiencia de la guerra en el desierto y en el Mediterráneo.

Las unidades germanoitalianas no pudieron ser reforzadas del mismo modo que el Ejército aliado. El 90.º Cuerpo (Nehering) había sido transformado en el Quinto Ejército blindado desde diciembre de 1942; Rommel abandonó la capital de Trípoli el 22 de enero

de 1943 para ocupar, tres semanas más tarde, las posiciones preparadas en Mareth, en territorio tunecino. Pero las fuerzas del Eje habían de sucumbir más pronto o más tarde ante la enorme superioridad, personal y material, de sus adversarios, principalmente cuando los subordinados de Eisenhower no tardaron en obtener el dominio en el mar y en el cielo, cortando todas las comunicaciones entre Italia y Túnez. Rommel lo adivinó. Hubiera preferido organizar, con Arnin, un frente más corto, que siguiera la línea Gabes-Cabo Serrat o Enfidaville-Bizerta, estimando que sólo podía ya librarse una batalla defensiva para permitir la evacuación de la cabeza de puente.

Pero Hitler y Mussolini decidieron de otro modo. Desde su punto de vista de dictadores, no querían abandonar a ningún precio aquello que había estado en su poder. A ello se añadían las consideraciones estratégicas desarrolladas por el general Vittorio Ambrosio, nuevo jefe del Commando Supremo. Aunque era partidario de una paz rápida y había establecido amistad con Badoglio, estaba empeñado en resistir en Túnez por causa de los campos de aviación en esta zona. Si los Aliados ocupaban estas bases estarían entonces en condiciones de desencadenar una ofensiva aérea a la que Italia, prácticamente, nada hubiera podido oponer, lo que conduciría fatalmente a una «capitulación sin condiciones», que tanto Ambrosio como Badoglio deseaban evitar, al igual que todos los miembros del movimiento de la Resistencia italiana.

A pesar de su distinto punto de vista, Mussolini e Hitler confiaron al mariscal Rommel el mando del Grupo de Ejércitos en África del Norte, de reciente creación. El «zorro del desierto» acababa de eliminar la amenaza ejercida sobre las comunicaciones por el Segundo Cuerpo americano, combatiéndolo en los alrededores de Gafsa y obligándole a replegarse con graves pérdidas en prisioneros y carros de combate más allá del paso de Kasserine. El general Giovanni Messe fue puesto al frente de las antiguas tropas italianas de Rommel, convertidas ahora en el Primer Ejército blindado. Con la ayuda de este jefe tan enérgico, el mariscal quería, inmediatamente después de su victoria sobre los americanos, atacar a Montgomery, en Medenine, para obligarle a replegarse. Este ataque fracasó a causa del violento fuego de artillería inglés, sea porque hubiese sido previamente traicionado, o porque Montgomery lo hubiese adivinado a tiempo. Después de esta batalla, Rommel consideró que ya no podía evitar la unión de los diversos cuerpos aliados. Por tanto, fue relevado de su mando.

El capitán general Dietloff von Arnim, que le sucedió, ya no creía, tampoco, poder defender la cabeza de puente tunecina. El Primer Ejército italiano (Messe) y el Quinto Ejército alemán (Vaerst) tuvieron que ceder mucho terreno. Se produjo una nueva crisis cerca de Gafsa, Anderson ocupó el Cabo Serrat, Montgomery rebasó la línea Mareth, de modo que Messe se vio obligado a replegarse, por Gabes, hacia Enfidaville. El vicemariscal del Aire británico, Arthur Tedder, ocupó varios campos de aviación en Túnez occidental y central. Envío sus aviones sobre el mar, en donde abatieron numerosos aviones de transporte y permitieron a la flota del almirante Cunningham extender su campo de actividades. Una lluvia de bombas inutilizó los puertos de Túnez, Bizerta, Sousse y Sfax. Los italianos perdieron diecisiete destructores. En abril, los cazas angloamericanos destruyeron doscientos aviones del Eje entre Sicilia y Túnez. De los veinte grandes aviones «Gigant», del tipo «Me-323», últimos modelos que componían un

convoy, dieciocho cayeron al mar con todos sus tripulantes. Al final, el Grupo de Ejércitos de África sólo recibió nueve mil toneladas como aprovisionamiento, o sea, el nueve por ciento de sus necesidades mensuales.

Las tropas germanoitalianas se instalaron en un cinturón de colinas alrededor de Túnez y, a cambio de elevadas pérdidas, trataron de mejorar esta situación. Mientras, Alexander había reagrupado sus fuerzas. El Segundo Cuerpo americano (Bradley) fue destinado al sector de Bizerta. El 19.º Cuerpo francés (Juin) ocupó posiciones a un lado y otro de Pont-du-Fahs. El Octavo Ejército (Montgomery) se detuvo ante Enfidaville y cedió sus mejores unidades de choque al Primer Ejército (Anderson), que se apostó en «Longstop Hill» entre los americanos y franceses. Esta altura, el Djebel Lanserine, o «montaña de Navidad», como la llamaban los alemanes, ya había sido motivo de hondos quebraderos de cabeza para los ingleses durante los meses de diciembre y enero. Constituía el obstáculo más fuerte en el camino de Túnez, pero lograron ocuparlo a fines del mes de abril.

La batalla decisiva se inició la noche del 4 al 5 de mayo. Un poderoso bombardeo destruyó el sistema de defensa alemán en el sudeste de la «montaña de Navidad». Nueve horas después, las unidades blindadas inglesas entraban en los suburbios de Túnez. La cabeza de puente germanoitaliana fue dividida en dos. Un telegrama del Cuartel General del Führer invitaba al Grupo de Ejércitos de África a luchar «hasta el último cartucho», pero Von Arnim, de acuerdo con su Estado Mayor, decidió que el «último obús» sería considerado como el «último cartucho» y que, después de haberlo disparado, la unidad que lo hiciera tendría que rendirse. La resistencia de la bolsa Oeste cesó rápidamente. Los últimos combates fueron librados en la península de Bon. Las lanchas de asalto y unos escasos aviones transportaron al continente europeo los documentos secretos, los «brandenburgueses» y los estados mayores destinados al frente Oriental, unos setecientos hombres en total. Para el resto de las tropas no quedaba ninguna posibilidad de evasión. La lucha terminó el 12 de mayo de 1943. Doscientos cincuenta mil alemanes e italianos se rindieron.

La operación siguiente había sido decidida en Casablanca por Roosevelt y Churchill: un desembarco de gran envergadura en la costa meridional de Sicilia (Operación «Husky»). Bajo la protección de la flota de Cunningham, el Octavo Ejército inglés (Montgomery) y el Séptimo Ejército americano (Patton), de reciente formación, desembarcarían, se apoderarían de los puertos de Licata, Gela, Siracusa y Augusta y continuarían rápidamente en dirección a Messina, puerto que abría paso a la península apenina. Pero la falta de tonelaje obligó a aplazar la operación hasta principios de julio. Nuevas diferencias de opinión surgieron durante la conferencia «Tridente» que se celebró en Washington y Williamsburg a fines de mayo. Por lo que leemos en el Diario de Brooke, King quería lanzarse a fondo contra el Japón, Marshall deseaba franquear muy rápidamente el Canal de la Mancha con unos medios muy débiles. Pound tenía todo su empeño en la guerra naval, mientras que Churchill proponía cada día un objetivo nuevo: Italia, los Balcanes, Noruega, las Azores y Sumatra.

Finalmente, el paso del Canal de la Mancha, objeto de tantas discusiones, fue fijado para principios de mayo de 1944 («Overlord»). Eisenhower fue encargado de estudiar un

plan para penetrar por la Italia meridional («Avalanches»), derribar el régimen de Mussolini y ocupar los campos de aviación, con vistas a desplegar actividades sobre los Balcanes. Churchill creó la expresión de «vientre blando de Europa» y Brooke dio un sentido estratégico a esta imagen. Ambos creían poder conseguir, gracias a una dirección bien concebida de la guerra en el Mediterráneo, inmovilizar importantes fuerzas alemanas antes de que las insistencias de los rusos y de los americanos hicieran inevitable un desembarco en Francia. Una ofensiva aérea, análoga a la que ya desplegaba sobre una gran parte del Continente el mariscal del Aire sir Charles Portal, abría, en este sentido, perspectivas favorables. Efectivamente, un simple bombardeo incitó a la isla fortificada de Pantelaria a rendirse, sin que la guarnición italiana de doce mil hombres ofreciera la menor resistencia.

Otros hechos demostraban claramente que Italia constituía, como lo había dicho Churchill, el «vientre blando» de Europa. A principios de junio, los Servicios Secretos aliados oyeron rumores de la inminente detención del jefe de Gobierno italiano. El capitán de navío Ellis M. Zacharias, jefe del Servicio de Información de la Marina americana, inició negociaciones con «ciertos elementos antifascistas de los grandes estados mayores» y confiaba obtener, merced a los mismos, «una entrega intacta de la Flota enemiga». Desde ya hacía mucho tiempo, estaba en contacto con el almirante Franco Maugeri, su homólogo en Supermarina, a través del teniente de navío Aldo Cippico. Se sospechaba que el almirante Massimo Gerosi, jefe del Estado Mayor de la Flota, sostenía relaciones análogas, ya que su hermano, Marcello, que trabajaba en las filas del Servicio de Información americano, había establecido contacto entre Estados Unidos e Italia.

Con todo ello se llegó a una especie de acuerdo tácito entre las fuerzas aéreas aliadas y la Flota italiana. En el curso de las semanas siguientes, los 3.680 aviones con los que Tedder realizaba su ofensiva bombardearon casi todos los campos de aviación, todos los nudos ferroviarios y todas las ciudades de Sicilia y de la península de los apeninos, es decir, Siracusa, Augusta, Catane, Palermo, Messina, Reggio, Cosenza, Tarento, Nápoles, Sarento, Benevent, Foggia, Roma, Florencia, Livorno, Pisa, Boloña, Turín, Milán, Trento y Bolzano en donde sus habitantes sufrieron frecuentemente elevadas bajas, pero ni una sola bomba cayó sobre La Spezia, en donde se encontraban los acorazados «Littorio», «Roma» y «Vittorio Veneto», ni sobre el «Duilio» y el «Doria», destinados al «Mar Grande» de Tarento. A excepción de los submarinos y de los hombres-rana que continuaban luchando con un valor encomiable, la Marina italiana no lanzó al combate ninguno de sus elementos a principios de la invasión aliada.

El 7 de julio de 1943, 2.725 barcos partieron de los puertos de África del Norte y se concentraron, dos días más tarde, cerca de Malta para lanzarse a la conquista de Sicilia. La Armada tropezó con grandes inconvenientes, puesto que el viento alcanzaba la violencia de tormenta cubriendo las costas de impresionantes rompientes. Sin embargo, Cunningham decidió pasar a la acción. La suerte le sonrió. Al amanecer, el mar estaba considerablemente más tranquilo. Los vehículos anfibios americanos («Dukws») ayudaron a vencer las olas. Sin embargo, los lanzamientos de paracaidistas sufrieron un fracaso. La 82.^a División aerotransportada americana (Ridgway) se dispersó. De los

ingleses, sólo 12 de 137 planeadores alcanzaron su objetivo, los otros cayeron al mar, en donde se ahogaron la mayoría de sus ocupantes. De todos modos, 75 paracaidistas ingleses ocuparon un puente importante en la carretera de Siracusa en el que se hicieron fuertes, pero a cambio de elevadas pérdidas, hasta la llegada de la infantería desembarcada en la costa.

Sicilia fue defendida por el Sexto Ejército italiano (Guzzoni) que contaba con diez divisiones, además de dos alemanas. Hitler había concentrado todas sus fuerzas blindadas disponibles para lanzar una gran ofensiva en Kursk, el 5 de julio, y sólo pudo enviar a sus aliados, como ayuda, una división y media y el Estado Mayor del 14.º Cuerpo blindado (Hube). Estas tropas ocupaban excelentes posiciones defensivas en el macizo del Etna en donde ofrecieron una resistencia insuperable al Octavo Ejército británico. El Séptimo Ejército americano no aprovechó la ocasión que se le presentaba. Partiendo de Licata y Gela, sus puntos de desembarco, pues el general George S. Patton actuaba de un modo independiente, avanzó hacia el oeste de la isla en donde, el 22 de julio, ocupó Marsala y Palermo e hizo prisioneros a cien mil italianos, que no opusieron una resistencia apreciable. Fue a fines del mes cuando una tropa de choque americana atacó el flanco derecho de los alemanes en Nicosia.

Mientras la batalla de Sicilia llegaba a su punto culminante, en Roma se convencieron de que era necesario poner fin a la guerra. Los medios de oposición concentrados alrededor de Badoglio y de Grandi fueron ganando paulatinamente terreno. El Commando Supremo y ciertos políticos, como el subsecretario de Estado Giuseppe Bastianini y el embajador Dino Alfieri, recomendaron insistentemente a Mussolini que negociara un armisticio y diera los primeros pasos en este sentido, antes de su entrevista con Hitler, fijada para muy pronto. Pero el jefe del Gobierno italiano era un hombre debilitado por las enfermedades y las dudas, para el cual todo era extremadamente penoso. Cuando se entrevistó con Hitler en Feltre, el 19 de julio de 1943, no halló las palabras que hacían falta. El jefe del Estado Mayor general, Ambrosio, presentó inmediatamente su dimisión. Bastianini y Alfieri siguieron su propio camino que les llevó a unirse a la oposición del partido. Sucedió que poco antes fueron organizadas una serie de manifestaciones políticas, en el curso de las cuales, conocidas personalidades debían dirigirse a la población. Antes de partir para esta serie de conferencias, estas personalidades deseaban saber, por boca de su Duce, cuál era la posición exacta de Italia. Mussolini los recibió en el palacio de Venecia. En el curso de esta reunión, el secretario del partido, Roberto Farinacci, solicitó, sin tener conciencia exacta del alcance de la pregunta, la fecha de la reunión del Gran Consejo fascista que no se había vuelto a reunir desde el año 1939. Grandi pudo, desde aquel momento preparar el golpe decisivo. Apoyado por Ciano, Bastianini y Alfieri, redactó un proyecto de resolución que invitaba al rey Víctor Emmanuel III a asumir el mando absoluto de las fuerzas armadas tal como por derecho le confería la Constitución. La sesión fue inaugurada el 24 de julio. Mussolini no desplegó, para defenderse, su anterior energía. Se entabló un largo y penoso debate. Diecinueve miembros del Gran Consejo se pronunciaron por la resolución contra siete votos y una abstención.

Esta votación equivalía a una moción de desconfianza contra Mussolini. Pero Grandi estaba equivocado si creía que lograría separar del régimen al dictador y crear un triunvirato fascista. El Gran Consejo sólo tuvo veinticuatro horas de vida. Los conjurados asumieron por sí mismos el poder cuando al final de la reunión Mussolini preguntó quién informaría al rey de la decisión que había sido votada, y Grandi replicó: «Tú mismo». Incumbía ahora al soberano, en efecto, dar el paso siguiente. Víctor Emmanuel se aprovechó sin ninguna clase de vacilaciones de la ocasión que se le ofrecía. Al día siguiente convocó a Mussolini en Villa Savoia y le exigió su dimisión, mientras que en el exterior Mario d'Aquarone mandaba, por medio de una estratagema, a la escolta del Duce a casa y la sustituía por carabineros fieles al rey. Mussolini fue detenido al salir de palacio.

Pocas horas después, Víctor Emmanuel nombraba al mariscal Badoglio jefe del nuevo Gobierno. Había preparado una lista de ministros contra la que el mariscal, de setenta y dos años, y fiel al soberano, no hizo ninguna objeción, aunque no comprendía a los liberales y demócratas que estaban dispuestos a entrar a formar parte del Gabinete. Al mismo tiempo Víctor Emmanuel fijó los principios de la política exterior a seguir. Badoglio tuvo que publicar una proclama anunciando que Italia proseguía la lucha al lado de los alemanes. Un telegrama en el mismo sentido fue enviado a Hitler. El nuevo jefe de Gobierno confirmó su fidelidad a la alianza al embajador Hans-Georg von Mackensen, al mariscal Kesselring y al general Von Rintelen. Sin embargo, la elección del ministro de Asuntos Exteriores, Raffaele Guariglia, anunciaba un rápido cambio ya que, habiendo sido durante mucho tiempo embajador en Turquía, había tenido contactos con los angloamericanos y siempre había sido partidario de una paz por separado. Al igual que Badoglio, consideraba que la guerra estaba perdida («*perduto, perduto*»).

El Gobierno Badoglio empezó por desembarazarse del régimen fascista que se derrumbó como un castillo de naipes. El partido fue disuelto, sus bienes fueron confiscados, los miembros del Gran Consejo, que todavía no habían podido cruzar la frontera, fueron detenidos. Badoglio mandó encarcelar, incluso, al antiguo jefe de Estado Mayor general, conde Ugo Cavallero, que se suicidó. Muchos funcionarios y oficiales del partido le imitaron. En ningún lado ofrecieron la menor resistencia. La muchedumbre enfebrecida recorría las calles de las ciudades, gritando: «*Finito Mussolini... finita la guerra!*» Incluso los oficiales y soldados tomaban parte en tales manifestaciones. En Turín, el consulado general alemán fue asaltado. Los grandes centros industriales como Milán, La Spezia, Livorno y Bolonia conocieron huelgas violentas y disturbios comunistas sin que interviniera la policía o las tropas protegieran a las autoridades monárquicas.

La aparición de los comunistas, las tentativas de sondeo hechos por Guariglia y una discusión entre Washington y Londres con respecto a la conclusión de un armisticio con Italia, despertaron el recelo de Hitler. Trasladó una división de paracaidistas de Francia a Frascati y ordenó a Kesselring que detuviera al rey y a Badoglio antes del 4 de agosto. Al mismo tiempo, el Alto Mando de la Wehrmacht, sin solicitar previamente el consentimiento del mando italiano, envió importantes efectivos a través de los puertos de los Alpes bajo la autoridad de Rommel. Estas tropas ocuparon todos los centros de

comunicaciones importantes en la llanura del Po, aislando, de ese modo, de su patria a treinta y ocho divisiones italianas estacionadas en el Mediodía de Francia y en los Balcanes. Hitler rechazó violentamente una demanda personal formulada por Badoglio. Mackensen recibió la orden de descubrir el lugar en el que había sido encarcelado el dictador para permitirle un precioso regalo.

Todo esto debía resultarle muy desagradable al nuevo Gobierno italiano y se les antojaba sumamente peligroso dado que solamente contaba con diez unidades grandes mal equipadas, mientras que los alemanes concentraban ocho divisiones en la península en pocos días. Badoglio solicitó del general Enno von Rintelen que convocara una conferencia. Esta gestión, apoyada por Ernst von Weizsaecker, embajador alemán en la Santa Sede, sólo obtuvo éxito a medias. Hitler acabó por dar su consentimiento, pero cuando Ribbentrop, Guariglia, Keitel y Ambrosio se encontraron en Tarvis, el 6 de agosto, los italianos no lograron disipar los recelos de los alemanes. Ambrosio solicitó inútilmente el envío a Sicilia de divisiones alemanas de la Alta Italia y reclamó, sin el menor éxito, una retirada parcial de las tropas de ocupación italianas en Francia y en el sudeste de Europa para lanzarlas a la batalla, Guariglia fracasó de un modo similar frente a Ribbentrop cuando le propuso solicitar en común un armisticio.

Guariglia y Ambrosio regresaron derrotados de Tarvis. Su informe convenció al rey y al Gobierno que Italia tenía, desde aquel momento, que seguir sola su camino aunque los contactos establecidos hasta entonces no fueran demasiado estimulantes. El 10 de agosto, Víctor Emmanuel y Badoglio decidieron dirigir una demanda de armisticio a los angloamericanos. Sólo cinco personas fueron informadas del secreto. Dado que el embajador inglés en la Santa Sede no podía despachar un mensaje cifrado, Badoglio envió al general Giovanni Castello a Madrid desde donde sir Samuel Hoare informó a los participantes de la conferencia del Quadrant, reunida por aquellos días en Quebec, de la gestión italiana. Para mantener el secreto, Roosevelt y Churchill eligieron Lisboa como centro de las negociaciones y enviaron a dos hombres que eran conocidos por su dureza: los generales Walter B. Smith y Kenneth Strong.

Los negociadores se reunieron el 19 de agosto, dos días después de que el Cuerpo blindado alemán fuera retirado de Sicilia. Las conversaciones no siguieron un curso favorable. Smith y Strong reclamaban una «rendición incondicional», y la completa cesión de toda la península de los Apeninos y todos los territorios ocupados para servir de base a las futuras operaciones angloamericanas, la entrega de la Flota y de la aviación y el licenciamiento del Ejército italiano. Badoglio y Ambrosio consideraron estas condiciones inaceptables. Sabían que Hitler no abandonaría sin combate la península después de la conclusión de un armisticio con los Aliados y buscaban una solución que evitara que Italia se convirtiera en campo de batalla. Castello fue enviado, otra vez, a finales de mes para solicitar un desembarco en la desembocadura del Tíber y en Toscana, sin lo cual, cualquier tentativa para desarmar a los alemanes estaba condenada, de antemano, a un fracaso.

Pero durante las negociaciones siguientes, que tuvieron lugar en Cassibile, cerca de Siracusa, Smith demostró la misma intransigencia. Quería como única respuesta «sí» o «no». Italia debía elegir entre una aceptación inmediata o un bombardeo devastador de

Roma. Badoglio y sus seguidores estaban desesperados. Sabían que la actitud hostil de Hitler les prohibía toda marcha atrás y veían el abismo en que se hundiría Italia si se rendían incondicionalmente. Fue nuevamente Víctor Emmanuel quien adoptó la última y grave decisión. En la situación que se había creado ya no había otra solución para él que un cambio de bando. Tarde o temprano, se decía, el desembarco de los Aliados provocaría una asociación de algún tipo entre Italia y los angloamericanos con la consiguiente anulación de las condiciones de armisticio. Castello fue investido de plenos poderes para firmar la capitulación, cosa que hizo el 3 de setiembre de 1943.

Ambos bandos acordaron guardar en secreto esta capitulación durante algún tiempo. Eisenhower quería completar sus preparativos para la invasión de la Italia continental y Badoglio deseaba adoptar medidas militares para asegurar la capital. Para no despertar los recelos de los alemanes, la aviación aliada continuó sus ataques contra las ciudades italianas. El 6 de setiembre, Nápoles sufría su 98 bombardeo. Veinticuatro horas después, el almirante Maugeri fue a recoger al general americano Maxwell D. Taylor, en Ustica, con la corbeta «Ibis», para introducirlo en Roma en condiciones muy difíciles. Taylor había de discutir allí la llegada de la 82.^a División aerotransportada (Ridgway) y declaró que Eisenhower anunciaría el armisticio el 8 de setiembre y atacaría al mismo tiempo. Los italianos se asustaron. No se sentían en condiciones de desafiar a los alemanes. El comandante en jefe aliado se negaba a aplazar la fecha como solicitaron.

Desde aquel momento, los acontecimientos se precipitaron. Mientras Badoglio convocaba un consejo de la Corona en el Quirinal, la Agencia de Prensa Reuter y Radio Argel publicaban la noticia del armisticio. Un grupo de hombres reunido alrededor de su soberano se enteraron, entonces, de lo que había sucedido entre el 10 de agosto y el 3 de setiembre. Su reacción fue tumultuosa. Varios generales reclamaron la continuación de la guerra. Pero Víctor Emmanuel, Badoglio, Guariglia y Ambrosio se aferraron a la decisión que ya habían tomado. Decidieron confirmar la declaración de Eisenhower. Roma no podía ser defendida, ya que el comandante aliado renunció al previsto desembarco aéreo. El desembarco no tuvo lugar en Toscana, como se esperaba, sino en Salerno, al sur de Nápoles. A la misma hora, el Alto Mando de la Wehrmacht ordenó llevar a cabo las instrucciones del caso «Eje». Las tropas alemanas empezaron a desarmar a los italianos entre Burdeos y Rodas.

En las cercanías de la Ciudad Eterna se entabló durante dos días, un violento tiroteo entre los antiguos aliados. Cuatro divisiones protegieron la huida del rey y del jefe del Gobierno. La columna de coches enfiló Via Tiburtina hasta la costa del Adriático en donde Víctor Emmanuel y Badoglio embarcaron en la corbeta «Baionetta» que les llevó a Brindisi. Mientras tanto, el desarme de las unidades italianas hacía rápidos progresos. Casi en ninguna parte se entabló una seria resistencia. En los Balcanes las tropas croatas participaban en la operación. El general Lothar Rendulic despegó de Kralievo con una Compañía de paracaidistas con el fin de ocupar Tirana. Albania se liberó. Croacia recuperó su soberanía. Sólo hubo un poco de crisis en el Egeo cuando el general sir Henry Maitland Wilson lanzó a las islas italianas unas fuerzas concentradas a toda prisa. La aviación alemana hundió cinco destructores. Los paracaidistas y los elementos de la 22.^a División de infantería (Müller) conquistaron Cos, Calymnos, Leors y Samos.

El almirante Rafaele de Courten, ministro de Marina, ordenó a la flota dirigirse a Malta enarbolando un pabellón negro. La escuadra de Tarento, al mando del almirante Alberto de Zara, ejecutó esta orden, pero el almirante Carlo Bergamini que mandaba el grueso de La Spezia se negó. En ninguno de los casos quería entregar sus veinte unidades al antiguo adversario, y pretendía alcanzar con ellas, si le era posible, un puerto español. El 9 de setiembre la escuadra de La Spezia se encontraba al noroeste de la Maddalena para seguir entre Cerdeña y Córcega. Fue bombardeada cuatro veces, las tres primeras por los angloamericanos y la cuarta por quince aviones alemanes (Do-217-K) que transportaban bombas de FX de 1.400 kilos. Cerca de Asinara, el «Roma» recibió dos golpes mortales y voló en pedazos. Bergamini y 1.254 marineros perdieron la vida.

El desembarco aliado había sido precedido por una operación parcial. El 3 de setiembre dos divisiones inglesas franquearon el Estrecho de Messina bajo la protección de un violento bombardeo de artillería. No encontraron ninguna resistencia. El mariscal Kesselring y el general Siegfried Westphal no se dejaron engañar pues esperaban la verdadera invasión de Salerno, Nápoles, Anzio, Roma, Tarento o Brindisi. Evitaron, por lo tanto, concentrar prematuramente el Décimo Ejército (Vietinghoff-Scheel) constituido de nuevo. Las fuerzas alemanas reunidas en el sur de Italia comprendían una división de paracaidistas que aseguraba las costas del Adriático y dos Cuerpos blindados cuyas unidades estaban estacionadas al sudoeste de Benevent y entre Nicastro y Catanzaro. Hubieran podido alcanzar algún éxito si no les hubiese escaseado el combustible y si los ataques de la aviación enemiga se mantenían en el marco de una medida soportable.

Las fuerzas angloamericanas se acercaron a la costa italiana la noche del 8 al 9 de setiembre bajo la protección del almirante sir Andrew Cunningham que contaba con diversas escuadras británicas y la Octava Flota americana (Hewitt). El vicealmirante Henry K. Hewitt, que ya había dirigido los desembarcos en Marruecos y Sicilia transportaba esta vez el Quinto Ejército (Clark) procedente de Orán, Bizerta, Palermo y Trípoli para conducirlo al golfo de Salerno. Otro grupo, compuesto por los acorazados «Nelson» y «Rodney» y siete cruceros que escoltaban la Primera División aerotransportada inglesa (Browning) llegó a Tarento cruzando un peligroso campo de minas. El grueso de la flota inglesa del Mediterráneo bombardeó Nápoles, recogió la escuadra de La Spezia, privada de su jefe y destacó el «Warspite» y el «Valiant» para que se reunieran con Hewitt.

El desembarco en el golfo de Salerno corría peligro de convertirse en una catástrofe. Los dos Cuerpos desembarcados se enfrentaron solamente con elementos de una división blindada alemana, pero el general Heinrich von Vietinghoff-Scheel concentró sus fuerzas y las lanzó a contraataques victoriosos. El Sexto Cuerpo americano (Dawley) sufrió graves pérdidas, sobre todo en prisioneros, en Paestum. El general Mark W. Clark que iba a asumir el mando, tuvo que regresar a su barco. Bombas teledirigidas causaron graves averías al acorazado inglés «Warspite» y al crucero mediano «Savannah». Las lanchas rápidas alemanas hicieron otras víctimas. Estaba previsto que las tropas serían desembarcadas el 13 de setiembre, pero, la noche anterior, la 82.^a División aerotransportada americana (Ridgway), prevista para su destino a Roma, saltó a la cabeza de puente. La falta de combustible y los aviones de asalto, en vuelo rasante, impidieron la

llegada de las reservas alemanas. El fuego de la Octava Flota (Hewitt) destruyó todas las posiciones en las alturas que dominaban Salerno.

La batalla terminó, como consecuencia, con una victoria para los Aliados, pero comprobaron que el general Eindhoven que, hasta la guerra, no había jamás mandado una unidad más importante que un regimiento de artillería, había tenido errores en la preparación de la campaña. Las tropas desembarcadas en tres puntos no pudieron prestarse una ayuda mutua. A causa del mal estado de las carreteras y numerosas obstrucciones, las tropas angloamericanas encontraron grandes dificultades para alinearse en un frente continuado desde el Tirreno al Adriático y no lograron apoderarse ni de Nápoles ni de Foggia, sus objetivos inmediatos que habían de asegurar el abastecimiento y la intervención de su aviación. Fueron realizados algunos progresos después de la formación del 15 Grupo de Ejércitos a las órdenes del general sir Harold Alexander que englobaba todas las unidades desembarcadas. Nápoles cayó el 1.º de octubre pocos días después de la ocupación de Foggia. Mientras, Kesselring ya había ocupado nuevas posiciones detrás del Volturno y el Garigliano. Las ilusiones que se habían forjado los Aliados de que los alemanes abandonarían el país, por así decirlo, de un modo automático, después de haber eliminado a Italia, se esfumaban.

Mussolini reapareció en el escenario político. Después de su detención había sido trasladado a Ponza, luego a la isla de La Maddalena (entre Cerdeña y Córcega) y, finalmente, a un hotel de deportes de invierno en el Gran Sasso. El general Kurt Student, encargado por Hitler de liberarle, se enteró de su estancia en ese lugar. Dado que el telesférico estaba vigilado por policías fieles al rey y podía ser fácilmente interceptado, Student ordenó al comandante Harald Mors, jefe del Primer Batallón de instrucción de paracaidistas, preparara un desembarco aéreo. Sólo seis aviones fueron destinados a esta misión debido a las dificultades del terreno. Mors, el Obersturmbannführer de las SS, Otto Skorzeny y un reducido número de paracaidistas especialmente elegidos aterrizaron cerca del hotel y liberaron a Mussolini sin encontrar resistencia por parte de sus vigilantes. El 18 de setiembre de 1943, el Duce se instaló en Milán al frente de una «República social».

LA CAMPAÑA DE VERANO EN RUSIA, 1943

Los soviets se esforzaron en explotar su victoria de Stalingrado y durante los tres primeros meses de 1943 no dejaron de lanzar ofensivas en toda la extensión del frente. No todas alcanzaron el mismo éxito. Vatutin tuvo que abandonar una vasta cabeza de puente al sudoeste de Izioum. Charkov, ocupada por los rusos, fue reconquistada por una ofensiva de Manstein. Duros combates por la posesión de Rjev y Demiansk costaron enormes pérdidas al Ejército Rojo, pero logró aniquilar la guarnición de Velikie-Loukie defendida por 7.000 hombres. Un ataque de envolvimiento dirigido por los generales Sacharov y Goyorov rompió las posiciones alemanas al este de Leningrado. El 18.º

Ejército (Lindemann) tuvo que abandonar Schlüsselburg. Inmediatamente después Govorov aniquiló la «División Azul» española (Esteban Infantes) entre Kolpino y Kranibor al punto que su Grupo de Ejércitos pudo utilizar nuevamente la vía férrea Leningrado-Moscú.

Stalin, sin embargo, no estaba satisfecho. Estaba inquieto por la situación general, sobre todo, por la ausencia del «segundo frente». El 15 de marzo dirigió reproches a Churchill por el hecho de que Hitler hubiese podido destinar treinta y seis divisiones a Rusia sin ser molestado en absoluto por los occidentales. Era, por consiguiente, necesario desencadenar una ofensiva en el Oeste, a principios de verano, como máximo; lo impreciso en las declaraciones angloamericanas causaban muchas preocupaciones al Kremlin. Pero el primer ministro inglés se negaba a comprometerse en firme. Poco después, Inglaterra y América interrumpieron sus envíos de material hasta setiembre de 1943 dado que tenían necesidad de sus barcos para sus desembarcos en Sicilia e Italia. Stalin veía segundas intenciones en estas medidas, al igual que un ofrecimiento de Estados Unidos para actuar de intermediarios entre Moscú y Helsinki había despertado su desconfianza.

Por otro lado, las relaciones entre el Este y el Oeste iban de mal en peor a causa de la cuestión polaca. 14.987 oficiales y policías, evacuados de Polonia por los soviets, habían desaparecido desde setiembre de 1939. Las investigaciones efectuadas por el Gobierno en el exilio del general Sikorsky fueron inútiles. El 13 de abril de 1943, la radio de Berlín anunció que un campesino ruso, llamado Partemon Kisileiev, había descubierto a las autoridades alemanas un gran número de fosas comunes que contenían cadáveres de polacos asesinados en el bosque de Katyn, en Kossii Gory, a doce kilómetros al oeste de Esmolensko. Inmediatamente Goebbels explotó el hecho para su propaganda. Una comisión internacional, compuesta por médicos militares y prisioneros y numerosos expertos llegados de países aliados y neutrales se trasladaron a Katyn. Fueron descubiertas ocho grandes fosas e identificados 4.143 cadáveres polacos, encadenados, muertos todos ellos por una bala de la pistola rusa «Nagan», disparada en la nuca, pero muchos de los cadáveres presentaban también fractura del maxilar inferior y heridas causadas por bayonetas cuadrangulares. Diversas señales permitían fijar la fecha de la matanza de un modo más o menos cierto: entre abril y junio de 1940.

Roosevelt y Churchill guardaron profundo silencio. Los polacos en el exilio se dejaron llevar por el horror y la indignación. El Gobierno soviético acusó a los alemanes de la matanza de Katyn, pero Sikorski no le concedió el menor crédito. Maiski envió al primer ministro inglés un mensaje de Stalin ratificándose en este sentido y protestando contra la actitud del general. La ruptura entre el Gobierno polaco en el exilio y Moscú se hacía inevitable. El conflicto no tardó en adquirir mayor importancia, puesto que el Kremlin inició una campaña acusando a Gran Bretaña de haber armado contra la Unión Soviética a los prisioneros de guerra polacos, refugiados en el Irán poco tiempo antes y constituidos en Ejército a las órdenes del general Vladislav Anders. Formuló igualmente otras quejas, sobre todo con motivo del «segundo frente» que no había sido instaurado todavía. Finalmente, los embajadores Litvinov y Maiski fueron llamados de Washington y Londres.

Como es natural, también las potencias occidentales estaban de mal humor. La Prensa angloamericana criticaba a Stalin, Molotov, Litvinov y Maiski. Un encuentro entre Roosevelt y el dueño del Kremlin, que acababa de ser acordado, fue aplazado *sine die*. Los rumores que decían que Stalin había ordenado al jefe comunista yugoslavo Tito, agente del Komintern, atacar al jefe de los guerrilleros Draza Mihailovitch, fiel al rey y apoyado por los ingleses, despertó una viva indignación en Inglaterra y en Estados Unidos. El entusiasmo que habían manifestado hasta entonces por la resistencia militar soviética se enfrió considerablemente. Robert E. Sherwood, confidente de Roosevelt, habló de un «súbito descenso de la temperatura» y declaró que el estado de ánimo recordaba «el que había reinado poco antes de la firma del pacto Ribbentrop en agosto de 1939». Era evidente que la Unión Soviética trataba otra vez de acercarse a Alemania. La alianza entre el Este y el Oeste parecía haber fracasado.

Efectivamente, los soviets trataron de entrar en contacto con Hitler. Peter Kleist había regresado a Estocolmo, en junio de 1943, y Edgar Clauss le anunció que Georgi J. Alexandrov, funcionario del Comisariado soviético de Asuntos Exteriores, muy conocido de los alemanes, estaba dispuesto a entablar negociaciones. Al mismo tiempo, Tito mejoró y completó sus relaciones ya existentes con el Servicio de Seguridad del Reich mandando a Liubo Velebit («Dn. Petrovitch») a Zagreb en donde el general Edmund Glaise von Horstenau cuidaba de los intereses alemanes. Mientras que Clauss intentaba solamente establecer un contacto, Velebit no tardó en presentar una base concreta para las negociaciones. Tito, declaró, deseaba formar un frente germano-yugoslavo contra un ataque, evidentemente inminente, de los ingleses y americanos en el sureste de Europa. Tal como pudo comprobar el Servicio de Información húngaro, este ofrecimiento tan insólito fue hecho a instancias del Kremlin.

Sin embargo, no se realizó ningún progreso en este sentido. Cuando Hitler se enteró del intento de acercamiento del jefe comunista yugoslavo, tuvo una reacción categórica. «¡No se negocia con los rebeldes! ¡Se les fusila!». Kleit fue detenido en Tempelhof a su regreso de Estocolmo. Alexandrov esperó inútilmente la llegada del intermediario alemán, durante ocho días, en la capital sueca. Hitler y Ribbentrop sólo vieron en todos estos casos una «impúdica provocación judía» y ordenaron a los servicios de las SS que averiguaran si efectivamente Edgar Clauss no era judío. Era evidente que el Gobierno del Reich era enemigo de entablar negociaciones con la Unión Soviética. Al igual que a fines de 1942 Hitler temía, sin duda, estimular a sus adversarios si se mostraba dispuesto a negociaciones.

Después de la derrota de Stalingrado, el Alto Mando del Ejército preparó una gran ofensiva en el frente oriental. Hitler quería, a toda costa, recuperar la iniciativa, imponer su voluntad a los rusos y devolver la confianza a sus aliados. Zeitzler llamó su atención sobre el hecho de que los medios y las posibilidades ya eran muy limitados, pero tuvo que reconocer que la situación recientemente creada entre Charkov y Orel ofrecía una ocasión especialmente favorable para un ataque de las unidades blindadas. Nueve o diez ejércitos soviéticos ocupaban un saliente de 200 kilómetros de largo por 120 de profundidad, con la ciudad de Kursk en el centro. Atacando este «objetivo» por los dos

lados podía realizarse una unión detrás de Kursk lo que haría recuperar el prestigio tan disminuido de los alemanes.

El éxito de esta ofensiva parecía probable (Operación «Ciudadela») dado que el avance soviético había quedado detenido en los barrizales de la primavera. Aprovechándose de estas dificultades, el Alto Mando del Ejército había retirado lo que quedaba de los ejércitos aliados para establecer un nuevo frente con las unidades alemanas. En el ala derecha, el Grupo de Ejércitos A (Kleist), que comprendía el 17.º Ejército (Ruoff) y un Sexto Ejército reconstruido (Hollidt) defendía la cabeza de puente de Kuban, Taganrog, la orilla occidental del Mious, mientras que las unidades rumanas y eslovacas protegían las orillas del Mar de Azov. El Grupo de Ejércitos Sur (Manstein) se extendía desde el Mious superior, por Izioum, Charkov, y Bielgorod hasta el Seim, llamado anteriormente «Grupo de Ejércitos del Don», que comprendía el Primer Ejército blindado (Mackensen), un destacamento del Ejército Kempf, el Cuarto Ejército blindado (Hoth) y el Segundo Ejército (Weiss). Al otro lado del Seim, al noroeste del Sievsk, se encontraba el Noveno Ejército (Model) que tenía provisionalmente a sus órdenes al Segundo Ejército blindado, en Orel, y pertenecía al Grupo del Centro (Kluge). Dieciséis divisiones blindadas y quince divisiones de infantería fueron reunidas para la Operación «Ciudadela». Dieciocho de estas unidades, que constituían el destacamento de Ejército Kempf y el Cuarto Ejército blindado, habían de atacar en Bielgorod y formar la parte sur de la tenaza. El resto formaría la parte norte en el marco del Noveno Ejército. La fecha de partida tuvo que ser aplazada en varias ocasiones, puesto que diversas circunstancias habían obstaculizado la llegada de las fuerzas blindadas de refresco procedentes de Francia. Hitler también vacilaba. Un informe enviado por el general Model sobre el refuerzo de las defensas anticarros y sobre la articulación y profundidad de las posiciones soviéticas, le impresionó profundamente. Manstein y Kluge intentaron en vano hacer respetar la fecha del 15 de mayo prevista inicialmente. Hitler decidió doblar el número de carros de combate de las unidades blindadas.

La producción de éstos había progresado enormemente. En 1939 habían sido producidos 249 en las fábricas de armamentos alemanas, a partir de 1941, éstas habían suministrado 3.804 carros de combate, cañones de asalto y vehículos automotores, pero en 1943 el número había rebasado los 12.151. Para la Operación «Ciudadela» se tenía previsto el empleo de los «Panther» (P-V, 45 toneladas, 2 ametralladoras, cañones de 75 mm., 700 CV, 45 km. hora). Contaban, además con el caza de carros del tipo «Ferdinand», vehículo fabricado por Porsche, con un blindaje de 200 mm., pero que no llegó a ser utilizado. Finalmente, el P-IV (22.3 toneladas, 2 ametralladoras-cañón de 75 m., 365 CV, 42 km. h.) fue provisto de un blindaje especial ya que con sus 50 mm. de coraza no estaba lo suficientemente protegido contra las nuevas armas soviéticas.

La ofensiva se inició el 5 de julio de 1943. A pesar de un poderoso apoyo de la aviación, se enfrentó desde un principio con una feroz resistencia ya que el adversario había dispuesto de numerosas semanas para prepararse. En tres días, las divisiones de Model sólo avanzaron de seis a quince kilómetros y quedaron detenidas entre los carros de combate rusos enterrados, los campos de minas, los centros de resistencia erizados de cañones anticarros y lanzallamas. Hoth realizó un avance mucho más considerable

gracias a las reservas suministradas por Manstein. Finalmente, después de cincuenta kilómetros, el II Cuerpo blindado de las SS (Hausser) alcanzó terreno libre. Model iba a lanzar su ofensiva cuando un doble ataque por parte de los soviets rompió el saliente de Orel y amenazó las bases del Noveno Ejército. El 12 de julio fue necesario interrumpir la Operación «Ciudadela». Los alemanes habían perdido irremediablemente la iniciativa.

Lo mismo que en Stalingrado la acción rusa se extendía, en profundidad, sobre un frente cada vez más amplio. Mientras dos Grupos de Ejército se apoderaban de Orel y Briansk, otros avanzaban por el sector de Mious y del Donetz, conquistando Stalino, Charkov y Bielgorod. Más al norte, caían igualmente Dogoborouch y Yelnia. Debido a estas condiciones y también al hecho de los desembarcos angloamericanos en Sicilia y en Calabria fue preciso retirar importantes fuerzas del frente ruso y Hitler, muy a desgana, tuvo que replegarse hacia unas líneas mucho más cortas. En ningún momento, sin embargo, pensó en abandonar Ucrania, tan valiosa para él, desde el punto de vista económico. Pero no le quedó otro remedio que abandonar, por etapas, los territorios al este de Melitpol, del Dnieper y del Proponia. Finalmente, el 4 de setiembre dio su consentimiento a un repliegue metódico del 17.º Ejército (Jaenecke) del Kuban inferior y de la península de Kertch.

Casi ninguno de esos movimientos se efectuó sin oposición. El adversario acosaba enérgicamente y desplegaba incluso una actividad muy intensa en la retaguardia de los ejércitos alemanes. Sólo en el sector central el número de guerrilleros organizados fue calculado en 80.000. A fines de julio sus «grupos» provocaron el descarrilamiento de 65 trenes en la región de Kovel. En agosto, destruyeron las vías férreas en más de doce mil puntos. A principios de setiembre, por razones de seguridad, fue cada vez más necesario organizar convoyes de camiones y de vehículos automotores. Frecuentemente la población hacía causa común con los guerrilleros. Sin embargo, una gran parte de los habitantes, principalmente los campesinos, temían el regreso de los bolcheviques y, por este motivo, numerosos ucranianos acompañaban al Grupo de Ejércitos Sur en su retirada. Imitando el ejemplo dado por el Ejército Rojo en 1941, Manstein, Kleist y otros jefes «quemaron las tierras» a su paso, para obtaculizar la persecución.

El 1.º de setiembre, antes de poder realizarse la evacuación de la cabeza de puente del Kuban, una potente unidad soviética, llamada «el Ejército de la costa», a las órdenes del general Andrei I. Jeremenko, se lanzó al ataque. Fue detenida, pero, a partir del 10, se desarrollaron violentos combates alrededor de Novorossiisk. El almirante Oktiabrski hizo entrar diez lanchas rápidas y varios transportes en la bahía del puerto y bombardeó violentamente la tierra firme con los cruceros de la Flota del Mar Negro. La infantería de Marina alcanzó, algunos a nado, el «Muelle del Trigo», en donde se hicieron fuertes, a pesar de los vigorosos contraataques efectuados por los batallones de cazadores alemanes y rumanos. Cuatro días más tarde, el Quinto Cuerpo (Allmendinger) se retiró del Cáucaso occidental. Catorce posiciones, ya preparadas, facilitaron su retirada hasta la península de Taman que las tropas rumanas y la Sexta División de caballería (Teodorini) protegían desde el lado del mar.

Al mismo tiempo, el general Erwin Jaenecke condujo los dos cuerpos del ala norte o la «gran posición de los godos», en Temriouk, que resistió durante dos semanas. El resto

fue la obra de valientes retaguardias, unidades de ingeniería y de barcos ligeros de la Marina que, hasta el 8 de octubre de 1943, bajo la dirección del almirante Gustav Kieseritzky, lograron, a pesar de las minas y de violentos ataques aéreos, transportar 202.474 soldados, 60.683 caballos y corderos, 35.837 vehículos, 1.196 cañones y 94.937 toneladas de material de la península de Taman a Kertch. Resulta curioso que las grandes unidades del Mar Negro no intentaran impedir esta operación («Wiking»). La falta de personal, el miedo a los «Stukas» del Primer Cuerpo aéreo (Deichmann) que, a principios de octubre, habían hundido tres destructores ante el Cabo Meganon y, tal vez, las consideraciones de índole política impidieron, sin duda, al almirante Obtiabrski hacer correr un riesgo al acorazado «Sebastopol» y a los cuatro cruceros de que disponía.

El 6 de octubre, los soviets lanzaron una nueva ofensiva de gran envergadura sobre todo el frente comprendido entre Vitebk y Melitpol. El período del barro fue corto y, este año, el mes de octubre y de noviembre fueron relativamente secos, lo que favoreció enormemente estas operaciones. No tardaron en presentarse nuevos conatos de lucha en los sectores de los Grupos de Ejército del Centro (Busch) y del Sur (Manstein). El 24 de setiembre, Busch fue arrojado de Esmolensko y ocupó un frente que se extendía desde Nevel, por Vitebsk, hasta Lenino y la orilla occidental del Soch. Manstein se mantuvo detrás del Dnieper medio. Los rusos rechazaron las dos alas del Grupo del Centro hasta Mosyr y Polotsk, ocuparon Gomel y trataron de avanzar hacia Orcha, a lo largo de la carretera de Esmolensko, pero fueron detenidos después de sangrientos combates por el Cuarto Ejército (Heinrici). Al mismo tiempo el Grupo de Ejércitos de Kiev y de Kremenchoug en donde el adversario consiguió importantes cabezas de puente.

A continuación el Stavka trasladó su esfuerzo sobre el recodo del Dnieper y en el sector de Zaporojie-Melitpol. A mediados de octubre el Tercer Frente ucraniano (Malinovski) franqueó el río en Dniepropetrovks. El 23 de octubre, el Cuarto Frente ucraniano (Tolbuchin) rebasó igualmente las posiciones germano-rumanas, débilmente defendidas, al norte de Melitopol y se desplegó en abanico con una rapidez sorprendente hacia Prekop, Kherson y Nikopol, rechazando con facilidad el Cuarenta y cuatro Cuerpo (Angelis), elementos del Cuarto Ejército rumano (Dumitrescu), algunos regimientos eslovacos y batallones auxiliares.

El general Maximilian de Angelis sólo logró conservar una cabeza de puente al noroeste de Kherson por el que numerosas tropas dispersadas pudieron escapar. El enlace terrestre con la Crimea estaba irremediablemente perdido. Hitler había rechazado, repetidas veces, la idea de evacuar la península cuando aún se estaba a tiempo de hacerlo y se mantuvo firme en esta decisión a pesar de las objeciones de Zaitzler, Antonescu, Kleist y Jaenecke.

«La Crimea —comentaba desdeñoso un periódico soviético—, constituye actualmente el campo de prisioneros más grande del mundo... asegurándose su propio funcionamiento y abastecimiento.»

En realidad, el 17.º Ejército luchaba únicamente para defenderse y ya no era de ninguna utilidad para el resto del frente. Desde principios de noviembre, los soviets tomaron contacto en cuatro puntos. Tolbuchin, que llegaba por la estepa de Nogai, alcanzó la Fosa de los Tártaros en Perekop y se instaló igualmente al sur del Sivach.

Jeremenko empleó los «órganos de Stalin» flotantes montados en dos puntos de desembarco a un lado y otro de Kertch, mientras que los guerrilleros, refugiados desde 1941 en las viejas catacumbas griegas, redoblaban sus actividades. Un grupo de combate que había avanzado hasta el sur de la ciudad pudo ser dominado por el hambre, después de un bloqueo de cinco semanas llevado a cabo por las fuerzas navales ligeras, en especial la Tercera Flotilla (Klassmann) y, finalmente, aniquilados por el general rumano Corneliu Teodorino con la ayuda de los cañones de asalto alemanes. Sin embargo, en Basky, al noroeste de Wertch dos divisiones lograron mantenerse firmes y fueron posteriormente reforzadas por las tropas terrestres del Ejército soviético de la costa. Mientras, la situación se agravaba seriamente en el sector del Grupo de Ejércitos Centro (Busch). El Tercer frente de la Rusia blanca (Cherniakovski) se vio obligado a cesar en sus ataques debido a las pérdidas que Heinrici le infligió al este de Orcha, pero el Primer Frente del Báltico (Bagramian) obtuvo éxitos en el ala izquierda del Tercer Ejército blindado (Reinhardt). Después de duros combates de resultado diverso, varias divisiones alemanas fueron cercadas y destruidas, a excepción de 4.751 hombres que lograron escapar abandonando todo su material pesado. Además, el Primer Frente de la Rusia blanca (Rokossovski) obtuvo una victoria de una gran importancia al conquistar Gomel y la orilla del Soch al Segundo Ejército alemán (Weiss) y franquear el Pripet al sur de Mozyr. Provocó con ello una brecha de una extensión de un centenar de kilómetros entre los Grupos de Ejércitos Centro y Sur que había de seguir abierta durante más de un mes.

Esta victoria de Rokossovski animó la ofensiva del Primer Frente de la Ucrania (Vatutin). Partiendo de sus cabezas de puente, de un lado y otro de Kiev, avanzó hacia el oeste con 30 divisiones de infantería, 24 brigadas de carros de combate y 10 unidades motorizadas. El Cuarto Ejército blindado (Hotch) trató de contener su avance por medio de contraataques, pero a partir del 6 de noviembre, tuvo que abandonar la capital de Ucrania. Pocos días después, Vatutin se encontraba ante Korosten, Radomysl y Jitomir. Los alemanes tuvieron que trasladar a toda prisa fuerzas de refresco de Italia y Francia. Lograron reconquistar Jitomir y retrasar la catástrofe dos meses. Durante este intervalo, Vatutin consolidó la mayor parte de sus conquistas, en tanto que las unidades alemanas de los sectores del Centro y Sur sufrían un desgaste cada vez mayor. Ello provocó una crisis que no podía ser solventada con la simple orden de resistir y no retroceder. Zeitzler, Manstein y Kleist declamaron un acortamiento draconiano del frente y, sobre todo, la evacuación de Crimea.

Hitler les opuso unos argumentos que no carecían de valor. Consideraciones de estrategia aérea hablaban fuertemente en contra del abandono de la Crimea. Tal como habían tenido ocasión de comprobar en 1941, los bombardeos de gran radio de acción, podían, partiendo de la península, alcanzar la región petrolífera de Ploesti que poseía una gran importancia para Alemania. Hitler temía igualmente que pudiera ser utilizada como base de partida para un gran desembarco en las costas rumana y búlgara. En lo que hace referencia al resto de Ucrania, había que conservarla a «cualquier precio», dado que las minas de manganeso de Krivoi Rog y Nikopol cubrían una tercera parte de las necesidades de la industria alemana de acero y su abandono entrañaba el peligro de provocar una catástrofe económica. Finalmente, un repliegue draconiano del frente

oriental reduciría el espacio en el que las fábricas de armamento podían sustraerse a los ataques de las flotas angloamericanas.

Todo esto significaba que Hitler se negaba a reconocer que Alemania había perdido la guerra. Las razones en conservar extensas partes de los territorios conquistados podían parecer muy lógicas, pero desde el punto de vista militar, no podían ejecutarse. Desde el verano Alemania no podía oponer más de tres millones de soldados alemanes y aliados (190 divisiones) a los 5.100.000 hombres del Ejército Rojo (600 divisiones). Por otro lado, después del fracaso de la Operación «Ciudadela» los soviets poseían, en diversos sectores, una superioridad material que variaba del triple al quíntuplo. Alemania y sus aliados eran incapaces de resistir, de un modo indefinido, los 20.000 carros de combate que Stalin lanzó a la lucha, a partir de octubre de 1943. El potencial de la Unión Soviética no cesaba de aumentar. Las campañas aliadas y los suministros de material de las potencias occidentales le permitieron alcanzar una serie de importantes victorias que, si hubiera estado sola, nunca hubiese podido cosechar.

La falta de previsión y de elasticidad impidieron a Hitler tomar en serio las tentativas de tomas de contacto que continuaba haciendo el Kremlin. El 4 de setiembre, Peter Kleist y Edgar Clauss se encontraron otra vez en Estocolmo y el segundo anunció que la Unión Soviética estaba todavía dispuesta a discutir pero que, después del fracaso experimentado por Alexandrov, pondría ciertas condiciones. Los alemanes habían de demostrar interés y enviar, por ejemplo, a Ribbentrop o Rosenberg. Además, el Kremlin reclamaba un reconocimiento de principio de la frontera rusa tal como había sido en el año 1914 y las manos libres en Asia y del lado de los Dardanelos. Kleist no comprendía por qué la Unión Soviética formulaba estas proposiciones, pero Clauss le dio una explicación significativa: Rusia, declaró, no confiaba en un rápido éxito militar y dudaba de las buenas intenciones de las potencias occidentales, y por este motivo, deseaba acordar con Alemania las cuestiones territoriales que hacían referencia a la Europa oriental.

El 8 de setiembre, el Kremlin dio un nuevo paso al anunciar que el vicecomisario de Asuntos Exteriores Vladimir G. Dekanosov estaría del 12 al 16 en Estocolmo, «de paso», y estaría dispuesto a celebrar un intercambio de puntos de vista. Poco después, Dekanosov fue nombrado embajador en Sofía, es decir, el único país europeo aliado de Alemania que todavía sostenía relaciones diplomáticas con Moscú. Kleist vio en ello un gesto especialmente significativo y recomendó enviar como interlocutor de Dekanosov a Schulenburg a quien los rusos conocían perfectamente. Ribbentrop planteó efectivamente el caso a Hitler pero el resultado fue desconsolador. Los soviets, se decía Hitler, únicamente buscaban un medio de presionar a las potencias occidentales para obligarles a hacer toda clase de concesiones. El, como canciller alemán, no estaba dispuesto a subirse en el «platillo falso de la balanza». Alemania debía rechazar el previsto desembarco en la costa francesa. Hasta entonces, Clauss sólo interesaba como fuente de información.

El Kremlin no tenía necesidad de un medio de presión para alcanzar los favores de las potencias occidentales. Durante lo conferencia Quadrant, que se celebró del 11 al 24 de agosto de 1943, Roosevelt había decidido afianzar la alianza con la Unión Soviética. A pesar del resultado victorioso de la campaña de las Salomón, todavía consideraba

necesario conseguir la ayuda militar de los rusos contra el Japón. Los suministros de material a los rusos llegaron, entonces a su punto culminante y fueron continuados con la misma intensidad. Moscú recibió, en total: 427.284 camiones, 50.000 «jeeps», 35.000 motocicletas, 8.007 autolocomotoras, 11.000 vagones de mercancías, unas 2.000 locomotoras, 7.600 motores Diesel, 90 mercantes, 3.000.000 de neumáticos, quince millones de pares de botas, 14.800 aviones, 13.304 vehículos blindados de todos los tipos, 135.000 ametralladoras, 8.200 cañones, un gran navío de guerra, 301 lanchas rápidas, dragaminas y patrulleros, 345.735 toneladas de explosivos, 415.000 aparatos telefónicos, innumerables máquinas-herramientas, motores y piezas de recambio, cuatro millones y medio de toneladas de víveres en conservas, así como otros productos alimenticios. A partir de agosto de 1943 cada soldado del Ejército Rojo recibía diariamente media libra de excelente alimento.

Al mismo tiempo, las potencias occidentales reforzaban por todos los medios imaginables la protección de sus convoyes navales. Muchos de los que iban destinados a Rusia pasaban ahora por el Mediterráneo, aunque no por ello se abandonó la ruta del Cabo Norte. Esta, continuaba siendo, sin embargo, muy peligrosa ya que los grandes navíos alemanes que el almirante Doenitz, sucesor de Raeder había logrado conservar a pesar de la oposición de Hitler, constituían una amenaza permanente. A mediados de setiembre, el almirante Kummetz envió el «Tirpitz», «Scharnhorst» y nueve destructores a Barentsburg, en las Spitzberg, para destruir la base anglonoruega (Operación «Sicilia»). Cuando regresó, Londres desencadenó la Operación «Fuente». Seis grandes submarinos remolcaron la misma cantidad de pequeños submarinos («midget») a través del Mar del Norte. Dos de esos pequeños submarinos, el «X-6» (Place) y el «X-17» (Cameron) penetraron, el 22 de setiembre, en el Karrfjord, lograron introducirse en el interior de la red defensiva y antes de ser destruidos, colocaron bajo la quilla del «Tirpitz» cuatro minas de dos toneladas cada una, cuya explosión sincronizada, puso fuera de combate el acorazado durante varios meses.

El 19 de octubre de 1943, los ministros de Asuntos Exteriores americano e inglés, Cordell Hull y Anthony Eden, se dirigieron en avión a Moscú. El aumento de los suministros a Rusia creaba para ellos unas condiciones favorables. Katyn, las discordias con motivo de Polonia, de Yugoslavia y Finlandia habían sido olvidadas. El Kremlin se mostró muy hospitalario. Viatcheslav Molotov no presentó muchas objeciones a las proposiciones de los políticos occidentales. Aprobó un próximo encuentro entre los «tres grandes», así como la fórmula de «rendición incondicional» creada en Casablanca, renunció a todas las tentativas de paz por separado y se declaró dispuesto, con los anglosajones, a castigar sin ninguna compasión las barbaries de «Hitler y de los hunos». En cuanto a la cuestión de la declaración de guerra al Japón, el ministro soviético de Asuntos Exteriores mantuvo una prudente reserva.

La conferencia de los «tres grandes» (Stalin, Roosevelt, Churchill) se celebró en 26 de noviembre en Teherán. La elección de esta ciudad, ocupada por las tropas soviéticas y británicas, constituía, por sí sólo, una concesión por parte de las potencias occidentales. Rusia no concedió absolutamente nada. Stalin hizo varias promesas de atacar el Japón tan pronto como pudiera destinar las fuerzas a este fin. La simpatía que reveló por la idea de

Roosevelt, la fundación de las Naciones Unidas, no significaba gran cosa. En compensación, los occidentales renunciaron expresamente a desembarcar en el sudeste de Europa. Roosevelt y Churchill prometieron solemnemente que el «segundo frente» tan vivamente reclamado por Stalin, sería abierto a fines de mayo o principios de junio del año siguiente en la Normandía. Fue decidido, además, que la Unión Soviética recibiría, después de la guerra, una gran parte de la Prusia oriental con la ciudad de Königsberg y su puerto libre de hielos. Polonia tendría por frontera oriental la Línea Curzón trazada en 1919. Las decisiones sobre la distribución territorial de Alemania serían tomadas posteriormente. Se convino, sin embargo, que Polonia recibiría compensaciones, a expensas de los alemanes, por los territorios que cedería a Rusia.

Esto significó un gran éxito para Stalin. Con esos acuerdos, había debilitado tanto la influencia anglosajona en la Europa oriental, que pudo constituir desde aquel momento, con los comunistas polacos, un «Consejo nacional» ante el que el Gobierno legítimo, exilado en Londres, iría perdiendo cada vez más importancia, puesto que según todas las probabilidades, los rusos serían los primeros en entrar en Varsovia. Conscientemente el dictador rojo se había asegurado el botín adquirido después de la firma del pacto con Ribbentrop, Roosevelt y Churchill aceptaron el desplazamiento de la frontera y no dijeron ni una sola palabra con respecto a Estonia, Letonia y Lituania. Incluso las anexiones previstas en Alemania favorecían principalmente a la Unión Soviética. Stalin registró también el hecho sumamente esperanzador que sus dos interlocutores no exigían de él ningún compromiso referente a Finlandia, Rumania, Grecia, Checoslovaquia, Hungría y Yugoslavia. Los soviets acentuaron aún más su maniobra expansionista creando unidades de combate no rusas, que, en realidad, sólo tuvieron un carácter simbólico. El «Comité nacional de la Alemania libre» proporcionó secciones de propaganda, paracaidistas e informadores. Un pequeño grupo rumano, llamado «Horia», juró emprender la marcha sobre Bucarest a las órdenes del general Mihai Lascar. El antiguo combatiente en España, Karol Świerczewski, constituyó, con los prisioneros polacos, la división Kosciusko. Otro veterano de la guerra civil española, el coronel búlgaro Zvetko Radoinoff, saltó desde un avión cerca de Sofía y provocó en su país una guerra civil que ya se incubaba desde hacía meses hasta que fue apresado, condenado por un tribunal marcial y fusilado. Otros especialistas sirvieron a la política de Stalin entre los griegos, húngaros y eslovacos. El Kremlin no tenía ninguna preocupación con relación a Yugoslavia: Roosevelt y Churchill se comprometieron en Teherán a apoyar a Tito, en lugar de Mihailovich. Un destructor británico transportó al jefe comunista a Viss (Lissa) en donde el general inglés Fitzroy Mac Lean y el coronel americano Ellery Huntington convinieron con él la ayuda necesaria para su país.

Ciertamente, hubo, en todo momento, elementos anglosajones que criticaron vivamente la condescendencia demasiado grande demostrada en Teherán por Roosevelt y Churchill, y esto no sólo por parte de sus adversarios políticos, sino incluso entre sus amigos. Forest Davies calificó la actitud del presidente americano ante Stalin de «apaciguamiento» («appeasement»). William C. Bullitt puso a Roosevelt en guardia contra el imperialismo soviético.

Bill —contestó el presidente—, no rebato los hechos de que me hablas. Son exactos..., pero no creo que Stalin sea uno de esos tipos... Si yo se lo doy todo sin reclamar nada, entonces —*noblesse oblige*— renunciará, así lo creo, a sus proyectos de anexión y colaborará conmigo para establecer la democracia y la paz en todo el mundo.

A Churchill, que alguna vez manifestaba la misma desconfianza, Roosevelt le hizo decir por mediación de su amigo Bernard Baruch:

Los rusos solos, matan más alemanes que todos nosotros juntos. Esto debería alegrarnos y ayudarles en todo cuanto podamos.

¿Y qué pasará cuando Alemania sea vencida? —preguntó el primer ministro inglés.

Primero ganemos la guerra. Luego Rusia será destruida del modo más espectacular —repuso Baruch.

LA DOMINACIÓN ALEMANA EN EL ESTE, 1941-1944

Mientras Stalin, imbuido de la idea de la «guerra revolucionaria», tan mencionada por Lenin, tomaba las disposiciones necesarias para introducir el bolchevismo muy profundamente en Europa, Hitler no sabía aprovechar las posibilidades que se le presentaban entre los pueblos del Este. Sus actividades a la vista de éstos, tan vergonzosas para él como para toda Alemania, fueron una consecuencia de los pensamientos que acompañaron el ataque contra la Unión Soviética. Verdaderamente, desde el punto de vista alemán, la campaña empezada en 1941 no tenía otro objetivo inmediato que eliminar un aliado en potencia de los anglosajones y anular de ese modo la amenaza de una guerra en dos frentes. Sin embargo, Hitler y los nacionalsocialistas convencidos, también tenían intenciones imperialistas apenas disimuladas. «Mi lucha» expresaba claramente sus sentimientos cuando declaraba que el Este europeo constituía la zona de expansión natural de Alemania y no África, ni otro territorio tropical.

El conflicto armado entre el Tercer Reich y la Unión Soviética, hizo añicos todas las obligaciones que entrañaba el Derecho internacional. El nacionalsocialismo de Hitler y el bolchevismo de Stalin se parecían como Gog y Magog. Representaban unas ideologías naturistas muy parecidas, pero, al mismo tiempo, también concurrentes y contradictorias, cuyas formas de organización y métodos de combate se asemejaban, mientras que sus objetivos divergentes impedían toda colaboración duradera entre ambas. Stalin intentó llevar a una realidad tangible la idea de dominación universal del leninismo-marxismo por medio de la lucha de clases. Hitler ansiaba un despliegue del poder nacional-chauvinista que expresaba en consignas tales como «el pueblo de señores», «el espacio vital» y la «raza nórdica». Ambos consideraban la guerra como una «ocasión única» que les permitiría aplicar sus «soluciones». Hitler quería herir hasta la medula a los esclavos que para él eran «habitantes de los pantanos, inferiores e indignos de vivir». Stalin juraba eliminar a «los agresores alemanes», prometía una guerra de exterminación contra la «bestia facista» y los «vampiros capitalistas». Mucho antes de enfrentarse en una lucha

mortal, los nacionalsocialistas y los bolcheviques habían sacado exactas conclusiones de los bárbaros métodos empleados durante la guerra civil rusa (1918-1921). En consecuencia, el 21 de abril de 1941, Hitler nombró al Reichsleiter Alfred Rosenberg, nacido en Rusia, «Comisario para las regiones ocupadas del Este» y, más o menos por la misma época, confirió poderes extraordinarios a Heinrich Himmler, jefe de su policía. Siguió una «Orden del Führer y Canciller», fechada el 5 de mayo de 1941, que ordenaba fusilar, sin previo juicio, a los comisarios políticos soviéticos y a los funcionarios del partido bolchevique. Poco antes de iniciarse la guerra ideológica, Hitler ordenó «liquidar» de cincuenta a cien rehenes comunistas por cada soldado alemán asesinado. A fines de 1941 apareció la famosa «Instrucción Noble y Niebla» de acuerdo con la cual el Servicio de Seguridad debía deportar a toda la población civil de aquellos lugares en donde fueran cometidos actos de terrorismo o de sabotaje.

Por el bando soviético, las teorías sobre la guerra de Marx y Engels, Lenin y Frouse, habían sido desarrolladas hasta el máximo. El partido comunista mantuvo sistemáticamente un estado de ánimo combativo («Moral'nyil douch») que, en opinión del conocido comentarista militar Piotr Chuvikov había de prestar inspiración («poryv» e iniciativa o impulso «pod'iem») revolucionario y manifestarse con «el odio y la implacabilidad hacia el enemigo». Al igual que el jefe de la policía alemana, Laurentia Beria y el NKVD disponían de vastos poderes. El Smerch y el Komintern los sostenían con sus actividades. En vísperas de las hostilidades armadas, los agentes soviéticos asesinaron a unos cuantos emigrados, sobre todo antiguos generales zaristas y políticos. La muerte del veterano de la Revolución, León Trotzky, el 20 de agosto de 1940, figuraba, sin duda, dentro del marco de esta acción. Simultáneamente, Piotr K. Ponomarenko, secretario del Comité central, estableció las bases de la futura intervención de los guerrilleros («Malaia voina», «partisanchtchina»).

Stalin proclamó esta guerra de guerrilleros, en la retaguardia de las tropas alemanas, el 3 de julio de 1941, y obtuvo casi inmediatos éxitos, puesto que esta forma de guerrear ya había sido enseñada, desde hacía algún tiempo, en las Osoviachim, organizaciones para militares. Existía ya un manual especial que tuvo que modificarse notablemente en 1942. Al frente se encontraba un Estado Mayor central bajo la autoridad del mariscal Vorochilov. Los funcionarios del partido, cuyo empleo militar no respondía a las prescripciones de la Convención de La Haya, servían de jefes. Las unidades fueron organizadas en «bandas» («otriadi») y batallones, y poco después en «brigadas» autónomas que en verano contaban solamente con 50 hombres, pero disponían de cinco mil en invierno. Estos soldados no lucían ninguna clase de uniforme, a no ser los de soldados del Ejército Rojo dispersos.

Al lado de esos soldados jugaban un papel muy importante los especialistas civiles en explosivos, los paracaidistas, los miembros de los antiguos batallones de exterminación, los funcionarios y comisarios del NKVD, numerosos miembros de las Juventudes comunistas y los estudiantes fanáticos.

La táctica de estos guerrilleros era extremadamente diversa y muy rica en recursos y argucias. Se trataba, ante todo, de atemorizar a la población civil para obtener de ella víveres, informes e impedir que cometieran actos de traición. Cuando dominaban una

región tendían emboscadas. Con una concentración rápida y un repliegue no menos rápido siempre en formación abierta, se aprovechaban del factor sorpresa. Atacaban preferentemente los correos y los vehículos aislados, las vías férreas, los organismos de transmisión, los campos de aviación, los puestos de gendarmería, las columnas de camiones, los pequeños destacamentos, los soldados de permiso y las ambulancias. Muchos de ellos operaban sin recibir instrucciones. Otros contaban con aparatos de radio, recibían órdenes, y eran aprovisionados desde el aire. Alrededor de un ochenta y cinco por ciento de los guerrilleros se refugiaban en los bosques de acceso muy difícil. El resto se repartía entre las ciudades como Odesa, Kiev, Nikolaiev y Kertch, en donde un laberinto de corredores subterráneos y de catacumbas les servía de refugio.

Con mucha frecuencia los tribunales de campaña tenían que juzgar a hombres y mujeres que trabajaban como auxiliares en los trenes, en los hogares y en los campos alemanes, en las estaciones y en las explotaciones agrícolas y que actuaban para las organizaciones de guerrilleros. «El disfraz —dicen los informes alemanes—, es una de sus argucias más frecuentes. Con mucha frecuencia, los miembros de las bandas, destinados a misiones de reconocimiento, emplean el uniforme de la policía, de la Wehrmacht o de las SS. Son incomparables en el arte del camuflaje, sobre todo cuando se trata de disimular. A veces han sido descubiertos hundidos en agua hasta la boca y un mechón de hierba encima de la cabeza para esconderse, y otros completamente enterrados». Gracias a esos métodos, los guerrilleros alcanzaron importantes éxitos. Cuando su primer congreso que se celebró en Moscú en 1942, Ponomarenko publicó una larga lista de resultados según los cuales unos 300.000 alemanes habían sido muertos (de éstos 30 generales, 6.336 oficiales y unos 1.500 aviadores).

Sin duda estas cifras eran exageradas, pero no carecían de una base cierta. «Pacificar la retaguardia es una misión de gran importancia», anotó Halder el 1.º de julio. Las represalias no surtieron el menor efecto, pero los batallones de policía compuestos de lituanos, letones y ucranianos fueron especialmente temidos. Su empleo, sin embargo, se reveló como un arma de doble filo, puesto que muchas de estas unidades atacaban a los rusos sin discriminación de ninguna clase, obligando con ello a millares de personas a refugiarse en los bosques y unirse a los guerrilleros, aunque sólo fuera para no morir de hambre. Mucho más nefastas todavía fueron las «Einsatzgruppen» (grupos de acción) creadas por orden de Himmler en 1941. Se trataba de unos mercenarios lituanos y ucranianos que formaban cuatro unidades cuyo efectivo no rebasaba los 3.000 hombres y que, a las órdenes de los «SS-BrigadeFührer», Otto Ohlendorf, Walter Stahlecker, Arthur Nebe y Otto Rasch, habían de «eliminar los elementos molestos», es decir, sobre todo a los judíos, los gitanos y los comunistas.

La persecución de los judíos no fue limitada única y exclusivamente a Rusia. El antisemitismo formaba parte de la ideología nacionalsocialista y, compartida por ciertos dirigentes, fue igualmente adoptada a partir de 1941, entre los polacos, bálticos, húngaros, croatas, rumanos y ucranianos. Hitler hablaba desde hacía mucho tiempo de una «conjuración del judaísmo mundial». Apoyándose en la alta finanza internacional, ésta, decía, había causado los daños más graves al pueblo alemán y a otras naciones. «Versalles» y la explosión de la Segunda Guerra Mundial, en particular, debían ser

atribuidas a esta «camarilla criminal». Además, afirmaba que «esos seres inferiores judíos» empujaban a las masas proletarias de la Europa oriental hacia el Occidente, para «ultrajar la sangre alemana y desarticular el Reich.»

Las leyes de Nuremberg (1934) constituyeron la primera consecuencia política de este entisemitismo. Establecían una diferencia entre los «ciudadanos» que eran de «sangre alemana o de la misma familia», y los «súbditos», sobre todo los judíos, a los que se les negaba la nacionalidad. Una larga serie de ordenanzas y de otras medidas hostiles condenaban a estas personas ya antes de la guerra a una existencia de esclavos. Los nacionalsocialistas esperaban conseguir, de este modo, una «solución definitiva de la cuestión judía». Confiaban en arreglar el problema sin necesidad de matanzas colectivas, con ciertas disposiciones, como la emigración forzada. El 28 de octubre de 1938, Goering y Himmler deportaron a Polonia un gran número de judíos alemanes. El hijo de uno de los deportados, deseoso de despertar la conciencia mundial, mató a disparos de revólver, en París al secretario de Legación, Ernst von Rath y, entonces, Reinhard Heydrich organizó la «noche de cristal». Este *progrom* que costó la vida a treinta y cinco personas y en el curso de la cual fueron incendiadas 191 sinagogas, 815 almacenes y 171 casas particulares, tenían como objetivo el acelerar la marcha de los judíos de Alemania.

Cuando estallaron las hostilidades la mitad aproximadamente de los israelitas del «Gran Reich alemán» ya habían emigrado. Muchos pudieron seguirles trasladándose a China y el Japón por Rusia, al sudeste de Europa y Turquía, Italia, la Francia no ocupada, España y Portugal. Su emigración se vio obstaculizada especialmente por la sección IV A, 4 b, de la Gestapo que era dirigida por el «SS-Hauptsturmführer» (capitán) Karl Adolf Eichmann. Sin embargo, este organismo se ocupó especialmente de una deportación mucho mayor, que había sido comenzada por Heydrich el 6 de octubre de 1939 por orden de Hitler. Los nacionalsocialistas querían enviar a Polonia a todos los judíos que no poseyeran medios propios para emigrar o no fueran reclamados por las fábricas de armamentos. Pero era necesario buscar algún lugar de alojamiento y, por este motivo, concentraron los 3.200.000 judíos que habitaban en el «Gobierno general».

Todo esto formaba parte de una política comprendida en los principios del nacionalsocialismo. El 6 de octubre de 1939, Hitler nombró a Himmler «Comisario para la defensa de la raza alemana». A partir de este momento el jefe de la policía concibió una serie de locos proyectos. Los «Voliksdeutsche» (alemanes de raza) de las repúblicas bálticas, de Besarabia y de las diversas regiones del sudeste de Europa, tenían que ser «repatriados» y los judíos y polacos les cederían el espacio allí donde quisieran instalarse. Todo esto provocó un caos administrativo y económico sin precedentes. Hans Frank, gobernador general, protestó muy vigorosamente y provocó un agudo conflicto con la SS. Finalmente, Hitler decidió que era necesario, momentáneamente, poner fin a la deportación de los judíos alemanes. Goering y Heydrich se vieron obligados a llamar otra vez a una parte de los deportados.

Para asegurar el aislamiento de los judíos polacos, el Gobierno general fue dividido en dos zonas, cada una de las cuales sería gobernada por un «alto oficial de las SS y de la policía». Así nació la «reserva judía» de Lublin que era administrada por el «SS-Brigadeführer» Frierich Krueger. Ambos hombres que habían de adquirir un renombre

tan siniestro como el de Hitler, Himmler y Heydrich. Globocnick y Krueger «concentraron» toda la población judía de Polonia. Sin embargo, varias decenas de millares de personas fueron enviadas a Rusia antes de las hostilidades con este país. Unos dos millones y medio fueron instalados en los alrededores de Lubin, a mediados de noviembre de 1940. La SS, después de haber realizado varias matanzas en masa, encerraron a los demás en los *ghettos*, los más importantes de los cuales se encontraban en Cracovia y Varsovia. Otro había sido constituido, desde mediados de abril, cerca de Lodz, en la provincia de Warthegau, anexionada por Hitler.

Las SS y sus auxiliares, compuestos en su mayoría por ucranianos, polacos, lituanos y letones se limitaban a vigilar los perímetros. Los judíos se administraban de forma autónoma en el interior de la comunidad. El resultado fue la creación de los llamados Estados judíos con sus dirigentes como Mordecai Chaim Rumkowski, y Adam Czerniakov, conjuntos administrativos, una policía de uniforme para el mantenimiento del orden, organizaciones de beneficencia, hospitales muy primitivos, sinagogas, escuelas, periódicos de información, teatros y «cabarets». Todos los judíos tenían que trabajar y, por este motivo, el gobernador general mandó abrir establecimientos industriales en esos *ghettos*. El salario era de cuatro *zloty*, es decir, unos dos marcos. Los organismos intermedios suministraban la materia prima, recogían los productos fabricados y ejercían una especie de control económico, pero las actividades clandestinas, el mercado negro, el contrabando, la corrupción y el soborno obstaculizaban enormemente este control. Prácticamente los «ghettos» no cubrían ni el 80 por 100 de sus gastos.

Al mismo tiempo ya habían comenzado las persecuciones sangrientas. En Rumania cuando el levantamiento de la Guardia de Hierro, el 23 de enero de 1941, fueron víctimas de los *progroms* unas 6.000 personas. Las tropas de la policía húngara exterminaron en Batchka a numerosos servios de fe israelita. Los croatas se dedicaron a eliminar a casi todos los judíos en su país. Dos días después de haber comenzado la guerra germano-rusa, los rumanos mataron a 7.000 judíos en Jassy con el pretexto de que eran bolcheviques. Matanzas análogas se produjeron en todos los lugares evacuados por el Ejército Rojo en donde los comisarios del NKVD habían dejado huellas de tormentos y ejecuciones particularmente en los países del Báltico, en Lwow, Vinnitsa, Ouman, Kiev, Dniepropetrovsk, Odesa y Charkov, y culparon de ellos a los judíos.

Himmler usó para sus propios fines el odio inveterado que una gran parte de los habitantes del Este alimentaban, desde hacía generaciones, contra sus compatriotas judíos. Al igual que Hitler, también él creía que éstos desempeñaban una influencia muy importante sobre Stalin y constituían elementos dominantes del régimen bolchevique. Las condiciones miserables en que vivían innumerables judíos en la Unión Soviética, no lograron modificar su juicio sobre este respecto. Hitler y él creían que la forma más segura de destruir el bolchevismo consistía en exterminar a todos los israelitas rusos. Varios millares de voluntarios fueron reclutados entre los lituanos y ucranianos por los cuatro «Grupos de acción» y se iniciaron, entonces, los fusilamientos metódicos. Un comando de la SS, procedente de Tilsit, «liquidó» desde un comienzo, más de cien mil judíos. La matanza de Sluzk y la exterminación de todos los ocupantes del *ghetto* de

Rovno constituyó el punto culminante de esta campaña de la SS. Ohlendorf ha confesado, después de la guerra, haber «ejecutado militarmente» a noventa mil personas, sólo con el grupo de acción «D». Los periodistas americanos han calculado en un millón el número de judíos, gitanos y funcionarios comunistas muertos en Rusia.

La Wehrmacht no intervino en estas matanzas. La orden de Hitler referente a los comisarios soviéticos, fue ignorada casi en todas partes, y las actividades de los «Grupos de acción» eran objeto de vivos reproches en todas partes. Gerald Reitlinger, que ha escrito la historia de los asesinatos colectivos, relata un solo caso en que participaran los militares: el empleo de trescientos soldados del 30.º Cuerpo (Salmuth), en 1941. En numerosas ocasiones los generales fueron invitados a intervenir y oponerse a los crímenes de las SS, pero las tropas de policía de Himmler no estaban sujetas a la autoridad regular. Los comandantes en jefe no podían hacer otra cosa que protestar. La mayoría hicieron saber a sus hombres, indignados, que los «Grupos de acción» actuaban «bajo su propia responsabilidad», prohibiéndoles intervenir e incluso asistir como espectadores a las matanzas. A partir de 1941, Hitler y el Alto Mando del Ejército recibieron notas en las que los generales solicitaban la disolución de esos «Grupos de acción».

Pero Hitler no se preocupaba de estas operaciones bárbaras para las que había dado plenos poderes a Himmler y cuyo capítulo más abominable todavía no estaba escrito. Heydrich concibió un plan para llenar los ghettos desiertos de Rusia con judíos polacos y, finalmente, para someter a una exterminación sistemática a toda la población judía en Europa. Sólo un reducido grupo de funcionarios nacionalsocialistas tuvieron conocimiento del mismo. No existió una orden formal de Hitler. Las nuevas medidas fueron aplicadas muy lentamente, dado que Heydrich no quería despertar las iras de Estados Unidos, que todavía eran neutrales. Pero ya el 14 de noviembre de 1941 se empezaron los transportes hacia Rusia y Eichmann inició delicadas negociaciones internacionales para obtener una pronta extradición de las diversas minorías judías.

El 20 de enero de 1942, Heydrich celebró una conferencia en Wannsee, cerca de Berlín, con catorce altos funcionarios de la SS y de los ministerios para exponerles claramente su programa. El plan inicial consistía en transportar a Madagascar a los judíos de Europa, pero al no poder ser llevado a la práctica, todos los elementos útiles de esta raza serían destinados a «construir carreteras» en la retaguardia del Ejército alemán en el Este «lo que, sin duda, provocaría una gran eliminación natural». «Aquellos que logren sobrevivir» representarían, sin ninguna duda, un peligro contra el cual era necesario prevenirse. Heydrich tenía la intención de excluir solamente a los obreros de las fábricas de armamentos, las personas de más de sesenta y cinco años, los niños, los heridos graves de la guerra y aquéllos que hubieran merecido condecoraciones alemanas. Como Protector de Bohemia y Moravia ya había mandado instalar un *ghetto* especial en Theresienstadt.

Las deportaciones hacía algunas semanas que habían comenzado, cuando la Wehrmacht protestó nuevamente. El general Edouard Wagner informó que los transportes ferroviarios estaban embotellados. Himmler y Heydrich tuvieron que inclinarse ante este argumento tan convincente. Fue necesario interrumpir las salidas.

Treinta mil judíos ya habían sido enviados a Rusia, un tanto por ciento fue fusilado por los «Grupos de acción» o exterminados con el empleo de vehículos a gas de un tipo nuevo, pero la mayor parte fue salvada provisionalmente, ya que Heydrich murió en Praga como consecuencia de un atentado. La mañana del 27 de mayo de 1942, cuando su coche se acercaba a la ciudad, los resistentes checos Jan Kubich y Josef Gabchik, le hirieron mortalmente con una bomba.

Durante seis meses, Himmler todavía no remplazó a Heydrich al frente del Servicio de Seguridad, pero las persecuciones contra los judíos no disminuyeron por esto. Su centro de gravedad pasó al Gobierno general. Ahora los llamaban «reagrupamientos» y «Acción Reinhard», lo que, en ambos casos, equivalía a una «matanza colectiva». Globocnik y Krueger trabajaban incansablemente. Con un celo no inferior, Eichmann les enviaba innumerables víctimas de otros países, mientras que Himmler rechazaba las protestas cada vez más vivas del gobernador general Hans Frank. A fines de 1942 y a principios de 1943 se fundaron cinco campos de exterminación: Auschwitz, Kelmno, Belzec, Sobibor y Treblinka, «asesinatos en donde lo más primitivo se aliaba a la técnica más moderna del crimen» (Erns Juenger). El «SS-Obersturmführer» Kurt Gerstein nos ha legado sobre el campo de Auschwitz un relato muy emocionante:

«Llega el tren. Doscientos ucranianos abren las puertas y con sus porras de cuero hacen bajar a la gente de los vagones. Un gran altavoz da las órdenes: desnudarse por completo, despojarse incluso de los aparatos de prótesis, lentes, etc., entregar los objetos de valor en la ventanilla..., luego, la columna se pone en marcha, al frente de la misma una joven admirablemente hermosa. Todos siguen el mismo camino, hombres, mujeres, niños, completamente desnudos... Detrás de ellos un robusto SS habla a esos desgraciados con voz paternal: «Nada han de temer, una vez en la cámara habrán de respirar a fondo, llenar los pulmones, esta inhalación es necesaria contra las enfermedades y los contagios». Cuando le preguntan qué sucederá luego con ellos, responde: "Los hombres tendrán que trabajar, construir casas y carreteras..." Para muchos es un rayo de esperanza que les impulsa a franquear, sin resistencia, los pocos pasos que conducen hasta la cámara, pero la mayoría no se deja engañar, el mal olor les avisa de cuál será su suerte. Una judía de unos cuarenta años, con los ojos inflamados, grita que la sangre revertirá sobre las cabezas de los asesinos. Le asestan cuatro o cinco golpes... Numerosas personas elevan sus oraciones. Hago como ellos y me alejo implorando a Dios, al Dios de ellos y al mío...»

No es posible dar una cifra exacta de las víctimas. Según Reitlinger, los números dados por Rudolf Franz Hoess, comandante de Auschwitz, constituyen «perversas exageraciones». Y, aunque algún día lográsemos aproximarnos al número exacto, conservaría un valor abstracto, que sólo lograría hacer resaltar que la compasión por la angustia, el desespero, la miseria y el dolor se han ido debilitando grandemente en el hombre moderno. Lo que es realmente decisivo, no son las estadísticas, sino el fenómeno histórico-político en sí. Las causas fueron múltiples y deberían originar efectos en vastos dominios en los que la aflicción, la vergüenza, la consternación se acercan peligrosamente a prevenciones y resentimientos, calculadas exigencias de arrepentimiento y consignas de odio.

Los adversarios del Tercer Reich no pudieron hacer gran cosa en favor de los judíos perseguidos. El movimiento clandestino polaco no acudió en ayuda de los internados en los *ghettos*, sólo a cambio de elevadas gratificaciones y aun entonces a desgana. Muchos judíos fueron, incluso, denunciados por ellos. Gran Bretaña y Estados Unidos valoraban todo lo que les llegaba de Rusia y del Gobierno general desde el punto de vista de la propaganda y se negaban a contribuir a resolver el problema de una emigración. Los neutrales guardaron silencio. Una tentativa realizada por Gerstein para llamar la atención del Gobierno sueco fracasó ante la indiferencia de éste. El informe redactado por un observador suizo fue prohibido por la censura de su país y sólo fue publicado cuando terminaron las hostilidades. Turquía cerró sus fronteras, durante algún tiempo, a los judíos que lograban emprender la huida.

No existía ninguna ayuda real y, sí solamente, aunque inspirada por razones extremadamente diversas, por hombres y mujeres que vivían bajo la autoridad hitleriana y que, por lo que hacían, se exponían a graves peligros. Funcionarios de la Gestapo vendían permisos para no llevar la estrella amarilla y se entabló un comercio muy intenso en la venta de certificados de esterilización. Empleados alemanes reclamaban a los judíos como obreros en las fábricas de armamentos para evitarles lo peor. Generales y funcionarios del partido impidieron, con sus protestas, ejecuciones en masa y salvaron así numerosas vidas. La Italia fascista acogió a numerosos judíos del sur de Francia y, al ejemplo de Finlandia, se negó categóricamente a entregar los suyos. Las autoridades francesas, belgas y holandesas ganaron, frecuentemente, un tiempo muy precioso. Los daneses y noruegos ayudaron, la mayoría de veces con la aprobación tácita de los jefes militares alemanes, a los judíos a refugiarse en Suecia.

Los mismos judíos no supieron defenderse. Los recelos mutuos reinaban en los *ghettos*. Las denuncias estaban a la orden del día. Pero lo más penoso fue, sin duda, el que los propios dirigentes, sus consejeros y sus policías participaban en los envíos a los campos de exterminación. En Vilna, Jakob Genns, oficial de la policía judía, colaboró en la ejecución de sus correligionarios. En las cámaras de gas había casi siempre, al lado de los verdugos ucranianos, judíos que creían poder salvar de este modo su vida. Sin embargo, existieron también notables excepciones a este respecto. Por ejemplo, Mordekai Tenenbaum-Tamarov, convertido casi en un personaje legendario en 1942, en el *ghetto* de Varsovia formó una asociación de combatientes con dos movimientos de la resistencia y también Saszka Pieczerski y León Feldhandler hicieron lo mismo en Sosibor.

Tenenbaum-Tamarov creó un sistema de correo que se extendía hasta Lwow, en donde se hallaban los restos del Ejército italiano del Este, cuyos soldados cedían a precios muy elevados, los vehículos automóviles, así como grandes cantidades de ametralladoras y granadas. Estas armas fueron introducidas clandestinamente en el *ghetto* de Varsovia. Mucho más importante todavía fue el hecho que los empresarios alemanes mandaron construir numerosos refugios antiaéreos para sus obreros, lo que transformó el *ghetto* en zona fortificada y afirmó la resolución de los jóvenes, en particular. Cuando el 15 de noviembre de 1942, Himmler inspeccionó la ciudad y el barrio judío, su mirada, siempre recelosa, no descubrió lo que se ocultaba tras aquella fachada de inmensa

miseria. Ordenó se llevara a cabo «la concentración», decidida igualmente para el *ghetto* de Varsovia y con ello dio el último empujón a una resolución judía.

La partida de las primeras columnas, el 18 de enero de 1943, excitó hasta el máximo los ánimos. Los hombres esgrimieron revólveres y se arrojaron sobre sus guardianes que pertenecían a una compañía de la policía lituana. En el *ghetto* los dirigentes y los consejeros que no lograron refugiarse junto a los alemanes, fueron abatidos por los jóvenes. Krueger mandó sofocar la revuelta al SS-Oberführer Ferdinand von Sammern-Frankenegg, pero éste contaba solamente con dos mil noventa hombres: ocho compañías de polacos y lituanos, débiles batallones de refuerzo de las Waffen-SS. El Brigadeführer Jürgen Stropp le reemplazó y después de cuatro meses de combate callejeros destruyó el *ghetto*. El número de judíos muertos o deportados se elevó a cincuenta y seis mil. Otros quedaron enterrados entre las ruinas o quemados.

El 2 de setiembre y el 14 de octubre de 1943, tuvieron lugar otros levantamientos de menos amplitud en Treblinka y en Sobibor. De la noche a la mañana, Himmler se hartó de la pretendida acción de concentración, sobre todo cuando, Frank, Goebbels y Kaltenbrunner, sucesor de Heydrich, le pusieron en guardia después de la experiencia adquirida en Katyn. Ordenó disolver todos los *ghettos* y destinó a los supervivientes a diversos establecimientos industriales. Un grupo especial borró las huellas de las matanzas efectuadas en Rusia. Otros comandos volaron los campos de exterminación de Kelmno, Belzec, Sobibor y Treblinka. Sin embargo, los crematorios de Auschwitz continuaron funcionando hasta principios de 1944, extendiendo por todo el país su horrendo mal olor.

«Esta es una página de nuestra historia que nunca ha sido escrita y jamás lo será — declaró Himmler a sus colaboradores—. La mayoría de vosotros saben lo que es ver cien cadáveres uno al lado del otro, quinientos o mil. Haber soportado esto y haber permanecido impávidos, con la excepción de algunas lógicas debilidades humanas, ¡esto es lo que nos ha hecho duros!»

Pero todavía no se había pronunciado la última palabra. Treblinka fue abierto de nuevo y, a partir de noviembre de 1943, Himmler inició un nuevo capítulo en la historia de la «solución final». Dado que los ejércitos soviéticos se acercaban a la Polonia oriental, decidió «liquidar» el campo de trabajo de Maidanek, cerca de Lublin. Los prisioneros de guerra rusos cavaron inmensas fosas en donde tropas de la SS mataron con ametralladoras, de quince a veinte mil judíos. Durante varios días el espeso humo producido por la incineración cubrió la ciudad.

«Nunca olvidaré estas horas —escribió el príncipe Christoph Radzivill, que se encontraba en el lado opuesto del campo—. Aquella noche muchos de mis polacos se emborracharon para celebrar el día. Es horrible, pero es la verdad.»

Cada una de estas fases en que Himmler perseguía su «solución final» de la cuestión judía y «el afianzamiento de la pureza de la raza alemana» suscitó nuevos conflictos entre el Reichführer y Frank. Este no abogaba en favor de los judíos, sino que se dirigía contra las monstruosas actividades de la SS, puesto que todos los planes económicos de su administración quedaban caducos. Quería explotar a Polonia como si fuera una «colonia» y trataba a sus habitantes como «esclavos del Gran Reich alemán». Trataba en particular,

de destruir, con un celo especial, la «autoridad de la clase superior polaca». Una limitación sistemática de los estudios escolares, la reducción de las raciones en víveres y las «Acciones AB» que enviaron a numerosos funcionarios, profesores y oficiales detrás de las alambradas, hicieron mucho mal. Al mismo tiempo, Frank destinó a muchos polacos a Alemania, en donde trabajaban en condiciones discriminatorias (llevaban una insignia especial, estaban bajo continuada vigilancia, prohibición de libre circulación, salarios de hambre).

La dominación alemana adquirió formas muy duras, incluso en otras regiones ocupadas del Este, y reinó una extrema confusión debido a la diversidad de intenciones y de competencias. Actuaban ocho jefes, cada uno por su lado: Alfred Rosenberg y el Ministerio del Este, creado por él; Martin Bormann que controlaba casi toda la organización del partido; Hermann Goering como responsable del Plan de cuatro años; Heinrich Himmler y la SS; Joachim von Ribbentrop con su Comité especial de Asuntos Exteriores; Richard Sauckel, que disponía de plenos poderes para el reclutamiento de la mano de obra; Joseph Goebbels y su Ministerio de Propaganda, así como otras personalidades, Estados Mayores y servicios de la Wehrmacht, dos mil personas en conjunto, en los que existían idealistas y cínicos, rusófilos y rusófobos, hombres fuertes y hombres débiles, competentes e incapaces, que intrigaban los unos contra los otros, que concluían alianzas temporales y se separaban otra vez.

La Wehrmacht solamente administraba la «retaguardia», una estrecha franja de terreno, móvil, inmediatamente detrás del frente de combate. Se relacionaron con numerosos rusos. A partir de 1941 casi cada regimiento contaba con sus «voluntarios auxiliares» (Hiwis-Hilfswillige) que trabajaban como chóferes, mozos de cuadra, cocineros, enfermeros o intérpretes. Su efectivo fue continuamente en aumento incluso después de la catástrofe de Stalingrado. A mediados de setiembre de 1943, de cada cuatro hombres uniformados, uno era un extranjero. El Alto Mando del Ejército contaba con un millón doscientos mil. Este mismo año, Hitler creó un «inspector de las tropas del Este» que tuvo a sus órdenes seiscientos cincuenta mil «soldados de raza extranjera»: cien mil turquestanos, el mismo número de caucasianos, una legión tártara, varios regimientos oriundos de Azerbaidjan, la «brigada Kaminsky», veintinueve escuadrones de jinetes calmucos, y el Cuerpo cosaco, de dos divisiones de caballería, del general Helmulth von Pannwitz. Estas unidades prestaron grandes servicios, sobre todo en la lucha contra los guerrilleros, pero plantearon igualmente problemas políticos que estaban en contradicción con las ideas de Hitler.

En 1942, el Grupo de Ejércitos del Centro se lanzó a una experiencia llena de promesas. Sin solicitar el previo consentimiento de Hitler, el mariscal Günther von Kluge confió la zona de Likotj a un antiguo ingeniero soviético, llamado Bronislav Kaminsky, concediéndole poderes especiales. En muy poco tiempo, Kaminsky creó excelentes organizaciones administrativas, servicios sanitarios, escuelas, bibliotecas y teatros ambulantes. Pero, principalmente, constituyó una brigada de infantería y limpió la región de guerrilleros. Cuando los alemanes se retiraron, en el verano de 1943, treinta mil soldados y campesinos rusos de Lokojs se unieron a ellos. Kaminsky reanudó su

experiencia en Lebel con el mismo éxito. Estimulado por este ejemplo, otros rusos, como Iván Ermachenko y Radaslav Ostrovsky, se ofrecieron para una fértil colaboración.

Un movimiento de liberación antibolchevique fue dibujándose cada vez con mayor claridad. Además de algunos expertos civiles y del almirante Canaris, fueron los oficiales alemanes quienes cuidaron de estas fuerzas para intentar frenar al imperialismo desmedido de los nacionalsocialistas: el general Reinhard Gehlen (jefe de la oficina de Ejércitos extranjeros en el Estado Mayor general), el coronel Henning von Tresckow (jefe de la 30ª Sección del Grupo de Ejércitos del Centro), el coronel Clauss von Stauffenberg (jefe de la Oficina de Organización del Alto Mando del Ejército), el coronel Heinz-Danko Herre (jefe del Estado Mayor del general comandante de las unidades de voluntarios), el coronel Alexis von Roenne (Ejércitos extranjeros del Este), el coronel barón Wessel von Freytag-Loringhoven (Primera Sección del Grupo de Ejércitos del Sur), los capitanes Nicolaus von Grote y Wilfried Strik-Strikfeldt (pertenecientes ambos a la Oficina de Propaganda de la Wehrmacht). Apoyaron al general soviético Andrei Vlassov, hecho prisionero en 1942, que el 3 de marzo, con el coronel Vladimir Boiarski, hizo un llamamiento a todos los rusos para que se levantaran contra Stalin. El éxito fue considerable: aumentó el número de desertores, otros generales se pusieron a las órdenes de Vlassov, los emigrantes le vitoreaban. Pero al mismo tiempo, este movimiento desencadenó un conflicto con los alemanes.

Himmler y Bormann se declararon contra él, puesto que podía suscitar graves obstáculos a sus proyectos de colonización. Keitel y Jodl recelaban de él y todavía más de los desertores a los que en modo alguno consideraban de confianza. En el Ministerio de Rosenberg los altos funcionarios ya se habían comprometido a unos puntos de vista que favorecían a los ucranianos y bálticos. El propio Rosenberg se oponía a una política que había de conducir a la constitución de un nuevo imperio ruso que dominaría a los pequeños pueblos orientales. La decisión fue tomada a principios de junio de 1943. Después de una breve entrevista entre Keitel y Zeitzler, Hitler ordenó «estrangular» el movimiento de liberación ruso. Vlassov fue instalado en Berlín-Dahlem, como «prisionero de honor». Sus numerosos partidarios se quedaron sin jefe y sin programa.

Una colaboración con el general soviético parecía también difícil a muchos representantes de la autoridad alemana, puesto que los territorios conquistados en 1941 habían sido repartidos. Habían anexionado Galitzia, Conlwow, Tarnopol y Kolomea al Gobierno general, la región de Bialistok a la Prusia oriental y los distritos situados en la orilla izquierda del Pruth y al norte de Odesa a la zona de ocupación rumana dándole el nombre de Transnistrie. Los territorios comprendidos entre la frontera oriental de estas amputaciones y la «retaguardia» formaban tres comisariados: «Ucrania», «Rusia blanca» y «Ostland», y este último englobaba los antiguos estados bálticos más una parte de la República soviética de la Rusia blanca. Cada uno de esos comisariados gozaba de un grado diferente de autonomía política. En la concepción de Hitler debían constituir una «India alemana».

La autoridad del Ministerio del Este fue siempre muy reducida. Ignorado por Hitler, menospreciado por Goering, constantemente criticado por parte de Goebbels y Ribbentrop, Rosenberg perdió bien pronto todo su prestigio. Bormann decidía los

nombramientos. Sauckee se comportaba como si no existiera otra autoridad administrativa. Himmler dirigía, por su propia cuenta, las actividades de la SS. Todo lo contrario de Rosenberg, que pretendía ceder una cierta responsabilidad a los pueblos del Este, Himmler hablaba de una «cruzada germánica» cuyas conquistas tenían que «confirmar las teorías raciales». Otto Hofmann y Konrad Meyer-Hetling, director de la «Oficina para la raza y la colonización» (RUSH) y el «Comisariado para el afianzamiento de la raza alemana» (RKFDV) trabajaban en un «Plan general para el Este», con el cual Himmler pensaba llevar a cabo en el curso de varias décadas una «germanización» y una «integración» total de otras regiones rusas.

La política de este plan general fue aplicada antes de la aparición de Vlassov. Otto Hofmann incluso mandó llamar a alemanes de Rumania y de Yugoslavia para instalarlos en lugar de los ucranianos y rusos que hizo expulsar. Al mismo tiempo, negociaba con las organizaciones de «germanos» ávidos de tierras, en Noruega, Dinamarca, Holanda y Flandes. En Amsterdam, el nacionalsocialista Rost von Tonningen creó una «Compañía de Oriente», cuyos expertos visitaban la Rusia ocupada con el fin de preparar las tierras para «sus afiliados». Finalmente, Himmler recomendó a los finlandeses que se anexionaran la Carelia oriental e Ingermannland. Después de su conquista, Leningrado sería arrasada, decisión que Himmler había tomado muy en serio, y su emplazamiento se cedería a los campesinos finlandeses.

En el Comisariado de Ucrania la dominación nacionalsocialista cometió una serie de graves errores, mucho más deprimentes, dado que la población había recibido, en casi todas partes, a los alemanes de un modo muy cordial. Los patriotas ucranianos como Stefan Bandeira y Jaroslav Stesko estaban internados en campos de concentración. Otros se lamentaban de que su país hubiese sido amputado en el Oeste. Igualmente las tendencias anticlericales de Rosenberg causaron mucho mal. La imbecilidad demostrada por Erick Koch en la administración de Ucrania también causó mucho mal. Este comisario, que desempeñó, al mismo tiempo, un papel muy funesto como *gauleiter* de la Prusia oriental, se negó a disolver los kolkhozes. Los campesinos no pudieron entrar en posesión de las tierras tal como habían confiado y tuvieron que continuar trabajando como esclavos. Ello provocó un movimiento campesino que luchaba, a la vez, contra los rusos y los alemanes.

Las cosas fueron un poco mejor, en un principio, en el Comisariado de la Rusia blanca, bajo la autoridad de Wilhelm Kube que había estado internado en un campo de concentración y que deseaba conquistar la simpatía de sus administrados. Concedió un cierto grado de autonomía, logró rescatar algunos judíos de la muerte y acusó a los «Grupos de acción» de haber cubierto de vergüenza el nombre alemán, lo que provocó un violento conflicto entre él y la SS. Sin embargo, Kube iba a atraer la venganza bolchevique mucho más que otros nacionalsocialistas. Los rusos se alegraban de la tiranía de Koch que alejaba de él a tantos alemanes como ucranianos, pero no tuvieron la menor compasión hacia Kube. Cuando reunió en Minsk un «Consejo» de rusos amigos de los alemanes, sólo le quedaban escasas semanas de vida. Muchos millares de rusos blancos fueron víctimas de los guerrilleros que intensificaron su terrorismo. Mataron a centenares de comandantes locales, dirigentes agrícolas, miembros del SD y pequeños empleados.

Le llegó el turno a Kube el 22 de setiembre de 1943. Por orden del capitán Nikolai Chochlov, enviado por el Kremlin, la criada de la familia, Galina Mazanik, colocó una mina debajo de su cama.

En el «Ostland» los acontecimientos siguieron un curso diferente. El comisario era Heinrich Loshe, un procónsul, que compartía el gusto por la burocracia y el desprecio hacia Rosenberg, al igual que su amigo Kube; pero que toleraba las actividades sangrientas de Himmler. Por suerte, los nacionalsocialistas no alimentaban ningún odio racial hacia los pueblos de los estados bálticos, pues lo único que pretendían era «germanizar» los pueblos. Los estonios, letones y lituanos pudieron, desde principios de 1942, crear organismos de donde surgieron las «administraciones autóctomas»: el «landesrat estonio» presidido por Hjalmar Mae y el «Directorio general letón» con el antiguo general de división Oscars Dankers al frente del mismo. Rosenberg y Lohse, sin embargo, no juzgaron a los lituanos dignos de tal generosidad. Lo mismo que Himmler, los trataron como «elementos raciales de débil valor». Por este motivo su consejo recibió muy pocos poderes.

La política nacionalsocialista, por tanto, defraudó a los pueblos bálticos que esperaban de los alemanes lo que éstos no estaban dispuestos a ofrecerles: una liberación auténtica, el regreso al estatuto vigente entre 1919 y 1939. Varios centenares de voluntarios se alistaron en la Wehrmacht, lucharon en Leningrado y en el Volchov, demostrando ser unos compañeros de armas admirables y proporcionaron excelentes jefes. Pero su cruzada no adquirió jamás el significado de una alianza entre Alemania y los tres estados bálticos. En 1945, Rosenberg declinó la oferta de constituir un ejército de cien mil letones, formulada por el general Rudolf Bangerski y el coronel Voldemars Veiss, y sólo una división, la «Latvia», fue constituida. Estonia no se movilizó hasta principios de 1944, cuando la Gestapo puso en libertad al antiguo ministro Jüri Uluots.

LAS CAMPAÑAS DE INVIERNO Y PRIMAVERA EN EUROPA, 1943-1944

Este fracaso de la política alemana en los países ocupados del Este, creó dificultades imprevistas en la Wehrmacht en sus combates defensivos. En la retaguardia actuaban, además de los guerrilleros rojos, fuerzas no rusas que dirigieron una partida implacable. El Ejército polaco del interior («Armia Kraiova»), creado por el general Stefan Roviecki, contaba, aproximadamente, con trescientos cincuenta mil combatientes. Alrededor de Vilna y de Bialystok, el jefe del Cuerpo franco lituano, Bronislav Urbanovichius, combatía a los batallones de policía de su compatriota Peter Kubiliunas. Los guerrilleros estonios y letones hostiles a los alemanes atacaban las líneas de comunicación del Grupo Norte. Un fuerte movimiento de resistencia ucraniano (OUN) se extendía hasta Galitzia y los Cárpatos. En Banska Nystrica (Neusohl) unos dos mil soldados, mineros y

obreros eslovacos se rebelaron, en nombre del Gobierno, en el exilio, de Edouard Benes. Bandas de corredores de los bosques de Carelia dieron mucho quehacer a los finlandeses.

La guerra se aproximaba a las fronteras de ciertos países que luchaban al lado de los alemanes, pero que no podían ser considerados ya como seguros aliados después de la derrota de Stalingrado y el hundimiento de la Italia fascista. A mediados de noviembre, el mariscal Mannerheim decidió organizar, para el Ejército finlandés, un frente más corto: las líneas llamadas V y VTK. Casi al mismo tiempo, el presidente Risto Ryti se enteró, por el embajador italiano en Estocolmo, que el Kremlin no se opondría a negociaciones de armisticio si Finlandia aceptaba como base la paz firmada en Moscú en el año 1940. Helsinki vacilaba. Por otro lado, Hungría, cuyas tropas eran destinadas solamente a la lucha contra los guerrilleros, buscaba, por todos los medios posibles, asegurar su futuro, y ello provocó un grave conflicto entre Berlín y Budapest. En marzo de 1944, Hitler obligó al infiel aliado a hacer marcha atrás. Tropas de la SS ocuparon todas las posiciones claves en el país («Margarethe II»). Horthy tuvo que formar un nuevo Gabinete con Döme Sztójay al frente del mismo y que prácticamente seguía las instrucciones del embajador alemán Edmund Veessenmeyer.

Estas vacilaciones de los aliados hubiesen podido ser evitadas y toda la aventura rusa habría seguido, sin duda, otro rumbo si Hitler hubiese aceptado, después del fracaso de Kursk, establecer el frente sobre unas líneas mucho más cortas, ya que en 1943, a pesar de la inferioridad del Ejército alemán, todavía existían ciertas posibilidades de contener al Ejército Rojo y conceder de nuevo un papel importante a la diplomacia. La aviación de reconocimiento podía vigilar las redes de comunicación soviéticas para descubrir a tiempo la preparación de una nueva ofensiva y permitir atacarla, desde un principio, gracias a un mejoramiento de la artillería, a un mejor funcionamiento de los medios de medición y al aumento del número de morteros que lanzaban proyectiles corrientes y fumígenos (Do-Geräten). La ametralladora 42 de tiro rasante, con la que estaban equipadas casi todas las unidades de infantería, causaban terribles bajas en los ataques en formación masiva que solían lanzar los soviets. Nuevos automotores y Schutzezenpanzers para el transporte de la infantería facilitaban una defensa móvil.

Pero, con el fin de poder utilizar plenamente estas armas nuevas, hubiera sido necesario que esta defensa hubiese sido igualmente elástica. La orden de «defender una posición, costase lo que costase» era la peor de todas. Permitía al adversario elegir su punto de ataque y paralizaba al mando alemán que continuaba siendo de un valor muy superior. Por este motivo, los rusos pudieron repetir, varias veces, el mismo esquema tan sencillo: concentrar en un sector del frente los batallones disciplinados o de rebaños de cabezas de ganado, que lanzaban a cruzar los campos de minas y, luego, detrás de éstos, las masas de infantería. Si no obtenían el éxito previsto, realizaban este proceso dos o más veces y pasaban bruscamente al sector contiguo hasta que la resistencia alemana terminaba por ceder en algún punto. Y entonces las unidades blindadas que estaban preparadas para intervenir, penetraban en la brecha con los soldados de infantería transportados y los cuerpos de caballería para ocupar importantes posiciones en la retaguardia del frente alemán, ayudados frecuentemente por las «brigadas autónomas de los guerrilleros».

El Ejército Rojo había, mientras tanto, mejorado su organización y prestado mayor eficacia a su mando. En noviembre de 1942, el general Alexander M. Vassielevsky reemplazó al mariscal Boris Chapochnikov, que había enfermado de gravedad y los Grupos de Ejércitos que habían sido ahora bautizados «Frentes», adquirieron su forma definitiva. A fines de 1943, un «frente» comprendía, generalmente, de cinco a siete ejércitos, con una o dos grandes unidades de aviación táctica, Cuerpos especiales de artillería, carros de combate y caballería, es decir, en conjunto, alrededor de un millón de soldados y ocupaba un sector de aproximadamente doscientos kilómetros. Ya no existían los comisarios políticos, pues la autoridad estaba únicamente en manos de los oficiales. Un comandante en jefe disfrutaba de una independencia muy grande en el marco de las instrucciones del Stavka. Si varios grupos debían atacar conjuntamente, Moscú nombraba un delegado para asegurar la coordinación estratégica.

El armamento de las tropas terrestres y de la aviación había realizado, igualmente, progresos muy notables. Las fábricas producían, en serie, carros de combate modernos, «KW-2» y «Kutuzov». un poderoso incremento de la producción de vehículos automotores permitía, por vez primera, motorizar Cuerpos de Ejército completos. Las brigadas de morteros pesados completaban la artillería. El avión «Lavotchkin La-5» (528 km., hora) fue el prototipo de toda una familia de cazas monoplanos, cuyo rendimiento mejoraba continuamente, y lo mismo que el «Iliuchin IL-2, Stormovik» prestaba al general Vladimir Zudets los medios para realizar una vasta reforma de la aviación en el Ejército. No por ello dejó Rusia de depender de los suministros de material angloamericano, pero, con gran satisfacción por parte del Kremlin, éstos alcanzaron nuevos records durante la conferencia de Teherán y en diciembre de 1943. En su deseo de prestar toda la ayuda al Ejército que luchaba en condiciones materiales muy difíciles, el mando naval alemán decidió actuar en el mar del Norte. A fines de diciembre, el «Scharnhorst» (Hintze), único acorazado del que disponían ahora, y la 4.^a Flotilla de destructores (Johannesson) operaron contra el convoy JW-55-B, mandado por el almirante Erich Bey. La niebla impidió a los aviones de reconocimiento alemanes reconocer que se acercaba un segundo convoy, el RA-55-A. Uno llegaba del Oeste, el otro del Este y debían cruzarse cerca de la isla de Ours bajo la protección, no sólo de sus escoltas de destructores y fragatas, sino también de dos destacamentos de la Home Fleet: la Force 1 (Burnett) y la Force 2 (Fraser), que comprendían el acorazado «Duke of York» y cuatro cruceros. El hecho culminante, sin embargo, fue que los ingleses poseían un radar extremadamente sensible («Panorama»), mientras que los alemanes poseían solamente unos aparatos anticuados («Freya-Geraet» y 80 cm. Seetakt).

La Force I ya había rebasado la isla de Ours y efectuaba una patrulla hacia el Sur cuando, el 26 de diciembre de 1943, a las 7'40 horas, el crucero «Belfast» descubrió al «Scharnhorst» en su pantalla y Burnett pudo iniciar el fuego, incluso antes de que Bey hubiese podido avistar a sus adversarios. Siguió una corta batalla en el curso de la cual el acorazado alemán perdió su radar de orientación. Hacia el mediodía intercambiaron nuevos disparos y luego los alemanes se despegaron del contacto de los cruceros ingleses, pero fueron perseguidos por cuatro destructores, tres ingleses y uno noruego hasta que la Force 2 enfocó también al adversario en su radar. El almirante sir Bruce Fraser ordenó

abrir el fuego hacia las 17 horas. Las salvas del «Duke of York» fueron certeras. Los restantes cruceros intervinieron en la batalla y los destructores dieron el golpe de gracia con sus torpedos. El «Scharnhorts» fue hundido hacia las 19'45 horas. De su tripulación, compuesta de 1.900 hombres, solamente 36 fueron salvados.

Mientras se libraba esta última gran batalla naval en el Ártico, el Ejército Rojo desencadenaba su decisiva ofensiva de invierno. Obedeciendo las instrucciones de Stalin, Vassilevski y Chukov, el Estado Mayor soviético había preparado un plan de una amplitud mucho mayor que todos los desarrollados hasta entonces. Una potente cuña ofensiva, de trescientos kilómetros de largo, había de penetrar desde Kiev hasta los Cárpatos, rechazar a Manstein, ocupar y aislar el Grupo de Ejércitos del Centro y, si era posible, romper el frente del Norte ante Leningrado y de cada lado del lago Ilmen. Stalin, sin duda, atribuía intenciones políticas a esta maniobra, procurando asegurarse Polonia y, tal vez más todavía, abrir un camino hacia el sudeste de Europa antes de que Roosevelt y Churchill pudieran corregir el error cometido en Teherán y reclamar del Kremlin ciertas garantías con respecto a los Balcanes.

Doce grandes unidades fueron destinadas a esta ofensiva de invierno: el Frente de Leningrado (Govorov), el Frente del Volkhoc (Merezkov), el 2.º Frente del Báltico (Popov), el Primer Frente del Báltico (Bagramian), el Tercer Frente de la Rusia blanca (Cherniakovski), el 2.º Frente de la Rusia blanca (Sacharov), el Primer Frente de la Rusia blanca (Rokossovsky), el Primer Frente ucraniano (Vatutin), el 2.º Frente ucraniano (Koniev), el Tercer Frente ucraniano (Malinovski), el 4.º Frente ucraniano (Tolbuchin) y el Ejército del Mar Negro (Jeremenko). Los puntos de gravedad estaban al sur de Leningrado y en Novgorod, entre Velikie-Louki y Vitebsk, a ambos lados de la gran carretera de Esmolensko y Mozyr, en la región de Kiev-Korosten, ante las cabezas de puente del Dniéper meridional y, finalmente, en Crimea. La masa de los Cuerpos motorizados fue puesta a las órdenes de Vatutin, lo que indicaba claramente el punto en donde el mando soviético pensaba asestar el golpe principal. Chukov fue encargado de coordinar la acción de cuatro grupos de Ejército.

Vatutin atacó en Nochebuena. Conquistó Jitomir y Korosten y, a principios de año, alcanzó el importante nudo de carreteras de Sarny, al sur de los pantanos del Pripet. Al mismo tiempo, Rokossovski avanzó en dirección a Mozyr para cubrir el flanco derecho y la retaguardia del Primer Frente ucraniano. Fueron ocupadas todas las vías férreas estratégicas, lo que equivalía a la desaparición de todas las comunicaciones directas entre los Grupos de Ejército del Centro y del Sur. Sin embargo, Vatutin no aseguró suficientemente su flanco izquierdo lo que proporcionó a Manstein la ocasión de lanzar un contraataque en condiciones favorables. Fue efectuado, el 18 de enero de 1944, por el Primer Ejército blindado (Hube), en Vinitsa, e infligió graves pérdidas a los rusos y les obligó a replegarse un centenar de kilómetros en ciertos lugares, pero conservaron la mayor parte de sus ganancias y pudieron, quince días más tarde, reanudar la ofensiva.

Los alemanes no volvieron a disfrutar de un momento de respiro. Mientras Vatutin se reagrupaba, Rokossovski, Koniev y Malinovski continuaban incansables otras contramedidas. Además, el ataque preparado contra el Grupo de Ejércitos del Norte fue desencadenado el 14 de enero de 1944. El mariscal Georg von Kuechler había tenido que

ceder, a fines de 1943, todas sus unidades blindadas al Grupo vecino, además de extender su ala derecha hasta el Nevel, de modo que su frente estaba defendido muy débilmente. Los rusos concentraron una masa de unidades blindadas bien equipadas, tropas rápidas y una escuadra de cazas bombarderos y podían, además, contar con la ayuda de gran número de guerrilleros que operaban entre los lagos Peipus e Ilmen. Pero, sobre todo, los tres Grupos de Ejército soviéticos contaban con excelentes posiciones de partida: importantes cabezas de puente al oeste del Lovat y del Volchov, así como también con unos salientes ventajosos en Liouban, Leningrado y Oranienbaum.

Merezkov aniquiló las líneas alemanas delante de su cabeza de puente del Volchov y lanzó a los esquiadores, los trineos automotores y los jinetes de la zona norte del lago Ilmen. Bagramian rechazó el ala derecha del 16.º Ejército (Hansen) entre Velikie-Louki y Sokolniki. Govorov abrió, a expensas del 18.º Ejército (Lindemann), una comunicación entre las posiciones rusas del sur de Pouchkine y de Oranienbaum y avanzó a lo largo de la vía férrea Leningrado-Pskov, en dirección a Krasnogvardeisk y Louga en donde convergía el ataque de Merezkov. El 1.º de febrero, Hitler reemplazó a Küchler por Model. Este no pudo superar la crisis más que introduciendo un «grupo de sutura» (Friessner) en Chimsk para mantener el enlace entre los dos ejércitos alemanes, pero no pudo cumplir su objetivo de conservar la línea del Louga. El ala derecha de Govorov ya había ocupado Iambourg y alcanzado el Narva que era defendido por unos dos mil alemanes, estonios, holandeses y flamencos. El avance de los soviets de Starai-Roussa a Dno obligó a Model a replegar el Grupo de Ejércitos a unas posiciones ya preparadas de antemano al este de Pskov, Ostrvo y Opotcha.

La evacuación de la región situada entre los lagos Ilmen y Peipus costó elevadas pérdidas. Los guerrilleros tendían emboscadas por todas partes. Las columnas caían en los campos de minas instalados por ellas mismas. Algunas divisiones fueron cercadas y aniquiladas. Centenares de vehículos quedaron detenidos. Hubo necesidad de volar o incendiar importantes depósitos de material. Todo esto provocó consecuencias políticas. Franco se vio obligado a retirar, durante la batalla, la «Legión española» (Navarro), compuesta de voluntarios. En Helsinki fueron conquistando terreno los partidarios del armisticio. La derrota del Grupo de Ejércitos del Norte indujo al presidente Risto Ryti a mandar a Moscú una pequeña delegación dirigida por Juho Paasikivi. Pero las condiciones inaceptables puestas por el Kremlin les incitaron, después del precedente italiano, a no abandonar, de un modo prematuro, la cuasi-alianza con Alemania.

Mientras, los rusos continuaban con vigorosos ataques de fijación ante el Grupo de Ejércitos del Centro (Busch), con el fin de aislarlo, lo más atrás posible, de los sectores vecinos. El saliente de Vitebsk y la depresión de Mozyr fueron escenario de violentos combates que se prolongaron durante semanas. Los rusos desencadenaron su ofensiva principal, no en el mismo sector que en el mes de enero, sino más hacia el sur, contra las últimas posiciones conservadas por los alemanes en el Dniéper inferior, en el lugar que Hitler había querido hacerse fuerte, a pesar de las objeciones de Zeitzler, de Manstein y de Kleist, porque creía poder obstaculizar de esta forma la libertad de acción de sus adversarios y a sus ojos la posesión de las minas de manganeso justificaba correr este riesgo. En consecuencia, el Sexto Ejército (Hollidt) aún se defendía en la región minera

de Kehrson, Nikopol y Krivoi Rog, mientras que el Octavo Ejército (Wöhler) cubría su flanco norte en Bielaia Tserkov, Tcherkassy y Kirovograd.

Para destruir el Octavo Ejército, Chukov preparó una operación con dos Cuerpos blindados cedidos por el Primer y Segundo Frente ucranianos y reforzados por infantería motorizada, caballería, tres brigadas de guerrilleros y dos divisiones aéreas, adoptando el mismo plan que en Stalingrado. Los Cuerpos blindados aniquilaron las posiciones alemanas en Bielaia, Tserkov y Kirovograd y efectuaron su enlace, el 3 de febrero, en la vecindad de Zvenigorodka (entre Kurzon y Ouman). Así nació el envolvimiento que los alemanes llamaron la «caldera de Tcherkassy». Dos Cuerpos de Ejército, o sea, nueve divisiones aproximadamente, fueron cercadas. Manstein reaccionó sin pérdida de tiempo, pero el deshielo que cubría de barro todas las carreteras, retrasó la concentración de los trescientos carros de combate previstos para el contraataque. Fue necesario aprovisionar por aire las tropas cercadas. Sin embargo, la niebla obstaculizó también el empleo del campo de aviación de Korsoum-Chevtchenkovski, el único disponible, y puesto que la Cuarta Flota aérea (Dessloch) no contaba con suficientes cazas, de quince a veinte «Ju-52» fueron abatidos cada día.

El 15 de febrero, el Primer Ejército blindado (Hube) pudo comunicar por fin: «¡Llegó!» Un Cuerpo rompió el perímetro exterior de la tenaza rusa, pero sin llegar hasta las unidades cercadas. A pesar del cuidado con que había sido preparada esta operación, por todas partes se producían enojosos embotellamientos. El barro imposibilitaba casi siempre todos los movimientos. Los cañones y vehículos quedaban detenidos y fue necesario prender fuego a todos los camiones. Sólo una parte de los heridos pudieron ser evacuados. La brigada belga «Wallonie» (Degrelle) fue la última en abandonar la orilla derecha del Dniéper. Unos treinta mil soldados se abrieron paso hacia la libertad pasando frente a los isbas en fuego y entre los géiseres de barro que provocaban los obuses rusos. Hitler, que se había negado a dar la orden de repliegue al Sexto Ejército, mucho más adelantado hacia el Este, veía ahora cómo se repetía la catástrofe, dado que varias divisiones alemanas fueron cercadas y aniquiladas en Kikopol.

Después de estas dos victorias, el mando soviético dio a la ofensiva de invierno su orientación principal. El flanco sur del Primer Frente ucraniano se encontraba ahora suficientemente protegido. Los Grupos de Ejércitos del Sur (Manstein) y A (Kleist) aún ocupaban la costa noroeste del mar Negro, pero el Stavka sólo se alegraba de ello, puesto que tenía suficiente experiencia de la estrategia hitleriana para apreciar correctamente las posibilidades que se ofrecían de este hecho. Probablemente, razonaba Vassilevski, el mando alemán no ordenaría organizar la resistencia detrás de la barrera fluvial constituida por el Bug, el Dniéster y el Pruth, sino que volvería a dar al Sexto y Octavo Ejércitos la orden de defender sus posiciones. Sin embargo, el Primer Ejército (Hube) y el Cuarto (Raus) que operaban más hacia el noroeste, pudieron cubrir el espacio entre Novo-Arkangelsk, Kovel y Monyr. En consecuencia, Vassilevski recomendó enviar en dirección oblicua el Primer Frente ucraniano de Ostropol hacia Czernovitz y lanzar, al mismo tiempo, dos potentes cuñas blindadas del Segundo Frente ucraniano de Svenigorodka en dirección a Jassy de uno y otro lado de Ouman.

Esta vez, el jefe del Estado Mayor general cuidó personalmente de la coordinación, Chukov remplazó a Vatutin que había sido herido gravemente. La operación se desarrolló como había sido previsto. El Primer y Segundo Frente ucraniano obtuvo un éxito equivalente a los avances realizados por los alemanes en 1941. El ala derecha de Chukov conquistó Luck y Kovel, mientras que la masa de las tropas motorizadas avanzaba en dirección Sur. Entre Vinnitsa y Gaissin, Chukov detuvo los contraataques alemanes al enlazar con Koniev. Los dos Grupos de Ejército ocuparon la vía férrea Odesa-Tarnopol. Koniev franqueó el Dniéster en Iampol y Rybnika. Chukov cercó el Primer Ejército blindado (Hube) al norte de Czernovitz y sólo detuvo su progresión precipitada al llegar a Kolomeia, en los límites septentrionales de los Cárpatos. Mientras, Malinovski arrancaba Kherson y Nikolaiev al Sexto Ejército (Hollidt). Odesa fue evacuada por los alemanes y los rumanos. Todo el sur de Rusia, con la excepción de Crimea, se encontraba liberada.

Estos éxitos soviéticos hicieron pensar mucho a los numerosos estadistas occidentales. El triunfo de Stalin rebasaba todo lo esperado. El Ejército Rojo llegaba a Polonia y a la puerta que daba acceso al sudeste de Europa. Roosevelt no veía en ello un peligro demasiado grande, pero Churchill estaba inquieto, sobre todo porque no había podido imponer sus puntos de vista con relación al desembarco angloamericano en los Balcanes y recibía numerosas llamadas secretas procedentes de Rumania, Hungría y Bulgaria que apelaban a Londres en solicitud de ayuda contra el imperialismo ruso. La política seguida desde hacía ciento veinte años por Rusia en la cuestión de los Dardanelos sugería también a Gran Bretaña que recordara sus intereses en el Mediterráneo. Una vez tomada la decisión en favor de «Overlord», y en contra un desembarco en el sudeste de Europa, Churchill buscó otros medios para obtener garantías en los Balcanes. Ya antes de la conferencia de Teherán había tratado de aliarse con Turquía. Si este país declaraba la guerra a Alemania, la situación podía transformarse radicalmente en esta parte de Europa y hacer ineficaz una intervención soviética.

Stalin, como es natural, calificaba de superfluos estos esfuerzos británicos para aliarse con Turquía. Roosevelt le apoyaba reclamando la concentración de todas las fuerzas occidentales para «Overlord». Sin embargo, Churchill continuó en sus proyectos. A su regreso de Teherán, se entrevistó en El Cairo con el presidente turco, Ismet İnönü y su ministro de Asuntos Exteriores, Numen Menemencioglu, y le reclamó una declaración de guerra a Alemania «antes de febrero de 1944, lo más tarde». İnönü solicitó armas modernas sin las cuales consideraba imposible el poder lanzarse a una aventura balcánica contra los alemanes. Solamente Estados Unidos hubieran podido suministrar este armamento, pero Washington no tenía la menor intención de reducir los suministros de armas a Rusia en favor de Turquía. Las negociaciones entre Churchill e İnönü no proporcionaron ningún resultado positivo.

El primer ministro inglés recordó entonces sus planes en Italia, que comprendían la conquista de Trieste e igualmente un avance por el sudeste de Europa. Pero «Overlord» y un desembarco en la costa meridional de Francia («Anvil»), recientemente decidido en Teherán, sólo le dejaba a su disposición, para llevar a cabo sus intenciones, el 15.º Grupo de Ejércitos (Alexander) detenido al norte de Nápoles y de Foggia. Destinando nuevas tropas a la retaguardia alemana, sería posible dar nuevo impulso a la ofensiva y

conquistar Roma. Sin embargo, un estudio más detenido reveló que la campaña de Italia no podía ser continuada sin perjudicar «Overlord» y «Anvil», dado que no podrían disponer del mariscal Alexander y el 15.º Grupo de Ejércitos tendría necesidad de una gran parte de los navíos de desembarco especiales que se precisaban para esas operaciones.

Churchill no se dio, sin embargo, por vencido. Brooke, Wilson y Alexander aprobaban un nuevo desembarco en Italia («Shingle»). La decisión fue tomada en el curso de un almuerzo en Túnez. Churchill, Wilson y Alexander convencieron al general Eisenhower, cuya experiencia política era mínima y que había sido previsto para asumir el mando de la Operación «Overlord» en Inglaterra. Desde aquel momento fueron muy numerosos los adversarios de las operaciones secundarias aliadas, que consideraron que sería útil obligar a Alemania a lanzar al combate sus reservas antes del gran desembarco y que era indispensable asegurar la región de Foggia, objetivo inicial de la campaña italiana. Un bombardeo, efectuado sobre Bari el 2 de diciembre de 1943, por la Segunda Flota aérea (Ritchthofen) costó dieciséis magníficos barcos de transporte y demostró, al mismo tiempo, que los campos de aviación de Foggia estaban amenazados.

Las fuerzas navales y aéreas angloamericanas poseían una superioridad absoluta. Por otro lado, el 15.º Grupo de Ejércitos había sido reforzado por el Cuerpo francés del general Alphonse Juin, compuesto por marroquíes y argelinos y por varias decenas de millares de trabajadores italianos militarizados. Sin embargo, los dos ejércitos anglosajones experimentaron grandes dificultades en su avance, a través de un terreno al que no estaban acostumbrados. El barro que reinaba desde mediados de noviembre de 1943, inmovilizaba las divisiones motorizadas. Faltaban los animales de tiro, las unidades alpinas y las unidades montadas. Víctor Emmanuel y Badoglio, gustosamente hubieran suministrado estas unidades para convertirse así en compañeros de armas de las potencias occidentales, pero Robert Murphy los mantenía apartados. Roosevelt no quería verse complicado en un nuevo «caso Darlan», ya que había de pensar en su campaña presidencial de 1944 y evitar proporcionar motivos de crítica a una Prensa a veces histérica.

La política americana, en relación a Italia, continuaba en una fase intermedia, desagradable para ambos bandos. Consistía en observar estrictamente las condiciones del armisticio y no llamar a Badoglio para resolver las crecientes dificultades. El mercado negro, una epidemia de tifus y las maquinaciones de los separatistas sicilianos se desarrollaban impunemente. Entre los italianos del Sur la desmoralización alcanzó un punto culminante. Las divisiones todavía no licenciadas, tuvieron que ceder sus armas en beneficio de Tito. Murphy no cesó de reclamar una depuración política más a fondo y terminó incluso por actuar en contra del rey Víctor Emmanuel. Todo eso sólo beneficiaba a Stalin. Badoglio únicamente podía sostener relaciones diplomáticas con un país: la Unión Soviética. El embajador ruso era Andrei Vichinski. Pietro Togliati, antiguo jefe comunista, regresó del exilio.

Al revés que los occidentales, Hitler no tardó en procurarse de nuevo una ayuda italiana. La Gestapo entregó a Ciano al Gobierno fascista de Milán. Un tribunal extraordinario lo condenó a muerte, al mismo tiempo que a otros cuatro que le habían

apoyado en el mes de setiembre. El 11 de enero de 1944, en Verona, fueron atados a unas sillas y fusilados por la espalda, como se acostumbra hacer en Italia con los traidores. Se celebraron también otros procesos. Mientras, el mariscal Rodolfo Graziani organizaba, con voluntarios, cuatro divisiones armadas y distribuidas al estilo alemán. Ciertas unidades de élite, la *X Flottiglia MAS* del príncipe Borghese, los pilotos de caza, los batallones alpinos, continuaban en la lucha, desde el mes de setiembre, al lado de sus aliados alemanes. Obtuvieron éxitos en Gibraltar, contra los transportes angloamericanos, lucharon contra los guerrilleros y protegieron, al mismo tiempo, los pequeños sectores del litoral, pero no pudieron ser destinados como refuerzos al frente entre Roma y Nápoles.

Alexander atacó el sistema de posiciones defensivas con el Quinto Ejército americano (Clark) y el Octavo Ejército británico (Montgomery). Clark había avanzado desde Salerno a Nápoles, luego hasta el Volturno, mientras que Montgomery avanzaba por el otro lado de los Apeninos hasta el Sangro, en dirección a Pescara. Los alemanes se limitaron a frenar estos movimientos. Kesselring empleó sólo una gran unidad en el frente, al Décimo Ejército (Vietinghoff) y se reservó el 14.º (Mackensen), más al norte, para oponerse a un posible desembarco. El 15.º Grupo de Ejércitos atravesó por unos días de fuerte crisis, puesto que las tropas alemanas habían aprendido mucho en Rusia y se habían convertido en unos maestros en el arte de oponer obstáculos. Los angloamericanos sufrieron unas pérdidas muy elevadas en los combates de Mignano y de Montecassino. Clark sacrificó dieciséis mil hombres, disparó doscientos mil proyectiles y sólo avanzó once kilómetros en seis semanas.

Inmediatamente después de la batalla de Mignano, el Quinto Ejército americano se tropezó con nuevos obstáculos. Siguiendo la Ruta núm. 6, llegó al Rápido, pequeño curso de agua que baja de la montaña y se une en ángulo recto con el Liri para continuar hacia el mar Tirreno con el nombre de Garigliano. Montecassino, coronado por la vieja abadía benedictina, domina este riachuelo desde sus 593 metros de altura. Al pie, rodeando la pequeña ciudad de Cassino, la Organización Todt había construido la llamada «Línea Gustav». El sistema de defensa cruzaba el valle inferior del Liri cerrando el camino hacia Roma. Las defensas de cemento bordeaban la orilla occidental del Rápido-Garigliano. Kesselring no ordenó ocupar el monasterio. No había allí un solo soldado alemán, dado que Berlín deseaba mantener relaciones amistosas con el Vaticano, y las alturas vecinas podían servir de puntos de observación.

Quiso la casualidad que la defensa de la «Línea Gustav» incumbiera a un hermano laico de la orden de los benedictinos, el general de unidades blindadas Fridolin von Senger und Etterlin. Su Cuerpo se defendió con la misma obstinación que en Salerno y Montecassino, anteriormente. La 34.ª División americana (Ryder) y la 36.ª (Walker) sufrieron sangrientas pérdidas cuando intentaron cruzar los valles inundados llenos de minas y de alambradas. El 10.º Cuerpo inglés (Mac Creery) no salió mejor librado. Los africanos, sin embargo, obtuvieron un ligero éxito al ocupar el monte de Belvedere al otro lado del Rápido superior, pero la brecha del Liri continuó bloqueada. Las ametralladoras y los cañones alemanes batían cada metro cuadrado de terreno de ataque, en el que pronto fueron enterrados cinco mil muertos americanos.

El 22 de enero de 1944, una Armada de doscientos barcos se aproximó al pequeño puerto de Anzio, a cincuenta kilómetros al sur de Roma. El estado de la mar hizo zozobrar cuarenta y tres embarcaciones y las restantes no encontraron, prácticamente, ninguna oposición en la playa. La operación «Shingle» acababa de comenzar, según un plan de Brooke, cuya ejecución había preparado Alexander muy meticulosamente. Todo hacía confiar en un éxito, puesto que Kesselring fue cogido completamente de sorpresa, pues esperaba este desembarco más hacia el norte y tuvo que dirigir su 14.º Ejército (Mackensen) a lo largo de la carretera núm. 7, en donde la aviación angloamericana podía infligirle graves pérdidas. Pero las cuatro divisiones del Cuarto Cuerpo americano (Lucas), que desembarcaron, no manifestaron ningún espíritu de iniciativa. En lugar de bloquear inmediatamente la carretera núm. 7 o abrir el valle del Liri por el norte, formaron una pequeña cabeza de puente que la artillería de las reservas alemanas no tardó en atacar. No existió la menor colaboración entre ellos y el Quinto Ejército bloqueado ante Cassino. Churchill, Brooke, Wilson, Alexander y Clark, responsables de la operación «Shingle», se habían engañado al pensar que los alemanes perderían la cabeza en una situación así. Kesselring no retiró ni una sola compañía de la «Línea Gustav», sino que continuó su resistencia con una confianza inquebrantable ante Anzio-Nettuno y Montecassino. Los angloamericanos tampoco renunciaron. Contaban con fuerzas suficientes para consolarse de la pérdida de 10.789 soldados que habían sufrido durante la primera batalla de Cassino. Alexander detuvo la marcha del ala derecha de su Grupo de Ejércitos, le retiró el 11.º Cuerpo neozelandés (Freyberg) y lo destinó a Clark para preparar un nuevo ataque con el Quinto Ejército americano.

Hubo que adelantar precipitadamente la fecha prevista para la segunda batalla de Cassino, puesto que Mackensen había instalado una cuña blindada en el Cuarto Cuerpo americano y amenazaba con arrojar toda la cabeza de puente al mar. Era indispensable una acción de socorro en el Rápido. Apenas llegado a Cassino, Freyberg fue lanzado al asalto del monte coronado por el monasterio, una tarea que había de asustar a un jefe, sobre todo si sabía que las alturas estaban ocupadas. Reclamó, por consiguiente, un previo bombardeo. Clark apoyó esta demanda y Alexander la aprobó sin mucho entusiasmo. El 15 de febrero de 1944, 142 fortalezas volantes del tipo «B-17» y 112 bombarderos del tipo medio, arrojaron 576 toneladas de explosivos. Fue sacudida toda la cumbre de Montecassino y el monasterio reducido a ruinas. El abad, Gregorio Diamare, de ochenta y cuatro años de edad, pudo salvarse con unos pocos monjes y refugiados heridos. El teniente coronel Julius Schlegel había ordenado, previamente, que los tesoros artísticos fueran puestos en seguridad. Las unidades alemanas ocuparon las ruinas. El ataque neozelandés fracasó al igual que el de Mackensen en Anzio.

La tercera batalla por Cassino comenzó a principios de marzo. Un asalto frontal fue lanzado con el fin de aliviar la cabeza de puente, ¡en tanto que la Operación «Shingle» había sido prevista para abrir el camino hacia Roma! Un huracán de fuego, que salía de 610 bocas, cayó sobre el monte y la ciudad. Unos quinientos aviones dejaron caer mil toneladas de bombas durante tres horas y media, pero muchas de estas bombas cayeron en las líneas aliadas. Fueron alcanzados varios pueblos, baterías, una ambulancia marroquí e incluso el cuartel general del Octavo Ejército. Cuando avanzaron las fuerzas

de infantería, se encontraron con obstáculos inesperados. Los carros de combate que les acompañaban quedaron detenidos en los innumerables agujeros ocasionados por las bombas. Los neozelandeses, los ingleses, incluso los viejos regimientos indios tan aguerridos como los de los Rajpoutes y los Gourkhas no consiguieron ningún progreso notable. La Primera División de paracaidistas (Heydrich) cuyas unidades defendían el monasterio y la localidad, se batieron en cada saliente de los muros.

«La resistencia de la que dan prueba los paracaidistas alemanes es realmente excepcional —le escribió Alexander a Churchill—. Dudo que haya en el mundo una unidad capaz de soportar lo que aguanta ésta y luchar a continuación con la misma tenacidad.»

Mientras que los angloamericanos se veían obligados, por tercera vez, a detener su ofensiva en Italia, los ejércitos soviéticos obtenían, nuevamente, grandes éxitos en el ala meridional del frente. En realidad, no pudieron avanzar sobre Lowo y Bucarest, porque se habían extendido demasiado por el vasto espacio comprendido entre Mosyr, Kovel, Tarnopol, Kolomes, Jassy, Kichinve y la desembocadura del Dniéster. El Primer Ejército blindado alemán (Hube), cercado al norte de Czernovitz, logró escapar igualmente rompiendo el frente hacia el Oeste con un fuerte contingente de las Waffen-SS. Pero la falta de elasticidad del mando hitleriano permitió a Moscú preparar una batalla de aniquilamiento en Crimea que prometía ser una victoria muy importante para la prevista conquista del sudeste de Europa.

Contra toda lógica, Hitler había mantenido allí a un Ejército germano-rumano completo. Invocaba motivos de índole económica y política. No quería ceder en manos de los rusos un «portaaviones» desde el que pudieran bombardear las regiones petrolíferas de Rumania. Cuando los soviets alcanzaron el Dniéster, conquistando campos de aviación aún más peligrosos, y los americanos comenzaron a atacar Ploesti desde las bases de Foggia, no tuvo que esforzarse en encontrar nuevas razones y renovar su orden de no ceder terreno. Estas les fueron proporcionadas por las entrevistas entre Churchill e İnönü. Hitler había sido perfectamente informado sobre el resultado de estas conversaciones, dado que Elyasa Bazna («Cicerón»), ayuda de cámara del embajador británico en Ankara, había suministrado las fotocopias de los documentos al Servicio de Información alemán. A fines de enero, Hitler declaró, por vez primera, que quería conservar Crimea con el fin de no darles a los turcos un motivo para declarar la guerra.

Las insistentes demandas del 17.º Ejército (Jaenecke) para que fuera preparada con tiempo la retirada, no merecieron la menor atención. Con gran satisfacción por parte de Hitler, el almirante Doenitz afirmó que la Marina podía asegurar el suministro, compromiso que fue cumplido. Los germano-rumanos no poseían unidades más potentes que los destructores rumanos «Regele Ferdinand» y el «Regina Maria», pero dominaban, sobre todo, gracias a sus flotillas, las rutas navales entre Crimea y Constanza. Oktiabrski no demostró espíritu de iniciativa. Sus mejores unidades seguían inmovilizadas en la costa caucásica. De diez a doce submarinos formaban una red de defensa permanente al oeste de Sebastopol, pero no obtuvieron ningún éxito notable. En febrero, el 17.º Ejército recibió 52.455 toneladas de aprovisionamiento, lo que superaba enormemente sus necesidades.

Pero las fuerzas terrestres y aéreas eran mucho más peligrosas que las fuerzas navales. A fines de 1943, el Cuarto Frente ucraniano (Tolbuchin) ocupó la Fosa de los Tártaros, en el istmo de Perekop con el Segundo Ejército de la guardia (Sacharov), mientras que elementos del 51.º Ejército (Petrov) se establecían en Zicach, o Mar Muerto. Durante todo el invierno los zapadores trabajaron para construir un dique, debajo del agua, capaz de soportar el paso de los carros de combate. En marzo la cabeza de puente de Vivach fue reforzada con un Cuerpo blindado y cinco divisiones de infantería. Por otro lado, las once divisiones de tiradores del Ejército de costa del Cáucaso (Jeremenko) se encontraban al noreste de Kertch. Finalmente, el general Vladimir Zudets concentró dos flotas aéreas, unos dos mil aviones. Un Estado Mayor al frente del que estaba el general Alexander Vassilevski aseguraba la coordinación de las operaciones.

Las fuerzas del Eje no tenían gran cosa que oponer a tal concentración. El 26 de marzo de 1944, el Primer Cuerpo aéreo (Deichmann) informó que sólo contaba con 167 aviones, de los cuales 25 eran rumanos. Al mismo tiempo, el 17.º Ejército (Jaenecke) comprendía tres Cuerpos con doce divisiones, de ellas cinco alemanas. A éstas se añadían dos brigadas de artillería de asalto y unidades de la defensa antiaérea del Ejército. El 49.º Cuerpo de montaña (Konrad) protegía el flanco norte. El Quinto (Allmendinger) cerraba la cabeza de puente de Kertch. El Primer Cuerpo de montaña rumano (Schwab) protegía la costa sur y combatía a los guerrilleros. El general Ervin Jaenecke sabía que sus tropas serían aniquiladas si el adversario avanzaba por terreno libre. Por este motivo mandó construir defensas en el istmo de Parpato y alrededor de Simferopol, mientras preparaba un gran número de planes para la evacuación de la Crimea («Ruderboot», «Geleitboot» y «Adler»).

A fines de marzo, Hitler anunció, en una orden, que la gran ofensiva soviética de invierno había sido detenida. El frente alemán se había consolidado, tenía que esperar el curso de los acontecimientos con calma y confianza. Crimea sería conservada. Al mismo tiempo dio nuevos nombres a los Grupos Sur y A, cuyas unidades no se encontraban ya en territorio ruso: «Ucrania del Norte» y «Ucrania del Sur». Manstein y Kleist fueron sustituidos por el mariscal Model y el general Ferdinand Schoerner, dos jefes que habían conquistado la confianza de Hitler por su rudeza y su fidelidad sin reservas a los ideales nacionalsocialistas. Pero Schoerner conservó su optimismo sólo durante ocho días. Cuando Vassilevski atacó, se puso del lado de Jaenecke y mandó informar a Hitler que era preciso evacuar la Crimea si no quería perderlo todo.

La deplorable organización del mando alemán no concedía la menor libertad de acción ni a Schoerner ni a Jaenecke. Hitler era el único que tenía poder para decidir, y se negaba a admitir que el frente norte germano-rumano, que era atacado desde el 8 de abril, no podría resistir mucho tiempo la presión de los dos ejércitos soviéticos. A partir del 10, el istmo entre Perekop e Ichoun y todo el sector de Zivach fueron reconquistados por los rusos y las fuerzas alemanas fueron destruidas en su mayor parte. Jaenecke, bajo su propia responsabilidad, desencadenó la Operación «Adler» y Schoerner le protegió cuando Hitler le envió al jefe de Estado Mayor general en Galatz. Mientras Konrad retiraba el resto de sus tropas detrás de la «Línea Gneisenau», en Simferopol y que Allmendinger se replegaba sobre la costa sur donde las unidades ligeras de la Marina le

prestaban su apoyo, Zeitzler luchó durante toda una noche con Hitler para arrancarle la orden de evacuación, pero no lo consiguió de un modo completo. Hitler decidió conservar Sebastopol «indefinidamente».

Esto no era posible prácticamente. Sebastopol había dejado de ser una auténtica fortaleza desde 1942, pues sólo unas fortificaciones provisionales la defendían del lado de tierra. Pero los ejércitos soviéticos coordinaron mal su acción y el almirante Oktiabrski desembarcó demasiado tarde en Feodosia, lo que permitió a Jaenecke retirar la mayor parte de sus divisiones. Sin embargo, el 17.º Ejército retiró a Sebastopol sólo el treinta por ciento de su artillería y una cuarta parte de sus cañones anticarros (204 piezas). Del 12 al 20 de abril el almirante Otto Schuer embarcó 124.233 personas: civiles, militares, prisioneros de guerra, «legionarios del Este», soldados de caballería rumanos cuyos millares de caballos fueron arrojados desde los acantilados. Los efectivos del 17.º Ejército se elevaban ahora solamente a 19.591 hombres frente a un Cuerpo blindado de 24 divisiones de fusileros y 4 divisiones de artillería.

El 21 de abril, a mediodía, Ankara, que había cedido a la presión angloamericana, anunció la prohibición de las entregas de mineral de cromo a Alemania. Al mismo tiempo, İnönü declaró que Turquía había dejado de ser un Estado «neutral» y que ahora era «aliado», de acuerdo con el tratado del 19 de octubre de 1939. Franz von Papen, embajador alemán, continuaba optimista, pero estas noticias aumentaron los temores de Hitler de una próxima declaración de guerra por parte de Turquía. Por este motivo se manifestó tan obstinado en defender Crimea, negándose a prestar oído a todos los puntos de vista que no concordasen con los suyos. Jaenecke fue convocado al Obersalzberg el 29 de abril, después de Schoerner, los almirantes del Mar del Norte y Allmendinger, y relevado de su mando cuando se dirigía a su puesto de mando. Hitler ordenó enviar fuerzas de Sebastopol hasta el 8 de mayo: dos batallones de marcha, con diez morteros de artillería, diecinueve lanzaobuses y cañones anticarros.

Los soviets lanzaron su asalto final la noche del 6 al 7 de mayo, bajo la protección de un bombardeo realizado por más de 1.086 cañones. Tolbuchin operó del mismo modo que Manstein en 1942, lanzó potentes cuñas hasta el valle del Belbek, luego, mientras las lanchas de asalto cruzaban la bahía de Svernaia, atacó y rompió el saliente entre Inkerman y Balaclava. El general Karl Allmendinger, que había sucedido a Jaenecke, tuvo que limitarse ahora a defender la península de Chersonese en donde se encontraba una última pista de aterrizaje y varios puntos de embarque. El 8 de mayo, por la noche, Hitler dio, por fin, la orden de evacuación. A pesar de la aviación y la artillería soviética, cincuenta «Ju-52» de transporte hicieron acto de presencia, mientras que los convoyes germano-rumanos se deslizaban a lo largo de la costa. Las bombas hundieron los barcos de transporte «Teja» y «Totila», causando la muerte a casi ocho mil soldados. El paquebote rumano «Romania» y otros barcos sufrieron la misma suerte.

El 17.º Ejército había dejado de existir. Había sido sacrificado sin ninguna razón por Hitler, puesto que, tal como sabemos actualmente, los ataques contra Ploesti y la decisión de los turcos de entrar en la guerra no fueron, por ello, retrasados ni un solo día. Esta lucha por Crimea y Sebastopol no cambió en nada, tampoco, la preparación de la gran ofensiva de verano de los soviets. Antes de volverse hacia los Balcanes y la Europa

central, Moscú deseaba esperar el desembarco en el Canal de la Mancha, la realización del «segundo frente» para poder extender más fácilmente su avance. Stalin no tenía ninguna prisa. Sólo había de tener la certeza de que la nueva campaña italiana quedaría detenida antes de alcanzar el importante pivote estratégico de Trieste. Pero lo que Vichinsky y el general Igor Susloparov, agregado militar soviético, le comunicaron sobre los proyectos del mariscal Alexander, no tenía nada de inquietante para el Kremlin.

Fred Majdalany ha hecho prologar su relato sobre la cuarta batalla de Cassino con unas palabras de Nelson: «Solamente los números aniquilan». Este fue el principio que adoptó Alexander. En su deseo de hacer entrar en juego la enorme superioridad material del 15.º Grupo de Ejércitos, no señaló una fecha fija para el ataque. La masa del Octavo Ejército (Leese) se congregó, con toda tranquilidad, en el ala izquierda para avanzar en dirección a Roma con el Quinto Ejército (Clark), siguiendo las carreteras nacionales 6 y 7, en tanto que el 6.º Cuerpo americano (Truscott), partiendo de la cabeza de puente de Anzio-Nettuno, debía cortar las comunicaciones del Décimo Ejército alemán (Vietinghoff). Con el fin de engañar al adversario, Alexander hizo circular falsos rumores, concentró barcos de desembarco y ejecutó ejercicios anfibios para hacer creer a Kesselring que los Aliados se preparaban para realizar un desembarco de gran envergadura en Civitavecchia.

Obtuvo éxito. Los alemanes destinaron, efectivamente, dos divisiones al norte de Roma. Sin embargo, la batalla en la «Línea Gustav» duró seis días y el cruce del Rápido se reveló muy difícil. El segundo Cuerpo polaco (Anders) logró ocupar algunas alturas vecinas a Montecassino, pero los americanos no consiguieron ningún progreso. Por el contrario, el Cuerpo expedicionario francés (Juin) obtuvo importantes éxitos. Los *goumiers* marroquíes avanzaron rápida y silenciosamente a través del terreno montañoso situado al sur del valle del Liri, débilmente defendido. En consecuencia, las unidades inglesas e indias se encontraron más apoyadas y el Cuerpo polaco, entonces, pudo llegar hasta la cumbre de Montecassino y ocuparlo sin combate. La resistencia alemana desapareció. La posición «Adolfo Hitler», la segunda línea de defensa, cayó cinco días más tarde. Truscott recibió la orden de ataque y rechazó hacia Cisterna al 14.º Ejército alemán (Mackensen), eliminados ya todos sus elementos blindados.

Pero entonces ocurrió algo que hizo mover incrédulos la cabeza a todos los estrategas. En lugar de hacer avanzar a Truscott hacia Valmontone, en donde hubiese cortado la carretera 6 y, por consiguiente, la retirada del Décimo Ejército alemán derrotado, Clark lanzó el Sexto Cuerpo en dirección a Roma, a lo largo del monte Albain. Sin duda, quería ser el primero en entrar en la Ciudad Eterna y no deseaba esperar más para paladear el triunfo que le esperaba allí. Los alemanes salvaron deliberadamente Roma, absteniéndose incluso de volar los puentes sobre el Tíber. Pero el general americano ni siquiera explotó esta ventaja. No se lanzó a una vigorosa persecución, dedicándose durante el 4 de junio y los días siguientes a la solemne ocupación de Roma. El 14.º Ejército alemán (Mackensen) que se replegaba ante él, pudo recibir nuevas unidades de refresco, entre éstas una división de turcomanos que eran unos guerreros muy notables. Restableció el enlace con el Ejército vecino y escapó, aunque por poco, a través de las montañas al norte de la capital.

Para organizar una línea de defensa, Hitler envió siete divisiones del norte de Europa, Rusia y Francia. Alexander se vio obligado a cambiar algunas de sus unidades más aguerridas por brasileños, italianos, griegos e israelitas, para que pudieran tomar parte en un desembarco destinado a apoyar la Operación «Overlord». Desde hacía varias semanas se preguntaban en los Estados Mayores mediterráneos si esta operación se llevaría a cabo en el mediodía de Francia («Anvil»). Abogando en favor del punto de vista de Churchill, que no perdía de vista del sudeste de Europa, Wilson y Alexander proponían cruzar el Adriático para ocupar Dalmacia y continuar por esta ruta en dirección a Lubliana, Budapest y Viena. Si este plan hubiera tenido éxito, hubiese sustraído de la influencia soviética, por lo menos Yugoslavia y Hungría.

Pero los americanos se opusieron. Marshall y Eisenhower declararon que tenían necesidad de puertos de gran calado en la costa francesa con el fin de hacer venir de cuarenta a cincuenta divisiones de Estados Unidos. El Adriático no ofrecía ningún interés desde su punto de vista. Brooke tampoco manifestaba un gran entusiasmo por las operaciones en el Mediterráneo. Le bastaba obligar a Hitler a destinar sus débiles reservas a la península apenina. En todo caso, un desembarco cerca de Tolón y de Marsella, con un avance a lo largo del valle del Ródano, prestaría mejores servicios a la lucha en el norte de Francia que la propuesta conquista de las islas dálmatas. Los jefes de Estado Mayor se aferraron, por consiguiente, a su punto de vista del año 1943. Italia continuó siendo un teatro de operaciones secundario. Todo el sudeste de Europa quedó a disposición de los soviets.

LA CAMPAÑA DE LAS ISLAS DEL PACIFICO, 1943-1944

Mientras los bastiones de la dominación hitleriana en Europa sucumbían uno tras otro, los aliados atacaban asimismo, a pesar de su penuria en medios de transporte y desembarco, el cinturón de defensa construido por los japoneses al otro lado del globo. Las fuerzas americanas se acercaban a las líneas de comunicaciones vitales por las que el Japón recibía, de las Indias neerlandesas, el petróleo, los minerales, el caucho y el arroz que le eran indispensables para la continuación de la guerra. Los submarinos americanos, ingleses y holandeses operaban al sur del mar de la China, los portaaviones de la flota británica de Oriente (Somerville), efectuaban ataques por Sumatra, y un peligro aún mayor surgió cuando las fuerzas de Estados Unidos ocuparon Nueva Guinea y las Salomón.

A causa de la rivalidad entre el Ejército y la Marina, Washington sostenía dos teatros de operaciones en el Pacífico. El general Mac Arthur era comandante en el sudoeste, en tanto que el almirante Chester W. Nimitz mandaba en el Pacífico central. La línea de separación seguía el meridiano 159° Este, cruzaba, por tanto, las Salomón y luego el Ecuador hasta el meridiano 130° Este. En un principio Mac Arthur contaba con once divisiones australianas o americanas, un pequeño contingente holandés y unidades

aéreas del Ejército. Nimitz tenía a sus órdenes, principalmente, las fuerzas navales y la aviación de la Flota. Sin embargo, esta organización inicial fue modificándose paulatinamente. El Sexto Ejército americano (Krueger), subordinado a Mac Arthur, recibió también navios de toda clase: la Séptima flota (Kinkaid). Por otra parte, confiaron a Nimitz, además de sus divisiones de infantería de Marina y de sus batallones de ingenieros, regimientos de infantería y artillería del Ejército. El hecho de que durante mucho tiempo las Salomón septentrionales y Nueva Guinea oriental constituyeran una misma zona de acción, no aportó ningún cambio a la organización del mando. Los jefes de los Estados Mayores de las tres armas sólo lo tuvieron en cuenta cediendo, de vez en cuando, a Mac Arthur la Flota de Halsey, el almirante más audaz de Nimitz.

Rabaul, en la costa norte de Nueva Bretaña, en donde los japoneses habían comenzado la instalación de una potente base naval, constituía el inmediato objetivo de los americanos. Esta plaza permitiría dominar no solamente el archipiélago Bismarck, sino también las Salomón y Nueva Guinea. Los jefes del Estado Mayor pensaban igualmente que la eliminación de todas las posiciones niponas alrededor de Rabaul aseguraría definitivamente las comunicaciones marítimas entre América y Australia. Finalmente, era necesario conquistar o aislar Rabaul para que los americanos pudieran volver a las Filipinas por una ruta u otra. Para sus operaciones, Mac Arthur y Halsey contaban con dos puntos de apoyo principales: Port-Moresby y Guadalcanal que formaban un triángulo con Rabaul, las distancias entre los tres puntos eran de novecientos a mil kilómetros, a vista de pájaro.

En 1942 los japoneses fracasaron en su tentativa de apoderarse de Port-Moresby y Guadalcanal. A causa de los golpes asestados por los portaaviones americanos y la Flota de Inouye en el Mar del Coral, los regimientos de infantería, que habían logrado vencer las difíciles montañas de Owen-Stanley, tuvieron que emprender, completamente agotados y faltos de aprovisionamiento, la retirada por el sendero de mulas que conducía a Port-Moresby, a poca distancia de la localidad. La lucha por Guadalcanal, que duró varios meses, tuvo unas consecuencias estratégicas muy amplias. Halsey pudo neutralizar las Salomón septentrionales, mientras Mac Arthur franqueaba la cadena, de mil metros de altitud, que se extiende al sudeste de Nueva Guinea cubierta de una frondosa jungla. Potentes fuerzas aéreas que aseguraban la defensa de los campos de aviación de Henderson, mantuvieron a las unidades navales enemigas a distancia, destruyeron los puntos de apoyo nipones en las Luisianas y abastecieron las divisiones aliadas durante su penoso avance hacia Buna, Gona y Sanananda.

El general Hatazo Adachi defendió con éxito estas tres plazas fortificadas, situadas en la costa nordeste de Nueva Guinea. El avance de los americanos y los australianos fue detenido en la húmeda jungla, perdieron más de 8.000 hombres a causa de las enfermedades y su aviación solamente pudo atacar durante algunas horas al día a causa de los huracanes que se formaban regularmente al mediodía. Su moral fue fuertemente atacada. Se multiplicaban las enfermedades, los suicidios y las desertiones. Los desertores caían en manos de los caníbales. Mac Arthur reemplazó a uno de los comandantes de división por el general Robert L. Eichelberger a quien ordenó: «¡Conquiste Buna o no vuelva!» La infantería americana tomó al asalto la localidad en

llamas y ocupó igualmente, poco después, Gona y Sanananda. Adachi tuvo que replegarse al golfo de Huon.

Desde aquel momento Mac Arthur dispuso de bases en la costa nordeste a las que pudo destinar aviones y fuerzas navales para preparar una nueva acción ofensiva contra Lae y Salamaua en donde se encontraban, en un principio, solamente 3.500 japoneses medianamente equipados. Adachi reclamaba el doble o triple. Estos refuerzos le fueron enviados desde Rabaul en ocho transportes que eran escoltados por otros tantos destructores. El mal tiempo impidió un ataque aéreo sobre las bases aliadas, pero los aviadores americanos no perdieron de vista el convoy. La batalla empezó el 2 de marzo de 1943 en el Mar de Bismarck. Unos 330 aviones de la Quinta Fuerza aérea (Kenney) destruyeron todos los transportes japoneses y cuatro destructores. A continuación los cazas y las lanchas rápidas atacaron a los náufragos con ametralladoras y cargas submarinas «Fue necesario hacer esto», ha escrito el historiador Samuel Eliot Morison. «Los japoneses hubiesen podido llegar a la costa a nado y reforzar la guarnición, y esto debía impedirse a toda costa».

Sin embargo, estas elevadas bajas no descorazonaron al mando japonés. En barcazas propulsadas por motores «Diesel», que se deslizaban a lo largo del litoral, disimulándose, durante el día en las desembocaduras de los ríos o pequeñas bahías, lograron llevar refuerzos al golfo de Huon, de tal modo que, finalmente, se concentraron 10.000 japoneses alrededor de Salamaua. Al mismo tiempo, el almirante Isoroku Yamamoto, jefe de la Flota, desencadenó una vigorosa ofensiva aérea contra Halsey. Pero los cazas «Zero» y los bombarderos «Toryn» y «Mitsubishi», que se incendiaban fácilmente, no obtuvieron ningún éxito notable. El radar americano descubría todos sus vuelos importantes. Desde la primavera de 1943 la aviación naval japonesa perdió más de cien aviones por mes. Halsey se fijó como objetivo el campo de aviación de Munda, en la isla de Nueva Georgia, en el archipiélago de las Salomón.

Mientras maduraban los planes americanos, el servicio de escucha interceptó un mensaje del acorazado «Yamato», tan importante que se comunicó inmediatamente, no sólo al almirante Nimitz, sino también al secretario de Marina Frank Knox. Este mensaje daba detalles sobre un viaje de inspección que el jefe de la Flota nipona pensaba realizar. La decisión de atacarle no se sabe por quién fue tomada, Frank Knox, Nimitz o el general Henry H. Arnold y aprobada por Roosevelt. El 18 de abril de 1943, unos veinticinco pilotos especialmente elegidos de la 264 Escuadrilla de caza (Spencer) emprendieron el vuelo a bordo de aparatos «Lockeed», partiendo de la base de Henderson y provistos de depósitos suplementarios de combustible para alcanzar la isla de Bouganville. A las 9.46 horas derribaron dos bombarderos japoneses que estaban a punto de aterrizar. Yamamoto fue muerto a bordo de uno de ellos.

Le sucedió el almirante Mineichi Koga aceptando una pesada herencia, puesto que los americanos no cesaban de reforzarse. Habían construido tres portaaviones del nuevo tipo «Essex», reparado los acorazados averiados en Pearl Harbour, de modo que disponían ahora de una gran potencia de fuego para efectuar los desembarcos. Sobre todo habían perfeccionado la táctica y la técnica de las operaciones anfibia, que sometían a un meticuloso reconocimiento desde el aire, por los submarinos y los hombres-rana. Tres

tipos de barcos de desembarco: LST (1.600 ton.), LCT (130 ton.) y LCI (150 ton.) permitían echar rápidamente pie en tierra. Atracaban en la playa, manteniéndose perpendicularmente a la misma por un ánclora de popa y por una rampa que se bajaba descargaban rápidamente lo que transportaban, soldados, carros de combate o material. Los «amtracks» y los «dukws», vehículos flotantes, sobre ruedas o cadenas, armados de ametralladoras y de lanzacohetes podían ascender incluso por las playas.

Los americanos no desembarcaron inmediatamente en Nueva Georgia sino que ocuparon antes, el 30 de junio de 1943, la isla de Rendova, desde donde podían bombardear el campo de aviación con piezas de 150 mm. de largo alcance. Finalmente construyeron tres bases de lanchas rápidas para atacar el suministro de sus adversarios. Un terreno montañoso, sin caminos, formado por una espesa selva virgen separaba las dos guarniciones que tardaron dos meses en enfrentarse. Durante este tiempo el almirante Koga montó un «expreso de Tokio» para abastecer Munda. Ello provocó, como antes en Guadalcanal, una serie de combates nocturnos entre cruceros y destructores, los más importantes de los cuales se libraron en el golfo de Koula, ante Kolombangara y Vella Lavella. Los japoneses contaban ya con radar y no fueron sorprendidos como antes. Finalmente, Koga pudo reembarcar 10.000 hombres en Nueva Georgia y en Kolombangara y continuar la lucha en la isla de Bougainville. La ocupación de Vella Lavella por las fuerzas anfibas de Halsey le obligó a adoptar esta decisión.

Después de haberse apoderado de Lae y de Salamua, Mac Arthur dominaba toda la costa nordeste de Nueva Guinea entre el golfo de Huon y las Luisianas en donde su aviación organizó nuevas bases. Los cazas americanos controlaban, desde aquel momento, todo el Mar de las Salomón. Koga, sin embargo, quería conservar Bougainville a toda costa, pues la isla dominaba el acceso a Rabaul, pero no pudo enviar los efectivos necesarios de Nueva Bretaña y una ofensiva de Nimitz en los archipiélagos de las Gilbert y de las Marshall. Por este motivo, dirigió su flota sin exponer sus barcos bajo el radio de acción de los aviones enemigos. Mandó simplemente llamar a un determinado número de los mejores pilotos de la aviación de Marina, sobre todo el comandante Samuro Sakai, el capitán Masao Oita y el teniente Kenji Okabe.

Koga cometió un error al suponer que la Task Force 38 (Mitscher) concentrada en Pearl Harbour y que comprendía los portaaviones «Saratoga», «Enterprise», «Essex», «Lexington II» y «Bunker Hill», estaba destinada para atacar la isla de Wake. Nimitz la subordinó a la Tercera Flota (Halsey) a la que ya pertenecía un potente grupo anfibia (Wilkinson) y una escuadra de acorazados (Oldendorf). El 1.º de noviembre de 1943, el almirante Thomas S. Wilkinson desembarcó en la bahía de la Emperatriz Augusta, en Bougainville, sin encontrar una fuerte oposición. Un contraataque efectuado por los cruceros y los destructores japoneses fracasó. La excelente defensa antiaérea de los portaaviones americanos infligió severas pérdidas a los bombarderos y cazas japoneses. El almirante Marc A. Mitcher no vaciló en destinar sus aviones sobre Rabaul en donde averiaron cinco cruceros, demostrando de ese modo, que la gran base naval perdería todo su valor tan pronto como los bombarderos pesados americanos pudieron instalarse en Bougainville.

Los combates aéreos alcanzaron un verdadero frenesí. Las formaciones americanas que partían de Nueva Guinea, de Bougainville y de los portaaviones, atacaban sistemáticamente todos los puntos clave del archipiélago Bismarck. La Quinta Fuerza aérea (Kenney), que contaba entre sus filas con holandeses y australianos, afianzó una neta superioridad técnica. El número de aviones japoneses destruidos fue continuamente en aumento. Entre los pilotos más destacados citaremos al coronel Neel Kearby, el comandante Thomas Lynch y al teniente Richard Bong. La lluvia de bombas obligó a los grandes navíos japoneses a abandonar Rabaul, pero no podía evacuarse la guarnición que constaba de 100.000 hombres. Halsey y Kinkaid iniciaron el cerco. El 15 de diciembre, las unidades de la Primera División de Marines (Vandegrift) y del Sexto Ejército americano (Krueger) desembarcaron en Nueva Bretaña, en Cabo Gloucester y en Arawe. Las islas Verdes fueron tomadas en febrero. En marzo, Mac Arthur conquistaba Los Negros con la Primera División de caballería (Mudge) luego Manus, vital a causa de su excelente radar lo que le permitió ejercer muy pronto el control sobre todas las islas del Almirantazgo.

Cuando los americanos también ocuparon Emirau, Rabaul se encontró definitivamente aislada. Los últimos submarinos de transporte abandonaron el puerto en el mes de abril. Nuevos bombarderos destruyeron más de la mitad de los depósitos de víveres. Al mismo tiempo el general George C. Kenney ordenó dificultar el cultivo de legumbres rociando los campos con aceite Diesel y nafta. Fue necesario reducir las raciones a 2.200 calorías diarias. El pillaje sistemático de las dos islas principales del archipiélago no pudo alterar la situación. Los 100.000 soldados del 17.º Ejército japonés (Yamagushi) quedaron eliminados hasta el final de las hostilidades. Conforme a las directrices dadas por los jefes de Estado Mayor, Nimitz y Mac Arthur prepararon entonces el avance definitivo de sus fuerzas que iba a traducirse en dos campañas paralelas del Ejército y de la Marina.

Según la Instrucción del 23 de enero de 1943, Mac Arthur había de avanzar hacia Vogelkop, en la Nueva Guinea septentrional, luego, pasar a Morotai, en las Molucas, mientras que Nimitz ocuparía los archipiélagos de las Gilbert, Marshall, Carolinas y Marianas. En cada uno de estos itinerarios existía una potente base japonesa, similar a la que había en Rabaul: Wewak, en el itinerario del Ejército, en la que se encontraban 35.000 japoneses, que eran reforzados continuamente; Truk, en el de la Marina, cuartel general del almirante Goga y base aéreas. Antes de llegar a las mismas y, en caso dado, aislarlas como Rabaul, era necesario ocupar o rodear otros puertos fortificados. Mac Arthur se encontraba frenado mientras los combates se celebraban en las islas del Almirantazgo, pero Nimitz había de atacar pronto con el fin de situar el grueso de la Flota japonesa.

Para este avance, a través del Pacífico central, creó una nueva gran unidad la Quinta Flota, a las órdenes del almirante Raymond R. Spruance, que englobaba la mayor parte de las fuerzas adscritas hasta entonces a la Tercera Flota, sobre todo la Task Force 58 (Mitcher) con los portaaviones rápidos «Yorktown II», «Enterprise», «Hornet», «Lexington II», «Wasp II», «Bunker Hill», y la escuadra acorazada (Conolly): «New Jersey», «Washington», «Iowa», «North Carolina», «South Dakota», «Indiana» y

«Alabama». A ésta se añadía la gran Task Force 52 anfibia (Turner) y la flotilla de submarinos que tenían su base en Pearl Harbour (Lockwood). Las tropas de desembarco comprendían la Segunda División de Marines (Smith) y varios batallones del Ejército.

Cuando penetraron en el grupo Gilbert, los americanos rodearon Nauru, fuertemente defendida, y tomaron como objetivo Apamama, Makin y Tarawa. En Apamama sólo había un pequeño puesto con dos viejos cañones y Makin no estaba fortificada. En cambio, Tarawa con una costa artificialmente elevada, numerosos obstáculos en la playa, fortines de cemento armado o de madera de cocotero muy resistente, en los que estaban emplazadas piezas de 203 mm., traídas de Singapur, constituía una poderosa fortaleza. El comandante americano no apreció debidamente su potencia. En realidad, los reconocimientos preliminares, llevados a cabo de modo demasiado superficial, no descubrieron un cinturón de coral que impedía a las embarcaciones aproximarse a menos de mil metros de la playa.

Esta campaña de las Gilbert solamente proporcionó decepciones a los americanos. El submarino «Nautilus» (Haines), encargado de desembarcar 78 soldados de Marina en Apamama, fue cañoneado por sus propias fuerzas y sólo logró cumplir su misión después de haber sufrido importantes vías de agua y alcanzado una inmersión sumamente peligrosa. En Makin, en contra de todo lo esperado, la resistencia duró tres días. Tarawa sufrió un intenso bombardeo por parte de la Flota y de los aviones. Por culpa de los arrecifes, sólo los «armtrads» alcanzaron la orilla, y los soldados sufrieron sangrientas pérdidas y se encontraron pegados a tierra. Siguió una crisis moral que también alcanzó al Estado Mayor del comandante en jefe. Se produjeron escenas muy penosas. Solicitaron frenéticamente de Spruance que pusiera fin a la matanza. Este vacilaba sin poder decidirse, puesto que no era posible un reembarque de la infantería. En el curso de las 72 horas siguientes la situación fue mejorando lentamente en favor de los americanos, pero los aviones y submarinos japoneses continuaron sus ataques averiando varios barcos. El «L'I-175» (Tabata) torpedeó el portaaviones de escolta «Liscome Bal», que se hundió con sus 643 marineros.

El archipiélago de las Marshall constituía el objetivo siguiente. También aquí sitiaron varias bases japonesas. El desembarco tuvo lugar el 31 de enero de 1944 en la isla del gran atolón de Kwajalein. Fueron aprovechadas las lecciones que habían aprendido en las Gilbert. Mitches bombardeó con eficacia las bases aéreas en un radio de acción muy amplio. Los acorazados «Mississippi» y «Pennsylvania» cañonearon a muy corta distancia todas las fortificaciones descubiertas. Otros navíos de bombardeo penetraron por la fuerza en el atolón y ocuparon detrás del adversario posiciones al abrigo de los submarinos. Los lanzacohetes de los barcos de desembarco limpiaron las playas. Los marines desalojaron los últimos defensores con sus lanzallamas. Pocos días después, los bombarderos americanos de largo alcance de acción, ya despegaban de las nuevas pistas obligando a Koga a evacuar la rada de Truk.

Incluso en Palaos ya no se encontraba segura la flota de combate japonesa ya que, desde el 17 de febrero, Spruance, realizó un nuevo desembarco al estilo del de Kwajalein en el atolón de Eniwetok, acercándose a 300 millas marinas de su adversario que se batía en retirada. Los ataques aéreos sobre Truk y Guam no dejaban a éste ni un solo momento

de respiro. Los aviones de Mitscher echaron minas ante Palaos que provocaron el hundimiento de varios navíos. Los americanos tuvieron un golpe de suerte: el almirante Koga se mató en un accidente de aviación. Su jefe de Estado Mayor pudo alcanzar, a nado, la costa de Cebu y allí fue hecho prisionero por unos guerrilleros que estaban al mando de un oficial americano. Sin embargo, se vieron obligados a ponerle en libertad, pues los japoneses amenazaron con matar a rehenes. Un submarino recogió los documentos capturados que le llegaron en el momento oportuno a Mac Arthur.

Este había de continuar su campaña de Nueva Guinea. Puesto que no quería luchar contra la jungla y deseaba «saltar» Wewak para llegar lo más rápidamente posible a Hollandia, la Task Force 58 le era necesaria. Sin embargo, la Flota ya preparaba sus nuevas operaciones. Surgieron opiniones diferentes con motivo del orden de prioridad que había dar a las dos empresas lo que equivalía a plantear la cuestión: ¿revestían las Filipinas más o menos importancia que las bases de bombardeo al sur del Japón? Mac Arthur se negó obstinadamente a modificar su punto de vista, mientras que King y Nimitz estimaban, por el contrario, que la guerra del Pacífico podía ser ganada por la sola potencia aeronaval y en ello hallaron el entusiasta apoyo del general Arnold. Se celebró una conferencia en Washington en febrero y marzo de 1944 para decidir la cuestión. Se decidió atacar a la manera de un boxeador que golpea alternativamente con la izquierda y la derecha.

El primer golpe sería asestado con la izquierda. Los jefes de Estado Mayor dieron la orden de apoyarlo por la Task Force de Mitscher. Esta aún actuaba en las Carolinas occidentales, luego hizo acto de presencia en la costa nordeste de Nueva Guinea, se incorporó a la Séptima Flota (Kinkaid) y efectuó, finalmente, con otros grupos navales, un vasto rodeo del archipiélago Bismarck para dar a los japoneses la impresión que regresaban a las Carolinas o que se preparaban para desembarcar en las Marianas. La Cuarta Fuerza aérea engañó así al adversario. Parecía atacar Wewak arrojando bombas y muñecos representando paracaidistas en la vecindad, pero una escuadra de fortalezas volantes se presentó inesperadamente sobre Hollandia y destruyó, en tierra, casi de un modo absoluto la Sexta División aérea japonesa (Inada) que había sido retirada a la retaguardia por razones de seguridad.

Los portaaviones de Mitscher no tuvieron que hacer gran cosa cuando la Séptima Flota que, al parecer se había alejado hacia el norte, apareció súbitamente ante la bahía de Humboldt y desembarcó el Primer Cuerpo americano (Eichelberger) a un lado y otro de Hollandia. El 18.º Ejército japonés (Adachi) se había reagrupado alrededor de Wewak, en donde el mando japonés esperaba el ataque de Mac Arthur, y conoció desde aquel momento la misma suerte que la guarnición de Rabaul. Los americanos se apoderaron, casi sin resistencia, de los tres campos de aviación de Hollandia e instalaron en Aitape escuadrillas de lanchas rápidas para cortar el suministro de Wewak que sufrió otros violentos bombardeos aéreos. Mientras tanto, continuaba la verdadera ofensiva. Entre el 17 y el 27 de mayo las unidades anfibas del almirante William M. Fechteler ocuparon Wake y luego Biak. Dos meses después Mac Arthur alcanzaba en Noemfor y Sansapor, en la península de Vogelkop (Berau), los últimos objetivos de su campaña en Nueva Guinea.

Inmediatamente después de la conquista de Hollandia, los portaaviones rápidos de la Task Force 58, se agruparon de nuevo alrededor de la Flota del Pacífico para «asestar ahora el golpe de derecha». Los jefes del Estado Mayor habían ordenado a Spruance que lanzara su golpe contra Saipan, Guam y Tinian, en las Marianas, con la intención de conquistar puntos de apoyo en dirección a Bonin y el Japón. No había fortificaciones, sino fuertes guarniciones que se defendieron fanáticamente. Cabía contar también con una posible intervención de la Flota japonesa, puesto que su nuevo jefe, el almirante Soamu Toyoda, deseaba la batalla. Desde hacía varios meses entrenaba sus divisiones de portaaviones a este efecto en Borneo, dispuesto a arriesgarlo todo si era necesario. La gran dificultad estribaba en dar con el grueso de los americanos. Pero el 13 de junio de 1944 Toyoda se enteró, en Saipan, que el grueso de los americanos parecía concentrarse en las Marianas.

La Quinta Flota (Sпруance) se había hecho efectivamente de nuevo a la mar. La insignia de su jefe fue izada a bordo del crucero pesado «Indianápolis». La Task Force 58 de Mitscher continuaba siendo su arma principal con sus siete grandes portaaviones, ocho pequeños y 819 aviones. La escuadra acorazada de Lee, que comprendía el «Washington», el «North Carolina», «New Jersey», «Iowa», «South Dakota», «Alabama» e «Indiana», además de veinte cruceros y cincuenta y ocho destructores, la escoltaba y protegía igualmente la flota de desembarco compuesta de la Task Force 52 (Turner) y 53 (Conolly). Este estaba encargado de aportar el apoyo de su artillería con diez acorazados del tipo antiguo (Oldendorf y Ainsworth), diez cruceros y ciento dieciséis destructores. Varios centenares de navíos de desembarco, de «armtracks» y de «dukws» habían de llevar al Tercer Cuerpo anfibio (Geiger) y al Quinto (Smith) hasta las islas. En total, Spruance se encontraba al frente de 633 grandes navíos, 128.000 hombres y unos 2.000 aviones cuando los anglonorteamericanos desembarcaron en Normandía.

Toyoda había enviado en diversas ocasiones los acorazados «Yamato», «Musashi» y «Fuso», como cebo para atraer a Spruance. Esto no era ya necesario, la situación se prestaba de un modo perfecto para la puesta en práctica del plan «A-Go». El 13 de junio, la «flota móvil» al mando del almirante Jizaburo Ozawa abandonó Tawitavi al nordeste de Borneo. Dos días más tarde, franqueaba el estrecho de San Bernardino entre Luzón y Samar en las Filipinas.

El submarino americano «Cavalla» (Kossler) avistó entonces la escuadra que navegaba a gran velocidad y cuyos portaaviones «Zuikaku», «Shokaku», «Taiho», «Junyo», «Hiyo», «Ryujo», «Zuiho», «Chitose» y «Chiyoda» constituían su punto central. Cinco acorazados, trece cruceros y treinta y un destructores les acompañaban. Spruance había de sentirse mucho más fuerte. Decidió, sin embargo, proteger el desembarco que se estaba efectuando en Saipan. La batalla en el Mar de las Filipinas se inició, por lo tanto, por iniciativa de los japoneses.

Desde el primer momento se decidió en favor de los americanos. Los aviones japoneses sólo averiaron los acorazados «South Dakota» e «Indiana», así como el crucero «Indianápolis», pero perdieron 402 aviones de un total de 600 atacantes. Este fue el llamado «tiro al pichón» de las Marianas. Los submarinos intervinieron al día siguiente: el «Albacore» (Blanchard) destruyó el portaaviones moderno «Taiho», navío insignia y el

«Cavalla» (Kossler) hundió el «Shokaku». Ozawa se trasladó al «Zuikaku» para continuar la batalla y, con el fin de embarcar combustible, se retiró hacia el nordeste. Mitscher le siguió y tomó la osada decisión de mandar despegar sus bombarderos en picado y los aviones torpederos a pesar de que no podían regresar antes del anochecer y que los portaaviones habían de correr graves riesgos a causa de los submarinos. La Flota japonesa fue alcanzada. A pesar de su violento fuego defensivo, perdió otro portaaviones, el «Hiyo»; el acorazado «Haruna», tocado gravemente, tuvo que ser llevado a remolque. Mitscher perdió 100 aviones; 21 durante el ataque y el resto por falta de combustible y por los accidentes que se produjeron durante el aterrizaje nocturno a bordo.

Ozawa, cuando se enteró de que cuatro de sus siete portaaviones aun a flote habían recibido graves averías en su puente de despegue, tuvo que resignarse a ordenar la retirada. El resultado de esta batalla en el Mar de las Filipinas fue un desengaño para ambos bandos. Toyoda llegó a la conclusión de que el Japón se encontraba ahora impotente frente a la enorme superioridad material de Estados Unidos, y por la otra parte fueron dirigidos vivos reproches a Spruance por el hecho de no haber destruido todos los navíos enemigos. Nadie entreveía aún el fin de las hostilidades. Hideki Tojo, que sacó las consecuencias del fracaso de su política, dimitió el 17 de julio de 1944, pero todos los dirigentes japoneses continuaron opuestos a iniciar negociaciones con Estados Unidos. A fines de noviembre, Roosevelt, Churchill y Chiang-Kai Chek se entrevistaron en El Cairo en donde decidieron extender la fórmula de la rendición incondicional al Japón, lo que produjo el mismo recrudecimiento que en Europa.

ALEMANIA ANTES DE LA INVASIÓN, 1943-1944

La conquista de Saipan, Tinian y Guam puso al Japón al alcance de las alas americanas, en la época en que Alemania ya hacía tiempo que era bombardeada con suma violencia. En 1941-1942 el Bomber Command (aviación de bombardeo) de la Royal Air Force (Harris) había atacado con éxito las ciudades de Bremen, Wilhelmshaven, Essen, Colonia, Lulbeck y Rostock. Los ingleses fueron muy pronto ayudados en esta misión por los americanos con su Octava Fuerza aérea (Spaatz, luego Eaker) y la Quince (Doolittle). Las dos fuerzas aéreas se repartieron los esfuerzos. El mariscal del Aire, Arthur T. Harris, especializó sus aviones en el bombardeo nocturno, mientras que sus aliados que operaban con los cuatrimotores del tipo «B-17 y «B-24», poderosamente armados y equipados con motores H2S, actuaban preferentemente de día. Los días 23 y 24 de julio de 1943, los angloamericanos emplearon una nueva táctica. Inutilizaron los servicios de detección alemanes arrojando innumerables cintas de aluminio y lanzaron entonces ataques continuados contra Hamburgo durante dos noches y un día («round the clock»).

Desde hacía ya mucho tiempo, Churchill había llegado al convencimiento de que era posible romper la voluntad de resistencia del pueblo alemán por medio de bombardeos

estratégicos. Los informes suministrados por la Royal Air Force y una memoria secreta del profesor Frederick A. Lindemann-Cherwell le afirmaron en esta convicción, a pesar de que no faltaban las voces discordantes como, por ejemplo, la de sir Henry Tizard, un conocido químico, que declaraba que era evidente que se exageraban los efectos que podían alcanzarse con las bombas. Churchill, Lindemann-Cherwell y Harris tenían la intención de incrementar aún más estos efectos concentrando todos los esfuerzos en los barrios habitados por los obreros. La mayoría de los miembros del Gabinete de Guerra y los jefes de Estado Mayor apoyaron este punto de vista.

La ocupación de los campos de aviación de Foggia, el 17 de setiembre de 1943, permitió intensificar esta guerra aérea estratégica. Desde entonces, los angloamericanos pudieron enviar sus bombarderos, no sólo a los Balcanes, sino también a sobrevolar Alemania del sur escoltados por los cazas de gran radio de acción: el «Republic P-47» (Thunderbolt), el «Lockheed P-38» (Lightning) y el norteamericano «P-51» (Mustang). Las fortalezas volantes realizaban, generalmente, el bombardeo por zonas, arrojando «alfombras de bombas» sin respetar la población civil («Area bombing»). Era esta una concepción del mariscal del Aire inglés Arthur Harris, quería alcanzar los centros de comunicaciones, los arsenales de construcciones navales, las fábricas aeronáuticas, las instalaciones para la producción de energía, así como las presas en los valles del Eeder y del Mohne, pero también los barrios residenciales y los centros culturales para producir además de los daños materiales, un efecto moral lo más intenso posible.

Estos golpes caían sobre Alemania mientras que su Luftwaffe pasaba por grandes deficiencias. No habían conseguido recuperarse de las consecuencias de la batalla aérea sobre Gran Bretaña. Ernst Udet, director de su servicio técnico, se suicidó, y el jefe de Estado Mayor Hans Jeschonnek le imitó el 19 de agosto de 1943. El mariscal Erhard Milch, sucesor de Udet, logró alcanzar una producción de 8.000 cazas, pero a pesar de ello la situación no mejoró notablemente, puesto que Hitler mandó un gran número de éstos a Rusia. Quedaban solamente muy pocas unidades para la defensa del Reich. En realidad, los angloamericanos perdieron en un principio del 16 al 20 por ciento de los bombarderos que entraban en combate, pero el adoptar un techo de 7.000 a 8.000 metros para el bombardeo colocó de nuevo a la defensa alemana ante un grave problema. El general Adolf Galland propuso en vano emprender sin pérdida de tiempo la construcción de una serie de cazas a turborreacción capaz de volar a una velocidad de 900 k. h., el «Me-262». Milch apoyó, sin éxito, esta proposición del inspector de los aviones de caza. Goering vacilaba. Hitler, que pensaba solamente en las represalias y, en consecuencia, era contrario a toda idea de guerra aérea defensiva, ordenó transformar el nuevo «Messerschmitt» en un cazabombardero para ser utilizado en el frente.

Era evidente que Hitler no se preocupaba, de ningún modo, por los sufrimientos del pueblo alemán, pues tenía la seguridad de que su propaganda y su policía sabrían reaccionar con el «terror de las bombas». Lo mismo que Hitler se había engañado en 1940 cuando creyó abatir la moral inglesa con sus ataques aéreos, Churchill y Roosevelt cometieron el error al estimar en demasía el efecto psicológico de los bombardeos aprobados por ellos dos. Los éxitos materiales obtenidos en 1943, no cumplieron sus esperanzas. La economía de guerra alemana poseía aún, por aquellos días, bastante mano

de obra, reservas y posibilidades para sustraerse, en gran medida, a esos ataques. Las fábricas se enterraron o bien fueron trasladadas a Sajonia, Pomerania, Silesia, Prusia oriental o Polonia. La gran ramificación de las carreteras y vías férreas permitía casi siempre rodear los puntos alcanzados por las bombas enemigas. La producción industrial alcanzó nuevas cifras récord a fines de 1943 y principios de 1944.

Sin embargo, la guerra aérea angloamericana tuvo importantes efectos secundarios. La destrucción sistemática de numerosas viviendas, la estancia cada vez más prolongada en los refugios por grupos enteros de la población, atacaron la resistencia nerviosa e hicieron perder muchas horas de trabajo que hubiesen podido aumentar más la producción. Al mismo tiempo, los bombarderos obligaron a reforzar la artillería antiaérea. En 1943-1944, un 30 por 100 de la fabricación de cañones iba destinado a la defensa antiaérea, a expensas de las necesidades del frente. Y lo mismo se puede decir respecto al personal. La defensa absorbió 900.000 soldados, un verdadero ejército cuyos efectivos no pudieron ser disminuidos por el enrolamiento de los elementos «auxiliares» masculinos y femeninos, puesto que las necesidades iban continuamente en aumento y, a partir de diciembre de 1943, ya no fueron suficientes los llamamientos a la juventud.

El reclutamiento de estos auxiliares que no tardó en extenderse a los checos y lituanos, caracterizaba la política hitleriana a la vista de las personas y las necesidades con que se enfrentaba. El alistamiento de los detenidos por delitos comunes en la Organización Todt y la Wehrmacht constituyó un capítulo épico. Con el fin de poder destinar más hombres a las necesidades militares, Sauckel mandó llamar una masa de extranjeros que no se presentaron voluntariamente, sino por el hecho de que, en caso contrario, se les negaba cualquier alimento. Clases enteras de escolares fueron enviados al campo a ayudar en la recolecta. Durante sus vacaciones los estudiantes habían de trabajar en las fábricas. Finalmente, las autoridades llamaron a todas las mujeres que no tuvieran hijos. A fines de 1943, la «movilización total» en el interior de las fronteras del Reich abarcaba el 47.8 por ciento de todos los habitantes: el 11.2 por ciento prestaba servicio en la Wehrmacht, el 15.5 por ciento de los hombres y el 14.8 por ciento de las mujeres trabajaban en la producción, los extranjeros y los prisioneros de guerra representaban el 6.3 por ciento.

Este potencial humano, numéricamente limitado, no permitía resolver militarmente las dificultades que se le planteaban al Reich por las funestas decisiones de Hitler. Pronto empezaron a escasear los materiales por todas partes. Los Aliados poseían muchos más soldados, obreros, medios de producción y materias primas que Alemania y sus aliados. Por otro lado, el totalitarismo del nacionalsocialismo ya hacía tiempo que había dado muestras de su incapacidad en los dominios de la planificación y organización. De setiembre de 1939 a agosto de 1941 el programa de la industria del armamento y el orden de prioridad en la producción fueron alterados, por lo menos, once veces. En un principio, la fabricación de munición fue colocada en primer lugar, seguida por la construcción de submarinos y aviones, al final, el punto de gravedad se centraba en los carros de combate y en los productos químicos. La ausencia de coordinación desencadenó una verdadera batalla entre los diversos servicios de la Wehrmacht.

Hitler empezó a comprender, pero sólo en el verano del año 1941, que la guerra todavía duraría varios años y que se hacía necesaria una planificación. Pero pasó más de un año antes de que el «Consejo de Defensa», presidido por Goering, cuyas deficiencias ya eran muy manifiestas desde hacía mucho tiempo, fuera obligado a ceder parte de sus poderes. Fue creado un «Consejo general de la Economía» dirigido por el secretario de Estado Paul Körner. El ministro de Economía, Walther Funk, pasó a segundo término. Goering pasó a depender totalmente de Körner, incluso en el suministro de materias primas para su «Plan de los cuatro años». Después de la muerte accidental del ministro de Munición, Fritz Todt, se produjeron otros cambios. El 7 de mayo de 1942, Hitler separó la Economía de Guerra y la Oficina de Armamentos del Alto Mando de la Wehrmacht. Cuatro meses después, Albert Speer sucedió a Todt y fue encargado de dirigir toda la producción con poderes excepcionales que permitieron, por vez primera, explotar a fondo los recursos de Alemania. Speer dobló la producción de armamentos en los sectores más importantes, pero sin poder recuperar ya el gran adelanto que le habían tomado sus adversarios.

Pero la falta de delimitación de tareas entre el Estado y el partido redujo considerablemente este progreso realizado en la organización. El nombramiento de Martín Bormann como jefe de la Cancillería del partido tuvo graves consecuencias. Bormann sustituyó a Rudolf Hess que se había trasladado a Inglaterra, en 1941. Permaneció siempre en la sombra, pero no por ello trabajó menos activamente para reforzar su poder. Los apodos que recibió de otras personalidades: «Eminencia gris», el «Mefisto de Hitler», «Maquiavelo», revelan claramente la opinión que merecía. Confió numerosas funciones nuevas al «Cuerpo de directores políticos» y amplió, de ese modo, el campo de sus atribuciones. Dos medidas fueron especialmente importantes a este respecto: una «Instrucción sobre el alistamiento de la juventud alemana para el cumplimiento de ciertas misiones de guerra» (2 de diciembre de 1943) y la Orden del Führer que creaba los comisarios políticos en las unidades de la Wehrmacht («NS-Führungsoffiziere») según el modelo soviético.

A principios de 1944, Martín Bormann disfrutaba de unos poderes casi ilimitados. Eclipsó totalmente la influencia de Goering, Ribbentrop y Rosenberg sobre Hitler, y pronto no hubo ningún sector que no fuera controlado por sus amigos o sus acólitos, no sólo en las numerosas ramificaciones del partido, sino también en la Wehrmacht, la economía, la administración, los países ocupados, en los diversos organismos de la policía y de la justicia. Bormann gozaba de acceso permanente al Gran Cuartel general del Führer. Aquel hombre bajo y robusto, oriundo de Halberstadt, del que se decía que había sido miembro del partido comunista, gozaba más que ningún otro de la confianza del dictador. Durante años, Hitler le dio preferencia como intermediario entre él y el mundo exterior. Sólo Himmler y Goebbels ejercían una influencia comparable a la suya.

Heinrich Himmler tenía un aspecto más bien insignificante, de pequeño funcionario. Llevaba una vida muy burguesa, criaba gallinas, y parecía un hombre muy sensible a la vista de los sufrimientos humanos. Pero los sueños místicos agitaban su alma. Para realizarlos concibió, con la aprobación de Hitler, unos planes monstruosos sin retroceder ante las consecuencias extremas, ni los crímenes más horrendos. Al igual que

Robespierre, ese fanático quería crear una comunidad de justopensadores. Basaba sus principios ideológicos en el nebuloso mundo de las viejas leyendas germánicas y diversos libros que trataban del ocultismo. Reunió una biblioteca sobre la historia de los jesuitas y adoptó muchas ideas, sobre todo por lo que respecta a la obediencia *perinde ac cadaver*. Su último objetivo era la creación de un «pueblo de 120 millones de personas de raza pura».

Para llevar sus ideas a la práctica, contaba, principalmente, con la SS, cuyos miembros podían y debían considerarse como una élite. Al principio el hombre significaba sencillamente «Schutzstaffel» (Escuadras de protección) que Himmler había organizado de las «Sturmabteilungen» (SA) de 1929. Después no cesó en acentuar el carácter de orden casi religiosa. Cuando en 1936 fue nombrado «jefe de la policía alemana», completó las «Allgemeine SS» para los diversos servicios especiales, como el «Sicherheitsdienst» (SD) (Servicio de Seguridad), y una tropa de la que surgieron las «Waffen-SS» durante la guerra. Finalmente, las SS de Himmler constituyeron un verdadero órgano dentro del Estado con sus fuerzas de policía y militares, sus escuelas, sus periódicos, sus institutos de investigación y culturales, sus organizaciones sociales, etc., lo que inquietaba no sólo a los grandes Estados Mayores, sino incluso a los dirigentes nacionalsocialistas como Goering y Bormann.

La policía secreta del Estado (Gestapo) constituía el instrumento político más eficaz de las SS. Himmler lo asoció al SD y ejerció con sus más de 19.000 funcionarios un sistema de terror muy refinado. A partir de 1939, el «Reichssicherheitshauptamt» (RSHA) (Oficina central de Seguridad del Reich), dirigida por el SS-Obergruppenführer (general de división) Reinhard Heydrich tenía bajo sus órdenes la Gestapo (Müller), el SD-Interior (Ohlendorf), el SD-Exterior (Schellenberg) y la Kripo (Kriminal Polizei) (policía criminal) (Nebe). A partir de esta época, Himmler comenzó a firmar decretos ministeriales, pero subió mucho más aún y con él la influencia de la SS cuando Hitler, en 1943, destituyó al ministro del Interior Wilhelm Frick y lo reemplazó por Himmler. El RSHA tenía entonces por jefe al SS-Obergruppenführer Erns Kaltenbrunner, jurisconsulto austríaco, en quien Himmler confiaba más que en Heydrich. En febrero de 1944 derrocaron entre los dos al almirante Wilhelm Canaris, lo que les proporcionó la oportunidad de reforzar sus poderes, puesto que Hitler mandó incorporar una gran parte del «Abwehr» al servicio de Schellenberg, permitiendo de este modo a Himmler llevar su influencia hasta el interior del Alto Mando de la Wehrmacht.

Los campos de concentración pertenecían a este «Estado de las SS». Goering los había fundado en 1933, al modelo inglés, y pasaron a manos de Himmler al mismo tiempo que la Gestapo. Al principio de las hostilidades, había seis campos, con unos 20.000 internados, de los que 9.000 eran políticos y el resto elementos más o menos criminales. En el curso de los años siguientes, el número de estos campos se triplicó y cuadruplicó. Finalmente, el «Wirtschafts-und Verwaltungshauptamt) (WVHA, Oficina Central de la Economía y Administración), dirigida por el SS-Obergruppenführer Oswald Pohl, tenía bajo su autoridad en territorio alemán los campos siguientes: Auschwitz, Bergen-Belsen, Buchenwald, Dachau, Dora, Flossenbürg, Gross-Rosen, Mauthausen, Muhlendorf, Natzweiler, Neuengamme, Nordhausen, Oranienburg, Ohrdruf, Ravensbrück,

Sachaenhausen, Strasshof, Stutthof y Theresienstadt. Los detenidos ya no eran en su gran mayoría elementos criminales, sino personas convictas o solamente sospechosas de oponerse a Hitler.

A partir de fines de 1941, Himmler mandó incluir en la producción de guerra la masa de los detenidos cuyo número había alcanzado, mientras tanto, el medio millón. Muchos campos recibieron, a tal fin, las instalaciones de trabajo necesarias, mientras que otros enviaban «comandos de obreros» a las fábricas o minas cercanas. Además de los campos de exterminación en el Gobierno general, algunos de los campos que se encontraban en territorio alemán fueron provistos de instalaciones oficiales para las ejecuciones: horcas, cámaras de gas y hornos crematorios. Sin embargo, los condenados eran, generalmente, fusilados y esto fue lo que les ocurrió a un gran número de oficiales y de comisarios soviéticos, elementos de la resistencia polaca como el general Stefan Roviecki, agentes que se habían arrojado en paracaídas y saboteadores en los países ocupados. Las espías como Diana Rowden, Andrée Borrel, Vera Leigh, Cicely Lefort, Denise Bloch y Nora Inayat-Khan, fueron ejecutadas por medio de inyecciones, en la cámara de gas o fusiladas.

Alemania había dejado de ser un Estado constitucional desde 1933-1934. El ministro de Justicia, Franz Gürtner y su sucesor, Otto Georg Thierack, afirmaron repetidas veces que los jueces ya no debían ser independientes. Hitler, Goering, Himmler, Bormann y Goebbels aprobaban «el sentimiento de justicia innato del pueblo», pero se referían a las arbitrariedades de su régimen de partido. Los procesos de alta traición fueron juzgados por un «Tribunal del pueblo», compuesto por dos jueces y cinco funcionarios del partido y que iba a hacer hablar mucho de sí durante la guerra, con su presidente Roland Freisler. El 25 de abril de 1942, Hitler se hizo conceder por el Reichstag poderes especiales para intervenir en los sumarios y juicios. Los delitos de nueva concepción: «perfidia», «ataques a la fuerza de resistencia de la nación», «sabotaje» eran castigados con la muerte. Los sumarios fueron reducidos al mínimo y sustituidos por simples acciones administrativas de la policía. Los acuerdos concertados entre Himmler, Gürtner, Thierack y los responsables de la salud pública provocaron campañas de exterminación: la «destrucción por el trabajo» como la eliminación de los enfermos mentales y los asociales.

La gran masa del pueblo alemán ignoró, casi por completo, los métodos y la amplitud de estas manifestaciones tan arbitrarias. Conocía que existían campos de concentración para internar a los enemigos del Estado, pero no sabían ni su número, ni su verdadero significado. Los diarios apenas hablaban de las ejecuciones. Las informaciones referentes a la «concentración» de los judíos o la «eutanasia para los enfermos mentales incurables» sólo llegaban a sus oídos en forma de rumores, y los que los oían no conocían toda la verdad, se mostraban escépticos y sólo los repetían con la mayor prudencia. Esos rumores podían haber sido puestos en circulación por el enemigo para socavar la moral del país, por otro lado, el miedo a la policía, y el miedo a las denuncias, pesaban sobre todos.

Sin embargo, la actitud de indiferencia general no se explica solamente por el terror policíaco. La propaganda se mostraba aún más eficaz que la Gestapo. Himmler podía

intimidar, pero Goebbels sabía convencer y entusiasmar. La huida ante el nihilismo había conducido a este hombre delgado, cojo, pero extremadamente inteligente, a las filas de Hitler. Los continuos éxitos de sus argumentaciones y sus consignas lo encadenaban al régimen, a pesar de que no respetara a ningún otro nacionalsocialista que no fuera el propio Hitler. Entre todos los personajes eminentes del Tercer Reich, Joseph Goebbels fue, sin duda alguna, el más penetrante, el más clarividente. Antes que ningún otro comprendió que la política alemana había llegado a un punto muerto, pero consideraba imposible hacer ya marcha atrás, puesto que habían adoptado una «posición demasiado concluyente en la cuestión judía». Por este motivo, hasta el último momento, puso al servicio de Hitler su elocuencia electrizante en la que mezclaba de forma harto difícil de discernir, lo verdadero y la falsedad.

Uno de sus principales argumentos era que para Alemania era el «ser o no ser». Diariamente exponía lo que harían los adversarios si obtenían la victoria: un «Super Versalles», el desmembramiento del Reich, su transformación en un país agrícola, las deportaciones y las matanzas en masa. Innumerables artículos en la Prensa anglosajona, emisiones radiofónicas, folletos, entrevistas, proyectos y planes, sobre todo la fórmula de Casablanca y el plan Morgenthau, daban fuerza a sus discursos y revelaban hasta qué punto los Aliados no establecían ninguna diferencia entre el pueblo alemán y sus dirigentes. De hecho, declaraba Goebbels, Alemania y el nacionalsocialismo constituían un «monolito». Nadie lograría jamás dividir a los alemanes. El «9 de noviembre de 1918» nunca se repetiría. Los traidores serían rápidamente juzgados. Habría un futuro. La frase: «Alemania vivirá, incluso si hemos de morir», expresaba su modo de pensar.

El hombre que la propaganda calificaba como «genio» había, desde hacía mucho tiempo, perdido todo su contacto con el pueblo. Hitler ya no era el antiguo maestro en el arte de agitar al pueblo. Desde Stalingrado ya sólo abandonaba en raras ocasiones su cuartel general, rodeado de alambradas, de puestos de control y de centinelas, situado en los bosques de Mauer, cerca de Rastenburg; lúgubre concentración de barracones que Jold llamaba «una mezcla de monasterio y campo de concentración». Meditaba, consultando planos y mapas. Cada día celebraba conferencias. Ya no invitaba a nadie. No tenía tiempo ni para la música ni para las películas que eran las distracciones preferidas de Hitler. También físicamente, los años de la guerra le habían marcado fuertemente. Schellenberg reunió el diagnóstico de tres médicos que afirmaban mostraba «los síntomas de la enfermedad de Parkinson» que entrañaba una «parálisis nerviosa progresiva». Su brazo izquierdo temblaba, padecía del estómago, se inclinaba hacia delante y su mirada había cambiado de expresión. «El Führer se ha transformado en un hombre gris», anotó Goebbels. Goering lo encontraba «envejecido en quince años».

Hitler comprendió después de El Alamein y Stalingrado, que había perdido la guerra, pero su naturaleza le impedía deducir de ello las consecuencias políticas. No reconocía su culpa, sino que se la daba a los demás. Los jefes militares, la aviación, los industriales, «los intelectuales y los criticones» le habían desengañado o engañado, Alemania había sido pesada y había resultado ser demasiado ligera. Cuando Schellenberg se presentó a él a mediados de 1944 en Rastenburg, le gritó violentamente: «En esta guerra no hay compromiso posible... hemos de vencer o desaparecer». Puesto que el

pueblo alemán no quería luchar, no le quedaba otro remedio que perecer. «Sí, morir, perecer, ya que los mejores han caído en la lucha». Los restos de este pueblo «habían de ceder su lugar a otro, ¡biológicamente más fuerte!»

Un discurso pronunciado por el general Jold, ante los gauleiter del partido nacionalsocialista, el 7 de noviembre de 1943, reveló hasta el punto que la propaganda cegaba incluso a personas inteligentes e informadas. Aludió a cada uno de los teatros de operaciones con una frase: Italia, «una corta línea de defensa con unos flancos profundos continuamente amenazados», el sudeste de Europa, «campo de actividad clásica para bandas de insidiosos guerrilleros», Rusia, «en donde la situación puede compararse a la del frente oriental en 1917-1918». Finalmente, anunció el gran desembarco angloamericano para el año 1944, pero no supo exponer las medidas por medio de las cuales sería eliminado este peligro. Terminó con unas frases que equivalían a una derrota militar: Alemania tenía que «resistir», la «genial personalidad» de Hitler garantizaba la victoria final, toda «solución política» era una «solución de cobardía», el pueblo alemán vencería puesto que había de vencer.

Aunque Hitler no retrocedería ante ningún medio de fuerza para mantenerse en el poder fue combatido ferozmente, incluso en Alemania por numerosas personas. Durante la guerra existieron tres movimientos independientes de la resistencia: los comunistas, un cierto número de medio de agitación y un grupo de patriotas decididos cuya acción había de llevar al atentado del 20 de julio de 1944. Jamás constituyeron una unidad, no sólo porque una organización demasiado grande hubiese podido ser descubierta fácilmente y destruida por la Gestapo, sino a causa de sus caracteres tan diferentes. Los comunistas recibían órdenes de Moscú y se ocupaban especialmente de espionaje. Los agitadores se limitaban, en su mayoría, a una resistencia «espiritual», pero el grupo alrededor de Beck y de Goerdeler quería eliminar a Hitler y asegurar la continuidad del Reich alemán.

La Gestapo bautizó el movimiento de la resistencia alemana con el nombre de «Rote Kapelle» (orquesta roja). Fue formado antes del ataque a la Unión Soviética por Hitler, por el embajador ruso Michael Dekanosov y dotado de 12.500 reichsmark. El número de sus miembros había de quedar limitado entre los tres y cuatrocientos. Se trataba, sobre todo, de comunistas que pegaban carteles, distribuían octavillas y hacían circular rumores. Los hombres y las mujeres de la red de espionaje de la «Rote Kapelle» se consideraban «apátridas de la izquierda» y lucían en su mayoría la insignia del partido nacionalsocialista. Al menos dos, pertenecían a familias conservadoras y conocidas: el funcionario ministerial Arvid Harnack y su amigo, Harro Schulze-Boysen, descendiente del gran almirante Tirpitz. Igualmente el escritor y director de teatro, Adam Kuchhoff, no podía ser considerado como un auténtico bolchevique. La americana Mildred Fish, esposa de Harnack, daba conferencias literarias e históricas. La bella Libertas Haas-Heye desempeñaba su papel al lado de Schulze-Boysen. Margaret Kuckhoff había traducido «Mein Kampf» al inglés.

Las tres parejas y sus ayudantes gozaban de amistades hasta en las esferas más altas del Tercer Reich. Obtuvieron importante información en el Ministerio de Asuntos Exteriores, en los Ministerios del Aire, de Economía, del Trabajo, de Hacienda y Propaganda, en el Alto Mando de la Wehrmacht, en los diversos Estados Mayores, en

fábricas de armamento, y en los medios universitarios. Esta información comprendía desde la víspera del ataque contra la Unión Soviética, casi todos los planes de operaciones, con las fechas y la localización de los efectivos, además de numerosa información sobre la producción, la distribución de los depósitos de combustible, los movimientos de la tropa y de los barcos, los emplazamientos de los cuarteles generales, algunas de las disposiciones tomadas para atacar los convoyes del Ártico, las listas de pérdidas, las indicaciones sobre el destino de la mano de obra extranjera, etc.

Dekanosov no pudo instalar una emisora lo bastante potente durante su estancia en Berlín. La red de espionaje tuvo que operar, por lo tanto, con dos centrales situadas fuera de Alemania. Uno de los principales intermediarios fue el socialdemócrata emigrado Rudolf Rossler («Lucy»), que desde Lucerna en donde se había instalado, no solamente mantenía relaciones con las autoridades militares suizas sino también con Ginebra, en donde dos antiguos combatientes de la guerra española formaban, probablemente, el centro de información más importante del Kremlin. La «Rote Kapelle» transmitía igualmente sus mensajes desde una emisora en Bruselas. Fue el descubrimiento de ésta lo que reveló a la Gestapo las actividades de Harnack y de Schulze-Boysen y, desde aquel momento, desplegó todas sus actividades para capturar toda la red. Varias de las personas detenidas, Libertas Haas-Heye, por ejemplo, creyeron poder salvar sus vidas haciendo revelaciones. Fueron juzgadas un centenar de personas y cincuenta y cinco fueron fusiladas. Los hombres fueron ahorcados en la prisión de Plötzensee y las mujeres decapitadas.

Sería un error considerar la «Rote Kapelle» única y exclusivamente como una organización de espionaje a sueldo de los soviets. Este conocimiento quedó estrechamente circunscrito a Harnach, a Schulze-Boysen y a Kuckhoff, la mayor parte de los miembros de la «Konspiratsia» no lo supieron nunca. Hubo incluso fricciones entre los comunistas de buena fe y los «bolcheviques de salón». Pero todos ellos tenían en común su devoción hacia Rusia, el sueño de una revolución, las ansias de sacrificio y un derrotismo tan ciego que les hacía desear el hundimiento de Alemania y el fin del orden social existente. Todo esto continuó después de la desaparición de la red de espionaje. La mayoría de los miembros de la «Rote Kapelle» escaparon de la persecución de la Gestapo. Muchos continuaron prestando sus servicios al Kremlin, cuidando de la propaganda y esperando a los paracaidistas que el «Comité nacional de la Alemania libre» mandaba al territorio alemán.

Los medios de la resistencia «espiritual» respondían mucho menos a la concepción bolchevique de una «Konspiratsia». No contaban con los medios técnicos para emprender una «acción directa». Tampoco se dedicaban al espionaje, sino que se limitaban a la propagación verbal de informes, entablaban conversaciones y, a veces, repartían octavillas o publicaciones ilegales. La «Rosa Blanca» de los hermanos Scholl, en Munich, era uno de estos grupos. El «Kreisauer Kreis» del conde Helmut James von Moltke y de su amigo el conde Peter Yorck von Wartenburg y del que formaban parte, entre otros, el padre Alfred Delp, Eugen Gerstenmaier, Hans-Bern von Haefsen y Adam von Trotzu Solz, se limitaba a tratar las cuestiones de principio, en particular el «tema de Ghandi» para saber si la violencia estaba permitida. Tampoco los socialistas y los

sindicalistas, agrupados alrededor de Julius Leber, Wilhelm Leuschner, Maz Habermann, Theodor Haubach y Jakob Kaiser, estaban en condiciones para organizar una revolución contra Hitler.

Esta revolución sólo era posible, como lo comprobó, sobre todo Leber, a cargo de los soldados. Y éstos se venían preparando ya desde el verano del año 1938. En esta época se constituyó un movimiento militar de la resistencia, alrededor del antiguo jefe del Estado Mayor general Ludwig Beck. El número de sus miembros disminuyó poco después del fracaso del atentado del 11 de noviembre de 1939. Las victorias alcanzadas por Hitler y una grave enfermedad de Beck obstaculizaron su desarrollo. Sin embargo, en 1942-1943 un grupo de militares de alta graduación fijaron los objetivos del grupo: Erich von Witzleben, Karl-Heinrich von Stülpnagel, Eduard Wagner, Frich Hoepner, Georg Thomas, Hans Oster, Friedrich Olbricht, Paul von Hase, Helmut Stieff, Fritz Lindemann, Georg Hansen y Henning von Tresckow. Aceptaron los consejos y el apoyo de eminentes personalidades civiles que estaban en relaciones más o menos estrechas con ellos.

La mayoría de estos hombres habían ejercido cargos de responsabilidad poco antes, y algunos todavía ocupaban cargos importantes. Procedían de las esferas más diversas: Carl Friedrich Goerdeler, Johannes Popitz, Gottfried von Bismarck-Schönhausen y Hjalmar Schacht (Administración y Finanzas), Werner von der Schulenburg, Ulrich von Hassell, Ernst von Weizsaecker, los hermanos Kordt, Herbert Mumm von Schwarzenstein, Adam von Trotzu Solz y Hand-Bernd von Haeften (Asuntos Extranjeros), Hans von Dohnanyi, Fabian von Schlabrendorff, Joseph Wirmer, Ernst von Harnach, Berthold Schenck von Stauffenberg y Peter Yorck von Wartenburg (juristas y funcionarios de la Administración). Robert Bosch, Nikolaus von Halem y Herman Reusch (Economía), Dietrich Bonhoeffer y Alfred Delp (Iglesia), Kurt Huber y Adolf Reichwein (Universidad). Algunos funcionarios del partido nacionalsocialista, como los dos Obergruppenführer Wolf Heinrich von Helldorf y Arthur Nebe, se unieron a este movimiento militar.

El círculo de Beck partía del principio que el Ejército se levantaría solamente si era liberado de su juramento de fidelidad al jefe supremo de las Fuerzas Armadas. Por esta causa, Hitler había de morir. Entre 1943 y 1944 los conjurados hicieron cuatro intentos de atentado. El 13 de marzo de 1943, el teniente Fabian von Schalabrendorff introdujo una bomba de explosión retardada en el avión en que viajaba Hitler, pero no funcionó el detonador. Varios días más tarde, el general Rudolf von Gersdorff quiso repetir la tentativa durante una visita de Hitler al arsenal de Berlín, pero éste abandonó la exposición a los pocos minutos. A mediados de diciembre, el coronel conde Claus Schenk von Stauffenberg llevó una bomba al cuartel general del Führer, pero la conferencia en el curso de la cual pensaba hacerla explotar fue anulada. A principios de enero de 1944, el comandante Axel von dem Busche y el alférez Eall-Heinrich von Kleist que confiaban matar a Hitler durante una inspección de los nuevos uniformes fracasaron igualmente.

Estos dos últimos atentados ya formaban parte de un vasto plan. En 1943, Beck se recuperaba muy lentamente de una grave operación y la fuerza motriz del grupo era el general Henning von Tresckow (jefe de la Oficina de Operaciones en el Grupo de

Ejércitos del Centro). En el curso de un permiso que disfrutó en Neubabelsberg, cerca de Postdam, preparó un plan completo con el nombre clave de «Walküre». El proyecto mencionaba la muerte de Hitler como un hecho consumado. La transmisión de la consigna clave provocaría el estado de sitio. El mariscal Von Witzleben asumiría el poder. Las tropas de la reserva, cuyos jefes no habían sido iniciados en la conspiración, ocuparían el barrio de los Ministerios, los edificios públicos, los cuarteles y las estaciones de radio. Después del éxito del golpe de Estado, Beck y Goerdeler intentarían concertar la paz y dar una constitución a Alemania.

Pero, antes, era necesario eliminar a Hitler. El coronel Von Stauffenberg fue encargado de esta misión porque, al haber sido nombrado jefe de personal del Ejército del Interior, a las órdenes del general Olbricht, a principios de octubre de 1943, era uno de los pocos oficiales que tenía acceso al cuartel general del Führer. Descendiente de una antigua familia católica del sur de Alemania, descendiente de Gneisenau por lado materno, el joven oficial de Estado Mayor había demostrado siempre una brillante inteligencia, sangre fría, energía y valor. Una grave herida que había recibido en el frente de Túnez, no destruyó su equilibrio interior. Aunque mutilado, conservaba su impulso combativo y se burlaba de los «círculos de conspiradores» cuyas meditaciones no conducían a nada positivo. Los programas no le interesaban. Lo que él pretendía era liberar su patria del tirano antes de que desembarcaran los angloamericanos, que Stalin sometiera toda la Europa central y hubiesen desaparecido los últimos aliados de Alemania.

«Tengo la sensación», comunicó cierto día a su esposa, «que he de hacer algo para salvar Alemania».

LA «FORTALEZA EUROPA» 1943-1944

En los países ocupados por Alemania existían otros grupos de la resistencia, no menos decididos y que disfrutaban de potentes ayudas en el exterior. Día y noche, los aviones de la Royal Air Force sobrevolaban el continente para lanzar agentes, armas y material de propaganda. Las unidades rápidas de la Flota, los submarinos, los hombres-rana y los soldados de los comandos, completaban esta actividad aérea asegurando el servicio de correo, los transportes y efectuando reconocimientos y actos de sabotaje. Los ingleses utilizaban frecuentemente para estas acciones a los franceses, belgas, holandeses, daneses y noruegos. Los Gobiernos en el exilio y los comités de liberación de los países occidentales colaboraban estrechamente con las fuerzas Armadas angloamericanas. También intervinieron elementos moscovitas. Con mucha asiduidad, los aviones de la Royal Air Force transportaron a la Europa occidental agentes de la Unión Soviética que, a continuación, se entregaron a actividades subversivas detrás de las líneas aliadas.

En el curso de esta colaboración con los movimientos de la resistencia, Gran Bretaña y Estados Unidos hubieron, por varias razones, de hacer caso omiso de la oposición entre Occidente y Oriente y olvidar que los partidos comunistas habían favorecido, en todas partes la guerra hitleriana hasta el momento de la agresión contra la Unión Soviética ya que, sin duda alguna, los comunistas fueron, a partir del verano de 1941, los elementos más activos de las fuerzas antialemanas. Contaban con elementos muy combativos, saboteadores experimentados, cuadros entrenados en la guerra civil, talleres para la falsificación de documentos y notables redes de información. Disponían de una organización a la que los resistentes de origen burgués no podían oponer nada parecido. Hubo un hecho característico: los primeros grupos de guerrilleros fueron organizados en el sudeste de Francia por antiguos guerrilleros españoles. En Bélgica, el primer grupo se llamó «Sa Rodino» y fue dirigido por el comisario político soviético Grigori Marinov. Un segundo grupo, establecido en las Ardenas, fue fundado por el minero belga Jan Kollar, pero estaba bajo las órdenes del alférez ruso Eugeni Dotsenko.

Los ingleses no mostraban mucho interés por estas empresas, preocupándose más por obtener información, que en las campañas de propaganda y los sabotajes. Solamente la escuela de Chipre, que formaba hombres y mujeres para ser destinados a actuar en Grecia, se ocupaba en serio del arte de la guerrilla. A partir del otoño de 1940, el Intelligence Service y la Royal Air Force trabajaron para crear una red secreta que pretendía alcanzar dos objetivos: el espionaje y el sabotaje. El espionaje no se enfocaba solamente contra el Ejército de ocupación, sino que se interesaba también por la industria, los transportes, la policía y la administración del país. El servicio de sabotaje (llamado igualmente «tren subterráneo» u «organización Passeur») suministraba prendas de vestir civiles a los aviadores ingleses y americanos derribados en los países ocupados y los hacía llegar, a través de Francia y España, a Portugal en donde eran atendidos por agregado militar inglés.

Pero esta red secreta se deshacía continuamente. Los primeros espías llenos de promesas: el alférez holandés Lodo van Hamal y la inglesa Nora Inayat-Khan, fueron fusilados. Una organización de informaciones en Holanda a la que pertenecían hombres como Theodor Dobbe, Johannes Ter Laak, Joseph Klinger y William von der Hheyden, fue desarticulada. El Abwehr logró, incluso, a veces utilizar importantes agentes para sus propios fines. Fue este el caso de la francesa Mathilde Carré («La Chatte») y del comandante holandés Christiaan Lindemanns («King Kong»). Frecuentemente, en las embarcaciones rápidas que transportaban los agentes secretos a Inglaterra, se encontraban hombres de confianza de los servicios alemanes cuya actividad era fatal para numerosos franceses y belgas. Incluso en el tráfico radiotelegráfico hubo sorpresas. De enero de 1942 a abril de 1944 se sucedió el «juego de Inglaterra». Dos oficiales alemanes, el comandante Hermann Giskes y el Hauptsturmführer Joseph Schreieder, interceptaron hábilmente las comunicaciones por radio entre el movimiento clandestino holandés y Londres, lo que les permitió hacer detener cincuenta y tres agentes e interceptar noventa lanzamientos de paracaídas.

Fueron tomadas represalias cuando se comprobó que personas civiles daban cobijo a los agentes que actuaban a veces en atentados contra los policías y el personal militar.

Las autoridades de ocupación tomaron severas medidas de control, prohibieron la circulación a partir de ciertas horas, cortaban el gas y la electricidad y, luego, por orden de Hitler procedieron a la ejecución de rehenes. Esta forma de proceder tan bárbara costó la vida a muchos inocentes que, frecuentemente, no sentían ninguna simpatía por los movimientos de la resistencia. Muchos para escapar a esta venganza se unieron, a desgana, a esos movimientos. Los comunistas que trataban de fomentar las revueltas, obtuvieron así la posibilidad inesperada de provocar, por medio de atentados sistemáticos, una presión cada vez más fuerte por parte de las tropas de ocupación y enturbiar, de ese modo, sus relaciones con la población, unas relaciones que, al principio, habían sido excelentes.

Lo que sucedió a la muerte de Heydrich es un ejemplo característico de la táctica comunista. Los autores del atentado, agentes del Gobierno de Benes y otros elementos de la resistencia se refugiaron en la iglesia Cirilo y Metodo de Praga, en la que fueron muertos sin que los comunistas compartieran su suerte. Las represalias y las matanzas de rehenes ordenadas por el Gruppenführer Karl Hermann Frank, lugarteniente de Heydrich, aumentó el número de partidarios de Moscú. Aprovechándose del clima de terror existente, incitaron a un asustado checo, Karel Curda, a presentarse a la Gestapo. Frank fue puesto así sobre una pista que conducía al pueblo de Lidice. Himmler ordenó aplicar la pena prevista para el caso de escondite de agentes del enemigo. Los policías cercaron la localidad, mataron a todos sus habitantes masculinos, incendiaron las casas y se llevaron a las mujeres y los niños al campo de concentración de Ravensbrueck.

Pero éste fue sólo uno de los aspectos del problema de la resistencia. Las divergencias de concepción sobre los medios entre el Intelligence Service y los comunistas se debían a las instrucciones recibidas desde Moscú. Stalin, Molotov, Mechlis y Vorochilov opinaban que los partidos comunistas de Occidente tenían que apoyar la Rusia Soviética con una intensa actividad de guerrillas. Con este motivo habían de hacer uso de consignas patrióticas, sin dejar de perseguir, al mismo tiempo objetivos revolucionarios. No pudieron disimular, de un modo completo, estas intenciones que hacían recelar profundamente a los medios conservadores y burgueses. Los elementos combatientes de éstos se unieron a disgusto a los movimientos de resistencia. Muchos llegaron, incluso, a adoptar una actitud hostil colaborando con las fuerzas de policía de su Gobierno o formaron milicias para luchar contra los guerrilleros. En segundo plano de este fenómeno se sucedían las tensiones sociales, viejas oposiciones de partido, venganzas, una lucha por la propiedad y el derecho, la mayoría de las veces incomprensibles a las autoridades de ocupación. En muchos lugares de la «Fortaleza Europa» estos conflictos llegaron a la guerra civil.

En Grecia, la población de las regiones montañosas se unía al movimiento de la revolución social, mientras que la de los valles se aliaba a los grupos democráticos, fieles al rey, es decir, favorables a las tropas de ocupación. En los lugares en donde no existían estos criterios, como en Creta o Rodas, la decisión fue tomada según el parentesco o los deseos de venganza. Cuando a fines de 1942, el coronel inglés Charles Woodhouse, se lanzó en paracaídas sobre Grecia para unificar los movimientos de resistencia, descubrió que había cinco de estos movimientos: el ELAS, dirigido por la comunista Markos

Vafiades, el más importante; el EKKA, a las órdenes del general Stefano Saraghi, de sentimientos republicanos; el EDES, al mando del general Napoleón Zervas, igualmente antimonárquico; los partidarios del rey Jorge II, que obedecían al teniente Georg Grivas, y varias unidades de la policía, cuyo jefe había logrado ganarse la confianza del mando alemán y del Estado Mayor anglogriego. Todas estas tropas se entregaban a luchas sangrientas desde abril de 1943. Ello provocó una guerra civil que no terminó hasta el año 1950.

La situación era análoga en Yugoslavia. Al igual que en Grecia, el fuego de la revolución se alimentaba en las zonas mal controladas por los italianos y búlgaros y las antiguas oposiciones, que a veces se remontaban a la época de la ocupación turca, desempeñaron un papel importante. Las rencillas nacionales se manifestaban por el hecho que participaban tres Gobiernos, con las potencias de ocupación, en la lucha contra los guerrilleros, las del primer ministro servio Milan Nedich (Belgrado), el Gobierno croata de Ante Pavelisch (Zagreb) y el Comité nacional montenegrino (Cetinie), creado por Mussolini. Todos esos movimientos contaban con sus propias tropas; Pavelich, por ejemplo, contaba con un Ejército de ciento cincuenta mil hombres (Domobranstvo y Ustacha).

Habían de hacer frente, desde mediados de 1941, a cinco movimientos. También el «Zbor», pequeño grupo cristiano-nacional, mandado por el antiguo comandante de la gendarmería yugoslava Jovan Liotich, dio que hablar. Los «combatientes macedónicos de la Libertad» se alzaron contra los búlgaros y Nedich. Los montañeses montenegrinos lucharon con los italianos bajo el mando de Pavle Diurisich, mientras que el coronel Draja Mihailovich, fiel al soberano, constituía su «Cheniki» con las unidades dispersas del Ejército yugoslavo y luchaba en Herzegovina, en Bosnia y en la Servia meridional. Los comunistas que luego iban a adquirir tanta importancia, no desempeñaron un papel demasiado importante en 1941-1942, a pesar de que estuvieran a las órdenes de Josip Broz, agente del Komintern, croata, antiguo obrero cerrajero y ayudante en el Ejército austrohúngaro, que intentaba establecer el enlace con Moscú.

Broz, que había desempeñado importantes funciones durante la guerra civil española, usaba el seudónimo de «Tito». Debido a su acusada personalidad, logró conquistar a los intelectuales como Motsa Pijade, Iván Ribar y Milovan Djilas, el maestro alban y jefe de banda Enver Hodcha y varios oficiales conocidos. Los primeros guerrilleros de su «Ejércitos de liberación popular» fueron tres mil leñadores servios de la región de Drvar, en Bosnia, a los que se unieron los montañeses y pastores, soldados dispersos, estudiantes que habían huido de Belgrado, así como numerosas mujeres y muchachas. Finalmente, Tito tuvo a sus órdenes hombres procedentes de todas las regiones de Yugoslavia, no sólo servios, croatas, eslovenos, montenegrinos, albanos y macedonios, sino también desertores italianos y búlgaros. Dos hechos favorecieron especialmente su acción: la vieja tradición de las bandas de los Haiduques, los Komitadji y los Uscoques y el terreno montañoso, casi sin carreteras, cubierto por frondosos bosques.

Esos diversos grupos combatieron entre sí con una crueldad muy balcánica. Casi nunca hacían prisioneros, y si los hacían sólo era para interrogarlos. Todos los medios

estaban permitidos: el incendio, el ataque por traición, el envenenamiento de las fuentes, las torturas, las mutilaciones, castraciones, violaciones y todas las atrocidades imaginables. Mientras los alemanes se limitaron a ocupar Belgrado y dos o tres grandes vías férreas, una lucha salvaje reinaba alrededor de ella. Dido Kvaternik, jefe del oustratcha croata, se dedicó a matar a todos los serbios y judíos de su país. Los Chetniki mataron a seis mil musulmanes en Fotcha. Tito bañó a los habitantes de Bihatch en un horrendo charco de sangre. Luego, de pronto Mihailovich, apoyado por el Gobierno exilado en Londres, Nedich y los italianos, se lanzó contra los comunistas. Los fascistas de Zagreb se dedicaban a la caza, tanto de los partidarios de Tito, como de los de Mihailovich.

Durante dos años, el Ejército de los comunistas yugoslavos estuvo a punto de desaparecer. Millares de sus miembros murieron de hambre o a causa de las epidemias de tifus. Desaparecieron grupos enteros de combate. Tito escapó por poco a la muerte. El hundimiento de la Italia fascista constituyó el cambio de signo para él. Sus guerrilleros obtuvieron de las divisiones italianas, que se replegaban, gran número de armas, cañones, carros de combate, aviones y barcos. Por orden del Kremlin se vio obligado a formar un Comité nacional y no un Gobierno yugoslavo, e, incluso, durante algún tiempo tuvo que negociar con los alemanes. El Comité (AVNOJ) se reunió el 29 de noviembre de 1943, en Jajce, prohibió la vuelta del rey Pedro y nombró a Tito «mariscal», por lo que, desde aquel momento, éste, a los ojos del mundo comunista, tenía el mismo rango militar que Stalin.

De esta manera consolidó su posición, progresivamente, por sus contactos con el general Henry Maitland Wilson, comandante en jefe británico en el teatro mediterráneo. Una delegación comunista se presentó a los angloamericanos que habían mandado oficiales de enlace a Yugoslavia, y Mihailovich que, mientras tanto, había sido nombrado general y ministro de la Guerra por el rey Pedro II, perdió rápidamente su influencia. Primero, Tito recibió la parte del león de la ayuda aliada y luego su totalidad. Instaló su cuartel general en Vis (Lissa) y apoyado por los barcos y los comandos ingleses ocupó parte del archipiélago dalmata. A partir de este momento los guerrilleros de Tito se fueron organizando en Ejército regular luchando contra los alemanes, croatas, cosacos, los regimientos turcos, la gendarmería de Nedich, los bosnios y las Waffen-SS albanas. En Teherán, Roosevelt y Churchill decidieron definitivamente oponerse a los elementos de derechas en los países mediterráneos y apoyar, sin reservas, a las fuerzas de la izquierda. Esta política llegó al punto que, por amistad a Stalin, el Gobierno yugoslavo en el exilio fue prácticamente abandonado y también Víctor Emmanuel II y Badoglio, aunque la Italia monárquica había declarado la guerra a Alemania en 1943. A fines de abril de 1944, por orden angloamericana, Badoglio tuvo que formar un «Gabinete de unión democrática» que contaba entre sus miembros con Benedetto Croce, el conde Carlo Sforza y el comunista Palmiro Togliatti. Después de la conquista de Roma, el rey se vio obligado a abdicar y su hijo, el príncipe Umberto, no subió al trono, sino que fue nombrado solamente «teniente general del reino». Badoglio fue derrocado poco después y sustituido por el socialista Ivanoe Bonomi, más agradable a los Aliados.

En aquellos momentos la guerra civil azotaba toda la península. Las bandas de delincuentes ocupaban Cerdeña y Sicilia. La Italia meridional servía de campo de actividades a un grupo de guerrilleros neofascistas. En la retaguardia de las líneas alemanas nacieron dos grandes movimientos republicanos: «Giustizia e liberta» y «Garibaldi». Ambos estaban oficialmente subordinados al general Rafaele Cadorna, y responsables ante Alexander. En realidad los dirigía un comunista llamado Luigi Longo. Decidía las operaciones que habían de realizarse y llamó en su ayuda a los italianos que luchaban a las órdenes de Tito, así como también a especialistas yugoslavos. Las tropas de Mussolini fueron rápidamente desbordadas. Las tropas alemanas sufrieron asimismo sensibles pérdidas. De junio a agosto de 1944, escribe Kesselring, siete mil alemanes fueron muertos y unos veinticinco mil heridos, muy detrás de la retaguardia.

En Francia, si hemos de creer al historiador inglés Alexander Werth, el movimiento de la resistencia no tuvo importancia en un principio. En 1940-1941 los comunistas apoyaron el régimen de ocupación, que no tuvo sus primeros mártires hasta el 15 de diciembre de 1941, cuando Gabriel Peri, miembro del Comité central, fue ejecutado en Mont Valerien con otros sesenta y ocho resistentes. Durante varios años, el general De Gaulle sólo fue reconocido como jefe nacional por un reducido número de franceses. El *Bureau Central de Renseignement et d'Action* (BCRA), creado por él, tuvo que subordinarse al servicio secreto inglés y no desempeñó, por este motivo, un papel más importante que los comités análogos de otros gobiernos en el exilio. Los Cuerpos francos, bautizados maquisard, empezaron a actuar en el macizo central, en la Alta Saboya y en la Provenza, no porque allí encontraran condiciones geográficas más importantes, sino porque estas regiones eran menos vigiladas. No fueron ocupadas hasta fines de 1942 y los italianos las abandonaron pocos meses más tarde. Casi todo el tiempo, el control fue ejercido únicamente por las milicias, mal armadas, de Joseph Darnand.

Los primeros «grupos maquis» contaban con treinta hombres por término medio y eran mandados por españoles rojos o prisioneros de guerra soviéticos evadidos. Su constitución se vio notablemente favorecida por el miedo a los campos de concentración del Gobierno de Vichy. Fueron apoyados por los resistentes de las ciudades que publicaban periódicos ilegales: *Combat*, fundado por los católicos de izquierda, como Georges Bidault y Henri Teitgen; *Libérer et Fédérer*, del viejo comunista Georges Altman (Toulouse); *Libération*, dirigido por Emmanuel d'Astier de la Vigerie (Clermont-Ferrand), y *Franc-Tireur*, de Claude Bourdet (Lyon). Al principio, los maquis efectuaron, principalmente, actos de sabotaje en las vías férreas. A veces se instalaban en las ciudades o pueblos en donde nombraban al alcalde y recaudaban impuestos, otras mataban con torturas, a los milicianos franceses y a los soldados alemanes e italianos que lograban apresar. La matanza de Tulle y el descubrimiento de numerosos cadáveres en Pau conmovieron profundamente a las autoridades de ocupación y otras acciones del mismo género revelaron actos bárbaros actos de venganza, como la matanza de Oradour, el 10 de junio de 1944, en donde unos seiscientos treinta y cinco hombres, mujeres y niños fueron bestialmente muertos por un comando especial de las Waffen-SS. No actuaban maquis al norte del Loire, donde la concentración de las tropas alemanas, la ausencia de campos y las milicias de Vichy creaban una situación diferente. El «Ejército

Sauckel» del que tanto se ha hablado, representaba solamente la masa de aquellos que no querían ir a trabajar a Alemania y, por este motivo, abandonaban sus domicilios. Pero el «Front National» (FN), dirigido por los comunistas, así como una «Liberation Nord - Organisation civile et militaire» (OCN) preparaba la insurrección. Las dos se fusionaron el 27 de mayo de 1943 en una casa parisién de la calle Du Fuor, para formar el «Conseil National de la Resistance» (CNR). Después de interminables debates, los maquis del sur se unieron también a esta organización de conjunto que reconoció al general Pierre Koenig como jefe de las «Fuerzas Francesas del Interior» (FFI).

Los dos movimientos más importantes del norte de Francia establecieron enlace con el «Ejército secreto» del periodista belga Camille Joset y dos organizaciones clandestinas de Holanda que se llamaban «Leve de Koningin» y «Nederland vor Oranje». Los primeros contactos fueron probablemente preparados por el servicio de sabotaje de la Royal Air Force y, a instancias del Intelligence Service, Christian Lindemanns buscó una asociación más estrecha. Sin embargo, jamás adquirió importancia militar, debido a que un día, para obtener la libertad de uno de sus hermanos que había sido detenido, Lindemanns se presentó al Abwehr y colaboró desde entonces estrechamente con los alemanes que lograron destruir una parte de esta asociación internacional de movimientos de la resistencia.

Por otro lado, esos movimientos clandestinos no contaron nunca con muchos combatientes en activo. Alexander Werth calcula en treinta mil los hombres que militaron en la resistencia durante la primera mitad del año 1944. Por la misma época, debía existir en Bélgica un máximo de mil quinientas personas armadas, preparadas para un levantamiento militar y Joseph Schreieder habla de mil doscientas cuando hace referencia a Holanda. Para los que están al corriente de las circunstancias, estas cifras no tienen nada de sorprendente. En los países occidentales, la gente civilizada no siente el menor impulso por luchar en la sombra o detrás de las barricadas. Solamente el recrudecimiento del régimen de ocupación hizo salir a todo el mundo a la calle, puesto que entonces resultaba políticamente interesante «estar allí». De este oportunismo nacieron muchos héroes tardíos.

Incluso todo un país se preparaba, bajo la ocupación alemana, a presentarse como socio de las potencias victoriosas: Dinamarca. El Gobierno del socialista Thorwald Stauning asistió a la invasión del año 1940, con una pasividad que se parecía a una invitación. Los socialistas siguieron en el Gobierno. Gracias a su servilismo, aseguraron a su país las importaciones de primeras materias necesarias y un nivel de vida que ningún otro país europeo pudo disfrutar en aquella época. Cuando Hitler atacó a la Unión Soviética, el rey Christian X prometió ascensos y condecoraciones a todos los soldados daneses que participaran, como voluntarios, en la campaña. Pero, por aquellos días, se constituyó en Copenhague una organización clandestina comunista en la que unos profesores muy conocidos, como Ole Chievitz y Mogens Fog, desempeñaron un papel eminente. Cuando tuvo lugar la batalla de Stalingrado ocuparon, de pronto, todas las posiciones clave. Sin tener en cuenta que trece mil daneses luchaban contra Rusia, los representantes de todos los partidos formaron, sin conocimiento del rey, un

«Frihedsraad» (Consejo de la libertad) secreto, en el que dominaban los comunistas que, prudentemente, estableció relaciones con el Este y el Oeste.

A partir de este momento, la actividad de la resistencia danesa se dedicó, principalmente, por el sabotaje de las vías férreas. Por medio de numerosos atentados con explosivos quería dar la impresión que Gran Bretaña deseaba cortar las comunicaciones entre Alemania y Noruega. Hitler temía continuamente que los angloamericanos pudieran desembarcar en el norte y los ocho mil actos de sabotaje realizados en la provincia de Jutlandia, se efectuaron con el fin de aumentar aún más estos temores. Los actos de terrorismo cometidos por algunos grupos contra los miembros del «Frikorps Danmark» provocaron una considerable emoción. Los soldados de esta unidad, que regresaban a su país, llevaron a cabo actos de represalia. Se sucedieron los fusilamientos, el «arreglo de cuentas», incendios voluntarios, que fueron bautizados «Días de Schalburg», según el nombre de un oficial de la Guardia danesa muerto en el frente oriental. El número de las víctimas superó los dos mil. A fines de agosto de 1943, Alemania reclamó a Dinamarca el derecho de juzgar a los autores de los atentados. El Gobierno protestó y dimitió. Un levantamiento parecía inminente. Por razones de seguridad, las Fuerzas Armadas danesas fueron despojadas de sus armas. La Flota se sublevó, y el rey fue internado, durante algún tiempo, en su palacio.

Todo parecía señalar que, desde aquel momento, Dinamarca sería sometida a los mismos métodos de ocupación que Holanda y Noruega. Sin embargo, Werner Best, encargado de los asuntos alemanes en Copenhague, recibió menos poderes que sus colegas en aquellos dos países, Arthur Seyss-Inquart y Josef Terboven. Hitler no reclamó la anexión al Reich de Schleswing septentrional, que le había sido arrebatada en 1919-1920, pero no lo hizo por escrúpulos. Si el pequeño Estado escandinavo conoció este estatuto particular, lo debió sin duda a la presencia de Christian X y gracias a la ponderación de éste que, a partir de agosto de 1943, contó con una administración autónoma muy satisfactoria. En cambio, los soberanos de Holanda y de Noruega habían huido para participar con sus gobiernos y sus fuerzas armadas en la lucha contra Alemania. Desde entonces, todos los holandeses y noruegos que conservaron un cargo directivo, se convertían en sospechosos de colaboración con los alemanes y, por este motivo eran el blanco de los elementos de la resistencia. Podían sufrir en cualquier momento la suerte del general Hendrik Seyffardt, fundador de la «Vrijwilligers-Legión Nederland», que fue asesinado.

El odio adquirió un punto especialmente apasionado entre los noruegos. Gracias a la propaganda occidental, el nombre del comandante y político Vidkun Quisling se convirtió en sinónimo de «traidor» en todos los países libres. En realidad, Quisling no fue un ciego partidario de los nacionalsocialistas y de Hitler. Terboven, la Gestapo y los generales del Ejército de ocupación se lamentaban, frecuentemente, de su carácter entero y firme. Le destituyeron del cargo que le habían confiado en 1940. En 1942, cuando Terboven ya estaba a punto de terminar de desempeñar su papel y Quisling no tenía prácticamente ninguna posibilidad de hacerse comprender por el pueblo noruego y conseguir su confianza, Hitler mandó proclamar jefe de Estado al jefe del «Nasjonal Samling» en el castillo de Arkershus, en Oslo.

Esto provocó nuevas complicaciones. Quisling anuló la Constitución y su Gobierno entró en conflicto con la Iglesia y la Universidad. Ni las actividades desplegadas por el jefe de la policía, Jonas Lie, ni los campos de concentración en Grini, Bredtvedt, Espeland y Sydspissen, lograron vencer la resistencia. La Gestapo, impotente, vio cómo aumentaba el número de los atentados. La «Hjemmefronten», organizada por el juez supremo Paal Berg, contaba entonces con unos cuantos millares de informadores, correos y enlaces. Sus «transportyjenger» llevaban a los fugitivos políticos a Suecia o a la costa en sus barcas de pesca: el «Autobús de las Shetland». Estas embarcaciones transportaban armas y material, colocaban minas en los canales y los fiordos y participaban en las operaciones de los comandos. Algunos de estos patrones, como Leif Larsen, habían de hacerse legendarios.

El ejemplo noruego reveló, de un modo muy claro, que el nacionalsocialismo no ejercía una atracción internacional. Había pequeños partidos simpatizantes en Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica, Francia, pero esos países no pudieron ser nunca convencidos para constituir lo que Goebbels bautizó con el nombre de «Fortaleza Europa». Esto vale mucho más todavía en lo que se refiere a los países neutrales. Portugal, España y Turquía ocupaban una posición tan periférica que muy pronto tuvieron que ceder a la presión de los anglosajones. En 1943, Lisboa confirió a los aliados occidentales el derecho de establecer bases en las Azores y suspendió sus suministros de wolframio a las potencias del Eje. Madrid reclamó a sus voluntarios de Rusia. Ankara suspendió sus exportaciones de cromo. Solamente los suecos y los suizos quedaron económicamente ligados a Alemania, pero nadie podía hacerse ilusiones sobre sus verdaderos sentimientos: deseaban librarse lo antes posible del cerco alemán.

Esta era la situación del continente que Hitler quería defender contra una invasión angloamericana. Esperaba con impaciencia este desembarco, firmemente convencido que fracasaría, y que este fracaso entrañaría amplias consecuencias. Un desembarco fallido, los jefes del Estado Mayor anglosajón lo sabían muy bien, significaría que no podrían volverlo a intentar hasta pasados algunos años. La alianza entre las potencias occidentales y la Unión Soviética se vería amenazada. Alemania podría poner en combate sus «armas milagrosas» y tal vez incluso concentrar nuevas fuerzas, a pesar de los bombardeos, es decir, conseguir nuevos aliados y ser incluso capaz, algún día, de tomar otra vez la iniciativa en el frente oriental mientras que Roosevelt y Churchill, sin duda, deberían enfrentarse con dificultades interiores. Ambos bandos tenían plena confianza de estos imponderables y los dos esperaban la gran decisión de las operaciones del verano siguiente.

Los aliados no se tomaron a la ligera la decisión de cruzar el Canal de la Mancha. Pasaron dos años y medio antes de que los primeros proyectos («Sledgehammer», «Roundup») cristalizaran y condujeran a la Operación «Overlord», en tanto que los desembarcos en el Mediterráneo («Torch», «Husky», «Avalanches») concluyeron en el proyecto de otro desembarco en el sur de Francia («Anvil», «Dragoon»), según las últimas decisiones políticas tomadas en el curso de las conferencias de Teherán y de El Cairo («Eureka», «Sextant»). Roosevelt y Churchill designaron al general Eisenhower para mandar la totalidad de las fuerzas de desembarco. Los jefes de Estado Mayor dieron entonces sus directrices: «Tiene usted que asegurarse el acceso al continente europeo y... ejecutar las operaciones dirigidas contra el corazón de Alemania».

Los alemanes fueron puestos al corriente. Los agentes como Elyaza Bazna («Cicerón») y Mathilde Carré («La Chatte») les suministraron informes muy instructivos que habían obtenido de los medios diplomáticos o de las redes de la resistencia. Una parte de estos informes fueron confirmados y completados por el anuncio de que a Eisenhower y Montgomery les habían sido confiadas nuevas misiones y que seis divisiones serían transportadas, antes de finales de marzo de 1944, del escenario mediterráneo a Inglaterra. Además, diversas operaciones manifiestamente destinadas a representar un papel de distracción, llamaron la atención: ataques de los comandos contra las costas de Noruega, sabotajes de las vías férreas en Jutlandia, el lanzamiento por el submarino «Seraph» (Jewell), cerca del puerto español de Huelva, de un cadáver vestido con el uniforme inglés y provisto de papeles falsos (Operación «Mincemeat»).

Sin embargo, el mosaico de los informes, aunque más completo cada día, no permitía sacar ninguna conclusión segura sobre la fecha y el lugar del desembarco. Se sabía solamente que habría dos desembarcos, uno de ellos de carácter secundario. Los puntos más amenazados parecían ser el cabo de Griz Nez, la desembocadura del Sena, la extremidad septentrional de la península de Contentin y la bahía de Saint-Malo. El Alto Mando de la Wehrmacht consideraba poco probable un desembarco en la costa francesa del Atlántico y del Mediterráneo. Sin embargo, hasta el final, Hitler temió que no se efectuara en Noruega. En lo que hace referencia a la fecha, el mando alemán se enteró solamente, por uno de los documentos fotografiados por Bazna, que sería en «mayo o junio», lo que coincidía con los compromisos tomados por Roosevelt y Churchill, en Teherán. La fecha precisa era ignorada, dado que Eisenhower la fijó veinticuatro horas antes.

El plan fue completado por Montgomery el 7 de abril de 1944. Preveía un desembarco en la costa de Calvados, entre las desembocaduras del Dives y del Douve. En cinco sectores («Utah», «Omaha», «Gold», «Juno» y «Sword»), dos y, posteriormente, cuatro ejércitos aliados, pondrían pie y ocuparían, a su derecha, Cotentin, con el importante puerto de Cherburgo. Luego, tan pronto las fuerzas desembarcadas fueran suficientes, avanzarían para operar en terreno libre. Montgomery temía ciertas dificultades en las alas durante la fase anfibia. Detrás de «Utah», cerca de Sainte-Mere-Eglise, existían terrenos pantanosos, cruzados solamente por escasas carreteras. Al nordeste de Caen, los puentes de tres corrientes fluviales, el Orne, el canal de Caen al mar y el Dives, revestían una importancia capital, dado que los carros de combate alemanes

podían utilizarlos para impedir los desembarcos de «Sword». Montgomery solicitó, por tanto, con los jefes de Estado Mayor interaliados sobre los problemas estratégicos y la continuación de las operaciones :

Eisenhower se había puesto de acuerdo, mientras tanto, con los jefes de Estado Mayor interaliado sobre los problemas estratégicos y la continuación de las operaciones :

—Desembarco en la costa de la Normandía.

—Despliegue de las fuerzas para librar la batalla decisiva en los límites meridionales de la cabeza de puente.

—Rotura del cerco alemán.

—Persecución, llevada a cabo por dos Grupos de Ejército, más intensa en el ala izquierda para conquistar los puertos necesarios y amenazar el Ruhr.

—A la derecha, enlace con las fuerzas procedentes del sur de Francia.

—Constitución de una nueva base de partida a lo largo de la frontera alemana, mientras continuaba la conquista de otros puertos en Bélgica, en el norte de Francia y en la costa mediterránea.

—Destrucción de las fuerzas enemigas al oeste del Rin. Creación de cabezas de puente sobre el río. Envolvimiento de la región del Ruhr, atacando preferentemente el ala izquierda. Rotura del frente... y avance en una dirección que sería decidida oportunamente.

Diversas razones impedían a los alemanes oponerse victoriosamente a estas intenciones. En primer lugar, la organización tan defectuosa de su mando. Ninguno de sus jefes poseía una autoridad que pudiera ser comparada a la de Eisenhower. El mariscal Gerd von Rundstedt llevaba el título de «comandante en jefe Oeste», pero Hitler le había prohibido formalmente cualquier estudio sobre los probables proyectos del enemigo, pues se debía limitar sencillamente a defender cada pie de territorio francés. Para esto, contaba con dos Grupos de Ejército: B (Rommel) y G (Blaskowitz). Las unidades de la «Marina Oeste» (Krancke) y la Tercera Flota aérea (Sperrle) recibían directamente sus órdenes de Doenitz y Goering. En compensación, los comandantes militares de Holanda (Christiansen), Bélgica y del norte de Francia (Falkenhausen) y de Francia (Stülpnagel) estaban bajo la autoridad del mariscal. Sin embargo, los poderes ejecutivos estaban en manos de las «altas autoridades de la SS y de la policía» que obedecían instrucciones de Himmler. En lo que atañe a la Organización Todt, la jerarquía era incluso todavía más complicada.

Rommel se tropezaba con restricciones aún mayores que aquéllas que padecía ya Rundstedt en el ejercicio de su mando. Es cierto que había recibido del Führer la misión de inspeccionar el sistema de defensa entre Dinamarca y la frontera española, pero sólo podía presentar informes, mas sin poder dar órdenes. La Organización Todt realizaba aquellos trabajos que les parecían oportunos a Hitler, al Alto Mando de la Wehrmacht y a Speer. Las fortificaciones del Muro del Atlántico construidas por esta organización, no respondían siempre a las necesidades de la tropa y no poseían un carácter equilibrado. Rommel trató al menos de reforzar el frente del Grupo B, de una longitud de dos mil kilómetros, pero no tuvo éxito. Goering se negó a poner a sus órdenes el Cuerpo de la defensa antiaérea como él reclamaba. Las unidades rápidas siguieron al mando de un

«general de tropas blindadas del Oeste» y correspondía a Rundstedt decidir sobre las mismas. La Marina sólo obedecía a sus jefes directos, aunque Rommel contara con un oficial de enlace en su Estado Mayor: el almirante Friedrich Ruge.

Hitler dejó subsistir deliberadamente esta organización defectuosa porque no quería confiar poderes demasiado amplios a un solo jefe. Esto provocaba que Rundstedt, Rommel y Blaskowitz tenían, frecuentemente, que consultar con él cuando se trataba de tomar una decisión importante. Además, los Grupos de Ejército estaban mal informados por el Abwehr y el SD. No contaban con oficiales de información especialmente instruidos. Rommel y Blaskowitz sólo poseían una visión muy nebulosa sobre la situación alemana. El principio hitleriano de que un jefe debía saber solamente aquello que le era necesario para el cumplimiento de su misión, les obligaba a buscar, bajo mano, información que para ellos tenía una importancia capital. Al principio de la invasión, ambos solamente tenían unas ideas muy vagas sobre las posibilidades de empleo de las reservas de combate, los submarinos, los minadores, los aviones y las Armas V. Los informes dados por Hitler no se demostraban. Por ejemplo, anunció al general Hans Speidel, jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos B, la llegada de mil cazas a reacción. Sin embargo, no se vio ninguno en el cielo francés y todavía menos en la zona de combate.

La mala calidad de las tropas del Oeste fue otra de las desventajas decisivas. Había cincuenta y nueve divisiones en Holanda, Bélgica y Francia, es decir, casi tantas como Eisenhower podía destinar al continente, pero la mayoría estaban equipadas de un modo arcaico. Eran unidades de infantería poco móviles, con baterías y carros de intendencia tirados por caballos, divisiones de campaña de la Luftwaffe, algunos batallones constituidos con dispépsicos y algunos cosacos, georgianos y rusos. Las fuerzas blindadas a las órdenes del general Leo Geyr von Schweppenburg estaban, en cambio, mejor armadas, pues, además, de los viejos «P-IV» poseían, aunque en número reducido, potentes «Koenigtiger» y «Jagdpanther» cuyos cañones de 88 mm. lanzaban proyectiles de una gran fuerza de perforación. Pero sufrían de la penuria de combustible y cabía preguntarse sí, puesto que el adversario dominaba el cielo, llegarían a tiempo a la zona de combate.

El Muro del Atlántico, tan celebrado por Goebbels, no aumentaba el potencial defensivo del Ejército del Oeste. Las obras más importantes se encontraban en la costa flamenca, en cabo Griz Nez, en la desembocadura del Sena, alrededor de Cherburgo, en las islas anglonormandas, en Brest y en Lorient. En todas partes se trataba de ligeros centros de resistencia sin suficiente organización. A causa de la falta de materiales, casi ningún refugio era de cemento armado. En la costa de Calvados, no existió, de hecho, ninguna defensa seria antes de la llegada de Rommel, ya que el comandante de la Marina opinaba que los arrecifes impedían un desembarco. Rommel mandó colocar vastas obstrucciones en las playas, constituidas por campos de minas, fortines de cemento armado y unas estacas cargadas frecuentemente de explosivos contra los desembarcos aéreos.

Las fuerzas navales y aéreas eran especialmente débiles. A los 6.697 barcos y lanzas de desembarco del adversario, el almirante Theodor Krancke podía oponer, como

máximo, tres destructores, 36 lanchas rápidas, 34 submarinos y algunos aparatos minadores («Biber», torpedos humanos). Frente a los 13.049 aviones angloamericanos, el mariscal Hugo Sperrle solamente contaba con 350, de los cuales 185 cazas quedaron reducidos a 90 desde el primer envite. Rommel exigía la colocación de minas marinas por los barcos y aviones, pero la insuficiencia de estas fuerzas impidió cumplir sus deseos. El reconocimiento aéreo dejaba mucho que desear. Ya no se introducía en el espacio aéreo de los aliados y fracasó por completo el 5 y 6 de junio de 1944.

Desde un principio las tropas alemanas fueron organizadas para defender todo el territorio entre el Zuiderzee y la costa mediterránea, lo que no permitía efectuar concentraciones rápidas. En Holanda había un Cuerpo subordinado al Grupo de Ejércitos B (Rommel), aunque el sector principal de éste se extendiera desde el Escalda al Loire. Había allí las dos unidades mayores, separadas por el Sena, el 15.º Ejército (Salmuth) y el Séptimo (Dollmann). El Grupo de Ejércitos G (Blaskowitz) aseguraba la defensa al sur del Loire con el Primer Ejército (Chevallerie) en la costa del Atlántico y el 19.º Ejército (Sodenstern) en la zona mediterránea. Cuatro divisiones rápidas, bajo las órdenes de un «generalkommando» constituían las reservas operativas. Estaban estacionadas alrededor de París con el nombre de «Grupo blindado Oeste» (Geyr). El Alto Mando de la Wehrmacht había destinado tres divisiones blindadas a Rommel.

Con las 75 divisiones de que disponía en Inglaterra, Eisenhower formó el 12.º Grupo de Ejércitos americano (Bradley) y el 21.º Grupo de Ejércitos británico (Montgomery). Bradley tenía a sus órdenes el Primer Ejército (Hodges) y el Tercero (Patton), y Montgomery mandaba el Primer Ejército canadiense (Crerar) y el Segundo Ejército inglés (Dempsey), pero, durante la primera fase y durante la lucha por la conquista de la cabeza de puente, sólo actuaría un Ejército de cada uno de los dos grupos. Las brigadas de franceses libres, polacos, holandeses, belgas, noruegos y checos serían desembarcadas asimismo en el Continente. A partir del 5 de junio, el Séptimo Ejército americano (Patch) se concentró principalmente en Argel, Cerdeña y Córcega, que acababa de ser liberada por los franceses libres, para desembarcar en la costa francesa del Mediterráneo. Clark había tenido que cederle las mejores tropas a su mando: el Sexto Cuerpo americano (Truscott) y el 19.º Cuerpo francés (Juin).

Las fuerzas navales también poseían un carácter internacional. El almirante inglés sir Bertram Ramsay obtuvo el mando supremo en Inglaterra, en tanto que el almirante americano Henry K. Hewitt asumía el mando al frente de las unidades reunidas en el Mediterráneo occidental. Ramsay tenía a sus órdenes la Home Fleet, elementos de la 12.^a Flota americana, así como también barcos franceses, polacos, noruegos y holandeses. Hewitt tenía, bajo su mando, la escuadra británica de Gibraltar, su propia 8.^a Flota, nueve barcos franceses, siete griegos y transportes de todas las nacionalidades, italianos, sobre todo. Los acorazados «Warspite», «Ramillies», «Rodney», «Nelson», «Arkansas», «Nevada» y «Texas» formaban el grupo de bombardeo de la flota de Ramsay. Hewitt disponía, para este fin, del acorazado francés «Lorraine» y un portaaviones de escolta.

Las fuerzas aéreas estaban compuestas esencialmente por el Bomber Command de la Royal Air Force (Harris) y la 8.^a Air Force americana (Eaker), en Inglaterra, y de la 15.^a Air Force americana (Doolittle) en Italia. A principios de febrero de 1944, fueron

concentrados bajo el mando del general Carl Spaatz, que pertenecía al Estado Mayor de Eisenhower, con el fin de coordinar los vuelos estratégicos por medio de los cuales intentaban destruir las fábricas de petróleo sintético en Alemania. A fines de mayo, los aviones angloamericanos atacaron al oeste de la Línea Anvers-Poitiers. Pocos días antes del desembarco se dedicaron a los puentes sobre el Loire y el Sena con objeto de aislar el Muro del Atlántico del interior. El mariscal del Aire sir Trafford Leigh-Mallory, asumió el mando de las fuerzas aéreas destinadas a la operación. Además del grueso de dos flotas aéreas, disponía de numerosos cazabombarderos y aparatos de transporte. En las mismas prestaban servicio los voluntarios extranjeros, entre los que destacaban los pilotos de caza franceses Pierre Clostermann y Jacques Remlinger, el belga Jean Oste y otros.

Eisenhower tuvo que tomar decisiones muy importantes. La primera hacía referencia al empleo de los bombarderos contra las ciudades y pueblos en un gran radio de acción alrededor de la zona de desembarco. Destruir todas estas aglomeraciones era sacrificar a muchos miles de civiles franceses, pero, al mismo tiempo, se bloqueaba con las ruinas y escombros el acceso al campo de batalla y se impedía el aprovisionamiento y la intervención de las reservas del enemigo. Como es natural, los especialistas de Estado Mayor se dedicaron a controversias apasionadas. Eisenhower decidió limitarse al bombardeo de los cruces de carretera y los puentes. El 15 de mayo de 1944, en la escuela londinense de Saint-Paul presentó un esquema detallado de las operaciones ante el rey Jorge VI, Churchill, Brooke y numerosas altas personalidades y obtuvo una unánime aprobación.

La segunda decisión consistió en fijar la fecha del desembarco. En su origen fue prevista para principios de mayo, pero fue aplazada para estudiar más detalladamente el plan y alargar la duración de la preparación aérea. La fecha definitiva dependía de consideraciones relativas a la fase de la luna, a las condiciones de la marea y la salida del sol. Para el ataque era preciso contar con un noche oscura, pero que ya existiera claridad al llegar a la costa y con la marea baja, para evitar las obstrucciones en la playa. Estas condiciones existían solamente el 5, 6 y 7 de junio, y no volverían a presentarse hasta catorce o veintiocho días más tarde y las consecuencias de un aplazamiento eran fáciles de prever: sería necesario desembarcar las tropas, el secreto sería conocido, los alemanes pondrían en acción sus armas «V», entre las que el Cuartel general angloamericano (SHAEF) contaba, no solamente los cohetes, sino también las armas bacteriológicas y la bomba atómica.

Las fuerzas congregadas en Irlanda del Norte, en las Orcadas y en las Hébridas, zarparon al anochecer del 3 de junio. Empezaba la gran operación. Pero estos barcos tuvieron que dar media vuelta, no sin grandes dificultades, debido a la que las previsiones meteorológicas fueron malas por la mañana, lo que obligó a Eisenhower a aplazar la orden de salida. Veinticuatro horas más tarde, las previsiones fueron más favorables, pero solamente durante un período limitado. Existía la posibilidad de trasladar varios regimientos de infantería por el aire, pero, sin embargo, ignoraban qué sucedería a continuación y si estarían en condiciones de reforzarlos y si los aviones podrían actuar más de dos días. Eisenhower adoptó, no obstante, esta decisión. Sin objeciones por parte

de Montgomery, Ramsay y Leigh-Mallory, fijó la fecha del desembarco para el 6 de junio de 1944.

Las unidades aerotransportadas abandonaban los campos de aviación poco después de medianoche. En parte, su transporte fue asegurado por los planeadores del tipo «Horsa II» y «Waco», remolcados por viejos bombarderos como los «Albermarle» y los «Stirling». Varias unidades saltaron en paracaídas. La 6.^a División aerotransportada británica (Gale), encargada de ocupar los puentes sobre el Orne y el Dives, sufrió elevadas pérdidas, pero aún fue peor para los diecisiete mil americanos de la 82.^a (Gavin) y 101.^a (Taylor), divisiones que se encontraron muy dispersadas. Varios centenares de hombres se ahogaron en las inundaciones del Douve. Numerosos planeadores chocaron contra los árboles y arbustos y se perdió un material muy precioso. Un contraataque dirigido por la 91.^a División aerotransportada alemana (Falley) causó nuevas pérdidas. Sin embargo, Taylor pudo ocupar Sainte-Mere-Eglise, y a continuación establecer un enlace con la playa de «Utah». Mientras, los paracaidistas de Gale destruyeron y ocuparon los importantes puertos en el flanco oriental de la cabeza de puente y tomaron al asalto la batería de Merville.

Siguieron violentos bombardeos. A las 6,03 horas, cinco acorazados, 22 cruceros, 93 destructores y lanchas lanzacohetes abrieron el fuego sobre la costa, mientras que se acercaban 4.222 embarcaciones. El viento, que soplaba muy fuerte del noroeste causó pérdidas entre las mismas, pues trescientas se hundieron y fueron arrojadas contra las rocas o las obstrucciones. Los soldados de ocho regimientos de élite, atacados por el mareo, calados hasta los huesos, saltaron a la playa. Numéricamente eran el doble de hombres que los alemanes. En los sesenta kilómetros que separaban la desembocadura del Orne de la del Vire, solamente había dos unidades del 84.^o Cuerpo (Marks); la 716 División de infantería (Schlieben) y la 352 (Kraiss). Los obuses y las bombas habían destruido sus posiciones, muchos de sus defensores habían muerto, estaban heridos, aislados o corrían de uno a otro lado, después de haber perdido la razón. Sin embargo, el martilleo no fue efectivo sobre la playa de «Omaha» en donde la 29.^a División americana (Roosevelt) fue objeto de un recibimiento especialmente caluroso.

El general Ornar N. Bradley, jefe de las tropas americanas de desembarco y que se encontraba aún a bordo del crucero «Augusta», lo consideraba ya todo perdido e iba a dar la orden de retirada cuando le comunicaron que las unidades desembarcadas en «Utah» no tropezaban con ninguna resistencia seria. Los aviones angloamericanos realizaron 25.000 salidas. De los 34 submarinos del golfo de Gascuña, sólo seis pudieron entrar en el Canal de la Mancha. La 5.^a Flota de Lanchas rápidas (Hoffman) atacó saliendo de El Havre, averió al crucero polaco «Dragon» y hundió un destructor noruego. Los aviones alemanes no pudieron despegar casi en ningún punto a causa de las pistas destruidas. Por la noche los ingleses habían conquistado sobre el Orne una cabeza de puente de una longitud de 25 kilómetros, en una profundidad de diez kilómetros, y los americanos ocupaban diversos puntos favorables al sudeste de Contentin. Alrededor del ochenta por ciento de las tropas aliadas y el veinticinco por ciento del material habían llegado a tierra. Eisenhower podía estar satisfecho.

Los alemanes reaccionaron muy lentamente. A partir de las seis de la mañana, el general Speidel dio las órdenes para el «caso Normandía» y previno a Rommel, que se entrevistó con Hitler y pasó la noche en su casa, en Herrlingen, cerca de Ulm. Pero el Grupo B no podía disponer de las fuerzas subordinadas al Alto Mando de la Wehrmacht. Por este motivo, en un principio, solamente la 21.^a División blindada (Feuchtinger) pudo intervenir. Cruzó Caen, en llamas, penetró en la cabeza de puente y la cortó en dos con sus 22.^o Regimiento (Oppeln-Bronikowski). El alto Mando de la Wehrmacht autorizó a regañadientes a intervenir a otras unidades de la reserva: la «Panzer-Lehr-Division» (División blindada de instrucción) y la 12.^a División blindada de las SS (Witt) que sufrieron elevadas pérdidas durante horas, en localidades en ruinas como Argentan y Flers. Rommel había reclamado precisamente que estas unidades fueran destinadas a la costa por causa de este peligro aéreo.

En el curso de los días siguientes, el resto del Primer Cuerpo blindado de la SS (Dietrich) fue lanzado al combate, mientras que el II (Hausser) era llamado desde Hungría. Finalmente, el general Leo Grey von Schweppenburg colocó, bajo sus órdenes, a todas las unidades rápidas que se encontraban en Francia, pero antes de que éstas pudieran ser concentradas, una «alfombra de bombas» aniquiló casi todo el Estado Mayor del «Grupo blindado Oeste» y los aviadores angloamericanos transformaron vastos espacios en un «desierto ferroviario» («Railway Desert»). Durante este tiempo, los aliados, utilizando los puertos artificiales («Gooseberries») y («Mulberries») desembarcaban cada día que pasaba 1200 toneladas de material en las playas sin temer un ataque aéreo. Al final de las primeras semanas ya se encontraban en la cabeza de puente, muy aumentada, 427.000 soldados, así como numerosos carros de combate y cañones.

Ante la insistencia de los mariscales Rundstedt y Rommel, Hitler se presentó el 17 de junio en Margival, cerca de Soissons, en donde había sido construido, ya en el año 1940, un potente puesto de mando fortificado. Rommel aprovechó la ocasión para hacer una exposición muy clara de la situación. Ya no creía en la posibilidad de un segundo desembarco al norte del Sena y reclamó la libertad de acción completa. Sin embargo, Hitler se negó a conceder incluso la menor rectificación del frente. Se aferraba a un arma que «había de decidir la guerra», instalada desde la víspera en la región de Calais: una bomba volante, de 7'33 metros de largo y cargada de una tonelada de explosivo. Rundstedt y Rommel intentaron inútilmente hacerle emplear esta arma contra la cabeza de puente. Hitler quería atacar Londres para «obligar a los ingleses a hacer la paz». El resultado fue decepcionante. «La conferencia —ha escrito Speidel— terminó con un interminable monólogo de Hitler.»

Mientras tanto, una acumulación de esfuerzos se manifestaba cada vez con más claridad en el ala derecha del frente de invasión. Con la ayuda de los acorazados «Nevada», «Arkansas» y «Texas», los americanos habían reducido las baterías, para ellos sumamente molestas, de Marcouf (Ohmsen) y de Montebourg (Küppers) y, al sur de Sainte-Mere-Eglise, rechazado más allá del Douve el 6.^o Regimiento de paracaidistas (Heydte). El 7.^o Cuerpo (Collins) conquistó entonces Contentin. Cherbourg (Schlieben) sucumbió como anteriormente Singapur, puesto que sus principales fortificaciones estaban dirigidas hacia el mar y su defensa terrestres estaba preparada de un modo

insuficiente. La guarnición luchaba ante todo para ganar el tiempo necesario y proceder a la destrucción completa del puerto. Una vez conseguido esto, capituló, a pesar de la prohibición de Hitler, el 26 de junio de 1944. Las esperanzas que tenían los aliados de poder utilizar rápidamente el puerto, no se vio cumplida. Todos los muelles y todas las grúas habían sido demolidos; los tinglados incendiados y las aguas minadas. Fueron necesarias dos semanas para reparar solamente una parte de los daños, mientras que los días 18 y 19 de junio una tempestad averió o destruyó los puertos artificiales de la costa y ocasionó la pérdida de unos trescientos barcos de transporte. Pero estos incidentes ya no podían influir de un modo decisivo en las operaciones terrestres. Los angloamericanos disponían de suficientes medios para hacer frente a estas crisis. Su presión ya no volvió a ceder. El Primer Ejército americano (Hodges) ejerció un nuevo esfuerzo ante Saint-Lo, mientras que el Segundo Ejército inglés (Dempsey) atacaba Caen. Tres Cuerpos blindados alemanes pasaron al contraataque, amenazaron el flanco y la retaguardia de los ingleses que habían avanzado entre Tilly y Cane, pero ya no pudieron alterar el signo de la batalla.

Eisenhower tuvo a veces la impresión que las consideraciones de orden político dictaban los obstinados esfuerzos de los ingleses. Sin embargo, Londres no le hizo nunca un solo reproche, aunque la capital sufría enormemente el peso de las Armas V y que una gran parte de la opinión pública inglesa reclamaba una pronta ocupación del norte de Francia, desde donde eran lanzados los cohetes. Aparentemente, Montgomery deseaba avanzar lo antes posible más allá de Dives con el Primer Ejército canadiense y el Segundo Ejército inglés, en lugar de mantenerse en posiciones fijas tal como lo tenía previsto el plan de Eisenhower. Estas diferencias de opiniones no aportaron ninguna ventaja a los alemanes que se encontraban embarcados en una batalla de desgaste tanto en el frente de Saint-Lo como en el de Caen. El Grupo B comunicó la muerte de 28 generales, 2.360 oficiales y 97.000 hombres. Los cazabombarderos hicieron numerosas víctimas entre los altos mandos, entre ellos el general Erich Marcks y otros jefes de división. El general Friedrich Dollman murió de un ataque cardíaco en su Cuartel general.

Rommel no ignoraba lo que resultaría de esta táctica de desgaste y ya preveía el final de la resistencia alemana. Ante El Alamein no se había preocupado de las cuestiones políticas, pero, desde entonces, sentía remordimientos cada vez más intensos por la suerte de su país. Diversas personalidades fueron a visitarle para exponerle los crímenes del régimen y solicitar su colaboración, su autoridad y su popularidad con miras a una acción liberadora. Hombres como Karl Strolin y el teniente coronel Caesar von Hofacker, hombre de confianza del general Heinrich von Stülpnagel, comandante militar en Francia, le visitaron. Estas conversaciones condujeron a un engrandecimiento del grupo congregado alrededor de Beck y Goerdeler. Incluso antes del desembarco, Rommel estaba de acuerdo con Stülpnagel, Falkenhausen, Blumentritt, Speidel, Geyrvon Schewepenburg, Ruge, Schwerin y Hofacker sobre la necesidad de poner fin a la dictadura de Hitler y concluir un armisticio en el Oeste.

Sin embargo, la fórmula de Casablanca y el hecho de que las potencias occidentales, prisioneras de su propia propaganda, odiasen al Cuerpo de oficiales tanto como al propio

Hitler, hacía dudar de la posibilidad de llevar este plan a la práctica. Además, existían entre los conjurados divergencias sobre el modo de dar comienzo a la acción. Según las impresiones personales obtenidas de los generales de la SS, Paul Hausser y Josef Detrich, que servían en el marco de su Grupo de Ejércitos, Rommel no creía que las Waffen-SS desencadenaran una guerra civil si Hitler era derrocado del poder. Esta razón, entre otras, le conducía, sin duda, a pronunciarse contra un atentado. No quería eliminar a Hitler, sino arrestarle y llevarle ante un tribunal alemán.

La idea de que una rebelión, iniciada a la ligera, pudiera hacer fracasar las negociaciones de armisticio y provocar una parálisis interior que dejara Alemania, es decir, toda Europa a merced del bolchevismo haciendo de él un «Kerensky», atormentaba igualmente a Rommel, sobre todo, dado que los soviets habían roto el frente a ambos lados de la gran carretera de Esmolensko. Consideraba igualmente que la forma más prudente de actuar era hacer que el propio Hitler pusiera fin, lo antes posible, a la guerra en el Oeste, y arreglar a continuación los asuntos internos del país. Con el fin de llegar a una decisión en este sentido, Rundstedt y Rommel emprendieron el 29 de junio de 1944 un viaje a Berchtesgaden. Pero no lograron convencer a Hitler. Este hizo caso omiso a la exposición de los dos mariscales y se refirió, de nuevo, a sus armas «milagrosas». Dos días más tarde, Rundstedt era remplazado por Kluge. Rommel, sin embargo, sólo fue objeto de una advertencia.

Se decidió entonces por una solución desesperada. Previno a Beck y Stülpnagel y rogó a Hofacker, que aseguraba por aquel entonces muy activamente el enlace entre Berlín, París y La Roche-Guyon y el Cuartel general de Rommel, que coordinara todas las medidas y trabajos con Speidel en una última memoria para Hitler. Este informe que constaba de tres páginas escritas a máquina, declaraba que el frente alemán del Oeste no resistiría más de tres semanas y rogaba a Hitler que no cerrara por tiempo los ojos a las «consecuencias políticas» que entrañaba esta situación. Después de haber transmitido este ultimátum, el 15 de julio de 1944, Rommel declaró: «Le acabo de ofrecer su última ocasión. Si no deduce las lógicas conclusiones, actuaremos».

Dos días más tarde, en Vimoutiers, un caza inglés en vuelo rasante, ametralló el coche de Rommel que, arrojado del mismo, sufrió una fractura de cráneo. Todo parecía indicar que no se recuperaría. Sea como fuere, quedaba descartado en el momento en que más necesidad se tenía de él. Pero el golpe de Estado ya no podía esperar por más tiempo. La inesperada detención de Reichwein y Lebe, una información de la Oficina Central de Seguridad del Reich, según la cual también Goerdeler iba a ser detenido, la desintegración del frente del Oeste y la catástrofe del Este, empezaba a surtir efectos. El 6 de julio, el coronel Von Stauffenberg, nombrado mientras tanto jefe del Estado Mayor del Ejército de la Reserva, decidió llevar a cabo el atentado. A partir del 14 esperaba ser llamado al Cuartel general del Führer, en donde tendría lugar la decisión.

El plan de acción ya había sido aprobado. A la muerte de Hitler, el general Friedrich Olbricht desencadenaría la Operación «Walküre», en Berlín. Según las órdenes ya preparadas, tropas del Ejército de la Reserva ocuparían todas las posiciones clave, el barrio de los Ministerios y las oficinas de la policía, las emisoras de radio, las centrales telefónicas, las fábricas de gas y los servicios de agua. Asimismo, el general Ludwig

Beck asumiría provisionalmente el poder con Carl Friedrich Gordeler como canciller y confiando el mando de las Fuerzas Armadas a Rommel o al mariscal Von Witzleben. El partido nacionalsocialista sería disuelto, se constituirían tribunales para juzgar los crímenes cometidos y, durante la depuración, harían proposiciones de armisticio a las potencias occidentales abandonando, si era necesario, los países ocupados. En el Este proseguiría la guerra en un frente lo más corto posible.

Este plan contenía una serie de incongruencias. Nadie podía prever la actitud que el pueblo, el partido, la SS, la Marina y el Ejército oriental adoptarían ante el golpe de Estado. Nada autorizaba a los conjurados a creer que Estados Unidos y Gran Bretaña renunciarían a sus obligaciones frente a Stalin para concluir una paz por separado con Alemania. Finalmente, Stauffenberg no parecía muy calificado para llevar a cabo el atentado. A causa de sus heridas (pérdida de un ojo, de la mano izquierda y de varios dedos de la mano derecha) no podía disparar directamente contra Hitler. Tenía que introducir una bomba en el Cuartel general y el éxito dependía mucho de la suerte. Sin embargo, la falta de tiempo, de experiencia revolucionaria y el profundo idealismo que impulsaban a Stauffenberg le hicieron vencer todas las objeciones.

El 20 de julio de 1944, Stauffenberg llegó a Rastenburg, en avión, para tomar parte en su habitual conferencia, colocó su cartera de mano, que contenía la bomba, bajo la mesa, muy cerca de Hitler y volvió a salir pretextando que tenía que hacer una llamada telefónica. Casi inmediatamente, eran las 12'42 horas, se oyó una violenta explosión, surgieron las llamas y vio volar vigas de madera en todas direcciones. Stauffenberg creyó que Hitler había muerto. El general Erich Fellgiebel interrumpió las comunicaciones en el interior del recinto lo que permitió a Stauffenberg marcharse a tiempo. Un avión preparado por el teniente general Edouard Wagner le llevó a la capital, en donde disfrutaban de un hermoso día de verano.

El general Friedrich Olbricht y el coronel Albrecht Merz von Quirnheim, su subjefe de Estado Mayor, no se habían decidido a dar la consigna «Walküre» al enterarse, por Fellgiebel, que Hitler había salido ileso del atentado. Fromm y Hoepner se enteraron asimismo de la noticia y Beck la transmitió al mariscal Von Witzleben, que se encontraba con él en el Ministerio de la Guerra, en la Bendlerstrasse. El cambio en la situación se produjo cuando el general Paul von Hase, comandante de la plaza, envió a un batallón de la Guardia para arrestar a Goebbels. Este puso en comunicación por teléfono al comandante Ernest Remer con Hitler y le ordenó sofocara el *putsch*. Remer marchó sobre la Bendlerstrasse.

Olbricht, Merz, Stauffenberg y Haefen intentaron aún hacer progresar el levantamiento. Parte de los grandes Estados Mayores aceptaron sus órdenes sin oposición. En París, sobre todo, Stülpnagel logró hacer detener al Obreguppenführer Karl Oberg y mil doscientos hombres del SD. Las Academias militares de los alrededores de Berlín enviaron sus contingentes con sumo retraso. La radio alemana anunció que Hitler hablaría aquella misma noche por radio. Witzleben abandonó la Bendlerstrasse desconfiando ya del éxito de la empresa. Fromm, que se había hecho arrestar, fue libertado por un grupo de oportunistas, obligó a los conjurados a deponer sus armas y los llevó ante un improvisado tribunal que condenó a muerte a los cuatro. Fromm invitó a

Beck a quitarse voluntariamente la vida. Hacia las 23'15 horas, los soldados del batallón Remer condujeron a Olbricht, Merz, Stauffenberg y Haefen al patio del Ministerio y los fusilaron. Stauffenberg murió al grito de: «¡Viva nuestra santa Alemania!»

Los acontecimientos del 20 de julio apenas provocaron una reacción en los diversos frentes. Las tropas luchaban por su propia existencia y no disponían de tiempo para sumirse en consideraciones políticas. En el viejo castillo del duque de la Rochefoucault, en donde se había instalado Kluge, como sucesor de Rundstedt y de Rommel, la jornada terminó con una lúgubre cena de despedida de Stülpnagel. Conociendo lo que le esperaba, el general, cumpliendo la orden de Keitel, partió a la mañana siguiente para «rendir cuentas». En Verdún se disparó una bala en la cabeza, pero sólo logró quedar ciego. Freisler lo condujo, sin embargo, junto con otros, a la horca. Kluge continuó en su puesto en una situación muy comprometida, puesto que, mientras tanto, los americanos habían ocupado Saint-Lo en ruinas y, en la orilla occidental del Vire, las unidades blindadas de refresco ejercían una presión cada vez más intensa.

La batalla decisiva se inició el 24 de julio a las 9'40 horas. Unos dos mil aviones de la 9.^a Air Force (Breton) abrieron un sangriento corredor. El ataque superó en violencia todo lo que se había visto hasta entonces. Las alfombras de bombas aniquilaron una media división alemana y dos batallones americanos. El general Lesley J. Mac Nair, inspector del Ejército americano, fue muerto en su coche de reconocimiento. Una brecha imposible de cerrar se abrió en el frente alemán. Kluge mandó un oficial a Beyerlein para ordenarle resistir y el viejo africano respondió: «Delante, todos están en sus puestos, mi teniente coronel. Mis granaderos, los pioneros, los soldados anticarros, resisten. Ninguno de ellos abandonará su puesto..., resisten en sus agujeros, silenciosos y mudos, debido a que han muerto. Muerto, ¿comprende? Comunique al mariscal que la Panzer-Lehr ha dejado de existir».

Pero a causa precisamente de la confusión que reinaba en el campo de batalla los americanos avanzaban con mucha lentitud. Sufrían en su flanco la presión de la División blindada (Schwerin) y de la 116 (Prittwitz) dirigidas por Hausser, en el ala izquierda del Segundo Cuerpo de paracaidistas (Meindl). Sin embargo, el Tercer Ejército americano (Patton) logró alcanzar los puentes del Avranches. Las consecuencias eran fáciles de prever. Hitler envió al general Karlimont a Kluge para que éste, a pesar de sus objeciones, retirara las divisiones del sector de Caen que ya se hundía. Mientras el 5.^o Ejército (Eberbach), con sus dos Cuerpos debía conquistar las alturas de Mortain y rechazar a Patton para cerrar la brecha de Avranches (Operación «Lüttich»).

El ataque obtuvo éxito cuando se hizo de noche. Importantes contingentes del 8.^o Cuerpo americano (Middleton) fueron aniquilados, pero, al amanecer del 8 de agosto, numerosos «Typhoon» atacaron los carros de combate alemanes con sus cohetes y los incendiaron a centenares. El 10 de agosto, Kluge tomó la iniciativa de retirar las divisiones diezmadas detrás del Orne. Mientras, el general Patton demostró haber aprendido bien las lecciones de anteriores campañas. El grueso de su fuerza cruzó Avranches y, luego, se desplegó en abanico hacia Saint-Maló, Brest, Lorient, Saint-Nazaire, Nantes y Le Mans. Este movimiento excéntrico provocó una nueva

concentración ya que el 15.º Cuerpo americano (Haislip) giró por Laval y Alençon hacia Argenton, en tanto que el Primer Ejército canadiense (Crerar) ocupaba La Falaise.

Kluge trabajó incansablemente para salvar, por lo menos, los restos de las tropas blindadas de un envolvimiento y obtuvo éxito. Sin embargo, importantes unidades de la infantería del Séptimo Ejército (Hausser) quedaban retenidas en la bolsa de La Falaise en donde las oleadas de bombas les obligaron a cesar en su resistencia.

«Los caminos, las carreteras y los campos —escribió Eisenhower— estaban cubiertos de material, de cadáveres humanos, cadáveres de animales, de tal modo, que a duras penas podíamos abrirnos paso. Veinticuatro horas después de haber cerrado el cerrojo, me hice conducir allí y lo recorrí a pie. Vi un espectáculo que sólo Dante habría sido capaz de describir. En algunos lugares avanzábamos, literalmente y en varios centenares de metros, sobre carne muerta y en descomposición.»

Como de costumbre, Hitler declinó toda responsabilidad por las derrotas de Avranches, de Mortain y de La Falaise. La culpa no era suya, ni tampoco correspondía al Alto Mando de la Wehrmacht, sino al Grupo de Ejércitos B. El 16 de agosto, por la tarde, el mariscal Walter Model se presentó, sin haberse hecho anunciar, en el castillo de la Roche-Guyon y presentó un escrito a mano de Hitler que revelaba a Kluge de su mando.

Sin duda alguna, a éste le esperaba un proceso sensacional como cómplice del atentado del 20 de julio. Para ahorrar a su familia las venganzas habituales en estos casos, Kluge eligió envenenarse, cosa que hizo entre Verdún y Metz, camino de Berlín. Dejó escrita una carta para Hitler en la que le rogaba que pusiera fin a la guerra. «El pueblo alemán —decía la última frase— ha sufrido indeciblemente, y ha llegado la hora de poner fin a este horror».

Mientras, Patton lanzó fuertes cuñas blindadas por Le Mans y Orleans hacia el nordeste que alcanzaron, por Dreux, la región de París. Bradley había destacado el 8.º Cuerpo (Middleton) en la dirección inversa para limpiar la Bretaña y conquistar dos o tres puertos utilizables. Middleton ocupó Saint-Maló, pero su ataque fue detenido delante de Brest. La ciudad fue tenazmente defendida por el general Bernhard Ramcke, un «notable soldado», comentó Eisenhower. El mando supremo interaliado casi podía estar contento de no haber encontrado ningún puerto satisfactorio en la costa bretona a causa de la resistencia alemana y las destrucciones sistemáticas. Esto le permitía ahora rechazar las numerosas objeciones de Churchill contra la Operación «Dragoon».

El primer ministro inglés no había aceptado nunca de buen grado el desembarco en el mediodía de Francia, que los americanos consideraban necesario para asegurar Tolón y Marsella con vistas a la llegada de refuerzos y material. Afirmaba que fácilmente se encontrarían estos puertos en la costa bretona o normanda. Apoyado por Brooks, Alexander y Wilson, reclamaba, por tanto, el empleo del Séptimo Ejército americano (Patch) en Italia, puesto que confiaba aún poder invadir Dalmacia e Istria. La convicción de que era imprescindible tomar pie en el surdeste de Europa antes de la llegada de los Ejércitos de Stalin, crecía cada día, por así decirlo, entre los ingleses desde que fue reanudado el avance soviético en verano. Pero Eisenhower, a quien Churchill trataba de ganarse a esta idea, se aferraba severamente a su plan y mandaba al *premier* inglés a hablar con Roosevelt cuando se trataba de cuestiones políticas.

Para este desembarco en el sur de Francia fueron concentrados 450.000 soldados aliados, 5.000 aviones y 2.000 barcos. La resistencia no podía ser muy fuerte ya que el 19.º Ejército alemán (Wiese) había tenido que destinar todas sus divisiones móviles a Normandía y sólo había un destacamento entre Perpiñán y Niza. Contaba con sólo una media docena de pequeños carros de combate italianos y, además, tenían que utilizar las armas más heterogéneas procedentes del botín de guerra. El Primer Ejército (Chevallerie) no pudo acudir en su ayuda, puesto que se había retirado, por orden superior, al Loire superior dejando fuertes guarniciones en los puertos del suroeste. Dos unidades de guerrilleros bien equipados se encontraban entre los dos ejércitos. Sólo en la Costa Azul había 25.000 guerrilleros.

El desembarco del 15 de agosto se efectuó sin dificultades en diversos puntos situados entre Tolón y la bahía de Agay. El fuego de los acorazados «Ramillies», «Lorraine», «Nevada», «Texas» y «Arkansas», redujo al silencio el fuego de las baterías alemanas. Los lanzamientos nocturnos de muñecos que representaban paracaidistas, las maniobras de diversión realizadas por los guerrilleros y la súbita desertión de los soldados auxiliares rusos, a los que los agentes aliados habían prometido la impunidad, facilitaron la operación principal: el lanzamiento de los mil soldados aerotransportados al noroeste de Fréjus y de Cannes. Por la noche, cuatro divisiones americanas y francesas ya se encontraban en la ruta del litoral. Dos días más tarde, el ataque tomó dos direcciones, el Segundo Cuerpo francés (De Lattre) atacó Tolón y Marsella, los americanos avanzaron hacia el curso inferior del Durance con la manifiesta intención de cerrar el valle del Ródano en Avranges. En estas condiciones los alemanes tuvieron que replegarse por los valles del Ródano y del Saone.

La lucha en la costa terminó el 27 de agosto. Tolón, Marsella, Cannes y Niza habían sido ocupadas y se había alcanzado la frontera italiana. Un cañón alemán, en la península de Saint-Mandrid disparó su último proyectil el 28 y, luego, cesó toda resistencia. El Séptimo Ejército (Patch) hizo más de 250.000 prisioneros, ocupó Briançon, Grenoble y Lyon y avanzó, al noroeste de Dijon, hacia la meseta de Langres que ya había sido alcanzada por el ala derecha de Patton. Sin embargo, las esperanzas de Eisenhower sufrieron un nuevo desengaño: ni Tolón, ni Marsella podían ser empleados, de momento, como puertos. El antiguo puerto militar francés era ya sólo un montón de escombros. En Marsella el almirante Heinrich Ruhfus había hecho saltar 9.000 metros de muelles, destruido 200 grúas y hundido 70 barcos. Además, las dos ciudades habían sufrido grandes daños a causa de una acción prematura del movimiento de la resistencia (FFI).

La misma suerte amenazaba París. Hitler ordenó destruir, sin contemplaciones de ninguna clase, los objetivos militares de la capital. Pero Speidel no transmitió esta orden y el general Dietrich von Choltitz la ignoró cuando el Alto Mando de la Wehrmacht la renovó. Los oficiales interesados no pensaban en defender la ciudad, ya que sólo contaban con débiles efectivos para mantener el orden. Además, los hombres como Speidel y Choltitz sentían por la *Ville Lumière* el respeto que los soldados alemanes le habían manifestado en 1814-1815, 1870-1871 y 1940. El cónsul general de Suecia, Raoul Nordling, obedecía, sin duda alguna, a estos mismos sentimientos cuando se ofreció como mediador. Aunque se entablaron tiroteos entre los miembros del movimiento de la

resistencia y los alemanes, logró concertar una especie de moratoria entre Choltitz y el socialista Alexander Parodi. Para dar pruebas de su buena voluntad, el general mandó libertar a 4.213 presos políticos y el movimiento degaullista se abstuvo de provocar un levantamiento general.

La crisis fue en aumento a cada día que pasaba y se sucedían los ataques, los fusilamientos y los incendios. En julio, los «B-24» transportaron a Francia 7.580 armas y 62 agentes destinados precisamente a provocar este levantamiento en París. Muchas de estas armas fueron a parar a manos de los comunistas al frente de los cuales se encontraba el antiguo combatiente de la guerra de España y agente del Komintern, Henri Tanguy («Coronel Rol»). Este acató las instrucciones dadas por el Kremlin para todas las ciudades que se encontraban en la misma situación: atacó. El 22 de agosto su consigna apareció en numerosos muros: «*A chacun son Boche!*» Estaba a punto de ocurrir una matanza. Choltitz se arrepintió de su acuerdo, cuando los soldados alemanes salían de sus refugios y eran muertos. Pero Nordling, una vez más evitó lo peor. Invitó a los resistentes responsables a reclamar una capitulación en orden.

Las negociaciones entre los degaullistas y los americanos condujeron finalmente a Bradley a lanzar la Segunda División blindada francesa (Leclerc) hacia la ciudad que les era indiferente desde el punto de vista militar. Fue seguida por la Cuarta División americana (Gerow) y los últimos puntos de apoyo alemanes se rindieron después de una breve resistencia. El general Charles de Gaulle se presentó entre sus compatriotas. Su llegada dio una mayor solemnidad al acto y puso fin al mismo tiempo a las ambiciones de los radicales de la izquierda, a pesar de que el populacho tuviera las manos libres durante algunos días y circulaban rumores en relación con un putsch comunista. El 28 de agosto, De Gaulle proclamó la disolución de todas las unidades armadas de la resistencia parisina. Veinticuatro horas más tarde, dos divisiones americanas, poderosamente equipadas, desfilaron por los Campos Elíseos con el fin de demostrar a los partisanos de Rol, detrás de qué bandera se encontraba el mayor número de bayonetas. Un Gobierno francés se instalaba poco después en París. La situación se normalizó lentamente. La guerra se alejaba.

EL HUNDIMIENTO DEL FRENTE ORIENTAL, 1944

El Kremlin se aprovechó sin pérdida de tiempo del desembarco angloamericano para eliminar Finlandia. ¿Pretendía solamente concluir un armisticio o subyugar a la República vecina? Estados Unidos y Suecia, amigos occidentales de los finlandeses, consideraban probables ambas respuestas y ofrecieron a tiempo su mediación a Helsinki. Desde fines de febrero de 1944, el consejero Juho Paasikivi se había trasladado a Estocolmo para establecer contacto con la embajadora soviética Alexandra Kollontai y, un mes después, se trasladó a Moscú en compañía del ministro de Asuntos Exteriores

Carl Enckell. Las condiciones rusas resultaban inaceptables: regreso a la frontera de marzo de 1940, pago de una indemnización de 600 millones de dólares y una acción ofensiva contra los alemanes que se encontraban en territorio finlandés. El presidente Risto Ryti rechazó estas proposiciones.

Los soviets esperaron el comienzo del desembarco y atacaron entonces, con fuerzas muy superiores en el frente de Carelia (Meretskov), al noroeste de Leningrado. Emplazaron de tres a cuatrocientos cañones por kilómetro, mucho más que un año y medio antes en Stalingrado. Más de mil aviones apoyaron las unidades blindadas y la infantería. El 10 de junio, tres regimientos de la Guardia realizaron el primer avance de importancia. El mariscal Mannerheim tuvo que replegar el Tercer Cuerpo (Siilasvuo) y el Cuarto (Laatikainen) a la línea VT, preparada ya desde hacía mucho tiempo y llamar refuerzos de la Carelia oriental. Estas posiciones no tardaron en ceder y los finlandeses se replegaron entonces a la línea VTK (Ciipuri-Taipale-Kupansaari). La penuria de efectivos obligaba a abandonar el espacio entre los lagos Ladoga y Onega, es decir, los terrenos ganados en 1941.

Helsinki, dominada por la inquietud, se dirigió al Cuartel general del Führer. Hitler mandó a Ribbentrop que, antes de prometer trigo, armas y tropas de socorro, reclamó una asociación más íntima entre los dos países, para lo bueno y para lo malo y, sobre todo, el compromiso de no concluir una paz por separado. Finlandia era un país democrático y este pacto habría tenido que ser ratificado por la Asamblea legislativa, pero no se consiguió la mayoría necesaria. Ribbentrop, por lo tanto, tuvo que contentarse con una nota de Risto Ryti que comprometía solamente a éste y a los hombres nombrados por el presidente, prometiendo no concluir la paz ni el armisticio sin el consentimiento de Alemania. Con gran decepción de los finlandeses, la contrapartida fue muy reducida. El Alto Mando de la Wehrmacht, debido a las circunstancias, solamente pudo enviar la 129 División de infantería y una brigada de artillería de choque.

Mientras Ribbentrop negociaba en Helsinki, los rusos lanzaron una nueva ofensiva contra el Grupo de Ejércitos del Centro (Busch). El Segundo Ejército (Weiss), el Noveno (Jordan), el Cuarto (Heinrici) y el Tercer Ejército blindados (Reinhardt) tenían que defender un saliente de 400 kilómetros que agrupaba Vitebsk, Orcha, Mogilev, y replegarse hacia el oeste, al sur del Pripet, al sector vecino que empezaba en Kovel. Detrás de estas posiciones que ni siquiera se apoyaban sobre el Dnieper, infranqueable a los carros de combate, la Sexta Flota aérea (Greim) contaba solamente veinticuatro cazas y dos depósitos de combustible muy reducidos. Como reservas, el mariscal Ernst Busch sólo disponía de tres o cuatro divisiones. Hitler había prohibido al Grupo de Ejércitos de la Ucrania Norte (Model) enviar unidades blindadas porque creía poder detener la siguiente ofensiva de los soviets en el sector sur y oponer, por fin, «una concentración a otra concentración».

El despliegue de los rusos fue observado a tiempo y ya no existió la menor duda sobre sus intenciones agresivas. La escucha de la radio, las fotografías aéreas, los informes de los agentes indicaban claramente cuáles eran las intenciones rusas, lo que no impidió que Hitler hablara de un «bluff». Rechazó categóricamente las proposiciones, cada vez más insistentes, que le fueron hechas para replegar el frente sobre unas líneas

más cortas. Estas proposiciones se las presentaron Zaitzler, Busch y Greim y otros pero no concluyeron en nada positivo. Busch terminó por resignarse y obedeciendo ciegamente a su jefe supremo compartió su punto de vista de que era necesario defender las posiciones hasta el último momento. Hitler calificó las ciudades de Vitebsk, Orcha y Bobruisk de «plazas fortificadas» y ordenó defenderlas a toda costa. Con ello renunciaba de un modo deliberado a la flexibilidad que proporcionaba la maniobra. Con sus primeros golpes el adversario iba a hundir un sistema tan rígido y dismantelar metódicamente el frente alemán.

La batalla comenzó con una acción de sabotaje de amplia envergadura. Según las fuentes soviéticas, cerca de 240.000 guerrilleros atacaron los puentes y las vías férreas en 9.600 puntos diferentes durante la noche del 19 al 20 de junio de 1944, detrás de las líneas alemanas. El día 22, 4.500 aviones bombardearon los emplazamientos de las baterías y los centros de resistencia. Cuatro Grupos de Ejército, concentrados al mando de Vassilevski y Chukov se lanzaron al ataque en forma escalonada y empleando en numerosos puntos una nueva táctica: en el curso de su bombardeo preparatorio, la artillería abría unos corredores, muy mal definidos, por los que pasaban los carros de combate y la infantería hasta el momento en que los cañones alargaban el tiro para permitir la salida de una segunda ola de asalto. Cuarenta y cinco brigadas blindadas, dieciséis grandes unidades motorizadas y seis divisiones de caballería dieron rápidamente a la ofensiva una peligrosa fuerza.

El Primer Frente de la Rusia blanca (Rokossovski) rompió las líneas del Noveno Ejército (Jordan) a ambos lados de Bobruisk. Uno de los brazos de la tenaza efectuó su enlace, cerca de Beresino, con el Segundo Frente de la Rusia blanca (Sacharov) avanzando entre Orcha y Mogilev. El Tercer Frente de la Rusia blanca (Cherniakovski) y el Primer Frente del Báltico (Bagramian) realizaron avances incluso más profundos. Dejando Vitebsk entre ellos, alcanzaron la región de Minsk-Modotchno y el curso medio del Duna. Cuatro divisiones del Tercer Ejército blindado (Reinhardt) fueron destruidas y aniquiladas entre Vitebsk y Dunaburg. Solamente la mitad del Cuarto Ejército (Tippelskirch) pudo pasar a la orilla occidental del Duna en donde sufrió nuevas y graves pérdidas en una región sin carreteras, cubierta de frondosos bosques y poblada de guerrilleros. El grueso del Noveno Ejército (Vormann) fue cercado en Bobruisk.

De las cuarenta divisiones con que contaba Busch a principios de la batalla, veinticinco fueron destruidas, dispersadas o cercadas. Las restantes trataron de escapar de Vitebsk, de Mogilev y de otras bolsas, pero sólo lo consiguieron pequeños destacamentos aislados. Las largas columnas del Cuarto Ejército quedaron detenidas en el paso del Beresina, ofreciendo un fácil blanco a los aviadores soviéticos, mientras que los zapadores intentaban lo imposible para acelerar su despegue. Después de una lucha desesperada fue necesario abandonar el Beresina, y Minsk, en donde abundaban los aprovisionamientos de toda clase, fue abandonada por el pánico. Todos los esfuerzos realizados por el Segundo Ejército (Weiss) —que no fue atacado—, para formar el esqueleto de un nuevo frente, fracasaron. Una brecha de una anchura de trescientos kilómetros se abría entre el curso medio del Duna y Sloutsk.

Hitler creyó poder detener la catástrofe con un cambio en los mandos. El 28 de junio destituyó a Busch y unió el Grupo de Ejércitos del Centro al de la Ucrania del Norte, al mando de Model. Este, que había hecho sus pruebas en el frente oriental, era un jefe tal como él lo deseaba: enérgico, audaz, implacable y duro, pero desaprobaba, sin embargo, al igual que otros muchos mariscales y generales las elevadas pérdidas que entrañaba la orden de resistir dada por Hitler. Para cerrar la brecha que tenía una longitud de 350 kilómetros, consideraba necesario una «solución radical», el repliegue de todos los ejércitos. El nuevo frente debía estabilizarse sobre la línea Riga-Przemysl. Aunque este plan fuera aprobado por el jefe del Estado Mayor general Zeitzler, Hitler no podía dar su consentimiento al abandono de una región tan amplia. Otra vez el ataque enemigo debía ser roto por la constitución de «plazas fuertes» y por la «voluntad fanática de resistir».

Model no pudo hacer nada más que frenar el avance de los rusos por medio de operaciones de movimiento a uno y otro lado del bosque de Naliboki, en el Niemen superior. Pero esto no duró mucho tiempo. El segundo Ejército (Weiss) tuvo que evacuar Pinsk. A su izquierda el Cuarto Ejército (Tippelskirch) fue arrojado de Lida. Vilna, una de las «plazas fuertes» de Hitler, cayó después de cinco días de combate. Solamente en Augustov, cerca de la frontera de la Prusia oriental, las reservas llamadas desde Galitzia, sobre todo el Treinta y nueve Cuerpo blindado (Saucken), atacaron de flanco las cuñas soviéticas y las obligaron a replegarse. La situación se estacionó provisionalmente entre Vilkomir y Brest-Litovsk, dado que los rusos tropezaban con dificultades para abastecerse y tenían que esperar la llegada de la infantería que avanzaba a pie y se encontraba detenida en varios puntos.

Vassilevski al comprobar que, para cerrar la brecha, los alemanes habían tenido que retirar fuerzas importantes de los otros Grupos de Ejército, incitó a la Stavka a ampliar la ofensiva por todo el espacio comprendido entre el lago Peipus y los Cárpatos y crear nuevos centros de rotura. El Tercer Frente del Báltico (Masslenikov) y el Segundo (Jeremenko) llegaron hasta el Báltico, en tanto que el Primer Frente de la Ucrania (Koniev) y el Cuarto (Pretrov) avanzaban de Kovel y Ternapol hacia el curso medio del Vístula. Moscú esperaba romper, de ese modo, la cohesión del frente alemán, reconquistar los países bálticos y Galitzia y, finalmente, provocar una capitulación rápida de Finlandia y de Rumania.

El general Georg Lindemann temía desde el principio de la ofensiva soviética, los peligros que amenazaban al Grupo de Ejércitos Norte. Había propuesto a Hitler abandonar los Estados bálticos hasta Duna, lo que le valió ser remplazado inmediatamente por el general Hans Friessner, pero éste tuvo que cambiar muy pronto el mando con el general Ferdinand Schoerner. Antes de que Friessner hubiera concentrado el Grupo de Ucrania Sur, en Rumania y que Schoerner llegara a Segevoid, cerca de Riga, Hitler destituyó a su jefe del Estado Mayor general Zeitzler a quien le prohibió que vistiera incluso el uniforme. Desde hacía tiempo sus objeciones y prevenciones le irritaban. Por otro lado desde el atentado de Stauffenberg se sentía dominado por una desconfianza casi enfermiza. Por todas partes presentía la traición y siguiendo los consejos de hombres como Bormann e Himmler trató, más intensamente que hasta entonces, de transformar el Ejército en un instrumento del partido nacionalsocialista.

El hecho que eligiera al general Heinz Guderian como nuevo jefe del Estado Mayor general no dejaba de resultar irónico, puesto que este excelente jefe había sido destituido durante el invierno 1941-1942 después de violentas discrepancias. Guderian no había tenido el menor contacto con el grupo de la resistencia y se encontraba, por casualidad, en las cercanías del Cuartel general, y estos fueron los motivos de su elección. El general regresaba al frente del Estado Mayor cuando sus predicciones se habían ya tristemente realizado y el Ejército blindado, creado por él, como instrumento de la guerra relámpago, ya era solamente una caricatura de lo que había sido. Por todo lo expuesto, Guderian no podía exponer otras opiniones que las de Zeitzler. No cejó en su empeño de reclamar un acortamiento del frente, mientras que Hitler quería a toda costa mantenerse en la parte norte de los países Bálticos para impedir la defección de Finlandia y el acceso al Báltico de las fuerzas navales Soviéticas en donde amenazarían los transportes de minerales suecos y dificultarían el entrenamiento de las tripulaciones de los submarinos.

Estos argumentos de peso, justificaban hasta cierto punto las ideas estratégicas del gran almirante Karl Doenitz. Pero sólo podían conducir al caos ya que, después de todas las catastróficas derrotas, el Ejército ya no estaba en condiciones de defender el frente en Narva y la desembocadura del Dniester. Era preciso acortar considerablemente las líneas, estabilizar el sistema defensivo y ganar tiempo para tratar de conseguir soluciones políticas. De todos modos Finlandia ya enfilaba el camino de una paz por separado y la diplomacia sueca no era ajena a estas negociaciones. Sin embargo, la penetración de las fuerzas navales soviéticas en el Báltico, tan temida por Hitler y Doenitz, no planteaba problemas insolubles dado que los rusos no poseían ya grandes navíos en condiciones de combate y pocos submarinos.

La suerte del sector norte del frente alemán se cumplía como lo habían previsto Zeitzler, Guderian, Model, Lindemann y Friessner. Mientras potentes fuerzas soviéticas atacaban los istmos de Narva, Masslenikov y Jeremenko rodeaban el Lago Peipus por el sur y avanzaban hacia la costa. El Grupo de Ejércitos del Norte se defendió fanáticamente. Al ver las masas de refugiados que huían hacia Riga, muchos soldados se dieron cuenta del peligro que amenazaría a Europa si Stalin triunfaba. Desde hacía tiempo su espíritu de sacrificio ya no se inspiraba en la política hitleriana. Los estonios y los letones luchaban literalmente para salvar sus vidas. A un lado y el otro del Narva, el Tercer Cuerpo blindado de la SS (Steiner), compuesto en gran parte por holandeses, noruegos, estonios, daneses, flamencos y valones, rechazó, con los granaderos de la Prusia oriental y tropas de la Marina improvisadas, el ataque del Frente de Leningrado (Govorov). En Tartuu (Dorpat) un regimiento de guardafronteras estonios y el batallón del Hauptsurmfürer belga León Degrelle, libraron con los soviets una batalla sangrienta. El Sexto cuerpo letón (Krueger) trató de contener a los atacantes entre Opotschka y Dunaburg.

Los soviets avanzaban con una rapidez que causaba pánico. Mientras Bagramian atacaba el ala izquierda del Grupo de Ejércitos del Centro, que se encontraba en plena retirada, por los combates de las unidades blindadas alrededor de Kaunas, Shianliai y Vilkovichken, y que el Dieciocho Ejército (Loch) se veía rechazado hacia el Valka, el golpe decisivo se cernía sobre Donaburg la infantería rusa tomó la ciudad al asalto el 27

de julio. Dos días después, los bolcheviques continuaban avanzando, asaltando y violando, en dirección a Tukum, por donde alcanzaron el mar. El Grupo de Ejércitos Norte estaba cercado. Su ala derecha todavía defendía una gran cabeza de puente al sur de Riga pero el frente, al norte de esta ciudad, por Valka, el Lago de Virts y Tartuu (Dorpat) hasta la costa del Peipus subsistió todavía durante algún tiempo, debido al hecho de que el adversario trasladó su punto de gravedad a otro sector.

De acuerdo con las disposiciones tomadas por Vassolevski, éste fue centrado en Galitzia. El Primer Frente de la Ucrania, (Koniev) y el Cuarto (Petrov) ya atacaban desde hacía dos semanas. Lwow cayó a fines del mes de julio. El Primer Ejército blindado (Raus) fue rechazado hasta los contrafuertes septentrionales de los Cárpatos. El Cuarto (Harpe) tuvo que franquear el Vístula en Sandomierz y en Poulay. El Primer Frente de la Rusia blanca (Rokossovski) intervino a su vez; ocupó Brest-Litovsk y marchó sobre Varsovia en donde el «Armia Kraiowa» polaca preparaba un levantamiento. Model comprendió que la situación era grave. Apoyado por Guderian, concentró todas las fuerzas que pudo echar mano. La Luftwaffe fue invitada a poner todas sus reservas en combustible a disposición de los aviones del frente central para que pudieran atacar de un modo eficaz las masas blindadas soviéticas. La brigada de voluntarios franceses (Puaud) cerró una brecha en el Visloka. Los elementos del Noveno Ejército, el Cuarto Cuerpo de la SS (Gille) y otras unidades, infligieron una terrible derrota a las avanzadillas de Rokossovski en Siedlce, el 3 de agosto.

Los resultados favorables de estas batallas en Siedlce y en Vilkovichken permitieron a Hitler realizar, por fin, con dos semanas de retraso, su deseo de restablecer el enlace terrestre con el grupo de Ejércitos Norte (Schoener). La Marina apoyó, con el Segundo Grupo de combate (Thiele), al Tercer Ejército blindado encargado de esta operación. Gracias a la excelente artillería del crucero pesado «Prinz Eugen» fue posible hacer saltar el cerrojo formado por los rusos. El 20 de agosto, diez carros de combate «Tiger», al mando del general conde Hyazinth Strachwitz, llegaron a Tukum, venciendo los últimos obstáculos, un destacamento de la división de la SS «Norland» (Scholz) procedente de la cabeza de puente de Riga ayudó a limpiar el corredor. Una parte de las columnas de fugitivos civiles pudo entonces escapar por Liepaja (Libau).

Este éxito ya no podía impresionar a los finlandeses que estaban decididos, después de la ofensiva soviética en Carelia, a reanudar las negociaciones. El 1.º de agosto, el presidente Ritso Ryti se retiró para anular de este modo su pacto con Ribbentrop y para que Helsinki tuviera nuevamente las manos libres. Le sucedió el mariscal Mannerheim que hizo reanudar, por Enckell y Passikivi, las conversaciones interrumpidas desde abril con la embajadora Alexandra Kolontai en Estocolmo. Moscú ponía dos condiciones a la conclusión de un armisticio el Gobierno finlandés tenía que romper todas sus relaciones con Alemania y exigía también la retirada del Veinte Ejército de montaña (Rendulic) que operaba en Laponia, internando a todas las tropas alemanas que se encontraran en su territorio en la fecha del 15 de setiembre.

Mannerheim estaba decidido a entenderse con el Kremlin y no disimuló su intención en la entrevista que mantuvo con Keitel que fue a visitarle por orden de Hitler. A principios de setiembre rompió las relaciones diplomáticas con Alemania y expuso su

punto de vista en una nota que remitió al general Waldemar Erfurth para que fuera entregada a Hitler. Alemania, alegaba, no moriría aunque la suerte se volviera contra las armas hitlerianas, pero una derrota militar entrañaba «la expulsión o exterminio» de cuatro millones de finlandeses. Poco después cesó el fuego en el frente. El 7 de setiembre la Comisión de armisticio finlandesa, compuesta por el ministro de Asuntos Exteriores Antti Hackzell, los generales Rudolf Walden, Erik Heinrichs y Oscar Enckell, salió para Moscú en donde hubo que esperar todavía una semana antes de que Stalin les presentara su «diktat», en forma de ultimátum, por mediación de Molotov.

La valiente resistencia finlandesa había dado sus frutos. Las condiciones rusas habían empeorado con respecto a las del mes de marzo en el sentido de que el Kremlin reclamaba ahora la cesión de la región de Porkkala. Stalin y Molotov se mantuvieron inflexibles en lo que hacía referencia a la frontera del año 1940, pero ya no insistían en la cuestión de la rendición sin condiciones. Las indemnizaciones de guerra estaban fijadas en 300 millones de dólares americanos que Finlandia tendría que pagar durante un plazo de seis años, y con entregas de materiales. Además, Rusia exigía, durante la duración de las hostilidades, el uso de una parte de los campos de aviación y de los barcos mercantes. El Ejército sería desmovilizado en un plazo de dos meses y medio, después de haber expulsado, desarmado e internado el Ejército de montaña alemán.

Mannerheim hizo discutir estas condiciones por el Gabinete y dejó la decisión final en manos de la Asamblea legislativa que las aprobó por gran mayoría. El acuerdo fue firmado el 19 de setiembre de 1944. Sin embargo, Finlandia aún no había de gozar de paz. A pesar de que Speer hubiera declarado que Alemania podía prescindir del níquel de Pétsamo, Hitler ordenó al Veinte Ejército de montaña que conservara el sector de Litsa y constituyeran un flanco defensivo hacia el sur. La noche del 14 de setiembre, los alemanes invitaron a capitular a la guarnición de Suursaari (Hogland) y atacaron. A partir de este momento los dos antiguos aliados se encontraron prácticamente en guerra.

Suursaari constituía un punto importante en el cerrojo montado a través del golfo de Finlandia para impedir a las fuerzas soviéticas su avance hacia el oeste. El armisticio finlandés rompía ahora este sistema defensivo. Por lo tanto, por orden de Hitler, el «almirante comandante en jefe del Báltico oriental», preparó la ocupación de la isla. Pero la operación constituyó un fracaso. La flotilla de transporte a las órdenes del capitán de navío Karl Conrad Mecke, tuvo que dar media vuelta bajo el fuego de las baterías de costa finlandesas y el ataque de los cazabombarderos soviéticos. El Segundo Grupo de combate (Thiele) compuesto por el «Prinz Eugen» y los destructores, esperó inútilmente, al oeste del golfo de Finlandia, la orden de intervenir en la lucha.

«Una de las operaciones más inútiles de toda la guerra», escribió Ruge. Efectivamente, la decisión de abandonar la Estonia septentrional, muy importante para la defensa de los campos de minas, ya había sido tomada. Mientras los soldados alemanes se hacían matar por sus antiguos aliados en Suursaari, el Tercer Cuerpo blindado de la SS (Steiner) se replegaba del frente de Narva para establecerse entre Parnu y el Lago Wirts. El frente naval se rompió al mismo tiempo. Los cruceros «Prinz Eugen» y «Lützow» recogieron los barcos que se replegaban desde Finlandia y los acompañaron a la bahía de Danzig. El 22 de setiembre un gran convoy que transportaba 10.000 soldados alemanes y

numerosos estonianos, abandonó la ciudad de Tallinn (Reval). El Gobierno formado por Otto Tief como presidente, no pudo organizar nuevas posiciones de defensa. Por todas partes en las que fue posible, sus partidarios se refugiaron en los bosques para formar una guerrilla desesperada.

Al igual que Finlandia, Rumania reanudó sus contactos con el adversario a principios del año 1944; los bombardeos angloamericanos cada vez más eficaces, y el aproximamiento de los ejércitos soviéticos, hacían las negociaciones más necesarias que nunca. Se entabló una verdadera carrera entre el Gobierno y la oposición. Antonescu mandó sondear a Alexandra Kollontai, en Estocolmo, por mediación del embajador Frederic Nanu para saber si el Kremlin aceptaría una neutralidad de Rumania. Los enemigos del mariscal, Juliu Manui, Constantin Visoianu, Gheorghe Tatarescu y Constantin Bratianu, cuyos enlaces más importantes pasaban por El Cairo y Berna, imaginaban todos los planes posibles para derrocar el régimen y realizar un cambio de frente. Ningún rumano sospechaba que el futuro de su país ya se encontraba decidido hasta cierto punto: desde fines de mayo de 1944 un acuerdo entre Stalin y Churchill preveía que Rumania sería zona de operaciones soviética y Grecia zona de operaciones inglesa.

El 4 de agosto el mariscal Antonescu realizó una última visita al cuartel general del Führer en Rastenburg. Al ser interrogado por Hitler si Rumania resistiría al lado de los alemanes, «hasta el fin», dio una respuesta evasiva. Le preocupaban los problemas inmediatos. ¿Podía ser reforzada la defensa antiaérea de forma eficaz? El Frente de la Ucrania Sur, era esta su principal preocupación, ¿sería reforzado lo suficiente para que pudiera resistir? El mariscal no apartaba la mirada de Ankara en donde la influencia inglesa iba continuamente en aumento. ¿Qué medidas tomaría Alemania si Inonu abría los Estrechos a los Aliados occidentales y si éstos entregaban los navíos italianos a los soviets que entonces podrían desembarcar en las costas rumanas y búlgaras del Mar Negro?

En lo que hace referencia al sudeste de Europa, Hitler no alimentaba ninguna clase de ilusiones. Interpretó la rotura de relaciones entre Turquía y Alemania, el 2 de agosto, como el preludio de un grave conflicto entre el Este y el Oeste, mientras que este acontecimiento estimulaba de un modo considerable a los rumanos y a los búlgaros en la oposición. Igualmente, después de su entrevista con Antonescu, Hitler llegó a la conclusión errónea de que Rumania se mantendría firmemente en el bando alemán. Fue reforzado en esta idea por los informes del embajador Manfred von Kilingen y el general Eric Hansen que le mandaron desde Bucarest. Himmler, Goering, Ribbentrop y Keitel, mejor informados, no se atrevieron a contradecirle y demostraron sorpresa cuando sobrevino la catástrofe.

El frente del Grupo de Ejércitos de la Ucrania Sur constituía un saliente, muy difícil de defender, entre la desembocadura del Dniester y Campulung, en los Cárpatos septentrionales. Cuatro ejércitos se alineaban allí: el Tercer rumano (Dumitrescu), el Sexto alemán (Fretter-Pico), el Octavo alemán (Wohler) y el Cuarto rumano (Racovitza), es decir, unos 900.000 hombres. No eran lo bastante potentes para reducir las cabezas de puente soviéticas en el Dniester, puesto que, después del desastre sufrido por el Grupo del

Centro, Hitler les había retirado seis divisiones blindadas y cuatro divisiones de infantería. Al principio de la batalla decisiva, Friessner contaba, solamente en la reserva, con dos divisiones alemanas y un pequeño grupo de combate eslovaco. Intentó, de un modo inútil, obtener la autorización de replegarse detrás de la línea Danubio-Sereth-Cárpatos tal como se había hecho en el año 1917.

Teniendo en cuenta el armamento insuficiente de sus aliados, Friessner fusionó las unidades rumanas y alemanas. Subsistían, sin embargo, numerosos puntos débiles que no escaparon a la atención del adversario a quien la traición ayudaba igualmente. El general Mihai Racovitzá preparaba su desertión desde ya hacía mucho tiempo, incluso antes del principio del ataque soviético. Según una información enviada a El Cairo por Juliu Maniu, este jefe de Ejército planeaba poner fin a la alianza junto con los generales Aurel Aldea y Ata Constantinescu-Claps. Al parecer, Racovitzá y Aldea participaron en las conversaciones con los emisarios del mando ruso que tuvieron lugar la noche del 21 al 22 de agosto, en el convento de Cahelu, en los Cárpatos. Ambos tomaron las medidas necesarias para abrir el frente en diversos puntos, sobre todo en el sector de la Quinta División de caballería (Carp).

Diversos oficiales rumanos se negaron, sin embargo, a prestarse a este juego. El general Radu Korne apeló a la opinión pública. Los comandantes Traian Catana y Constantin Neculce se opusieron por la fuerza a la infiltración de las unidades enemigas y hallaron la muerte. Mientras, el grupo de conjurados Maniu-Bratianu había telegrafiado a los anglosajones de El Cairo que contaban con el consentimiento del rey y que las tropas aerotransportadas prometidas podían ser enviadas muy pronto. La revolución tenía que estallar el 26 de agosto. Pero el rey Miguel I se decidió en otro sentido. Cuando se enteró, por medio del ministro de Asuntos Exteriores Mihai Antonescu, que el mariscal consideraba necesario un armisticio, avanzó la fecha al 23, con una actitud que debía eliminarle a él y a la oposición.

Aquel día cuando la ofensiva del Segundo (Malinovski) y Tercer (Tolbuchin) Frente de Ucrania alcanzaban su mayor amplitud, el rey celebró una entrevista con el mariscal Antonescu en el castillo de Bucarest a las cuatro de la tarde. El soberano declaró que, después de haber consultado con los partidos políticos, había decidido firmar un armisticio. Siguió una violenta discusión a la que Miguel I puso fin, haciendo detener a Antonescu. Poco después las tropas de la guardia y de la policía rodeaban todos los edificios ocupados por los alemanes. Por la noche el rey leyó una proclama por radio anunciando el fin de la dictadura y ordenando a los soldados que depusieran las armas. Rumania había aceptado las condiciones de los Aliados, las injusticias del Arbitraje de Viena (1940) iban a ser reparadas.

El general Constantin Sanatescu entró a formar parte del Gobierno. El rey nombró al diplomático Grigore Niculescu-Buzesti ministro de Asuntos Exteriores. Los jefes de la oposición: Juliu Maniu (partido nacional campesino), Constantin Bratianu (partido liberal), Titil Petrescu (partido socialista) y Lucretiu Patrascanu (partido comunista) fueron nombrados ministros sin cartera. Era evidente que el rey Miguel, siguiendo el ejemplo italiano, había constituido, sin pérdida de tiempo, un Gobierno capaz de ser aceptado por los Aliados para futuras negociaciones. El soberano declaró al embajador

alemán que estaba «desconsolado, como Hohenzollern, del cambio que habían seguido los acontecimientos», pero que la Wehrmacht había de abandonar, sin tardanza, el territorio rumano para ahorrar lo peor a los dos ejércitos hasta entonces aliados. Niculescu-Buzesti ofreció a los alemanes la libre retirada, «siempre que no se entregaran a actos de hostilidad».

Hitler no comprendió, al principio, el alcance de los acontecimientos. Bajo la influencia de un informe favorable presentado por el general Alfred Gerstenberg, ordenó «sofocar el levantamiento», y formar un Gobierno germanófilo. A la mañana siguiente, Gerstenberg que, en su calidad de «comandante de la región petrolífera» tenía a sus órdenes sólo unidades de la Luftwaffe, marchó sobre Bucarest con ocho «grupos de combate de las defensas antiaéreas». Pero el general Titus Jonescu, encargado de la capital, disponía de más de sesenta carros de combate e impresionantes efectivos. En el Arco de Triunfo, cerca del campo de aviación, Gerstenberg tuvo que abandonar su operación, iniciada a la ligera y que provocó la detención de todos los miembros de la Embajada alemana. El 25 de agosto el Gobierno Sanatescu declaró la guerra a Alemania.

Mientras tanto, el frente se había derrumbado. Las unidades blindadas del mariscal Malinovski avanzaban hacia el sur a ambos lados del Pruth. Muy pronto una parte de estas fuerzas viraron hacia el este para reunirse con las de Tolbuchin que habían partido de las cabezas de puente del Dniester. Una importante fracción del Sexto Ejército alemán (Fretter-Pico) fue cercado entre el Dniester y el Pruth y obligada a capitular aunque Friessner, no haciendo caso de la orden dada por Hitler de resistir, hubiera tomado bajo su mando directo a todas las fuerzas del interior y ordenado la retirada. El caos adquirió proporciones indescriptibles. El rey Miguel ordenó a los rumanos que se concentraran en el curso inferior del Danubio. Mientras unas cuantas unidades continuaban la lucha, dado que no querían abandonar a sus compañeros de armas alemanes, otras obedecieron y bloquearon en muchos puntos la red de carreteras. Poco después desaparecía la unidad de mando. Agotados por el sol de agosto, después de días y de noches sin descanso, frecuentemente sitiados y despegándose otra vez del enemigo haciendo acopio de todas sus fuerzas, los restos de las unidades alemanas en fuga alcanzaron las montañas pobladas de bosques, en donde en los estrechos desfiladeros les esperaban nuevas dificultades.

Durante esta retirada ocurrió un curioso episodio: la navegación por el Danubio, de Braila a las Puertas de Hierro, por los destacamentos de la Marina. El acorazado soviético «Sebastopol» había hecho acto de presencia en la desembocadura del río cuando las tropas de Tolbuchin ocupaban Ploesti, Bucarest y avanzaban por la Walaquia y entonces el almirante Paul Zieb concentró todos sus barcos: lanchas dragaminas, remolcadores, patrulladores, transportes, petroleros y lanchas de carga, unos 200 en total, e intentó escapar hacia el oeste con este convoy que alcanzaba una longitud de veinte kilómetros. A bordo se encontraban, además del personal de la Marina, un batallón disciplinario, numerosos heridos, trabajadores, mujeres, niños, numerosos fugitivos rumanos e incluso prisioneros de guerra que no sentían ningún interés en ser liberados por sus compatriotas. Un motín de los soldados alemanes, unas negociaciones muy difíciles, abordajes, las minas a la deriva y los duelos nocturnos de la artillería, dieron a la empresa un carácter de

emocionante aventura. La ciudad de Cernavoda, defendida por la artillería, fue bombardeada lo que, al parecer, causó la muerte de varios millares de rumanos. Finalmente en Turnu-Severin, Zieb tropezó con una barrera soviética infranqueable. La mayor parte de los barcos fueron hundidos. Los que pudieron continuaron la huida a pie. Grupos enteros cayeron en manos de los guerrilleros de Tito que los mataron.

Mientras, Bulgaria, que escapaba también de la influencia alemana, había retirado de Tracia y Macedonia sus tropas de ocupación y solicitado un armisticio a Gran Bretaña y a Estados Unidos. Esta política no podía alcanzar éxito. El país bordeaba la catástrofe después de la misteriosa muerte del zar Boris III (1943). Las viejas oposiciones agitaban la vida pública, los guerrilleros, dirigidos por los comunistas, actuaban de un modo salvaje en los montes. Las discordias acabaron con el Consejo de la Regencia, compuesto por tres miembros que gobernaba en nombre del zar Simeón, menor de edad. Finalmente Konstantin Mauravieff, presidente del Consejo de ministros, quiso pasarse al campo occidental declarando la guerra a Alemania. Pero Stalin, advertido por Dimitroff, anuló este gesto desesperado declarando la guerra a Sofía, sin dar el menor pretexto y alcanzando, de este modo, el derecho de atacar el sur del Danubio.

Este cambio de actitud por parte de Bulgaria amenazaba el Grupo de Ejércitos del general Alexander Löhr cuyos 350.000 soldados, poco movibles debido a que no poseían muchos vehículos, se encontraban en Grecia y en las islas Egeo. Los barcos y los aviones retiraron las guarniciones de los puestos avanzados, pero la aviación y la Flota inglesa intervinieron muy pronto, de modo que algunas de estas guarniciones quedaron aisladas hasta el fin de las hostilidades. Los innumerables guerrilleros de los Balcanes constituían otro grave peligro para el repliegue de este Grupo E. También había que prever los ataques de los búlgaros, dado que los rusos habían ocupado Sofía y habían instalado un Gobierno de Frente popular, obediente a Moscú. Löhr, sin embargo, obtuvo un éxito al formar un frente defensivo en Macedonia y, con el apoyo de irregulares albanos y montenegrinos, rechazar a los búlgaros. A pesar de ello se originaron muchas crisis y hubo un momento en que el Grupo de Ejércitos parecía completamente cercado. Necesitó cuatro meses de combates y de marchas para alcanzar el sector que le había sido señalado, entre Mostar y Sarajevo.

El levantamiento de Varsovia significó, para el Ejército alemán del Este, una de las peores acciones secundarias que se vio obligado a combatir. El Gobierno polaco en el exilio, de Londres, presidido por Stanislaw Mikolajczyk, lo preparaba desde hacía tiempo. El coronel conde Komorovski («Bor») antiguo campeón de concursos hípicas que había sucedido a Roviecki, presentó objeciones contra la oportunidad de un levantamiento armado debido al avance de los bolcheviques pero se sometió, no obstante, a las órdenes recibidas. En contra de todo lo esperado, el nuevo jefe del «Arma Kraiowa» logró hacer llegar grupos de guerrilleros bien armados a los alrededores de la capital, pero las tres quintas partes de los efectivos estaban constituidas por habitantes de Varsovia. Esta masa, que comprendía a muchas mujeres, logró sorprender y matar a la guarnición, compuesta en gran parte por ucranianos, turcomanos y azerbaijanos, demostrando así el odio fanático que les dominaba.

Por otro lado, el hecho de que casi toda la «élite» de Varsovia participara en bloque en el levantamiento constituía para Moscú, una razón para negar toda ayuda a «Bor». El mariscal Rokossovski, cuyas unidades blindadas habían ocupado los suburbios de Praga y había alcanzado la orilla oriental del Vístula en el curso de los días siguientes, también era polaco. Tenía a sus órdenes la brigada Kosciuszko compuesta de antiguos prisioneros polacos y prometió a los rebeldes prestarles toda la ayuda posible. Sin embargo, su artillería no tardó en suspender el fuego. Aviones de la Royal Air Force, pilotados por polacos, despegaron de las bases del Cercano Oriente para arrojar víveres sobre Varsovia, pero los rusos les prohibieron hacer escala en sus campos de aviación y tuvieron que suspender sus vuelos. El Obergruppenführer Erich von dem Bach-Zelewski, encargado de restablecer la situación disfrutó, por este hecho, de un respiro. Logró apoderarse de varios puntos de apoyo de la ciudad: la ciudadela la estación de Danzing, el palacio Bruehl, los dos campos de aviación, la central de la policía y reclamó nuevas reservas.

Con la excepción de Stalingrado, ninguna otra ciudad constituyó un campo de batalla parecido. Todos los edificios de Varsovia fueron destruidos o dañados gravemente bajo los efectos de la artillería pesada, los cañones de asalto, los bombardeos en picado, los lanzallamas y los carros teledirigidos cargados de explosivos. Para forzar un internado, en el barrio de Kokotov, fue necesaria más munición que para cerrar en el frente una brecha enemiga. La batalla fue especialmente encarnizada alrededor de la Perspectiva Miadova en donde el primer día los insurgentes mataron a 400 heridos graves alemanes junto con los médicos y las enfermeras. El jardín sajón y las salas de Mirecki constituyeron igualmente puntos neurálgicos. Después de la caída de los suburbios de Zoliborz, Vola y Czerniakob, los soldados de Bor recorriendo kilómetros de cloacas, ocuparon las nuevas posiciones detrás de las ruinas de la ciudad vieja. Se arrepintieron entonces de la negativa formulada a Bach, que les había ofrecido permitir la salida de las mujeres y niños, puesto que en este espacio tan reducido, el apretamiento les robaba la libertad de acción necesaria.

Mientras, había sido establecido contacto entre Bach y Bor. Este último vacilaba ya que recibía nuevas promesas rusas, pero que no eran cumplidas. La «Gazeta Varrzavska» escribió con amargura: «Estamos en el camino de todos nuestros vecinos y de un modo particular de las grandes potencias; de los alemanes, en su deseo de avanzar hacia el este; de los soviets, que quieren extender hacia el oeste su dominación bolchevique...; sólo nos queda rogar al mundo que nos disculpen por el hecho de que todavía estemos en vida». La mañana del 2 de octubre de 1944, tres parlamentarios polacos se subieron a la barricada al extremo de la calle del Hierro. Esta vez las negociaciones dieron resultado. Bach-Zelewski confirió el estatuto de soldados regulares a todos los combatientes del «Armia Kraiowa» conforme a la Convención de Ginebra. Dos días después, Bor-Komorovski firmó con él la capitulación en la finca de Ozarev. Ambos adversarios se estrecharon la mano, pero se separaron irreconciliables. Ciento veinte mil muertos quedaban sepultados bajo los escombros de Varsovia.

LAS CAMPAÑAS DE OTOÑO E INVIERNO EN EL LEJANO ORIENTE, 1944

La lucha por las Marianas constituyó el punto culminante de la guerra en el Pacífico durante el verano del año 1944. Los americanos interrumpieron la llegada de los convoyes japoneses a Saipan, por medio de los ataques de los submarinos «Shark II» (Blakely) y «Trout» (Clark). Las fuerzas anfibas de Ainsworth, apoyadas por el Grupo de bombardeo de Oudendorf, desembarcaron en esta isla, en donde Smith dirigió los combates de la infantería, mientras que Spruance y Mitscher rechazaban, tal como hemos visto, en el mar de las Filipinas, la tentativa de intervención hecha por Ozawa. La fanática resistencia del general Yoshitsugu Saito y de sus 31.500 combatientes obligó a los atacantes a poner en la lucha todas sus reservas, lo que les obligó a aplazar la conquista de Tinian y de Guam. Durante una semana, los *marines* tuvieron que luchar contra las grutas del monte Tapotchau. El 9 de julio, Saito se hizo el hara-kiri y el almirante Chuichi Nagumo, que se encontraba igualmente en la isla, se disparó un tiro de revólver en la cabeza. Los Estados Unidos consiguieron una nueva e importante victoria.

La conquista de Tinian y de Guam no exigió mucho tiempo, puesto que en la primera solamente se hallaba el Cincuenta Regimiento de infantería nipón (Ogata), una batería de montaña y doce carros de combate ligeros en tanto que la Veintinueve División de infantería (Takeda) y el Sexto Cuerpo expedicionario (Shigematsu), 19.000 hombres en total, defendían la segunda. Los desembarcos tuvieron lugar los días 21 y 24 de julio, bajo la protección de los acorazados «Colorado», «Pennsylvania» e «Idaho». Para facilitar la acción, los indios navajos, cuyo lenguaje no era conocido por los japoneses, fueron empleados para sus transmisiones en clave, así como también los *marines* usaron perros amaestrados. Un centenar de japoneses continuaron la resistencia en plan de guerrillas. Los famosos batallones de zapadores, C. B. o «Seabees», se dedicaron, sin pérdida de tiempo, a la construcción de las pistas para las Superfortalezas o «B-29» que poco más tarde debían bombardear el Japón.

El acuerdo con relación a las operaciones siguientes no se obtuvo fácilmente. Mac Arthur quería arrojar a los japoneses de Nueva Guinea, con lo que interrumpía las importaciones japonesas de materias primas vitales. El almirante Chester W. Nimitz prefería, sin embargo, continuar la lucha de isla en isla para llegar al grupo de las Bonin y Formosa y conquistar, de ese modo, nuevas bases aéreas que permitieran atacar al Japón metropolitano y facilitar así una invasión después de intensos bombardeos. En el fondo se trataba, en estas divergencias, de la vieja rivalidad entre el Ejército y la Marina que se fue agudizando aunque King apoyó a Nimitz mientras que Marshall coincidía con los puntos de vista de Mac Arthur. El almirante Leahy, que presidía el Consejo de jefes de Estado Mayor, había continuamente de buscar soluciones de compromiso pero, a fines de julio, acabó con todos sus recursos.

King y Nimitz no estaban dispuestos a aceptar la vieja alternativa que habría proporcionado a Mac Arthur la ocasión de asestar un «crochet de izquierda», sino atacar

con el grueso de la Flota para efectuar un desembarco al sur de Kiou-Siou. Mac Arthur se indignó, alegando que esto sería «traicionar» la promesa de volver que les había hecho a los filipinos en 1942 y Roosevelt tuvo que intervenir en la disputa. Se entrevistó con Mac Arthur en Honolulu y el general logró convencerle de que las Filipinas constituían una obligación moral además de ofrecer al mismo tiempo, grandes ventajas estratégicas. Fue decidido desembarcar en Mindanao el 15 de noviembre de 1944, la Flota y el Ejército colaboraron también después de haber conquistado las bases más apropiadas en la vecindad. Mac Arthur ocuparía Morotai y Nimitz atacaría Peleliou, Angaur y Oulithi.

Al final de la campaña de las Marianas, el almirante Spruance desembarcó del «Indianópolis» con su Estado Mayor para preparar la siguiente operación. El almirante Halsey asumió nuevamente el mando, y sus fuerzas el nombre de Tercera Flota, la escuadra de portaaviones rápidos, transformada otra vez en la Task Force 38 (Mitscher). La tercera Fuerza anfibia (Wilkinson) fue destinada a la conquista de Peleliou, mientras que la Octava (Barbey) quedaba incorporada a la Séptima Flota del almirante Kinkaid para intentar la conquista de Morotai. Estas dos operaciones habían de efectuarse el 15 de setiembre, y las dos fuerzas fueron reforzadas con Grupos de bombardeo (Fire Support Units), dragaminas, hombres-rana y otras unidades especiales.

El 9 de setiembre, Halsey mandó atacar los campos de aviación de Mindanao por los aviones de Mitscher que sólo encontraron una resistencia muy débil. Tres días más tarde, el almirante transportó su punto de gravedad a las Filipinas centrales, Leyte, Samar, Cebú, Bohol y los Negros en donde apenas reaccionó la defensa. Ante este hecho, Halsey propuso renunciar a los desembarcos intermedios y dirigir a continuación el conjunto de las fuerzas a Leyte, en donde él mismo aseguraría la protección aérea. Nimitz transmitió esta proposición a los jefes de Estado Mayor reunidos aquellos días en Quebec para celebrar una conferencia interaliada. La decisión fue tomada inmediatamente: Morotai, Peleliou y Angaur serían ocupadas, pero las tropas desembarcarían en Leyte en lugar de Mindanao.

Si Halsey no se había encontrado con una oposición más viva en las Filipinas se debía, en parte, a la nueva estrategia japonesa. Después de la pérdida de las Marianas, el Gran Cuartel Imperial preparó diversos planes, bautizados «Sho I», «Sho II», «Sho III», etc., etc., que preveían una próxima invasión de las Filipinas o de Formosa. Las órdenes fueron dadas por anticipado para cada caso que pudiera presentarse. Hasta la transmisión de la palabra clave «Sho» (Victoria), las fuerzas terrestres, navales y aéreas observarían la mayor reserva, pero se lanzarían a fondo tan pronto como el general Yoshijiro Umezu, sucesor de Sugiyama y Tojo, llegara al convencimiento de que los americanos efectuaban una operación en grande.

Para ejecutar el Plan «Sho I», el almirante Teijero Toyoda había recibido autoridad sobre cuatro grupos navales a las órdenes del almirante Jizaburo Ozawa, que comprendían los portaaviones «Zuikaku», «Zuhio», «Chitose», «Chiyoda», los navíos transformados «Ise» y «Hyuga», tres cruceros y una docena de destructores, las escuadras al mando del almirante Tokeo Kurita, doce cruceros y quince destructores, los dos acorazados «Yamashiro» y «Fuso», dos cruceros y cuatro destructores, bajo el mandato del almirante Shoji Nishimura, y, finalmente, tres cruceros y cuatro destructores a las

órdenes del almirante Kiyohide Shima. Este y Ozawa se encontraban en las islas metropolitanas, los otros dos Grupos estaban surtos en la rada de Lingga, cerca de Singapur, con el fin de estar lo más cerca posible de las fuentes de combustible de Indonesia.

Tres grandes unidades reunían las fuerzas aéreas previstas para «Sho I», compuestas principalmente por 600 aviones de la Marina con bases en tierra firme: la Primera Flota aérea (Teraoka), en Luzón y Cebú, la Segunda (Fukudome), en el sudoeste de las Tiou-Kiou, en Formosa y en Kiou-Siou, además de la Cuarta Flota aérea del Ejército (Tominaga), con una división, unos doscientos cazas «Zero» y bombarderos «Sally», en Luzón, otra en Samar-Negros y una tercera en Cebú-Borneo. La aviación de la Marina estaba a las órdenes del almirante Toyoda que contaba utilizar únicamente sus aviones contra los navíos enemigos. La aviación del Ejército, en cambio, estaba a las órdenes del mariscal príncipe Chichi Terauchi, «comandante en jefe del Sur», y debía actuar contra las tropas desembarcadas. Tokio tenía muchas esperanzas en una formación de voluntarios, los pilotos de «Kamikazé» o «Viento divino» que recordaban la tempestad que había destruido la flota del emperador mogol Koubilai en 14 de agosto de 1281.

Las fuerzas terrestres previstas para el Plan «Sho-I», no tenían que desempeñar un papel activo. Repartidas entre las numerosas islas entre Luzón y Peleliou, no contaban con los medios de transporte que hubiesen permitido una rápida concentración. El Grupo de Ejércitos del Sur, a las órdenes del mariscal Rerauchi, disponía de diez divisiones y seis brigadas autónomas, distribuidas entre el Catorce Ejército (Yamashita) y el Treinta y cinco (Suzuki). En Leyte, solamente había elementos de la Quince División de infantería (Makino). Los refuerzos, procedentes de Samr y de Mindanao, llegaron demasiado tarde. El general Shito Wakino tuvo que destinar dos unidades élite: el Segundo batallón de comandos (Kawashima), enviado a Morotai, y el Segundo Regimiento de infantería (Nakagawa), encargado de la defensa de Peleliou.

Los americanos desembarcaron el 26 de setiembre, tal como había sido previsto, en Morotai y Peleliou. Dos días después, una división de infantería reforzada se acercó al río Angaur. El coronel Kunio Nakagawa y el comandante Takenobu Kawashima se batieron tan fanáticamente que los 45.000 atacantes perdieron 10.351 hombres, pero, a pesar de ello los americanos alcanzaron rápidamente sus objetivos. Los batallones de construcciones lograron montar las pistas, incluso antes de que hubieran terminado los combates. A principios de octubre, los primeros cazas de la Quinta Fuerza aérea (Kenney) se instalaron en Morotai, a mediados de mes los bombarderos operaban desde Peleliou y Angaur. Un regimiento de infantería ocupó, sin oposición, el atolón de Oulihti y, en pocas semanas, los «seabees» construyeron una amplia base.

A partir del 10 de octubre, sirvió de punto de apoyo a la Task Force 38 que empezó a operar al norte de Luzón, seguida por los petroleros que la abastecían en plena mar. Halsey había izado su insignia en el acorazado «New Jersey» y mientras los bombarderos del Ejército martilleaban las Filipinas meridionales, confiaba asestar un golpe mortal a la Flota aérea del almirante Fukudome. Sus portaaviones: «Wasp II», «Hornet», «Intrepid», «Hancock», «Bunker Hill», «Essex», «Lexington II», «Franklin», «Enterprise», «Monterrey», «Cowpens», «Cabot», «Independence», «Princeton», «Langley II», «San

Jacinto» y «Belleau Wood», transportaban 1.062 aviones, a los que Fukudome no podía oponer más que 600, por lo que el resultado no podía ofrecer dudas.

En todas partes en donde atacó la flota de portaaviones, en Formosa, en las Riou-Kiou, y al norte de Luzón, obtuvo éxitos considerables destruyendo casi 500 aviones japoneses, cuarenta barcos pequeños, numerosas instalaciones terrestres, campos de aviación y depósitos de combustible. Halsey solamente sufrió unas pérdidas insignificantes. Un «Kamikaze» se estrelló sobre el puente del «Franklin» pero sin causar grandes daños. Dos cruceros, el «Canberra» y el «Houston» fueron torpedeados y sirvieron de propaganda para las fuerzas navales japonesas. La escuadra del almirante Shima intentó, en efecto, unirse a las mismas, pero dio bruscamente marcha atrás cuando los aviones de reconocimiento de Okinawa señalaron la presencia de dos grupos de la Task Force 38. El «Canberra» y el «Houston» llegaron a Oulithi el 18 de octubre para reparar, mientras que Halsey atacaba la costa oriental de Luzón.

La batalla aérea de Formosa proporcionó a Toyoda y Fukudome la impresión de que los americanos iniciaban una operación de gran envergadura. Toyoda informó al Cuartel General imperial, y entonces el general Umezu decidió lanzar la consigna «Sho». Inmediatamente después Toyoda se enteró de que los destructores aliados colocaban numerosas boyas de amarre en el golfo de Leyte. Los observadores japoneses vieron también como se aproximaban grandes formaciones de minadores, seguidas por seis acorazados, los once cruceros y veintitrés destructores de la Séptima Flota. Toyoda decidió, entonces, ampliar el «Plan Sho-I» pero, con el fin de estar seguro sobre el punto de desembarco de los americanos, esperó hasta la mañana del 18 de octubre de 1944 para dar la orden. Aquel mismo día, los cuatro grupos navales pusieron rumbo hacia las Filipinas.

Las fuerzas navales americanas sufrieron una reorganización en la que, por vez primera, concedieron mayor importancia a la Séptima Flota del almirante Kinkaid. Comprendía dos grupos anfibios, llamados «Northern Attack Force» (Barbey) y «Southern Attack Force» (Wilkinson), un grupo de portaaviones de escolta (Sprague), dos escuadras acorazadas la «Fire Support Unit North» (Weyler) y la «Fire Support Unit South» (Oldendorf) y diversas formaciones especiales, por ejemplo, una flotilla de submarinos (Christie), bautizada con el nombre de Task Force 71-1. Sus 700 transportes transportaban el grueso del Sexto Ejército (Krueger) con 80.900 hombres. En la Tercera Flota, Halsey conservaba solamente la Task Force 38 (Mitscher) y la Task Force 17, compuesta de submarinos (Lockwood).

La Séptima Flota zarpó de sus bases de Nueva Guinea, conquistó Morotai y Peleliou y alcanzó el golfo de Leyte la noche del 19 al 20 de octubre por un canal libre de minas. Al día siguiente, a las 9.45 horas, los barcos lanzacohetes, minadores, destructores; cruceros, acorazados y los aviones navales y terrestres bombardearon intensamente la isla de Leyte. Cuarenta y cinco minutos más tarde, las primeras tropas de asalto del Veinticuatro Cuerpo (Hodge) y del Décimo Cuerpo (Sibert) abordaron, favorecidos por el tiempo sereno, las playas de la costa norte. Tropezaron con poca oposición, pues los tres regimientos de la infantería japonesa se habían retirado a la jungla y a las montañas para esperar allí los refuerzos anunciados desde Bohol, Cebú y Negros.

La aproximación de los grupos navales japoneses fue sumamente complicada. Procedían de puntos diferentes y tenían que cubrir unos itinerarios muy largos. Kurita y Nishimura partieron de la rada de Lingga y se separaron en el golfo de Brunei, en la costa noroeste de Borneo, para continuar su avance por un lado y otro de Palawan. Shima bajaba del norte, al oeste de las Filipinas y pasó entre Palawan y las Calamianes para entrar en el mar de Jolo en donde esperaba reunirse con Kurita o Nishimura. Ozawa partió de la isla metropolitana de Sikoku para dirigirse al noroeste de Luzón. Aunque su grupo fue calificado de «flota principal» y comprendía todos los portaaviones disponibles, Toloda le había asignado la única misión de atraer a Halsey lejos del estrecho de San Bernardino con el fin de dejar el camino libre a Kurita.

Una operación de una amplitud tan vasta en el espacio y en el tiempo, entrañaba, claro está, muchas dificultades. Los submarinos americanos desempeñaron un papel importante. El almirante Christie había constituido una barrera con ellos, a ambos lados de Palawan, así como también al oeste de Luzón. El 23 de octubre, a la una de la madrugada, el «Darter» (Mac Clintock) y el «Dace» (Claggett), que cruzaban cerca de Palawan, descubrieron por el radar la aproximación del grupo Kurita. Enviaron este valioso mensaje a Halsey y a Kinkaid y luego atacaron con torpedos. El «Takao» fue averiado y dos explosiones internas pulverizaron el «Maya». Kurita perdió dos destructores y él mismo se salvó a duras penas. Embarcó entonces en el acorazado «Yamato».

Antes de poder atacar este grupo de Kurita, Halsey y Mitscher fueron atacados por los aviones japoneses. Una bomba de 250 kilos dio en el puente del «Princeton» que sufrió unas averías muy graves, al igual que el crucero «Birmingham» que se le acercó y fue finalmente hundido. Este ataque fue realizado por lo que quedaba de la I Flota aérea (Fukudoma), pero al atacar, no pudo proteger a Kurita con los cazas, lo que permitió a los americanos alcanzar un gran éxito. Sus aviones navales lanzaron treinta y seis bombas o torpedos sobre el gran acorazado «Musashi» que se hundió lentamente. A causa de la ausencia de los cazas, Kurita dio media vuelta. Halsey estimó que esta retirada era definitiva y se lanzó a la búsqueda de los portaaviones enemigos a los que atribuía la destrucción del «Princeton». La Task Force 38 descubrió en efecto, a Ozawa poco después y puso rumbo hacia él, dirección noroeste, alejándose así de las Filipinas.

Al ponerse el sol, el almirante Toyoda envió la siguiente orden: «Todas las fuerzas deben lanzarse al ataque confiando en la ayuda divina». Kurita no tenía necesidad de esta exhortación. A pesar de las graves pérdidas que había sufrido, al cabo de una hora, había vuelto a dar media vuelta avanzando hacia el estrecho de San Bernardino, entre Samar y Luzón, que había quedado libre por la marcha de Halsey. Durante este tiempo, Nishimura se acercaba al estrecho de Surigao y Shima bajaba del norte a toda velocidad. Todo se desarrollaba tal como lo habían planeado los japoneses. Ozawa atraía a Halsey cada vez más lejos, Nishimura y Shima podían franquear los últimos estrechos para unirse al día siguiente, a las once horas, al este de Leyte, para destruir la Séptima Flota americana.

Kinkaid seguía, inquieto, el avance de sus adversarios. Halsey, conforme a las instrucciones de Nimitz, consideraba el grupo de portaaviones japoneses como el más peligroso y decidió actuar preferentemente contra el mismo. Kinkaid debía, por lo tanto,

prepararse para librar una batalla nocturna. Mandó a los estrechos de Surigao los acorazados «Mississippi», «West Virginia», «Maryland», «California», «Tennessee» y «Pennsylvania», a las órdenes del almirante Jesse B. Oldendorf, ocho cruceros, siete americanos y uno australiano, veinte destructores y treinta y nueve lanchas rápidas. Oldendorf se instaló en el estrecho para «cerrar el paso» al adversario cuando éste se presentara manteniendo sus destructores cerca de allí y escalonando las lanchas rápidas en el brazo de mar.

Nishimura cayó en la trampa que se le tendía. Durante tres horas rechazó los ataques de las lanchas rápidas continuando imperturbable rumbo norte. A las tres horas, el capitán de navío Jesse B. Coward y Richard H. Phillips le atacaron por dos lados con sus dos destructores. Dos destructores japoneses fueron hundidos y un tercero gravemente averiado, sin embargo Nishimura continuó su rumbo dando su última orden «¡Atacad!». Cuando llegó a 15.000 metros de la línea de los acorazados americanos, Oldendorf ordenó al almirante George L. Weyler, que los mandaba, abrir fuego. Durante catorce minutos cayeron los proyectiles sobre los navíos japoneses. El «Yamashiro» se hundió con Nishimura y toda su tripulación. El crucero «Mogami» fue incendiado y emprendió la retirada.

Shima que se encontró con los restos del grupo de Nishimura en la zona sur de Surigao, se retiró igualmente. Había sufrido averías y descubierto su posición al disparar, por equivocación, sus torpedos contra unas rocas. El día terminaba. Kinkaid ordenó despegar a los aviones de los portaaviones de escolta, surtos en el golfo de Leyte, mientras que Oldendorf lanzaba los cruceros «Louisville», «Portland», «Minneapolis», «Denver», «Columbia», «Phoenix» y «Boise» a la persecución del enemigo vencido. Los bombarderos en picado alcanzaron el «Mogami» y hundieron el último destructor del grupo Nishimura. Una lancha torpedeó el crucero «Abukuma», al que unos posteriores ataques aéreos enviaron al fondo del mar. Shima no intentó ninguna maniobra de salvación a causa de los peligros de los aviones y enfiló hacia Manila, con la esperanza de reunirse con Kurita en el curso de su ruta.

Este franqueó el estrecho de San Bernardino durante la noche sin ser descubierto y apareció al día siguiente, a la vista de los portaaviones de escolta al mando del almirante Thomas L. Sprague. Estos portaaviones, dieciséis en total, eran barcos mercantes transformados capaces de hacer los 18 nudos como máximo, lo que daba una superioridad de 8 a 10 nudos a Kurita. Solamente los destructores aseguraban la protección. La posición del almirante Sprague parecía desesperada. Sin embargo, los americanos lograron escapar de la destrucción maniobrando con suma habilidad y rodeándose de humo artificial pasando al contraataque. Kurita suspendió la lucha después de haber hundido el «Gambier Bay» y tres destructores, dado que sus fuerzas estaban dispersas y había interceptado una llamada de socorro dirigida por Kinkaid a Halsey. Se retiró hacia el estrecho de San Bernardino.

Este combate desigual no había terminado aunque Sprague sufrió nuevos ataques. Dos grupos de Kamikaze, a las órdenes del teniente de navío Yuhiho Seki, atacaron en rápida sucesión. Averiaron los portaaviones «Santee», «Suwanee», «Sangamon», «Kitkun bay», «White Plains» y «Kalinin Bay», cuyas tripulaciones ya estaban

diezmadas por los combates de artillería. El «Santee» fue paralizado por el torpedo de un submarino, probablemente el «I-362». Finalmente, Seki se estrelló con su «Zero» sobre la cubierta del «St. Lo». El fuego alcanzó los depósitos de munición y de combustible. Siete violentas explosiones hicieron volar el barco de proa a popa. Toda la tripulación pereció entre las llamas, como anteriormente la del «Gambier Bay».

Mientras, Halsey y Mitscher habían descubierto los portaaviones de Ozawa a lo largo del cabo Engano, gracias a los pilotos del «Independence», especialmente entrenados para los reconocimientos nocturnos. Los «Helldiver» del «Lexington» asestaron los primeros golpes y los ataques aéreos se sucedieron durante diez horas. El teniente de navío David Mac Campbell los coordinó de forma muy notable. Su portaaviones, el «Essex», y también el «Flanklin», el «Langley II» y el «Enterprise», obtuvieron éxitos sobresalientes. En el curso de la jornada los portaaviones ligeros «Chitose», «Zuiho» y «Chiyoda» fueron hundidos. El «Zuikaku», el único sobreviviente de Pearl Harbour desapareció también en las profundidades del océano. Ozawa escapó a bordo del crucero «Oyoyo». Los acorazados transformados, «Hyuga» e «Ise», así como cinco destructores, lograron deplegarse más o menos averiados de gravedad. El submarino «Jallao» (Icenhower) dio el golpe de gracia al crucero «Tama».

Esta batalla naval, la más grande de la Historia, había terminado. Habían entrado en combate 216 navios americanos y cuatro australianos (sin contar los minadores y los barcos de desembarco en el golfo de Leyte) y 64 japoneses. No alteró el signo de la guerra, como había sucedido en Midway en el año 1942, pero constituyó una secuencia de este combate principal señalando el fin de la potencia naval y terrestre del Japón. A partir del 26 de octubre, los americanos no volvieron a ser amenazados, con la excepción de los Kamikaze. Los navíos de guerra no volvieron a intervenir en ninguna parte. «Las Filipinas —declaró posteriormente el almirante Mitsumasa Yomai, ministro de la Marina japonesa—, quedaban abiertas a Mac Arthur. Podía elegir libremente el lugar más apropiado para desembarcar».

Mac Arthur siguió la batalla de Leyte desde el crucero «Nashville» sin interferirse en ningún momento en su dirección, pero su posición como comandante en jefe del Pacífico, quedó muy reforzada. Mandó transportar una división de infantería por la Séptima Flota para desembarcar, el 7 de diciembre, con la ayuda de una flotilla de destructores, en Ormoco en la costa occidental de Leyte, una operación que se había hecho necesaria, puesto que el Sexto Ejército no podía ocupar frontalmente las montañas del centro de la isla, muy frondosas. Se sucedieron todavía los combates en la jungla, violentos ataques de los Kamikaze, acciones de los guerrilleros, abordajes de los paracaidistas y encuentros entre carros de combate, pero los japoneses hubieron de cesar en toda resistencia organizada. La ocupación de Leyte fue confiada al Octavo Ejército (Eichelberger).

El salto siguiente condujo a los americanos a Mindoro, a 75 millas al sur de Manila en donde existía un campo de aviación mal defendido. Lo mismo que en Ormoco, el desembarco fue dirigido por el almirante Arthur D. Struble. Los Kamikaze constituyeron nuevamente una seria amenaza. Un avión «Zero» se estrelló sobre la pasarela del «Nashville», buque insignia, matando a 135 hombres, la mayoría de los cuales

pertenecían al Estado Mayor de las Fuerzas anfibas. La situación se agravó cuando un tifón impidió que la Tercera Flota se reavituallara de combustible al este de las Filipinas y la dispersó. El viento que soplaba a la velocidad de 55 millas por segundo, causó la muerte de 791 marineros, destruyendo tres destructores y 147 aviones, infligió graves averías a un crucero y a varios barcos auxiliares.

El desembarco en Mindoro se efectuó sin dificultades. Sin embargo, el 26 de diciembre, el almirante Shima, bombardeó, durante la noche, las posiciones americanas con el acorazado «Nagato». Toyoda no había podido poner otras fuerzas a su disposición debido a que, a partir de noviembre, los submarinos intensificaban sus operaciones y habían destruido varios navíos, por ejemplo, el gran acorazado «Kongo», hundido cerca de Formosa por el «Sealion» (Reich), los portaaviones ligeros «Uryu» y «Junyo», destruidos por el «Barb» (Fluckey) y el «Picuda» (Underwood). Más penoso aún para los japoneses fue la pérdida del gran portaaviones «Shinano» de 59.000 toneladas, apenas botado que sucumbió a causa de los torpedos del «Archerfish» (Enright), incluso antes de haber abandonado las aguas metropolitanas.

Los últimos combates que se libraron en Leyte y Mindoro retrasaron el curso de las operaciones planeadas puesto que algunos de los campos de aviación tardaron demasiado en construirse. Fue necesario aplazar en tres semanas la última gran acción de esta campaña de las Filipinas: el desembarco de la isla principal de Luzón. Los preparativos fueron planeados de un modo mucho más meticuloso que en ocasiones anteriores. Mientras los «Seabees» y los ingenieros del Ejército trabajaban febrilmente en la construcción de las nuevas bases aéreas, Mac Arthur concedió un permiso a las tropas de asalto del Sexto Ejército. Uno de los Cuerpos previsto para la acción siguiente se instaló en Hollandia y Aitape, otro en Bouganville, es decir, a 2.000 millas marinas de sus puntos de desembarco, lo que obligaba a nuevas misiones a la Séptima Flota y a un considerable consumo de combustible. Al mismo tiempo la Tercera Flota se dirigía a Oulithi para reparar sus averías y conceder a sus tripulantes el permiso que tanto se habían ganado.

Mac Arthur, Kinkaid, Halsey y Krueger estaban de acuerdo para efectuar el desembarco en el golfo de Lingayen, al noroeste de Luzón, a pesar de que sabían, por los informes de sus agentes, que el mariscal Terauchi y el general Yamashita les esperaban allí, puesto que no existía ningún lugar más favorable. Se hizo todo lo que fue humanamente posible para distraer la atención de los japoneses. Mac Arthur puso en circulación rumores, intensificó la acción de los guerrilleros por medio de las intervenciones de los submarinos y los paracaidistas, mandó desfilar transportes, minadores y lanchas rápidas ante la costa sur, ocupó incluso una pequeña isla y mandó realizar bombardeos para hacer creer que realizaba un esfuerzo en este sentido. El desembarco debía realizarse según el mismo plan que el de Leyte. Halsey y Mitscher asegurarían la protección frente a Formosa, mientras que Kinkaid ocuparía la parte meridional del golfo de Lingayen.

La organización de las fuerzas respondía a este plan. La Tercera Flota (Halsey) comprendía el acorazado «New Jersey», los cuatro grupos de portaaviones rápidos, al mando del almirante Marc A. Mitscher, cruceros, destructores, petroleros y una flotilla de

submarinos, es decir, un centenar de barcos en total. La Séptima Flota contaba con las fuerzas anfibas encargadas de desembarcar el 10.º Cuerpo (Sibert), el 11.º (Hall) y el Sexto Ejército (Krueger), portaaviones de escolta del almirante Sprague y los acorazados de Oldendorf, es decir, 685 navíos. La Quinta Fuerza aérea (Kenney) había transferido a Leyte y Mindoro importantes unidades de la aviación del Ejército. Incluso antes de la invasión no existía en las Filipinas un solo metro cuadrado que los americanos no estuvieran en condiciones de bombardear.

La operación comenzó con violentas acciones de los aviones navales y terrestres. A continuación intervinieron Oldendorf y las tropas de demolición de las fuerzas anfibas. Las cuatro divisiones de la primera ola alcanzaron la playa sin demasiadas dificultades. Pero también esta vez los Kamikaze se mostraron muy molestos, un centenar atacaban cada día la Séptima Flota. Un transporte de municiones voló por los aires. El portaaviones de escolta «Ommaney Bay» fue incendiado y hundido. El acorazado «Mississippi», los cruceros «Australia», «Louisville» y «Columbia», el portaaviones «Kitkum Bay», algunos destructores y transportes fueron alcanzados repetidas veces, a pesar de que la flota se disimulaba bajo una espesa nube de humo. Se produjeron otras pérdidas cuando las lanchas explosivas y los hombres-rana entraron en acción durante la noche. Pero, cuando llegó este momento, había 68.000 hombres en la cabeza de puente.

El Ejército se puso en movimiento hacia Manila. Los elementos blindados abrían el camino, ayudados por los aviones del Cuerpo de Marines. Los guerrilleros atacaban a las fuerzas japonesas en otras zonas de la isla y el bombardeo sistemático de los cruces de carreteras, puentes y túneles impedía las concentraciones. Nuevos desembarcos se efectuaron en varios puntos de la bahía de Manila, lo que disminuyó todavía más la resistencia. El campo de aviación de Clark Field fue ocupado, así como la península de Bataan. La infantería de Mureger avanzó entonces por el norte hacia Manila, mientras que la 11.ª División aerotransportada (Swing) atacaba al sur de la ciudad. Los japoneses no cedieron por ello. Yamashita transformó cada casa en un fortín. Los combates callejeros duraron tres semanas e incluso más, en ciertos lugares. Barrios enteros fueron reducidos a escombros y millares de personas muertas antes de que cesara totalmente la resistencia.

Una batalla mortal fue librada alrededor de la isla de Corregidor a la entrada de la bahía. Los aviones de Sprague arrojaron 3.128 toneladas de bombas, los acorazados y los cruceros de Oldendorf la barrieron de proyectiles durante días, imitados por los barcos lanzacohetes. Luego los dragaminas abrieron una vía, a cambio de elevadas pérdidas, a través de las obstrucciones. El 503 Regimiento de paracaidistas (Finn) saltó en dos puntos de la isla y los soldados de infantería escalaron la abrupta costa. Durante dos semanas los japoneses resistieron en las trincheras y casamatas, defendiéndose con ametralladoras, bombas de mano, lanzallamas, cuchillos, con piedras e incluso con los puños. Con la excepción de veinte soldados que lograron ocultarse hasta principios de 1946, el resto de los defensores se suicidó haciendo saltar el principal depósito de municiones.

Ante las pérdidas sangrientas que les causó esta resistencia encarnizada, los americanos renunciaron a ocupar, por métodos ordinarios, las dos islas fortificadas situadas cerca de Corregidor. Dado que no cedían a los bombardeos, el almirante Kinkaid

recurrió a un nuevo procedimiento. Las lanchas de desembarco fueron remolcadas hasta cerca de estos fuertes bajo la protección del fuego de los navíos de guerra. Arrojaron una mezcla de aceite Diesel y bencina entre las defensas japonesas, y los obuses de fósforo le prendieron fuego. Provocaron enormes explosiones. Una cúpula blindada fue proyectada a varios centenares de metros. El incendio duró dos semanas, y no sobrevivió ni uno sólo de los defensores.

Con esto no finalizaba la campaña de las Filipinas. El general Yamashita resistió todavía durante varios meses en Luzón. Las guarniciones de Palawan, Mindanao y de otras grandes islas lucharon con el mismo fanatismo que sus compañeros de Manila y Corregidor. Pero la batalla ya estaba decidida. Los submarinos de Christie y de Lockwood continuaban asestando tales golpes a la navegación japonesa que la situación de ésta se tornó desesperada. En octubre y noviembre, 549.319 toneladas brutas fueron destruidas. Los submarinos, americanos y holandeses, más eficaces en este sentido fueron el «Tang» (O'Kane), el «Gudgeon» (Bonin), el «Silveride» (Coye), el «Gurnard» (Andrew), el «O-41» (Groeveveld), el «O-16» (Bussemacker) y el «O-19» (Van Hooff). A mediados de enero, Halsey atravesó el estrecho entre Luzón y Formosa para atacar la navegación en el mar de la China meridional. Los Kamikaze averiaron los portaaviones «Ticonderoga» y «Langley II», pero los aviones de Mitscher hundieron 234.000 toneladas brutas.

Todo esto debía repercutir favorablemente en el teatro de operaciones de Birmania. El almirante lord Louis Mountbatten estaba al frente del mismo y tenía a sus órdenes la Flota de Oriente (Power) que contaba con los acorazados «Renown», «Valiant», «Queen Elizabeth», y más tarde el «Richelieu» y el «King George V», los portaaviones «Illustrious», «Indomitable», «Victorius» e «Indefatigable». El 14.º Ejército (Slim), compuesto en gran parte de indios, australianos y sudafricanos operaba en la frontera occidental de Birmania. En el norte actuaba, desde 1942, el Grupo de Ejércitos del mariscal chino Wei-Li-huang con las cuatro divisiones del Primer Ejército (Sun Li-jen) y del Sexto (Liao Yoo-Chiang). Estaba reforzado por pequeñas unidades de infantería americana a las órdenes del general Joseph W. Stilwell que desempeñaba un papel importante como consejero militar del generalísimo Chiang-Kai-Chek. La 10.ª Fuerza aérea (Davidson) y la 14.ª (Chennault) eran mucho más importantes, puesto que formaban, con la aviación inglesa, un puente aéreo entre la India y la China por encima del Himalaya.

La misión principal de estas fuerzas mixtas del sudeste asiático consistía en conseguir suprimir esta costosa comunicación aérea, es decir, habían de abrir nuevamente la ruta de Birmania. El problema se hizo aún más urgente en mayo de 1944, cuando los japoneses lanzaron, desde Cantón, una ofensiva victoriosa que amenazaba con cortar en dos el espacio sometido a la autoridad de Chiang-Kai-Chek y que arrebató parte de sus bases a la 14.ª Fuerza aérea. Antes del principio del monzón, Mountbatten lanzó una gran operación dirigida por Slim y Stilwell que obtuvo éxitos iniciales y que él quería completar con una triple acción, terrestre, naval y aérea contra Rangún. El espíritu infatigable de Churchill iba mucho más lejos aún, pues proyectaba la conquista de la zona norte de Sumatra que serviría de trampolín hacia Singapur, Malasia y la Birmania

meridional. Deseaba enlazar, de este modo, las unidades más modernas de la Flota de Oriente a las fuerzas navales americanas.

Durante la primavera y verano de 1944, Stilwell alcanzó el alto Irradouaddi, Wei Li-huang llegó, al mismo tiempo, al Salouen, Slim rechazó una peligrosa ofensiva del 15.º Ejército japonés (Kimura) contra la vía férrea Calcuta-Ledo y, en el ala derecha, fue lanzada una cuña hacia Arkana, en el golfo de Bengala. Los campos de aviación conquistados, facilitaron el tráfico aéreo por encima del Himalaya. Pero el avance quedó detenido cuando el monzón transformó todo el país en pantanos intransitables. Posiblemente, los japoneses se hubieran podido estabilizar en su frente de Birmania si las reacciones procedentes de otros teatros de guerra en el Lejano Oriente no hubiesen tenido su influencia en el mismo. A causa de las Filipinas, Umezu, Terauchi y Toyoda tuvieron que retirar casi todas sus fuerzas navales y aéreas de Singapur y de Rangún. La superioridad angloamericana se hizo más evidente. Antes de fin de año, Kimura ya no contaba con la menor posibilidad de mantenerse en Birmania.

Churchill había nombrado al general sir Olivier Leese comandante de las fuerzas del sudeste de Asia, y Roosevelt reemplazó Stilwell, el viejo especialista de la China, por el general Dan I. Sultan. Los ejércitos aliados reanudaron sus avances a principios de diciembre. Intensos lanzamientos de paracaidistas dieron un nuevo impulso a la ofensiva, a pesar de las dificultades del terreno. Sultan y Wei Li-huang abrieron otra vez la ruta de Birmania. Slim, apoyado por la Flota de Oriente (Power) ocupó todo el Arkan y franqueó el Irradouaddi en su curso medio. Sus golpes, tan eficaces, obligaron a los japoneses a reagruparse en torno a Mandalay, a medio camino entre Rangún y la frontera de la India. Kimura perdió sus últimas vías de comunicación, sus campos de aviación y sus depósitos de aprovisionamiento. Tuvo que abandonar Rangún casi sin combatir. Mandalay ardió. Después de una huida desesperada, a través de los bosques vírgenes húmedos, los valles transformados en pantanos, los cursos de aguas impetuosas, los restos del Ejército japonés llegaron a las montañas al otro lado del río Salouen, en donde perecieron paulatinamente a causa del agotamiento y del hambre.

LAS CAMPAÑAS DE OTOÑO E INVIERNO EN EUROPA, 1944

Mientras que la «zona de co-prosperidad del Asia oriental» se iba desintegrando paulatinamente, Alemania se aproximaba irremisiblemente al abismo. Las derrotas de verano habían causado a la Wehrmacht unas pérdidas irreparables y le habían arrebatado países enteros. El petróleo rumano estaba perdido y la ruta hacia los minerales hispano-portugueses cortada. Finlandia, Rumania y Bulgaria luchaban ahora por el otro bando. Hungría preparaba, en secreto, su desertión. Los Gobiernos de Milán, Zagreb y Bratislava llevaban solamente una existencia fantasmagórica. Las formaciones aéreas

angloamericanas sobrevolaban día y noche el territorio alemán asestando sus golpes, principalmente de agosto a noviembre, contra las fábricas de petróleo sintético, las refinerías, los depósitos de combustible y de carburantes, al mismo tiempo que efectuaban ataques de intimidación contra la población civil. Las bombas incendiarias de un tipo nuevo, arrojadas conjuntamente con bidones de bencina, espoletas de relojería y minas aéreas, causaban daños cada vez mayores y más graves en las ciudades. Los aviones en vuelo rasante ametrallaban los trenes, los transportes por carretera, las barcas en los ríos, los campamentos militares e incluso a los campesinos en sus campos de trabajo.

Los nacionalsocialistas se daban cuenta de lo que había de suceder fatalmente. Eran muchos los que trataban de no reflexionar, limitándose a cumplir con sus deberes y obligaciones. Otros se entregaban a un auténtico histerismo político, confiando ya solamente en las «armas milagrosas» y prometiendo la «victoria final». La angustia moral se transformaba en agonía. Una crítica o una broma podían costar la vida. Los confidentes estaban a la escucha en todas partes. Se montaron nuevos campos de concentración. A partir del 1.º de agosto, los verdugos actuaron casi cinco mil veces. A sus funciones de ministro del Interior, jefe de la policía y comandante supremo de la SS, Himmler añadió las de jefe del Ejército de la Reserva, llegando con este cargo al apogeo de un poder que ejercía sin escrúpulos de ninguna clase. Proclamó la «responsabilidad absoluta de las familias». «Vuelvan a leer las viejas «sagas» germánicas —les dijo, el 3 de agosto de 1944, a los *gauleiter*—. Cuando los germanos condenaban una familia y la colocaban fuera de la ley..., lo hacían con todas las consecuencias».

Himmler cumplimentó al pie de la letra esta norma, en relación con los hombres del 20 de julio y sus familiares. Al día siguiente del atentado de Stauffenberg, mandó constituir, por Kaltenbrunner, una comisión de once oficinas que contaban con cuatrocientos funcionarios de la Gestapo y que no tardó en formarse un cuadro muy amplio del suceso. Bajo las ruinas de un hotel del Askanierplatz, en Berlín, descubrieron importantes documentos que habían pertenecido a Goerdeler. En un gran sobre hallaron las proclamas ya preparadas, las listas de los conjurados, las notas de un intermediario. Sin pérdida de tiempo procedieron a las detenciones, y la prisión de la Prinz-Albrecht-Strasse, en el edificio de la Gestapo, se llenó a rebosar. El Alto Mando de la Wehrmacht creó un «tribunal de honor del Ejército» cuyo presidente fue Rundstedt, expulsó de la Wehrmacht a una serie de generales que de esta forma fueron apartados de la justicia militar y entregados a Roland Freisler.

Este era un hombre a quien Hitler no tenía necesidad de invitar a considerar la pena de muerte como un justo castigo. El antiguo dirigente comunista, como su modelo Vichinski, practicaba la «justicia sentimental» basada en la «fe en el Führer y en el Pueblo». Por este motivo no condenaba solamente a aquéllos que se habían hecho culpables en el sentido de la ley. Entre los que fueron ejecutados se encontraban, además de Witzleben y Canaris, los generales Fellgiebel, Hase, Hoepner, Lindemann, Oster, Rabenau, Stieff, Stülpnagel y Thiele; los coroneles Finkh, Freytag-Loringhoven, Hansen, Meichssner, Linstow y Roenne, y otros oficiales como Bernardis, Bernstorff, Hofacker, Jaeger, Kleist, Moltke y York, y los de la SS Helldorf y Nebe. Entre los civiles murieron

personalidades conocidas como el conde Berthold Schenk von Stauffenberg, hermano del autor del atentado, Bolz, Bonhoeffer, Goerdeler, Habermann, Haubach, Hassell, Haushofer, Leber, Leuschner, Reichwein, Popitz y Schulenburg. El número de víctimas osciló de cien a ciento veinte.

Algunos escaparon a la horca. Tresckow y Wagner se suicidaron en vista de que su detención parecía inminente. Hitler envió a los generales Wilhelm Burgdorf y Erns Maisel a casa de Rommel para que le dieran a elegir entre su comparecencia ante el Tribunal del Pueblo o el suicidio. El mariscal eligió la muerte socrática del veneno. Los mensajeros del dictador depositaron su cadáver en una clínica de Ulm. Fromm fue procesado. Su deber, alegaban, hubiera sido entregar a los conjurados del 20 de julio a la justicia nacionalsocialista. Si había exigido la muerte de Beck y mandado fusilar a Stauffenberg, Olbricht, Merz y Haelten, lo había hecho, decían, para hacer desaparecer a los testigos de su complicidad. Fue condenado por «cobardía» y ejecutado en la prisión de Brandenburgo, junto al Havel.

Los hombres del 20 de julio no habían conseguido nada. Podían confiar, como máximo, que en el futuro el mundo viera en su sacrificio un acto de expiación, y que esto redundaría en beneficio de Alemania. Durante las hostilidades no poseían manifiestamente ninguna posibilidad de ser considerados como portavoces por parte de los Aliados. Radio Moscú los calificó de «militaristas, Junkers y barones de la industria, manchados de sangre». El 20 de julio y sus posteriores represalias era sencillamente «una lucha de exterminación entre los dignatarios nazis», declaró Churchill. El New York Herald Tribune escribió: «Si el hitlerismo abandona su última posición de defensa destruyendo la tradición militar, ahorra a los Aliados una gran carga de su trabajo». Dos días después el mismo periódico añadía que no había que lamentar el fracaso del atentado, ya que Hitler eliminaba tranquilamente a «sus generales». Para la propaganda occidental, Hitler y Alemania representaban un conjunto indivisible. Repudiaban cualquier solución política. Roosevelt y Churchill se aferraban estrictamente a la fórmula de Casablanca y aprobaron incluso en Quebec, el «Plan Morgenthau» que proyectaba transformar en campos de cultivo y prados todas las regiones industriales del país.

Este plan procedía de un funcionario americano, el comunista Harry D. White, que, tal como comprendieron inmediatamente todos los espíritus críticos quería crear un vacío que hubiese sumido a numerosos países en incalculables dificultades. Cuando los periodistas, así como los comentaristas de radio, y Cordell Hull, Henry L. Stimson y Harry Hopkins plantearon este problema, Roosevelt declaró que no comprendía cómo su visto bueno había podido ir a parar bajo la vista de ese documento. El 20 de octubre rechazó categóricamente todos los planes relativos a Alemania, pero se aferró, conjuntamente con la Gran Bretaña, a la fórmula de la «rendición incondicional». Era ésta una renuncia doctrinal a toda negociación, una política inspirada por una rigidez de espíritu comparable al nihilismo de Hitler.

Este expresó repetidas veces su intención de dejar detrás de él una Alemania destruida. Pero su reconocimiento de que la guerra estaba perdida para él, desaparecía a veces, y hacía gala, entonces, de un optimismo inexplicable. Esto se produjo, sobre todo, después del 20 de julio, ya que el hecho de haber escapado al atentado lo consideró por

él, una vez más, como un acto «providencial». Por primera vez, al parecer, se interesó por la proposición de Edgar Clauss, referente al armisticio. Cuando fueron reanudadas las conversaciones, ordenó suspender bruscamente las negociaciones con Vlassov. Con la misma brusquedad, un alto en la toma de contacto germano-soviético en Estocolmo, condujo a la conclusión de la llamada convención Himmler-Vlassov, el 21 de setiembre de 1944. Un nuevo intento de contactos bastó para provocar nuevos cambios de orientación hasta que, finalmente, Vlassov pudo constituir en el Hradschin, de Praga, su Comité nacional ruso.

Según parece, el fracaso de estas tomas de contacto con los soviets no afectó a Hitler. Cuando León Degrelle se trasladó a Rastenburg, en otoño, para recibir la insignia de los combatientes, lo encontró de excelente humor, a pesar de que los signos de la derrota se multiplicaban. Friessner y el jefe del Estado Mayor, general húngaro, Voros, hicieron la misma experiencia. Hitler confió al segundo las razones de su optimismo. El imperialismo soviético, afirmó, no ansiaba Alemania, sino el Bósforo. En el curso de los tres siguientes meses, como máximo, se encontrarían los polos de las potencias occidentales y de Rusia y entonces se produciría un cambio de signo favorable a Alemania. Invocaba también a Federico el Grande y la Primera Guerra Mundial. Los generales habían considerado un loco al rey de Prusia y, sin embargo, éste había confiado de un modo fanático en la victoria. El pueblo alemán, probablemente, se hubiera «ahorrado Versalles y esta nueva guerra», si hubiese seguido el ejemplo de Federico, en 1918, y no hubiese «perdido los nervios».

Hitler estaba informado de la creciente tensión entre Londres y Moscú, que presentaba, sin duda, un carácter muy serio, ya que, mientras por encargo soviético Edgar Claus estaba dispuesto a entablar negociaciones en Estocolmo, los agentes del Kremlin organizaron un levantamiento contra el rey de los griegos que tenía que ser trasladado de Egipto a Italia. Poco después, Stalin obligaba a los rumanos y búlgaros a firmar una alianza militar con la Unión Soviética, pero logró impedir, por sus diplomáticos, que Sofía y Bucarest firmaran un acuerdo análogo con el Gobierno inglés. Violando una convención con los ingleses, el Kremlin concluyó un tratado secreto con los búlgaros que permitía a Rusia ocupar la Tracia griega. Finalmente, Moscú incrementó su influencia en la EOK para impedir el regreso del rey Jorge II y poder establecer en Grecia, en el momento oportuno, una «democracia popular».

Roosevelt que se preparaba para su cuarta elección, ignoraba conscientemente todos estos hechos y, debido a su próxima campaña, se opuso a una nueva conferencia de los tres. Hopkins impidió, a duras penas, que enviara un telegrama del que hubiese podido deducirse, con toda claridad, que Washington se desinteresaba de los problemas de la Europa oriental. Finalmente, Churchill y Eden se trasladaron solos a Moscú, y durante once días trataron de llegar a una solución de compromiso. El 20 de octubre creyeron haber obtenido el consentimiento de los soviets. Al parecer, tanto en Rumania como en Bulgaria, Stalin se conformaría con de «tres a cinco partes de influencia» y reconocería la misma posición de los ingleses en Grecia. Pero, pocos días después, el Kremlin demostró con qué facilidad sabía liberarse de las obligaciones de este género. Los ingleses siguieron a los alemanes cuando éstos se retiraron de Grecia y ocuparon Atenas y se

entabló entonces con el EOK, fieles a los comunistas, un grave conflicto que poco después se transformó en sangriento.

Hitler se preguntaba lo que podía hacerse para explotar las oposiciones entre el Este y el Oeste, e incluso para dificultar la alianza angloamericana. Un hecho característico fue lo que no pensó en ningún momento en emprender una acción diplomática ya que pensaba única y exclusivamente en una victoria militar decisiva. Dado que, prácticamente, había perdido todo contacto con el pueblo alemán y la Wehrmacht, se sumergía cada vez más en un mundo artificial, creado de estadísticas abstractas y no comprendía que las condiciones necesarias para obtener este éxito ya hacía tiempo que habían dejado de existir. Se contentaba con estudiar las cifras de los efectivos de las Fuerzas armadas. Según éstas, el 1.º de setiembre la Wehrmacht contaba con 10.165.303 hombres, de los cuales 7.536.946 pertenecían al Ejército de las Waffen-SS, 1.925.291 a la Luftwaffe y 703.066 a la Marina de Guerra.

Pero no tenía en cuenta las pérdidas sufridas desde el 1.º de setiembre de 1939, que se elevaban a 114.215 oficiales y 3.630.274 hombres, soldados experimentados en su mayoría, cuya desaparición había afectado grandemente el valor intrínseco del Ejército. A principios de la batalla de otoño podía continuar prácticamente con sólo 3.421.000 combatientes, entre los que figuraban los «batallones disciplinarios», y los batallones de «estómagos» y «rejas» compuestos por los enfermos. Las restantes cifras hacían referencia a las compañías de hospital o convalecientes, recuperados y elementos auxiliares extranjeros. Las 252 divisiones y 15 brigadas existían solamente sobre el papel, pues los efectivos habían alcanzado una cifra tan baja que no podían cumplir, de ningún modo, la misión que incumbía a estas unidades. Algunas contaban solamente con algunos batallones de una sola compañía. La mayoría de las divisiones blindadas poseían como máximo de diez a quince carros de combate. El continuo cambio de destino de los oficiales y Estados Mayores, la constitución heterogénea de unidades, en cuanto al origen de los soldados, deshacía toda posible cohesión a la tropa.

El cuadro se desdibujó aún mucho más en 1944, cuando Hitler, sobre todo después del 20 de julio, se lanzó a transformar las fuerzas terrestres en un «Ejército popular nacionalsocialista». No se contentó con hacer obligatorio el «saludo alemán», contrario a la tradición, sino que se entregó a experiencias de reorganización. Eran principalmente las dieciocho divisiones de «Volksgrenadiere», de reciente creación, las que habían de imbuir al Ejército aquel espíritu político que en parte animaba a las Waffen-SS. Recibieron un armamento mejor, pero esto fue a expensas de los demás. Finalmente, Hitler incorporó a las Waffen-SS oficiales de toda graduación para incrementar el carácter de élite de estas fuerzas enteramente devotas al partido. El 18 de octubre de 1944, Himmler tomó una nueva medida, una de las más desgraciadas con la creación del «Volksturm»: el reclutamiento en masa de milicias miserablemente armadas.

La Luftwaffe no fue tan gravemente afectada por esta política destructora. Creada completamente por el Tercer Reich, parecía responder mejor que el Ejército al ideal nacionalsocialista. Pero su valor inicial había disminuido considerablemente a causa de los errores cometidos en lo que hace referencia tanto al personal como al material, y porque le habían sido exigidos una serie de esfuerzos que estaban por encima de sus

posibilidades y de sus medios, sobre todo en lo que hace referencia a los transportes. La mayor parte de la responsabilidad incumbía a Goering. La formación de «divisiones de campaña», a partir de 1942, constituyó un capítulo particularmente sombrío de su historia. Fueron formadas con personal de tierra, pero no tardaron en alistar tanto a pilotos como a alumnos. Estas tropas no podían cumplir con lo que el Ejército exigía de ellas. Casi todas fueron aniquiladas y sacrificadas estúpidamente.

Desde hacía años las unidades volantes padecían de una falta de material y ausencia de personal de reserva entrenado. Y acabaron por notar también la falta de carburante en la época en que Speer alcanzó el record de producción de aviones con 40.427 aparatos. La mayoría de los «ases» de caza: Lent, Marseille, Molders, Nowotny, Wilcke, Wurmheller, el príncipe Sayn-Wittgenstein, habían desaparecido, mientras que otros como Rudel, Hartmann, Rall y Backhorn lograron las cifras de destrucción más elevadas del mundo con, respectivamente, 463 carros de combate, 303, 273 y 272 aviones. Pero incluso para éstos las victorias se hacían cada vez más difíciles. Tanto en el Este como en el Oeste los cazas alemanes luchaban frecuentemente en la proporción de uno contra veinticinco o cincuenta, y su inferioridad sobre el Reich era, durante el día, de uno a siete. Cada semana que pasaba el adversario era más fuerte, los grandes bombarderos americanos estaban provistos de carlingas aseguradas para volar por la subestratosfera, con motores mejorados y medios de navegación perfeccionados y ya era casi imposible alcanzarlos.

La aviación alemana solamente presentaba una ventaja en el empleo de los proyectiles teledirigidos, construidos por los especialistas en cohetes Wernher von Braum y Rolf Engel bajo la dirección del general Walter Dornberger. Pero cuando comenzaron los bombardeos de Londres por las «V-1», las islas británicas ya habían previsto una defensa que fue mejorando paulatinamente hasta la entrada en escena de las «V-2», en octubre de 1944. Un millar de cañones de la defensa antiaérea provistos de mandos electrónicos, tupidas barreras de globos cautivos y numerosos aviones de caza, redujeron el peligro constituido por esos proyectiles. En ochenta días destruyeron el cuarenta y seis por ciento de las 8.000 «V-1». El sistema de pilotos automáticos de una cuarta parte de esos motores funcionaba mal, otros sólo alcanzaban raramente el objetivo previsto. Los resultados no respondieron, por consiguiente, a lo que de los mismos esperaba el Mando alemán. No podían constituir un cambio en la suerte de la guerra.

Lo mismo se puede decir sobre la Marina de Guerra. Después de la pérdida de los puertos del golfo de Gascuña y del Canal de la Mancha, Doenitz trasladó el grueso de sus 400 submarinos a la costa de Noruega. Desde aquel momento necesitaban mucho más tiempo para llegar a sus sectores de operaciones, sobre todo porque tenían que recorrer gran parte del trayecto sumergidos. La invención del «Schnorchel» les permitía, sin embargo, hacerlo y, a pesar de que las condiciones se habían vuelto mucho más desfavorables, los comandantes como Marbach, Tillessen y Thomsen alcanzaron todavía brillantes éxitos. Pero los riesgos no justificaban en modo alguno las destrucciones que llevaban a cabo. Cerca de 28.000 de los 40.000 submarinos reposaban ya en el fondo del mar. Los «torpedos humanos», los submarinos enanos («Biber», «Seehund») poseían deficiencias técnicas y sufrieron elevadas pérdidas. El ingeniero hamburgués Helmuth

Walter inventó una turbina que funcionaba a base de perhydrol (agua oxigenada concentrada) que hubiese podido revolucionar la guerra naval, pero que no llegó a tiempo para entrar en servicio. Todos los cruceros habían sido concentrados en el Mar Báltico en donde servían de baterías flotantes. Sólo el «Tirpitz» ocupaba todavía su viejo puesto de ataque cerca de Tromso, en donde era un blanco permanente de los aviones ingleses.

Desde el verano, la Wehrmacht libraba combates defensivos muy duros en todos los frentes. En el Oeste, Rundstedt había vuelto a asumir el mando supremo apoyado por la 3.^a Flota aérea (Dessloch) y la «Marina Oeste» (Marschall). Los Grupos de Ejército B (Model) y G (Blaskowitz) se retiraron del norte de Francia hacia Bélgica y Alsacia-Lorena. Kesselring, comandante en jefe Sur, había evacuado Florencia y defendía la «Línea Verde», entre La Spezia y Rimini. El Grupo de Ejércitos E (Löhr) abandonó Creta y Atenas, y posteriormente Grecia, para poder unirse al Grupo de Ejércitos F (Weichs) cuyo centro de gravedad se encontraba en Belgrado. En Rumania, el Grupo de Ejércitos «Ucrania Sur» se desmembró y sus restos se replegaron hacia Transilvania apenas protegidos por la 4.^a Flota aérea (Schulz). El Grupo de Ejércitos «Ucrania Norte» (Harpe) ya se había replegado tras el Wilsoka y el Vístula mientras que, río abajo, el Grupo de Ejércitos del Centro (Reinhardt), fuertemente diezmado, defendía Varsovia, el Narev y la frontera de la Prusia oriental en donde la 6.^a Flota aérea (Greim) estaba fuertemente atacada. El Grupo de Ejércitos Norte (Schörner) conservaba el sur del Oesel, la región de Riga, Curlandia y la Lituania septentrional con la ayuda de la Primera Flota aérea (Pflugbeil) y del «Almirante del Báltico oriental» (Burchardi). Finalmente, en Laponia, el 20.^o Ejército de montaña (Rendulic) tenía ante sí meses cargados de peligros.

Vistos desde Berlín, los principales focos de las campañas de otoño se encontraban en el oeste, en el sudeste y en el nordeste. En todas partes los Aliados no solamente lograban victorias, sino que efectuaban maniobras capaces de decidir la guerra. Montgomery y Patton recomendaban al Alto Mando occidental (SHAEF) invadir rápidamente Alemania. En los Balcanes, la Unión Soviética trataba de crear un hecho consumado político en cinco o seis países europeos. En la frontera entre Lituania y la Prusia oriental, Vassilevsky trataba de cortar el Grupo Norte. El Mando alemán se veía arrastrado por estos tres frentes. Quería defender las fronteras del Reich, conservar Hungría, última región que podía proporcionarle petróleo, proteger los transportes de mineral sueco y la ruta marítima, a lo largo de Noruega, sin dejar de preparar al mismo tiempo, la contraofensiva en la que soñaba Hitler.

En el Oeste las fuerzas alemanas se encontraban desintegradas en gran parte. Habían perdido unos 40.000 hombres (la mitad de éstos prisioneros), 1.500 cañones, 1.300 carros de combate y 20.000 vehículos. Ya no podían detenerse entre el Sena y la frontera francesa. Una orden del Alto Mando de la Wehrmacht les ordenaba fortificarse en la línea Bresken-Amberes-Canal Alberto-Mosa-Argonne-Langres-Châlons-sur-Saône, frontera suiza, pero el plan era irrealizable. El adversario acosaba con mucho ímpetu. Sus Cuerpos motorizados rebasaron frecuentemente a las unidades alemanas que se retiraban a pie. La 1.^a División blindada de la Guardia británica (Adair) avanzó hasta Amiens. Las tropas atrincheradas en la región Compiègne-Soissons fueron arrasadas como por una avalancha. El 3 de setiembre, los carros de combate de Adair y la Brigada de voluntarios

belgas (Piron) entraron en Bruselas bajo las aclamaciones de la población. Amberes caía al día siguiente.

Sin embargo, de pronto se produjo algo inesperado: la persecución de los Aliados perdió su impulso. Apenas Patton franqueó el Mosela entre Nancy y Metz y Hodges encontraba desarmado, en Aquisgrán, el «Westwall», considerado hasta entonces con sumo temor y Montgomery comprobaba que el Canal Alberto apenas estaba defendido, cuando Eisenhower dio un golpe de freno porque se enfrentaba con dificultades de aprovisionamiento. El SHAEF se veía obligado a suministrar suficiente carburante a las cuñas ofensivas. La «pipeline», construida mientras tanto en el paso de Calais, no resolvía el problema planteado por la falta de puertos. Cherburgo, Tolón y Marsella habían sufrido graves demoliciones. Las vías férreas continuaban, en su mayor parte, sin poder ser utilizadas. El Havre, Brest, Bolougne y Calais capitularon, respectivamente, el 12, 17, 18 y 30 de setiembre y sólo eran un montón de escombros. Los alemanes conservaron casi hasta el final de las hostilidades Dunkerque, Lorient, Saint-Nazaire, los accesos a Nantes, Royan y Le Verdon que dominaban Burdeos.

En estas condiciones, Montgomery propuso distribuir todas las reservas de carburante entre sus Grupo de Ejércitos. Insistía en cruzar Holanda con su Primer Ejército canadiense (Crerar) y el Segundo Ejército británico (Dempsey) para alcanzar la región del Ruhr y poner fin a la guerra. Un desembarco aéreo previsto para asegurar los puentes holandeses sobre el Mosa, el Waal y el Rhin, daría a esta ofensiva la profundidad necesaria y facilitaría la intervención rápida de potentes fuerzas blindadas. Eisenhower estaba aterrado. Veía ya a Montgomery detenido al otro lado de la frontera alemana, mientras que los otros Ejércitos aliados, después de haberle cedido su suministro de carburante, se encontrarían paralizados. En consecuencia, se trasladó a Bruselas para demostrar a los ingleses la necesidad de restablecer inmeditamente las comunicaciones de Amberes con el mar arrojando a los alemanes de Breskens, Beveland y Walcheren. La conferencia terminó con un compromiso: Montgomery conquistaría los pasos sobre los ríos hasta Arnhem, pero, a continuación, ocuparía todo el espacio comprendido al norte y oeste de Amberes.

El Primer Ejército aerotransportado interaliado (Brereton), recientemente creado en Inglaterra, fue puesto a disposición del 21.º Grupo de Ejércitos (Montgomery). Antes de arrojar sus tres divisiones en paracaídas y planeadores, el SHAEF envió a varios agentes a Holanda para fomentar un levantamiento del movimiento de la resistencia en Eindhoven, Nimegue y Arnhem. Pero uno de esos agentes, el comandante holandés Christian Lindmans («King-Kong») estaba en secreto al servicio de los alemanes. Por él y por sus servicios de escucha, el Mando alemán se enteró de lo que se preparaba. Debido a que el Primer Ejército de paracaidistas (Student), entonces en formación, era todavía demasiado débil para hacer fracasar una ofensiva, el comandante en jefe del sector Oeste, trasladó a Nimegue el 15.º Ejército (Zangen) que se encontraba en Breskens, en el estuario del Escalda. Fue reforzado por baterías de la defensa antiaérea llegadas del Ruhr, unidades de alarma, tropas organizadas a toda prisa con soldados que estaban de permiso y hombres reclutados en los hospitales de la región, miembros de la SS holandeses y policías.

El movimiento de la resistencia no se realizó. Hendrik van Baken, uno de sus jefes más importantes, desapareció para siempre, como muchos otros, detrás de las alambradas de los campos de concentración. La 1.^a División aerotransportada británica (Gale) y la 1.^a Brigada de paracaidistas polacos (Slansky) que le estaban su bordinados, descendieron en Arnheij y sufrieron pérdidas sangrientas. Cortados en tres fracciones, sus restos se rindieron o lograron escapar hacia el Sur. En compensación, la 101 División aerotransportada americana. (Mac Auliffe) y el Regimiento de paracaidistas belga conquistaron, cerca de Veghel y de Zon, todos los puentes sobre el canal Wilhelmine y Guillaume. También la 82.^a División aerotransportada americana (Taylor) y otra parte de los paracaidistas belgas lograron notables éxitos ante Nimegue, en donde fueron apoyados rápidamente por el 30.^o Cuerpo blindado americano (Harrocks), dos divisiones de infantería y la brigada de voluntarios holandeses «Princesse Irene» (Reuter) que habían partido de la cabeza de puente en el canal Alberto.

Todo ello provocó un corredor de 82 kilómetros de largo que pasaba por Eindhoven y Nimegue y llegaba a una cabeza de puente sobre el Waal, a poca distancia de la frontera alemana. Los alemanes trataron de cortarlo lanzando aviones, ingenios Biber y hombres-rana contra los puentes, que eran protegidos por defensas luminosas compuestas por numerosos proyectores. Los hombres-rana del grupo MEK-60 alcanzaron notables éxitos con sus minas «To». Pero todas estas tentativas causaron menos quebraderos de cabeza a Montgomery que la larga extensión de su frente. Por esto solicitó del Alto Mando que asegurara la protección del corredor en el Este por medio del Primer Ejército americano (Hodges). Por otro lado, el grupo anglocanadiense tuvo que esperar la caída de Boulogne y de Calais, que entretenían, al menos, dos divisiones y la brigada de voluntarios checoslovacos (Liska). Elementos de estas fuerzas sólo quedaron disponibles a principios de octubre para atacar Bresken.

La batalla comenzó con un ataque en tenaza de los ingleses, polacos, canadienses y holandeses sobre Tilburg y Breda. Fueron necesarias tres semanas para alcanzar el istmo que unía Beveland con el Continente, a pesar de que las divisiones canadienses habían empezado a operar contra Breskens desde el 6 de octubre. Los numerosos canales favorecían la resistencia. Los alemanes no cesaron en retirar importantes fuerzas del sector del Escalda. La 1.^a División naval de seguridad (Knuth) transportó unos 120.000 hombres y 700 cañones del 15.^o Ejército (Zangen) a la desembocadura del Mosa. Montgomery quedó fuertemente contrariado, así como por una derrota que infligió el Primer Ejército de paracaidistas (Student) a los americanos en Roermond a finales de mes, constituyendo un imprevisto que le obligó a destinar dos divisiones a este sector. Desde ya hacía algún tiempo había tenido que renunciarse a la esperanza de penetrar rápidamente en Alemania.

Por otro lado, el problema del Escalda no había quedado resuelto aún con la conquista de Breskens y de Zuid-Beveland. Era necesario ocupar aún Walcheren, una isla fuertemente defendida por las obstrucciones submarinas, los campos de minas y las defensas costeras cuyas baterías pesadas prohibían todo tráfico por el Escalda. El almirante sir Bertram Ramsay envió en ayuda de Montgomery una escuadra de bombardeo que acababa de prestar grandes servicios en Brest, el Havre, Bologne y

Calais, y que comprendía, entre otros, el acorazado «Warspite» y el monitor «Erebus». Simultáneamente, los bombarderos de la Royal Air Force abrieron brechas en los diques, inundando gran parte de la isla. La guarnición no combatía con menos fanatismo. Los comandos, compuestos por ingleses, noruegos y belgas, desembarcaron entre los puntos de apoyo, pero sufrieron elevadas pérdidas. De los 29 barcos ingleses, nueve fueron hundidos y solamente siete no sufrieron averías.

Cuando, finalmente, los 8.000 defensores se vieron obligados a rendirse por falta de munición, el Primer Ejército canadiense había perdido 27.633 hombres desde el 6 de octubre, más de lo que había costado toda la batalla de Sicilia. El tráfico por el Escalda no quedó libre todavía. Durante tres semanas Ramsay tuvo que limpiar el río con 200 dragaminas, antes de que el primer convoy pudiera llegar a Amberes. Pero entonces empezaron a caer sobre la ciudad y el puerto los proyectiles «V». Los submarinos enanos y los hombres-rana operaban a lo largo de la costa meridional de Walcheren y de Beveland en donde encontraron botines muy interesantes. El suministro de los Aliados no mejoró mucho, dado que la llegada de nuevos ejércitos incrementaba asimismo las necesidades. Por otro lado, los combates se extendían desde la frontera suiza a Geilenrirchen.

Las tropas americanas habían rebasado por los dos lados y luego ocupado Aquisgrán, después de haber bombardeado intensamente esta ciudad. El Primer Ejército americano (Hodges) y el Noveno (Simpson), recientemente constituido, atacaron entre Juliers y Montjoie, pero avanzaron solamente de un modo muy lento, a pesar de que enviaron al combate 14 y, posteriormente, 17 divisiones sobre un frente de cuarenta kilómetros. Estas divisiones sufrieron pérdidas muy sangrientas especialmente en los bosques de Hürtgen. El general Ornar Bradley, jefe del 12.º Grupo de Ejércitos, quedó profundamente desengañado al no poder llegar hasta el valle del Urft, lo que hubiera permitido regular el nivel de agua del Roer y eliminar, de este modo, un fuerte obstáculo. Pero las defensas de cemento armado resistieron incluso los bombardeos más intensos.

Mucho más importante todavía para los americanos era derrotar al Grupo de Ejércitos G (Blaskowitz) que era muy débil. El Tercer Ejército americano (Patton) logró ocupar Metz, ferozmente defendida, y hacer retroceder el frente alemán del Westwall a Merzig y al este de Sarrebruck. El Séptimo americano (Patch) ocupó Saverne y lanzó cuñas hacia Estrasburgo y Wissemburg. Unidades del Primer Ejército francés (De Lattre) trataron de ocupar el resto de Alsacia. Mientras su ala izquierda llegaba a Salestat y su centro quedaba detenido en los altos Vosgos, el Segundo Cuerpo (de Montsabert) atravesaba la Puerta de Borgoña. Los alemanes perdieron Belfort, Mulhouse, Estrasburgo, Hagauenau, Metz y Thionville, pero conservaron, al oeste del Sarre y del Rin superior, dos cabezas de puente muy incómodas para los atacantes. El Primer Ejército (Obstfelder) defendía la primera, el 19.º (Wiese) defendía las cumbres de los Vosgos, en Colmar y en Thann.

Mientras los frentes alemanes en el oeste se iban fortaleciendo penosamente, habían volado todos los diques en el sudeste. Después de los cambios de frente habidos en Rumania y en Bulgaria, lo que posibilitó el avance de los dos Grupos de Ejército soviéticos, Friessner era incapaz desde ya hacía varias semanas, de restablecer una línea

de defensa. Había perdido la casi totalidad de su material de transmisiones, así como numerosas piezas pesadas. Una gran parte del Sexto Ejército (Fretter-Pico) fue aniquilada. La caballería rusa alcanzó con sus columnas el norte del puerto orográfico de Buzau, mientras que otras divisiones soviéticas llegaban a las Puertas de Hierro. Sin embargo, algunos oficiales decididos lograron volver a formar unidades combatientes con soldados dispersos y fugitivos, algunos carros de combate y cañones y unidades de intendencia. Esta tropa heterogénea al mando del general germano-rumano Arthur Phelps, y el Segundo Ejército húngaro (Verres) trató de hacerse fuerte en Transilvania.

Friessner deseaba mantenerse allí hasta que quedara aclarada la situación política en Budapest, pero no logró establecer contacto con el Grupo de Ejércitos F (Weichs) que se encontraba cerca de Belgrado. Por otro lado, no podía confiar en los húngaros que tenían que asumir la defensa del frente Sur, aunque se les había unido también el Primer Ejército rumano (Anatasiu). Poco después se vio obligado a replegarse. El 6 de octubre el mariscal Radion Malinovsky atacó al Tercer Ejército húngaro (Heszlenyi) entre Arad y Oradea Mare. Apenas las unidades rápidas soviéticas hubieron alcanzado este punto, que ya trataban de aislar la Transilvania, pero las tropas alemanas habían llegado a Debreszen: dos divisiones con artillería e infantería. Se entabló una batalla que adquirió un carácter muy violento y dramático. Los rusos, cercados en un principio, lograron romper el cerco, pero no pudieron alcanzar el objetivo previsto.

Mientras, los numerosos intentos del almirante Miklos Horthy, para desentenderse de los alemanes, ya habían entrado en su última fase. Deseaba concluir lo más rápidamente un armisticio, conseguir que los ingleses y americanos participaran en la ocupación de su país y permitir que los alemanes se retiraran libremente. Desde fines de setiembre, el mariscal Laszlo Farago, el conde Geza Teleki y Domonkos von Szent-Ivanyi franquearon las líneas del Sexto Cuerpo de Ejército húngaro (Farkas) para trasladarse a Moscú en donde el barón Aczel Ede ya había celebrado conversaciones preliminares. El 15 de octubre el regente nombró al general Ferenc von Farkas comandante de la cabeza de puente de Budapest con el deseo de hacerle constituir un Gobierno favorable a los soviets. Pocas horas más tarde Horthy proclamó la separación entre Hungría y Alemania, pero en aquel momento intervino el SD. La SS, mandada por Bach-Zelewski y Skorzeny lo secuestraron. Tuvo que retractarse y fue internado en la Alta Baviera, mientras que el jefe de las Flechas de Hierro, Ferenc Szalassy, asumía el poder.

Estos acontecimientos no fueron tan catastróficos para el Ejército alemán como previamente lo había sido la defección de Rumania. El mariscal Vela von Dalnoki-Miklos y el general Johannes Voros, jefe del Estado Mayor, se pasaron al enemigo, y allí constituyeron un levantamiento comunista, pero la calma reinaba en Budapest. El Gobierno Szalassy fue obedecido, la masa de las tropas húngaras continuó luchando al lado de los alemanes e hicieron frente a unos ataques especialmente violentos. La lucha alcanzó su punto culminante y se hizo dramática. El mariscal Semion Timochenko, enviado por el Stavka, coordinó las operaciones del 4.º (Petrov), 2.º (Malinovski) y Tercer Frente de la Ucrania (Tolbuchin). Mandó intervenir igualmente a los Ejércitos rumanos: el Primero (Anatasiu), el Cuarto (Avramescu) y el Quinto (Racovitza).

Petrov fracasó en su tentativa de atravesar los Cárpatos, pero Timochenko consiguió pronto un gran éxito. Malinovski rompió el frente en el Tisza. El Primer Ejército húngaro (Laszlo) perdió Ungvar y Czap. Miskolez fue arrancada al Octavo Ejército alemán (Wachler). Los incendios, el pánico, el terror y los asesinatos conmoveron profundamente la ciudad de Kecskemet. Las hordas de guerreros cruzaron la desgraciada ciudad y alcanzaron pocos días después las fosas anticarros de Budapest. En aquel momento, Tolbuchin, que había conquistado Belgrado el 16 de octubre, trasladó su punto de ataque al otro lado del Danubio, a Pecs, desde donde pensaba virar y cercar la capital húngara. El Segundo Ejército blindado alemán (Angelis) cerró el espacio entre el Drave y el Lago Balaton, mientras que los elementos del destacamento de Ejército Fretter-Pico y los restos del Tercer Ejército húngaro (Heszlenyi) defendían sus posiciones; la línea Margarita, al sur de Budapest. Pero esta posición cedió al nordeste del lago Valence. El Sexto Ejército blindado de la Guardia soviética (Pliev) rodeó el recodo del Danubio hasta Gran, lo que significaba el próximo fin de la resistencia en la capital.

La irrupción soviética en el sudeste de Europa tuvo consecuencias indirectas sobre el Grupo de Ejércitos E (Löhr), que se encontraba en Grecia y que debido a la falta de vehículos había perdido una gran parte de su movilidad. El general Alexander Löhr ordenó retirar de Creta y de las islas del Egeo todas las tropas que pudo antes de que los navíos de guerra, ingleses y griegos, y los aviones pudieran impedir estos transportes. A continuación abandonó Atenas. Luchando continuamente contra los guerrilleros alcanzó el valle del Morava en donde, por orden de los rusos, los búlgaros le cerraban el paso. Tuvo que dirigirse hacia el Oeste, formando, al mismo tiempo, un flanco defensivo. La 5.^a División de montaña de la SS «Prinz Eugen» (Kumm), los guerrilleros armados del jefe nacionalista albanio, Mehdi Bey Frasheri, y el 34.^o Cuerpo (Müller) contribuyeron a cubrir este movimiento extremadamente difícil. Se entablaron sangrientos combates en Nich y en Kralievo con el Primer Ejército búlgaro (Stoitcheff), cinco divisiones soviéticas y los hombres de Tito. Hubo un momento en que el Grupo de Ejércitos pareció estar cercado. Necesitó varios meses para evacuar Macedonia, Albania y Montenegro y lograr instalarse en el sector previsto entre Mostar y Sarajevo.

El Grupo Norte (Schoerner) pasó igualmente por situaciones dramáticas. El frente de Leningrado (Govorov) no cesó un solo momento en sus ataques. Su ala derecha, el 8.^o Cuerpo (Lembit Pärn), avanzó hacia Dagoe, Monn y Oesel. El fuego del 2.^o Grupo de combate (Thiele), que comprendía el «Admiral Scheer», el «Lützow», tres destructores y cuatro torpederos, lo detuvo en Sworbe e impidió que las unidades navales rusas consiguieran penetrar en el golfo de Riga. Pero Govorov, Maslenikov y Jeremenko continuaron su avance en dirección a la capital de Letonia. Los alemanes la abandonaron a mediados de octubre. Por entonces una gran parte de las fuerzas blindadas soviéticas había alcanzado Palanga, al norte de Memel, aislando así de un modo definitivo el Grupo Norte: veintiséis divisiones aguerridas que iban a faltar en el momento en que se trataba de defender las fronteras alemanas.

Estas no serían las únicas, puesto que el 20.^o Ejército de montaña del general Lothar Rendulic continuaba, a causa de la insensata orden de Hitler, en Laponia en donde había de defender Petsamo; pero, de hecho, no obtuvo otro resultado que poner en entredicho

las viejas relaciones de amistad entre los alemanes y finlandeses. A principios de octubre, algunos de estos elementos libraron violentos combates con dos divisiones finlandesas alrededor de Uleaborg y Tornea. Rendulic tuvo que abandonar los puertos del golfo de Botnia y perdió igualmente Petsamo. Lentamente, los soldados alemanes se fueron replegando hacia Noruega, dejando al enemigo solo «tierra calcinada». Cuando se vieron obligados a abandonar Kirkenes, todavía conservaban la esperanza de defender un istmo en la Noruega septentrional con la ayuda del «Tirpitz». Lo consiguieron, efectivamente, pero la «Reina solitaria», como llamaban al navío de guerra, tuvo un triste fin. El 12 de noviembre, en Tromso, dos «block busters», bombas de seis toneladas de la Royal Air Force, le alcanzaron en su flanco de babor y, a pesar de las aguas bajas y los campos de arenas artificiales, lo hundieron.

Pero solicitaron de otros navíos aquello que el «Tirpitz» no había podido conseguir. Después de intervenir en Tuksum y Sworve empezaron otra vez en Memel. La cuña alcanzada en Palanga por el Primer Frente del Báltico (Bragramian) amenazaba esta ciudad por el norte. Una segunda cuña efectuada por elementos del Tercer Frente de la Rusia blanca (Cherniakovski) alcanzó, por Tauroggen, el Kurisches Haff y rechazó el Tercer Ejército blindado hasta Tilsit (Raus), detrás del río Memel. Al mismo tiempo, el 3.º Cuerpo (Gollnick) fue rechazado hacia la costa. Apoyado por el fuego de los cruceros «Admiral Scheer», «Prinz Eugen» y «Lützow», los destructores y torpederos, pudo mantenerse durante varios meses en Memel, principalmente, sin duda, porque Liepaja (Libau) continuaba siendo el objetivo principal de Bagramian, mientras que Cherniakovski avanzaba más al sur hacia Insterburg y Koenigsberg.

Se libraron violentos combates alrededor de Gumbine y de Golpad. Contrariamente a todas las reglas del arte de la guerra el Cuarto Ejército (Hossbach) alcanzó una importante victoria. Un millar de carros de combate y trescientos cañones rusos quedaron abandonados en el campo de batalla. Los soviets emprendieron la huida. Pero los vencedores fueron entonces testigos de horribles espectáculos, escenas de horror que, tal como habían sido informados, habían tenido lugar ya en Estonia, la Polonia oriental, Rumania, Transilvania, Hungría e incluso también en Yugoslavia. La soldadesca soviética, de acuerdo con la tradición de la guerra asiática, había cometido las atrocidades más terribles entre la población civil. Los hogares habían sido saqueados, las granjas incendiadas, las mujeres, de toda edad, violadas; los niños degollados, los fugitivos muertos, los campesinos clavados a las puertas de sus casas, atrocemente mutilados y castrados, los prisioneros de guerra franceses y los trabajadores polacos salvajemente asesinados, todo lo que encontraban, constituía una prueba más de esos crímenes.

Sin embargo, Hitler no se preocupaba de hacer una gestión para obtener la paz ni para restablecer un potente frente oriental. Al contrario, le dominaba un solo pensamiento: lanzar una gran ofensiva en el Oeste. Con la ayuda de Jodl había preparado un plan que imitaba, en sus puntos esenciales, el del año 1940. Nuevamente las fuerzas blindadas debían cruzar las Ardenas, franquear el Mosa, avanzar hasta el canal de la Mancha y aniquilar al enemigo cercado. Pero en vista de que los angloamericanos dominaban el cielo, había que explotar el mal tiempo del invierno y alcanzar el objetivo previsto en el plazo de tiempo más corto. Hitler no fijaba para este objetivo la región de

Abbeville-Calais, sino Amberes, mucho más cercana y cuya importancia para el abastecimiento de los aliados parecía justificar los esfuerzos más intensos.

Rundstedt y Model, con los que conferenció Hitler, consideraron que Amberes estaba muy lejos. No eran enemigos, en principio, de una ofensiva, pero a causa de la falta de poder y de movilidad de sus fuerzas, de las condiciones meteorológicas inciertas y la intervención, probablemente muy rápida, de la aviación enemiga, deseaban alcanzar lo antes posible su objetivo. Model no creía poder llegar al Mosa en dos días y, al mismo tiempo, lanzar ataques de distracción a cada lado de la brecha. Rundstedt señaló, especialmente, la enorme inferioridad de la aviación. El general Galland anunció el 12 de noviembre que contaba con dieciocho escuadrillas de caza y 3.700 aparatos, pero Rundstedt se negó a dar crédito a las promesas de Goering relativas a una concentración de su Luftwaffe después de que ya había fallado en anteriores ocasiones.

Las objeciones del mariscal no lograron alterar la situación. Hitler trasladó su Cuartel general a Ziegenberg, en Hessen, y pronunció un largo discurso ante los generales del Ejército del Oeste. Empezó por exponer los problemas de la Edad Media, habló de la paz de Westfalia, de la situación geopolítica de Alemania en Occidente y en Oriente y, finalmente, mencionó una «ley cultural eternamente válida». Podía ser aplicada a todas las células y se desarrollaba en la lucha por la vida, desde el mundo de los microbios hasta el de los seres humanos. Habían sido criados ciertos conceptos, la justicia, la moral, etc., pero sólo para mantener el orden social en el marco de la sociedad. Se trataba de invenciones humanas que no podían cambiar, de ningún modo, la ley de hierro de la selección de las especies. Sólo había una cosa que contaba: la voluntad de sobrevivir. Si Alemania perdía la lucha en la que se encontraba mezclada, se demostraría entonces que era el elemento biológicamente más débil y habría que sacar las consecuencias de este hecho.

La última ofensiva alemana fue lanzada el amanecer del 16 de diciembre. El cielo estaba cubierto y una espesa niebla cubría las tierras bajas. El adversario no pudo utilizar su aviación, pero el ataque no logró rápidos progresos. En el ala derecha, el Sexto Ejército blindado de la SS (Dietrich) fue detenido con graves pérdidas en la línea Montjoie-Malmedy. A la izquierda, el Séptimo Ejército (Brandenberger), que contaba con efectivos incompletos, apenas consiguió avanzar. El ataque sólo tuvo éxito en el centro, pues el Quinto Ejército blindado (Manteuffel) avanzó ochenta kilómetros, hasta Rochefort y Marche, sobre todo con la Panzerlehr (Beyerlein) y la 2.^a División blindada (Lauchert). Pero su ímpetu fue contenido muy pronto, ya que los americanos defendieron ferozmente los cruces de carreteras. Saint-Vith no cayó hasta el 21; Bastogne, que Eisenhower ordenó ocupar rápidamente por la 101 División aerotransportada (Mac Auliffe) resistió, a pesar de haber quedado completamente cercada. El empleo de grupos saboteadores que hablaban inglés (Operación «Greif») en el sector Norte, no consiguió ningún éxito apreciable.

La carrera con las reservas angloamericanas que, sin pérdida de tiempo, fueron lanzadas al combate fue perdida muy pronto. La concentración de diecisiete divisiones, realizada por Bradley entre Aquisgrán y el Roer, resultó muy ventajosa. Pudo lanzar un ataque en dirección a Houffalize por el flanco derecho de Manteuffel. Patton hizo igual

por el otro lado, con la autorización de Eisenhower, a pesar de las vivas protestas de los franceses que consideraban inadmisibles un debilitamiento del frente aliado en Lorena. El 30.º Cuerpo británico (Horrocks) intervino asimismo al sur de Lieja. La ofensiva quedó detenida. No sirvió de mucho que, a principios de año, ochocientos cazas alemanes se arrojaran sobre los campos de aviación aliados y, a cambio de la pérdida de noventa y tres aviones propios destruyeron un número igual de aviones aliados. Al regresar se enfrentaron con un grave desastre, por culpa de las defensas de la artillería antiaérea, cuya existencia ignoraban, y destinada a cubrir las rampas de lanzamiento de los «V-2», y perdieron otros doscientos aviones y cincuenta y nueve jefes de unidad de gran experiencia.

Crear poder acabar la guerra en el Oeste por medio de una campaña relámpago al estilo de lo sucedido en el año 1940, había sido realmente presuntuoso. El Ejército alemán ya no contaba con el potencial suficiente para alcanzar un objetivo fijo. Hitler sacrificó noventa mil combatientes insustituibles, lo que disminuía su Ejército blindado, al restarle preciosas cantidades de carburante y de munición. Estas pérdidas fueron todavía incrementadas, puesto que a partir del 1.º de enero las tropas efectuaron maniobras de distracción en Colmar y en Bitche, e Himmler se interfirió y empleó por razones de prestigio, más divisiones de las que eran necesarias. Todas estas fuerzas iban a hacer falta en el momento en que un inmenso peligro amenazaba Alemania por el Este.

EL HUNDIMIENTO DE ALEMANIA, 1945

Cuando Bradley lanzó, el 3 de enero de 1945, una serie de contraataques para limpiar el terreno por el que se habían infiltrado los alemanes, Stalin mandó tomar las últimas disposiciones para su avance hacia la Europa central. Debido a la ofensiva desencadenada por Hitler, ahora podía albergar la esperanza de llegar a Berlín antes que los angloamericanos. La decisión previa de esta campaña triunfal tenía que tener lugar entre el Báltico y los Cárpatos en donde se encontraban en línea de combate a las órdenes del mariscal Vassilevsky, cinco Grupos de Ejército soviéticos: el Tercero (Cherniakovski), Segundo (Rokossovski) y Primero (Chukov) Frente de la Rusia blanca, el Primero (Koniev) y el Cuarto (Petrov) Frentes de Ucrania, totalizando 161 divisiones de infantería, 15 Cuerpos blindados, 23 unidades mecanizadas, un Cuerpo de caballería y varios ejércitos aéreos. Invadían la Prusia oriental por dos lados y contaban con cabezas de puente sobre el Vístula en Magnuszev, Poulavy y Sandomierz-Baranov.

El frente alemán comenzaba detrás del río Memel, en el Kurisches Haff, pasaba por Schlossberg, Ebenrode, Golpad, Bobr, cerca de Augustov y seguía a continuación por la orilla occidental del Narev, el Vístula y el Wisloka, de modo que Varsovia quedaba incluida, conjuntamente con las tres grandes cabezas de puente en manos de los rusos. Dos Grupos de Ejército defendían esta línea de una longitud de setecientos cincuenta

kilómetros. El Grupo del Centro (Reinhardt) ocupaba la parte situada entre el Báltico y el recodo del Vístula, al norte de Varsovia, con el Segundo Ejército (Weiss), el Cuarto (Hossbach) y el Quinto blindado (Raus). El Grupo A (Harpe) ocupaba el sector Sur, hasta Kosiec, en Eslovaquia, con el Primer Ejército blindado (Heinrici), el 17.º Ejército (Schulz), el Cuarto blindado (Graeser) y el Noveno (Lüttwitz). Después de las graves pérdidas sufridas en el curso del año anterior, Reinhardt y Harpe habían realizado tremendos esfuerzos por organizarse otra vez y habían constituido una reserva de catorce divisiones para poder resistir mejor. Sin embargo, tuvieron que ceder una gran parte de estas fuerzas a Model para la ofensiva de las Ardenas o mandarlas a Hungría, en donde el Sexto Ejército (Balck) atacaba para libertar Budapest.

El Alto Mando del Ejército contaba con un cuadro de los efectivos soviéticos, de una curiosa precisión. Estructurado, desde noviembre de 1944, por el general Reinhardt Gehlen, jefe de la Sección Segunda, gracias a las declaraciones de los prisioneros, la escucha de la radio enemiga, las fotografías aéreas y los informes de los agentes, había ido adquiriendo un aspecto cada vez más peligroso. A fines de diciembre, los soviets contaban, en los sectores más importantes del Vístula, con un número de divisiones nueve veces superior a los de los dos Grupos de Ejércitos alemanes. Muy pronto la proporción de las fuerzas fue de veinte a uno, en artillería; de once a uno, en la infantería; de siete a uno, en las fuerzas blindadas. No era posible establecer la correcta proporción entre ambas armas aéreas. Se multiplicaban los signos de una ofensiva de amplia envergadura. Los rusos colocaron sus carros de combate en primera fila, emplazaron numerosas baterías nuevas y llenaron las cabezas de puente con tropas de la Guardia.

Guderian se trasladó el 24, el 31 de diciembre y el 9 de enero a Ziegenberg para entrevistarse con Hitler, con el fin de conseguir la devolución de las divisiones retiradas del Este, pero en cada una de estas ocasiones se encontró con una negativa categórica. Hitler se opuso incluso a la idea de reforzar el recodo del Vístula y del Narev con los dos Ejércitos del Grupo de Curlandia (Schoerner). Con la misma obstinación y mucho recelo se opuso también a las medidas que prevenían una economía de fuerzas que Harpe había propuesto al jefe del Estado Mayor general (Operación («Schlittfahrt»). Hitler y sus colaboradores más íntimos negaban pura y simplemente el peligro en el Este. Para ellos, las concentraciones soviéticas eran «unas hordas reunidas un poco de todos lados», «divisiones de rapiña», incapaces de librar una batalla decisiva. «El *bluff* más grande desde los tiempos de Gengis Khan», declaraba Himmler. Goebbels repetía a la población, que los bolcheviques estaban al final de sus fuerzas y no avanzarían un solo paso más. Bormann prohibía a los *gauleiter* evacuar a la población civil de las regiones amenazadas.

El destino seguía, pues, su curso. El 12 de enero de 1945, a las 1'30 horas, centenares de baterías, emplazadas en la cabeza de puente de Baranov, iniciaron un bombardeo como no se había conocido otro hasta la fecha. El huracán de fuego marcó una breve pausa hacia las siete, para continuar luego con renovada potencia. Detrás de la cortina de fuego, la infantería soviética avanzaba en columnas, por regimientos, precedidos por batallones disciplinarios y unidades de ingenieros para limpiar las minas y seguidos por las divisiones blindadas que avanzaron rápidamente después de haber roto las líneas para dar mayor profundidad a las mismas. Pocas horas más tarde, el Cuarto

Ejército alemán (Graesser) no disponía de una sola unidad que estuviera en condiciones de luchar. Ya solamente quedaban unos pocos nidos de ametralladoras que se defendieron hasta la noche siguiente. Koniev acababa de conseguir aquello que el general Nikolai Talensky llamó a continuación un «golpe de hacha» (*rasseka-iouchtchy oudar*), «nueva obra maestra, táctica, imaginada por el genio de Stalin».

En el curso de los siguientes días, la ofensiva se desarrolló a lo largo de todo el frente. Chukov avanzó por el sector del Noveno Ejército (Luttwitz), con dos Cuerpos blindados de la Guardia que habían partido de la cabeza de puente de Magnuszev y de Pulawy, y destacó potentes fuerzas para ocupar Varsovia por la espalda. Rokossovski, que había partido de la cabeza de puente del Narev, dispersó alrededor de Poultosk elementos del Segundo Ejército (Weiis) que se replegó hacia Thorn-Graudenz y hacia Osterode, Allenstein y Ortelsburg. Al este de Insterburg, Cherniakovski rompió el frente del Tercer Ejército blindado (Raus), cuyas divisiones, diezmadas, no se detuvieron hasta haber atravesado el Deime, en el Haff y Pregel. La victoria soviética era completa. Las unidades rápidas del Ejército Rojo, que habían conquistado su libertad de acción, se desplegaron en abanico en dirección a Danzig, el curso medio del Oder y Silesia. El 18 de enero había dejado de existir un frente alemán organizado.

Después de una conversación dramática, por teléfono, entre Reinhardt e Hitler, el Cuarto Ejército (Hossbach) que no había sido atacado, fue autorizado a replegarse a Lotzen y el canal de Mazuria. El 17.º Ejército (Schluz), fuertemente presionado, recibió asimismo el permiso de evacuar el sector del Wisloka. Los restos de las fuerzas alemanas se replegaban entre esos dos puntos en llamas. Las tropas comunistas polacas ocuparon Varsovia, cuya guarnición solamente contaba con cuatro batallones de los llamados de fortaleza. El 39.º Cuerpo blindado (Saucken), procedente de la Prusia oriental, fue destinado, el 14 de enero, al Grupo de Ejércitos A y cayó bajo el fuego de la artillería soviética cuando desembarcó en Lodz. El 24.º Cuerpo blindado (Nehring) se detuvo en las cercanías de Kielce, significando un punto de reunión para los elementos dispersos de diversas unidades de infantería y columnas de refugiados. Ambas unidades formaron unas «bolsas móviles». A pesar de encontrar enormes dificultades, Nehring cruzó el Pilica, y se reunió con Saucken en el Warthe superior. Pocos días más tarde, alcanzó la frontera de Silesia.

El 16 de enero, al no poder negar la catástrofe, Hitler regresó de Ziegenberg a la Cancillería, en Berlín, estallando iracundo contra esos duros golpes. Pero nuevamente no se atribuyó la responsabilidad, sino a los generales. Mientras cuatro ejércitos eran aniquilados en el frente oriental, encontró el tiempo suficiente para realizar innumerables investigaciones en las que intervenía Kaltenbrunner. Guderian fue interrogado y Harpe sustituido por Schoerner. Los oficiales que habían participado en la evacuación de Varsovia fueron acusados de cobardía, e internados en campos de concentración. Pero las medidas militares continuaban siendo insuficientes. Hitler envió desde Curlandia, sólo elementos del Tercer Cuerpo blindado de la SS (Steiner), que destinó a la Prusia oriental y Pomerania, y dos divisiones de infantería del Frente occidental. Durante este tiempo, el Sexto Ejército blindado de la SS (Dietrich) se dirigió hacia el lago Balaton, pues Hitler quería conservar la región petrolífera húngara.

Debido a que no existían reservas suficientes, las posiciones de campaña preparadas por la población civil, desde hacía dos meses a las órdenes de los *gauleiter* de Koenigsberg (Koch), Danzig (Forster), Pozna (Greiser) y Breslau (Hanke), carecían ya de todo valor. Veintiocho batallones solamente, sin artillería, ocuparon las líneas, llamadas «B-1» y «C», entre el Vístula, el Notec y el Warta. Más de la mitad de estas unidades improvisadas se componían de hombres del Volkstur, armados con fusiles confiscados en Noruega, disponiendo de cinco cartuchos cada hombre y reclutas sin formación. Las unidades blindadas de Chukov no tuvieron ninguna dificultad. El 26 de enero, Poznan, Torun y Grudziandz eran ocupadas. Conforme a su costumbre, Hitler bautizó las tres ciudades dándoles el nombre de «plazas fuertes», a pesar de que sus fortificaciones anticuadas eran incapaces de resistir la artillería soviética y que solamente contaban con munición para cuatro o seis días de lucha.

En Torun, Ludecke se defendió durante casi una semana, luego 32.000 soldados y paisanos, entre los que se hallaban los prisioneros de guerra franceses e ingleses y los trabajadores del Este, trataron de romper el cerco. Varios grupos fueron rodeados en Naklo, por el 33 Regimiento de infantería letona (Janums). Unos diecinueve mil se reunieron con los restos del Segundo Ejército (Weiss) cerca de Swiecie. En Poznan, Mattern luchó hasta el 22 de febrero, aunque las fuerzas polaco-soviéticas ya hubiesen alcanzado el centro de la ciudad al tercer día. Los dos mil oficiales-cadetes de la «Fahnenjunkerschule V» (Gonell), lucharon con la misma valentía que sus compañeros de Metz, pocos meses antes. La mayor parte de los restantes soldados, Volksturm, Luftwaffe, unidades de alarma y de la policía, se lanzaron igualmente a la lucha después de haber visto la suerte tan atroz que los vencedores reservaban a los heridos y los prisioneros.

En la Escuela de sordomudos de Poznan, transformada en hospital, en los bosques de Prittwitz y Roeder, en la estación y en diversas ambulancias, los soldados soviéticos quemaron a los heridos con lanzallamas. Esto no significaba un desmán aliado, sino la expresión de la sangrienta lucha ideológica que se libraba entre los rusos y los alemanes. Estas atrocidades eran parte integral de la guerra asiática desde la época de los tártaros. En todos los países extranjeros en los que penetraban los bolcheviques, extendían de un modo sistemático un terror que lo paralizaba todo. «¡Sin compasión! —rezaba una "Orden del Día" del general Chernikovski—. Las tierras de los fascistas deben ser transformadas en desiertos». Las octavillas redactadas por el periodista soviético Iliá Ehrenburg, distribuidas antes y durante la ofensiva, hablaban un lenguaje mucho más explícito todavía: «¡Matad! ¡Matad! No hay inocentes entre los alemanes... Obedeced las instrucciones de nuestro camarada Stalin, destruyendo para siempre la bestia fascista en su refugio. Mancillad el orgullo racial de las mujeres alemanas. Tomadlas como botín legítimo».

Al igual que el mando nacionalsocialista había ordenado destruir capas enteras de la población, el Kremlin no retrocedía ante ningún crimen para alcanzar sus objetivos. La diferencia sólo estribaba en los métodos. Hitler había confiado esta labor a varios millares de burócratas y verdugos, muchos de los cuales pertenecían a los pueblos orientales, mientras que los secuaces de Stalin transformaban en política la ciega ira que había

despertado la guerra en centenares de miles de soldados. El Kremlin quería expulsar o exterminar la población de vastas regiones para poder lograr, a su gusto, un reagrupamiento de los pueblos. Al mismo tiempo, los procedimientos terroristas, tenían que quebrar el espíritu de la resistencia de los alemanes, crear la confusión en su sistema defensivo, paralizar la voluntad de continuar y permitir así una ocupación rápida de los terroristas de la Europa central.

El infierno parecía haberse desencadenado, reinaba el terror y superaba todo lo imaginable. Cuando los soldados alemanes, desperdigados, cruzaban por una región por donde habían pasado ya los rusos, unos espectáculos apocalípticos, inolvidables, se ofrecían ante sus ojos. Los cadáveres de las mujeres que habían sido violadas y mutiladas, arrojados luego sobre los montones de estiércol. En Sommerfeld, Liebstadt y Scharnigk, numerosas personas fueron rociadas de gasolina e incendiadas vivas. Los cadáveres de los fugitivos, muertos por los carros de combate o los aviones, cubrían las carreteras en muchos kilómetros. Los saqueos, las violaciones, los incendios, los asesinatos eran hechos normales. Decenas de millares de personas eran reunidas y deportadas a Rusia. Frecuentemente, los comisarios del NKVD mandaban fusilar, en masa, pretendidos guerrilleros, entre los que figuraban prisioneros de guerra ingleses, indios, franceses, italianos y polacos.

Nunca se ha podido determinar con exactitud el número exacto de personas que lograron huir de la Prusia oriental, la antigua provincia de Warthegau y Silesia. Centenares de millares, engañados por los dirigentes del partido, permanecieron en sus localidades o se fueron demasiado tarde. Otros volvieron a sus hogares incapaces de soportar el frío y las penalidades. Pero ningún obstáculo pudo detener a los millones de seres humanos que, a pesar de las instrucciones en sentido contrario y de los obstáculos burocráticos, intentaron escapar hacia el Oeste. En tren al principio, y luego a pie y en carros, emprendieron el camino hacia Bohemia y Moravia, Sajonia, Brandenburgo y Pomerania en donde la Cruz Roja y los organismos del NSV (Auxilio Popular Nacionalsocialista) los atendían. Algunas de estas regiones ya estaban atestadas de berlineses a causa de los bombardeos y el traslado de las industrias. Era necesario encontrar cobijo para todos ellos. Contrariamente a lo que esperaban, esos desgraciados todavía no estaban a salvo.

La aviación británica de bombardeo estratégico, creyó su deber ayudar al avance de los soviets. Por este motivo, el mariscal del Aire, sir Arthur Harris, organizó un bombardeo *round the-clock* de Dresde para la noche del 13 al 14 de febrero y el día siguiente. La operación iba a obtener un éxito completo, puesto que la antigua ciudad sajona había enviado todas sus defensas antiaéreas a Silesia, y estaba atestada de fugitivos, cuyos trenes llenaban las estaciones, o que habían acampado en los cercanos campos. El plan era el siguiente: 10.000 bombas explosivas y 650.000 bombas incendiarias. La primera ola transformó en un mar de llamas todo el barrio que rodeaba el Viejo Mercado. La segunda ola debía cerrar los caminos de escape a los fugitivos para que la mayor parte de éstos fueran presas de las llamas. Una tercera ola aniquilaría a los sobrevivientes en los alrededores de la ciudad.

Este plan fue llevado a la práctica al pie de la letra. A las 22'09 horas, el centro de Dresde se transformó en un horno cuyas llamas se distinguían a cien kilómetros. Las bombas explosivas destruyeron los barrios contiguos. Las casas se hundían, sobre todo a lo largo del eje Este-Oeste, condenando a decenas de millares de personas una muerte atroz. Los aviones atacaban con ametralladoras a los fugitivos por las carreteras y en los campos al descubierto. El número de las víctimas no ha podido ser precisado nunca con exactitud. Trataron de calcularlas por el número de cabezas que encontraron y se llegó así a 18.721, pero 29.000 cadáveres fueron identificados. Al menos 15.000 quedaron enterrados bajo los escombros. Los «Hiwis» rusos incineraron en el Viejo Mercado un número de cadáveres cuya cifra jamás ha podido ser confirmada.

Si los ingleses creían haber eliminado una ruta importante para Silesia por medio de este ataque terrorista, estaban en un error, puesto que la destrucción de Dresde no ejerció ninguna influencia sobre los acontecimientos en el frente. Animados por el fanático *gauleiter* Karl Hanke, Schoerner empezó, el 21 de enero, y gracias a medidas draconianas, a reorganizar la resistencia. Destinó el 17.º Ejército (Schulz) al este de la región industrial de la Alta Silesia, y los Cuerpos de Nehring y de Saucken a la línea del Oder. Los otros elementos que pudo concentrar, la 20.ª División de voluntarios estonios (Augsberger), las tropas de la Reserva, personal de servicio de la retaguardia, el Volksturm, la policía y las Juventudes hitlerianas, no aumentaron de un modo notable su capacidad defensiva. Por este motivo los carros de combate de Koniev pudieron franquear la antigua frontera y formar potentes cabezas de puente sobre el Oder, en Brieg y Steinau.

En este momento, las «bolsas ambulantes» de los generales Nehring y Saucken lograron abrirse camino hacia el Oder, Nehring fue el primero en llegar a la misma y se estableció en Gogau, punto hacia el que se dirigía también Saucken. A Schoerner se le ocurrió entonces utilizar los dos Cuerpos para eliminar la cabeza de puente de Steinau, antes de que ésta fuera consolidada. Nehring debía atacar al oeste del río y Saucken al este. Pero Koniev dominó sin dificultad la doble amenaza. Saucken se encontró en una situación extremadamente difícil y hubiese sido aniquilado completamente si Nehring no hubiese establecido un puente de barcas sobre el Oder, a pesar de la presión enemiga. Pocos días más tarde, se hundía toda esta defensa en el Oder. Breslay y Glogau fueron conquistadas. Schoerner se replegó lentamente hacia las montañas y detrás del Neisse de Goerlitz (Lusace). Provisionalmente se mantuvo solamente en Oppeln y Ratibor, en una parte de la región industrial.

En el ala septentrional aislada, Bagramian y Jeremenko habían iniciado la cuarta batalla por Curlandia, poco después de la partida de Schoerner, contra el Grupo, que estaba entonces al mando de Rendulic, del Dieciséis Ejército (Hilpert) y del Dieciocho (Boige). Era por demás evidente que el Stavka temía que estas fuerzas fueran destinadas a participar en la defensa del Reich, por este motivo los ataques soviéticos fueron dirigidos más especialmente contra Preekuhn que cubría, por el sudeste, el puerto de Ljepaja (Libau), tan importante para el abastecimiento alemán. A pesar de tener elevadas pérdidas, la aviación rusa intensificó sus actividades en la costa. Pero el Mando soviético no tenía motivo de inquietud, Hitler no pensaba evacuar la cabeza de puente de

Curlandia. Sólo un Estado Mayor de Ejército y seis divisiones fueron retiradas, finalmente, de este frente.

Sin embargo, no llegaron a tiempo para permitir al general Hans Reinhardt estabilizar el frente del Grupo del Centro. Durante muchos días, éste reclamaba el repliegue del Cuarto Ejército (Hossbach) que estaba más o menos indemne y era el único capaz de apoyar a las restantes unidades, pero, como siempre, la autorización de Hitler, llegó demasiado tarde. Ya el Segundo Frente de la Rusia blanca (Rokossovski), con los cuatro Cuerpos del Quinto Ejército blindado de la Guardia (Liluchenko) habían introducido una cuña hacia Elbing, más allá de la vía férrea de Aljenstein-Thorn y amenazaba con aislar toda la Prusia oriental. En esta situación tan desesperada, Reinhardt aceptó un plan propuesto por el general Friedrich Hossbach que quería reunir los restos del Tercer Ejército blindado (Raus) y del Segundo Ejército (Weiss) para construir una «bolsa ambulante» y atacar, en dirección oeste, las fuerzas del mariscal Rokossovski tan avanzadas.

Hossbach se lanzó a la realización de este plan. Bajo una violenta tempestad de nieve que azotó toda la Prusia oriental y aumentó inconmensurablemente las penalidades de los refugiados, las tropas destinadas a abrirse paso fueron concentrándose. El Estado Mayor del Sexto Cuerpo (Grossmann) asumió el mando de la punta. El Veintiséis Cuerpo (Matzky) procedente del Tercer Ejército blindado, cubría el flanco norte y avanzó finalmente hacia Elbing. A cambio de elevadas pérdidas lograron abrir una brecha de veinte kilómetros de profundidad. Pero se reveló que no podía, al mismo tiempo, hacer frente al este y avanzar hacia el oeste. Rokossovski reforzó su ala derecha y Cherniakovski rompió el cerrojo alemán detrás del canal de Mazuria. Al mismo tiempo el Grupo de Ejércitos conoció una de las inevitables crisis de mando. Hitler destituyó a Reinhardt y, tres días más tarde, por una denuncia del *gauleiter* Erich Kock, hizo lo mismo con Hossbach.

Siguiendo sus órdenes, Rendulic, que sustituyó a Reinhardt, tuvo que renunciar a cualquier nueva tentativa de abrirse paso. Sus tropas se replegaron hacia la costa. Rokossovski alcanzó el Frisches Haff en Elbing. Cherniakovski franqueó el Deime, atacó por dos lados el Pregel y ocupó Koenigsberg que era defendida por el general Otto Lasch. En tanto que el resto del Segundo Ejército (Weiss) ocupaba el delta del Vístula y que el Cuarto (Müller) conservaba en Helingenbeil, entre Braunsberg y Maulen, una cabeza de puente que constituía, hacia el oeste de Koenigsberg, con Piolau como puerto de apoyo, lo que fue llamado el frente de Samland. El Veintiocho Cuerpo (Gollnick), encerrado desde hacía meses en Memel, se replegó sobre el Kurische Nehrung y bajo la permanente amenaza de los aviones siguió esta estrecha franja de tierra hasta Cranz y, luego, se estableció cara al sudoeste para reforzar la defensa de Samland.

En la retaguardia de las tropas combatientes, la tragedia de los refugiados alcanzó un nuevo punto culminante. Decenas de millares habían logrado partir en trenes, mientras que muchos otros, un millón y medio, se concentraron en los puertos de Samland y del Haff. Muchos cabezas de familia habían sido alistados en el Volksturm. Las mujeres, los ancianos, los adolescentes, los polacos fieles y los prisioneros de guerra franceses conducían los carromatos por los puentes de hielo, cubiertos en parte por el agua de los

deshielos en Leysuhen, Alt-Passarge, Deutsch-Bahnau y Rosenberg. Al otro lado de estas rutas tan peligrosas, cubiertas de cadáveres de animales y seres humanos, de utensilios y paquetes abandonados, llegaron a Nehrung, desde donde continuaron, bajo el fuego de los aviones y de la artillería, hacia Danzig y la Pomeriana posterior. Un gran número embarcaron, durante día y noche, en Pillau, en barcos y barcasas que debían transportarlos igualmente al Frische Nehrung o más al oeste.

A la Marina de Guerra le incumbió entonces una importante misión que cumplir: apoyar con el fuego de sus cañones los combates que se libraban en las cercanías de la costa y evacuar, por mar, a centenares de miles de heridos y refugiados, venciendo las terribles dificultades ocasionadas por la falta de combustible, el hielo, las nieblas, las tempestades, los aviones y los submarinos enemigos. Sin embargo, el torpedeo del «Wilhelm Gustloff» (25.484 toneladas) y del barco hospital «General Steuben» (14.660 toneladas) por el submarino soviético «S-13» (Marinevsko), en la vecindad del banco de Stolpe, fueron dolorosos accidentes aislados. Aunque el número de las víctimas fuera superior a las 6.800 personas, la Marina salvó el noventa y nueve por ciento de los que confiaron en ella: más de un millón y medio de fugitivos y 548.500 soldados, la mayoría de ellos heridos.

El caos que se había originado entre los Cárpatos y el Báltico incitó a Hitler a proceder a una reorganización. Las fuerzas mandadas por Rendulic adoptaron el nombre de Grupo de Ejércitos «Norte», las de Schoerner se convirtieron en el Grupo de Ejércitos «Sur». Una tercera, el llamado Ejército del «Vístula» fue situado entre ambos y confiado al Reichführer de la SS, Heinrich Himmler. Pero no por ello se reforzó la resistencia alemana. Rendulic y Schoerner contaban prácticamente con sólo uno o dos ejércitos en el verdadero sentido de esta palabra. Cuando Himmler instaló su Cuartel General en Deutsch-Krone, no pudo constituir ninguna unidad grande con los restos de las tropas de la reserva, las escuelas y los combatientes de Curlandia. Organizó solamente un Segundo Ejército blindado (Steiner) en el que las divisiones de voluntarios «Norlland», «Nederland» y «Wallonie» constituían el centro neurálgico. Liberaron Arnswalde que estaba cercada y amenazaron, por medio de contraataques, el flanco derecho del Primer Frente de la Rusia blanca (Chukov).

Hitler casi se ocupaba, única y exclusivamente, de los acontecimientos de la política mundial, además de estos pequeños éxitos locales a los que atribuía una importancia exagerada. La conquista de vastos territorios por los soviets debía inquietar a los occidentales, se decía. Siguió igualmente con el mayor interés el desarrollo de la conferencia de Yalta en donde se hallaban reunidos los «Tres Grandes» del 4 al 11 de febrero de 1945. Pero no se cumplió su deseo de ver estallar un conflicto. Roosevelt y su nuevo ministro de Asuntos extranjeros, Edward E. Stettinius, ni siquiera leyeron los informes que les habían enviado para ponerles en guardia contra los rusos. A bordo del crucero «Quincy», durante la travesía del Atlántico, no discutieron casi ningún problema político. El presidente había decidido ya hacía mucho tiempo lo que él quería ver acordado en Yalta: una próxima intervención de la Unión Soviética contra el Japón y la aprobación, por Stalin, de las proposiciones adoptadas en Dumbarton Oaks para la constitución definitiva de la organización de las Naciones Unidas. Churchill, que se había

entrevistado con Roosevelt en Malta, antes de la conferencia, observó que los americanos, por aquella época, no se interesaban en absoluto por los problemas europeos.

Al igual que su íntimo colaborador, Harry Hopkins, Roosevelt ya estaba señalado por la muerte. Cuando se trasladó en avión de Malta a la Crimea, creía poder ganarse a Stalin («Tío Joe») con sus encantos personales en favor de la futura organización del mundo: una reedición mejorada de la Sociedad de Naciones de Woodrow Wilson. Este «gran futuro» parecía justificar cualquier sacrificio. Roosevelt creía poder realizarla, confiando que los soviets aceptarían, durante la siguiente conferencia en San Francisco, ingresar en la ONU y que los Estados Unidos ya habrían terminado la costosa guerra asiática. En su opinión, Alemania ya sólo representaba un país derrotado al que había que liquidar militarmente. Esto incumbía al general Eisenhower que contaba con todo lo que hacía falta para ello, incluso el derecho a tratar directamente con los rusos.

Es curioso que los ingleses no presentaran ninguna objeción en Yalta a esta política, poco meditada, del presidente americano. Churchill y Eden estaban preocupados por las próximas elecciones parlamentarias y confiaban que los acuerdos efectuados con Moscú redundarían en felices resultados. La capciosa promesa hecha por Stalin de aceptar a los representantes del Gobierno polaco en el exilio entre sus marionetas del Comité de Lublin, les satisfacía plenamente. La conformidad, aunque vacilante, dada por los rusos para una participación francesa en la próxima ocupación de Alemania, se les antojaba como un prelude al restablecimiento del equilibrio europeo. Una «Comisión tripartita» había preparado, mientras tanto, la delimitación de las zonas de ocupación que ya sólo esperaba el acuerdo entre los «Tres Grandes». Teniendo en cuenta la situación militar, los anglosajones renunciaron a negociar para obtener ventajas particulares.

El mariscal sir Alan Brooke, jefe del Estado Mayor imperial, reclamaba, desde hacía ya tiempo, una estrategia más enérgica por parte del Mando Aliado. Ninguna de las 65 divisiones que Hitler mantenía en el oeste contaba, según sabía, con efectivos superiores a un tercio de los de una correspondiente unidad angloamericana. Por este motivo, la prudencia de que hacía gala Eisenhower se le antojaba inoportuna. Conjuntamente con otras altas personalidades militares, Brooke reprochaba al Alto Mando el que vacilara continuamente entre diversas proposiciones y eventualidades. Por ejemplo, a fines de enero, había mandado apoyar por importantes fuerzas americanas una ofensiva francesa contra la cabeza de puente de Colmar, malgastando en ella, de un modo inútil, tiempo y material. El jefe del Estado Mayor imperial se inquietaba sobre todo por la intención de Eisenhower de conquistar el Sarre antes de avanzar a continuación sobre el Rhin en un ancho frente en el mes de mayo.

La disputa se hizo casi violenta cuando Brooke, «en un tono muy severo», reprochó al SHAEF «desgastar sistemáticamente» fuerzas preciosas y apoyó un proyecto que habría tenido por consecuencia adscribir a Eisenhower un «jefe de operaciones terrestres» como cuando la campaña de Túnez. Durante la conferencia de Malta y Yalta, Marshall se pronunció en contra de los ingleses, pero, sin embargo, el general Walter Bedell Smith, jefe del Estado Mayor de Eisenhower, manifestó una mayor comprensión por los conceptos operativos de aquéllos. Las ideas expuestas por Montgomery el otoño anterior adquirieron nueva importancia y consistencia. El propio Eisenhower dio un paso adelante

subordinando el Noveno Ejército americano (Simpson) al Veintiún Grupo de Ejércitos (Montgomery) y prometiendo secundar la acción inglesa con un avance del Doce Grupo de Ejércitos (Bradley). El comienzo de la gran ofensiva fue fijado para el 8 de febrero de 1945.

El Ejército alemán del Oeste se encontraba en una situación lamentable. Después de la batalla de las Ardenas, la moral bajó en muchas unidades, mientras que los efectivos disminuían. El mariscal Gerd von Rundstedt, su comandante en jefe, solamente contaba con tres grupos de Ejército nominales: uno de reciente creación, el Grupo H (Blaskowitz), en el Mosa y el Rin inferior, el Grupo B (Model), entre Roermond y Treveris, y el Grupo C (Hausser) en el Sarre y el Palatinado y detrás del Rin superior. Para alcanzar el Ruhr, su objetivo, Montgomery tenía que atacar el ala izquierda de Blaskowitz, compuesta en gran parte por tropas élite, jóvenes y fieles. El Primer Ejército de paracaidistas (Schlemm) ocupaba posiciones escalonadas o protegidas por las inundaciones, minas, alambradas, las fortificaciones del Westwall y que habían de revelarse como la zona más potente de resistencia del Reichswald, al oeste de Cleves.

Montgomery había de enfrentarse todavía con otras dificultades. Para desplegar su Segundo Ejército británico (Dempsey) y su Primer Ejército canadiense (Crerar) solamente disponía de dos pasos por la estrecha cuenca de Nimegue. Las carreteras y los campos delante de ellos transformados en pantanos por la lluvia, impedían, por el momento, las operaciones de las unidades blindadas. Por otro lado, Rundstedt ordenó abrir el dique del Urfttal de modo que el nivel de aguas del Roer subió frente a los dos ejércitos americanos. Bradley quedó detenido durante dos semanas lo que permitió a los alemanes destinar sus reservas más hacia el norte. Los ingleses pagaron muy caro la conquista del Reichswald y de las ciudades de Cleves y Goch. A principios del mes siguiente, las avanzadillas blindadas inglesas y americanas se reunieron en Gueldre. Los paracaidistas alemanes defendieron Xanten hasta el 8 de marzo. Al día siguiente, los restos de las divisiones alemanas se replegaron al otro lado del Rin, bajo la presión de tres ejércitos angloamericanos.

La lucha por el espacio entre Cleves y Gueldre obligó a muchos ataques por parte de los Aliados. El 23 de febrero, el Primer Ejército americano (Hodges) se lanzó adelante al lado del Noveno (Simpson) que había conquistado Juliers y München-Gladbach. Rompió las posiciones que tenían delante, fueron detenidos en el Erf, pero continuaron avanzando otra vez hacia el Rin. Colonia, que se había convertido en un montón de escombros como consecuencia de los bombardeos aéreos, no ofreció ninguna resistencia al Séptimo Cuerpo americano (Collins). El Noveno Ejército blindado (Leonard), que atacaba por el ala derecha, halló, en contra de lo esperado, un puente intacto sobre el Rin: el de Remagen. El destacamento encargado de hacerlo saltar, huyó y buscó refugio ante la inesperada presencia de los carros de combate americanos. Hitler se dejó arrastrar por la ira y mandó fusilar inmediatamente a los responsables, pero Hodges pudo montar una cabeza de puente en la margen derecha del río. Las divisiones que estaban en reserva para la batalla de Colonia le significaron una gran ayuda.

Mientras, el Quinto Ejército americano (Patton) había avanzado igualmente. Su ala derecha, procedente de Luxemburgo, conquistó Treveris, Prum y Bitburg y avanzó sobre

Coblenza. El Primer Ejército alemán (Obstfelder) que era el único que continuaba al oeste del Rin, tenía su flanco derecho al descubierto. La conquista del Sarre y del Palatinado empezó el 13 de marzo. Mientras un Cuerpo del Primer Ejército francés (De Lattre) y el Séptimo Ejército americano (Patch) atacaban entre el Rin superior y Sarrebruck, Patton lanzaba dos fuertes columnas blindadas contra el Mosela inferior y en la región situada al norte de Merzig. Cortaron las líneas de comunicaciones del Westwall, ocuparon Bingen y Kaiserslautern, y cerraron la tenaza en Ludwigshafen. Poco después, la resistencia en el Sarre, muy fuerte en un principio, fue rota. Banderas blancas aparecieron en la mayoría de las ventanas. Diez mil soldados alemanes se rendían cada día que pasaba. Muchos oficiales y soldados declaraban que capitulaban, porque preferían entregar su país, derrotado sin duda alguna, a los occidentales que a Stalin.

Esta forma de proceder estaba inspirada, sin duda alguna, por los últimos éxitos de los rusos. Estos se preparaban para el asalto de Berlín. Mientras Chukov y Koniev alcanzaban el Oder, importantes fuerzas alemanas continuaban en Curlandia, en la Prusia oriental y en Pomerania, a su derecha, frenando el avance hacia el oeste, mientras que unos efectivos rusos muy elevados quedaron inmovilizados ante Koenigsberg y Breslay. El general Andrei E. Antonov, jefe del Estado Mayor general, quería conquistar toda la línea Oder-Neisse como base de partida para la última maniobra de tenaza. Por otro lado, el Kremlin parecía considerar como urgente la ocupación del sudeste de Europa hasta los Alpes, ya que se anunciaba un armisticio en Italia y el general Alexander podría llegar rápidamente a Trieste e Istria.

Entre el 24 y 29 de febrero, Bagramian libró la quinta batalla de Curlandia, y luego una sexta en el curso del mes de marzo. Al mismo tiempo, Rokossovski lanzó una gran ofensiva para conquistar la Prusia occidental y la Pomerania posterior en donde, con los elementos de Chukov, que les fueron puestos a sus órdenes, y un ejército polaco, alcanzó la costa, en Kolberg, Dieneov y Stettin, enviando unidades blindadas hacia el noroeste, en dirección a Danzig y Gdynia. En el teatro meridional, las tropas alemanas y húngaras que defendían Budapest suspendieron su resistencia el 14 de febrero. A fines de mes, Malinovski inició una gran ofensiva, con los rusos, rumanos, checoslovacos y húngaros que había de llevarle a Bratislava y a Viena a principios del mes de abril.

En todas aquellas batallas, los alemanes y sus últimos aliados lucharon con el valor que da la desesperación. En el frente de Curlandia los regimientos germano-letones detuvieron una vez más el avance del enemigo. Al este de Pillau, en Heiligenbeil y en Balga las divisiones diezmadas se sacrificaron para permitir a las nuevas masas de fugitivos y sus columnas rodadas, compuestas en su mayor parte de elementos auxiliares rusos, poder escapar hacia el oeste. En el delta del Vístula, en donde se concentraron las últimas unidades del general Dietrich von Saucken al abrigo de las ametralladoras, al oeste de Danzing, destruida por terribles incendios, ante Hela, cuya rada desempeñó un papel muy importante para los transportes, pues allí el almirante Bernhard Rogge aniquiló las avanzadillas enemigas con el fuego del viejo acorazado «Schlesien» y los cruceros «Prinz Eugen» y «Leipzig», mientras que el grupo de combate del almirante August Thiele, compuesto por el «Scheer» y el «Lützow», defendía la cabeza de puente de Dievenow.

Las viejas ciudades, tan ricas en tradiciones, como Koenigsberg (Lasch), Breslau (Niehoff) y Kolberg (Fullfriede) sucumbían una tras otra. El mariscal Vassilevski, que había sustituido al general Chernikovski, caído en el campo de batalla, consiguió la rendición de Koenigsberg cuando ésta era un montón de ruinas. Los soldados, los fugitivos y una parte de los habitantes libraron violentos combates callejeros, entre los escombros de Breslau, a las tropas del general Clousdovsi en la esperanza de que, finalmente, fueran liberados. Kolberg fue defendida por tres batallones a los que se unieron elementos del Cuerpo de francotiradores francés, seis carros de combate, una batería de la defensa antiaérea y dos destructores que disparaban desde la rada, a pesar de que toda la ciudad estuviera en llamas y que el general polaco Karol Swierczewski lanzara varias divisiones al asalto. Varios millares de hombres salieron de Koenigsberg y llegaron a Pillau. Nadie, empero, pudo abandonar Breslau antes de la capitulación que tuvo lugar el 6 de mayo. De Kolberg escaparon en navíos de guerra, mercantes y de pesca unos 77.550 fugitivos y soldados, casi todos los supervivientes de los duros combates.

En el oeste los alemanes resistían menos tenazmente aunque Hitler había remplazado al mariscal Rundstedt por Kesselring. El 23 y 24 de marzo, el Veintiún Cuerpo de Ejércitos (Montgomery) franqueó el Rhin a un lado y otro de Wesel. Un desembarco de tropas aerotransportadas efectuado por 5.940 aviones, al norte del Lippe, permitió a las tropas que cruzaron el río continuar rápidamente su avance. El Noveno Ejército americano (Simpson) concentró sus unidades aerotransportadas, en tanto que en el sur, partiendo de la región de Remagen, Linz y Andernach el Primer Ejército (Hodges) realizó un avance muy importante. Veinticuatro horas antes el Tercer Ejército (Patton) había conquistado una amplia cabeza de puente en la vecindad de Maguncia. Conquistó Frankfurt del Main y Aschaffenburg, luego prosiguió su avance hacia Kassel. Sus tropas blindadas cumplieron una misión análoga a la del Segundo Ejército británico (Dempsey) que avanzó hacia la cuenca del Wesser. Protegidos por Dempsey y Patton, Simpson y Hodges pudieron cercar la cuenca del Ruhr. La tenaza se cerró en Lippstadt.

Sería muy difícil explicar por qué las unidades del Ejército del Oeste continuaban luchando. Su situación era desesperada, puesto que las fuerzas aliadas avanzaban rápidamente por terreno alemán. El Primer Ejército canadiense (Crerar) cortó, a lo largo del Yssel, todas las comunicaciones de los alemanes que se habían quedado en Holanda. El Sexto Grupo de Ejércitos (Devers) forzó asimismo la defensa del Rhin en Worms y Phillippsburg, de modo que el Primer Ejército francés (De Lattre) y el Séptimo americano (Patch) pudieron lanzarse a una auténtica carrera hacia la región de Stuttgart y del Danubio superior. A principios de mes, el bloqueo de la región del Ruhr se hizo mucho más intenso. Los ataques lanzados desde ambos lados, lo cortaron en dos. Se derrumbó la resistencia de treinta divisiones cercadas. Model se suicidó. Cerca de 325.000 hombres se rindieron.

Toda la red de comunicaciones se encontraba paralizada. Los ferrocarriles tuvieron que cesar casi completamente su tráfico. Los cazabombarderos aliados volaban por encima de casi todas las carreteras importantes, ametrallando sin distinción vehículos y seres humanos. Nuevos bombardeos en masa destruyeron, si no lo estaban ya, los tesoros arquitectónicos de Wurzburg, Viena, Ulm, Munich, Brunswick, Quedlinburg, Nuremberg

y Postdam. Las fuerzas terrestres proseguían su avance sin interrupción. El Volksturm se desbandó. Un movimiento de guerrilleros, el «Werwolf», organizado por el partido nacionalsocialista, no dio ningún resultado. Cuatro ejércitos angloamericanos franquearon el Weser en un frente de trescientos kilómetros. Stuttgart capituló. Los franceses destruyeron Freudenstadt, atravesaron el Danubio superior y alcanzaron el Lago de Constanza. Baviera aparecía ante las avanzadillas del ala sur americana.

Ante este avance tan rápido, Churchill intervino cerca de Roosevelt y Eisenhower para fijar Berlín como objetivo principal. El presidente, muy cerca ya de su muerte, no pudo contestarle. Eisenhower declaró que había sido fijada una línea de demarcación que pasaba a trescientos kilómetros del oeste de la capital alemana, pues Berlín no tenía, por lo tanto, ningún interés estratégico para las fuerzas aliadas. Era mucho más importante penetrar hacia el centro de Alemania en donde se encontraba la última región industrial de Hitler y en donde la pretendida «fortaleza de los Alpes» podía cerrarse cara al norte. Marshall aprobó la decisión de Eisenhower, de modo que el Noveno Ejército americano (Simpson) tuvo que detenerse cuando llegó al Elba en Magdeburgo el 11 de abril.

Churchill y Brooke aceleraron los movimientos del Veintiún Grupo de Ejércitos (Montgomery). A pesar de hallar una resistencia alemana más intensa, el Segundo Ejército inglés (Dempsey) organizó una acción a partir de Uelzen, franqueó el Elba inferior y cerró a los rusos, que no observaban estrictamente los acuerdos que habían sido adoptados, la ruta del Mar del Norte entre Ludwigslust, Schwerin y Lubeck. Moscú demostró entonces los recelos con los que seguía las operaciones de los occidentales. Las unidades blindadas de Patton habían conquistado Plzen (Pilsen) y el jefe del Estado Mayor general Antonov presentó, sin pérdida de tiempo, una protesta vigorosa de modo que el Tercer Ejército americano tuvo que replegarse para ceder Bohemia a los bolcheviques. Las penetraciones efectuadas por Bradley en la región industrial de Halle, Jena, Hof, Leipzig y Chemnitz, provocaron violentos reproches por parte de los comunistas.

Estos observaban la misma actitud a la vista de la ofensiva lanzada el 5 de abril por el Quince Grupo de Ejércitos (Alexander) en Italia. Esta operación carecía ya de significado militar, dado que el Grupo C (Vietinghoff) que se encontraba en esta región con dos ejércitos muy débiles, ya no podía oponer ninguna resistencia seria y estaba decidido a concertar un armisticio. Pero si el Quinto Ejército americano (Clark) y el Cuerpo expedicionario brasileño (Zenobio) marchaban sobre Verona, Milán, Alexandrie y Genes, el Octavo Ejército británico (Mac Creery) se dirigía hacia Trieste, el objetivo tan frecuentemente mencionado por los ingleses en su estrategia mediterránea. El Kremlin se enojó sobre todo por los contactos establecidos a principios de marzo por los dos adversarios en este frente. El barón Luigi Parilli, chambelán papal, los había establecido con Allan W. Dulles jefe de los servicios secretos americanos, por mediación del pedagogo Max Humann y otras personalidades, en Suiza.

Los soviets estaban convencidos de que se trataba del prelude a un acuerdo político entre Alemania y las potencias occidentales lo que, en efecto, era la intención del Obergruppenführer Ludwig Wolff. A pesar de que estas conversaciones sólo concluyeron en un armisticio local, Moscú se consideró afectada, puesto que sabía, que con toda

probabilidad, los guerrilleros de la Alta Italia querían aprovecharse del hundimiento de Alemania y del Gobierno de Mussolini para proclamar una «República popular» antes de la llegada de las tropas aliadas. La Unión Soviética deseaba no poner fin a la lucha, sino extender el caos por todo el mundo. Esta era también una de las causas por las que Stalin, poco antes, había abandonado la «guerra patriótica» para volver al leninismo y dado la consigna: «La Segunda Guerra Mundial debe ayudarnos a poner el pie en toda Europa».

La tensión entre los Aliados hizo nacer nuevas esperanzas en la mente de Hitler. Cuando recibió la noticia, el 13 de abril de 1945, que Franklin D. Roosevelt acababa de morir, en Warm Springs, a causa de una hemorragia cerebral, vio en ello una intervención de la Providencia, un hecho parecido a la muerte de la zarina Elizabeth durante la guerra de los Siete Años. Meditaba también sobre la conquista de Viena, acaecida, cuatro días antes, por el mariscal Malinowski y la ofensiva del Segundo Frente de Ucrania a lo largo del Danubio. Y justificaba, por razones políticas, el hecho de que los americanos se hubiesen detenido en el Elba cuando Berlín se encontraba prácticamente en sus manos. Rusia y las potencias occidentales, se decía, no ocuparían deliberadamente el espacio entre el Oder y el Elba con el fin de pactar, cada uno por su lado, con Alemania. Siguiendo órdenes de Kaltenbrunner de iniciar negociaciones en Suiza, convocó al Obergruppenführer Wolff para exponerle un plan fantasioso.

—Hemos de resistir —le dijo—. La alianza entre los rusos y anglosajones está a punto de terminar. Me aliaré contra los otros, con aquel que primeramente se dirija a mí.

Pensar que bastaba esperar al mejor postor en las ruinas de Berlín para inclinar a continuación la balanza, constituía realmente una extraordinaria ilusión. Alemania había perdido su poderío militar y no podía, por lo tanto, ser solicitada ya como aliada militar. Un Reich antaño tan potente, pero ahora en ruinas, no interesaba como aliado a nadie. Ésta misma razón hacía imposible el deseo de entenderse con los occidentales, un deseo manifestado repentinamente por Ribbentrop, Himmler y Goering. Las atrocidades descubiertas en los campos de concentración liberados por las tropas angloamericanas revolvían la conciencia del mundo entero, mucho más que cualquier otra acción cometida por el Tercer Reich hasta entonces. El odio alcanzaba una intensidad desmesurada y hacía que, muchas personas de Occidente, fueran ciegas a los métodos y a las intenciones de los bolcheviques.

Mientras, como consecuencia de una discusión dramática, en que se había hablado de la ciudad de Kustrin y del problema tan doloroso que planteaba Curlandia, Hitler había destituido a Guderian, sustituyéndole por el general Hans Krebs. Poco antes aquél había logrado que Himmler abandonara el mando sobre el Grupo «Vístula» para confiarlo a un soldado de gran experiencia, el general Gotthard Heinrici. Este se encontró con un frente, Oder-Neisse, inútil para cumplir cualquier misión, defendido por restos de ejércitos, reclutas sin valor combativo, unidades extranjeras y el Volksturm, el Tercer Ejército blindado (Manteuffel) en el bajo Oder, el Noveno Ejército (Busse) en el centro y el Cuarto Ejército blindado (Graeser) en el Neisse. El Doce Ejército (Wenck) constituido en el Elba por solamente seis divisiones, no había de ser destinado al este de Berlín, sino que había sido previsto para proteger la región del Ruhr.

Hitler cometió los mismos errores que con anterioridad. Se negó a creer en los indicios, ahora muy claros, que anunciaban una nueva ofensiva por parte de los rusos y se aferró a unas cifras imaginarias sin querer comprender que el número de divisiones había dejado desde hacía ya mucho tiempo de tener el mismo valor de combate. Goering, Himmler y Doenitz prometieron suministrar las reservas, 137.000 hombres, y le anunciaron la existencia de 850 carros de combate, lo que aumentó su optimismo. Al mismo tiempo las últimas unidades aéreas parecían capaces de rendir buenos servicios si no se tenía en cuenta la penuria de carburante y la ausencia de pistas de despegue y aterrizaje para los cazas a reacción que efectivamente poseían un gran valor. Prácticamente, sin embargo, Greim sólo pudo lanzar al combate algunos aviones de reconocimiento y de caza, una escuadrilla de bombarderos en picado y unos pocos aviones de enlace.

«¡Berlín! Una palabra capaz de despertar a los muertos, puesto que significa la vida. Soldados del Ejército Rojo, ¡ha sonado la hora de la venganza!»

Este llamamiento de Ilia Ehrenburg inflamó a los soviets cuando se lanzaron al ataque, al amanecer del 16 de abril de 1945, entre el fragor de 44.000 bocas de fuego. Los ingenieros habían construido puentes por los que cruzaron las potentes columnas de carros de combate de José Stalin, casi invulnerables, mientras que otros partían de las cabezas de puente establecidas a ambos lados de Kusterin y en la vecindad de Guben y Muskau. El Primer Frente a la Rusia blanca (Chukov) necesitó tres días para romper el ala izquierda del Noveno Ejército (Busse) y atacar en dirección a Wriezen, pero el Primer Frente de la Ucrania (Koniev) ganó muy rápidamente su libertad de acción en dirección a Luckenwalde.

La penetración hacia Kusterin obligó al Tercer Ejército blindado (Manteuffel) a organizar un flanco defensivo hacia el sur. El Estado Mayor del Undécimo Ejército (Steiner) fue rápidamente cercado, razón suficiente para incitar a Hitler a reclamar un contraataque decisivo contra las unidades blindadas lanzadas por Chukov sobre Berlín. Pero el Gruppenführer Félix Steiner no pudo ejecutar esta orden pues previamente tenía que concertar su Destacamento de Ejército. Mientras lo intentaba, el Segundo Frente de la Rusia blanca (Rokossovski) atravesó bruscamente el Oder entre Stettin y Schwedt, el 20 de abril, con lanchas de asalto y carros flotantes muy numerosos, para ocupar Uvkermarck y avanzar hacia Mecklemburg. Fue entonces cuando Hitler comprendió que había sonado el gran reloj del Destino. Se dejó arrastrar por la ira, gritó, tuvo una crisis de lágrimas, injurió a los soldados alemanes y a la SS. Bormann, Jodl, Keitel, Krebs y Burgdorf intentaron serenarle afirmando que no todo estaba perdido todavía, que podían continuar la lucha en la región de los Alpes en donde se encontraba una cuarta parte de las fuerzas alemanas.

Hitler se serenó. Lleno de amargura y desprecio, decidió continuar en Berlín, que Goering, Himmler y Ribbentrop acababan de abandonar, convencido cada uno de ellos, de que constituía un elemento valioso para las negociaciones con los occidentales. Goebbels y Bormann continuaron al lado de Hitler. Keitel y Jodl partieron para organizar, desde el exterior, las acciones de liberación. Casi inmediatamente después las avanzadillas soviéticas efectuaban su enlace en el lago de Havel, al sur de Nauen. La

capital estaba cercada. Casi en el mismo momento, las Compañías de Propaganda lanzaban por sus altavoces, un nuevo llamamiento de Ehrenburg: «Soldados del Ejército Rojo... arrojad dentro de Berlín la antorcha encendida de vuestra venganza». Más de 16.000 cañones y morteros rusos iniciaron el combate. El 62.º Ejército soviético (Chuikov), célebre por su defensa de Stalingrado, se lanzó al asalto desde todos los lados.

La mayor ciudad alemana pasó entonces por aquello que habían conocido ya anteriormente Stalingrado, Varsovia y Budapest. Lo que había sido, en su agonía, la fábrica de tractores «Octubre Rojo», Molotov y el Burg, el Tegeler Forst, la Jumfernheide, el canal de Spandau, Siemenstadt, la Landsberger Allee, Tempelhof, el Hallesches Tor, el Alexanderplatz y la estación de Potsdam, lo fueron ahora en esta ciudad. En algunos puntos el pánico se apoderó de las masas humanas y los comandos de la SS, sin experiencia del frente, trataban inútilmente de concentrar a los soldados en su huida. Pero en la mayoría de los sectores las tropas cercadas combatieron con calma y sangre fría. Corrió el rumor de que Himmler se había entrevistado con el conde sueco Folke Bernadotte para obtener una paz por separado y confiaban en el apoyo que había de proporcionarles el Doce Ejército (Wenck).

El 24 de abril el general Walter Wenck había recibido orden de pasar al contraataque. Lo preparó con sumo cuidado, avanzó hacia el este al sur del Havel, y liberó 3.400 heridos en los hospitales de Beelitz. Sus avanzadillas alcanzaron Ferch, al sur del Lago Schwielow, liberando la guarnición de Postdam que había quedado cercada y uniendo a sus fuerzas unos 40.000 soldados que se replegaron, con graves pérdidas y entre la masa de fugitivos, desde el frente del Oder. Pero no pudo hacer nada más ya que Chuikov organizó un potente frente defensivo al sudoeste de Berlín, mientras que Chukov por Brandenburgo y Koniev partiendo de los alrededores de Wittenberg, lanzó violentos ataques de flanco contra Wenck. El Doce Ejército tuvo que replegarse. Sus unidades diezmadas defendieron todavía durante algunos días la cabeza de puente entre Genthin y Schonhausen, y pudieron escapar varios centenares de miles de personas, luego franqueó el Elba cerca de Ferchland y Fishbeck por donde hizo pasar el mayor número posible de fugitivos a pesar de las medidas adoptadas por los americanos para impedirlo.

En Berlín la batalla se acercaba lentamente a su fin. El teniente coronel Erich Bärenfänger que la dirigía, había mandado construir numerosos obstáculos y barricadas en el mar de ruinas, pero sus tropas ya no podían resistir la presión soviética. El Cuarenta y dos Cuerpo blindado (Weidling), que se había replegado del frente del Oder, contaba solamente con 49 carros de combate. Las pocas unidades de alarma, formadas con los batallones de daneses, noruegos, letones, estonianos, franceses y españoles, lucharon casi sin apoyo de la artillería. El Wolkstrum y las Juventudes hitlerianas que peleaban con mucha tenacidad, estaban armados solamente con fusiles y «Panzerfäuste». Las masas mal armadas trataban de alcanzar Spandau por el puente del Havel. El 29 de abril los rusos ocuparon el Ministerio del Aire y el acceso a la Wilhelmstrasse.

Nadie puede adivinar lo que sucedió entonces en el alma de Hitler, amargado y lleno de desprecio. Contrajo matrimonio con Eva Braun, con gran sorpresa por parte de sus más íntimos colaboradores y dictó un testamento, en el que desposeía a Goering e Himmler de todos sus cargos a causa de las negociaciones que habían iniciado y nombró

a Doenitz «Presidente del Reich». El nuevo Gobierno debía conservar las leyes «raciales» y luchar contra el «judaísmo internacional que envenena al mundo entero» y a los cuales Hitler continuaba atribuyendo los orígenes de la guerra. Keitel y Jodl le habían comunicado su fracaso de atacar partiendo de Mecklemburgo y entonces decidió poner fin a su vida. El 30 de abril a las 15.30 horas se disparó una bala en la cabeza. Conforme a sus instrucciones, los miembros de la SS incineraron su cadáver en el jardín de la Cancillería.

El Gobierno que él había nombrado no llegó a constituirse. Josep Goebbels, el previsto Canciller, se hizo matar por un miembro de la SS cuando se acercaban los rusos. Martín Bormann, nombrado «ministro del Partido», desapareció en el curso de una tentativa de fuga hacia el oeste. Goering se entregó a los americanos. Himmler y Ribbentrop fueron al encuentro del gran almirante Doenitz, «presidente del Reich», en Poln y Flensburg respectivamente, pero éste los rechazó categóricamente, se ocultaron y fueron posteriormente detenidos por los soldados ingleses. Himmler se suicidó mordiendo una pequeña ampolla de cianuro potásico. Doenitz siguió su propia iniciativa. Mandó constituir un «Gobierno encargado del despacho de los asuntos corrientes» por el ministro de Finanzas el conde Lutz Schwerin von Krosigk, decretó la disolución del Partido nacionalsocialista y entabló conversaciones con vistas a la capitulación, tratando de ganar tiempo para que el mayor número de soldados y fugitivos pudieran escapar de la zona que habían de ocupar los bolcheviques.

Este paso se efectuó no sólo en el sector del Doce Ejército (Wenck) que pasó el 8 de mayo a la otra orilla del Elba, sino también en Mecklemburgo occidental, bajo la dirección del general Kurt von Tippelskirch, sucesor de Heinrici. Durante todavía varios días, los barcos y los aviones pudieron transportar millares de soldados de Curlandia, del delta del Vístula y de Hela aunque el «Goya» (5230 toneladas) hubiese sido torpedeado poco antes encontrando la muerte. 5.200 personas. En aquel momento se planteó la cuestión de si los cinco ejércitos del mariscal Schoerner que continuaban con algunas divisiones húngaras al sur de la línea Chemnitz, Dresde, Görlitz y sobre todo en el Protectorado, podrían escapar a los soviets. Reinaba una penosa incertidumbre, puesto que el Cuarto Frente de la Ucrania seguía de cerca al Primer Ejército blindado (Nehring) en dirección a Olmutz y Brunn, mientras que el Primero (Koniev), avanzaba hacia los Sudetes, y los americanos, que habían penetrado hasta el Fichtelgebirge y los bosques de Bohemia, querían evitar cualquier nuevo conflicto con los rusos.

El Obergruppenführer Karl Hermann Frank, alemán sudeta, que ejercía prácticamente el control sobre la población civil en el Protectorado de Bohemia y Moravia, había entablado conversaciones con el movimiento de la resistencia checa («Narodni Odboi»). Los nacionalistas burgueses dirigidos por Albert Prazak y Otokar Machotka, así como la organización clandestina del general Vladimir Klecanda, ferozmente antibolchevique, continuaban todavía bajo la impresión de lo que había sucedido en Varsovia. Por este motivo no eran enemigos de la idea de cesar en toda actividad militar y constituir, tal como lo proponía Frank, un Consejo nacional que hubiera permitido a los alemanes replegarse hacia el Oeste. Pero el rumor se extendió rápidamente cuando las tropas americanas avanzaban hacia la capital checa. Numerosos

habitantes de Praga se lanzaron a la calle y los elementos comunistas aprovecharon las manifestaciones de alegría para sus provocaciones. Frank perdió la serenidad, mandó intervenir a la tropa contra las masas y se enfrentó entonces con grupos de combatientes organizados.

Al parecer Moscú había ordenado a los comunistas que se apoderaran de Praga antes de que se constituyera un Gobierno bajo la influencia occidental. Tomaron al asalto la emisora de radio, cercaron los cuarteles de las Waffen-SS y procedieron a detenciones en masa. Una parte de los resistentes nacionales se unieron a ellos temiendo que, en caso contrario, no podrían participar en los siguientes acontecimientos. Para aumentar el caos la Primera División de voluntarios rusos (Buniachenko) entró en escena al día siguiente. El Comité nacional había prometido a sus miembros la nacionalidad checoslovaca y el derecho de asilo si ayudaban a defender la ciudad contra la SS que, según afirmaban, la saqueaban. Los seis regimientos de Vlassov lucharon durante veinticuatro horas con la guarnición alemana, pero el general Sergei Buniachenko al comprobar que eran los soviets los que se aproximaban en lugar de los americanos, se replegó lo más rápidamente posible. Una gran parte de los militares alemanes le siguieron.

Pero no todos los alemanes lograron huir de Praga en donde una auténtica furia sanguinaria dominaba a la población y a los resistentes. Más de dieciocho hospitales fueron asaltados y los heridos murieron bajo crueles tormentos. Los miembros de la SS fueron rociados con bencina, colgados de las farolas de la plaza Vencelas y quemados vivos; las mujeres desnudas, a las que habían cortado el tendón de Aquiles, se arrastraban y eran pisoteadas por la muchedumbre enloquecida, los cadáveres flotaban en los estanques, centenares de personas, muchas jóvenes estudiantes y enfermeras, fueron ametralladas detrás del cementerio del Volschan y en el estadio de Strakov. Grupos enfebrecidos arrojaron cuerpos humanos atados en alambres por encima de los parapetos de los puentes del Vltava. Los guerrilleros encerraban a las auxiliares femeninas de transmisiones en los pajares y les prendían fuego. Todavía a mediados de mayo, un pastor de Pirna sacaba del Elba los cuerpos mutilados de los sudetas fugitivos a los que habían arrancado los ojos, la lengua, abierto el pecho y niños de corta edad a los que habían clavado maderos. El número de los alemanes muertos por los fanáticos checos se ha calculado, al menos, en medio millón.

La situación no fue menos horrible en los Balcanes. Después de su aventurada retirada de Grecia, el Grupo de Ejércitos E (Lohr) se estableció detrás del Neretva y del Bosna, entre el Save y el Drave, en donde no disfrutó ni un solo momento de respiro, pues hubo de hacer frente a continuados ataques a partir del 20 de marzo y el 11 de abril. El Primer Ejército búlgaro (Stoicherf) avanzó hacia el noroeste a lo largo del Drave. Tito lanzó ataques con el Tercer Ejército (Nadj), el Primero (Daptchevitch), el Segundo (Popovitch) y el Cuarto (Draptsin). Tenía frente a ellos no sólo a los alemanes, sino también el Ejército croata, que contaba con unos 200.000 hombres, al mando del general Georg Brouitch, un Cuerpo de cosacos y numerosas unidades compuestas por voluntarios ucranianos, albaneses, eslovenos, montenegrinos y serbios. Una de las últimas misiones del comandante en jefe en el Sudeste consistió en salvar a esos soldados extranjeros de la venganza de Tito.

Se presentó una situación nueva, el 28 de abril, cuando el Grupo de Ejércitos C (Vietinghoff) capituló en Italia y las tropas inglesas llegaron a Carintia meridional, en donde el Ejército germanocroata, precisamente quería hacerse fuerte. La esperanza de un acuerdo se esfumó rápidamente al observar que Londres había cedido este botín a Tito. Alexander no quiso aceptar la capitulación del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos. Los ingleses entregaron a los cosacos y los croatas que llegaron a Bleiburg y Volmemarkt. Las unidades alemanas hubieron de capitalar al sur de la frontera. El general Alexander Lohr, que hubiera podido huir, se quedó para obtener un tratamiento humano de sus hombres, pero fue detenido durante las negociaciones y asesinado a continuación. De los 150.000 croatas que entregaron los ingleses, 5.000 murieron de muerte violenta durante la marcha por el valle del Drave. Tito ordenó fusilar 15.000 en Maribor en donde fueron enterrados en los fosos anticarros. Por lo menos 100.000 perdieron la vida en Tezna, Pretchko y Vertsetch. 14 generales y 50.000 soldados alemanes no regresaron jamás del cautiverio yugoslavo.

Lienz fue el Gólgota de los cosacos. Los ingleses entregaron cerca de 200.000 personas, hombres, mujeres y niños a una escolta soviética. No se ha vuelto a oír hablar de ellos. Moscú se limitó a anunciar, de un modo escueto, la ejecución de doce generales cosacos y de Vlassov que fue entregado por los americanos. Una parte de los miembros del Gobierno eslovaco, numerosos húngaros, rumanos, búlgaros y polacos fueron muertos igualmente. Pavelitch logró ocultarse.

Pero Mussolini, menos afortunado, fue detenido en el Lago de Como, junto con su amante Clara Petacci, por un grupo de partisanos capitaneados por el tristemente famoso «Coronel Valerio» (Walter Audisio). Trasladados a Milán fueron asesinados y colgados después como reses, de una viga de hierro.

Doenitz había mandado firmar la capitulación de la Wehrmacht por el mariscal Keitel, el general Jodl y el almirante Friedeburg en presencia de Montgomery en las cercanías de Luneburg y, luego, en presencia de Eisenhower en Reims y, finalmente, en Karlhosrt, el Cuartel general soviético. Continuó en su cargo hasta el 23 de mayo de 1945. Una Comisión angloamericana, presidida por el embajador Robert Murphy, examinó su legalidad. Los observadores rusos se habían establecido en Flensburg-Murwik y temiendo los Aliados que el gran almirante pudiera sembrar la discordia entre ellos, dieron órdenes a las tropas británicas para que se arrestara a los miembros del Gobierno. Cumplieron esta misión de un modo especialmente odioso: con los brazos en alto, desnudos y robándoles todo lo que llevaban de valor encima. Habían decidido eliminar definitivamente el Estado que todavía encarnaba Doenitz. «Alemania —anunció la Agencia Reuter—, es un país sometido, conquistado y ocupado que ya no posee existencia política».

A pesar de todas las atrocidades que hemos relatado, la fase final de la lucha en Europa no despertó, en todas partes, ese salvaje fanatismo que conoció la guerra en el Pacífico ya desde el primer momento. Una parte de las oposiciones ideológicas entre los anglosajones y los japoneses tenían su origen en la religión de éstos: el sintoísmo. Una gran parte del pueblo japonés seguía con fervor su «kamino-mitsi» o «fe», que conducía a la divinización e inmortalidad de las almas de los guerreros que morían en el combate («Ei-rei»). Muchos obedecían también, el «bushido», antiguo código de honor de los caballeros japoneses, inconcebible para los blancos modernos, que exigía un comportamiento viril, que excluía toda situación de compromiso, la abnegación, el espíritu de sacrificio y consideraba con desprecio a todo aquel que se entregara a un enemigo, ya que perdía, de esta forma, su honor.

Las masas occidentales, individualistas, en gran parte desprovistas de espíritu religioso, son extrañas a esos conceptos. En todas partes en donde los anglosajones y los holandeses pudieron comprobar sus consecuencias extremas, las encontraron inhumanas, repulsivas y repugnantes. Los americanos quedaron desconcertados cuando de los 16.000 soldados con los que se enfrentaron en Tarawa, Kwajalein y Eniwtok, hicieron solamente 476 prisioneros, además de tres japoneses heridos, casi todos eran de Corea y de Formosa. Cuando las luchas en Biak, las tropas de Mac Arthur no hicieron un solo prisionero, pues los últimos defensores prefirieron retirarse a las grutas en donde se alimentaban practicando el canibalismo entre ellos. En Guam, la guarnición solamente entregó 500 hombres a los vencedores, la mayoría heridos, y 11.000 murieron. En Saipan, los generales se hicieron solemnemente el hara-kiri. Centenares de hombres y mujeres, e incluso niños, se arrojaron al mar desde lo alto de los acantilados o invitaron a los soldados a que los mataran, y buscaban la muerte en los ataques «banzai».

Según el bushido, el sacrificio de la vida no debe hacerse, para que conserve su valor, en la desesperación o en la embriaguez de la batalla, ya que podría convertirse en un acto no honroso, desprovisto de valor moral, sino que el guerrero japonés debe entregar su vida teniendo plena conciencia de lo que hace. Este fue el sentimiento que inspiró a los pilotos del Kamikaze. Todos ellos eran voluntarios, los sacerdotes shintoístas los bendecían, se ponían el traje de ceremonias de botones negros, una insignia que representaba la flor del cerezo salvaje y unos pañuelos de seda en donde estaban escritos los versos de los poetas más famosos, por ejemplo, los de Norinaga Mottoori: «La flor del cerezo es la primera de entre todas las flores, como el guerrero es el primero de entre todos los hombres». Pilotaban los cazas «Zero», cargados de explosivos, o los planeadores «Baka» («Maru Dai»). Los estudiantes que en el año 1945, en contra de su voluntad eran destinados a este Cuerpo, se hacían el hara-kiri para demostrar que no rehusaban el sacrificio, pero que se rebelaban ante la obligación.

Pero, como reverso de la medalla, figura el hecho que a causa de su desprecio por la vida, los militares japoneses se comportaban, frecuentemente, de una manera muy bárbara con los prisioneros de guerra y los internados civiles. Los soldados que se rendían eran casi invariablemente apaleados y les robaban todo lo que poseyeran de valor. Muchos fueron decapitados con el sable. Decenas de miles perecieron en los

famosos campos montados en la jungla de la Malasia, Birmania, Java, Borneo y Sumatra, Luzón y Mindanao, azotados por las enfermedades tropicales. Los náufragos y los aviadores que caían en el mar eran abandonados a los tiburones. Los americanos que llevaron casi todo el peso de la campaña en el Pacífico, comprendieron muy pronto que se trataba de una guerra ideológica y que no cedía en nada a la que se había entablado entre el nacionalsocialismo y el bolchevismo.

A pesar de las importantes victorias que ya habían alcanzado, muchos de los dirigentes de Estados Unidos opinaban que un desembarco en las islas metropolitanas entrañaría pérdidas sangrientas muy elevadas y recordaban a tal efecto la lucha frenética en Luzón y en Birmania, así como los sorprendentes ataques de los Kamikaze. La Flota con King, Nimitz, Halsey y Spruance continuaba optimista, es cierto, y Mac Arthur ya anunció, a principios de 1945, que el Japón estaba dispuesto a concertar un armisticio. Pero los consejeros de la Casa Blanca, los hombres como George C. Marshall, Edward R. Stettinius, Harry L. Hopkins, James Forrestal, Averell Harriman, James F. Byrnes y Alger Hiss, deseaban reducir las dificultades asegurándose previamente el concurso de la Unión Soviética en la lucha contra el Japón y este deseo influyó muy sensiblemente en la actitud americana en Yalta.

Las concesiones hechas a Stalin durante la conferencia de Crimea, coincidían, en muchos términos, con una declaración firmada el 26 de noviembre de 1943, en El Cairo, entre Roosevelt, Churchill y Chiang-Kai-Chek que preveía una «rendición incondicional» del Japón. Los tres hombres de Estado habían decidido igualmente que el Japón sería «expulsado de todas las regiones en las que hubiera penetrado por la fuerza o la astucia». Puesto que Roosevelt, Churchill y Chiang-Kai-Chek recordaban que la «insidiosa agresión de 1904» había causado graves dificultades a los rusos al apoderarse los japoneses de la vía férrea manchuriana, Sakkaline, Port-Arthur y Dairen, Moscú podía confiar en un importante botín en una participación en la lucha contra el Japón. En Yalta, le prometieron además las Kuriles, que los japoneses no habían conquistado, sino comprado.

Tal como Averell Harriman lo expuso posteriormente ante el Congreso, Washington consideró como un gran éxito el acuerdo firmado en Yalta con Stalin con relación al teatro de operaciones en el Lejano Oriente. Parecía entrañar la renuncia del Kremlin a la Manchuria y Corea, así como el cese de ayuda que hasta entonces habían aportado al Ejército comunista chino que estaba a las órdenes de una de sus marionetas: Mao Tse-Toung. En efecto, Stalin y Molotov aprobaron, en principio, la declaración de El Cairo y prometieron concluir un pacto de amistad con la China del generalísimo Chiang-Kai-Chek, lo que debía eliminar prácticamente a Mao. Pero, sobre todo, los americanos obtuvieron en Yalta el compromiso de que el Kremlin declarararía la guerra al Japón tres meses después del fin de las hostilidades contra Alemania.

La conferencia había terminado hacía apenas ocho días, cuando las concesiones tan costosas hechas a Stalin por los hombres de Estado americanos parecían recibir una cierta justificación. El 19 de febrero de 1945, los *marines* desembarcaban en el archipiélago de las Bonin, a medio camino entre Saipan y Tokio, en la isla volcánica de Iwo Jima, de ocho kilómetros de largo por cuatro de ancho, en donde tuvieron que librar una lucha

sangrienta. Debido a que Mac Arthur había de vérselas con los filipinos, no pudo destinar unidades del Ejército. Por lo tanto, la operación fue dirigida por unos almirantes muy experimentados como Spruance, Mitscher y Turner, con tres divisiones de *marines*, los famosos «Leathernecks», a las órdenes del general Holland M. Smith, pero 22.000 soldados japoneses de élite ofrecieron una feroz resistencia por su habilidad y tenacidad y que superaba en mucho todo lo que se había conocido hasta entonces.

El general Tadamichi Kuribayashi había hecho construir, en toda la isla, refugios subterráneos que resistieron perfectamente los violentos bombardeos de la Flota y explotó con inteligencia todas las debilidades de sus adversarios. Los japoneses abrieron el fuego solamente cuando 11.000 marines echaron pie a tierra y les causaron pérdidas sangrientas. Al cuarto día unos pocos «Leatehrnecks» lograron escalar el volcán Suribachi, en el extremo meridional de la isla y clavaron una bandera visible desde muy lejos, pero no por ello se quebró la moral de los defensores. La lucha se prolongó todavía varias semanas. Allí donde los carros de combate y los «bulldozers» hundían las posiciones niponas, los hombres enterrados salían por la noche aprovechando la oscuridad, para atacar a los americanos por la espalda. Hubo necesidad de limpiar todos los refugios con ayuda de los lanzallamas y bombas de mano. Ni un solo japonés se rindió. Sólo 21 heridos graves cayeron en manos de los vencedores.

La Quinta Flota (Spruance) sólo apoyó los combates terrestres de un modo incompleto, ya que sus navíos solamente reconocían la posición de las defensas enemigas por el fuego de sus disparos. Además, debían obrar con cuidado para no herir a sus propios soldados. Las acciones de los portaaviones dirigidos ante Iwo Jima para que pudieran organizar un ataque nocturno tampoco resultó eficaz. El radar les falló. En una ocasión cinco Kamikaze se estrellaron sobre el «Saratoga» causándole graves averías. Aquella misma noche, dos atacaron el portaaviones de escolta «Bismarck Sea» que se hundió entre violentas explosiones. La Task Force 58 (Mitscher) tuvo más suerte. Dos ataques realizados por esta potente formación contra Hondo, la isla principal del Japón, causó graves pérdidas a las fuerzas aéreas que tenían su base alrededor de Tokio. En 168 salidas, esos aviones destruyeron 732 aviones japoneses.

Los lanzallamas, las cargas magnéticas, los carros de combate y los morteros de artillería inclinaron, por fin, la balanza en Iwo Jima. El 15 de marzo el general Kuribayashi telegrafió al Cuartel general imperial japonés tres poemas compuestos por él y ya no volvió a dar fe de vida. Su resistencia había retrasado en veinte días la conquista de la isla. Las pérdidas americanas se elevaron a 19.838 hombres, sin incluir los aviadores y los zapadores que fueron muertos la noche del 26 al 27 de marzo, cuando doscientos japoneses surgieron inesperadamente de bajo tierra y atacaron como dementes el campo de aviación, que mientras tanto había sido puesto en servicio. Este campo de aviación constituía, en realidad, el objetivo del desembarco, puesto que permitía escoltar con cazas, los bombarderos que atacaban Tokio.

La operación aún no había terminado cuando ya los americanos preparaban la siguiente, cuyo objetivo era Okinawa, la mayor de las Riou-Kiou, al sudoeste del archipiélago metropolitano y en donde existían varios campos de aviación de importancia estratégica. Los medios fueron mucho más considerables que cuando el desembarco en

Sicilia. Al lado de la Quinta Flota (Spruance), que comprendía 1.682 navíos, iba a operar, por vez primera, una formación británica, la Flota del Pacífico, o Task Force 57 (Rawling), que comprendía 22 unidades. Las Fuerzas aéreas comprendían los 1.727 aviones embarcados, más la Quinta Fuerza aérea (Lynd) y la 14.^a (Chennault). El ataque terrestre fue realizado por el Décimo Ejército americano (Buckner.) con 183.000 combatientes del Ejército y de los *marines*, más 271.000 hombres para los servicios de retaguardia, sobre todo ocho batallones de «Seabees». Se emplearon dos millones de toneladas de material.

Mientras las fuerzas aliadas se preparaban en los Estados Unidos, en Pearl Harbour, en China, en Nueva Caledonia, en Espiritu Santo, en Guadalcanal, en las Marshall, en las Carolinas, en Leyte, en Oulithi y en Saipan, el Cuartel Imperial japonés, a las órdenes de Umezu y Toyoda, adoptaba todas las disposiciones imaginables para hacer frente a la invasión de su metrópoli, que se consideraba inminente. La defensa de Okinawa fue confiada al 32.º Ejército (Ushijima), que con 120.000 hombres, 500 cañones y 27 carros de combate, se enterró en los numerosos refugios subterráneos mejor contruidos y camuflados que los de Iwo Jima. Pero, por diversas causas, estas posiciones fueron construidas solamente al sur de la isla, de un centenar de kilómetros de largo y de diez a veinticinco de ancho, con una superficie de mil seiscientos kilómetros cuadrados. Umezu solicitó de Ushijima que inmovilizara al adversario el mayor tiempo posible para que los Kamikaze pudieran atacar las concentraciones de los barcos de guerra. Toyoda confiaba intervenir igualmente si lograba superar las deficiencias de su carburante de aceite de soja, procedente de la Manchuria.

Los Aliados emprendieron la batalla de Okinawa en las condiciones habituales. Mitscher y Rawling destruyeron todas las bases aéreas de la región y, luego, los dragaminas y los hombres-rana pusieron manos a la obra. Al mismo tiempo, las fuerzas anfibas efectuaron un desembarco secundario en las pequeñas islas de Kemara, situadas a solamente dieciséis kilómetros al oeste de Okinawa. Los habitantes estrangularon a sus hijos y luego se suicidaron. Los americanos contaban con excelentes emplazamientos de sus baterías. Sin habérselo propuesto pudieron, por tanto, destruir 300 lanchas de asalto japonesas que, en caso contrario, les hubiesen podido causar desagradables sorpresas. El día «L», el 1 de abril de 1945, los navíos y los aviones bombardearon la costa sudoeste durante tres horas. Luego, veinte mil hombres desembarcaron sin sufrir pérdidas. Los *marines* ocuparon el mayor de los campos de aviación y cruzaron la isla hasta la costa este, sin tropezarse con demasiada resistencia.

Los aviones suicidas constituían la principal arma de los japoneses. Durante cuatro días, quinientos se lanzaron sobre los grupos de portaaviones, luego atacaron la flota de desembarco y la cadena de los barcos avanzados. En el curso de los tres meses siguientes, 7.800 de estos aviones fueron lanzados al combate. Dos transportes de municiones volaron por los aires, otros veinticuatro barcos fueron hundidos, pero ninguno de una categoría superior a la de un destructor. 329 fueron averiados, entre éstos los portaaviones «Franklin», «Wasp II», «Enterprise». «Yorktown II» y «Bunker Hill». En la escuadra británica, el «Indomable» y el «Formidable» sufrieron leves averías, pero las pérdidas en hombres causaron verdadera consternación. Sin embargo, comprobaron que

los pilotos Kamikaze se estrellaban mucho menos de lo que cabía temer, puesto que en la confusión de un combate aéreo no podían juzgar bien cuál era la situación. Por este motivo no alcanzaron la victoria.

Los supervivientes de la Flota imperial no conocieron una suerte mejor. Toyoda solamente pudo suministrar combustible al gran acorazado de 63.000 toneladas «Yamato», al crucero ligero «Yahagi» y a ocho destructores. El grupo a las órdenes del almirante Seiichi Ito, había de emplearse a fondo. Fue descubierto tres horas después de zarpar, perdiendo así la ventaja del factor sorpresa. El cielo estaba en contra de los japoneses, dado que una capa de nubes de sólo trescientos metros impedía lanzar los proyectiles de 460 mm. contra los aviones americanos. Spruance mandó despegar cuatrocientos aparatos de los portaaviones. El «Yahagi» fue el primero en desaparecer, seguido por cuatro destructores. El acorazado tardó más tiempo en morir. Alcanzado por catorce torpedos todavía lanzaba sus tubos. Seis aviones torpederos del «Yorktown II» le asestaron finalmente el golpe de gracia. Saltó por los aires originando una gran nube de humo, arrastrando dos mil doscientos marineros japoneses al fondo del mar.

Mientras, el Décimo Ejército (Buckner) había quedado detenido por las posiciones del sur. Necesitó casi cuarenta días para avanzar cinco kilómetros librando batalla por cada fortín. Los defensores se dedicaban a los contraataques nocturnos. Con las lanchas a motor trataban de desbordar a los americanos. Los grupos de sabotaje llegaron hasta el campo de aviación y destruyeron más de una docena de aviones. A fines del mes de mayo, los japoneses se vieron obligados a replegarse hacia las líneas defensivas que se extendían a un lado y otro de la pequeña ciudad medieval de Shuri. Las murallas de granito del fuerte desafiaron todos los bombardeos. Los obuses de los cañones de campaña rebotaban como si fueran pelotas de tenis, incluso las baterías de 406 mm. del acorazado «Missouri» no obtuvieron el menor resultado. Spruance llamó al «Mississippi», especializado en estos ataques, que con su munición de explosivos eliminó, finalmente, el obstáculo.

Pero los defensores continuaron la lucha. Cortados en dos, luego en tres, se defendieron todavía durante cinco semanas con una feroz tenacidad. Hacia el final de la batalla, el general Simon B. Buckner fue mortalmente herido por un proyectil japonés, un caso único entre los jefes del Ejército americano durante el curso de la Segunda Guerra Mundial. Pocos días después, el general Mitsuru Ushijima reunió a sus oficiales de Estado Mayor para celebrar una comida muy sencilla, al final de la cual todos se clavaron los sables de samourai en sus cuerpos. Numerosos soldados se arrojaron al mar o pasearon sobre las minas hasta hallar la muerte. Otros lucharon ferozmente hasta el último suspiro. En conjunto, los americanos perdieron 42.000 soldados y los japoneses unos 113.000 hombres y mujeres; pero, por vez primera, hicieron 7.000 prisioneros.

Después de Okinawa, el Japón disponía aún de un vasto Imperio con cerca de quinientos millones de habitantes. Su soberanía en Manchukuo, sobre una gran parte de China, en Tailandia, en Malasia y en las Indias neerlandesas, se hallaba ahora amenazada, pero continuaba siendo militarmente intacta. Sólo por esta razón los jefes de Estado Mayor interaliado prepararon muy meticulosamente una invasión de las islas metropolitanas para noviembre de 1945 o la primavera de 1946. Washington sabía

perfectamente que la guerra submarina y la campaña de las islas había privado al Japón de sus importaciones más vitales. A fines de junio de 1945, la falta de combustible impedía hacerse a la mar a casi todos los grandes navíos e incluso los movimientos de trescientos navíos de transporte estaban muy limitados.

Por otro lado, la guerra aérea había afectado gravemente al Imperio insular. Desde que en noviembre de 1944 aparecieron las primeras «fortalezas volantes» procedentes de Saipan, todas las ciudades metropolitanas habían sufrido sus graves consecuencias. Desde principios del mes de marzo, el 21.º Bomber Command (Le May) destinaba 279 «superfortalezas» cada noche al cielo japonés propiamente dicho. En agosto de 1945, ochocientos de estos cuatrimotores lo sobrevolaban durante el día. Cada uno de ellos transportaba 7'4 toneladas de explosivos. Los cazas «Hellcat» y «Corsair», los escoltaban. Estos sufrieron elevadas pérdidas, cuando dos docenas de «Shiden», nuevos aviones de gran rendimiento, los atacaron con pilotos tan experimentados como el capitán Massao Oita. Los japoneses preparaban aún otro caza más potente, el «Reppu», pero los bombarderos americanos destruyeron las fábricas Mitsubishi en donde eran fabricados. El resultado de la batalla aérea ya estaba decidido.

Al mando del general Carl Spaatz, que había regresado de Europa, la Quinta (Kenney) y 14.^a (Chennault) fuerzas aéreas bombardearon casi sin oposición el Japón metropolitano y las regiones del Continente ocupadas. Las ciudades como Osaka, Nagoye, Kobe y Yokohama sufrieron terribles daños. En el curso de una sola noche los aviones americanos incendiaron diecinueve millas cuadradas de Tokio, más de doce mil personas sucumbieron, quemadas vivas en su mayor parte. Según un comunicado del príncipe Nahuriko Hagashi-Kuni, y adjuntado por el general Henry H. Arnold a su informe final, estos ataques causaron la muerte a 260.000 personas, hirieron a 412.000 y privaron de techo a 9.200.000.

Por esta época, Molotov hizo saber al Gobierno japonés que no estaba ya en condiciones de prolongar el Pacto de No Agresión firmado en 1941 entre Moscú y Tokio ya que el Japón, según alegaba, había ayudado a Hitler en su agresión contra la Unión Soviética. En Tokio, esto constituyó un golpe inesperado. El mismo día el Gabinete del general Kuniaka Koiso presentó su dimisión. Lleno de funestos presentimientos, el emperador Hiro-Hito encargó al almirante Kantaro Suzuki que formara nuevo Gabinete. Shigenero Togo fue nombrado ministro de Asuntos Extranjeros. Al igual que Suzuki, estaba indignado ante el gesto de Molotov, pero no creía tener que contar con un brusco cambio en la situación, pues el pacto todavía tenía un año de validez y confiaba iniciar negociaciones de paz antes de que éste caducara. Rogó inmediatamente al embajador sueco, Wider Bagge, informara oficiosamente a los americanos que el Japón estaba dispuesto a negociar un armisticio. Al mismo tiempo, Togo trató de obtener la mediación del Kremlin.

Pero Stalin no tenía el menor interés de que la guerra en Asia terminara tan rápidamente. Deseaba trasladar las fuerzas de Europa a Siberia, romper el Pacto de No Agresión y ocupar territorios mucho más extensos que aquellos que le habían sido prometidos en El Cairo y en Yalta. Fueron usados todos los medios posibles para ganar tiempo. El embajador soviético en Tokio, Jakob Malik, transmitió las demandas

japonesas a su Gobierno por un camino muy largo, y cayó súbitamente enfermo cuando Togo quiso hablar personalmente con él. Molotov hizo esperar igualmente al embajador japonés Noatake Sato. Alexander Lozovsky, comisario soviético provisional de Asuntos Extranjeros, retrasó mucho su aprobación al envío de un delegado especial que el emperador Hiro-Hito deseaba recibir de Moscú. A pesar de todas estas tomas de contacto, el Gabinete Suzuki no llegó a saber jamás si el Kremlin había transmitido sus proposiciones, solicitando un cese de las hostilidades.

Mientras, el interés manifestado en Estados Unidos por una acción común de todas las grandes potencias contra el Japón había disminuido muy sensiblemente. Los Estados Mayores de la aviación calcularon que la utilización de los campos de aviación de la Siberia oriental, que habían reclamado hasta entonces para sus «superfortalezas», sólo aumentaría en un 1'5 por ciento el número de bombas que podrían ser arrojadas sobre las islas metropolitanas. Harry S. Truman, sucesor de Roosevelt, ya no pensaba en solicitar la ayuda militar de los rusos. «Si los rusos no quieren colaborar, ¡que se vayan al diablo!», declaró ante los periodistas. Dos nuevos hechos iban a reforzar al nuevo presidente en esta actitud: un mensaje de paz del emperador japonés y el lanzamiento con éxito, el 16 de julio de 1945, de una bomba atómica, lo que otorgaba a América la posibilidad de llevar la lucha a buen término, sin embarcarse en una alianza soviética que, a la larga, no dejaría de ser muy molesta. En el curso de la conferencia de Potsdam (16 de julio al 2 de agosto de 1945), Stalin anunció la intervención inminente del Ejército Rojo, lo que no despertó el menor entusiasmo. «Es evidente ahora —escribió Churchill después de una conversación con Truman—, que Estados Unidos no desean una participación de los rusos en la guerra contra el Japón».

Stalin debió tener conocimiento de este sentimiento, aunque no fuera expresado. Sea como fuere, trató de conquistarse la buena disposición de los anglosajones con una serie de ofrecimientos, en apariencia grandiosos. Prometió bases aéreas, puertos, intercambios de información; pero, en vista de la situación existente, esta pretendida condescendencia no podía hacer otra cosa que incrementar los recelos angloamericanos. «Stalin —escribió Churchill— parece contar todavía con muchos meses de guerra que puedan permitir a Rusia hacer notar extraordinariamente su peso». Inútilmente, Truman intentó apagar el entusiasmo del dictador rojo, revelando la terrible experiencia que había tenido lugar en el desierto del Alamo. No sospechaba que Anatoly Jakovlev, espía ruso, tenía a los Estados Unidos, desde el año 1943, entre las mallas de una red muy tupida y que conocía desde hacía tiempo el secreto de la bomba atómica. Stalin y Molotov no demostraron la menor sorpresa ante la noticia que el presidente americano consideraba tan sensacional.

La realización de la bomba atómica fue debida a los conocimientos de los europeos como Albert Einstein, sir James Chadwick, lord Rutherford, Otto Hagn, Fritz Stranmann, Frederic Joliot-Curie, Lise Meitner y Niels Bohr. Gracias al éxito de una experiencia que ha hecho época, el empleo en Chicago, el 2 de diciembre de 1942, de la energía producida por la partición del uranio, los americanos habían conseguido un arma decisiva con un avance considerable sobre los soviets que perseguían el mismo objetivo desde el año 1935, bajo la dirección de Piotr Kapitza y de Abraham Joffe. El 509 Grupo (Tibbets) del 21.º Bomber Command (Le May), se encontraba ya en Tjinia dispuesto a emplear esta

nueva arma. La «materia activa» fue aportada, en su mayor parte, por el crucero «Indianápolis» que la descargó muy poco antes de ser torpeado y hundido por el submarino «I-58» (Hashimoto). Un Boeing del tipo «B-29» trasladó el resto.

Después de haberse enterado en Potsdam del éxito del primer intento de la bomba atómica, Truman decidió enviar a los japoneses, conjuntamente con Gran Bretaña y China, un ultimátum cuya aceptación hubiera hecho innecesario el empleo de aquel arma de exterminación. La nota fue publicada el 26 de julio de 1945 y produjo una emoción muy viva en el seno del Gobierno japonés. Togo buscó el medio para poder aceptar esta invitación de capitular sin condiciones. Pero Imezu vacilaba todavía. Toyoda exigía negociaciones, finalmente Suzuki y los restantes militares del Gabinete rechazaron las exigencias del adversario por razones religiosas. Las consideraban inaceptables porque no precisaban la suerte que correría el emperador y dejaban abierta la posibilidad de que fuera tratado como un criminal de guerra.

Para obligar a los japoneses a capitular, Truman ordenó fueran lanzadas sobre las ciudades japonesas las dos bombas con que contaban entonces. El 6 de agosto de 1945, a las 8'15 horas, una superfortaleza «B-29» bautizada «Enola Gay», al mando del coronel Paul W. Tibbets, lanzó la primera bomba sobre Hiroshima.

«Los aviadores americanos —escribió el corresponsal de guerra y testigo ocular, William L. Laurence— sólo distinguieron, al principio, una luz de un rojo púrpura, del tamaño de una cabeza de alfiler. Pero de la misma surgió rápidamente una gran bola de fuego que estalló súbitamente en una masa de llamas y de nubes turbulentas con anillos blancos que parecían proceder de la misma tierra.»

Esta masa nebulosa pareció vacilar durante unos instantes, luego ascendió en forma de una impresionante columna de vapor que alcanzó los 15.000 metros de altura, Hiroshima se incendió. 92.167 personas hallaron la muerte y entre los heridos hubo 9.428 graves y 27.997 leves.

Tres días después el comandante Charles W. Sweeney arrojaba de otro «B-29» el «Great Artiste», la segunda bomba sobre la ciudad industrial de Nagasaki. La explosión tuvo la fuerza de una bomba de 20.000 toneladas de trinitrotolueno. Los mismos efectos se extendieron en un radio de tres a ocho kilómetros. «Bajo la fuerza de la explosión todos los seres humanos quedaron negros y muertos —señala un informe japonés—. A cuatro kilómetros de distancia millares de personas esperaban el fin. Se veían los cuerpos carbonizados, montones de huesos, e incluso personas que parecían sufrir una fuerte insolación». Los médicos y las enfermeras supervivientes eran impotentes. Los auxilios llegaban muy lentamente de las ciudades vecinas. Las inhumaciones continuaron durante varios días.

Pocas horas antes de ser lanzada la bomba de Nagasaki, Stalin había dado precipitadamente la orden de ataque. Ofreció por mediación de Molotov, un pretexto cogido por los pelos para justificar esta ruptura del Pacto de No Agresión que continuaba en vigor. Por su negativa a aceptar el ultimátum de los americanos, ingleses y chinos, declaraba el Kremlin, el Japón representaba una amenaza para los aliados de la Unión Soviética que se veía por ello obligada a intervenir en favor de sus amigos. El ataque fue dirigido principalmente contra el llamado Ejército de Kouantoung que fue atacado desde

todos lados con la rapidez del rayo. Tres Grupos de Ejércitos habían tomado posiciones alrededor de la Manchuria al mando del mariscal Alexander Vassilevski. El Primer Frente del Extremo Oriente (Mereskoy), en Vladivostok, el Segundo Frente del Extremo Oriente (Purkaev), al norte del Amour, y un Frente del Transbaikal (Malinovski), en Mongolia. Prosiguieron su avance a pesar de la capitulación del Japón.

La Manchuria constituía su objetivo principal. Esta provincia fue rápidamente ocupada con la ayuda de pequeños desembarcos aéreos alrededor de Kharbine. Los rusos avanzaron también hacia la península de Liao-Toung y la Corea del Norte. Las operaciones anfibias para la conquista del sur de Sakkahlin y las Kuriles completaron estas operaciones. El ejército japonés sólo ofreció resistencia el primer día, luego, divisiones enteras se entregaron y fueron hechas prisioneras. El 15 de agosto, un acontecimiento inesperado llenó de emoción a todos los japoneses. Por vez primera en su historia, oyeron la voz de su emperador por la radio que les anunciaba el fin de la guerra. Innumerables personas se hincaron de rodillas ante los aparatos y lloraron. Los últimos Kamikaze se arrojaron al mar. Un grupo de aviadores heridos, con el almirante Takijiro Onishi a la cabeza, se concentró ante el palacio imperial y se hizo el hara-kiri.

26

EPILOGO

El 2 de setiembre de 1945, una escuadra americana echó el ancla ante la bahía de Tokio, transportando tropas para la ocupación del Japón. Antes de desembarcar, el ministro de Asuntos Exteriores, Mamoru Shigematsu, y el jefe del Estado Mayor general, Yashiriro Umezu, firmaron al pie del acta de capitulación, a bordo del acorazado «Missouri». Mac Arthur les estrechó la mano. La Segunda Guerra Mundial había terminado.

Normalmente las negociaciones de paz hubiesen debido seguir inmediatamente. Sin embargo, a pesar de las largas discusiones preliminares en Londres y en Moscú, la alianza de las potencias vencedoras sólo logró redactar unos tratados de paz con Italia, Finlandia, Rumania, Bulgaria y Hungría que fueron firmados el 10 de febrero de 1947, en París. No se llegó a ningún acuerdo con respecto a Alemania, el mayor país vencido, y este es el hecho característico de este fin de la Segunda Guerra Mundial. En 1871, transcurrieron diez semanas entre el armisticio y la conclusión de paz, y, en 1918-1919, exactamente 229 días. Más de veinte años han pasado desde la capitulación alemana en 1945, y la Europa central todavía no conoce un estatuto que pueda ser considerado normal. Sin duda, se hace extremadamente difícil llegar a una paz provechosa.

La desaparición del antiguo sistema de equilibrio constituye la causa principal de este fenómeno tan peligroso. En 1939, cuando Gran Bretaña y Francia declararon la guerra a Alemania, se comprometían, no sin vacilaciones, a mantener un equilibrio que la duración y la intensidad del conflicto de 1914-1918 había conmovido fuertemente. Esta

ficción fue pronto sustituida por un espíritu de cruzada entre las potencias anglosajonas y de ello resultó la fórmula de la «rendición incondicional» contraria a toda sabiduría política. El celo manifestado por Roosevelt por su aliado Stalin, tenía que excluir la posibilidad de una paz justa. Por amor al Kremlin, sacrificó todos los objetivos de guerra en Occidente, enunciados en la Carta del Atlántico. Al final, Alemania fue castigada por las campañas de conquista que le había permitido lanzar el pacto Hitler-Stalin, mientras que Rusia veía cómo le reconocían, Roosevelt y Churchill, el botín que procedía en parte de este mismo pacto. No solamente Polonia continuaba desmembrada, sino que fue entregada prácticamente a los soviets. La misma China, que los Estados Unidos querían preservar de toda dominación extranjera, no conoció un destino mejor.

La Unión Soviética ha sido, en realidad, el verdadero vencedor de la Segunda Guerra Mundial. Además de los territorios que le atribuía el pacto con Hitler: las tres Repúblicas bálticas, la Polonia oriental y la Besarabia, el Imperio de Stalin recibió otros: Petsamo, Carelia, Viborg y Porkkala, la parte norte de la Prusia oriental, una gran parte de la Bucovia y de la Ucrania subcarpática, Port-Arthur, Dairen, Sakkaline y el archipiélago de las Kuriles, es decir, en conjunto 500.000 kilómetros cuadrados con veinte millones de habitantes, sometidos. Al mismo tiempo la influencia soviética se extendía sobre numerosas regiones de Europa y de Asia, alcanzando en el Oeste la línea Lubeck-Trieste. A fines de 1945, los angloamericanos aceptaron el Paralelo 38 como límite meridional de la ocupación rusa en Corea. Detrás de esta línea, el Kremlin podía, con toda tranquilidad, equipar los ejércitos de especialistas de la guerra civil como Mao Tse-Toung y Kim-Ilsong con el fin de ir conquistando, paulatinamente, todo el continente del Extremo Oriente.

Sin embargo, conforme a la tesis de Lenin, Moscú consideraba Alemania como la zona más importante para la extensión de su poder. Durante la conferencia de Postdam (17 de julio a 2 de agosto de 1945), Stalin colocó a las potencias occidentales ante un hecho consumado. Se reveló que las atrocidades cometidas por la soldadesca bolchevique no constituían un acto de venganza espontánea, como reacción contra la execrable política de Hitler con relación a Rusia, sino una acción deliberada, metódica, con el fin de expulsar de las regiones ocupadas el mayor número posible de habitantes. Todos los alemanes, declaró Stalin en Potsdam, habían huido de los territorios situados al este del Oder y del Neisse al aproximarse el Ejército Rojo, y por este motivo el Kremlin había confiado a los polacos la administración de esas provincias. Los estadistas rusos trazaron una línea que Roosevelt y Churchill se habían negado a aceptar en Yalta, ya que, además, no se trataba del río Neisse en Goerlitz, sino de otro río del mismo nombre en Silesia.

En Potsdam y con motivo de las reuniones posteriores entre los ministros de Asuntos Exteriores, los soviets se negaron a abordar una discusión sobre el tratado de paz con Alemania, imponiendo dos condiciones previas: el pago de una indemnización de guerra que se elevaba diez mil millones de dólares y una participación soviética en el control cuatripartito a establecer en la región del Ruhr. Estados Unidos y Gran Bretaña se negaron y los rusos, de un modo silencioso, cesaron de aplicar los acuerdos de Potsdam del 2 de agosto de 1945, según los cuales Alemania debía ser tratada como una unidad por las potencias ocupantes. Construyeron el «telón de acero» en el límite occidental de

su zona y detrás de ésta comenzaron arbitrariamente a formar un Estado satélite con el concurso de los emigrados y desertores alemanes traídos en avión desde Moscú.

Mientras, Molotov, Vichinski e Idanov, que previamente habían cuidado de la liquidación de las Repúblicas del Báltico, se dedicaron a la bolchevización del este de la Europa central. Los procesos iniciados en todas partes contra los criminales de guerra, les facilitaron la liquidación de cuentas con los «fascistas y colaboradores». En tanto que el Tribunal Militar internacional de Nuremberg condenaba a la horca a los «principales criminales de guerra»: Goering, Ribbentrop, Kaltenbrunner, Keitel, Jodl, Frank, Frick, Streicher, Sauckel y Seyss-Inquart, el Kremlin mandaba asesinar al mariscal Antonescu, en Jilava, cerca de Bucarest, al príncipe regente Cirilo y varios millares de búlgaros, fieles a su rey, caían bajo las ametralladoras de los pelotones de ejecución comunistas, y numerosos yugoslavos eran fusilados por orden de Tito. Después de esos actos de venganza que violaban todos los principios jurídicos, la «depuración» eliminó a todos los jefes de la burguesía y de los campesinos, hombres políticos, como Maniu, Petkoff y Masaryk, que no se salvó, a pesar de haberse pronunciado en favor de un acuerdo con los bolcheviques. Los «frentes nacionales» controlaban todas las elecciones y formaban por todas partes Gobiernos dóciles a Moscú.

El Kremlin denunció el tratado de Montreux y reclamó a Turquía la restitución de ciertas provincias fronterizas. Al mismo tiempo, instaló un Gobierno comunista al norte del Irán, ocupado por ellos, reclamó una participación en el tutelaje de las antiguas colonias italianas, y Stalin avivó igualmente la guerra civil en Grecia. El conflicto tuvo otras consecuencias: una lucha sangrienta que duró varios años en el Lejano Oriente, la reaparición del Kominform y la reanudación de actividades subversivas en Occidente. Todas estas tensiones demostraron el completo hundimiento del antiguo sistema político y demostraron que la Segunda Guerra Mundial no había logrado restablecer el equilibrio continental, sino al contrario, conducido a separaciones globales.

Ha comenzado una nueva era. La guerra entre las grandes potencias ya no es un medio para restaurar la estabilidad, necesaria en sí, en la estructura existente de los Estados. Como antes, prevé una destrucción radical y el desarrollo técnico de las armas: el paso de la mecánica a la energía responde a esta evolución. Durante miles de años fueron menos las armas que los medios de locomoción (caballos, carros de combate, navíos de alta mar, motores a explosión) que determinaban la transformación de los combates; en la actualidad, ocurre lo contrario. Un observador lúcido puede ver en ello la nueva orquestación de las posibilidades bélicas correspondientes a los adversarios mundiales. Sin embargo, cabe constatar, después de Hiroshima, que las armas atómicas estratégicas arrojan su poder sobre toda existencia humana. El agudo contraste entre la angustia causada por el temor de una futura conflagración y las ansias de vivir, mayores que nunca, es la característica moral principal de nuestra época.

Nadie puede predecir cómo las consecuencias de 1945 influirán en el curso de los acontecimientos, pero no son solamente éstas las que actúan. El amplio proceso de evolución de nuestra civilización moderna de repercusiones inmensas, que ha contribuido profundamente a hacer nacer las causas profundas de dos guerras mundiales, no ha terminado aún.